UNA CORTE DE ALAS Y RUINA
SARAH J. MAAS

Feyre regresa a la Corte Primavera, decidida a reunir información sobre los planes de Tamlin y del rey invasor que amenaza con destruir Prythian. Para esto deberá formar parte de un peligroso, e incluso letal, juego de engaño. Un juego en el que un simple error podría condenar no solo a Feyre sino también a todo el mundo a su alrededor.

A medida que la guerra avanza sin tregua, Feyre deberá posicionarse como alta fae y luchar por controlar y dominar sus dones mágicos; tendrá que determinar en cuáles de los deslumbrantes altos lores puede confiar y necesitará buscar aliados en los lugares más insospechados…

Porque llegan tiempos oscuros, en los que la tierra se teñirá de rojo mientras majestuosos ejércitos luchan por apoderarse del único objeto que podría destruirlos a todos.

Sarah J. Maas

Una corte de alas y ruina

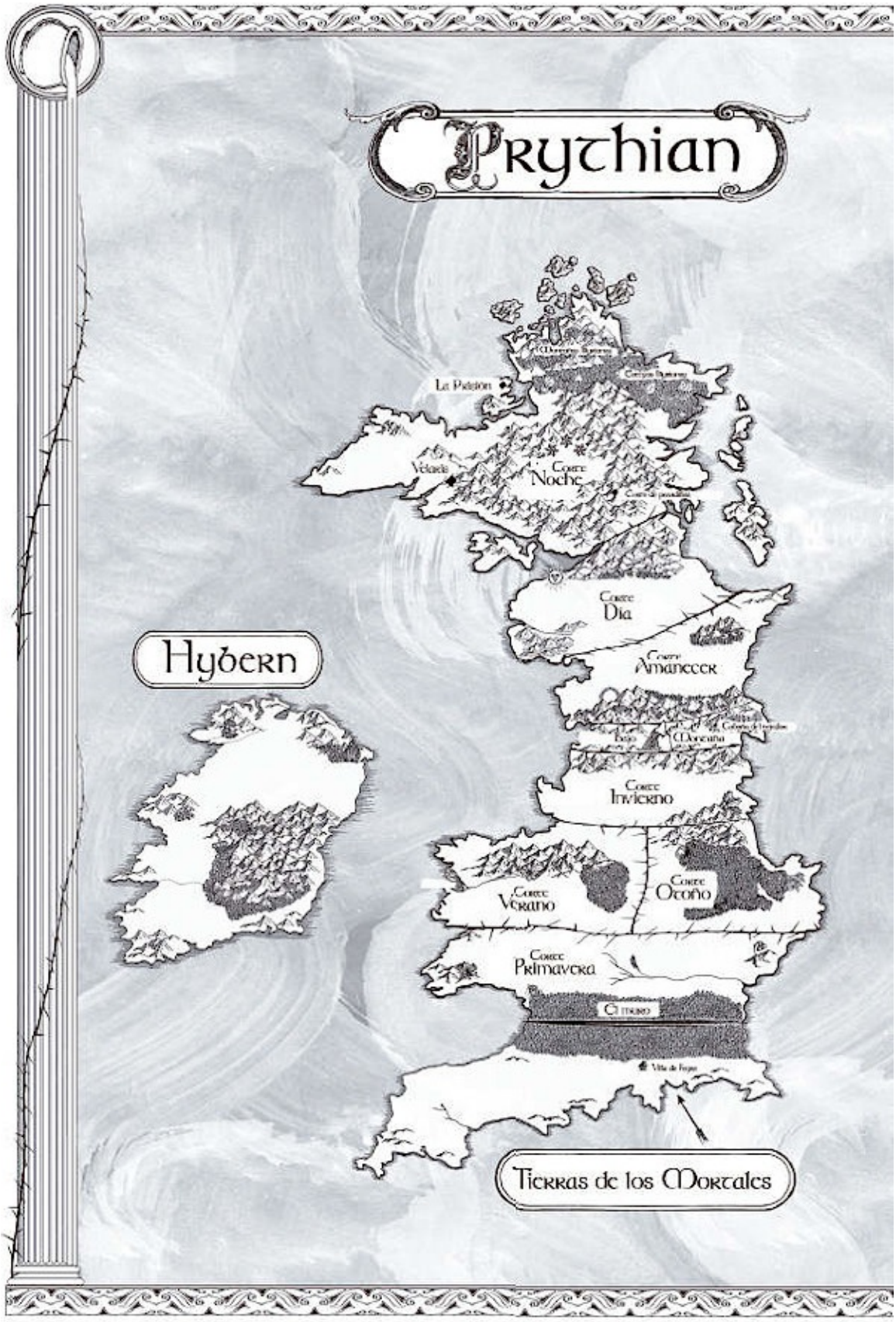
Una corte de rosas y espinas - 3

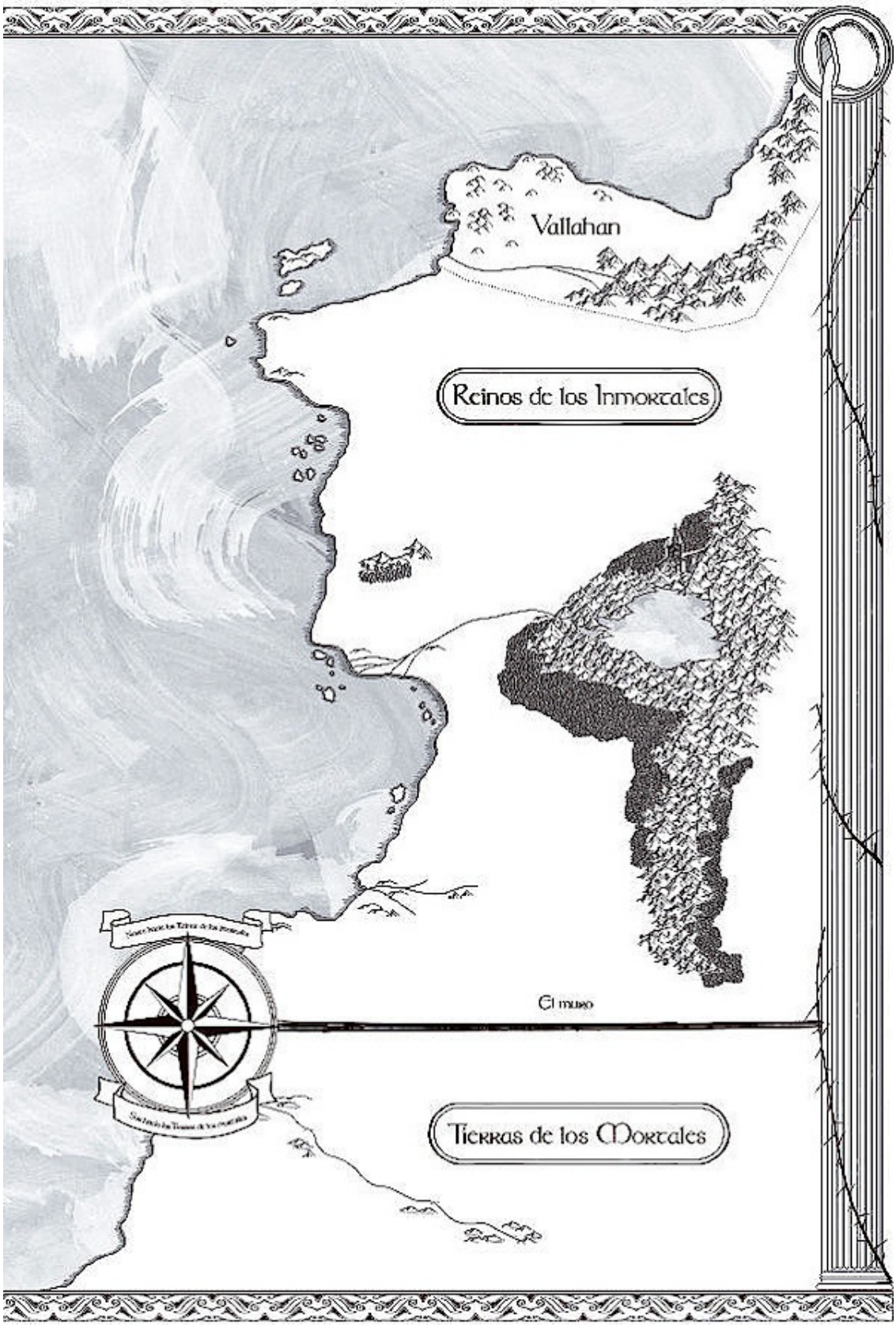
ePub r1.3
Titivillus 06.02.2023

Título original: *A Court of Wings and Ruin*
Sarah J. Maas, 2017
Traducción: Julio Sierra
Mapa: Kelly de Groot
Diseño de portada: Patti Ratchford

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1

Para Josh y Annie…
Un regalo. Todo esto


Prythian
La Prisión
Velaris
Corte Noche
Corte Día
Corte Amanecer
Corte Invierno
Corte Verano
Corte Otoño
Corte Primavera
El muro
Hybern
Tierras de los Mortales


Vallahan
Reinos de los Inmortales
El muro
Tierras de los Mortales

Rhysand

Dos años antes del muro

El zumbido de las moscas y los gritos de los supervivientes habían reemplazado el resonar de los tambores de guerra.

El campo de la mortal batalla era para entonces una extensa maraña de cadáveres, tanto de humanos como de inmortales, solo interrumpida por alas quebradas que apuntaban al cielo gris o por el ocasional bulto de un caballo caído.

Con el calor, a pesar de la densidad de las nubes, el olor pronto sería insoportable. Las moscas se movían lentamente sobre ojos que miraban al infinito sin pestañear. No diferenciaban entre la carne mortal y la inmortal.

Tomé mi camino por la llanura otrora cubierta de hierba, esquivando los estandartes enterrados a medias en el barro y la sangre. Necesité la mayor parte de las fuerzas que me quedaban para evitar que mis alas se arrastraran sobre los cuerpos y las armaduras. Mi poder se había agotado mucho antes de que la carnicería llegara a su fin.

Pasé las últimas horas luchando tal como hacían los mortales a mi lado: con la espada, los puños y una brutal e implacable concentración. Habíamos resistido a las legiones de Ravennia. Hora tras hora, resistimos tal como me había ordenado mi padre, tal como yo sabía que debía hacer. Flaquear en esta ocasión habría sido un golpe mortal a nuestra ya debilitada resistencia.

La torre que se alzaba a mi espalda era demasiado valiosa para cedérsela a los leales. No solo por su ubicación en el corazón del continente, sino también por los suministros que guardaba. Por las fraguas que ardían día y noche en el lado occidental, trabajando para abastecer a nuestras fuerzas.

El humo de esas fraguas se mezclaba con el de las piras ya encendidas detrás de mí mientras yo seguía caminando, sin dejar de mirar los rostros de los muertos. Pensé que debía enviar a los soldados que tuvieran estómago para ello a recuperar las armas de ambos ejércitos. Las necesitábamos con mucha urgencia para poder seguir luchando con honor. Sobre todo porque el otro lado luchaba sin el menor sentido del honor.

Cuánta tranquilidad… El campo de batalla estaba tan tranquilo, comparado con la matanza y el caos que finalmente había cesado horas atrás. El ejército leal se había retirado, más que rendido, dejando sus muertos para los cuervos.

Pasé junto a un caballo capón bayo, los ojos de la hermosa bestia todavía abiertos y aterrorizados, con las moscas pegadas a su flanco ensangrentado. El jinete estaba retorcido debajo de él, la cabeza parcialmente cortada. No por un golpe de espada. No. Esos golpes brutales eran de garras.

Ellos no iban a ceder con facilidad. Los reinos y territorios que buscaban sus esclavos humanos no perderían esta guerra a menos que no tuvieran otra posibilidad. Y aun así… Muy pronto aprendimos con dolor que no tenían en cuenta las antiguas reglas y los ritos de la batalla. Y para los territorios fae que luchaban junto a guerreros mortales… nosotros debíamos ser pisoteados como si fuéramos insectos.

Aparté una mosca que zumbaba junto a mi oído con la mano cubierta de sangre, tanto mía como ajena.

Siempre he pensado que la muerte sería una especie de amable recibimiento, una dulce y triste canción de cuna para llevarme a lo que fuera que me esperaba después.

Tropecé con mi pie protegido por la armadura con el mástil de un abanderado leal y salpiqué con barro rojo el jabalí de grandes colmillos bordado en la bandera de color esmeralda.

Entonces me pregunté si la canción de cuna de la muerte no sería el zumbido de las moscas y no una amorosa canción; si las moscas y los gusanos no serían las doncellas de la muerte.

El campo de batalla se extendía hacia el horizonte en todas direcciones salvo la torre a mi espalda.

Durante tres días los tuvimos a raya. Durante tres días peleamos y morimos ahí.

Pero habíamos resistido. Una y otra vez había conducido a humanos y a inmortales, negándome a dejar que los leales avanzaran aunque habían atacado

nuestro vulnerable flanco derecho con tropas de refuerzo el segundo día.

Usé mi poder hasta que este no fue más que humo en mis venas, y luego recurrí a mi entrenamiento ilyrio hasta que el movimiento de mi escudo y de mi espada fue todo lo que me quedó, todo lo que pude utilizar contra las hordas.

Un ala ilyria medio destrozada sobresalía de un montón de cuerpos de altos fae, como si se hubieran necesitado esos seis para derribar al guerrero. Como si se los hubiera llevado a todos con él.

Los latidos del corazón reverberaban por todo mi cuerpo maltratado mientras me arrastraba alejándome de los cadáveres apilados.

Los refuerzos llegaron al alba del tercer y último día, enviados por mi padre después de mis súplicas pidiendo ayuda. Yo estaba demasiado inmerso en el furor de la batalla para darme cuenta de quiénes eran, aparte de ser una unidad ilyria, sobre todo porque muchos usaban Sifones.

Pero durante las horas pasadas desde que ellos nos salvaron el pellejo y dieron vuelta al curso de la batalla, yo no había visto a ninguno de mis hermanos entre los vivos. No sabía si Cassian o Azriel habían siquiera luchado en el campo de batalla.

El último era poco probable que lo hubiera hecho, ya que mi padre lo mantenía cerca para espiar, pero a Cassian podrían haberlo reubicado. No me sorprendería que mi padre hubiera destinado a Cassian a una unidad con más probabilidades de ser aniquilada. Como casi lo había sido esta, que a duras penas había salido renqueando del campo de batalla.

Mis doloridos y ensangrentados dedos se clavaron en una armadura abollada y húmeda, mientras yo me alzaba alejándome del último de los cadáveres de los altos fae apilados encima del soldado ilyrio caído.

El cabello oscuro, la piel bronceada… Iguales que los de Cassian.

Pero ese cadavérico rostro gris que miraba al cielo con la boca abierta no era el de Cassian.

Un jadeo escapaba de mí, mis pulmones todavía irritados de tanto gritar, mis labios resecos y agrietados.

Necesitaba agua… con urgencia. Pero cerca, otro par de alas ilyrias sobresalían de entre los muertos apilados.

Tropecé y me arrastré hacia ellas, dejando que mi mente vagara hacia algún lugar oscuro y silencioso mientras enderezaba el cuello retorcido para ver la cara debajo del simple casco.

No era él.

Escogí mi camino entre los cuerpos muertos hacia otro ilyrio.

Luego otro. Y otro.

A algunos los conocía. A otros, no. Y el campo de batalla cubierto de muertos se extendía bajo el cielo.

Kilómetro tras kilómetro. Un reino de los muertos pudriéndose.

Y yo seguía buscando.

Parte uno
La princesa de Carrión

Capítulo 1
Feyre

El cuadro era una mentira.

Una brillante y bonita mentira, repleta de flores de color rosa pálido y gruesos rayos de sol.

Lo había comenzado el día anterior, una imagen ociosa del jardín de rosas que aparecía más allá de las ventanas abiertas del estudio. A través del enredo de espinas y hojas satinadas, el verde más brillante de las colinas se extendía alejándose.

Una incesante e implacable primavera.

Si yo hubiera pintado esta visión del patio de la manera en que mi instinto me lo había urgido, habrían sido espinas que hieren la piel, flores que tapaban la luz del sol a cualquier planta más pequeña que ellas, y ondulantes colinas teñidas de rojo.

Pero cada pincelada en el ancho lienzo estaba calculada. Cada toque y cada grito de colores mezclados significaban retratar no solo la primavera idílica, sino también una posición del sol. No muy feliz, pero con alegría, finalmente sanando los horrores que yo divulgaba con cuidado.

Suponía que en las últimas semanas yo había elaborado mi conducta tan intrincadamente como una de esas pinturas. Supuse que si también hubiera elegido mostrarme como en verdad deseaba, me habría adornado con garras para desgarrar las carnes y manos que ahogaban la vida de los que entonces me acompañaban. Habría dejado los pasillos dorados manchados de rojo.

Pero todavía no.

Todavía no, me decía a mí misma con cada pincelada, con cada movimiento que había hecho estas semanas. La venganza rápida no le serviría a nadie, salvo

a mi propia y furiosa rabia, y nada más.

Incluso cuando les hablaba, oía a Elain sollozando mientras era obligada a entrar en el Caldero. Incluso cuando las miraba, veía a Nesta que apuntaba con el dedo al rey de Hybern en una promesa de muerte. Incluso cada vez que sentía su olor, mis fosas nasales se llenaban con el sabor de la sangre de Cassian que se extendía sobre las piedras oscuras de aquel castillo de huesos.

El pincel se quebró entre mis dedos.

Lo partí en dos, el pálido mango dañado más allá de toda reparación.

Maldiciendo en voz baja, miré hacia las ventanas, hacia las puertas. Este lugar estaba demasiado lleno de ojos atentos para arriesgarme a arrojarlo a la basura.

Mi mente se movió alrededor de mí como una red, buscando a otros suficientemente cercanos para ser testigos, para ser espías. No encontré a ninguno.

Estiré las manos hacia delante, con una mitad del pincel en cada una.

Por un momento, me permití ver el encanto que ocultaba el tatuaje en mi mano y mi antebrazo derechos. Las marcas de mi verdadero corazón. De mi verdadero título.

Alta lady de la Corte Noche.

La mitad de un pensamiento convirtió el pincel roto en llamas.

El fuego no me quemó, aunque devoró la madera, el manojo de pelo y la pintura.

Cuando no fue más que humo y cenizas, invité a un viento para que los barriera de las palmas de mis manos y los sacara por las ventanas abiertas.

Para asegurarme, convoqué una brisa del jardín para que se deslizara por la habitación, limpiando cualquier voluta de humo que quedara, llenándolo todo con el húmedo y sofocante olor de las rosas.

Tal vez cuando mi tarea aquí haya terminado, quemaré esta mansión hasta los cimientos, también. Comenzando con esas rosas.

Dos presencias que se aproximaban aparecieron en el fondo de mi mente y agarré otro pincel, sumergiéndolo en el remolino más cercano de pintura, y bajé las invisibles y oscuras trampas que había erigido alrededor de esta habitación para alertarme ante la presencia de algún visitante.

Estaba trabajando en la forma en que la luz del sol iluminaba las delicadas venas de un pétalo de rosa, tratando de no pensar en cómo una vez lo había visto hacer lo mismo con las alas ilyrias, cuando las puertas se abrieron.

Hice una buena actuación al mostrarme absorta en mi trabajo, con los hombros un poco encorvados, la cabeza inclinada. E hice una actuación todavía mejor al mirar despacio por encima del hombro, como si el esfuerzo de apartarme de la pintura fuera un verdadero sufrimiento.

Sin embargo, la batalla real fue la sonrisa que me obligué a poner en mi boca. En mis ojos, la verdadera manifestación de una sonrisa de naturaleza genuina. La había practicado mucho en el espejo. Una y otra vez.

De modo que mis ojos se arrugaron con facilidad al dirigirle a Tamlin una modesta pero feliz sonrisa.

A Lucien.

—Perdón por interrumpir —se disculpó Tamlin, escudriñando mi rostro en busca de alguna señal de las sombras de las que yo recordaba ocasionalmente haber sido presa, esas que yo manejaba para mantenerlo a raya cuando el sol se hundía más allá de las laderas de aquellas colinas—. Pero pensé que querrías prepararte para la reunión.

Me obligue a tragar. Bajé el pincel. Tal como haría la niña nerviosa, insegura, que era yo hace mucho tiempo.

—Va a… ¿Has hablado con Ianthe? ¿De verdad va a venir?

Todavía no la había visto. A la alta sacerdotisa que traicionó a mis hermanas por Hybern, que nos traicionó por Hybern.

Y aunque los informes turbios y rápidos de Rhysand a través del lazo de apareamiento habían calmado algo de mi temor y de mi terror…, ella era responsable de ello. De lo que había ocurrido semanas atrás.

Fue Lucien quien respondió, estudiando mi pintura como si esta tuviera la prueba que yo sabía que él estaba buscando.

—Sí. Ella… tenía sus razones. Y está dispuesta a explicártelas.

Tal vez junto con sus razones para poner sus manos sobre cualquier macho que ella quisiera, con aprobación de estos o no. Por hacerlo con Rhys y Lucien.

Me preguntaba qué era lo que Lucien realmente pensaba de ello. Y del hecho de que la amiga y acompañante de Hybern hubiera acabado siendo su compañera. Elain.

No habíamos hablado de Elain más que una sola vez, al día siguiente de mi regreso.

«A pesar de lo que Jurian quiso decir en cuanto a cómo mis hermanas serían tratadas por Rhysand —le había dicho yo—, a pesar de cómo es la Corte Noche,

no van a hacerles daño a Elain ni a Nesta de esa manera, todavía no. Rhysand tiene formas más creativas de hacerlo».

Lucien todavía parecía dudarlo.

Pero, por mi parte, yo también había implicado, con mis propias «lagunas» de la memoria, que tal vez no había recibido la misma cortesía.

Que ellas lo creyeran tan fácilmente, que pensaran que Rhysand podría llegar a forzar a alguien… Añadí el insulto a la larga larga lista de cosas para recompensarlas.

Dejé el pincel y me quité la bata salpicada de pintura para depositarla con cuidado sobre el taburete en el que había estado encaramada casi dos horas.

—Voy a cambiarme —murmuré, lanzando mi trenza suelta por encima del hombro.

Tamlin asintió con la cabeza, observando todos mis movimientos mientras me acercaba a ellos.

—La pintura se ve preciosa.

—Me falta mucho para terminarla —expliqué, arrinconando a aquella niña que había evitado elogios y felicitaciones, que había querido pasar desapercibida —. Todavía es un desastre.

Francamente, era uno de mis mejores trabajos, aunque la profundidad de su alma era solo visible para mí.

—Creo que todos lo somos —dijo Tamlin, con una sonrisa que intentaba ser amable.

Reprimí el impulso de apartar los ojos y le devolví la sonrisa, rozándole al mismo tiempo el hombro con la mano.

Lucien estaba esperando fuera de mi nuevo dormitorio cuando salí diez minutos más tarde.

Había tardado dos días en dejar de dirigirme al viejo dormitorio, en girar a la derecha en la parte superior de la escalera y no a la izquierda. Pero no había nada en esa vieja habitación.

La había examinado una vez, al día siguiente de mi regreso. Muebles rotos; ropa de cama destrozada; ropa esparcida como si él hubiera ido a buscarme dentro del armario. Parecía que a nadie se le había permitido entrar para limpiar.

Pero eran las enredaderas —las espinas— las que hacían que el lugar fuera inhabitable. Mi viejo dormitorio había sido invadido del todo por ellas. Se curvaban y avanzaban sobre las paredes, entrelazadas entre los escombros.

Como si se hubieran deslizado desde los enrejados debajo de mis ventanas, como si hubieran pasado cien años y no meses.

Ese dormitorio se había convertido en una tumba.

Recogí las suaves faldas rosadas de mi vestido de gasa en una mano y cerré la puerta del dormitorio al salir. Lucien permaneció apoyado en la puerta frente a la mía.

Su habitación.

No tuve ninguna duda de que se había asegurado de que yo estuviera frente a él en ese momento. No dudé tampoco de que el ojo de metal que poseía siempre estaba dirigido hacia mí. Incluso mientras dormía.

—Me sorprende que estés tan tranquila, dadas tus promesas en Hybern —dijo Lucien a manera de saludo.

La promesa que yo había hecho de matar a las reinas humanas, al rey de Hybern, a Jurian y a Ianthe por lo que les habían hecho a mis hermanas. A mis amigos.

—Tú mismo dijiste que Ianthe tenía sus razones. Por furiosa que yo esté, puedo escucharla.

No le había contado a Lucien lo que sabía de la verdadera naturaleza de ella. Eso significaría explicar que Rhys la había expulsado de su propia casa, que Rhys lo había hecho para defenderse a sí mismo y a los miembros de su corte, y eso provocaría demasiadas preguntas, socavaría demasiadas mentiras cuidadosamente elaboradas que los habían mantenido a él y a su corte, mi corte, a salvo.

Aunque me preguntaba si, después de lo ocurrido en Velaris, eso era necesario. Nuestros enemigos conocían la ciudad, sabían que era un lugar de bien y de paz. Y había intentado destruirla a la primera oportunidad.

La culpa por el ataque a Velaris después de que Rhys hubiera revelado su existencia a aquellas reinas humanas perseguiría a mi compañero durante el resto de nuestras vidas inmortales.

—Ella elaborará un relato que vas a querer escuchar —me advirtió Lucien.

Me encogí de hombros mientras avanzaba por el alfombrado pasillo vacío.

—Puedo decidirlo yo misma. Aunque parece que tú ya has elegido no creerla.

Él caminaba junto a mí.

—Fue ella quien arrastró a dos mujeres inocentes a eso.

—Estaba trabajando para asegurarse de que la alianza de Hybern se

mantuviera firme.

Lucien me detuvo cogiéndome por el codo.

Se lo permití, porque no permitírselo, contrariamente a lo que había hecho en el bosque hace meses, o usando una maniobra ilyria evasiva para derribarlo, estropearía mi plan. «Tú eres más astuta que eso».

Observé la ancha y morena mano que me envolvía el codo. Y luego me encontré con un ojo rojo y otro de oro brillante.

Lucien suspiró.

—¿Dónde la tiene encerrada?

Yo sabía a quién se refería.

Negué con la cabeza.

—No lo sé. Rhysand tiene un centenar de lugares donde podrían estar, pero dudo que usara alguno de ellos para esconder a Elain, sabiendo que yo los conozco.

—Dime cuáles son de todos modos. Haz una lista sin dejarte ninguno.

—Morirás en el momento en que pongas un pie en su territorio.

—Sobreviví bastante bien cuando os encontré a vosotros.

—Tú no podías saber que él me tenía cautiva. Dejaste que él me permitiera entrar otra vez.

Mentira, mentira, mentira.

Pero el dolor y la culpa que yo esperaba seguían sin aparecer. Lucien aflojó la fuerza con que me sujetaba por el codo.

—Tengo que encontrarla.

—Ni siquiera conoces a Elain. El lazo de apareamiento es solo una reacción física que anula tu sensatez.

—¿Eso es lo que os hizo a ti y a Rhys?

Una pregunta simple y peligrosa. Pero hice que el miedo entrara en mis ojos, me dejé arrastrar por los recuerdos de la Tejedora, del Tallador, del gusano Middengard de modo que el viejo terror se apoderó de mi olor.

—No quiero hablar de ello —balbucí con voz áspera y vacilante.

Un reloj dio la hora en el piso principal. Envié una silenciosa oración de agradecimiento a la Madre y me puse a caminar con rapidez.

—Llegaremos tarde.

Lucien solo hizo un movimiento de cabeza asintiendo. Pero sentí su mirada en mi espalda, clavada justo en la columna vertebral, mientras bajaba. Iba a ver a Ianthe.

Y por fin decidiría de qué manera hacerla pedazos.

La alta sacerdotisa era exactamente como yo la recordaba, tanto en los recuerdos que Rhys me había mostrado como en mis propias ensoñaciones de usar las garras escondidas debajo de mis uñas para sacarle los ojos, arrancarle la lengua y después abrirle la garganta.

La rabia se había convertido en una cosa viva dentro de mi pecho, un latido del corazón que me tranquilizaba para ir a dormir y me estimulaba para despertar. La contuve mientras miraba a Ianthe al otro extremo de la formal mesa de comedor, con Tamlin y Lucien a cada uno de mis lados.

Ella todavía llevaba la capucha pálida y la diadema de plata con su límpida piedra azul.

Como un Sifón. La gema me hizo recordar los Sifones de Azriel y de Cassian. Y me preguntaba si, al igual que la de los guerreros ilyrios, la joya, de alguna manera, ayudaba a transformar un inmanejable don de magia en algo más refinado, más mortífero. Ella nunca se la había quitado, pero hay que señalar que jamás vi a Ianthe invocar algún poder mayor que el necesario para encender una bola de luz inmortal en una habitación.

La alta sacerdotisa bajó los ojos verde azulado hacia la mesa de madera oscura, con la capucha proyectando sombras sobre su rostro perfecto.

—Quiero empezar diciendo lo mucho que lo lamento. Actué impulsada por el deseo de… conceder lo que yo creía que quizá vos anhelabais pero no os atrevíais a decir, y a la vez también mantener a nuestros aliados en Hybern satisfechos con nuestra lealtad.

Bonitas, envenenadas mentiras. Pero al encontrar su verdadero motivo…, estuve esperando semanas esta reunión. Había pasado esas semanas fingiendo estar convaleciente, fingiendo sanar de los horrores sufridos a manos de Rhysand.

—¿Por qué iba a desear yo que mis hermanas tuvieran que soportar eso? —Mi voz salió temblorosa, fría.

Ianthe levantó la cabeza, escudriñando mi inseguro, quizá un poco distante, rostro.

—Porque así podríais estar con ellas para siempre. Y si Lucien hubiera descubierto que Elain sería su compañera de antemano, habría sido… devastador darse cuenta de que él solo tendría unas pocas décadas por delante.

El sonido del nombre de Elain en sus labios provocó un gruñido que me subió por la garganta. Pero lo dominé, cayendo en esa máscara de sereno dolor, la más nueva de mi arsenal.

—Si esperáis nuestra gratitud —respondió Lucien—, más vale que os arméis de paciencia, Ianthe.

Tamlin le lanzó una mirada de advertencia, tanto por las palabras como por el tono. Quizá Lucien mataría a Ianthe antes de que yo tuviera la oportunidad de hacerlo, solo por el horror al que ella había sometido a su pareja aquel día.

—No —respondió Ianthe, con los ojos muy abiertos, la imagen perfecta del remordimiento y la culpa—. No, no espero gratitud en absoluto. Ni perdón. Sino comprensión… Esta también es mi casa. —Levantó una mano delgada cubierta de anillos y pulseras de plata para abarcar toda la sala, todo el palacio—. Todos nosotros tuvimos que establecer alianzas que jamás creímos tener que forjar…, quizá desagradables, sí, pero… la fuerza de Hybern es demasiado grande para detenerla. Ahora solo hay que resistirla como cualquier otra tormenta. —Dirigió una mirada hacia Tamlin—. Hemos trabajado muy duro todos estos meses para prepararnos para la llegada inevitable de Hybern. Cometí un grave error, y siempre lamentaré cualquier dolor que haya podido causar, pero continuemos juntos este buen trabajo. Busquemos una manera de asegurar que nuestras tierras y nuestra gente sobrevivan.

—¿A costa de cuántos otros? —preguntó Lucien.

Otra vez esa mirada de advertencia de Tamlin. Pero Lucien la ignoró.

—Lo que vi en Hybern… —continuó Lucien, agarrando los brazos de su sillón con tanta fuerza que la madera tallada gimió—. Cualquier promesa que él hiciera de paz e inmunidad… —Se detuvo, como si de pronto recordara que Ianthe podría muy bien informar de todo esto al rey. Aflojó la tensión y flexionó sus largos dedos antes de relajarse otra vez—. Tenemos que ser cuidadosos.

—Lo seremos —prometió Tamlin—. Pero ya hemos acordado ciertas condiciones. Sacrificios. Si nos separamos ahora…, incluso con Hybern como aliado nuestro, tenemos que presentar un frente sólido. Juntos.

Todavía confiaba en ella. Todavía pensaba que Ianthe simplemente había hecho una jugada equivocada. No tenía idea de lo que acechaba bajo la belleza, la ropa y los piadosos encantamientos.

Pero, digámoslo, esa misma ceguera le impidió darse cuenta de lo que rondaba también debajo de mi piel. Ianthe inclinó otra vez la cabeza.

—Voy a tratar de ser digna de mis amigos.

Lucien parecía estar tratando, con mucho mucho esfuerzo, de no poner los ojos en blanco.

Pero Tamlin dijo:

—Todos lo intentaremos.

Esa era su nueva palabra favorita: «intentarlo».

Yo tragué con fuerza, asegurándome de que lo oyera, y asentí lentamente, manteniendo mis ojos en Ianthe.

—Nunca vuelvas a hacer algo así.

La orden de un tonto…, una que ella esperaba que yo diera por la rapidez con la que asintió. Lucien se recostó en su asiento, negándose a decir cualquier otra cosa.

—Lucien tiene razón, sin embargo —aseguré. Era la imagen de la pura preocupación—. ¿Y la gente en esta corte durante este conflicto? —Fruncí el ceño mirando a Tamlin—. Fueron brutalmente tratados por Amarantha…, y no estoy segura de hasta qué punto podrán soportar la vida al lado de Hybern. Ya han sufrido bastante.

Tamlin apretó la mandíbula.

—Hybern ha prometido que nuestro pueblo permanecerá intacto y no será molestado. —«Nuestro» pueblo. Casi fruncí el ceño…, incluso cuando asentí de nuevo mostrando comprensión—. Eso fue parte de nuestra… negociación.

Cuando vendió a todo Prythian, vendió todo lo que era decente y bueno en sí mismo, para recuperarme.

—Nuestra gente estará segura cuando llegue Hybern. Aunque he enviado mensajes para que las familias… se trasladen a la parte oriental del territorio. Por el momento.

Bien. Al menos había considerado esas bajas potenciales…, al menos se preocupaba un poco por su gente, teniendo en cuenta el tipo de jugarretas enfermizas que le gustaba jugar a Hybern y que podría jurar una cosa pero queriendo decir otra. Si Tamlin ya estaba sacando del camino a los que más riesgo corrían durante este conflicto…, eso hacía que mi trabajo aquí fuera mucho más fácil. Y el este, según esa información… Si el este estaba seguro, entonces el oeste… Hybern ciertamente vendría de esa dirección. Llegaría por allí.

Tamlin exhaló con fuerza.

—Eso me lleva a la otra razón de esta reunión.

Me preparé, haciendo que mi rostro mostrara una tibia curiosidad, cuando dijo:

—La primera delegación de Hybern llega mañana. —La tez bronceada de Lucien palideció. Tamlin añadió—: Jurian estará aquí al mediodía.

Capítulo 2

Apenas había oído un susurro de Jurian en las últimas semanas…, no había visto al resucitado comandante humano desde aquella noche en Hybern.

Jurian había renacido a través del Caldero, usando los horribles restos de él que Amarantha había acumulado como trofeos durante quinientos años, con su alma atrapada y alerta dentro de su ojo preservado por la magia. Estaba loco. Se había vuelto loco mucho antes de que el rey de Hybern lo resucitara para conducir a las reinas humanas por un sendero de ignorante sumisión.

Tamlin y Lucien tenían que saberlo. Tenían que haber visto ese brillo en los ojos de Jurian.

Pero… ellos tampoco parecían estar demasiado preocupados por el hecho de que el rey de Hybern poseyera el Caldero, que fuera capaz de despedazar a este mundo. Comenzando por el muro. Lo único que se interponía entre los letales ejércitos fae que se estaban reuniendo y las vulnerables tierras humanas más abajo.

No, esa amenaza ciertamente no parecía quitarles el sueño por la noche a Lucien o a Tamlin. Ni les impedía invitar a esos monstruos a su casa.

Tamlin había prometido a mi regreso que yo sería incluida en la planificación, en cada reunión. Y fue fiel a su palabra cuando explicó que Jurian llegaría con otros dos comandantes de Hybern y yo estaría presente en la ocasión. Efectivamente, querían inspeccionar el muro, para ver cuál era el lugar perfecto para derribarlo una vez que el Caldero hubiera recuperado su fuerza.

Al parecer, convertir a mis hermanas en fae lo había agotado.

Mi reflexión sobre ese hecho no duró demasiado.

Mi primera tarea: descubrir dónde planeaban atacar y cuánto tiempo necesitaba el Caldero para recuperar su capacidad máxima. Y luego pasar en secreto esa información a Rhysand y a los demás.

Puse mucha atención al arreglarme al día siguiente, después de mal dormir gracias a una cena con una Ianthe dominada por la culpa, que hacía grandes esfuerzos para quedar bien conmigo y con Lucien. La sacerdotisa aparentemente deseaba esperar hasta que los comandantes de Hybern llegaran antes de hacer su aparición. Había susurrado algo acerca de querer asegurarse de que ellos tuvieran la oportunidad de conocernos antes de entrometerse, pero una mirada a Lucien me dijo que él y yo, por una vez, estábamos de acuerdo: probablemente había planeado algún tipo de entrada a lo grande.

Eso no alteraba demasiado mis planes.

Planes que envié por el lazo de apareamiento a la mañana siguiente, palabras e imágenes rodando a lo largo de un corredor lleno de noches.

No me atreví a correr el riesgo de usar el lazo con demasiada frecuencia. Me había comunicado con Rhysand solo una vez desde que había llegado. Solo una vez, en las horas después de entrar en mi viejo dormitorio y contemplar las espinas que lo habían conquistado.

Fue como gritar a través de una gran distancia, como hablar bajo el agua. *Estoy a salvo y bien* —dije por el lazo—. *Pronto te diré lo que sepa*. Esperé, dejando que las palabras viajaran hacia la oscuridad. Entonces le pregunté: *¿Están vivas? ¿Heridas?*

No recordaba que el lazo entre nosotros era tan difícil de escuchar, incluso cuando ya vivía en este lugar y él lo había usado para ver si yo todavía respiraba, para asegurarse de que mi desesperación no me hubiera tragado entera.

Pero la respuesta de Rhysand llegó un minuto después. *Te amo. Están vivas. Están sanando*.

Eso fue todo. Como si eso fuera todo lo que podía decir.

Regresé a mis nuevos aposentos. Cerré la puerta y envolví todo el lugar con una muralla de aire sólido para evitar que cualquier olor de mis silenciosas lágrimas escapara mientras me acurrucaba en un rincón del baño.

En alguna ocasión me había sentado en esa posición, mirando las estrellas durante las largas y sombrías horas de la noche. Esta vez miré al despejado cielo azul más allá de la ventana abierta, escuché a los pájaros que se cantaban unos a otros, y quise rugir.

No me atreví a pedir más detalles sobre Cassian y Azriel… o sobre mis

hermanas. Con terror de saber lo malo que había sido aquello y de lo que yo podría hacer si su curación se tornaba sombría. Cosa que yo haría caer sobre esa gente.

La curación. Vivas y sanándose. Me lo recordaba a mí misma todos los días.

Incluso cuando aún podía oír sus gritos, oler su sangre.

Pero no pedí más. No me arriesgué a tocar el lazo después de aquella primera vez.

No sabía si alguien podía captar tales cosas…, los mensajes silenciosos entre compañeros. El lazo de apareamiento podría ser percibido por el olor, y yo estaba jugando un juego muy peligroso con él.

Todos creían que el lazo había sido cortado, que el olor persistente de Rhys se debía a que él me había forzado, a que había implantado ese olor en mí.

Creían que con el tiempo, con la distancia, su olor se iba a desvanecer. Semanas, o meses, probablemente.

Y cuando no se desvaneciera, cuando permaneciera…, ese sería el momento en que yo debía atacar, con la información que necesitaba, o sin ella.

Pero dada la posibilidad de que la comunicación por el lazo mantuviera su fuerte aroma…, tenía que minimizar su uso. Incluso si no hablaba con Rhys, si no oía esa diversión y esa astucia… me prometía una y otra vez que volvería a oír esas cosas. Ver esa sonrisa socarrona.

Y volví a pensar en lo dolido que estaba ese rostro la última vez que lo vi, volví a pensar en Rhys, cubierto con la sangre de Azriel y de Cassian, mientras Jurian y los dos comandantes de Hybern revisaban la línea del frente al día siguiente.

Jurian llevaba puesta la misma armadura de cuero ligero, con su pelo castaño moviéndose sobre el rostro empujado por la brisa de primavera. Nos espiaba desde los escalones de mármol blanco de la entrada a la casa y su boca se enroscaba en esa torcida y vanidosa sonrisa.

Yo quería hielo en mis venas, la frialdad de una corte en la que nunca había puesto un pie. Pero empuñé el don de su amo sobre mí misma, convirtiendo la ira ardiente en calma congelada mientras Jurian avanzaba hacia nosotros con una mano en la empuñadura de su espada.

Pero fueron los dos comandantes —un hombre y una mujer— quienes atravesaron mi corazón con una astilla de verdadero miedo.

Altos fae en apariencia, su piel con el mismo tono rubicundo y el pelo de un negro idéntico al de su rey. Pero eran sus caras inexpresivas e insensibles las que

herían los ojos. Una falta de emoción perfeccionada por milenios de crueldad.

Tamlin y Lucien se habían quedado rígidos cuando Jurian se detuvo al pie de la escalera principal. El comandante humano sonrió con suficiencia.

—Tenéis mejor aspecto que la última vez que os vi.

Lo miré a los ojos. Y no dijo nada.

Jurian resopló e hizo un gesto a los dos comandantes.

—Permitidme presentar a sus altezas, el príncipe Dagdan y la princesa Brannagh, sobrino y sobrina del rey de Hybern.

Gemelos, unidos tal vez en poder y en lazos mentales.

Tamlin pareció recordar que estos eran ahora sus aliados y bajó por la escalera. Lucien lo siguió.

Él nos había vendido. Había vendido a Prythian… por mí. Para recuperarme.

El humo se enroscó dentro de mi boca. Yo quería que el hielo la llenara de nuevo.

Tamlin inclinó la cabeza hacia el príncipe y la princesa.

—Bienvenidos a mi hogar. Tenemos habitaciones preparadas para todos vosotros.

—Mi hermano y yo ocuparemos juntos una de ellas —precisó la princesa. Su voz era engañosamente leve, casi infantil. La absoluta falta de sentimiento, la autoridad despiadada era lo que se imponía.

Casi podía sentir el comentario desagradable que bullía dentro de Lucien. Pero bajé la escalera y dije, siempre en el tono de señora de la casa que esta gente, que Tamlin, alguna vez habían esperado que yo abrazara alegremente:

—Podemos hacer con facilidad los ajustes necesarios.

El ojo de metal de Lucien zumbó y se entrecerró mirándome, pero mantuve el rostro impasible mientras les hacía una reverencia. A mi enemigo. ¿Cuál de mis amigos iba a enfrentarse a ellos en el campo de batalla?

¿Acaso Cassian y Azriel se habrían recuperado lo suficiente para luchar sin tener que levantar una espada? No me permití pensar en ello, en cómo Cassian había gritado cuando le destrozaron las alas.

La princesa Brannagh me observaba con detalle: el vestido de color rosa, el pelo que Alis había rizado y trenzado por encima de mi cabeza en forma de corona, las pálidas perlas rosadas en mis orejas.

Un juguete encantador e inofensivo, perfecto para que un alto lord lo monte cada vez que lo desee.

El labio de Brannagh se curvó al mirar a su hermano. El príncipe pensó lo

mismo, a juzgar por su respuesta burlona.

Tamlin gruñó suavemente a modo de advertencia.

—Si habéis terminado de mirarla, tal vez podamos pasar a los asuntos entre nosotros.

Jurian soltó una risita por lo bajo y subió la escalera sin pedir permiso para hacerlo.

—Son curiosos. —Lucien se puso tenso ante la insolencia del gesto, de las palabras—. No ocurre todos los siglos que la posesión disputada de una mujer desate una guerra. Especialmente una mujer con tales… virtudes.

Solo me di la vuelta y subí los escalones detrás de él.

—Tal vez si te hubieras molestado en ir a la guerra por Miryam, ella no te habría dejado por el príncipe Drakon.

Un estremecimiento pareció dominar a Jurian. Tamlin y Lucien se pusieron tensos detrás de mí, atentos tanto a nuestro intercambio de invectivas como a escoltar a los dos personajes reales de Hybern al entrar en la casa. Después de mi observación acerca de que Azriel y su red de espías estaban bien entrenados, habíamos eliminado a todos los sirvientes innecesarios, temerosos de oídos y ojos espías. Solo quedaron los más fiables.

Por supuesto, olvidé mencionar que sabía que Azriel había sacado a sus espías semanas atrás; la información no valía el precio de sus vidas. O que favorecía a mis propios objetivos el hecho de tener menos gente observándome.

Jurian se detuvo en lo alto de la escalera. Su rostro era una máscara cruel de muerte cuando di los últimos pasos hacia él.

—Cuidado con lo que dices, muchacha.

Sonreí al pasar por delante de él.

—¿O qué? ¿Me echarás al Caldero?

Crucé las puertas de entrada, bordeando la mesa en el centro del vestíbulo, con su imponente jarrón de flores que se arqueaban para encontrarse con la araña de cristal.

Justo allí, a solo unos metros de distancia, me había acurrucado convertida en una bola de terror y desesperación hacía unos meses. Justo allí, en el centro del vestíbulo, Mor me había cogido para sacarme de esa casa, hacia la libertad.

—He aquí la primera regla de esta visita —le espeté a Jurian por encima del hombro mientras me dirigía al comedor, donde esperaba el almuerzo—. No me amenaces en mi propia casa.

Mi actitud, lo supe un momento después, había funcionado.

No para Jurian, que lanzaba miradas furiosas al tiempo que reclamaba un asiento en la mesa.

Pero sí para Tamlin, que rozó mi mejilla con un nudillo al pasar junto a mí, sin saber cuán cuidadosamente había escogido las palabras, cómo había provocado a Jurian para brindarme la oportunidad servida en bandeja.

Ese fue mi primer paso: hacer creer a Tamlin, creer de verdad, que yo lo amaba a él y a este lugar, y a todos los que estaban en él.

De ese modo no sospecharía cuando los volviera a uno contra el otro.

El príncipe Dagdan cedía a todos los deseos y las órdenes de su gemela. Como si fuera la espada que ella manejaba para cortar el mundo.

Él sirvió las bebidas y las probó primero. Seleccionó los mejores cortes de carne de las fuentes para ponerlos en orden en el plato de su hermana. Siempre dejaba que fuera ella quien respondiera, y nunca jamás la miraba con la duda en sus ojos.

Un alma en dos cuerpos. Y por la forma en que se miraban el uno al otro sin palabras, me pregunté si quizá… quizá fueran como yo. *Daemati*.

Mis escudos mentales habían sido una pared de diamante negro desde que llegamos. Pero mientras cenábamos, como los momentos de silencio eran más largos que la conversación, me encontré estudiándolos una y otra vez.

—Mañana partiremos hacia el muro —le estaba diciendo Brannagh a Tamlin. Era más una orden que una petición—. Jurian nos acompañará. Necesitaremos a los centinelas que sepan dónde están ubicados los agujeros.

Sus pensamientos tan cerca de las tierras de los humanos… Pero mis hermanas no estaban allí. No, mis hermanas estaban en algún lugar del vasto territorio de mi propia corte, protegidas por mis amigos. Cuando mi padre regresara a casa de sus negocios en el continente, en cuestión de un mes o dos, tendría que tomar la decisión de cómo se lo diría.

—Lucien y yo podemos escoltaros —ofrecí.

Tamlin sacudió la cabeza hacia mí. Esperé el rechazo, la negativa. Pero parecía que el alto lord efectivamente había aprendido la lección y estaba dispuesto a ponerla en práctica. Hizo un gesto hacia Lucien.

—Mi emisario conoce el muro tan bien como cualquier centinela.

«Estás dejando que lo hagan; estás permitiendo que derriben ese muro y se lancen contra los humanos en el otro lado». Las palabras se enredaban y siseaban en mi boca.

Pero me obligué a dirigirle a Tamlin un lento, tal vez un poco contrariado, gesto de asentimiento. Era consciente de que yo nunca estaría contenta con eso. La joven que él creía que le había sido devuelta, siempre buscaría proteger su terruño de mortales. De todos modos, Tamlin pensaba que yo lo soportaría por él, por nosotros. Que Hybern no se arrojaría sobre los humanos una vez que el muro cayera. Que tan solo los incorporaríamos a nuestro territorio.

—Saldremos después del desayuno —le dije a la princesa. Y agregué para Tamlin—: Con unos pocos centinelas, también.

Sus hombros parecieron relajarse ante mis palabras. Me pregunté si se habría enterado de cómo defendí Velaris. De que yo había protegido el Arco iris contra una legión de bestias como el attor. De que yo había matado al attor brutalmente, cruelmente, por lo que nos había hecho a mí y a los míos.

Jurian observó a Lucien con la franqueza de un guerrero.

—Siempre me he preguntado quién habría fabricado ese ojo después de que ella te lo arrancara.

No hablábamos de Amarantha aquí. Nunca habíamos permitido su presencia en esta casa. Y me había angustiado durante esos meses que viví aquí después de en Bajo la Montaña, me esforzaba día a día para empujar esos temores y dolores hacia las profundidades.

Por un instante, evalué quién había sido yo y lo comparé con quién se suponía que era ahora. Sanando poco a poco…, emergiendo de nuevo para ser la niña que Tamlin había alimentado, protegido y amado antes de que Amarantha me rompiera el cuello después de tres meses de tortura.

Así que me acomodé en mi asiento. Estudié la mesa.

Lucien se limitaba a mirar con firmeza a Jurian mientras los dos príncipes de Hybern lo miraban a su vez con los rostros impasibles.

—Tengo una vieja amiga en la Corte Amanecer. Es hábil combinando magia y tecnología. Tamlin hizo que lo llevara a cabo con gran riesgo.

Una sonrisa de odio de Jurian.

—¿Tu compañerita tiene una rival?

—Mi compañera no es de tu incumbencia.

Jurian se encogió de hombros.

—Ella tampoco debería ser de tu incumbencia, considerando que

probablemente ya ha sido poseída por la mitad del ejército ilyrio.

Yo estaba muy segura de que solo siglos de entrenamiento evitaron que Lucien saltara sobre la mesa para abrirle la garganta a Jurian.

Pero fue el gruñido de Tamlin el que hizo que las copas vibraran.

—Te comportarás como un verdadero huésped, Jurian, o dormirás en los establos como las otras bestias.

Jurian simplemente bebió su vino.

—¿Por qué debo ser castigado si digo la verdad? Ninguno de vosotros estuvo en la guerra cuando mis fuerzas se aliaron con los salvajes ilyrios. —Lanzó una mirada de soslayo a los dos príncipes de Hybern—. Supongo que vosotros dos tuvisteis el placer de luchar contra ellos.

—Guardamos las alas de sus generales y sus lores como trofeos —precisó Dagdan con una sonrisita.

Fue necesaria toda la concentración posible para no mirar a Tamlin. Para no preguntar por el paradero de los dos conjuntos de alas que su padre había conservado como trofeos después de haber asesinado a la madre y a la hermana de Rhysand.

Colgadas en el estudio, había dicho Rhys.

Pero yo no descubrí rastro alguno cuando las busqué al regresar aquí, mientras fingía estar explorando por puro aburrimiento en un lluvioso día. Los sótanos tampoco revelaron nada. No había baúles ni cajas que contuvieran esas alas.

Los dos bocados de cordero asado que me había forzado a tragar comenzaban a rebelarse contra mí. Pero algún indicio de disgusto era una reacción justa a lo que el príncipe de Hybern había afirmado.

Jurian me sonrió mientras cortaba su cordero en pedacitos.

—Sabes que peleamos juntos, ¿no? Tu alto lord y yo. Resistimos contra los leales, luchamos uno al lado del otro hasta que la sangre nos llegó a las pantorrillas.

—Él no es su alto lord —aclaró Tamlin, con una suavidad inquietante.

Jurian solo ronroneó dirigiéndose a mí.

—Seguramente te dijo dónde escondió a Miryam y a Drakon.

—Están muertos —respondí inexpresiva.

—El Caldero dice lo contrario.

Un miedo frío se asentó en mis entrañas. Él ya había intentado resucitar a Miryam por sí mismo. Y se encontró con que ella no estaba entre los muertos.

—Me dijeron que estaban muertos —dije de nuevo, tratando de sonar aburrida, impaciente. Tomé un bocado de mi cordero, tan soso comparado con la riqueza de especias en Velaris—. Creo que tienes cosas mejores que hacer, Jurian, en lugar de obsesionarte con la amante que te dejó.

Sus ojos lanzaban destellos, brillantes de cinco siglos de locura, mientras ensartaba un bocado de carne con el tenedor.

—Dicen que estabas haciendo el amor con Rhysand antes de que abandonaras a tu propio amante.

—Basta ya —gruñó Tamlin.

Pero entonces lo sentí. El golpecito en mi mente. Vi su plan, claro y simple: exasperarnos, distraernos, mientras que los dos tranquilos príncipes se deslizaban dentro de nuestras mentes.

La mía estaba blindada. Pero la de Lucien…, la de Tamlin…

Recurrí a mi poder bendecido por la noche, lanzándolo como una red. Y encontré dos tentáculos aceitosos que penetraban las mentes de Lucien y de Tamlin, como si se tratara efectivamente de jabalinas lanzadas por encima de la mesa.

Los bloqueé. Dagdan y Brannagh dieron un respingo en sus asientos, como si yo les hubiera asestado un golpe físico, mientras sus poderes se estrellaban contra una barrera negra, inflexible, alrededor de las mentes de Lucien y de Tamlin.

Dirigieron sus oscuros ojos hacia mí. Les sostuve la mirada a uno detrás de otro.

—¿Qué pasa? —preguntó Tamlin, y me di cuenta de lo silencioso que se había vuelto todo.

Hice una buena actuación al arrugar la frente como si estuviera confundida.

—Nada. —Dirigí una dulce sonrisa a los dos príncipes—. Vuestras altezas deben de estar cansadas después de un viaje tan largo.

Y para asegurarme, me lancé sobre sus propias mentes para encontrar una pared de hueso blanco.

Se agitaron cuando arrastré las garras negras sobre sus escudos mentales, hundiéndolas con fuerza.

Esa advertencia me costó un dolor de cabeza bajo y pulsante que se formó alrededor de mis sienes. Y simplemente me ocupé de mi comida, ignorando el guiño de Jurian.

Nadie habló durante el resto de la cena.

Capítulo 3

El bosque de primavera quedó en silencio mientras cabalgábamos entre los árboles con brotes recién salidos, pájaros y pequeñas bestias peludas que corrían en busca de refugio mucho antes de que nosotros pasáramos.

No se refugiaban por mí, ni por Lucien, ni por los tres centinelas que iban detrás a una respetuosa distancia. Se refugiaban por Jurian y por los dos comandantes de Hybern que cabalgaban en el centro de nuestro grupo. Como si fueran tan horribles como el bogge, o los naga.

Llegamos al muro sin incidentes y sin que Jurian tratara de distraernos. Yo había estado despierta la mayor parte de la noche, llevando mi mente por toda la mansión, en busca de alguna señal de que Dagdan y Brannagh estuvieran ejerciendo su influencia daemati sobre alguna otra persona. Felizmente, la habilidad para romper conjuros que había heredado de Helion Destructor de Hechizos, alto lord de la Corte Día, no había detectado enredos ni hechizos, salvo los guardias distribuidos por toda la mansión con el encargo de evitar que alguien se transportara para entrar o para salir.

Tamlin había estado tenso en el desayuno, pero no me pidió que me quedara atrás. Incluso llegué a ponerlo a prueba preguntándole qué le pasaba, a lo que solo respondió que le dolía la cabeza. Lucien acababa de darle unas palmaditas en el hombro y le prometió cuidarme. Yo casi me reí de esas palabras.

Pero la risa estaba en ese momento lejos de mis labios ante el muro que palpitaba, una pesada y espantosa presencia que se alzaba a casi un kilómetro de distancia. Muy cerca… Hasta nuestros caballos se mostraban inquietos, sacudían las cabezas y golpeaban con los cascos el suelo cubierto de musgo cuando los atamos a las ramas bajas de un cerezo silvestre en flor.

—La abertura en el muro está aquí —informó Lucien, mostrándose casi tan emocionado como yo de estar en semejante compañía. Pisoteando las flores rosadas, Dagdan y Brannagh se adelantaron para ponerse a su lado, Jurian avanzó para inspeccionar el terreno, los centinelas se quedaron con nuestras monturas.

Seguí a Lucien y a los príncipes, manteniendo una discreta distancia detrás de ellos. Sabía que mis ropas elegantes y delicadas no iban a engañar al príncipe y a la princesa para que olvidaran que una compañera daemati caminaba en ese momento a sus espaldas. De todos modos, había seleccionado cuidadosamente la chaqueta bordada de color zafiro y unos pantalones marrones, adornada solo con el cuchillo enjoyado y el cinturón que Lucien me había obsequiado una vez. Hacía ya mucho tiempo.

—¿Quién rompió el muro aquí? —preguntó Brannagh, observando el agujero que no podíamos ver. Es más, todo el muro era por completo invisible, pero podíamos sentirlo, como si el aire hubiera sido aspirado desde algún impreciso lugar.

—No lo sabemos —contestó Lucien, con los parches de luz del sol brillando sobre los hilos de oro que adornaban su chaqueta de color marrón cervatillo, a la vez que cruzaba los brazos—. Algunos de los agujeros se limitaron a aparecer a lo largo de los siglos. Este es lo bastante ancho para que una persona pueda pasar.

Los gemelos intercambiaron una mirada. Me acerqué a ellos por detrás, para observar la abertura y el muro que la rodeaba. Mi instinto me hacía retroceder ante semejante… malignidad.

—Por aquí fue por donde pasé la primera vez.

Lucien asintió con un gesto y los otros dos levantaron las cejas. Y yo di un paso para acercarme a Lucien. Mi brazo casi rozaba el suyo, haciendo que fuera una barrera entre los otros y yo. Ellos habían sido más cuidadosos en el desayuno esa mañana en cuanto a intentar forzar mis escudos mentales. Sin embargo, en ese momento, al dejar que pensaran que yo estaba físicamente intimidada por ellos…, Brannagh estudió lo cerca que estaba yo de Lucien; y también cómo este se movía un poco para protegerme.

Una pequeña y fría sonrisa le curvó los labios.

—¿Cuántos agujeros hay en el muro?

—Hemos contado tres a lo largo de toda nuestra frontera —respondió Lucien con firmeza—. Además de uno frente a la costa…, más o menos a un kilómetro

y medio de distancia.

No permití que mi fría máscara vacilara mientras él les daba esa información.

Pero Brannagh negó con la cabeza y su cabello oscuro devoró la luz del sol.

—Las entradas por mar no sirven para nada. Necesitamos entrar por tierra firme.

—Seguramente el continente también tiene algunos puntos…

—Sus reinas tienen un dominio sobre su pueblo aún más débil que el vuestro —afirmó Dagdan. Tomé nota de esa valiosa información y la estudié.

—Os dejaremos explorarlo, entonces —concedí, señalando el agujero—. Cuando hayáis terminado, cabalgaremos hasta el siguiente.

—Está a dos días de aquí —informó Lucien.

—Entonces planificaremos esa excursión —dije simplemente. Antes de que Lucien pudiera poner alguna objeción, le pregunté—: ¿Y el tercer agujero?

Él golpeó con un pie contra el suelo cubierto de musgo, pero dijo:

—Dos días más.

Me volví hacia los príncipes con una ceja arqueada.

—¿Podéis transportaros por ahí?

Brannagh se sonrojó, enderezándose. Pero fue Dagdan quien lo admitió.

—Yo puedo. —Debió de haber cargado a Brannagh y a Jurian cuando llegaron. Y agregó—: Solo durante unos pocos kilómetros si llevo a otros.

Me limité a asentir con la cabeza y me dirigí hacia una maraña de arbustos silvestres inclinados. Lucien me siguió muy cerca. Solo cuando ya no había más que flores rosadas secas y la luz del sol se filtraba a través del techo de ramas, y los príncipes ya habían cruzado el muro y se habían perdido de vista, fuera del alcance de nuestros oídos, me detuve encima de una roca lisa y desnuda.

Lucien se sentó contra un árbol cercano y cruzó un tobillo sobre el otro.

—Sea lo que sea que estés planeando, nos meterá hasta las rodillas en la mierda.

—No estoy planeando nada. —Tomé una rosada flor caída y la hice girar entre el pulgar y el índice.

Aquel ojo de oro se entrecerró con un suave clic.

—¿Qué es lo que puedes ver con esa cosa?

Él no respondió.

Tiré la flor sobre el suave musgo entre nosotros.

—¿No confías en mí? ¿Después de todo lo que hemos pasado?

Frunció el ceño mirando la flor desechada, pero no dijo nada.

Busqué en mi mochila hasta que encontré la cantimplora con agua.

—Si hubieras estado vivo cuando empezó la guerra —le pregunté, tomando un trago—, ¿habrías luchado a su lado? ¿O habrías peleado con los humanos?

—Habría sido parte de la alianza entre humanos y fae.

—¿Aunque tu padre no fuera parte de esa alianza?

—Sobre todo si mi padre no lo fuera.

Pero Beron sí había sido parte de esa alianza, si yo recordaba correctamente mis lecciones con Rhys de hacía ya tantos meses.

—Y sin embargo aquí estás, dispuesto a marchar con Hybern.

—Y también lo hice por ti, ya sabes. —Palabras frías y duras—. Fui con él para que te devolvieran.

—Nunca imaginé el poderoso motivador que podía ser la culpa.

—Ese día, tú… te fuiste —dijo, luchando para evitar las palabras «me abandonaste»—. Volví antes que Tamlin a la mansión… Recibí el mensaje cuando estábamos en la frontera y corrimos hacia aquí. Pero el único rastro tuyo era ese anillo, apenas perceptible sobre las losas de la sala. Me deshice de él un momento antes de que Tam llegara a la casa para verlo.

Una cuidadosa declaración de sondeo. De los hechos que no apuntaban al secuestro.

—Me lo hicieron desaparecer del dedo —mentí.

Su garganta delató cómo tragaba con fuerza, pero solo movió la cabeza mientras la luz del sol se filtraba por el dosel de ramas para iluminar el pelo rojo como una brasa de su melena en movimiento.

Permanecimos sentados en silencio durante unos minutos. Por los susurros y murmullos que se oían, los príncipes debían de estar terminando, y me preparé, calculando las palabras que tenía que usar para no parecer suspicaz.

—Gracias. Por ir a Hybern a buscarme —dije en voz baja.

Arrancó un poco de musgo a su lado, con la mandíbula apretada.

—Fue una trampa. Lo que yo pensaba que íbamos a hacer allí… no resultó de esa manera.

Hice un esfuerzo por no mostrar los dientes. Y me acerqué a él para ocupar un lugar a su lado contra el ancho tronco del árbol.

—Esta situación es terrible —comenté, y era la verdad.

Un resoplido bajo.

Golpeé mi rodilla contra la suya.

—No dejes que Jurian te embauque. Él está haciendo todo lo posible para que surja cualquier debilidad entre nosotros.

—Lo sé.

Volví la cara hacia él, y apoyé mi rodilla contra la suya en silencio.

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué Hybern quiere hacer esto más allá de algunos horribles deseos de conquista? ¿Qué lo impulsa…? ¿Su pueblo? ¿El odio? ¿Arrogancia?

Lucien finalmente me miró, las intrincadas piezas y tallas del ojo de metal eran mucho más deslumbrantes de cerca.

—Acaso tú…

Brannagh y Dagdan se abrieron paso entre los arbustos, frunciendo el ceño al encontrarnos sentados allí.

Pero fue Jurian, justo detrás de ellos, como si hubiera estado divulgando los detalles de sus observaciones, quien sonrió al vernos, acercándose hasta que sus rodillas se tocaron y casi nariz con nariz.

—Cuidado, Lucien —refunfuñó el guerrero—. Ya sabes lo que les ocurre a los varones que tocan las pertenencias del alto lord.

Lucien gruñó, pero le lancé una mirada de advertencia.

«Punto demostrado», dije en silencio.

Y a pesar de Jurian, a pesar de los despreciativos príncipes, un extremo de la boca Lucien se curvó hacia arriba.

Ianthe estaba esperando en los establos cuando regresamos.

Había hecho su gran entrada al final del desayuno, horas antes. Entró despreocupadamente en el comedor cuando el sol brillaba en rayos de oro puro que atravesaban las ventanas.

No tenía ninguna duda de que ella había planeado el momento, tal como había planeado detenerse en mitad de uno de esos rayos de sol, en un ángulo que hacía que su pelo brillara con intensidad y la joya de su cabeza ardiera con un fuego azul. Yo habría titulado esa pintura *Modelo de piedad*.

Después de haber sido presentada por Tamlin, ella se dedicó a Jurian, quien solo le había dirigido un gesto como si se tratara de un insecto zumbando en su oreja.

Dagdan y Brannagh habían escuchado su adulación con tal aburrimiento que yo estaba empezando a preguntarme si a esos dos quizá no les apeteciera otra compañía que no fuera la de ellos mismos. En cualquier sentido que se le quisiera dar. Ni un solo parpadeo de interés hacia la belleza que a menudo hacía que hombres y mujeres quedaran boquiabiertos. Tal vez todo tipo de pasión física se había agotado hacía ya tiempo, junto con sus almas.

Así pues, los príncipes de Hybern y Jurian prestaron atención a Ianthe durante un minuto antes de descubrir que la comida era más interesante. Un desprecio que sin duda explicaba por qué ella había decidido reunirse con nosotros ahí, esperando nuestro regreso.

Era la primera vez que cabalgaba en meses, y estaba tan dolorida que casi no pude moverme cuando el grupo desmontó. Le dirigí a Lucien un gesto sutil, suplicante, y apenas fue capaz de ocultar su sonrisa al acercarse a mí.

Nuestro grupo se dispersaba y pudieron ver cómo me cogía por la cintura con sus anchas manos para ayudarme a bajar del caballo. Nadie observó con más interés que Ianthe.

Ya en el suelo, le di unas palmadas de agradecimiento a Lucien en el hombro. Él, siempre gentil, me devolvió el agradecimiento con una reverencia.

Era difícil, a veces, recordar odiarlo. Recordar el juego que yo estaba jugando.

—Un viaje exitoso, espero —gorjeó Ianthe.

Apunté con la barbilla hacia los príncipes.

—Ellos parecen complacidos.

Efectivamente, fuera lo que fuese lo que habían estado buscando, lo encontraron. Yo no me había atrevido a hacer demasiadas preguntas. Aún no.

Ianthe inclinó la cabeza.

—Gracias al Caldero por eso.

—¿Qué quieres? —preguntó Lucien, en tono excesivamente brusco.

Ella frunció el ceño pero levantó la barbilla, doblando las manos por delante.

—Vamos a dar una fiesta en honor a nuestros invitados… para que coincida con el solsticio de verano en pocos días. Quería hablar con Feyre sobre eso. —Una sonrisa de dos caras—. A menos que tengas alguna objeción.

—No la tiene —contesté por él antes de que Lucien pudiera decir algo que luego tuviera que lamentar—. Dame una hora para comer y cambiarme y nos encontraremos en el estudio.

Tal vez mostré un matiz más asertivo de lo que era propio de mí, pero ella

asintió de todas maneras. Pasé mi brazo alrededor del de Lucien invitándolo a acompañarme.

—Nos veremos luego —le dije a ella, y sentí su mirada sobre nosotros mientras caminábamos desde la oscuridad de los establos hacia la luz del mediodía.

El cuerpo de Lucien estaba tenso, casi tembloroso.

—¿Qué pasó entre vosotros? —susurré cuando nos perdimos entre los setos y las sendas de grava del jardín.

—No vale la pena repetirlo.

—Cuando… se me llevaron —me aventuré a decir, casi tropezando con la palabra, casi diciendo «me fui»—, ella y Tamlin…

No estaba fingiendo la tensión en mi estómago.

—No —me interrumpió él con voz ronca—. No. Cuando Calanmai llegó, se negó. Rehusó claramente participar. Lo reemplacé en el Rito, pero…

Lo había olvidado. Me había olvidado de todo acerca de Calanmai y el Rito. Hice un examen mental de aquellos días.

No era de extrañar que lo hubiera olvidado. Había estado en esa cabaña en las montañas. Con Rhys enterrado en mí. Tal vez habíamos generado nuestra propia magia aquella noche.

Pero Lucien…

—¿Llevaste a Ianthe a esa cueva en Calanmai?

No me miró a los ojos.

—Ella insistió. Tamlin estaba… Las cosas estaban mal, Feyre. Yo fui en su lugar, y cumplí con mi deber en la corte. Yo fui por mi propia voluntad. Y llevamos a cabo el Rito.

No era de extrañar que ahora se apartara de él. Había conseguido lo que quería.

—Por favor, no se lo digas a Elain —pidió—. Cuando… cuando la encontremos de nuevo.

Él podría haber completado el Gran Rito con Ianthe por su propia voluntad, pero ciertamente no lo había disfrutado. Alguna línea me parecía borrosa… muy borrosa.

Y el corazón se me agitó levemente en el pecho cuando le dije sin el menor intento de engaño:

—No se lo diré a nadie, a menos que tú lo digas. —El peso de aquel cuchillo enjoyado y el cinturón parecía crecer—. Ojalá hubiera estado yo allí para

impedirlo. Debería haber estado allí para detenerlo. —Estaba convencida de cada una de esas palabras.

Lucien estrechó nuestros brazos unidos mientras rodeábamos un seto, y la mansión apareció ante nosotros.

—Eres una amiga para mí, Feyre —dijo en voz baja—, más de lo que yo nunca fui para ti.

Alis frunció el ceño ante los dos vestidos que colgaban de la puerta del armario, y sus largos dedos marrones alisaron la gasa y la seda.

—No sé si la cintura se puede arreglar —dijo sin mirar hacia atrás, hacia donde yo estaba sentada en el borde de la cama—. Ya sacamos mucho de ahí y no queda mucha tela para jugar… Quizá tendrías que encargar otros vestidos nuevos.

Entonces me miró y recorrió mi cuerpo de arriba abajo.

Yo sabía lo que ella veía…, lo que las mentiras y las sonrisas envenenadas no podían ocultar. Había adelgazado mucho mientras viví aquí después de Amarantha. Sin embargo, a pesar de todo lo que Rhys hizo para dañarme, recuperé el peso que había perdido, había ganado músculos y dejado a un lado la palidez enfermiza en favor de la piel besada por el sol.

Para ser una mujer que había sido torturada y atormentada durante meses, me veía notablemente bien.

Nuestros ojos atravesaron la habitación, el silencio alterado solo por los pocos criados que quedaban en el pasillo, ocupados con los preparativos para el solsticio de la mañana siguiente.

Había pasado los dos días anteriores jugando a ser la bonita mascota, autorizada a participar en las reuniones con los príncipes de Hybern, sobre todo porque me quedaba callada. Ellos eran tan cautelosos como nosotros y respondían con cuidado las preguntas de Tamlin y de Lucien sobre los movimientos de sus ejércitos, sobre sus aliados extranjeros y otros aliados en Prythian. Las reuniones no iban a ninguna parte, ya que todo lo que querían era información sobre nuestras propias fuerzas.

Y sobre la Corte Noche.

Les di a Dagdan y a Brannagh detalles tanto verdaderos como falsos, mezclándolos sin problemas. Ubiqué a las huestes ilyrias entre las montañas y la estepa, pero señalé a su clan más fuerte como el más débil; mencioné la eficacia de las piedras azules de Hybern contra el poder de Cassian y Azriel, pero no mencioné lo fácilmente que ellos las habían evitado. Ante cualquier pregunta que no debía responder, fingí pérdida de memoria o un trauma demasiado grande para recordarlo.

Pero a pesar de mis mentiras y maniobras, los príncipes estaban demasiado en guardia para revelar gran parte de su propia información. Y a pesar de todas mis expresiones cuidadosas, Alis pareció ser la única que notó las pequeñas señales reveladoras que ni siquiera yo podía controlar.

—¿Te parece que hay algún vestido que sea apto para el solsticio? —pregunté con indiferencia mientras ella continuaba en silencio—. Los rosados y verdes podrían valer, pero ya los he usado tres veces.

—Nunca te importaron esas cosas —respondió Alis con un chasquido de la lengua.

—¿No se me permite cambiar de opinión?

Aquellos ojos oscuros se entrecerraron un poco. Pero Alis abrió las puertas del armario de un tirón, los vestidos se balancearon y rebuscó entre ellos en el oscuro interior.

—Podrías ponerte este —contestó ella.

Un conjunto turquesa de ropa de la Corte Noche, cortado de manera muy similar a la moda preferida de Amren, colgaba de sus largos dedos. Mi corazón dio un brinco.

—Eso… ¿por qué…? —Las palabras salían de mí a tropezones, amontonadas y resbaladizas, y me quedé callada dándole un fuerte tirón a mi freno interior. Me enderecé—. Nunca has sido cruel, Alis.

Un resoplido. Volvió a meter la ropa en el armario.

—Tamlin destrozó los otros dos conjuntos… Este se salvó porque estaba en el cajón equivocado.

Tendí un hilo mental hacia el pasillo para asegurarme de que nadie estuviera escuchando.

—Estaba enfadado. Ojalá hubiera destruido este también.

—Yo estaba allí ese día, ¿sabes? —dijo Alis, cruzando sus delgados brazos sobre el pecho—. Vi que llegaba Morrigan. Vi que tomaba ese capullo de poder y te levantaba como a una niña. Le rogué que te sacara.

Tragué saliva sin fingir.

—Nunca se lo dije a él. Nunca se lo dije a ninguno de ellos. Dejé que pensaran que habías sido secuestrada. Pero tú te aferraste a ella, y ella estaba dispuesta a matarnos a todos nosotros por lo que había sucedido.

—No sé por qué supones tal cosa. —Tiré de los bordes de mi vestido de seda para que me quedara más ajustado.

—Los sirvientes hablan. Y en Bajo la Montaña, nunca oí o vi que Rhysand pusiera una mano sobre un sirviente. A los guardias, a los compinches de Amarantha, a la gente a la que se le ordenó matar, sí. Pero nunca a los mansos. Nunca a los que no podían defenderse.

—Es un monstruo.

—Dicen que volviste diferente. Que volviste mal. —Graznó con una risa de cuervo—. Nunca me molesté en decirles que creo que volviste bien. Volviste bien, por fin.

Un precipicio se abrió ante mí. Líneas…, había líneas aquí, y mi supervivencia y la de Prythian dependían de navegarlas bien. Me levanté de la cama. Me temblaban ligeramente las manos.

Y entonces Alis dijo:

—Mi primo trabaja en el palacio en Adriata.

Corte Verano. Alis había sido originariamente de la Corte Verano, y había huido aquí con sus dos sobrinos después de que su hermana hubiera sido brutalmente asesinada durante el reinado de Amarantha.

—Los sirvientes en ese palacio no están destinados a ser vistos u oídos, pero ven y oyen mucho cuando nadie cree que están presentes.

Ella era mi amiga. Ella me había ayudado con gran riesgo en Bajo la Montaña. Había estado a mi lado en los meses posteriores. Pero si ahora lo ponía en peligro todo…

—Dijo que habías ido de visita. Y que estabas sana, riéndote y contenta.

—Era mentira. Él me hizo actuar de esa manera. —El temblor en mi voz no tardó en aparecer.

Una torcida sonrisa de suficiencia.

—Si tú lo dices…

—Pues sí, lo digo yo.

Alis sacó un vestido blanco crema.

—Nunca llegaste a usar este. Lo encargué para después del día de tu boda.

No era exactamente como un vestido de novia, pero era bastante puro.

Limpio. El tipo de vestido que no hubiera querido cuando regresé de Bajo la Montaña, desesperada por evitar cualquier comparación con mi alma arruinada. Pero en ese momento… le sostuve la mirada a Alis y me pregunté cuáles de mis planes había descifrado.

—Solo diré esto una vez —murmuró Alis—: Sea lo que fuere que planeas hacer, te ruego que dejes a mis muchachos fuera de ello. Lleva adelante la venganza que desees, pero, por favor, a ellos no los toques.

Casi comencé a decir: «Yo nunca…». Pero solo sacudí la cabeza, juntando las cejas, confundida y angustiada por completo.

—Lo único que quiero es hacer mi vida aquí. Para sanar.

Sanar la tierra de la corrupción y la oscuridad que se extiende por todos lados.

Alis también pareció entenderlo. Puso el vestido en la puerta del armario, extendiendo la falda amplia, brillante.

—Ponte esto para el solsticio —dijo en voz baja.

Así lo hice.

Capítulo 4

El solsticio de verano fue exactamente como lo recordaba: cintas, serpentinas y guirnaldas de flores por todas partes, barriles de cerveza y vino llevados a las colinas que rodean la finca, altos fae e inmortales menores todos reunidos para participar de las celebraciones.

Pero lo que no estuvo ahí hacía un año era Ianthe.

La celebración sería un sacrilegio, anunció, si no dábamos las gracias primero.

De modo que todos nos levantamos dos horas antes del amanecer, con los ojos adormilados y ninguno de nosotros demasiado deseoso de soportar su ceremonia cuando el sol coronó el horizonte en el día más largo del año. Me pregunté si Tarquin tenía que soportar esos tediosos rituales en su brillante palacio junto al mar. Me pregunté qué clase de celebraciones se llevarían a cabo en Adriata ese día, con el alto lord de Verano que había estado tan cerca de ser un amigo.

Por lo que yo sabía, a pesar de las murmuraciones entre los sirvientes, Tarquin no había enviado nunca la noticia a Tamlin sobre la visita que Rhys, Amren y yo le habíamos hecho. ¿Qué pensaba ahora el señor de Verano de mi cambio de circunstancias? No tenía casi ninguna duda acerca de que Tarquin se había enterado. Y recé para que permaneciera ajeno a ello hasta que mi trabajo aquí terminara.

Alis me había encontrado una lujosa capa de terciopelo blanco para el viaje rápido y brioso hasta las colinas, y Tamlin me había subido a una yegua pálida como la luna con flores silvestres entretejidas en sus crines plateadas. Si hubiera querido pintar una imagen de serena pureza, habría sido la imagen que yo

proyectaba esa mañana, mi cabello trenzado sobre la cabeza, una corona de flores de espino blanco sobre ella. Me había puesto colorete en las mejillas y un leve toque de color en los labios. Como el primer rubor de la primavera en medio de un paisaje invernal.

Cuando nuestra procesión llegó a la colina, una multitud de centenares de personas ya estaban reunidas en lo alto y todos los ojos se volvieron hacia mí. Pero mantuve la mirada al frente, hacia donde Ianthe esperaba ante un rudimentario altar de piedra adornado con flores y los primeros frutos y granos del verano. Su túnica de color azul pálido, por una vez, no tenía capucha, y la diadema de plata descansaba directamente encima de su dorada cabeza.

Le sonreí, mi yegua se detuvo obedientemente en el arco norte del semicírculo que la multitud había formado alrededor del borde de la colina y del altar de Ianthe, y me pregunté si ella podía ver al lobo que sonreía debajo.

Tamlin me ayudó a bajar del caballo, la luz gris del amanecer centelleaba sobre los hilos de oro de su chaqueta verde. Me obligué a mirarlo a los ojos mientras me depositaba sobre la suave hierba, consciente de que todas las miradas estaban sobre nosotros.

El recuerdo brillaba en su mirada…, en la forma en que su mirada se sumergía en mi boca.

Hacía un año me había besado en tal día como este. Hacía un año, yo bailé entre estas personas, despreocupada y alegre por primera vez en mi vida, y creí que era el día más feliz que había tenido y que jamás iba a tener.

Le dirigí una pequeña sonrisa tímida y tomé el brazo que él me tendió. Juntos avanzamos sobre la hierba hacia el altar de piedra de Ianthe; los príncipes de Hybern, Jurian y Lucien detrás.

Me pregunté si Tamlin también estaría recordando otro día hacía tantos meses, cuando yo llevaba un vestido blanco diferente, cuando también hubo flores desparramadas por todos lados.

Cuando mi compañero me rescató después de que hubiera decidido no seguir con la boda, pues una parte fundamental de mí sabía que no estaba bien. Yo pensé que no lo merecía, no quise cargar a Tamlin para toda la eternidad con alguien tan roto como yo estaba en ese momento. Y Rhys…, Rhys me habría dejado casarme con él creyendo que yo era feliz, queriendo que yo fuera feliz aunque eso lo matara a él. Pero en el momento en que dije que no…, él me salvó. Me ayudó a salvarme a mí misma.

Miré de reojo a Tamlin.

Pero él estaba observando mi mano apoyada en su brazo. El dedo vacío donde aquel anillo había estado una vez.

¿Qué pensaba él de eso? ¿Adónde creía que había ido a parar ese anillo si Lucien había ocultado la verdad? Por un instante me compadecí de él.

Lamenté que Lucien no solo le hubiera mentido a él, sino también a Alis. ¿Cuántos otros habían visto la verdad de mi sufrimiento… y trataron de que él no lo supiera?

Vio mi padecimiento y no hizo nada para ayudarme.

Tamlin y yo nos detuvimos ante el altar e Ianthe nos dirigió un sereno e imperial movimiento de cabeza.

Los príncipes de Hybern se pusieron de pie, sin molestarse en esconder su impaciencia. Brannagh había expresado quejas apenas veladas sobre el solsticio durante la cena de la noche anterior, declarando que en Hybern no se molestaban en hacer esas cosas odiosas y seguían con sus juergas. E implicando, a su manera, que pronto nosotros haríamos lo mismo.

Ignoré a los príncipes cuando Ianthe levantó las manos y se dirigió a la multitud desde detrás, a nuestra espalda.

—Un bendito solsticio para todos nosotros.

Entonces comenzó una interminable cadena de oraciones y rituales, con sus más hermosos jóvenes acólitos ayudando a verter el vino sagrado, con la bendición de los frutos de la cosecha sobre el altar, suplicando al sol que se elevara.

Un encantador y ensayado pequeño número. Lucien estaba medio dormido detrás de mí.

Pero yo había repasado la ceremonia con Ianthe, y sabía lo que venía cuando ella levantó el vino sagrado y recitó:

—Así como la luz es más fuerte hoy, apartemos la oscuridad no deseada. Que la mancha negra del mal sea desterrada.

Codazo tras codazo a mi compañero, mi hogar. Pero asentí con la cabeza siguiéndola a ella.

—¿La princesa Brannagh y el príncipe Dagdan nos harían el honor de beber este vino bendito?

La multitud se movió. Los príncipes de Hybern parpadearon, frunciendo el ceño al mirarse uno al otro.

Y yo me aparté a un lado, sonriendo con amabilidad y señalando hacia el altar.

Abrieron la boca, sin duda para negarse, pero Ianthe no podía ser rechazada.

—Bebed, y dejad que nuestros nuevos aliados se conviertan en nuevos amigos —los invitó ella—. Bebed y lavad la noche interminable del año.

Los dos daemati probablemente quisieran haber probado esa copa en busca de veneno por medio alguna magia y habilidad que ellos poseyeran, y yo mantuve la inocente sonrisa en mi cara mientras finalmente se acercaron al altar y Brannagh aceptó la copa de plata que se le ofrecía.

Cada uno tomó apenas un sorbo antes de comenzar a retroceder. Pero Ianthe los retuvo, insistiendo en que fueran detrás del altar para presenciar la ceremonia a su lado.

Me había asegurado de que ella supiera lo disgustados que estaban los de Hybern con nuestros rituales. Y que harían todo lo posible para denigrar su utilidad una vez que regresaran. En ese momento Ianthe parecía inclinada a convertirlos.

Más oraciones y rituales, hasta que Tamlin fue convocado al otro lado del altar para encender una vela por las almas extinguidas en el pasado año, para volver a traerlas al abrazo de la luz cuando el sol se elevara.

El color rosado comenzó a manchar las nubes detrás de ellos.

Jurian también fue llamado para recitar una oración final que yo le había pedido a Ianthe que añadiera, en honor de los guerreros que luchaban por nuestra seguridad cada día.

Y entonces Lucien y yo nos quedamos solos en el círculo de hierba, el altar y el horizonte ante nosotros, la multitud a nuestras espaldas y a nuestros lados.

Por la rigidez de su postura y el dardo de su mirada sobre el altar, supe que en ese momento estaba repitiendo las oraciones, dado que había trabajado con Ianthe para la ceremonia. Él y yo permanecimos de este lado de la línea precisamente cuando el sol estaba a punto de aparecer sobre el mundo, y los otros habían sido apartados.

Ianthe caminó hacia el borde de la colina, su cabello dorado cayendo libre por la espalda al levantar los brazos al cielo. La ubicación era intencionada, como lo era la posición de sus brazos.

Ella había hecho el mismo gesto en el solsticio de invierno, de pie en el punto preciso donde el sol se elevaría entre sus brazos levantados, llenándolos de luz. Sus acólitos habían marcado de forma discreta el lugar en la hierba con una piedra tallada.

Poco a poco, el disco de oro del sol se abrió paso entre los brumosos verdes

y azules del horizonte.

La luz llenó el mundo, clara y fuerte, dirigiéndose justo a nosotros.

La espalda de Ianthe se arqueó, su cuerpo era un simple vaso que la luz del solsticio iba a llenar, y por lo que pude ver de su rostro, ya era la expresión de un piadoso éxtasis.

El sol se elevó, una nota sostenida y dorada resonó en la tierra.

La multitud comenzó a murmurar.

Luego a gritar un nombre.

No el de Ianthe.

Sino el mío.

Se dirigían a mí, resplandeciente y pura, vestida de blanco, empezando a brillar con la luz del día mientras el camino del sol fluía directamente sobre mí.

Nadie se había molestado en confirmar, o siquiera en notar, que la piedra que marcaba el lugar de Ianthe se había desplazado un metro y medio hacia la derecha, demasiado ocupados con mi desfile de llegada para espiar a un viento fantasma que la deslizó por la hierba.

Ianthe tardó más que el resto en mirar.

Se dio la vuelta para ver que el poder del sol no la estaba llenando, bendiciéndola.

Solté el amortiguador de poder que había desatado en Hybern y mi cuerpo se volvió incandescente a medida que la luz brillaba. Pura como el día, pura como la luz de las estrellas.

—Rompemaldiciones —murmuraron algunos.

—Bendita —susurraron otros.

Fingí parecer sorprendida, sorprendida y a la vez aceptando la elección del Caldero. El rostro de Tamlin se veía tenso por el *shock*, los príncipes de Hybern, perplejos como mínimo.

Me volví hacia Lucien, y mi luz resultó tan brillante que rebotó en su ojo de metal. Un amigo que suplica ayuda a otro. Extendí una mano hacia él.

Más allá de nosotros, podía sentir a Ianthe que luchaba para recuperar el control, para encontrar alguna manera de reconducir las cosas.

Quizá Lucien también podría hacerlo. Me tomó la mano y luego apoyó una rodilla en la hierba y apretó mis dedos en su frente.

Como espigas de trigo movidas por el viento, los demás también cayeron de rodillas.

En ninguna de sus ceremonias y rituales preparativos, Ianthe había revelado

señal alguna de poder o bendición. Pero Feyre Rompemaldiciones, que había conducido a Prythian de la tiranía y la oscuridad…

Bendita. Sagrada. Inmune ante el mal.

Dejé que mi brillo se extendiera, hasta que, también, surgió ondulante de la silueta inclinada de Lucien.

Un caballero ante su reina.

Cuando miré a Ianthe y volví a sonreír, dejé que se viera un poco del lobo.

Las festividades, al menos, siguieron siendo las mismas.

Una vez que el alboroto y el temor se aplacaron, una vez que mi propio resplandor desapareció cuando el sol estuvo más alto que mi cabeza, nos dirigimos a las colinas y los campos cercanos, donde los que no habían asistido a la ceremonia ya se habían enterado de mi pequeño milagro.

Me mantuve cerca de Lucien, que se inclinaba a complacerme y, como todo el mundo, parecía estar dividido entre la alegría y el asombro, la pregunta y la preocupación.

Ianthe pasó las siguientes seis horas tratando de explicar lo que había sucedido. El Caldero había bendecido a su amiga elegida, le decía a quien quisiera escucharla. El sol había alterado su propio rumbo para mostrar lo feliz que estaba por mi regreso.

Solo sus acólitos realmente prestaban atención, y la mitad de ellos parecían solo un poco interesados.

Tamlin, sin embargo, se mostraba más cauteloso, como si la bendición me hubiera alterado de alguna manera, como si recordara esa misma luz en Hybern, y no podía imaginar por qué lo perturbaba de esa manera.

Pero el deber le hizo dar gracias y buenos deseos a sus súbditos, guerreros, y lores menores, dejándome libre para deambular de un lado a otro. De vez en cuando era detenida por fervientes y adoradoras hadas que deseaban tocarme la mano, para llorar un poco sobre mí.

En otros tiempos, me habría encogido y estremecido. En ese momento recibí sus agradecimientos y oraciones beatíficamente, agradeciéndoselo a mi vez, sonriéndoles.

Parte de eso era verdad. No tenía disputa alguna con la gente de estas tierras, que había sufrido junto al resto. Ninguna. Pero los cortesanos y los centinelas que me buscaban… Hacía una actuación más elaborada para ellos. «Bendita por el Caldero», me llamaban. «Un honor», respondía yo simplemente.

Una y otra vez repetí esas palabras, a lo largo del desayuno y del almuerzo, hasta que regresé a la casa para refrescarme y tomarme un momento para mí.

En la intimidad de mi habitación, coloqué la corona de flores en el tocador y sonreí ligeramente al ojo tatuado en la palma de mi mano derecha.

El día más largo del año —le dije al lazo, enviando chispazos de todo lo que había ocurrido en lo alto de esa colina—. *Ojalá pudiera pasarlo contigo*.

A él le habría gustado mi actuación, después se habría reído hasta quedar afónico al ver la expresión de Ianthe.

Terminé de lavarme, y estaba a punto de salir de nuevo hacia las colinas cuando la voz de Rhysand llenó mi mente.

Sería un honor —dijo, con su risa acompañando cada palabra— *pasar aunque solo fuera un momento en compañía de Feyre Bendita por el Caldero*.

Me reí. Las palabras eran distantes, tensas. «Hazlo rápido». Tenía que hacerlo rápido o me arriesgaba a que me descubrieran. Y más que nada, necesitaba preguntar:

¿Estáis todos bien?

Esperé, contando los minutos.

Sí. Hasta donde podemos estamos bien. ¿Cuándo volverás a casa, a mí?

Cada palabra era más serena que la anterior.

Pronto —le prometí—. *Hybern está aquí. Pronto terminaré*.

No respondió…, y esperé unos minutos antes de volver a ponerme la corona de flores y bajar la escalera.

Pero cuando salí al jardín engalanado, la débil voz de Rhysand llenó mi cabeza una vez más:

Ojalá también pudiera pasar el día de hoy contigo.

Las palabras se cerraron en un puño alrededor de mi corazón, y las obligué a salir de mi mente cuando volví a la fiesta en las colinas. Mis pasos eran más pesados que cuando me había marchado para volver a entrar en la casa.

El almuerzo ya había sido recogido y el baile había comenzado.

Lo vi esperando fuera de uno de los círculos, observando cada movimiento que yo hacía.

Miré entre la hierba y la multitud y el grupo de músicos que producían una

música tan vivaz con los tambores, los violines y las flautas mientras me acercaba, apenas una gacela tímida y vacilante.

Otrora, esos mismos sonidos me habían mantenido despierta, haciéndome bailar y bailar. Supuse que en ese momento eran poco más que armas en mi arsenal cuando me detuve ante Tamlin, bajé la mirada y le pregunté suavemente:

—¿Bailarías conmigo?

Alivio, felicidad, y un ligero tinte de preocupación.

—Sí. —Respiró—. Sí, por supuesto.

Así que dejé que me llevara en una danza rápida, haciéndome girar e inclinándome, con la gente que se agolpaba para aclamar y aplaudir. Danza tras danza tras danza hasta que el sudor corrió por mi espalda mientras me esforzaba para seguir el ritmo, para mantener esa sonrisa en mi cara, para recordar reír cuando mis manos estaban a la distancia justa de su garganta como para estrangularlo.

La música finalmente cambió por algo más lento, y Tamlin nos condujo siguiendo la melodía. Cuando los demás decidieron que sus propios compañeros eran más interesantes de observar, murmuró:

—Esta mañana… ¿Te sientes bien?

Alcé la cabeza.

—Sí. Yo… no sé qué ha sido eso, pero sí. ¿Ianthe está… enfadada?

—No lo sé. Ella no se lo esperaba… y no creo que asimile demasiado bien las sorpresas.

—Quizá debería disculparme.

Sus ojos parpadearon.

—¿Para qué? Tal vez ha sido una bendición. La magia todavía tiene la capacidad de sorprenderme. Si está enojada, es su problema.

Fingí pensarlo, luego asentí con la cabeza. Me apreté más contra él, detestando cada lugar donde nuestros cuerpos se tocaban. No sabía cómo Rhys había soportado a Amarantha durante cinco décadas.

—Estás preciosa —dijo Tamlin.

—Gracias. —Me obligué a mirarlo a la cara—. Lucien…, Lucien me dijo que no terminaste el rito en Calanmai. Que te negaste.

«Y, en cambio, dejaste que Ianthe lo llevara a esa cueva».

Tragó con fuerza.

—No pude soportarlo.

«Y sin embargo pudiste soportar hacer un trato con Hybern, como si yo fuera

un artículo robado que debía ser devuelto».

—Tal vez esta mañana no ha sido solo una bendición para mí —sugerí.

Una caricia de su mano en mi espalda fue su única respuesta.

Eso fue todo lo que dijimos durante las siguientes tres danzas, hasta que el hambre me arrastró hacia las mesas donde la cena ya había sido servida. Dejé que llenara un plato para mí, que se sirviera a sí mismo, y luego encontramos un lugar bajo un retorcido y viejo roble para disfrutar del baile y la música.

Casi le pregunté si valía la pena, si renunciar a este tipo de paz para tenerme de vuelta valía la pena. Pues Hybern vendría aquí, a ocupar estas tierras. Y no habría más canto y baile. No una vez que llegaran.

Pero me quedé callada hasta que la luz del sol se desvaneció y finalmente cayó la noche.

Las estrellas aparecieron parpadeando, menos brillantes y pequeñas por encima de las llameantes hogueras.

Las observé durante las largas horas de celebración, y habría jurado que me hicieron compañía, mis silenciosas y firmes amigas.

Capítulo 5

Me arrastré de regreso a la mansión dos horas después de la medianoche, demasiado agotada para resistir hasta el amanecer. Especialmente cuando advertí la forma en que Tamlin me miraba, recordando aquel amanecer del año pasado cuando me alejó de la fiesta y me besó en el momento en que salía el sol.

Le pedí a Lucien que me acompañara, y él se mostró más que feliz de hacerlo, dado que su propio estatus de macho apareado hacía que no tuviera interés en ningún tipo de compañía femenina en esos días. Y además para poder huir de Ianthe, que había estado tratando de arrinconarlo durante toda la celebración para preguntarle sobre lo que había sucedido en la ceremonia.

Me puse el camisón, una pequeña prenda de encaje que había utilizado alguna vez para el disfrute de Tamlin y que en ese momento me alegraba tener debido al sudor del día todavía pegado a mi piel, y me metí en la cama.

Durante casi media hora pateé las sábanas, tironeándolas, arrastrándolas y dando vueltas.

El attor. La Tejedora. Mis hermanas arrojadas al Caldero. Todos ellos se entrelazaban y giraban en torno a mí. Los dejé hacer.

La mayoría estaban todavía en la fiesta cuando grité, un agudo y corto grito que me hizo saltar de la cama.

Mi corazón retumbó por todas mis venas, por mis huesos, mientras abría la puerta, sudando y demacrada, para avanzar por el pasillo.

Lucien contestó al segundo golpe en la puerta.

—Te he oído… ¿Qué pasa? —Me observó detenidamente, su ojo rojo muy abierto recorriendo mi cabello despeinado, mi camisón sudoroso.

Tragué saliva, y una pregunta silenciosa se instaló en mi cara, y él asintió con la cabeza, retrocediendo hacia el interior de la habitación para dejarme entrar. Desnudo de la cintura para arriba, había logrado ponerse un par de pantalones antes de abrir la puerta, y se los abotonó apresuradamente mientras yo pasaba por delante de él.

Su habitación había sido decorada con los colores de la Corte Otoño —el único homenaje a su casa que se había permitido—, e inspeccioné el espacio oscuro como la noche, las sábanas arrugadas. Se sentó en el brazo curvo de un enorme sillón delante de la chimenea ennegrecida, observando cómo retorcía las manos en el centro de la alfombra carmesí.

—Sueño con eso —expliqué en tono áspero—. En Bajo la Montaña. Y cuando me despierto no puedo recordar dónde estoy. —Levanté el brazo izquierdo, en ese momento sin ataduras—. No puedo recordar en qué tiempo estoy.

Verdad… y media mentira. Todavía soñaba con esos días horribles, pero ya no me consumían tanto. Ya no corría al baño en mitad de la noche para vomitar.

—¿Qué has soñado esta noche? —preguntó en voz baja.

Arrastré mis ojos hacia los suyos, atormentados y sombríos.

—Ella me hizo clavar en la pared. Como a Clare Beddor. Y el attor estaba…

Me estremecí y me pasé las manos por la cara.

Lucien se levantó para acercarse a mí. La ondulación del miedo y el dolor en mis propias palabras enmascaraban bastante mi perfume, enmascaraban mi propio poder a la vez que mis oscuros lazos percibían una ligera vibración en la casa.

Lucien se detuvo a un palmo de mí. Ni siquiera se opuso cuando yo arrojé los brazos alrededor de su cuello y apoyé el rostro en su cálido pecho desnudo. Era el agua de mar del propio don de Tarquin lo que salía de mis ojos, para correr por mis mejillas y sobre su dorada piel.

Lucien soltó un pesado suspiro y deslizó un brazo alrededor de mi cintura, mientras el otro se enredaba en mi cabello para acunarme la cabeza.

—Lo siento —murmuró—. Lo siento.

Me abrazó, trazando suaves líneas por mi espalda con el dedo, y yo serené mi llanto, y esas lágrimas de agua de mar se secaron como arena húmeda al sol.

Finalmente levanté la cabeza apartándola de su pecho esculpido, clavando los dedos en los músculos duros de sus hombros mientras miraba su preocupado rostro. Respiré hondo varias veces, con el ceño fruncido y abrí la boca…

—¿Qué está pasando?

Lucien giró la cabeza hacia la puerta.

Allí estaba Tamlin, con su cara que era una máscara de fría calma. Los inicios de las garras brillaban en sus nudillos.

Nos separamos demasiado rápido para ser natural.

—He tenido una pesadilla —le expliqué, acomodando mi camisón—. Yo… yo no quería despertar a nadie en la casa.

Tamlin miraba a Lucien, cuya boca se había apretado en una delgada línea al advertir aquellas garras, todavía a medio salir.

—He tenido una pesadilla —repetí un tanto bruscamente, agarrando el brazo de Tamlin y sacándolo de la habitación antes de que Lucien pudiera siquiera abrir la boca.

Cerré la puerta, pero aún podía sentir la atención de Tamlin fija en el macho detrás de ella. No retrajo las garras. Tampoco las invitó a salir del todo.

Caminé los pocos metros hasta mi habitación mirando a Tamlin, que observaba el pasillo, como midiendo la distancia entre mi puerta y la de Lucien.

—Buenas noches —dije y le cerré la puerta en la cara.

Esperé los cinco minutos que necesitó Tamlin para decidir no matar a Lucien, y luego sonreí.

Me pregunté si Lucien habría comprendido lo sucedido. Que yo sabía que Tamlin vendría a mi habitación esa noche, después de que yo lo hubiera tocado y mirado con timidez tantas veces aquel día. Que me había puesto mi camisón más indecente no por el calor, sino para que cuando mis invisibles hilos en la casa me informaran de que Tamlin por fin había reunido el coraje para venir a mi dormitorio, yo estaría lista para interpretar mi papel.

Una pesadilla fingida, la evidencia puesta en su lugar con mis sábanas revueltas. Había dejado la puerta de Lucien abierta, con él demasiado distraído y sin sospechar por qué estaba yo allí en realidad para molestarse en cerrarla, o notar el escudo de aire sólido que había colocado alrededor de la habitación para que él no sintiera el olor de Tamlin cuando este llegara.

Hasta que Tamlin nos vio allí, nuestros miembros entrelazados, mi camisón recogido, mirándonos tan intensamente, tan llenos de emoción que o bien estábamos comenzando, o estábamos terminando. Que ni siquiera nos dimos cuenta hasta que Tamlin estuvo allí… y el escudo invisible desapareció antes de que pudiera sentirlo.

«Una pesadilla», le había dicho a Tamlin.

Yo era la pesadilla.

Y eso era lo que Tamlin había temido desde mis primeros días aquí.

No me había olvidado de la pelea que había tenido con Lucien hacía mucho tiempo. La advertencia de que dejara de flirtear conmigo. Que se mantuviera alejado. El temor de que yo hubiera preferido al lord pelirrojo antes que a él, lo que pondría en riesgo su plan. «Retírate», le había ordenado a Lucien.

Yo no tenía ninguna duda de que Tamlin estaba en este momento revisando todas las miradas, todas las conversaciones desde entonces. Cada vez que Lucien había intervenido en mi nombre, tanto en Bajo la Montaña como después. Sopesando hasta qué punto ese nuevo lazo de apareamiento con Elain dominaba a su amigo.

Considerando cómo aquella misma mañana Lucien se había arrodillado ante mí, jurando fidelidad a un dios recién nacido, como si ambos hubiéramos sido bendecidos por el Caldero.

Me permití sonreír un momento más, luego me vestí.

Había más trabajo por hacer.

Capítulo 6

Un juego de llaves de los portones de entrada a la propiedad había desaparecido.

Pero después del incidente de la noche anterior, a Tamlin pareció no importarle.

El desayuno transcurrió en silencio, los príncipes de Hybern molestos por haber tenido que esperar tanto tiempo para ver la segunda abertura en el muro, y Jurian, por una vez, demasiado cansado para hacer cualquier cosa que no fuera meter carne y huevos en su odiosa boca.

Tamlin y Lucien, al parecer, habían hablado antes del desayuno, pero este último había decidido mantener una distancia prudente conmigo. Ni mirarme ni dirigirme la palabra, como si todavía tuviera que convencer a Tamlin de nuestra inocencia.

No sabía si preguntarle o no a Jurian si él había robado las llaves a quien fuera el guardia que las había perdido, pero mi silencio fue una bienvenida postergación.

Hasta que Ianthe entró, evitando cuidadosamente mirarme, como si yo fuera en efecto el sol cegador que le habían robado a ella.

—Siento interrumpir vuestro desayuno, pero tenemos un asunto que discutir, alto lord —dijo Ianthe, su pálido vestido meciéndose sobre los pies al detenerse a mitad de camino de la mesa.

Todos nos reanimamos un poco ante eso.

Tamlin, preocupado y enojado, preguntó:

—¿De qué se trata?

Fingió darse cuenta en aquel momento de que los príncipes de Hybern estaban presentes. Escuché. Intenté no resoplar ante la mirada nerviosa que

Ianthe les lanzó a ellos y luego a Tamlin. Las siguientes palabras no fueron ninguna sorpresa:

—Quizá deberíamos esperar hasta después del desayuno. Cuando estés solo.

Sin duda, un juego de poder, para recordarles que ella sí tenía influencia aquí con Tamlin. Que Hybern podría querer permanecer de su parte, considerando la información que poseía. Pero yo fui lo suficientemente cruel para decir con voz dulce:

—Si podemos confiar en nuestros aliados en Hybern para ir a la guerra con nosotros, entonces también podemos confiar en su discreción. Adelante, Ianthe.

Ni siquiera miró en mi dirección. Y ya atrapado entre el insulto y la cortesía…, Tamlin sopesó nuestra compañía contra la postura de Ianthe y habló:

—Escuchemos lo que tienes que decir.

Su pálida garganta se movió al tragar.

—Se trata de… Mis acólitos descubrieron que la tierra alrededor de mi templo se está… muriendo.

Jurian puso los ojos en blanco y volvió a su tocino.

—Pues díselo a los jardineros —sugirió Brannagh, y retornó a su comida. Dagdan soltó una risita detrás de su taza de té.

—No es una cuestión de jardinería. —Ianthe se tensó—. Es una plaga sobre la tierra. Hierba, raíz, brote…, todo marchito y enfermizo. Eso huele a los naga.

Fue un esfuerzo no mirar a Lucien… para ver si también él había visto el brillo demasiado ansioso en los ojos de ella. Incluso Tamlin soltó un suspiro, como si se diera cuenta de qué iba aquello: un intento de recuperar algo de terreno, tal vez un plan para envenenar la tierra y luego curarla de forma milagrosa.

—Hay otros lugares en el bosque donde las cosas han muerto y no volverán —prosiguió Ianthe, apretando una mano adornada con plata sobre su pecho—. Me temo que es una advertencia de que los naga se están reuniendo y planean atacar.

Ah, por fin había logrado irritarla. Me había estado preguntando qué haría ella después del solsticio de ayer, después de haberle robado su momento y su poder. Pero esto… Era muy astuta.

Oculté mi sonrisa en lo más profundo y dije con suavidad:

—Ianthe, quizá realmente sea un asunto para los jardineros.

Ella se puso rígida y al fin me miró. «Crees que estás jugando el juego —ansiaba decirle—, pero ni te imaginas que cada elección que tomaste anoche y

esta mañana solo han sido pasos a los que yo te he empujado».

Apunté con la barbilla a los príncipes, y luego a Lucien.

—Vamos a salir esta tarde para examinar el muro, pero si el problema persiste cuando regresemos dentro de unos días, te ayudaré a investigarlo.

Aquellos dedos con anillos de plata se convirtieron en puños cerrados a los costados. Pero como la verdadera víbora que era, Ianthe le dijo a Tamlin:

—¿Te vas con ellos, alto lord?

Ella nos miró a mí y a Lucien… La evaluación fue demasiado persistente para ser casual.

Un dolor de cabeza débil, ligero, ya se estaba formando, y empeoraba con cada palabra de su boca. Me había acostado muy tarde y dormido demasiado poco. Y necesitaba mi fuerza para los días que se avecinaban.

—No vendrá —dije yo, interviniendo antes de que Tamlin pudiera responder.

Dejó los cubiertos.

—Creo que sí iré.

—No necesito escolta —repliqué.

Jurian resopló.

—¿Empiezas a dudar de nuestras buenas intenciones, alto lord?

Tamlin le gruñó:

—Cuida tus palabras.

Puse la mano abierta sobre la mesa.

—Estaré bien con Lucien y los guardias.

Lucien parecía tentado a hundirse en su asiento y a desaparecer para siempre.

Observé a Dagdan y a Brannagh y sonreí un poco.

—Sé defenderme, llegado el caso —le dije a Tamlin.

La daemati me devolvió la sonrisa. No había sentido otro toque en mis barreras mentales, o las que había estado levantando para tanta gente como fuera posible. El uso constante de mi poder, sin embargo, me estaba cansando…, y estar lejos de este lugar durante cuatro o cinco días sería un bienvenido alivio.

Sobre todo cuando Ianthe le murmuró a Tamlin:

—Quizá deberías ir, amigo mío. —Esperé… esperé cualquier tontería que estuviera por salir de esa boca retorcida—. Nunca se sabe cuándo la Corte Noche intentará arrebatártela.

Tuve un instante para pensar mi reacción. Para optar por acomodarme en mi silla, los hombros inclinados hacia dentro, evocando las imágenes de Clare, de

Rhys con esas flechas de cenizas atravesando sus alas…, cualquier cosa para encubrir mi perfume de miedo.

—¿Tienes noticias? —susurré.

Brannagh y Dagdan parecían muy interesados en eso.

La sacerdotisa abrió la boca, pero Jurian la interrumpió y habló lentamente:

—No hay noticias. Las fronteras están seguras. Rhysand sería muy tonto si tentara su suerte viniendo aquí.

Yo miraba mi plato. Era la imagen de un terror reverente.

—Tonto, sí —replicó Ianthe—, pero con una *vendetta* pendiente. —Ella miraba a Tamlin y el sol de la mañana brillaba en la joya encima de su cabeza—. Tal vez si le devolvieras las alas de su familia, él podría… llegar a un acuerdo.

Por un instante, el silencio me atravesó ondulante.

Seguido por una ola rugiente que ahogaba casi todo pensamiento, todo instinto de autoconservación. Apenas si podía oír por encima de ese rugido en mi sangre, en mis huesos.

Pero sus palabras, el ofrecimiento…, un intento barato de atraparme. Fingí no oír, no darle importancia. Incluso mientras esperaba y esperaba la respuesta de Tamlin.

Cuando este contestó, lo hizo en voz baja:

—Las quemé hace mucho tiempo.

Habría jurado que había algo así como remordimiento…, remordimiento y vergüenza en sus palabras.

Ianthe tan solo comentó:

—Lástima. Podría haber pagado generosamente por ellas.

Me dolían las piernas por el esfuerzo de no saltar sobre la mesa para aplastarle la cabeza contra el suelo de mármol.

En cambio, le hablé a Tamlin en tono amable y pacificador.

—Estaré bien. —Le toqué la mano, rozando el dorso con mi pulgar. Le sostuve la mirada—. No empecemos con eso otra vez.

Al apartarme, Tamlin se limitó a lanzarle a Lucien una mirada en la que cualquier rastro de esa culpa ya había desaparecido. Sus garras se deslizaron con suavidad, clavándose en la ya muy marcada madera del brazo de su silla.

—Ten cuidado.

A todos nos quedó claro que eso era una amenaza.

Era un viaje de dos días a caballo, pero nos llevó solo un día llegar alternando transportación y caminata. Podríamos haber hecho unos cuantos kilómetros cada vez, pero Dagdan era más lento de lo que había previsto, dado que tenía que llevar a su hermana y a Jurian en cada transportación. No lo culpo por ello. Con cada uno de nosotros llevando a otro, el desgaste era considerable. Lucien y yo cargábamos un guardia cada uno, hijos de lores menores que habían sido entrenados para ser corteses y atentos. Los suministros, como resultado, eran limitados. Incluyendo las tiendas de campaña.

Cuando llegamos al agujero de la pared, la oscuridad estaba cayendo.

Las pocas provisiones que habíamos llevado también habían entorpecido nuestra transportación, y dejé que los guardias levantaran las tiendas para nosotros, yo siempre en el papel de la dama dispuesta a ser atendida. Nuestra cena alrededor de la pequeña fogata transcurrió casi en total silencio. Ninguno de nosotros se molestó en hablar, salvo Jurian, que interrogó sin parar a los guardias sobre su entrenamiento. Los gemelos se retiraron a su propia tienda después de haber cogido los sándwiches de carne que habíamos preparado. Fruncieron el ceño al observarlos como si estuvieran llenos de gusanos, y Jurian se alejó por el bosque poco después, afirmando que quería dar un paseo antes de dormir.

Me dirigí a la tienda de lona cuando el fuego se estaba apagando. El espacio apenas era lo bastante grande para que Lucien y yo pudiéramos dormir hombro con hombro.

Su pelo rojo brilló a la débil luz del fuego un momento después, cuando empujó las puertas de lona y soltó una palabrota.

—Quizá debería dormir fuera.

Puse los ojos en blanco.

—Por favor.

Una mirada cautelosa, considerada, a la vez que se agachaba para quitarse las botas.

—Tú sabes que Tamlin puede ser… sensible sobre ciertas cosas.

—También puede ser una verdadera molestia —respondí con brusquedad, y me deslicé debajo de las mantas—. Si le permites salirse con la suya con cada ápice de paranoia y territorialismo, será cada vez peor.

Lucien se desabotonó la chaqueta y, sin quitarse la ropa, se deslizó sobre su jergón.

—Creo que es peor porque vosotros dos no lo habéis hecho… Quiero decir, no lo has hecho, ¿verdad?

Me puse tensa, tirando de la manta hasta taparme los hombros.

—No. No quiero que nadie me toque de esa manera, no durante un tiempo.

El silencio de Lucien era muy pesado. Odiaba la mentira, la odiaba por lo sucio que se sentía al sostenerla.

—Lo siento —dijo. Y me pregunté por qué otra cosa se estaba disculpando mientras lo miraba a la cara en la oscuridad de nuestra tienda.

—¿No hay alguna manera de salir de este acuerdo con Hybern? —Mis palabras eran apenas más fuertes que las brasas susurrantes del exterior—. He vuelto y estoy segura. Podríamos encontrar alguna manera de evitarlo…

—No. El rey de Hybern elaboró su trato con Tamlin con mucha habilidad, muy claramente. La magia los une…, la magia lo golpeará si no permite que Hybern entre en estas tierras.

—¿Cómo? ¿Matándolo?

El suspiro de Lucien agitó mi cabello.

—Recurrirá a sus propios poderes, tal vez para matarlo. La magia tiene que ver con el equilibrio. Por eso no podía interferir con tu trato con Rhysand. Incluso la persona que intenta romper el acuerdo sufre las consecuencias. Si te hubiera mantenido aquí, la magia que te unía a Rhys podría haber reclamado su vida como pago por la tuya. O la vida de alguien que le importara. Es magia antigua, antigua y extraña. Por ese motivo evitamos negociar a menos que sea necesario: ni siquiera los eruditos de la Corte Día saben cómo funciona. Créeme, lo he preguntado.

—Por mí…, les preguntaste por mí.

—Sí. Fui el invierno pasado para preguntar sobre cómo romper tu trato con Rhys.

—¿Por qué no me lo dijiste?

—Yo… No queríamos darte falsas esperanzas. Y no nos atrevimos a dejar que Rhysand se enterara de lo que estábamos haciendo, en caso de que él encontrara una manera de interferir para detenerlo.

—Así que Ianthe empujó a Tamlin a Hybern.

—Estaba frenético. Los eruditos de la Corte Día trabajaban demasiado lentamente. Le rogué que me diera más tiempo, pero tú ya llevabas meses

ausente. Él quería actuar, no esperar…, a pesar de la carta que enviaste. Debido a la carta que enviaste. Al final le dije que siguiera adelante después… después de ese día en el bosque.

Me volví sobre la espalda, mirando el techo inclinado de la tienda.

—¿Tan mal se puso? —inquirí en voz baja.

—Ya has visto tu habitación. La destrozó. Destrozó el estudio, su propio dormitorio. Mató a los centinelas que habían estado de guardia. Después de sacarles hasta el último retazo de información. Los ejecutó delante de todos en la mansión.

Se me heló la sangre.

—No lo detuviste.

—Lo intenté. Le rogué misericordia. No escuchó. No podía escuchar.

—¿Los centinelas tampoco trataron de detenerlo?

—No se atrevieron. Feyre, él es un alto lord. Es una casta diferente.

Me pregunté si diría lo mismo si supiera lo que yo era.

—Estábamos arrinconados, sin opciones. Ninguna. Se trataba de ir a la guerra con la Corte Noche aliada a Hybern, o aliarnos nosotros con Hybern; que ellos trataran de provocar problemas, y luego usar esa alianza en beneficio nuestro más adelante.

—¿Qué quieres decir? —suspiré.

Pero Lucien se dio cuenta de lo que había dicho, y esquivó la pregunta.

—Tenemos enemigos en todas las cortes. La alianza con Hybern hará que se lo piensen dos veces.

«Mentiroso. Entrenado y astuto mentiroso».

Solté un suspiro pesado y somnoliento.

—Aunque ahora sean nuestros aliados —murmuré—, yo sigo odiándolos.

Un resoplido.

—Yo también.

—Levántate.

La cegadora luz del sol entraba en la tienda, y solté un bufido.

La orden fue ahogada por el gruñido de Lucien cuando se sentó.

—Fuera —le ordenó a Jurian, que nos lanzó una mirada, se burló y se alejó.

Yo había rodado sobre el jergón de Lucien en algún momento, cualquier otra intención quedaba en segundo plano respecto de mi más urgente necesidad de calor. Pero no tuve duda de que Jurian guardaría la información para arrojársela a la cara a Tamlin al regresar: habíamos compartido una tienda y estábamos muy acurrucados al despertar.

Me lavé en el arroyo cercano, mi cuerpo rígido y dolorido después de una noche en el suelo, con o sin el auxilio de un jergón.

Brannagh rondaba por el arroyo cuando terminé. La princesa me dirigió una sonrisa fría y forzada.

—Yo también escogería al hijo de Beron.

Miré a la princesa bajo las cejas fruncidas.

Ella se encogió de hombros y agrandó su sonrisa.

—Los hombres de la Corte Otoño tienen fuego en la sangre… y hacen el amor de esa manera, también.

—Supongo que lo sabes por experiencia, ¿no?

Una risita.

—¿Por qué crees que me divertí tanto en la guerra?

No me molesté en ocultar mi desagrado.

Lucien me sorprendió al acercarme a él cuando las palabras de Brannagh se repitieron por décima vez una hora más tarde, mientras recorríamos la distancia de menos de un kilómetro hacia la grieta en el muro.

—¿Qué? —preguntó.

Negué con la cabeza, tratando de no imaginar a Elain sometida a ese… fuego.

—Nada —respondí, justo cuando Jurian empezaba a proferir maldiciones más adelante.

Ambos estábamos avanzando en la dirección de donde provenían sus gritos… y entonces echamos a correr acompañados del ruido quejoso de una espada que salía de su vaina. Hojas y ramas me azotaban, y luego llegamos al muro, ese invisible, horrible límite que zumbaba y palpitaba en mi cabeza.

Y mirándonos directamente a nosotros a través del agujero había tres hijos de los benditos.

Capítulo 7

Brannagh y Dagdan parecían haber encontrado un segundo desayuno esperándolos.

Jurian sacó su espada, las dos jóvenes y un muchacho boquiabiertos entre él y los demás. Entonces nos miraron a nosotros, con los ojos muy abiertos al descubrir la cruel belleza de Lucien.

Cayeron de rodillas.

—Amos y amas —suplicaron. Sus joyas de plata brillaban a la luz del sol tamizada a través de las hojas—. Nos habéis encontrado en nuestro viaje.

Los dos príncipes sonrieron tan ampliamente que pude ver todos sus dientes demasiado blancos.

Jurian, por una vez, se mostró indeciso antes de quejarse.

—¿Qué estáis haciendo aquí?

La joven de pelo oscuro, la que estaba delante, era encantadora. Su piel de miel dorada se sonrojó al levantar la cabeza.

—Hemos venido a morar en las tierras inmortales; hemos venido como tributo.

Jurian dirigió su mirada fría y dura a Lucien.

—¿Es eso cierto?

Lucien lo miró fijamente.

—No aceptamos ningún tributo de las tierras humanas. Y menos todavía de niños.

No importaba que los tres parecieran apenas unos años más jóvenes que yo.

—¿Por qué no venís a este lado? —los invitó Brannagh—, así podremos… divertirnos. —Ella, en realidad, estaba evaluando al jovencito de cabello castaño

y a la otra muchacha, la de pelo marrón rojizo, rostro afilado pero interesante. Por el modo en que Dagdan se quedó mirando a la hermosa joven que estaba delante, supe que había hecho silenciosamente su elección.

Me coloqué delante de ellos y les dije a los tres mortales:

—Fuera. Regresad a vuestras aldeas, regresad a vuestras familias. Si cruzáis este muro moriréis.

Se pusieron de pie para retroceder, los rostros tensos por el temor… y el asombro.

—Hemos venido a vivir en paz.

—No hay tal cosa aquí. Solo hay muerte para los de vuestra especie.

Sus ojos se deslizaron hacia los inmortales que había detrás de mí. La joven de cabello oscuro se ruborizó ante la mirada intencionada de Dagdan, viendo en él la belleza del alto fae y nada del depredador.

Entonces reaccioné.

El muro se convirtió en una horrible prensa que chirriaba, aplastando mi magia, golpeándome la cabeza.

Sin embargo lancé mi poder a través de esa brecha y la cerré en sus mentes.

Demasiado fuerte. El joven se estremeció un poco.

Tan suaves…, tan indefensas, sus mentes cedían como manteca que se derrite en la lengua.

Vi fragmentos de sus vidas como trozos de un espejo roto, reflejándose en todas direcciones: la muchacha de pelo oscuro era rica, educada, obstinada… Intentaba escapar de un matrimonio arreglado y creía que Prythian era una mejor opción. La niña de pelo rojo no había conocido más que la pobreza y los puños de su padre, que se habían vuelto más violentos después de haber terminado con la vida de su madre. El joven se había vendido en las calles de una gran aldea hasta que los hijos de los benditos llegaron un día y le ofrecieron algo mejor.

Actué con rapidez. Pulcramente.

Terminé antes de que pasaran tres latidos del corazón, antes incluso de que Brannagh hubiera tomado aire para decir:

—Aquí no hay muerte. Solo placer, si estáis dispuestos.

Aunque no estuvieran dispuestos, quise añadir.

Pero los tres en ese momento parpadeaban… mientras retrocedían.

Nos miraban viendo lo que éramos: mortíferos, despiadados. La verdad de las historias que contaban.

—Tal vez… hemos cometido un error —dijo su líder, retrocediendo un paso.

—O tal vez es cosa del destino —replicó Brannagh con una sonrisa de serpiente.

Seguían retrocediendo. Seguían viendo las historias que yo había implantado en sus mentes…, que estábamos aquí para herirlos y matarlos, que habíamos hecho eso con todos sus amigos, que los usaríamos y los tiraríamos a un lado. Les mostré a los naga, al bogge, al gusano Middengard; les mostré a Clare y a la reina de cabellos dorados, ensartada en ese poste de luz. Los recuerdos que les di se convirtieron en historias que habían ignorado…, pero que en ese momento entendieron con nosotros delante de ellos.

—Venid aquí —ordenó Dagdan.

Las palabras avivaron el fuego de su miedo. Los tres se volvieron, sus pesadas y pálidas túnicas girando con ellos, y corrieron hacia los árboles.

Brannagh se tensó, como si fuera a lanzarse tras ellos a través del muro, pero la agarré del brazo y susurré:

—Si los persigues, entonces tú y yo vamos a tener un problema.

Para dar más énfasis a mis palabras, arrastré mis garras mentales sobre su propio escudo.

La princesa me gruñó.

Pero los humanos ya se habían ido.

Recé para que escucharan la otra orden que había entretejido en sus mentes: debían subir a un barco, juntar a tantos amigos como pudieran y huir hacia el continente. Para regresar aquí solo cuando la guerra hubiera terminado. Y que advirtieran a tantos humanos como les fuera posible para que se marcharan antes de que fuera demasiado tarde.

Los príncipes de Hybern gruñeron su disgusto, pero los ignoré, busqué un sitio junto a un árbol y me senté a esperar, pues no confiaba en ellos si permanecían en este lado de la frontera.

Ellos reanudaron su trabajo, recorriendo el muro de un lado a otro.

Un momento después, un cuerpo masculino apareció junto al mío.

No era Lucien, me di cuenta sobresaltada, pero sin mostrarlo.

Los ojos de Jurian seguían fijos en el lugar donde habían estado los humanos.

—Gracias —dijo con voz áspera.

—No sé de qué estás hablando —respondí, muy consciente de que Lucien observaba cuidadosamente desde la sombra de un roble cercano.

Jurian me dirigió una sonrisa de complicidad y caminó hacia Dagdan.

Les llevó todo el día.

Fuera lo que fuese que estaban inspeccionando, fuera lo que fuese que estaban buscando, los príncipes no nos lo dijeron.

Y después del enfrentamiento de esa mañana, sabía que presionarlos para que lo revelaran no serviría de nada. Había agotado mi cuota de tolerancia para ese día.

Así que pasamos otra noche en el bosque, y así fue como terminé sentada al otro lado de Jurian frente al fuego después de que los gemelos se hubieran retirado a su tienda y los centinelas se hubiesen dirigido a ocupar sus puestos de vigilancia. Lucien había ido al arroyo a buscar más agua, y yo miraba la danza de las llamas entre los troncos, sintiendo el eco dentro de mí.

Lanzar mi poder a través del muro me había dejado con el martilleo de un persistente dolor de cabeza todo el día, y un más que leve mareo. Sin duda el sueño pronto me iba a dominar, pero el fuego era demasiado tibio y la noche de primavera demasiado fresca para atravesar de buena gana esa larga brecha de oscuridad entre las llamas y mi tienda.

—¿Qué pasa con los que logran traspasar el muro? —preguntó Jurian, con las duras facciones de su rostro suavizadas por el fuego.

Apoyé el tacón de mi bota en la hierba.

—No lo sé. Nunca regresaron después de haberse ido. Pero mientras Amarantha gobernaba había criaturas que rondaban estos bosques, así que… no creo que terminaran bien. Nunca encontré mención alguna de que hubieran estado en ninguna corte.

—Hace quinientos años, habrían sido azotados por semejante insensatez —dijo Jurian—. Fuimos sus esclavos, sus prostitutas y sus trabajadores durante milenios…, varones y hembras lucharon y murieron para que nunca tuviéramos que servirles de nuevo. Sin embargo, allí están, con esos ropajes, sin conciencia del peligro, de la historia.

—Cuidado, o podrías no sonar como la mascota fiel de Hybern.

Una risa sorda y odiosa.

—Eso es lo que crees que soy, ¿no?, su perro.

—¿Cuál es el objetivo final, entonces?

—Tengo asuntos pendientes.

—Miryam está muerta.

Esa locura bailó de nuevo, reemplazando la rara lucidez.

—Todo lo que hice durante la guerra fue por Miryam y por mí. Para que nuestro pueblo sobreviviera y un día fuera libre. Y ella me dejó por ese príncipe de bello rostro en el momento en que puse a mi pueblo antes que a ella.

—Me dijeron que te dejó porque te concentraste tanto en extraer información de Clythia que perdiste de vista el conflicto real.

—Miryam me dijo que siguiera adelante y le hiciera el amor en busca de información. Me dijo que sedujera a Clythia hasta que hubiese vendido a todos los de Hybern y a los leales. Ella no tenía escrúpulos con eso. Ningún escrúpulo.

—Entonces ¿todo esto es para recuperar a Miryam?

Él estiró sus piernas largas delante de sí, cruzando un tobillo sobre el otro.

—Es para sacarla de su pequeño nido con ese idiota alado y hacer que se arrepienta.

—¿Tienes una segunda oportunidad en la vida y eso es lo que quieres hacer? ¿Vengarte?

Jurian sonrió lentamente.

—¿No es eso lo que tú estás haciendo?

Meses de trabajo con Rhys me hicieron recordar y fruncir el ceño confundida.

—Contra Rhys, algún día eso me gustaría.

—Eso es lo que todos dicen, cuando aseguran que es un asesino sádico. Te olvidas de que lo conocí en la guerra. Olvidas que arriesgó su legión para sacar a Miryam de la fortaleza de nuestro enemigo. Así fue como Amarantha lo capturó, como bien sabes. Rhys tenía claro que era una trampa… para el príncipe Drakon. Así que Rhys fue desobedeciendo las órdenes y marchó con toda su legión para rescatar a Miryam. Por su amigo, por mi amante… y por ese bastardo de Drakon. Rhys sacrificó a su legión en el proceso, consiguió que los capturaran a todos ellos y después los torturaran. Sin embargo, todo el mundo insiste en que Rhysand es un desalmado, un malvado. Pero el macho que yo conocí era el más respetable de todos. Mejor que ese príncipe estúpido. Uno no pierde esa cualidad, no importa los siglos que pasen, y Rhys era demasiado listo para hacer cualquier cosa, menos que se denostara su carácter como una jugada calculada. Y sin embargo aquí estás…, su compañera. El más poderoso alto lord del mundo perdió a su pareja y aún no ha venido a reclamarla, ni siquiera cuando está

indefensa en el bosque. —Jurian se rio entre dientes—. Quizá sea porque Rhysand no te ha perdido en absoluto. Más bien te soltó sobre nosotros.

Nunca había oído esa historia, pero parecía tan propia de mi compañero que supe que las llamas entre nosotros en ese momento ardían en mis ojos cuando le dije:

—Te encanta oírte hablar, ¿verdad?

—Hybern los matará a todos —fue la única respuesta de Jurian.

No estaba equivocado.

Lucien me despertó a la mañana siguiente con una mano sobre mi boca, la advertencia brillando en su ojo rojo. Lo olí un momento después: el olor a cobre de la sangre.

Nos pusimos la ropa y las botas, e hice un rápido inventario de las armas que habíamos metido en la tienda con nosotros. Tenía tres dagas. Lucien tenía dos, además de una elegante espada corta. Mejor que nada, pero no mucho.

Una mirada de él me comunicó nuestro plan lo suficiente para entendernos: mostrarnos con normalidad hasta evaluar la situación.

Tuve un instante para darme cuenta de que esta era quizá la primera vez que él y yo trabajábamos en equipo. La caza nunca había sido un esfuerzo conjunto, y en Bajo la Montaña uno cuidaba del otro, pero nunca fuimos un equipo. Una unidad.

Lucien se deslizó fuera de la tienda, las piernas relajadas y listas para pasar a una posición defensiva. Había sido entrenado, me dijo una vez…, en la Corte Otoño y en esta. Como Rhys, solía optar por las palabras para ganar sus batallas, pero yo los había visto a él y a Tamlin en el terreno de prácticas. Sabía cómo manejar un arma. Cómo matar, si era necesario.

Pasé junto a él empujándolo, devorando los detalles de mi entorno como si yo fuera un hombre hambriento en un banquete.

El bosque era el mismo. Jurian estaba en cuclillas delante del fuego, revolviendo las brasas para avivarlas otra vez. Su rostro era una máscara dura y amenazante. Y los centinelas… estaban pálidos mientras Lucien los inspeccionaba. Seguí su cambiante atención hacia los árboles detrás de Jurian.

Sin señales de los príncipes.

La sangre…

Un sabor a cobre, sí. Pero entremezclado con tierra, huesos y podredumbre.

Mortalidad.

Corrí hacia los árboles y el denso sotobosque.

—Llegas demasiado tarde —señaló Jurian cuando pasé junto a él, todavía removiendo las brasas—. Han terminado hace dos horas.

Lucien me pisaba los talones cuando me metí entre las zarzas, con las espinas rasguñándome las manos.

Los príncipes de Hybern no se habían molestado en limpiar el caos.

Por lo que quedaba de los tres cuerpos, sus pálidas túnicas como cenizas caídas y desparramadas en el pequeño claro, Dagdan y Brannagh debían de haber ahogado sus gritos con algún tipo de escudo.

Lucien soltó una maldición.

—Cruzaron el muro anoche. Para cazarlos.

Incluso con varias horas de distancia entre ellos, los príncipes eran fae…, rápidos, inmortales.

Los tres hijos de los benditos se habrían cansado de correr sin parar y habrían acampado en alguna parte.

La sangre ya se estaba secando sobre la hierba, sobre los troncos de los árboles circundantes.

El tipo de tortura de Hybern no era muy creativo: Clare, la Reina dorada y estos tres… Una mutilación y un tormento similares.

Me desabroché la capa y la puse cuidadosamente sobre los restos más grandes de ellos que pude encontrar: el torso del joven, desgarrado y sin sangre. Su rostro aún estaba rígido por el dolor.

La llama se calentó en mis dedos, me rogaba que los quemara, que al menos les diera ese tipo de entierro. Pero…

—¿Crees que ha sido por deporte, o para enviarnos un mensaje?

Lucien echó su propio manto sobre los restos de las dos jóvenes mujeres. Su rostro estaba más serio de lo que yo jamás lo había visto.

—Creo que no están acostumbrados a que se los contradiga. Yo diría que ha sido una rabieta inmortal.

Cerré los ojos, tratando de calmar mi estómago revuelto.

—Tú no tienes la culpa —agregó—. Podrían haberlos matado en las tierras de los mortales, pero los trajeron aquí. Para hacer una demostración de su poder.

Tenía razón. Los hijos de los benditos habrían muerto incluso a pesar de mi

intervención.

—Estaban amenazados —reflexioné—. Y orgullosos hasta la exageración. —Toqué con un pie la hierba empapada de sangre—. ¿Los enterramos?

Lucien lo pensó.

—Eso enviaría un mensaje: que estamos dispuestos a limpiar sus desastres.

Examiné de nuevo el claro. Consideré todo lo que estaba en juego.

—Entonces enviemos otro tipo de mensaje.

Capítulo 8

Tamlin se paseaba delante de la chimenea de su estudio, su expresión afilada como una navaja.

—Ellos son nuestros aliados —nos gruñó a Lucien y a mí, ambos sentados en sillones junto a la chimenea.

—Son monstruos —repliqué—. Masacraron a tres inocentes.

—Y tú deberías haber dejado que yo me ocupara. —Tamlin dejó escapar un suspiro irregular—. Y no tomar represalias como los niños. —Miró con dureza a Lucien—. Me esperaba algo mejor de ti.

—Pero ¿no de mí? —pregunté en voz baja.

Los ojos verdes de Tamlin eran como jade congelado.

—Tú tienes una conexión personal con esa gente. Él no.

—Ese es el tipo de pensamiento —repliqué, agarrándome con fuerza a los apoyabrazos— que ha permitido que un muro sea la única solución entre nuestros dos pueblos; que los fae vean este tipo de asesinato y no les preocupe. —Yo sabía que los guardias que estaban fuera podían oírnos. Sabía que todo aquel que pasara por ahí podía oírnos—. La pérdida de cualquier vida de cualquier bando es una conexión personal. ¿O es que solo te importan las vidas de los altos fae?

Tamlin se detuvo súbitamente. Miró a Lucien y le gruñó:

—Sal de aquí. Me ocuparé de ti más tarde.

—No le hables de esa manera —susurré, y me puse de pie.

—Vosotros habéis puesto en peligro la alianza con esta maniobra que habéis pergeñado…

—Bueno. ¡Por mí, pueden arder en el infierno! —grité. Lucien se estremeció.

—¡Y tú enviaste al bogge tras ellos! —rugió Tamlin.

Ni siquiera parpadeé. Y supe que los centinelas lo habían oído por la tos de uno de ellos, un sonido sordo de sorpresa.

Y me aseguré de que esos centinelas pudieran oírme también cuando dije:

—Aterrorizaron a esos humanos…, los hicieron sufrir. Creí que el bogge era una de las pocas criaturas que podrían devolver el favor.

Lucien lo rastreó… y lo atrajimos con cuidado, durante horas, de vuelta a ese campamento. Derecho al lugar en que Dagdan y Brannagh estaban regodeándose con su matanza. Habían logrado escapar, pero solo después de lo que había sonado como un buen rato de gritos y lucha. Sus caras seguían sin sangre incluso horas después, los ojos aún llenos de odio cada vez que se dignaban mirarnos.

Lucien se aclaró la garganta. Se puso de pie también.

—Tam…, esos humanos no eran más que niños. Feyre les dio a los príncipes una orden para que se retiraran. La ignoraron. Si dejamos que Hybern pase por encima de todos nosotros, vamos a perder algo más que su alianza. El bogge les recordó que nosotros también tenemos nuestras garras.

Tamlin no me quitó los ojos de encima cuando le dijo a Lucien:

—Fuera de aquí.

Había tanta violencia en sus palabras que ni Lucien ni yo objetamos nada esta vez, mientras él se retiraba de la habitación y cerraba las dobles puertas al salir. Lancé mi poder al pasillo y sentí que estaba sentado al pie de la escalera. Escuchando. Como estaban escuchando también los seis centinelas del vestíbulo.

Le dije a Tamlin con la espalda recta:

—No puedes hablarme así. Prometiste que no actuarías de este modo.

—No tienes ni idea de lo que está en riesgo…

—No me hables con ese tono de superioridad. No después de lo que yo pasé para estar de vuelta aquí, contigo. Con nuestro pueblo. ¿Crees que alguno de nosotros se siente feliz de estar trabajando con Hybern? ¿Crees que no lo veo en sus rostros? La pregunta es si por mí vale la pena sufrir ese deshonor.

Su respiración se volvió irregular otra vez. «Bien», quería decirle. Bien.

—Nos vendiste para recuperarme a mí. —Hablé con voz baja y fría—. Nos prostituiste con Hybern. Perdóname si ahora yo estoy tratando de recuperar algo de lo que perdimos.

Las garras se deslizaron libremente fuera de sus nudillos. Un gruñido salvaje

salió de él.

—Ellos cazaron y masacraron a esos humanos por deporte —continué—. Tal vez tú estés dispuesto a ponerte de rodillas ante Hybern, pero yo ciertamente no lo estoy.

Explotó.

Los muebles se rompieron y salieron volando, las ventanas crujieron y quedaron destrozadas.

Y esta vez no me protegí.

La mesa de trabajo se estrelló contra mí, arrojándome hacia la estantería, y todos los lugares donde la carne y el hueso se encontraron con la madera se quejaron y dolieron.

Caí de rodillas sobre el suelo alfombrado, y Tamlin se plantó instantáneamente delante de mí, con las manos temblando…

Las puertas se abrieron de golpe.

—¿Qué has hecho? —lo increpó Lucien, y la cara de Tamlin fue la imagen de la devastación cuando aquel lo empujó a un lado. Tamlin dejó que Lucien lo apartara y me ayudara a ponerme de pie.

Algo húmedo y caliente se deslizó por mi mejilla… Sangre, por el olor.

—Vamos a limpiarte —dijo Lucien, con un brazo alrededor de mis hombros mientras me ayudaba a salir de la habitación. Apenas si lo oía debido al zumbido en mis oídos; el menosprecio daba la vuelta al mundo.

Los centinelas —Bron y Hart, dos de los grandes guerreros favoritos de Tamlin, entre ellos— estaban boquiabiertos, la atención repartida entre el estudio destruido y mi cara.

Con razón. Cuando ayudada por Lucien pasé ante un espejo dorado, vi lo que les había provocado horror. Tenía los ojos vidriosos, la cara pálida… salvo por el rasguño justo debajo del pómulo, quizá de unos tres centímetros o más de largo y chorreando sangre.

Pequeños arañazos me salpicaban el cuello y las manos. Pero quería que el poder limpiador, curativo —el del alto lord de Amanecer— me impidiera buscarlos. Suavizarlos.

—Feyre. —Tamlin respiraba detrás de nosotros.

Me detuve, consciente de todos los ojos que me observaban.

—Estoy bien —susurré—. Lo siento. —Me limpié la sangre que goteaba por mi mejilla—. Estoy bien —dije de nuevo.

Nadie, ni siquiera Tamlin, parecía convencido.

Y si pudiera haber pintado ese momento, lo habría llamado *Un retrato sobre trampas y cebos*.

Rhysand envió un mensaje por el lazo en el momento en que estaba sumergida en la bañera.

¿Estás herida?

La pregunta era débil, el lazo estaba más silencioso y tenso de lo que había estado hacía unos días.

Dolorida, pero bien. Nada que no pueda manejar. Aunque mis heridas seguían ahí. Y no daban señales de una curación rápida. Tal vez yo había sido demasiado precavida para mantener esos poderes curativos a raya.

La respuesta tardó mucho. Entonces vino todo a la vez, como si él quisiera meter cada palabra antes de que la dificultad de la distancia nos silenciara.

Sé que no debo decirte que tengas cuidado, o que vuelvas a casa. Pero te quiero en casa. Pronto. Y lo quiero muerto por ponerte una mano encima.

Incluso con la totalidad de la tierra entre nosotros, su ira onduló a través del lazo.

Respondí. Mi tono era tranquilizador, seco.

Técnicamente, fue su magia la que me tocó. No su mano.

El agua del baño ya estaba fría cuando llegó su respuesta.

Me alegro de que puedas bromear con esto. Yo ciertamente no puedo.

Le devolví una imagen de mí sacándole la lengua.

Yo ya estaba vestida de nuevo cuando llegó su respuesta.

Como mi mensaje, este era mudo, una mera imagen. Como la mía, la lengua de Rhysand estaba fuera de la boca.

Pero la suya estaba ocupada haciendo otra cosa.

Me propuse dar un paseo a caballo al día siguiente. Me aseguré de que fuera cuando Bron y Hart estuvieran de servicio, y les pedí que me acompañaran.

No hablaron mucho, pero sentí sus miradas de evaluación sobre mí con cada mueca de dolor mientras recorríamos los muy trillados caminos de los bosques de primavera. Los sentí cuando observaban el corte en mi cara, los moretones debajo de la ropa que me hacían suspirar de vez en cuando. Para mi sorpresa, todavía no estaba del todo curada…, aunque suponía que eso funcionaba a mi favor.

Tamlin me había pedido perdón en la cena del día anterior…, y yo lo perdoné. Pero Lucien no había hablado con él en toda la noche.

Jurian y los príncipes de Hybern estaban molestos por el retraso después de que yo en voz baja hubiera admitido que mis magulladuras hacían que me fuera difícil acompañarlos al muro. Tamlin no había tenido el valor de sugerir que se fueran sin mí, el valor para robarme ese deber. Y más cuando vio las marcas purpúreas y supo que si estuvieran en un humano, este podría haber muerto.

Y los príncipes, después de que Lucien y yo hubiéramos enviado la malicia invisible del bogge tras ellos, habían retrocedido en su prepotencia. Por el momento. Mantuve mis escudos activos… alrededor de mí y de los otros; la tensión en ese instante era un dolor de cabeza constante que tenía algún tipo extra de débil y delgada sensación mágica. La suspensión del acceso al muro no había hecho mucho…, lo cierto es que había empeorado la tensión después de que yo hubiera enviado mi poder a través del mismo.

Había invitado a Ianthe a la casa, solicitándole de forma sutil su consoladora presencia. Ella llegó conociendo los detalles completos de lo que había ocurrido en ese estudio, y dejó caer convenientemente que Tamlin se lo había confesado a ella, pidiendo la absolución de la Madre y del Caldero y de algunos otros. Hablé de mi propio perdón esa noche, e hice una buena actuación al aceptar su consejo de decirles a los cortesanos y al resto de los presentes en nuestra concurrida mesa esa noche que éramos afortunados al tener a Tamlin y a Ianthe protegiendo nuestras tierras.

Honestamente, no sé cómo interpretaron cada uno de ellos esas cosas.

Cómo ninguno de ellos vio que mis palabras no eran una extraña coincidencia sino un atrevimiento. Una amenaza.

Un último empujoncito…

Sobre todo cuando siete naga irrumpieron en los terrenos pasada la medianoche.

Fueron despachados antes de que llegaran a la casa… Ataque detenido por una visión de advertencia enviada por el Caldero, nada menos que desde la

misma Ianthe.

El caos y los gritos los despertaron a todos en la finca. Me quedé en mi habitación, con guardias bajo las ventanas y junto a la puerta. El mismo Tamlin, empapado de sangre y jadeando, vino a informarme de que el terreno estaba otra vez seguro. Que a los naga les habían encontrado las llaves de los portones de entrada, y que se ocuparía del centinela que las había perdido por la mañana. Un extraño accidente, una demostración final del poder de una tribu que no había desaparecido después del reinado de Amarantha.

A la mañana siguiente estábamos todos reunidos delante de los cuarteles; la cara de Lucien, pálida y demacrada, con sombras púrpura bajo sus ojos vidriosos. No había regresado a su dormitorio la noche anterior.

Junto a mí, los príncipes de Hybern y Jurian se mostraban silenciosos y sombríos mientras Tamlin se paseaba delante del centinela atado entre dos postes.

—Tú eras el encargado de custodiar esta propiedad y su gente —le dijo Tamlin al hombre, que temblaba, desnudo hasta la cintura—. Te encontraron anoche no solo dormido en los portones, sino que además fue tu juego de llaves el que desapareció. —Tamlin gruñó suavemente—. ¿Lo niegas?

—Yo… nunca me había dormido. Nunca había ocurrido hasta ahora. Debo de haber cabeceado durante un minuto o dos —tartamudeó el centinela, y las cuerdas que lo sujetaban crujieron con los esfuerzos del guardia por liberarse.

—Has puesto en peligro las vidas de todos en esta residencia.

Y eso no podía quedar impune. No con la familia real de Hybern allí, buscando cualquier signo de debilidad.

Tamlin extendió una mano. Bron, con cara de piedra, se acercó para entregarle un látigo.

Todos los centinelas, sus guerreros más fiables, se movían inquietos. Algunos miraban a Tamlin, otros trataban de apartar la mirada de lo que estaba a punto de ocurrir.

Tomé la mano de Lucien. El gesto no fue del todo fingido.

Ianthe dio un paso adelante, con las manos cruzadas sobre el vientre.

—Veinte latigazos. Y uno más por el perdón del Caldero.

Los guardias volvieron sus ojos torvos hacia ella.

Tamlin desplegó el látigo sobre la tierra.

Hice mi jugada. Deslicé mi poder hacia la mente del centinela y liberé el recuerdo que yo había escondido bien en su cabeza, y liberé su lengua también.

—Fue ella —jadeó, apuntando con su barbilla hacia Ianthe. Ella cogió las llaves.

Tamlin parpadeó, y todos los presentes en el patio dirigieron las miradas a Ianthe.

Su rostro no se alteró ante esa acusación, esa verdad que el centinela le había arrojado a la cara.

Yo había estado esperando a ver cómo ella contrarrestaba mi demostración de poder en el solsticio, siguiendo sus movimientos durante todo el día y toda la noche. Pocos momentos después de que yo abandonara la fiesta, ella se dirigió a los cuarteles, usó un rayo de poder para hacer dormir al guardia y apoderarse de sus llaves. Luego plantó sus advertencias sobre el inminente ataque de los naga…, después de darles las llaves de los portones de entrada.

Así que pudo dar la alarma esa noche. Y de ese modo Ianthe iba a salvarnos de una amenaza real.

Una idea astuta, si no hubiera surgido de ella precisamente de acuerdo con todo lo que yo había planeado.

Ianthe habló con voz suave.

—¿Por qué iba a coger las llaves? Yo os advertí del ataque.

—Estabas en el cuartel, yo te vi esa noche —insistió el centinela, y luego volvió sus ojos suplicantes hacia Tamlin. Me di cuenta de que no era el miedo al dolor lo que lo impulsaba. No, los latigazos habrían sido merecidos, ganados y bien soportados. Era el miedo al honor perdido.

—Jamás habría pensado que uno de tus centinelas, Tamlin, cometería la bajeza de difundir mentiras para ahorrarse un dolor pasajero. —El rostro de Ianthe permanecía sereno como siempre.

Tamlin, digámoslo en su honor, estudió al centinela durante un largo rato.

Di un paso adelante.

—Yo escucharé su historia.

Algunos de los guardias dejaron escapar suspiros. Algunos me miraron con agradecimiento y afecto.

Ianthe levantó la barbilla.

—Con todo respeto, señora, no te corresponde a ti este juicio.

Y ahí estaba. El intento de hacerme bajar algunos escalones.

Solo porque eso la haría enfurecer, la ignoré por completo y me dirigí al centinela.

—Escucharé tu historia.

Mantuve la concentración en él incluso mientras controlaba mi respiración, incluso mientras rezaba para que Ianthe se tragara el anzuelo.

—¿Aceptarás la palabra de un centinela antes que la de una alta sacerdotisa?

Mi desagrado por esas palabras así espetadas no era del todo fingido, a pesar de que esconder una sonrisita me supuso todo un esfuerzo. Los guardias se movieron, molestos ante el insulto, el tono. Aun cuando no hubieran confiado ya en su compañero centinela, solo por las palabras de ella se dieron cuenta de su culpa.

Entonces miré a Tamlin… y vi que sus ojos también se agudizaban. Parecía estar viendo las cosas con más claridad. Demasiadas protestas por parte de Ianthe.

Era muy consciente de que Ianthe podría haber planeado el ataque naga para recuperar parte de poder e influencia como salvadora de este pueblo.

Tamlin apretó los labios en un gesto de desaprobación.

Yo les había dado a ambos un trozo de cuerda. Supuse que ese sería el momento de ver si se ahorcaban o no con ella.

Me atreví a dar un paso más hacia delante, y volví las palmas de las manos hacia Tamlin.

—Tal vez fue un error. No azotes su piel, ni su honor. Escuchémosle.

Los ojos de Tamlin se suavizaron. Permaneció en silencio, pensando.

Y detrás de mí, Brannagh resopló.

—Patético —murmuró ella, aunque todo el mundo pudo oírla.

Débiles. Vulnerables. Listos para ser conquistados. Vi que las palabras se agolpaban en el rostro de Tamlin, como si estuvieran cerrando puertas a su paso.

No había otra interpretación…, no para Tamlin.

Pero Ianthe me observaba, de pie ante la multitud, evaluando la influencia que había quedado tan claro que yo era capaz de robarle. Si ella admitía la culpa…, todo lo que le quedaba se desmoronaría.

Tamlin abrió la boca, pero Ianthe lo interrumpió.

—Hay leyes que deben ser obedecidas —me dijo con suavidad suficiente para que yo quisiera arañarle el rostro—. Tradiciones. El centinela ha roto nuestra confianza, ha dejado que nuestra sangre sea derramada por su descuido. Y ahora trata de acusar a una alta sacerdotisa de sus propios fallos. No puede quedar sin castigo. —Hizo un movimiento de cabeza hacia Tamlin—. Veintiún latigazos, alto lord.

Mis ojos se desplazaron de uno a otro. Se me secó la boca.

—Por favor. Solo escúchalo.

Los ojos del guardia colgado entre los postes estaban llenos de esperanza y gratitud.

Y ante eso… ante eso mi venganza se inclinaba hacia algo aceitoso, algo extraño y confuso. Se curaría del dolor, pero el golpe a su honor… me quitaría una pequeña porción del mío también.

Tamlin me miró a mí, luego a Ianthe. Después miró a los sonrientes príncipes de Hybern, a Jurian, que se cruzó de brazos con una expresión indescifrable en el rostro.

Y tal como yo había apostado, la necesidad de Tamlin de mantener el control, de fortaleza, ganó la partida.

Ianthe era una aliada demasiado importante para arriesgarse a aislarla. La palabra de un inferior…, no, no importaba tanto como la suya.

Tamlin se volvió hacia el hombre atado a los postes.

—Ponle algo entre los dientes para que muerda y dile que apriete fuerte —le ordenó en voz baja a Bron.

Hubo un instante de vacilación de Bron, como si el impacto de la orden de Tamlin lo hubiera atravesado a él. A todos los guardias. Al ponerse del lado de Ianthe… por encima de ellos. Sus centinelas.

Ellos, que habían traspasado el muro una y otra vez para intentar romper esa maldición para él. Ellos, que lo habían hecho alegremente, que habían muerto alegremente, que cazaron lobos para él. Y el lobo que yo había derribado, Andras…, también él había ido voluntariamente. Tamlin los había enviado por todas partes, y no todos habían vuelto. Habían ido voluntariamente, y este… este era su agradecimiento. Su gratitud.

Pero Bron hizo lo que se le ordenó y puso el trozo de madera en la ahora temblorosa boca del centinela.

A juzgar por el desdén apenas disimulado en los rostros de los guardias, al menos eran conscientes de lo que había ocurrido… o de lo que creían que había ocurrido: la alta sacerdotisa había orquestado todo ese ataque para presentarse como salvadora, sacrificando la reputación de uno de los suyos como precio necesario. No tenían ni la menor idea de que yo la había incitado a ello, la había empujado y empujado para dejar al descubierto la clase de serpiente que era. Qué poco le importaba a ella cualquier persona sin un título.

Fue una afrenta cómo Tamlin la escuchaba sin cuestionarla…, un exceso.

No estaba actuando cuando puse una mano en mi garganta para retroceder un

paso, luego otro, hasta que el calor de Lucien estuvo conmigo y me apoyé completamente en él.

Los centinelas estaban evaluando a Ianthe, a los príncipes. Tamlin siempre había sido uno de ellos…, había luchado por ellos.

Hasta ese momento. Hasta Hybern. Hasta que puso a estos monstruos extranjeros por delante de ellos.

Hasta que puso por delante de ellos a una alta sacerdotisa.

Los ojos de Tamlin se habían posado sobre nosotros, sobre la mano con que Lucien me cogió el brazo para sostenerme, al echar el látigo hacia atrás.

El estruendoso ruido al sacudirlo en el aire se extendió por todos los barracones, por toda la propiedad.

Por los cimientos mismos de la corte.

Capítulo 9

Ianthe no había terminado.

Yo lo sabía, y me preparé para ello. La alta sacerdotisa no volvió a su templo a pocos kilómetros de distancia.

Se quedó en la casa, aprovechando la oportunidad para abrirse soterradamente el camino para estar mucho más cerca de Tamlin. Creyó que había ganado un punto donde afianzarse, que su sentencia de sangriento final con los azotes no había sido otra cosa que una última bofetada en la cara a los guardias que observaban.

Y cuando ese centinela quedó colgando de sus ataduras, cuando los otros acudieron a desatarlo con cuidado, Ianthe se limitó a conducir al grupo de Hybern y a Tamlin a la mansión para el almuerzo. Pero yo me quedé en el cuartel, atendiendo al centinela que gemía, sacando cuencos de agua ensangrentada, mientras el sanador lo curaba en silencio.

Bron y Hart me escoltaron en persona de regreso a la finca horas más tarde. Les di las gracias a uno y a otro. Luego me disculpé por no haber podido impedir que ocurriera, tanto la intriga de Ianthe como el injusto castigo de su amigo. Cada palabra que decía era verdadera, mientras el chasquido del látigo seguía resonando en mis oídos.

Luego pronunciaron las palabras que yo había estado esperando oír: ellos también lamentaban no haber podido impedir ambas cosas.

No precisamente ese día. Pero los moretones se desvanecieron… por fin. Como los otros incidentes.

Si yo se lo hubiera pedido, me habrían dado sus propios cuchillos para cortarles la garganta.

La noche siguiente, me dirigía a mi habitación para cambiarme para la cena cuando Ianthe hizo su próxima jugada.

Ella iba a venir con nosotros al muro la mañana siguiente.

Ella y también Tamlin.

Si todos íbamos a ser un frente unido, dijo Ianthe durante la cena, entonces deseaba ver el muro por sí misma.

A los miembros de la familia real de Hybern no les importó. Pero Jurian me guiñó un ojo, como si él también se diera cuenta del juego que se había puesto en marcha.

Yo preparé mis alforjas esa noche.

Alis entró justo antes de acostarme, con un tercer bolso en las manos.

—Ya que este es un viaje más largo, te he traído algunos suministros.

Aunque Tamlin fuera con nosotros, era demasiada gente para poder transportarnos directamente.

Así que iríamos, como habíamos hecho antes, por etapas. Unos cuantos kilómetros cada vez.

Alis dejó la bolsa que había preparado junto a mi equipaje. Tomó el cepillo del tocador y me hizo señas para que me sentara en la banqueta tapizada delante del espejo.

Obedecí. Durante unos minutos, me cepilló el pelo en silencio. Luego dijo:

—Cuando te vayas mañana, yo también me iré.

Levanté los ojos para mirar los de ella reflejados en el espejo.

—Mis sobrinos ya han preparado sus cosas y los caballos están listos para llevarnos de regreso por fin al territorio de la Corte Verano. Hace mucho tiempo que no visito mi hogar —explicó ella con los ojos brillantes.

—Sé cómo te sientes —fue todo lo que dije.

—Te deseo lo mejor, señora —musitó Alis. Dejó el cepillo y comenzó a trenzarme el cabello—. Para el resto de tus días, por muchos que puedan ser, te deseo lo mejor.

La dejé terminar la trenza, luego giré sobre la banqueta para entrelazar sus delgados dedos con los míos.

—No le digas jamás a Tarquin que me conoces bien.

Sus cejas se alzaron.

—Hay un rubí de sangre con mi nombre en él —le aclaré.

Incluso su piel como corteza de árbol pareció palidecer. Lo entendió muy bien: yo era un enemigo perseguido de la Corte Verano. Solo mi muerte sería

aceptada como pago por mis crímenes.

Alis me apretó la mano.

—Rubíes de sangre o no, siempre tendrás una amiga en la Corte Verano.

Tragué con fuerza.

—Y tú siempre tendrás una en la mía —le prometí.

Ella sabía a qué corte me refería. Y no pareció tener miedo.

Los centinelas no miraban a Tamlin, ni tampoco le hablaban, a menos que fuera absolutamente necesario. Bron, Hart y otros tres se unirían a nosotros. Ellos me había visto visitar a su amigo antes del amanecer, una cortesía que yo sabía que ninguno de los otros había tenido.

Transportarse era como estar vadeando por el barro. De hecho, mis poderes se habían convertido en una carga más que ser una ayuda. Para el mediodía ya tenía un dolor de cabeza palpitante, y pasé la última etapa del viaje mareada y desorientada mientras nos transportábamos una y otra vez.

Llegamos e instalamos el campamento casi en silencio. Yo pedí en voz baja, tímidamente, compartir una tienda con Ianthe en vez de con Tamlin, mostrándome ansiosa por reparar la grieta que los latigazos habían abierto entre nosotras. Pero lo hice más para evitarle a Lucien las atenciones de ella que para mantener a Tamlin a raya. Se preparó la cena y comimos. Se prepararon los jergones. Tamlin ordenó a Bron y a Hart que hicieran la primera guardia.

Estar acostada junto a Ianthe sin cortarle la garganta fue un ejercicio de paciencia y control de mí misma.

Pero cada vez que el cuchillo bajo mi almohada parecía susurrar su nombre, yo recordaba a mis amigos. A la familia que estaba viva, curándose en el norte.

Repetí sus nombres en voz baja, una y otra vez en la oscuridad.

Rhysand. Mor. Cassian. Amren. Azriel. Elain. Nesta.

Pensaba en ellos cuando los vi por última vez, tan ensangrentados y heridos. Pensé en el grito de Cassian cuando sus alas fueron destrozadas; en la amenaza de Azriel al rey mientras avanzaba sobre Mor. En Nesta, esforzándose con cada paso hacia el Caldero.

Mi meta era más grande que la venganza. Mi propósito, más grande que la satisfacción personal.

Llegó el amanecer y encontré mi mano cerrada alrededor de la empuñadura del cuchillo. Lo saqué cuando me senté, mirando fijamente a la sacerdotisa.

La suave columna de su cuello parecía brillar en el sol de la primera hora de la mañana que se filtraba por la solapa que cerraba la entrada de la tienda.

Sopesé el cuchillo en la mano.

No estaba segura de haber nacido con la capacidad de perdonar por los horrores infligidos a los que amaba. No me importaba, por lo menos no tanto, lo que pudieran haberme hecho a mí.

Pero había un pilar fundamental de acero en mi interior que no podía doblarse o romperse: no podía soportar la idea de dejar que estas personas se salieran con la suya después de lo que habían hecho.

Los ojos de Ianthe se abrieron, de verde azulado tan límpido como su diadema reposando a un costado, y fueron directos al cuchillo en mi mano. Luego a mi cara.

—Hay que ser muy cuidadoso cuando compartes un campamento con enemigos —expliqué.

Habría jurado que algo parecido al miedo brillaba en sus ojos.

—Hybern no es nuestro enemigo —precisó, un poco sin aliento.

Por la palidez que mostraba al salir de la tienda, supe que mi sonrisa había hecho bien su trabajo.

Lucien y Tamlin mostraron a los gemelos dónde estaba la grieta en el muro.

Y tal como habían hecho con las dos primeras aberturas, pasaron horas inspeccionándola, y también la tierra circundante.

Esta vez los seguí de cerca, observándolos. Mi presencia ya no era considerada demasiado amenazadora, más bien una molestia. Habíamos jugado nuestros pequeños juegos de poder y establecido que yo podía morder si lo deseaba, pero nos tolerábamos mutuamente.

—Aquí —murmuró Brannagh dirigiéndose a Dagdan, mientras señalaba con el mentón hacia el invisible divisor. Las únicas señales indicativas eran los diferentes árboles: en nuestro lado eran del verde brillante y fresco de la primavera. Del otro lado, eran oscuros, anchos, ligeramente curvados por el calor… Era pleno verano.

—La primera era mejor —afirmó Dagdan.

Yo me había sentado sobre una pequeña roca, pelando una manzana con el cuchillo.

—Y también más cerca de la costa occidental —añadió, dirigiéndose a su gemela.

—Esta está más cerca del continente…, del estrecho.

Hice un corte profundo en la manzana y tomé un pedazo grande de su blanca carne.

—Sí, pero tendríamos más acceso a los suministros del alto lord.

El mencionado alto lord estaba en ese momento fuera con Jurian, cazando alimentos más saciantes que los emparedados que habíamos traído. Ianthe había ido a un manantial cercano a orar, y no tenía ni idea de adónde habían ido Lucien o los centinelas.

Bien. Más fácil para mí mientras me metía el trozo de manzana en la boca e intervenía a propósito.

—Yo digo que vayamos por este.

Se volvieron hacia mí, Brannagh sonriendo y las cejas de Dagdan alzadas.

—¿Qué sabes de esto? —preguntó Brannagh.

Me encogí de hombros a la vez que cortaba otro pedazo de manzana.

—Vosotros dos habláis más fuerte de lo que creéis.

Percibí miradas acusadoras entre ellos. Orgullosas, arrogantes, crueles. Los había estado observando durante toda esa quincena.

—A menos que queráis arriesgaros a que las otras cortes tengan tiempo para reunirse e interceptaros antes de que podáis cruzar al estrecho, yo escogería este.

Brannagh puso los ojos en blanco.

Continué, divagando y en tono de aburrimiento.

—Pero ¿qué sé yo de todo esto? Vosotros dos habéis estado asentados en una pequeña isla durante cinco siglos. Sin duda sabéis más que yo sobre Prythian y los movimientos de los ejércitos.

Brannagh dejó escapar un bufido.

—Esto no es sobre los ejércitos, así que confiaré en que mantengas esa boca cerrada hasta que te digamos lo contrario.

Resoplé.

—¿Quieres decirme que todas estas tonterías no han sido para encontrar un lugar para atravesar el muro y usar el Caldero para transportar el grueso de tus ejércitos aquí?

Ella rio, moviendo la mata oscura de su pelo sobre un hombro.

—El Caldero no es para transportar ejércitos de infantería. Es para rehacer mundos. Es para derribar este horrible muro y recuperar lo que éramos.

Simplemente crucé las piernas.

—Creo que con un ejército de diez mil soldados vosotros no necesitaríais ningún objeto mágico para hacer el trabajo sucio.

—Nuestro ejército es diez veces más que eso, muchacha —refunfuñó Brannagh—. Y dos veces ese número si cuentas con nuestros aliados en Vallahan, Montesere y Rask.

«Doscientos mil. Madre sálvanos».

—Ciertamente habéis estado muy ocupados durante todos estos años. —Los observé, desconcertada del todo—. ¿Por qué no atacar cuando Amarantha dominaba la isla?

—El rey aún no había encontrado el Caldero, a pesar de años de búsqueda. Le resultaba útil dejar que ella fuera un experimento para ver cómo podríamos vencer a esa gente. Y sirvió como motivación para que nuestros aliados en el continente se unieran a nosotros, sabiendo lo que les esperaba.

Terminé la manzana y arrojé el corazón al bosque. Ambos lo miraron como dos perros que siguen a un faisán.

—¿Así que van a converger todos aquí? ¿Se supone que debo ser anfitriona para tantos soldados?

—Nuestra propia fuerza se encargará de Prythian antes de unirse con los otros. Nuestros comandantes se están preparando para ello en este mismo momento.

—Debes de pensar que cabe la posibilidad de perder si te molestas en usar el Caldero para que te ayude a ganar.

—El Caldero es la victoria. Limpiará de nuevo este mundo.

Levanté las cejas con un cinismo irreverente.

—¿Y necesitas este preciso lugar para soltarlo?

—Este preciso lugar —apuntó Dagdan con una mano en la empuñadura de su espada— existe porque una persona u objeto de gran poder pasó a través de él. El Caldero estudiará lo ya hecho… y lo ampliará hasta que el muro se derrumbe por completo. Es un proceso cuidadoso y complejo, y dudo que tu mente mortal pueda comprenderlo.

—Es probable. Aunque esta mente mortal logró resolver la adivinanza de Amarantha… y destruirla a ella.

Brannagh se limitó a volverse hacia el muro.

—¿Por qué crees que Hybern la dejó vivir durante tanto tiempo en estas tierras? Era mejor tener a alguien que hiciera su trabajo sucio.

Ya tenía lo que necesitaba.

Tamlin y Jurian seguían cazando, los príncipes estaban preocupados, y yo había enviado a los centinelas por más agua, alegando que algunos de mis moretones todavía me dolían y quería hacer una cataplasma para aplicármela encima.

Ellos se veían decididamente asesinos. No para asesinarme a mí, sino a quien me había hecho esos moretones. Aquel que había preferido a Ianthe antes que a ellos… y a Hybern por encima de su honor y su gente.

Yo había traído tres bultos, pero solo necesitaba uno. El que me importaba. El que cuidadosamente volví a preparar con los suministros de Alis al lado de todo lo que yo había calculado que iba a necesitar para apartarme de ellos e irme. El que había llevado conmigo en cada viaje al muro, por si acaso. Y en ese momento…

Tenía datos, tenía un propósito, tenía una ubicación específica y tenía los nombres de territorios extranjeros.

Pero más que eso, tenía un pueblo que había perdido la fe en su alta sacerdotisa. Tenía centinelas que comenzaban a rebelarse contra su alto lord. Y como resultado de esas cosas, tenía a los príncipes de Hybern dudando de la fuerza de sus aliados aquí. Había preparado a esta corte para que cayera. No por fuerzas externas…, sino por su propia guerra interna.

Y tenía que estar lejos de ellos antes de que sucediera. Antes de que la última parte de mi plan ocupara su lugar.

El grupo iba a regresar sin mí. Y para mantener esa ilusión de fuerza, Tamlin e Ianthe mentirían sobre ello, acerca de adónde yo había ido.

Y cabía la posibilidad de que un día o dos después de eso, uno de estos centinelas revelara la noticia, un engaño cuidadosamente elaborado que yo había enroscado en su mente como una de mis trampas: había huido por mi vida, después de haber estado a punto de ser asesinada por el príncipe y la princesa de Hybern. Había implantado imágenes en su cabeza de mi cuerpo destrozado, con

marcas consistentes con lo que Dagdan y Brannagh ya habían revelado que era su estilo. Él las describiría en detalle; describiría cómo me ayudó a escapar antes de que fuera demasiado tarde. Cómo corrí por mi vida cuando Tamlin y Ianthe se negaron a intervenir para no arriesgar su alianza con Hybern.

Y cuando el centinela revelara la verdad, ya incapaz de seguir guardando silencio en cuanto vio que mi triste destino era ocultado por Tamlin y Ianthe, del mismo modo que Tamlin se había puesto del lado de Ianthe el día que había azotado a aquel centinela…

Cuando describiera lo que Hybern me había hecho a mí, su Rompemaldiciones, su nuevamente ungida y bendecida por el Caldero, antes de que hubiera huido para salvar mi vida…

Sería el fin de la alianza. Porque no habría ningún centinela o habitante de esta corte que siguiera junto a Tamlin o Ianthe después de esto. Después de mí.

Me metí en la tienda para agarrar mis petates, con pasos ligeros y rápidos. Escuchando, apenas respirando, escudriñé el campamento, el bosque.

Unos cuantos segundos más para arrebatar la bandolera de cuchillos de Tamlin de donde los había dejado dentro de su tienda. Los lanzaba en movimiento mientras usaba el arco y las flechas, había explicado aquella mañana.

Su peso era considerable cuando la colgué sobre mi pecho. Eran cuchillos de lucha ilyrios.

A mi hogar. Iba a mi hogar.

No me molesté en mirar atrás, a ese campamento, mientras me deslizaba hacia la línea de árboles del norte. Si me transportaba sin parar entre saltos, estaría al pie de las colinas en una hora… y desaparecería por una de las cuevas no mucho después de eso.

Hice unos cien metros hasta la protección de los árboles antes de detenerme.

Oí a Lucien primero.

—Apártate.

Una suave risa femenina.

Todo en mí se quedó inmóvil y frío ante ese sonido. Lo había oído una vez antes…, en la memoria de Rhysand.

«Sigue adelante. Están distraídos».

«Sigue adelante, sigue adelante, sigue adelante».

—Pensé que me buscarías después del Rito —ronroneó Ianthe. Ellos no podían estar a más de diez metros entre los árboles. Lo bastante lejos para no

detectar mi presencia si me movía con el suficiente silencio.

—Estaba obligado a hacerlo —replicó Lucien—. Esa noche no fue producto del deseo, créeme.

—Nos divertimos, tú y yo.

—Ahora soy un macho apareado.

Cada segundo era la llamada de mi toque de muerte. Lo había preparado todo para que cayera. Hacía mucho tiempo que había dejado de sentir cualquier tipo de culpa o duda acerca de mi plan. No con Alis ya a salvo.

Y sin embargo…, sin embargo…

—No actúas así con Feyre. —Una amenaza envuelta en seda.

—Estás equivocada.

—¿Lo estoy? —Ramitas y hojas crujieron, como si lo estuviera rodeando—. Has paseado tus manos sobre toda ella.

Yo había hecho mi trabajo demasiado bien, provocando sus celos cada vez que encontraba la manera de hacer que Lucien me tocara en presencia de ella, en presencia de Tamlin.

—No me toques —gruñó él.

Empecé a moverme.

Enmascaré el sonido de mis pisadas, silenciosa como una pantera mientras me dirigía al pequeño claro donde estaban ellos.

Donde Lucien estaba de pie, de espaldas contra un árbol…, dos bandas gemelas de piedra azul alrededor de sus muñecas.

Las había visto antes. En Rhys, para inmovilizar su poder. Piedra cortada en la tierra podrida de Hybern, capaz de anular la magia. Y en este caso… sujetando a Lucien contra ese árbol mientras Ianthe lo observaba como una serpiente observa su próxima comida.

Ella deslizó una mano sobre su pecho, su abdomen. Y los ojos de Lucien se lanzaron sobre mí cuando salí de entre los árboles… El miedo y la humillación enrojecieron su dorada piel.

—Es suficiente —dije.

Ianthe volvió con rapidez la cabeza hacia mí. Su sonrisa era inocente, boba.

Pero vi que se fijaba en el petate, la bandolera de Tamlin. Los ignoró.

—Estamos en medio de un juego. ¿No es así, Lucien?

Él no respondió.

Y la visión de esos grilletes aprisionándolo, sea como fuere que ella lo hubiera atrapado, la visión de su mano todavía sobre su abdomen…

—Volveremos al campamento cuando hayamos terminado —dijo, dándose la vuelta otra vez hacia él. Su mano se deslizó más abajo, no para su propio placer, sino tan solo para mostrarme en la cara que ella podía…

Ataqué.

No con mis cuchillos ni mi magia, sino con mi mente.

Rasgué el escudo que había mantenido a su alrededor para evitar el control de los gemelos… y me lancé para chocar contra su conciencia.

Una máscara sobre un rostro de putrefacción. Eso fue lo que me encontré al entrar en esa hermosa cabeza y encontrar pensamientos tan horribles dentro de ella. Una fila de varones en los que ella había usado su poder o directamente había obligado a ir la cama, convencida de su derecho sobre ellos. Aparté la fuerza de esos recuerdos y recuperé el dominio sobre mí misma.

—Aparta tus manos de él.

Lo hizo.

—Desátalo.

La piel de Lucien perdió el color cuando Ianthe me obedeció. El rostro de la sacerdotisa se veía extrañamente inexpresivo, dócil. Los grilletes de piedra azul golpearon el suelo cubierto de musgo.

La camisa de Lucien estaba torcida, el botón superior de sus pantalones, ya desabrochado.

El rugido que llenaba mi mente era tan fuerte que apenas pude oírme cuando ordené:

—Recoge esa piedra.

Lucien seguía pegado al árbol. Y observaba en silencio mientras Ianthe se inclinaba para recoger una piedra gris y áspera del tamaño de una manzana.

—Pon la mano derecha sobre esa roca grande.

Ella obedeció, pero un temblor recorrió su espina dorsal.

Su mente se retorcía y luchaba contra mí, como un pez atrapado en una red. Clavé mis garras mentales más profundamente, y alguna voz interior de ella empezó a gritar.

—Golpea tu mano con la piedra tan fuerte como puedas hasta que yo diga «basta».

La mano que ella había puesto sobre él, sobre tantos otros.

Ianthe levantó la piedra. El primer impacto fue un sordo y húmedo ruido.

El segundo abrió una grieta real.

El tercero hizo brotar la sangre.

Su brazo se levantó y volvió a caer, su cuerpo se estremeció de dolor.

Y le dije con toda claridad:

—Nunca más tocarás a otra persona contra su voluntad. Nunca más te convencerás de que realmente desean tus avances; de que solo se trata de juegos. Jamás tocarás a otro a menos que el otro lo inicie, a menos que sea deseado por ambas partes.

Crash. Crac. Pam.

—No recordarás lo que ha pasado aquí. Les dirás a los demás que te has caído.

Su dedo anular se había doblado en la dirección equivocada.

—Se te permite ver a un sanador para acomodar los huesos. Pero no para borrar las cicatrices. Y cada vez que mires esa mano, recordarás que tocar a la gente contra su voluntad tiene consecuencias, y si lo haces de nuevo, todo lo que eres dejará de existir. Vivirás con ese terror cada día, y nunca sabrás de dónde proviene. Será solo el miedo a algo que te persigue, que te busca como presa, que espera el instante en que bajes la guardia.

Lágrimas silenciosas de dolor fluían por su rostro.

—Ya puedes detenerte.

La piedra ensangrentada cayó sobre la hierba. Su mano era poco más que huesos rotos envueltos en piel rasgada.

—Arrodíllate aquí hasta que alguien te encuentre.

Ianthe cayó de rodillas, su mano destrozada goteaba sangre sobre su pálida vestimenta.

—Me he debatido acerca de si cortarte o no la garganta esta mañana —le dije —. Me he debatido acerca de ello toda la noche mientras dormías a mi lado. Me lo he planteado todos los días desde que me enteré de que vendiste a mis hermanas a Hybern. —Sonreí un poco—. Pero creo que este es un castigo mejor. Y espero que vivas una larga larga vida, Ianthe, y nunca conozcas un momento de paz.

La miré fijamente un momento más, ajustando el tapiz de palabras y órdenes que había tejido en su mente, y me volví hacia Lucien. Se había arreglado los pantalones y la camisa.

Sus ojos muy abiertos se deslizaron de ella hacia mí, luego hacia la piedra ensangrentada.

—La palabra que estás buscando, Lucien —susurró una engañosamente débil voz femenina—, es *daemati*.

Nos volvimos hacia Brannagh y Dagdan cuando entraban en el claro, sonriendo como lobos.

Capítulo 10

Brannagh pasó los dedos por el cabello dorado de Ianthe, chasqueando la lengua al ver el amasijo ensangrentado que reposaba en su regazo.

—¿Vas alguna parte, Feyre?

Dejé caer mi máscara.

—Tengo que ir a algunos lugares —les dije a los príncipes de Hybern, observando que, de manera muy discreta, estaban tomando posiciones a mi alrededor.

—¿Qué podría ser más importante que ayudarnos? Después de todo, has jurado ayudar a nuestro rey.

Tiempo…, necesitaba distraerlos un tiempo hasta que Tamlin regresara con Jurian de cazar.

Lucien se apartó del árbol, pero no vino a mi lado. Algo semejante al dolor se reflejó en su rostro cuando finalmente vio la bandolera robada, la mochila en mis hombros.

—No te debo lealtad alguna —le dije a Brannagh, incluso mientras Dagdan comenzaba a bordear mi línea de visión—. Soy una persona libre y puedo ir a donde quiera, cuando quiera.

—¿Lo eres? —reflexionó Brannagh, deslizando una mano hacia la espada en su cadera. Me volví ligeramente para evitar que Dagdan se metiera en mi punto ciego—. Un plan tan cuidadoso durante estas semanas, unas maniobras tan hábiles. Tú no parecías pensar que nosotros haríamos lo mismo.

No iban a dejar que Lucien saliera vivo de ese claro. O al menos no con su mente intacta.

Él pareció darse cuenta al mismo tiempo que yo, a la vez que comprendía que no había forma de que ellos revelaran tal cosa sin saber que se saldrían con la suya.

—Hablemos de la Corte Primavera —comencé, y lo dije en serio—. Caerá de una forma u otra.

Lucien gruñó. Lo ignoré.

—Oh, sí, tenemos esa intención —admitió Brannagh, con la espada saliendo de su oscura vaina—. Pero ahora está este asunto tuyo.

Liberé con el pulgar dos de los cuchillos ilyrios.

—¿No te has preguntado por los dolores de cabeza? ¿Cómo ciertas cosas parecen un poco opacas en ciertos lazos mentales?

Mis poderes se habían agotado muy rápidamente, se habían vuelto cada vez más débiles a lo largo de esas semanas…

Dagdan resopló y por último observó a su hermana.

—Yo le daría unos diez minutos antes de que caiga la manzana.

Brannagh rio entre dientes, jugueteando con el grillete de piedra azul.

—Le dimos a la sacerdotisa el polvo al principio. Piedra faebana molida, tan fina que no se podía ver, ni oler, ni sentir su sabor en la comida. Le añadía un poco cada vez. Nada sospechoso. No demasiado… para que no dominara todos sus poderes a la vez.

La inquietud comenzó a atenazar mis tripas.

—Hemos sido daemati durante mil años, muchacha —se burló Dagdan—. Pero ni siquiera necesitamos deslizarnos en su mente para conseguir que ella hiciera lo que queríamos. Pero tú…, qué valeroso es el esfuerzo que haces, tratando de protegerlos a todos de nosotros.

La mente de Dagdan se lanzó hacia Lucien, una flecha oscura disparada entre ellos. Desplegué con fuerza un escudo entre ambos. Y mi cabeza…, los huesos me dolieron…

—¿Qué manzana? —pregunté, mascando las palabras.

—La que has hecho pasar por tu garganta hace una hora —explicó Brannagh —. Cultivada y cuidada en el jardín personal del rey, alimentada con una dieta constante de agua mezclada con el destructor de la sangre. Suficiente para eliminar tus poderes durante unos cuantos días seguidos, sin necesidad de grilletes. Y aquí estás, sin pensar que alguien hubiera advertido que planeabas desaparecer hoy. —Volvió a chasquear la lengua—. Nuestro tío se sentiría muy disgustado si permitiésemos que eso sucediera.

Me estaba quedando sin tiempo. Podría transportarme, pero entonces dejaría a Lucien en sus manos, en caso de que él no pudiera hacer algo con el destructor de la sangre en su sistema después de la comida en el campamento…

Abandonarlo. Yo debería y podría dejarlo.

Pero para un destino tal vez peor que la muerte…

Su ojo rojizo brillaba.

—Vete.

Tomé mi decisión.

Exploté hacia la noche, el humo y la sombra.

E incluso mil años no fueron suficientes para que Dagdan se preparara de forma adecuada cuando yo me transporté delante de él y ataqué.

Corté el frente de su armadura de cuero, no tan profundamente como para matar, y mientras el acero atravesaba su coraza, se retorció como un experto, forzándome a exponer mi lado derecho o a perder el cuchillo…

Me transporté de nuevo. Esta vez Dagdan vino conmigo.

No estaba peleando con los ignorantes compinches de Hybern en el bosque. No estaba luchando contra el attor y los suyos en las calles de Velaris. Dagdan era un príncipe de Hybern, un comandante.

Y peleaba como tal.

Transportar. Golpear. Transportar.

Éramos un torbellino negro de acero y sombra por el claro, y los meses de entrenamiento brutal de Cassian ocuparon su lugar mientras yo mantenía los pies firmes debajo de mí.

Tenía la vaga sensación de que Lucien estaba boquiabierto, e incluso Brannagh parecía sorprendida ante mi demostración de habilidad contra su hermano.

Pero los golpes de Dagdan no eran duros…, no, eran precisos y rápidos, pero él no ponía su fuerza por completo en ellos.

Ganaba tiempo. Me desgastaba hasta que mi cuerpo absorbiera por completo la manzana y su poder me volviera casi mortal.

Así que lo golpeé donde era más débil.

Brannagh gritó cuando una pared de fuego se estrelló contra ella.

Dagdan perdió la concentración durante un instante. Su rugido al hacerle un corte profundo en el abdomen silenció a los pájaros en los árboles.

—Pequeña cerda asquerosa —escupió, escapando de mi siguiente golpe cuando el fuego se despejó y Brannagh apareció de rodillas. Había descuidado

su escudo físico esperando que yo atacara su mente.

La princesa estaba temblando, jadeando de dolor. El olor de la piel carbonizada se dirigía hacia nosotros, directamente desde su brazo derecho, sus costillas, su muslo.

Dagdan se lanzó hacia mí de nuevo, y yo saqué dos cuchillos para detener su hoja.

Esta vez golpeó con fuerza.

Sentí la reverberación del choque en cada centímetro de mi cuerpo.

También sentí el sofocante silencio que se levantaba. Lo había sentido una vez antes…, aquel día en Hybern.

Brannagh se levantó con un grito agudo.

Pero Lucien estaba allí.

Concentrada totalmente en mí, en quitarme la belleza que yo le había quemado a ella, Brannagh no lo vio transportarse hasta que fue demasiado tarde.

Hasta que la espada de Lucien reflejó la luz del sol que se filtraba por el techo de hojas. Para luego encontrar la carne y el hueso.

Un estremecimiento atravesó el claro, como un hilo entre los gemelos que se cortó cuando la oscura cabeza de Brannagh golpeó contra el césped.

Dagdan gritó, lanzándose contra Lucien, atravesando los casi cinco metros entre nosotros.

Lucien apenas había apartado la hoja del cuello cortado de Brannagh cuando Dagdan se plantó delante de él, la espada volando hacia su garganta.

Lucien solo tuvo el tiempo suficiente para saltar hacia atrás a fin de evitar el golpe mortal de Dagdan.

Me bastó para detenerlo.

Paré la hoja de Dagdan con un cuchillo, la mirada desorbitada del macho cuando me transporté… y le metí el otro en el ojo. Directamente hasta el interior del cráneo.

Hueso, sangre y tejidos blandos se deslizaron por la hoja. La boca de Dagdan seguía abierta por la sorpresa en el momento en que yo sacaba el cuchillo.

Lo dejé caer encima de su hermana, el impacto de la carne contra la carne fue el único sonido.

Simplemente miré a Ianthe, con mi poder desvaneciéndose, al tiempo que un horrible dolor crecía en mi interior, y di mi última orden, que enmendaba la anterior.

—Diles que yo los maté. En defensa propia. Después de que me lastimaran

tanto mientras tú y Tamlin no hicisteis nada. Incluso cuando te torturen en busca de la verdad, les dirás que hui después de matarlos… para salvar a esta corte de sus horrores.

Ojos sin expresión, ojos vacíos, fueron la única respuesta.

—Feyre.

La voz de Lucien era un ronco gruñido.

Me limité a limpiar mis dos cuchillos en la espalda de Dagdan antes de recuperar mi mochila del suelo.

—Vas a volver. A la Corte Noche.

Me puse al hombro mi pesada mochila y finalmente lo miré.

—Sí.

Su rostro bronceado había palidecido. Pero él observaba a Ianthe, a los dos príncipes muertos.

—Voy contigo.

—No —fue todo lo que dije, y me encaminé hacia los árboles.

Sentí un profundo calambre en mi vientre. Tenía que escapar…, tenía que usar lo que quedaba de mi poder para transportarme hasta las colinas al pie de la montaña.

—No lo lograrás sin magia —me advirtió él.

Solo apreté los dientes contra el dolor agudo en mi abdomen mientras reunía toda mi fuerza para llegar a aquellas distantes colinas. Pero Lucien me agarró del brazo para detenerme.

—Voy contigo —dijo otra vez, el rostro salpicado de sangre tan brillante como su cabello—. Voy a recuperar a mi compañera.

No había tiempo para discutir este argumento. Para la verdad y el debate y las respuestas que yo veía que él quería con desesperación.

Tamlin y los demás ya habrían oído los gritos.

—No hagas que me arrepienta de esto —le dije.

La sangre recubría el interior de mi boca cuando llegamos a las laderas montañosas algunas horas después.

Yo respiraba entrecortadamente, me palpitaba la cabeza, mi estómago era un nudo retorcido de dolor.

Lucien no estaba mucho mejor, su transportación tan vacilante como la mía antes de detenernos entre la verde ondulación, y se dobló, con las manos apoyadas en las rodillas.

—Ha desaparecido… —dijo, jadeando—. Mi magia…, no queda ni una brasa. Seguramente nos han drogado a todos hoy.

Y me habían dado una manzana envenenada para asegurarse de mantenerme dominada.

Mi poder se alejó de mí como una ola que retrocede desde la costa. Solo que no había regreso. Simplemente se fue cada vez más lejos en un mar de nada.

Contemplé el sol, ya a un palmo por encima del horizonte, y las sombras densas y pesadas entre las colinas. Traté de orientarme, rebuscando entre los conocimientos que había obtenido durante esas semanas.

Caminé hacia el norte, balanceándome. Lucien me agarró del brazo.

—¿Estás usando una puerta?

Dirigí los ojos doloridos hacia él.

—Sí. —Las cuevas…, ellos las llamaban *puertas*…, en esos huecos llevaban a otros rincones de Prythian. Yo había tomado uno directo a Bajo la Montaña. En ese momento iba a tomar uno que me llevara a casa. O lo más cerca de ella que se pudiera. No existía puerta a la Corte Noche, ni aquí ni en ningún otro lugar.

Y no iba a arriesgar a mis amigos trayéndolos aquí para recuperarme. No importaba el lazo entre Rhys y yo… No podía siquiera sentirlo.

Un entumecimiento se había apoderado de mí. Necesitaba salir… en ese mismo instante.

—El portal de la Corte Otoño está por allí. —Advertencia y reproche.

—No puedo ir a Verano. Me matarán en cuanto me vean.

Silencio. Me soltó el brazo. Tragué saliva, mi garganta estaba tan seca que apenas si pude hacerlo.

—La única otra puerta aquí conduce a Bajo la Montaña. Nosotros sellamos todas las otras entradas. Si vamos allí, podríamos terminar atrapados o teniendo que regresar.

—Entonces vamos a Otoño. Y desde allí… —Me detuve antes de terminar. Hogar. Pero Lucien lo entendió de todos modos. Y pareció darse cuenta en ese momento de que eso era la Corte Noche para mí: el hogar.

Casi podía ver la palabra en su ojo rojo mientras sacudía la cabeza: «Luego».

Le hice una señal de asentimiento con la cabeza. Sí, luego, más tarde, lo explicaríamos todo.

—La Corte Otoño será tan peligrosa como Verano —advirtió.

—Solo necesito un lugar donde esconderme…, permanecer oculta hasta… hasta que podamos transportarnos otra vez.

Un débil zumbido y un repiqueteo me llenaron los oídos. Y sentí que mi magia desaparecía enteramente.

—Conozco un lugar —dijo Lucien, caminando hacia la cueva que nos llevaría a su casa.

A las tierras de la familia que lo había traicionado del mismo modo que esa corte me había traicionado a mí.

Atravesamos las colinas, rápidos y silenciosos como sombras.

La cueva a la Corte Otoño había quedado sin vigilancia. Lucien se volvió para mirarme como preguntándome si también yo era la responsable de la falta de guardias que siempre estaban destacados aquí.

Le dirigí otro movimiento de cabeza a modo de asentimiento. Me había metido en sus mentes antes de que nos hubiéramos ido, para asegurarme de que esta puerta quedaría abierta. Cassian me había enseñado que siempre hay que tener una segunda ruta de escape. Siempre.

Lucien se detuvo ante la arremolinada oscuridad de la boca de la cueva, la negrura como un wyrm preparado para devorarnos a ambos. Un músculo palpitó en su mandíbula.

—Quédate, si quieres —le dije—. Lo hecho, hecho está.

Porque Hybern estaba viniendo, ya estaba aquí. Yo lo había debatido durante semanas: si era mejor reclamar la Corte Primavera nosotros mismos o dejarla caer en manos de nuestros enemigos.

Pero no podía permanecer neutral: una barrera entre nuestras fuerzas en el norte y los humanos en el sur. Habría sido fácil llamar a Rhys y a Cassian para que este último trajera una legión ilyria para reclamar el territorio cuando quedara debilitado después de mis propias maniobras. Todo dependía de la movilidad que Cassian hubiera recuperado…, si aún se estaba curando.

Pero entonces tendríamos un territorio… con otras cinco cortes entre nosotros. La simpatía podría haber influido en la Corte Primavera; otros podrían haberse unido a Hybern contra nosotros, considerando nuestra conquista de este lugar una prueba de nuestra malicia. Pero si Primavera caía en manos de Hybern… podríamos reunir a las otras cortes para nosotros. Atacar como uno solo desde el norte, encerrando a Hybern.

—Tú tenías razón —dijo por fin Lucien—. Aquella muchacha que yo

conocía murió en Bajo la Montaña.

No estaba segura de si eso era un insulto. Pero asentí de todas maneras.

—Al menos podemos estar de acuerdo en eso. —Entré en el frío y la oscuridad que nos aguardaban.

Lucien caminó a mi lado cuando pasamos bajo el arco de piedra viva, tallada, nuestras espadas desenvainadas mientras dejábamos atrás el calor y el verde de la eterna primavera.

Y en la distancia, tan débil que pensé que quizá lo habría imaginado, el rugido de la bestia partió la tierra.

Parte dos
Rompemaldiciones

Capítulo 11

El frío fue lo que más me impactó.

Estimulante, un frío crujiente, entrelazado con olor a fertilizante y cosas putrefactas.

En el crepúsculo, el mundo más allá de la estrecha boca de la cueva era un entramado de rojo y dorado, marrón y verde, los árboles gruesos y viejos, el suelo cubierto de musgo salpicado de rocas y peñascos que proyectaban largas sombras.

Salimos, espadas en mano, apenas respirando más allá de un goteo del aire.

Pero no había ningún centinela de la Corte Otoño custodiando la entrada al reino de Beron…, al menos ninguno que pudiéramos ver u oler.

Sin mi magia, yo estaba ciega otra vez, incapaz de recorrer una red de conciencia entre los árboles antiguos y vibrantes para percibir algún rastro de mentes fae cercanas.

Totalmente indefensa. Así era como había estado antes. Cómo me había sido posible sobrevivir tanto de ese modo… No quería ni pensarlo.

Nos deslizamos ágil y silenciosamente sobre el musgo, la piedra y la madera, nuestro aliento enroscándose delante de nosotros.

Nos mantuvimos en movimiento, seguimos caminando hacia el norte. Rhys ya se habría dado cuenta de que nuestro lazo se había oscurecido… y probablemente estaba tratando de averiguar si yo había planeado eso, decidir si valía la pena el riesgo de revelar nuestros planes secretos para encontrarme.

Pero hasta que lo hiciera… Hasta que pudiera oírme, encontrarme…, tenía que seguir moviéndome.

Así que dejé que Lucien encabezara la marcha, deseando al menos poder mover los ojos para atravesar el bosque cada vez más oscuro. Pero mi magia estaba inmóvil y congelada. Una muleta de la que me había vuelto demasiado dependiente.

Escogimos nuestro camino a través de la espesura; el frío se agudizaba con cada rayo de sol que se desvanecía.

No habíamos hablado desde que habíamos entrado en esa cueva entre las cortes. Por la rigidez de sus hombros, el duro ángulo de su mandíbula mientras avanzaba con pies silenciosos y firmes, yo sabía que solo nuestra necesidad de sigilo mantenía a raya sus preguntas en estado de ebullición.

La noche lo envolvía todo, la luna todavía no había salido, cuando nos condujo a otra cueva.

En la entrada me eché hacia atrás.

Lucien se limitó a decir, con la voz fría y helada como el aire:

—No lleva a ningún lado. Hace una curva en la parte de atrás que nos permitirá descansar sin que nadie nos vea.

De todas maneras, dejé que él entrara primero.

Cada miembro, cada movimiento, se volvía lento, doloroso. Pero lo seguí al interior, hasta la curva que había indicado.

Un golpe de pedernal y me encontré mirando una especie de campamento improvisado.

La vela que Lucien había encendido estaba en una cornisa natural de piedra, y en el suelo, cerca de ella, tres jergones para dormir y mantas viejas cubiertos de hojas y telarañas. En el centro de aquel espacio había una pequeña hoguera. El techo por encima de él estaba negro de humo.

Nadie había estado ahí en meses. En años.

—Solía quedarme aquí cuando cazaba. Antes de… irme —me contó, mientras examinaba un polvoriento libro encuadernado en cuero que estaba en la repisa de piedra junto a la vela. Dejó el libro con un golpe—. Es solo por esta noche. Por la mañana buscaremos algo para comer.

Yo simplemente levanté el jergón más cercano y lo sacudí unas cuantas veces, y las hojas y las nubes de polvo volaron por el aire antes de que volviera a dejarlo en el suelo.

—Realmente habías planeado esto —dijo por fin.

Me senté en el jergón y comencé a ordenar el contenido de mi mochila, sacando la ropa más abrigada, comida y los suministros que Alis había colocado

en su interior.

—Sí.

—¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Olfateé la comida, preguntándome si estaría impregnada con destructor de la sangre. Podría estar en todos aquellos alimentos.

—Es demasiado arriesgado comer esto —admití, eludiendo su pregunta.

Lucien no me prestaba atención.

—Yo lo sabía. Sabía que estabas mintiendo en el momento en que liberaste aquella luz en Hybern. Mi amiga en la Corte Amanecer tiene ese mismo poder: su luz es idéntica. Y no hace ninguna de esas cosas que tú dices.

Dejé la mochila en el suelo.

—Entonces ¿por qué no se lo contaste? Eras su fiel perro en cualquier otro sentido.

Su ojo pareció hervir de ira. Como si el hecho de estar en sus propias tierras hiciese que saliera a la superficie todo ese mineral fundido que tenía dentro de sí, incluso contenido por el amortiguador de su poder.

—Me alegra ver que la máscara ha caído, finalmente.

En efecto, se lo dejé ver todo, sin alterar ni moldear mi rostro en nada que no fuera frialdad.

Lucien resopló.

—No se lo dije por dos razones. La primera es que sentí que era como patear a un hombre caído. No podía arrebatarle esa esperanza. —Puse los ojos en blanco—. La segunda —continuó— es que yo sabía que si estaba en lo cierto y lo contaba, encontrarías alguna manera de asegurarte de que no pudiera verla nunca.

Clavé las uñas en las palmas de las manos lo suficiente para que me doliera, pero me quedé sentada en el jergón mientras descubría mis dientes.

—Y esa es la razón por la que estás aquí. No porque sea correcto y él siempre haya estado equivocado, sino solo para conseguir lo que crees que te corresponde.

—Ella es mi compañera y está en manos de mi enemigo…

—No he ocultado en ningún momento que Elain está a salvo y bien cuidada.

—Y se supone que debo creerte.

—Sí —susurré—. Así es. Porque si yo creyera por un instante que mis hermanas están en peligro, ningún alto lord o rey habría podido impedir que fuera a salvarlas.

Él sacudió la cabeza, la luz de las velas bailando sobre su cabello rojizo.

—Tienes las agallas de cuestionar mis prioridades con respecto a Elain…, pero ¿cuál fue tu motivo en lo que a mí concierne? ¿Pensabas apartarme de tu camino de destrucción debido a una amistad genuina, o simplemente por temor a lo que eso podría hacerle a ella?

No respondí.

—¿Y bien? ¿Cuál era tu gran plan para mí antes de que Ianthe interfiriera?

Tiré de un hilo perdido en el jergón.

—Habrías estado bien —fue todo lo que dije.

—¿Y qué hay de Tamlin? ¿Planeabas destriparlo antes de irte y simplemente no tuviste la oportunidad?

Arranqué el hilo suelto del jergón.

—Lo había pensado.

—¿Pero…?

—Pero creo que dejar que su corte se derrumbe alrededor de él es un castigo mejor. Ciertamente más largo que una muerte fácil. —Me quité la bandolera de cuchillos de Tamlin y el cuero raspó contra el suelo de piedra—. Tú eres su emisario…, y es muy posible que te des cuenta de que cortarle la garganta, por satisfactorio que sea, no nos haría ganar muchos aliados en esta guerra. —No, eso le habría dado a Hybern demasiadas vías para socavarnos.

Él se cruzó de brazos. A la espera de una buena y larga pelea. Pero antes de que pudiera empezarla, dije:

—Estoy cansada. Y nuestras voces hacen eco en esta cueva. Ya hablaremos de todo ello cuando no sea probable que nos capturen y nos maten.

Su mirada era un hierro candente.

Pero lo ignoré y me acurruqué sobre el jergón que apestaba a polvo y putrefacción. Extendí la capa sobre mí, pero no cerré los ojos.

No me atrevía a dormir…, no cuando él podía cambiar de idea. Pero tan solo acostada, sin moverme, sin pensar…, algunas de las tensiones de mi cuerpo se aliviaron.

Lucien apagó la vela y oí sus sonidos también intentando serenarse.

—Mi padre te perseguirá por haber tomado su poder si se entera —dijo en la fría oscuridad—. Y te matará por aprender a manejarlo.

—Puede ponerse a la cola —me limité a contestar.

Mi agotamiento era una manta sobre mis sentidos con la luz gris que manchaba las paredes de la cueva.

Pasé la mayor parte de la noche tiritando, sobresaltada con cada crujido y cada ruido en el bosque, fuera, muy consciente de los movimientos de Lucien en su jergón.

Al ver su cara ojerosa cuando se sentó, supe que tampoco él había dormido, quizá preguntándose si yo lo iba a abandonar. O si su familia nos encontraría primero. O la mía.

Nos observamos mutuamente.

—¡¿Qué pasa ahora?! —rugió él, pasándose su mano ancha sobre la cara.

Rhys no había venido…, no había oído ni un susurro de él por el lazo.

Tanteando, busqué mi magia, pero solo encontré las cenizas.

—Nos dirigiremos hacia el norte —indiqué—. Hasta que el destructor de la sangre esté fuera de nuestros sistemas y podamos transportarnos. —«O yo pueda ponerme en contacto con Rhys y todos los demás».

—La corte de mi padre está situada hacia el norte. Tendremos que ir al este o al oeste para evitarla.

—No. Al este nos acercaríamos demasiado a la frontera de la Corte Verano. Y no quiero perder tiempo yendo demasiado lejos al oeste. Vamos directamente hacia el norte.

—Los centinelas de mi padre nos verán enseguida.

—Entonces tendremos que permanecer invisibles —dije levantándome.

Tiré la última comida contaminada que había en mi mochila. «Que se la coman los carroñeros».

Caminar a través de los bosques de la Corte Otoño era como caminar dentro de un joyero.

Incluso con todo lo que en potencia nos estaba persiguiendo en ese momento, los colores eran tan vívidos que suponía un esfuerzo no quedarnos embobados y boquiabiertos.

A media mañana, la escarcha se había derretido bajo el generoso sol para dejar a la vista aquello que era adecuado para comer. Mi estómago gruñía a cada paso, y el pelo rojo de Lucien brillaba como las hojas de encima de nosotros mientras recorría el bosque con la mirada en busca de cualquier cosa que llenara nuestras barrigas.

Su bosque, por la sangre y por la ley. Era un hijo de este bosque, y… parecía hecho por él. Para él. Incluso ese ojo dorado.

Por último, Lucien se detuvo ante una corriente verde jade que se movía por una hondonada con paredes de granito, un lugar que él aseguraba que había sido rico en truchas.

Yo estaba en el proceso de construir una rudimentaria caña para pescar cuando él se metió en la corriente, sin botas y con los pantalones arremangados hasta las rodillas, y atrapó una con sus manos desnudas. Se había recogido el pelo, unos cuantos mechones le caían sobre el rostro cuando se zambulló otra vez, y lanzó una segunda trucha a la arena de la orilla donde yo había estado tratando de encontrar un sustituto de la línea para pescar.

Permanecimos en silencio mientras los peces dejaban de saltar, con sus costados irisados atrapando y reflejando todos los brillantes colores que nos rodeaban.

Lucien los cogió por la cola, como si lo hubiera hecho mil veces. Cosa que muy bien podría ser cierta, precisamente aquí, en este arroyo.

—Los limpiaré mientras enciendes el fuego.

A la luz del día, el resplandor de las llamas no podía ser visto. Aunque el humo…, en fin, era un riesgo necesario.

Trabajamos y comimos en silencio, el chisporroteo del fuego fue la única conversación.

Caminamos hacia el norte durante cinco días, apenas intercambiando alguna palabra.

Las tierras de Beron eran tan vastas que tardamos tres días en entrar, cruzarlas y salir de ellas. Lucien nos condujo por los límites, tenso ante cada canto de ave y cada crujido.

La Casa del Bosque era un complejo extenso, me informó Lucien una de las pocas veces que nos arriesgábamos o nos preocupábamos por hablarnos el uno al otro. Había sido construida entre los árboles y las rocas, y solo sus niveles más altos eran visibles por encima del suelo. Abajo, se extendían unos cuantos niveles excavados en la roca. Pero su tamaño se debía principalmente a su amplitud. Uno podía caminar desde un extremo de la casa al otro y eso le ocuparía la mitad de la mañana. Había destacamentos y círculos de centinelas rodeándola: en los árboles, en el suelo, encima de las tejas cubiertas de musgo y las piedras de la propia casa.

Ningún enemigo se acercaba a la casa de Beron sin que él lo supiera. Nadie salía sin su permiso.

Supe que habíamos llegado más allá del mapa conocido de Lucien, de sus rutas y estaciones de patrulla, cuando sus hombros se hundieron.

Los míos ya se habían desplomado.

Yo apenas había dormido, solo permitiéndome hacerlo cuando la respiración de Lucien tomaba un ritmo diferente y más profundo. Sabía que no podría mantenerme así durante mucho tiempo, pero sin la capacidad de proteger, de percibir cualquier peligro…

Me preguntaba si Rhys me estaría buscando. Si habría sentido el silencio.

Ya debería haber recibido un mensaje. Y lo habría informado de que iba hacia allí y cómo podía encontrarme.

El destructor de la sangre…, era por eso por lo que el lazo había sonado tan apagado. Quizá debería haber matado a Ianthe directamente.

Pero lo que estaba hecho, estaba hecho.

Me estaba frotando los ojos doloridos, tomándome un momento de descanso debajo de nuestro nuevo tesoro: un manzano, cargado de grandes y suculentos frutos.

Había llenado mi mochila con lo que pude meter dentro. Dos corazones de manzana yacían desechados a mi lado, el aroma dulzón de su descomposición me acunaba como el zumbido de las abejas sobrevolando los restos de los frutos. Una tercera esperaba a ser comida encima de mis piernas estiradas.

Después de lo que los príncipes de Hybern habían hecho, debería haber odiado las manzanas para siempre, pero el hambre siempre me había hecho obviar esas cuestiones.

Lucien, sentado a pocos metros de distancia, tiró los restos de su cuarta manzana entre los arbustos mientras yo mordía la mía.

—Las tierras y los campos de cultivo están cerca —anunció—. Tendremos que permanecer ocultos. Mi padre no paga bien por sus cosechas, y los trabajadores de la tierra harán cualquier cosa que puedan para ganarse una moneda adicional.

—¿Incluso traicionar a uno de los hijos del alto lord revelando su paradero?

—Sobre todo eso.

—¿No te querían?

Su mandíbula se tensó.

—Como el más joven de siete hijos, yo no era particularmente necesitado o deseado. Quizá fue algo bueno. Pude estudiar durante más tiempo que el que mi padre permitió a mis hermanos antes de enviarlos lejos del hogar para gobernar algún territorio dentro de nuestras tierras, y pude entrenarme todo el tiempo que quise, ya que nadie creía que sería tan tonto como para abrirme camino matando a la larga lista de herederos. Y cuando me aburrí del estudio y de la lucha…, aprendí lo que pude de la tierra con sus gentes. Por eso las conozco.

Se puso de pie con un gemido, el pelo suelto le brillaba con el sol del mediodía en lo alto, lo que resaltaba las tonalidades color sangre y color vino.

—Yo diría que eso parece más bien la vida de un alto lord que la de un hijo ocioso y no deseado.

Una mirada larga y acerada.

—¿Pensabas que era mero odio lo que motivó a mis hermanos a hacer todo lo posible para destruirme y matarme?

A mi pesar, un escalofrío me recorrió la columna vertebral. Terminé la manzana y me puse de pie para arrancar otra que colgaba de una rama baja.

—¿La quieres…, la corona de tu padre?

—Nunca nadie me había preguntado eso. —Lucien se quedó pensativo mientras seguíamos adelante, evitando pisar las manzanas caídas y podridas. El aire era dulce y pegajoso—. El derramamiento de sangre que sería necesario para obtener esa corona no valdría la pena. Tampoco la valdría su lastimosa corte. Yo obtendría una corona… solo para gobernar sobre un pueblo taimado, de dos caras.

—El lord de los zorros —dije, bufando al recordar aquella máscara que le había visto usar alguna vez—. Pero no has respondido a mi pregunta…, ¿por qué la gente de aquí querría venderte?

El paisaje pareció iluminarse, un dorado campo de cebada ondulaba hacia una distante línea de árboles.

—Después de Jesminda, lo harían.

Jesminda. Nunca había pronunciado ese nombre.

Lucien se deslizó entre las espigas que se balanceaban.

—Era una de ellos. —Sus palabras eran apenas audibles sobre el susurro de la cebada—. Y cuando yo no la protegí…, fue una traición a su confianza. Corrí hacia las casas de algunos de ellos cuando intentaba escapar de mis hermanos. Me echaron por lo que yo permití que le sucediera a ella.

Olas de oro y marfil se ondulaban alrededor de nosotros, el cielo lucía de un azul transparente, inmaculado.

—No puedo culparlos por ello —dijo.

Al final de la tarde salimos del fértil valle. Cuando Lucien sugirió que nos detuviéramos a pasar la noche, insistí en que continuáramos…, directo hacia las empinadas estribaciones preludio de las grises montañas cubiertas de nieve que marcaban el inicio de la frontera compartida con la Corte Invierno. Si podíamos cruzarla dentro de un día o dos, tal vez recuperara mis poderes lo suficiente para contactar con Rhys…, o para transportarnos el resto del camino a casa.

La caminata no fue fácil.

Grandes y escarpadas rocas conformaban la subida, moteadas de musgo y con altas hierbas blancas que siseaban como culebras. El viento nos arremolinaba el pelo, la temperatura bajaba rápidamente cuanto más alto subíamos.

Esa noche… Tendríamos que arriesgarnos a encender un fuego esa noche. Solo para seguir con vida.

Lucien jadeaba mientras escalábamos una enorme roca y dejábamos el valle atrás, el bosque una enmarañada espesura de color aún más allá. Tenía que haber un paso por el cordón montañoso en algún punto… no visible.

—¿Cómo es que no estás sin aliento? —jadeó él, encaramándose a la superficie plana de la roca.

Empujé hacia atrás el pelo de mi trenza que se había deshecho para azotarme la cara.

—Estoy entrenada.

—Me lo imaginé después de tu enfrentamiento con Dagdan.

—Tuve el elemento sorpresa de mi lado.

—No —dijo Lucien en voz baja mientras yo buscaba un punto de apoyo en la siguiente roca—. Eso fue todo cosa tuya. —Mis uñas rechinaron cuando clavé los dedos en la roca y me empujé hacia arriba. Lucien agregó—: Me protegiste. De ellos. De Ianthe. Gracias.

Sus palabras golpearon algo dentro de mí, y me alegré de que el viento siguiera rugiendo a nuestro alrededor, aunque solo fuera para ocultar el ardor en mis ojos.

Dormí, finalmente.

Con el fuego chisporroteando en nuestra última cueva, el calor y la relativa lejanía fueron suficientes para, por fin, poder dormir.

Y en mis sueños, creo que nadé por la mente de Lucien, como si alguna pequeña chispa de mi poder estuviera regresando.

Soñé con nuestro acogedor fuego y las escarpadas paredes, ese espacio apenas lo bastante grande para nosotros y el fuego. Soñé con los aullidos, más allá de la noche oscura, con todos los sonidos que Lucien identificaba tan cuidadosamente mientras vigilaba.

Su atención se deslizó hacia mí en un momento determinado y detuvo un poco la mirada.

Nunca supe cuán joven, cuán humana me veía cuando dormía.

Mi trenza era una cuerda sobre mi hombro, la boca ligeramente abierta, el rostro demacrado después de días de poco descanso y escasa comida.

Soñé que él se quitaba la capa y la ponía sobre mi manta. Luego me alejé, escurriéndome fuera de mi cabeza mientras mis sueños se movían y navegaban en otra parte. Dejé que un mar de estrellas me acunara hasta dormirme.

Una mano agarró mi rostro tan fuerte que el propio gemido de mis huesos me despertó.

—Mirad a quién hemos encontrado aquí —dijo lentamente una fría voz masculina.

Conocía ese rostro: el pelo rojo, la piel pálida, la sonrisa de superioridad. Conocía las caras de los otros dos hombres en la cueva, con Lucien que gruñía inmovilizado debajo de ellos.

Sus hermanos.

Capítulo 12

—Padre —le dijo a Lucien el que ahora sostenía un cuchillo en mi garganta— está bastante molesto porque no pasaste por casa a saludar.

—Tenemos algo que hacer y no podemos retrasarnos —respondió Lucien con suavidad, dominándose.

El cuchillo presionó apenas un poquito más fuerte en mi piel cuando dejó escapar una risa carente de humor.

—Bien. Se rumorea que vosotros dos habéis huido juntos y le habéis puesto los cuernos a Tamlin. —Su sonrisa se ensanchó—. No pensé que fueras capaz de tal cosa, hermanito.

—Parece que ella sí era capaz de hacerlo. —Uno de los otros se rio.

Deslicé la mirada hacia el hombre que tenía encima.

—Suéltanos.

—Nuestro estimado padre quiere veros —dijo con una sonrisa de serpiente. El cuchillo no vaciló—. Así que vendréis con nosotros a su casa.

—Eris —le advirtió Lucien.

El nombre resonó en mi mente. Encima de mí, a pocos centímetros de distancia…, tenía al exprometido de Mor. El hombre que la había abandonado cuando encontró su cuerpo maltratado en la frontera. El heredero del alto lord.

Yo habría jurado que unas garras fantasma se clavaban en las palmas de mis manos.

Un día o dos más y habría sido capaz de cortarle la garganta con ellas.

Pero no disponía de ese tiempo. Solo tenía ese momento. Tendría que ser suficiente.

Eris simplemente me dijo, con voz fría e indiferente:

—Levántate.

Entonces lo sentí…, despertándose como si un aguijón lo hubiera pinchado. Como si el hecho de estar ahí, en ese territorio, entre sus principescos pares, lo hubiera vuelto a la vida de alguna manera, eliminando el veneno, convirtiendo esa ponzoña en vapor.

Con su cuchillo aún apoyado en mi cuello, dejé que Eris me pusiera de pie, y los otros dos arrastraron a Lucien antes de que este pudiera levantarse por sí mismo.

Hacerlo valer. Usar mi entorno.

Miré a Lucien a los ojos.

Y él vio que el sudor me cubría las sienes, el labio superior, a medida que mi sangre se calentaba.

Un leve movimiento de la barbilla fue su única señal de que había comprendido.

Eris nos llevaría a Beron, y el alto lord nos mataría por deporte, nos vendería al mejor postor o nos retendría indefinidamente. Y después de lo que le habían hecho a la amante de Lucien, de lo que le habían hecho a Mor…

—Después de ti —dijo Eris con suavidad, bajando por fin el cuchillo. Me empujó para que diera un paso.

Era lo que yo había estado esperando. El equilibrio, me había enseñado Cassian, era crucial para ganar una pelea.

Y como el empujón de Eris le provocó un irregular apoyo de los pies, aproveché su error.

Giré tan rápido que no me vio entrar en su guardia y lo golpeé con el codo en la nariz.

Eris se tambaleó hacia atrás.

La llama se estrelló contra los otros dos, y Lucien saltó a un costado mientras gritaban y caían hacia lo más profundo de la cueva.

Liberé hasta la última gota de la llama en mí, un muro de fuego entre nosotros y ellos, sellando a sus hermanos dentro de la cueva.

—Corre —jadeé, pero Lucien ya estaba a mi lado, una firme mano bajo mi brazo mientras yo hacía arder esa llama cada vez más y más caliente. No podría contenerlos durante mucho tiempo, y sentía el poder de alguien que se levantaba para desafiar al mío.

Y había otra fuerza que manejar.

Lucien lo comprendió en el mismo momento que yo.

El sudor se calentaba en la frente de Lucien mientras un pulso de poder lamido por las llamas chocaba contra las piedras justo encima de nosotros. El polvo y los escombros llovían sobre nuestras cabezas.

Lancé un poco de magia apoyando el siguiente golpe de Lucien.

Y el siguiente.

Cuando el lívido rostro de Eris emergió de mi red de llamas, como un recién forjado dios de la ira, Lucien y yo derribamos el techo de la cueva.

El fuego estalló entre las pequeñas grietas como mil flotantes lenguas de serpientes, pero la cueva ni siquiera tembló.

—Date prisa —dijo Lucien jadeando, y no gasté saliva en asentir mientras nos dirigíamos hacia la noche.

Nuestras mochilas, nuestras armas, nuestra comida…, todo quedó dentro de esa cueva.

Llevaba dos dagas conmigo; Lucien, una. Yo había estado usando mi capa, pero… de hecho él me había ofrecido la suya. Se estremeció de frío mientras nos arrastrábamos agarrándonos a cualquier cosa por el camino hasta la ladera de la montaña, sin osar detenernos.

Si yo hubiera seguido siendo humana, habría muerto.

El frío calaba hasta los huesos, el viento con su silbido nos golpeaba como latigazos ardientes. Los dientes me castañeteaban, tenía los dedos tan rígidos que apenas podía agarrar el granito helado con cada kilómetro que avanzábamos temblorosos por las montañas. Tal vez ambos nos salvamos de una muerte helada por el núcleo de la llama que apenas acababa de encenderse dentro de nuestras venas.

No nos detuvimos ni una vez, con el temor tácito de que si lo hacíamos, el frío nos quitaría el calor que pudiera persistir en nosotros y nunca volveríamos a movernos. O de que los hermanos de Lucien ganaran terreno.

Intenté, una y otra vez, llamar a Rhys por el lazo. Para transportarnos. Para que nos crecieran alas y tratara de sacarnos volando del paso de montaña que estábamos atravesando, con la nieve hasta la cintura y tan densa en algunos lugares que teníamos que arrastrarnos sobre ella mientras el hielo nos arrancaba la piel.

Pero la asfixiante fuerza del destructor de la sangre todavía retenía la mayor parte de mi poder.

Teníamos que estar cerca de la frontera de la Corte Invierno, me dije a la vez que entrecerrábamos los ojos contra las ráfagas de viento helado en el otro extremo del estrecho paso de montaña. Ya estaba cerca…, y una vez que lo pasáramos, Eris y los demás no se atreverían a poner los pies en el territorio de otra corte.

Mis músculos gritaban a cada paso, mis botas empapadas de nieve, los pies peligrosamente entumecidos. Yo había vivido suficientes inviernos humanos en el bosque y conocía bien los peligros de estar expuestos a la amenaza del frío y la humedad.

Lucien, un paso detrás de mí, jadeaba con fuerza mientras las paredes de roca y nieve se separaban para revelar una implacable noche estrellada… y más montañas más allá. Casi sollocé.

—Tenemos que seguir adelante —dijo él, con los mechones sueltos de su pelo endurecidos por la nieve, y yo me pregunté si la capacidad de oír me había abandonado.

El hielo me hacía cosquillas en la nariz congelada.

—No aguantaremos mucho tiempo así, necesitamos calentarnos y descansar.

—Mis hermanos…

—Moriremos si continuamos. —O perderíamos los dedos de las manos y de los pies, en el mejor de los casos. Apunté hacia la ladera de la montaña, un peligroso descenso—. No podemos arriesgarnos a atravesar eso por la noche. Debemos encontrar una cueva y tratar de hacer un fuego.

—¿Con qué? —replicó él—. ¿Ves algún trozo de madera?

Seguí adelante sin responder. Discutir era desperdiciar energía y tiempo.

Además, yo tampoco tenía una respuesta.

Me preguntaba si superaríamos aquella noche.

Encontramos una cueva. Profunda y protegida del viento y de miradas desde fuera. Lucien y yo cubrimos cuidadosamente nuestras huellas, asegurándonos de que el viento soplara a nuestro favor para encubrir nuestro olor.

Ahí se acabó nuestra suerte. No encontramos madera; y tampoco quedaba fuego en nuestras venas.

Así que utilizamos nuestra única opción: el calor del cuerpo. Amontonados en el más lejano rincón de la cueva, nos sentamos muslo contra muslo y brazo contra brazo debajo de mi capa, temblando con el agua fría que goteaba.

Apenas podía oír el grito hueco del viento sobre el golpeteo de mis dientes. Y de los de él.

¡Encuéntrame, búscame, búscame!, intenté gritar en el lazo. Pero la voz burlona de mi compañero no respondió.

Solo se oía el vacío rugiente.

—Háblame de ella…, de Elain —dijo Lucien en voz baja. Como si la muerte que se agazapaba en la oscuridad junto a nosotros hubiera llevado sus pensamientos a su propia compañera.

Pensé en no decir nada, pues temblaba demasiado para elaborar un discurso, pero…

—Ama su jardín. Le encantaba cultivar cosas. Incluso cuando éramos muy pobres, ella se las arreglaba para tener un pequeño jardín en los meses cálidos. Y cuando… cuando nuestra fortuna regresó, se dedicó a crear y a plantar los jardines más hermosos que nadie haya visto. Incluso en Prythian. Volvía locos a los sirvientes porque se suponía que ellos debían hacer el trabajo mientras que las señoras se limitaban a cortar alguna rosa aquí y allá, pero Elain se ponía un sombrero y guantes y se arrodillaba en la tierra para arrancar la maleza. Se comportaba como una señora de pura raza en todos los aspectos, menos en eso.

Lucien permaneció en silencio durante un largo rato.

—Se comportaba —murmuró—. Hablas de ella como si estuviera muerta.

—No sé qué cambios produjo el Caldero en mi hermana. No creo que regresar a su hogar sea una opción. Por mucho que ella lo desee.

—Seguramente Prythian es una alternativa mejor, con guerra o sin guerra.

Me armé de valor antes de hablar.

—Elain está comprometida, Lucien.

Sentí que cada centímetro de él se ponía rígido.

—Con quién.

Palabras inexpresivas y frías. Con la amenaza de la violencia hirviendo debajo.

—Con el hijo de un lord humano. Ese lord odia a los inmortales…, ha dedicado su vida y su riqueza a cazarlos. A nosotros. Me dijeron que aunque es

un compromiso por amor, el padre de su prometido estaba ansioso por tener acceso a su considerable dote para continuar su cruzada contra la raza de los inmortales.

—Elain ama al hijo de ese lord. —No era una pregunta.

—Ella dice que sí. Nesta… Nesta pensó que el padre y su obsesión por matar a inmortales eran algo lo bastante malo para hacer sonar algunas alarmas. Pero nunca le manifestó esta preocupación a Elain. Ni yo tampoco.

—Mi compañera está comprometida con un macho humano. —Habló más para sí mismo que a mí.

—Lo siento si…

—Quiero verla. Solo una vez. Solo para saber.

—¿Saber qué?

Levantó la capa húmeda más alto sobre nosotros.

—Si vale la pena luchar por ella.

No podía decidirme a decirle que sí valía la pena, a darle ese tipo de esperanza cuando Elain podría muy bien hacer todo lo posible para mantener el compromiso. Aun cuando la inmortalidad lo hubiera hecho imposible.

Lucien apoyó la cabeza contra la pared de roca detrás de nosotros.

—Y entonces le preguntaré a tu amante cómo sobrevivió… sabiendo que estabas comprometida con alguien más. Que compartías la cama de otro hombre.

Metí las manos heladas bajo los brazos, la mirada perdida en la penumbra.

—Dime cuándo supiste —preguntó, y apretó la rodilla contra la mía— que Rhysand era tu compañero. Dime cuándo dejaste de amar a Tamlin y empezaste a amarlo a él.

Preferí no responder.

—¿Ocurrió antes de que te fueras?

Volví bruscamente la cabeza hacia él, aunque apenas si podía distinguir sus facciones en la oscuridad.

—Nunca toqué a Rhysand de esa manera hasta meses después.

—Os besasteis en Bajo la Montaña.

—No tuve muchas opciones, tal como me sucedió en el baile.

—Y sin embargo, ese es el macho al que ahora amas.

Él no lo sabía…, no tenía ni idea de la historia personal, de los secretos que habían abierto mi corazón al alto lord de la Corte Noche. No eran historias mías que pudiera contar.

—Podría pensar, Lucien, que estás contento de que me haya enamorado de

mi compañero, dado que tú estás en la misma situación que Rhys hace seis meses.

—Tú nos dejaste.

Nos. No a Tamlin. A nosotros. Las palabras resonaron en la oscuridad, hacia los aullidos del viento y los latigazos de la nieve más allá de la cueva.

—Te lo dije aquel día en el bosque: me abandonaste mucho antes de que yo me alejara siquiera físicamente. —Me estremecí de nuevo, odiando cada punto de contacto, que yo necesitaba con desesperación por su calor—. Tú apenas si encajabas en la Corte Primavera, igual que yo, Lucien. Disfrutabas de sus placeres y diversiones. Pero no finjas que no has sido hecho para algo más que para eso.

Su ojo metálico zumbó.

—¿Y dónde exactamente crees que yo podría encajar? ¿En la Corte Noche?

No respondí. Para ser sincera, no tenía la respuesta. Como alta lady, quizá podría ofrecerle un cargo, si sobrevivíamos el tiempo suficiente para llegar a casa. Lo haría sobre todo para evitar que Elain fuera alguna vez a la Corte Primavera, pero tenía pocas dudas de que Lucien fuera capaz de mantener su posición contra mis amigos. Y una parte pequeña y horrible de mí disfrutó de la idea de arrebatarle algo más a Tamlin, algo vital, algo esencial.

—Deberíamos ponernos en camino al amanecer —fue mi única respuesta.

Pasamos la noche.

Todas las partes de mi cuerpo estaban rígidas y doloridas cuando comenzamos nuestra cuidadosa caminata de descenso por la montaña. Ni un susurro, ni un rastro de los hermanos de Lucien… ni de ningún otro tipo de vida.

Dejó de importarme cuando por fin pasamos la frontera para entrar en el territorio de la Corte Invierno.

Más allá de la montaña, una gran planicie de hielo brillaba en la distancia. Tardaríamos días en cruzarla, pero no importaba: me había despertado con bastante poder en mis venas para calentarnos con una pequeña fogata. Lentamente…, muy lentamente, los efectos del destructor de la sangre iban desapareciendo.

Estaba dispuesta a apostar que estaríamos a mitad de camino en el hielo cuando llegara el momento de poder transportarnos y salir de allí. Si nuestra suerte continuaba y nadie más nos encontraba.

Revisé todas las lecciones que Rhys me había dado sobre la Corte Invierno y su alto lord, Kallias.

Exquisitos e imponentes palacios, llenos de hogueras rugientes y adornados con siemprevivas. Los trineos eran el método de transporte preferido de la corte, arrastrados por renos de aterciopelada cornamenta, cuyas anchas pezuñas eran ideales para el hielo y la nieve. Sus fuerzas estaban bien entrenadas, pero a menudo delegaban en los grandes osos blancos que protegían el reino y rechazaban a cualquier visitante no deseado.

Recé para que ninguno de ellos esperara en el hielo, con sus pieles perfectamente camufladas en el terreno.

La relación de la Corte Noche con la Corte Invierno era bastante buena, todavía tenue, como todos nuestros lazos después de Amarantha. Después de que ella matara a tantos de ellos…, incluyendo, recordé con una pequeña oleada de náuseas, decenas de niños de la Corte Invierno.

No podía imaginarlo…, la pérdida, la rabia y el dolor. Nunca tuve el valor de preguntarle a Rhys, en esos meses de entrenamiento, de quiénes eran esos niños. Cuáles habían sido las consecuencias. Si aquel era considerado el peor de los crímenes de Amarantha o solo uno más de otros muchos.

Pero a pesar de esos vínculos, Invierno era una de las cortes estacionales que podría estar del lado de Tamlin, al igual que Tarquin. Nuestros mejores aliados seguían siendo las cortes solares: Amanecer y Día. Pero estaban demasiado lejos al norte, por encima de la línea de demarcación entre las cortes solares y las estacionales. Esa franja de tierra sagrada no reclamada que tenía Bajo la Montaña. Y la cabaña de la Tejedora.

Habríamos desaparecido antes siquiera de poner un pie en ese letal, antiguo bosque.

Pasó otro día y otra noche hasta que por fin salimos por completo de las montañas para poner el pie en el hielo grueso. No crecía nada, y solo me percataba de cuándo estábamos en tierra sólida por la densa nieve acumulada. De lo contrario, con demasiada frecuencia, el hielo era transparente como el cristal y revelaba lagos oscuros y profundos bajo él.

Al menos no encontramos a ninguno de los osos blancos. Pero la real amenaza, rápidamente nos dimos cuenta, era la absoluta falta de refugios. Allí,

en el hielo, no había ninguno para protegernos del viento y del frío. Y si encendíamos un fuego con nuestra débil magia, cualquier persona podría verlo. Aparte de lo poco práctico que sería encender un fuego encima de un lago congelado.

El sol se deslizaba por encima del horizonte tiñendo de oro la llanura, las sombras todavía retazos de azul, cuando Lucien dijo:

—Esta noche intentaremos derretir una parte de la masa de hielo, lo suficiente para ablandarla y construir un refugio.

Lo medité. Estábamos a apenas treinta metros de lo que parecía ser un lago sin fin. Era imposible saber dónde terminaba.

—¿Crees que estaremos en el hielo durante tanto tiempo?

Lucien frunció el ceño mirando al horizonte manchado por el amanecer.

—Probablemente, pero ¿quién sabe hasta dónde se extiende?

En efecto, los ventisqueros ocultaban debajo gran parte del hielo.

—Tal vez haya otra forma de evitarlo… —reflexioné, mirando hacia nuestro campamento recién abandonado.

Miramos al mismo tiempo. Y ambos vimos las tres figuras de pie en el borde del lago. Sonrientes.

Eris levantó una mano envuelta en llamas.

Llamas… para derretir el hielo sobre el que estábamos de pie.

Capítulo 13

—Corre —ordenó Lucien.

No me atrevía a quitar los ojos de sus hermanos. Sobre todo cuando Eris acercó esa mano al borde congelado del lago.

—¿Hacia dónde, exactamente?

La carne se encontró con el hielo y el vapor ascendió ondulante. El hielo se volvió opaco, descongelándose en una línea que se dirigía a nosotros…

Corrimos. El hielo resbaladizo contribuía a que la carrera fuera traicionera, mis tobillos rugían por el esfuerzo de mantenerme erguida.

Delante, el lago se extendía sin límites. Y con el sol apenas despierto, los peligros serían aún más difíciles de detectar.

—Más rápido —ordenó Lucien—. ¡No mires! —ladró cuando empecé a volver la cabeza para ver si nos seguían. Alargó con rapidez una mano para agarrarme del codo, estabilizándome antes de que yo pudiera incluso darme cuenta de que había tropezado.

«Adónde iremos adónde iremos adónde iremos».

El agua chapoteaba debajo de mis botas…, hielo derretido.

Eris tenía que usar todo su poder para atravesar milenios de hielo, o quizá solo lo hacía lentamente para torturarnos.

—Agh —jadeó Lucien—. Necesitamos…

Me empujó a un lado y me tambaleé manoteando en el aire.

Justo cuando una flecha rebotó en el hielo donde yo había estado un instante antes.

—Más rápido —me apremió Lucien, y no vacilé.

Me precipité en una carrera a toda velocidad. Lucien y yo nos entrecruzábamos en nuestros caminos mientras las flechas continuaban cayendo. El hielo saltaba en gotas al aire en los puntos en que caían, y por rápido que corriéramos, el suelo debajo de nosotros seguía derritiéndose…

Hielo. Tenía hielo en mis venas, y ahora que estábamos en la frontera de la Corte Invierno…

No me importaba que lo vieran, que vieran mi poder. El poder de Kallias. No cuando las alternativas eran mucho peores.

Extendí una mano hacia delante cuando una gran mancha de agua derretida comenzó a extenderse mientras el hielo gemía.

Un chorro de hielo salió disparado de la palma de mi mano, congelando otra vez el lago.

Con cada vaivén de mis brazos al correr, el hielo salía de mis manos, solidificando lo que Eris trataba de derretir delante de nosotros. Tal vez…, solo tal vez, podríamos atravesar el lago, y si ellos eran lo bastante estúpidos para estar encima de él cuando lo lográramos… Si yo podía formar hielo, ciertamente podría deshacerlo.

Me crucé con Lucien de nuevo, mirando a sus ojos muy abiertos al hacerlo, y al abrir la boca para contarle mi plan, apareció Eris.

No detrás. Delante.

Pero fue el otro hermano a su lado, que apuntó la flecha que ya volaba hacia mí, quien arrancó el grito de mi garganta.

Me arrojé a un lado rodando.

No con suficiente rapidez.

La punta de la flecha me lastimó el pabellón de la oreja, la mejilla, dejando una estela de ardor. Lucien gritó, pero ya estaba volando otra flecha.

Esta vez me atravesó limpiamente el antebrazo derecho.

El hielo me cortó en la cara, las manos, mientras caía, las rodillas gimiendo y el brazo chillando por el dolor del impacto…

Detrás, unos pasos golpeaban sobre el hielo mientras el tercer hermano se acercaba.

Me mordí el labio hasta hacerme sangre mientras arrancaba la tela de mi chaqueta y mi camisa que cubría el antebrazo; partí la flecha en dos y arranqué los trozos de mi carne. Mi rugido atravesó el aire.

Eris había dado un paso hacia mí, sonriendo como un lobo, cuando me puse de nuevo de pie, con mis últimos dos cuchillos ilyrios en las manos y mi brazo

derecho aullando por ese movimiento…

A mi alrededor, el hielo empezó a derretirse.

—Esto puede terminar contigo hundida en el agua, rogándome que te saque antes de que el hielo vuelva a congelarse instantáneamente —dijo Eris con lentitud. Detrás de él, separado por sus hermanos, Lucien había sacado su propio cuchillo y en ese momento observaba a los otros dos—. O bien aceptando coger mi mano. Pero de cualquier manera, vendrás conmigo.

La carne de mi brazo ya estaba cicatrizando. Curándose… gracias a los poderes de Amanecer que estaban despertando en mis venas…

Y si eso estaba funcionando…

No le di tiempo a Eris para adivinar mi jugada.

Respiré hondo.

Una luz blanca, cegadora, surgió de mí. Eris barbotó una maldición y yo corrí.

No hacia él, todavía estaba demasiado dolorida para manejar mis cuchillos.

Sino… hacia esa costa lejana. Medio ciega, tropecé y me tambaleé hasta quedar libre de las traicioneras manchas derretidas. Y corrí.

Corrí casi seis metros antes de que Eris se transportara delante de mí y golpeara.

Un golpe de revés en la cara, tan fuerte que los dientes se me clavaron en el labio.

Golpeó de nuevo antes de que yo cayera, un puñetazo en el abdomen que me arrancó el aire de los pulmones. Más allá de mí, Lucien se había lanzado sobre sus dos hermanos. Metal y fuego chocaban y explotaban levantando nubes de hielo.

No llegué a caer sobre el hielo cuando Eris me agarró por el pelo con un tirón tan brutal que las lágrimas saltaron de mis ojos. Y me arrastró de vuelta hacia la orilla, de nuevo por el hielo…

Luché contra el golpe en el abdomen, luché por conseguir un soplo de aire a través de la garganta hacia los pulmones. Mis botas raspaban contra el hielo mientras yo pateaba débilmente, pero Eris me sostenía firme…

Creo que Lucien gritó mi nombre.

Abrí la boca, pero una mordaza de fuego se abrió camino entre mis labios. No me quemaba, aunque estaba lo bastante caliente para advertirme que lo haría si Eris así lo deseaba. Iguales ataduras ígneas envolvían mis muñecas, mis tobillos. Mi garganta.

No podía recordar…, no podía recordar qué hacer, cómo moverme, cómo detener eso…

Cada vez más cerca de la orilla, hacia el grupo de centinelas que se habían transportado para aparecer de la nada. «No, no, no…».

Una sombra golpeó contra el suelo ante nosotros, resquebrajando el hielo hacia el horizonte.

No era una sombra.

Era un guerrero ilyrio.

Siete Sifones rojos brillaban sobre su negra armadura de escamas cuando Cassian recogió las alas y gruñó a Eris con cinco siglos de rabia.

No muerto. Ni herido. Entero.

Sus alas reparadas y fuertes.

Solté un sollozo estremecido por encima de la mordaza ardiente. Los Sifones de Cassian parpadearon a manera de respuesta, como si el hecho de verme en la mano de Eris…

Otro impacto golpeó el hielo detrás de nosotros. Las sombras se deslizaron en su estela.

Azriel.

Comencé a llorar en serio, la atadura que había retenido para mi propia salvaguarda se soltó cuando mis amigos aterrizaron. Cuando vi que Azriel, también, estaba vivo, estaba curado. Cuando Cassian sacó dos hojas ilyrias gemelas, verlos a ellos fue como estar en casa, y le dijo a Eris con calma letal:

—Sugiero que sueltes a mi alta lady.

La fuerza con que Eris me sujetaba el pelo aumentó, y me arrancó un gemido.

La ira que retorcía el rostro de Cassian era infinita.

Pero sus ojos castaños se deslizaron hacia los míos. Una orden silenciosa.

Había pasado meses entrenándome. No solo para atacar, sino también para defenderme. Me había enseñado, una y otra vez, cómo liberarme de un captor que me tuviera inmovilizada. Cómo manejar no solo mi cuerpo, sino también mi mente.

Como si hubiera sabido que era una posibilidad muy real que tal cosa fuera a suceder algún día.

Eris me había aprisionado las piernas, pero… todavía podía moverlas. Todavía podía usar partes de mi magia.

Y lograr que perdiera el equilibrio el tiempo suficiente para soltarme, para

que Cassian saltara entre nosotros y se enfrentara al hijo del alto lord…

Alzado sobre mí, Eris ni siquiera bajó la mirada cuando me retorcí para girar encima del hielo y lancé mis piernas entre las suyas.

Se tambaleó para agacharse con un gruñido.

Con las manos todavía atadas y cerradas en un puño, lo golpeé en la nariz. El hueso crujió, y su presa cedió y me soltó el pelo.

Rodé, alejándome. Cassian ya estaba allí.

Eris apenas tuvo tiempo de sacar su espada mientras Cassian desenvainaba la suya y la acercaba a él.

Acero contra acero resonando en toda la extensión de hielo. Los centinelas en la orilla lanzaron flechas de madera y magia…, solo para que rebotaran contra un escudo azul.

Azriel. Al otro lado del hielo, él y Lucien se enfrentaban con los otros dos hermanos. Que cualquiera de los hermanos de Lucien resistiera a los ilyrios era un testimonio de su propio entrenamiento, pero…

Concentré el hielo de mis venas en la mordaza de mi boca, en las ataduras alrededor de mis muñecas y tobillos. Hielo para ahogar fuego, para hacerlo dormir…

Cassian y Eris chocaron uno con otro, danzaron hacia atrás, chocaron de nuevo.

Las cuerdas de fuego se soltaron para liberarme y se disolvieron con un silbido al transformarse en vapor.

Yo estaba de pie de nuevo, buscando un arma que no tenía. Mis dagas se habían perdido a más de diez metros de distancia.

Cassian burló la guardia de Eris con brutal eficiencia. Y este gritó cuando la hoja ilyria le atravesó el vientre.

La sangre, roja como el rubí, manchó el hielo y la nieve.

Por un instante, vi cómo todo iba a desarrollarse: tres de los hijos de Beron muertos por nuestras manos. Una satisfacción temporal para mí, cinco siglos de satisfacción para Cassian, Azriel y Mor, pero si Beron todavía se debatía acerca de a qué bando iba a apoyar en esta guerra…

Yo tenía otras armas para usar.

—Deteneos —dije.

Fue una orden suave y fría.

Y Azriel y Cassian obedecieron.

Los otros dos hermanos de Lucien estaban espalda contra espalda,

ensangrentados y con la boca abierta. El mismo Lucien estaba jadeando, la espada todavía levantada, mientras Azriel limpiaba la sangre de su propia hoja y se dirigía hacia mí.

Miré los ojos castaños del cantor de sombras. El rostro frío que ocultaba tanto dolor… y amabilidad. Él había venido. Cassian estaba aquí.

Los ilyrios se colocaron a mi lado. Eris, con una mano apretada sobre la herida, rezumaba humedad y nos fulminaba con la mirada.

Nos fulminaba con la mirada…, y luego se quedó pensativo. Mirándonos a los tres mientras yo le decía a Eris, a sus otros dos hermanos, a los centinelas en la orilla:

—Todos vosotros merecéis morir por esto. Y por muchas muchas otras cosas. Pero voy a perdonaros vuestras miserables vidas.

Incluso con una herida en el abdomen, los labios de Eris se curvaron de rabia.

Cassian gruñó su advertencia.

Yo solo mostré el encanto que me había reservado en estas semanas. Con las mangas de mi chaqueta y mi camisa desaparecidas, no se veía nada más que suave piel donde había estado aquella herida. Una piel suave que en ese momento se adornaba con remolinos y espirales. Las marcas de mi nuevo título… y también mi lazo de apareamiento.

El rostro de Lucien se quedó sin color mientras caminaba hacia nosotros, manteniendo una saludable distancia de Azriel.

—Soy la alta lady de la Corte Noche —les expliqué en voz baja a todos.

Incluso Eris dejó de sonreír con desdén. Sus ojos ámbar se abrieron como platos, con algo parecido al miedo instalándose en ellos.

—No hay tal cosa como una alta lady —soltó uno de los hermanos de Lucien.

Una débil sonrisa apareció en mi boca.

—Ahora la hay.

Y era el momento de que el mundo lo supiera.

Sorprendí la mirada de Cassian, y vi brillar allí… orgullo y alivio.

—Llévame a casa —le ordené, con la barbilla alta y firme. Luego le dije a Azriel—: Llévanos a ambos a casa. —Después les dije a los herederos de la Corte Otoño—: Nos veremos en el campo de batalla.

Que ellos decidieran si sería mejor pelear a nuestro lado o contra nosotros.

Me volví hacia Cassian, quien abrió los brazos y me tomó entre ellos antes

de lanzarnos hacia el cielo en una explosión de alas y poder. Junto a nosotros, Azriel y Lucien hicieron lo mismo.

Cuando Eris y los demás no eran más que motas negras sobre el blanco del hielo, y nosotros estábamos volando alto y rápido, Cassian observó:

—No sé quién se ve más incómodo, si Az o Lucien Vanserra.

Me reí y miré hacia atrás, hacia donde el cantor de sombras llevaba a mi amigo, ambos obstinados en no hablar, mirarse, o charlar.

—¿Vanserra?

—¿No sabías el apellido de su familia?

Miré a esos castaños ojos risueños de mirada penetrante.

La sonrisa de Cassian se suavizó.

—Hola, Feyre.

La garganta se me cerró hasta el punto del dolor, y arrojé mis brazos alrededor de su cuello, abrazándolo con fuerza.

—También yo te extrañaba —murmuró Cassian, apretándome contra sí.

Llegamos a la frontera del sagrado octavo territorio. Y cuando Cassian nos dejó en un campo nevado junto a un antiguo bosque, eché una mirada a la mujer vestida con ropa de cuero ilyrio que se paseaba entre los árboles retorcidos y se lanzó corriendo a toda velocidad hacia nosotros.

Mor me abrazó con tanta fuerza como yo a ella.

—¿Dónde está? —le pregunté, negándome a soltarla, a levantar la cabeza de su hombro.

—Él… Es una larga historia. Muy lejos, pero ahora mismo ya corriendo hacia casa. —Mor se apartó lo suficiente para observar mi rostro. Su boca se tensó ante las heridas que todavía podían verse, y delicadamente raspó los restos de sangre seca de mi oreja—. Te ha llamado… por el lazo…, hace unos minutos. Nosotros tres éramos los que estábamos más cerca. Yo me he transportado con Cassian, pero con Eris y los otros… —La culpa oscureció sus ojos—. Las relaciones con la Corte Invierno son tensas…, y hemos pensado que si yo permanecía aquí, en la frontera, podría evitar que las fuerzas de Kallias miraran hacia el sur. Por lo menos el tiempo suficiente para llegar hasta ti. —Y para evitar una interacción con Eris que Mor quizá no estaba lista para afrontar.

Sacudí la cabeza con suavidad ante la vergüenza que aún ensombrecía sus facciones habitualmente brillantes.

—Lo entiendo. —La abracé de nuevo—. Lo entiendo.

El apretón de respuesta de Mor fue aplastante.

Azriel y Lucien aterrizaron, las columnas de nieve alzándose en la estela del primero. Mor y yo nos soltamos por fin y la cara de mi amiga se puso seria al ver a Lucien. Estaba cubierto de nieve, sangre y barro. Ambos lo estábamos.

Cassian le explicó a Mor:

—Él ha luchado contra Eris y los otros.

Mor tragó al ver la sangre que manchaba las manos de Cassian. Se dio cuenta de que no era suya. Sin duda intuyéndolo, dijo:

—Eris. ¿Tú…?

—Sigue vivo. —Azriel respondió a la pregunta, con sombras que se curvaban alrededor de las garras de sus alas, tan rígidas contra la nieve bajo nuestras botas—. Y los otros también.

Lucien nos observaba a todos, cauteloso y callado. Lo que él sabía de la historia de Mor con su hermano mayor… Nunca lo había preguntado. Nunca quiso enterarse.

Mor lanzó su espesa masa de olas doradas sobre un hombro.

—Entonces, vamos a casa.

—¿A cuál de ellas? —pregunté con cuidado.

Mor volvió la atención sobre Lucien una vez más. Casi tuve lástima de él por el peso en la mirada de ella, enjuiciándolo con rigor. La mirada de Morrigan…, cuyo don era la pura verdad.

Sea lo que fuere que ella veía en Lucien fue suficiente para que dijera:

—La casa de la ciudad. Allí hay alguien que te espera.

Capítulo 14

No me había permitido imaginar el momento en que volviera a estar en el vestíbulo con revestimiento de madera de la casa de la ciudad. Cuando oyera el canto de las gaviotas volando muy alto por encima de Velaris, cuando oliera la salmuera del río Sidra que atravesaba el corazón de la ciudad, cuando sintiera el calor del sol entrando por las ventanas sobre mi espalda.

Mor nos había transportado a todos, y en ese momento estaba detrás de mí, jadeando suavemente, mientras observábamos a Lucien, que examinaba nuestro entorno.

Su ojo metálico zumbaba, y al mismo tiempo el otro miraba con cautela las habitaciones que daban al vestíbulo: el comedor y la sala de estar con vistas al pequeño patio delantero y la calle; luego la escalera que llevaba al segundo nivel; después el pasillo que conducía a la cocina y al patio jardín.

Entonces, finalmente, miró la puerta de entrada cerrada. La ciudad que esperaba más allá.

Cassian ocupó un lugar contra la barandilla, cruzando los brazos con una arrogancia que yo sabía que significaba problemas. Azriel permaneció a mi lado, con sombras que se movían sobre sus nudillos. Como si luchar contra los hijos de los altos lores fuera el modo que usualmente pasaban sus días.

Me preguntaba si Lucien sabía que sus primeras palabras aquí lo condenarían o lo salvarían. Me preguntaba cuál sería mi papel en ello.

No…, era mi turno.

Alta lady. Yo superaba en rango… a mis amigos. Era mi potestad decidir si se le permitía a Lucien conservar la libertad.

Pero el silencio vigilante de todos era indicio suficiente: dejar que él decidiera su propio destino.

Por fin, Lucien me miró a mí. A todos nosotros.

—Hay niños riendo en las calles —dijo.

Parpadeé. Lo dijo con… tranquila sorpresa. Como si no hubiera oído un sonido como ese en mucho mucho tiempo.

Abrí la boca para responder, pero alguien lo hizo por mí.

—Que lo hagan después del ataque de Hybern es un testimonio de cómo la gente de Velaris ha trabajado para la reconstrucción.

Me di la vuelta y vi a Amren, que emergía de dondequiera que hubiera estado sentada en la otra habitación, los elegantes muebles escondiendo su pequeño cuerpo.

Apareció exactamente como la última vez que la había visto: de pie en ese mismo vestíbulo, advirtiéndonos que tuviéramos cuidado en Hybern. Su corto pelo negro destellaba a la luz del sol, sus ojos plateados y sobrenaturales eran inusualmente brillantes cuando se encontraron con los míos.

La delicada mujer inclinó la cabeza. Era un gesto de obediencia como el que una criatura de quince mil años haría a una recién asumida alta lady. Y amiga.

—Veo que has traído a casa una nueva mascota —dijo, arrugando la nariz con disgusto.

Algo parecido al miedo había entrado en el ojo de Lucien, como si él también pudiera ver el monstruo que se ocultaba bajo esa cara.

De hecho, parecía que ya había oído hablar de ella. Antes de que yo pudiera presentarlo, Lucien hizo una profunda reverencia doblándose por la cintura. Cassian soltó un divertido gruñido y yo le lancé una severa mirada de advertencia.

Amren esbozó una breve sonrisa.

—Ya entrenado, según veo.

Lucien se enderezó despacio, como si estuviera de pie ante las fauces abiertas de algún gran felino de las llanuras al que no deseaba asustar con movimientos bruscos.

—Amren, este es Lucien… Vanserra.

Él se puso tenso.

—No uso el nombre de mi familia —le aclaró a Amren con otra inclinación de cabeza—. Lucien es suficiente.

Sospeché que había dejado de usar ese nombre en el momento en que el

corazón de su amante había dejado de latir.

Amren estaba estudiando su ojo metálico.

—Aparato inteligente —dijo, y luego me examinó a mí—. Parece que alguien ha intentado hacerte daño, muchacha.

La herida del brazo había sanado, aunque una desagradable marca roja seguía allí. Supuse que mi cara no estaba mucho mejor. Antes de que yo pudiera contestarle, Lucien preguntó:

—¿Qué es este lugar?

Todos lo miramos.

—El hogar —dije—. Esta es mi casa.

Pude ver los detalles que de pronto ya volvía a asimilar: la falta de oscuridad. La ausencia de gritos. El olor del mar y los cítricos, no de la sangre y de la descomposición. La risa de los niños…

El mayor secreto de la historia de Prythian.

—Esto es Velaris —expliqué—. La Ciudad de la Luz de las Estrellas.

Tragó con fuerza.

—Y tú eres la alta lady de la Corte Noche.

—En realidad lo es.

Mi sangre se detuvo ante la voz que venía desde detrás de mí.

Por el perfume que me golpeó, me despertó. Mis amigos empezaron a sonreír.

Me di la vuelta.

Rhysand se apoyó contra el arco que daba a la sala de estar, los brazos cruzados, las alas ocultas a la vista, vestido con sus habituales e inmaculados pantalones y chaqueta negra.

Y cuando esos ojos violeta se encontraron con los míos, cuando esa media sonrisa familiar se desvaneció…

Mi cara se contrajo. Un gemido quebrado salió de mi boca.

Rhys se movió de inmediato, pero mis piernas ya se habían doblado. La alfombra del vestíbulo amortiguó el impacto cuando caí de rodillas.

Me tapé la cara con las manos mientras todo el mes pasado se desplomaba sobre mí.

Rhys se arrodilló, nuestras rodillas tocándose.

Suavemente, me apartó las manos de la cara. Tomó mis mejillas entre las suyas y secó mis lágrimas.

No me importaba que tuviéramos público delante cuando levanté la cabeza y

vi la alegría, la preocupación y el amor que brillaban en esos ojos notables.

Y a Rhys tampoco le importó cuando murmuró:

—Mi amor. —Y me besó.

Apenas hundí las manos en su cabello, él me alzó en sus brazos y se puso de pie con un suave movimiento. Aparté mi boca de la suya a la vez que miraba a un Lucien pálido y Rhysand les hablaba a nuestros compañeros sin siquiera mirarlos.

—Buscad otro lugar donde podáis aguardar un rato.

No esperó a ver si obedecían.

Rhys nos transportó escaleras arriba y comenzó a caminar con rapidez y firmeza por el pasillo. Miré hacia el vestíbulo a tiempo de ver a Mor que tomaba el brazo de Lucien y les hacía señas a los otros antes de que todos desaparecieran.

—¿Quieres repasar lo que pasó en la Corte Primavera? —pregunté directamente mientras estudiaba el rostro de mi compañero.

No se mostró divertido. Solo esa intensidad depredadora, centrada en el ritmo de mi respiración.

—Hay otras cosas que prefiero hacer primero.

Me llevó a nuestra habitación, otrora su habitación, ya llena con nuestras pertenencias. Estaba igual que como la había visto por última vez: la enorme cama hacia la que él avanzaba a grandes zancadas, los dos armarios, el escritorio junto a la ventana que daba al jardín del patio que en ese momento era una explosión púrpura, rosa y azul en medio de los exuberantes verdes.

Me preparé para tenderme en la cama, pero Rhys se detuvo a mitad de camino en la habitación. Se oyó la puerta cerrarse merced a un viento besado por las estrellas.

Con lentitud, se dispuso a dejarme en la mullida alfombra haciendo que mi cuerpo se deslizara sobre el suyo sin recato. Como si no pudiera resistirse a tocarme, tan reacio a soltarme como yo lo era con él.

Y todos los lugares donde nuestros cuerpos se encontraban eran tan cálidos, tan sólidos y reales… Lo saboreé, mi garganta casi cerrada de emoción mientras ponía una mano sobre su pecho esculpido, los latidos de su corazón bajo la chaqueta negra resonando en la palma de mi mano. Era el único signo de cualquiera que fuera el torrente que lo atravesaba mientras deslizaba las manos por mis brazos en una prolongada caricia hasta agarrarme los hombros.

Sus pulgares me acariciaban con ritmo suave sobre las ropas sucias a la vez

que observaba mi rostro.

Hermoso. Era aún más hermoso de lo que yo recordaba, de lo que había soñado durante aquellas semanas en la Corte Primavera.

Durante un largo rato solo respiramos el aire uno del otro. Durante un largo rato lo único que pude hacer fue aspirar su olor metiéndolo profundamente en mis pulmones, para que se asentara dentro de mí. Mis dedos se cerraron sobre su chaqueta.

Compañero. Mi compañero.

Como si estuviera escuchando por el lazo, Rhys finalmente murmuró:

—Cuando el lazo se oscureció, pensé… —Miedo…, un terror genuino ensombrecía sus ojos, incluso mientras sus pulgares seguían acariciándome los hombros, con delicadeza y persistencia—. Cuando llegué a la Corte Primavera habías desaparecido. Tamlin se movía furioso por ese bosque, buscándote. Pero camuflaste muy bien tu olor. Y ni siquiera yo podía encontrarte…, no podía encontrarte…

La torpeza en su voz fue un cuchillo para mi estómago.

—Fuimos a la Corte Otoño a través de una de las puertas —expliqué, poniendo mi otra mano en su brazo. Los fibrosos músculos debajo de la piel se movieron ante mi contacto—. No pudiste encontrarme porque dos comandantes de Hybern drogaron mi comida y mi bebida con el suficiente destructor de la sangre para eliminar mis poderes… Todavía… todavía no he recuperado el total dominio…

Una furia fría titiló en ese momento en su hermosa cara mientras los pulgares detenían las caricias en mis hombros.

—Tú los mataste.

No era una pregunta, pero asentí con la cabeza.

—Bien.

Tragué.

—¿Hybern ya ha saqueado la Corte Primavera?

—Aún no. Lo que hiciste… funcionó. Los centinelas de Tamlin lo abandonaron. Más de la mitad de su pueblo se negó a aparecer para el diezmo hace dos días. Algunos han decidido irse a otras cortes. Otros murmuran acerca de una rebelión. Parece que te volviste muy querida. Sagrada, incluso. —La diversión por fin entibió sus facciones—. Estaban bastante molestos cuando creyeron que él había permitido que Hybern te aterrorizara obligándote a huir.

Recorrí la apenas visible espiral de plata bordada sobre la pechera de su

chaqueta, y habría jurado que se estremecía bajo ese contacto.

—Supongo que pronto se enterarán de que me encuentro a salvo y protegida. —Las manos de Rhys me apretaron los hombros indicando que estaba de acuerdo, como si estuviera a punto de mostrar lo bien cuidada que yo estaba, pero incliné la cabeza—. ¿Y qué hay de Ianthe… y Jurian?

El fuerte pecho de Rhysand se alzó bajo mi mano mientras dejaba escapar el aliento.

—Los informes son oscuros sobre ambos. Jurian, al parecer, ha regresado a la mano que lo alimenta. Ianthe… —Rhys alzó las cejas—. Supongo que lo de su mano es cortesía tuya, y no de los comandantes.

—Se cayó —dije con dulzura.

—Debió de ser una caída tremenda —reflexionó, con una sonrisa oscura bailando en esos labios mientras se acercaba aún más y el calor de su cuerpo se filtraba hacia mí, al tiempo que sus manos emigraban de mis hombros para trazar perezosas líneas en mi espalda. Me mordí el labio, concentrándome en sus palabras y no en el impulso de arquearme bajo su contacto, de sepultar mi cara en su pecho y hacer alguna exploración por mi cuenta—. Al parecer, está convaleciente después de su calvario. No sale de su templo para nada.

Fue mi turno de murmurar.

—Bien. —Tal vez uno de esos hermosos acólitos suyos se hartara de sus santurronas mentiras y la ahogara mientras dormía.

Apoyé mis manos en sus caderas, completamente lista para deslizarlas debajo de su chaqueta… Necesitaba tocar su piel desnuda, sin embargo Rhys se enderezó y retrocedió. Todavía lo bastante cerca para que una de sus manos permaneciera en mi cintura, pero la otra…

Buscó mi brazo, examinando con delicadeza la fea marca donde la piel había sido rota por una flecha. La oscuridad resonó en un rincón de la habitación.

—Cassian me ha dejado entrar en su mente en este mismo momento… para mostrarme qué ha pasado en el hielo. —Acarició con un pulgar la marca de la herida con la suavidad de una pluma—. Eris siempre ha sido un hombre de días limitados. Ahora Lucien podría encontrarse más cerca de heredar el trono de su padre de lo que él esperaba.

Mi espina dorsal se tensó.

—Eris es exactamente tan horrible como tú lo pintaste.

El pulgar de Rhys se deslizó sobre mi antebrazo de nuevo, dejando la piel de gallina en su estela. Una promesa… no de la venganza que estaba contemplando,

sino de lo que nos esperaba en esa habitación. La cama a pocos metros de distancia. Hasta que él murmuró:

—Te has declarado alta lady.

—¿No se suponía que debía hacerlo?

Soltó mi brazo para pasar los nudillos sobre mi mejilla.

—He querido gritarlo desde los tejados de Velaris desde el momento en que la sacerdotisa te ungió. Qué típico de ti eso de trastocar mis grandes planes.

Una sonrisa apareció en mis labios.

—Eso ha ocurrido hace menos de una hora. Estoy segura de que podrías ir a jactarte de ello en lo alto de la chimenea ahora mismo y todo el mundo te otorgaría el crédito de dar a conocer la noticia.

Sus dedos se entrelazaron con mi cabello, empujándome la cara hacia arriba. Esa sonrisa pícara se hizo más grande y los dedos de mis pies se curvaron dentro de las botas.

—Esta es mi querida Feyre.

Su cabeza se inclinó, la mirada fija en mi boca, con el deseo iluminando esos ojos de color violeta…

—¿Dónde están mis hermanas? —El pensamiento resonó en todo mi cuerpo, agudo como el repique de una campana.

Rhys se detuvo, su mano me soltó el cabello a la vez que la sonrisa se desvanecía de su rostro.

—En la Casa del Viento. —Se enderezó, tragando con fuerza…, como si algo lo estuviera reteniendo—. Puedo… llevarte con ellas. —Cada palabra que pronunciaba parecía suponer un esfuerzo para él.

Y era capaz de hacerlo, me di cuenta. Podía dominar su necesidad de mí y llevarme con ellas, si eso era lo que yo quería. Yo decidía. Siempre había sido mi decisión en lo que a él respectaba.

Negué con la cabeza. No las iba a ver…, todavía no. No hasta que estuviera lo bastante fuerte para enfrentarme a ellas.

—Pero están bien, ¿no?

Su vacilación me lo dejó claro.

—Están a salvo.

Realmente no era una respuesta, pero no iba a engañarme pensando que mis hermanas estarían mejorando. Apoyé la frente contra su pecho.

—Cassian y Azriel están curados —murmuré apoyada en su chaqueta, respirando su olor una y otra vez mientras un temblor me estremecía—. Me lo

dijiste, y sin embargo… no terminaba de asimilarlo. Hasta ahora.

Rhys me pasó una mano por la espalda, la otra deslizándose para apoyarse en mi cadera.

—Azriel se curó en pocos días. Las alas de Cassian…, eso fue algo más complicado. Pero ha estado entrenando todos los días para recuperar sus fuerzas. El sanador tuvo que reconstruir la mayor parte de sus alas…, pero estará bien.

Me tragué la opresión de la garganta y enrosqué los brazos alrededor de su cintura, presionando la cara contra su pecho. Su mano me apretó la cadera a manera de respuesta; la otra descansaba en mi nuca, sosteniéndome contra él mientras yo recuperaba el aliento.

—Mor ha dicho que te encontrabas muy lejos…, que por eso no estabas allí.

—Lamento no haber estado.

—No —dije, levantando la cabeza para observar sus ojos humedecidos por la culpa—. No lo he dicho en ese sentido. Yo solo… —Saboreé la sensación de tenerlo entre mis manos—. ¿Dónde estabas?

Rhys se serenó, y yo me preparé mientras él hablaba con indiferencia.

—No podía dejar que tú hicieras todo el trabajo para debilitar a nuestros enemigos, ¿no?

No sonreí.

—¿Dónde… estabas?

—Con Az todavía recuperándose, pensé que yo debía hacer parte de su trabajo.

Apreté la mandíbula.

—¿Por ejemplo?

Se inclinó y acarició mi garganta con la boca.

—¿No quieres consolar a tu compañero, que te ha extrañado terriblemente estas semanas?

Puse una mano en su cara y lo empujé hacia atrás, frunciendo el ceño.

—Quiero que mi compañero me diga dónde diablos estaba. Luego podrá obtener su… consuelo.

Rhys me mordisqueó los dedos jugueteando con los dientes.

—Cruel y hermosa hembra.

Lo miré por debajo de las cejas fruncidas.

Rhys puso su mirada en blanco, suspirando.

—Estaba en el continente. En el palacio de la reina humana.

Me atraganté.

—¿Dónde?

—Técnicamente, solo estaba volando por encima, pero…

—¿Fuiste solo?

Me miró boquiabierto.

—A pesar de lo que nuestros errores en Hybern podrían sugerir, yo puedo…

—¿Fuiste al mundo humano, a nuestros enemigos, solo?

—Pensé que era mejor que fuera yo y no cualquiera de los otros.

Ese había sido su problema desde el principio. Siempre él, siempre sacrificando…

—¿Por qué? —pregunté—. ¿Por qué arriesgarte? ¿Sucede algo?

Rhys miró hacia la ventana como si pudiera ver todo el camino hasta las tierras de los mortales. Su boca se tensó.

—Es la tranquilidad de su lado del mar lo que me molesta. Ni un susurro de ejércitos reunidos, ningún otro humano convocado como aliado. Desde Hybern, no hemos sabido de ningún movimiento. Así que pensé ir a ver por mí mismo por qué era así. —Me agarró la nariz, acercándome a él de nuevo—. Acababa de acercarme al límite de su territorio cuando he sentido que el lazo despertaba otra vez. Sabía que los demás estaban más cerca, así que los he enviado.

—No hace falta que te excuses.

Rhys apoyó la barbilla sobre mi cabeza.

—Quería estar allí… para llegar a ti. Encontrarte. Traerte a casa.

—Ciertamente, has disfrutado de una entrada dramática.

Se rio entre dientes, su aliento entibiándome el pelo mientras yo escuchaba el rugido a través de su cuerpo.

Por supuesto que habría estado trabajando contra Hybern mientras yo estaba lejos. ¿Acaso esperaba que todos estuvieran sentados sin hacer nada durante más de un mes? Y Rhys, siempre conspirando, siempre un paso por delante… Él utilizaría ese tiempo en su propio beneficio. Dudé si preguntarle sobre ello o no, pero en ese momento, respirándolo, sintiendo su calidez… Eso podía esperar.

Rhys me dio un beso en el pelo.

—Estás en casa.

Un ligero sonido de estremecimiento salió de mí mientras asentía, apretándolo cada vez más. Hogar. No solo Velaris, sino también dondequiera que estuviera él, estaba nuestra familia.

Garras de ébano acariciaban la barrera en mi mente, con afecto, esperando.

Bajé mis escudos para él a la vez que los suyos también bajaban. Su mente se

enroscó alrededor de la mía, con la misma seguridad con la que su cuerpo me abrazaba en ese instante.

—Te he extrañado en todo momento —dijo, inclinándose para besar una comisura de mi boca—. Tu sonrisa. —Sus labios rozaron el pabellón de mi oreja y mi espalda se arqueó un poco—. Tu risa. —Me besó en el cuello, justo debajo de la oreja, e incliné la cabeza para darle acceso, conteniendo mi impulso de pedirle que tomara más, que lo hiciera más rápido, mientras él murmuraba—: Tu olor.

Cerré los ojos y sus manos se movieron alrededor de las caderas hacia mis nalgas, apretándolas mientras se inclinaba para besar el centro de mi cuello.

—Los ruiditos que haces cuando estoy dentro de ti.

Su lengua pasó sobre el lugar donde me había besado, y uno de esos ruiditos se me escapó. Rhys besó el hueco de mi clavícula.

Y mi interior se derritió completamente.

—Mi valiente, valiente y brillante compañera.

Levantó la cabeza, e hice un gran esfuerzo para abrir los ojos. Para encontrar su mirada mientras sus manos vagabundeaban en líneas perezosas por mi espalda, sobre mis nalgas, y luego otra vez hacia arriba.

—Te amo —dijo. Y como si yo no le hubiera creído ya, lo sentí en mis huesos, en la luz de su rostro al pronunciar esas palabras…

Las lágrimas quemaron mis ojos otra vez, deslizándose libremente antes de que pudiera controlarme.

Rhys se inclinó para enjugarlas con la lengua. Una tras otra. Como había hecho una vez en Bajo la Montaña.

—Tienes una opción —murmuró contra mi mejilla—. O te limpio toda con la lengua… —Su mano rozó mi pezón, dando vueltas con pereza. Como si tuviéramos días y días para hacer esto—. O te metes en la bañera, que ya debería estar preparada.

Me aparté, alzando una ceja.

—¿Me estás sugiriendo que huelo mal?

Rhys sonrió burlón, y yo habría jurado que mi corazón se sobresaltaba a manera de respuesta.

—Nunca. Pero… —Sus ojos se oscurecieron. El deseo y la diversión desaparecieron cuando cogió mi ropa—. Estás manchada de sangre. Tuya y la de otros. Pensé que sería de buen compañero ofrecerte un baño antes de poseerte del todo.

Dejé escapar una risa y le acomodé el pelo hacia atrás, disfrutando de los sedosos y negros mechones entre mis dedos.

—Tan considerado como siempre. Aunque no puedo creer que hayas echado a todo el mundo de la casa para llevarme a la cama.

—Uno de los muchos beneficios de ser alto lord.

—Qué terrible abuso de poder.

Una media sonrisa bailó en su boca.

—¿Y bien?

—Por mucho que me gustaría ver cómo intentas quitarme la suciedad, la sangre y el sudor acumulados durante una semana a lametones… —Sus ojos brillaron ante el desafío y yo volví a reír—. Prefiero un baño normal, por favor.

Tuvo la osadía de mostrarse vagamente decepcionado. Le di un golpe en el pecho para alejarme en dirección al enorme cuarto de baño junto al dormitorio. La bañera de porcelana ya estaba llena de agua muy caliente…

—¿Burbujas?

—¿Tienes alguna objeción moral contra ellas?

Sonreí mientras me desabrochaba la chaqueta. Tenía los dedos casi negros con la suciedad y la sangre endurecida. Me encogí un tanto avergonzada.

—Podría necesitar más de un baño para quedar limpia.

Él chasqueó los dedos y mi piel volvió a quedar como nueva. Parpadeé.

—Si puedes hacer eso, ¿qué sentido tiene el baño? —Ya había hecho esa limpieza mágica para mí en Bajo la Montaña unas cuantas veces. Por alguna razón yo nunca se lo había pedido.

Se apoyó contra la puerta mirando cómo me quitaba la chaqueta rota y manchada. Como si fuera la tarea más importante que jamás le hubieran encomendado.

—La esencia de la suciedad permanece. —Su voz se hizo áspera mientras seguía cada movimiento de mis dedos al desatarme las botas—. Como una capa de aceite.

En efecto, si bien se veía limpia, sentía la piel… sucia. Pateé quitándome las botas y dejándolas caer sobre la chaqueta.

—Así que es más por razones estéticas.

—Estás perdiendo demasiado tiempo —dijo, y movió la barbilla en dirección a la bañera.

Mis pechos se tensaron con el leve gruñido que acompañaba sus palabras. Él también se dio cuenta.

Sonreí para mí misma, arqueando la espalda un poco más de lo necesario cuando me quité la camisa y la arrojé al suelo de mármol. La luz del sol atravesó el vapor que se levantaba de la bañera, haciendo que el espacio entre nosotros fuera dorado y blanco. Rhys hizo un ruido grave que sonó vagamente como un gemido al ver mi torso desnudo. Cuando contempló mis pechos, que en ese momento me pesaban y dolían, su expresión hizo que tuviera que tragarme mi súplica de olvidar por completo ese baño.

Pero fingí no notarlo cuando me desabotoné los pantalones y los dejé caer al suelo. Junto con mi ropa interior.

Los ojos de Rhys parecían hervir.

Sonreí burlona, echando una mirada a sus propios pantalones. A la evidencia de qué era, exactamente, lo que aquello estaba provocando en él, presionando contra la tela negra con impresionante insistencia. Me limité a canturrear:

—Lástima que no haya espacio para dos en la bañera.

—Un fallo de diseño que pienso resolver mañana mismo. —Su voz era áspera, serena, y deslizó unas manos invisibles por mis pechos, entre mis piernas.

«Madre, sálvame». De alguna manera conseguí caminar y meterme dentro de la bañera. De alguna manera conseguí recordar cómo bañarme.

Rhys permaneció apoyado en la puerta durante todo el tiempo, mirando en silencio, con una concentración implacable.

Podría haber dedicado más tiempo a lavar ciertas áreas. Y haberme asegurado de que lo viera.

Él solo apretaba el marco de la puerta con tanta fuerza que la madera gimió bajo la presión de su mano.

Pero Rhys no hizo ningún movimiento para saltar, ni siquiera cuando me sequé con la toalla y me cepillé el pelo enmarañado. Como si la contención… fuera también parte del juego.

Los dedos de mis pies desnudos se curvaron sobre el suelo de mármol cuando puse el cepillo encima del tocador, cada centímetro de mi cuerpo consciente de su presencia, consciente de sus ojos sobre mi imagen reflejada en el espejo.

—Todo limpio —anuncié con voz ronca cuando encontré su mirada en el espejo. Habría jurado que solo la oscuridad y las estrellas giraban más allá de sus hombros. Un parpadeo y desaparecieron. Pero el apetito depredador de su cara…

Me volví. Mis dedos temblaban un poco mientras ajustaba la toalla alrededor

de mi cuerpo.

Rhys solo extendió una mano. Sus propios dedos temblaban. Incluso la toalla resultaba abrasiva sobre mi piel demasiado sensible. Y cuando puse mi mano sobre la suya, su callosa caricia al cerrarse sobre mis dedos…, quise que me acariciara raspándome toda.

Pero él simplemente me llevó al dormitorio, paso a paso, los músculos de su ancha espalda moviéndose debajo de la chaqueta. Y más abajo, el elegante y poderoso corte de sus muslos, su trasero…

Iba a devorarlo. De la cabeza a los pies. Iba a devorarlo…

Pero Rhys se detuvo ante la cama. Me soltó la mano y me miró desde la seguridad de un paso de distancia. Y fue la expresión de su rostro mientras observaba un punto todavía sensible en mi mejilla lo que frenó el calor que amenazaba con arrasar mis sentidos.

Tragué. El pelo mojado goteaba sobre la alfombra.

—¿Te duele ese moretón?

—Ya casi ha desaparecido. —La oscuridad se enseñoreó de la habitación una vez más.

Escudriñé esa cara perfecta. Cada línea, cada ángulo. El miedo, la rabia, el amor…, la sabiduría, la astucia, la fortaleza.

Dejé que la toalla cayera sobre la alfombra.

Dejé que me mirara cuando le puse una mano en el pecho, su corazón enloquecido debajo de la palma de mi mano.

—Listo para el arrebato. —Mis palabras no salieron con el desparpajo que yo quería mostrar.

La sonrisa de respuesta de Rhys fue una cosa oscura y cruel.

—Apenas si sé por dónde empezar. Me ofreces tantas posibilidades…

Levantó un dedo, y mi respiración se hizo fuerte y rápida mientras él jugueteaba dando vueltas sobre uno de mis pechos, luego sobre el otro. En círculos cada vez más cerrados.

—Podría empezar por aquí —murmuró.

Apreté los muslos. Él notó el movimiento, y esa oscura sonrisa se ensanchó. Y precisamente antes de que su dedo alcanzara la punta de mi pecho, justo antes de que me diera lo que yo estaba a punto de rogarle que me diera, su dedo se deslizó hacia arriba, hacia mi pecho, mi cuello, mi barbilla. Directo a mi boca.

Siguió la forma de mis labios, un tacto susurrante.

—O podría comenzar por aquí —musitó, y deslizó la punta de su dedo

dentro de mi boca.

No pude evitar cerrar los labios alrededor de él, juguetear con la lengua sobre la yema de su dedo.

Pero Rhys lo retiró con un suave gemido para iniciar un camino descendente. A lo largo del cuello. Pecho. Directo a un pezón. Se detuvo allí, le dio un golpecito, luego pasó suavemente el pulgar sobre el leve dolor.

Yo ya estaba temblando, apenas capaz de mantenerme de pie mientras su dedo continuaba más allá de mi pecho.

Hizo dibujos sobre mi abdomen, observándome la cara a la vez que ronroneaba…

—O…

No podía pensar en otra cosa que no fuera ese dedo, ese punto de contacto mientras se alejaba cada vez más hacia donde yo lo deseaba.

—¿O…? —Me las arreglé para susurrar.

Bajó la cabeza, el cabello se le deslizó sobre la frente al tiempo que observaba…, los dos observábamos…, su ancho dedo aventurándose más abajo.

—O podría comenzar por aquí —continuó con voz gutural y directa.

No me importaba…, mientras arrastraba ese dedo hasta el centro de mí. Mientras rodeaba aquel lugar, ligero y provocador.

—Aquí estaría bien —señaló. Su respiración era entrecortada—. O tal vez incluso aquí —terminó, y hundió ese dedo dentro de mí.

Gemí, agarrándome de su brazo, clavándole las uñas en los músculos… que se movieron cuando él bombeó su dedo una vez, dos veces. Luego se deslizó hacia fuera y levantó las cejas para hablar:

—¿Y bien? ¿Por dónde empiezo, querida Feyre?

Yo apenas podía formar palabras, pensamientos. Pero… ya basta de juegos.

Así que tomé esa mano infernal guiándola hacia mi corazón, y la puse allí, en medio de la curva de mi pecho. Miré a sus ojos entrecerrados mientras pronunciaba las palabras que sabía que serían su perdición en este juego, palabras que surgían en mí con cada respiración.

—Eres mío.

Eso soltó la atadura que se imponía a sí mismo.

Su ropa desapareció…, toda…, y su boca se inclinó sobre la mía.

No fue un beso apacible. No fue suave ni exploratorio.

Fue una afirmación salvaje y desenfrenada…, fue una liberación. Y el sabor a él…, su calor, el exigente movimiento de su lengua contra la mía…

Hogar. Yo estaba en mi hogar.

Mis manos se enredaron con su cabello para atraerlo más cerca de mí, a la vez que yo respondía a cada uno de sus besos abrasadores con los míos. Mi deseo era insaciable y por mucho que lo tocara nunca era suficiente.

Piel contra piel, Rhys me empujó hacia la cama y sus manos me acariciaron las nalgas mientras las mías recorrían la suavidad de terciopelo de su piel, sobre las partes más duras, en cada curva de su cuerpo. Sus bellas y poderosas alas arrancaban de la espalda para abrirse por completo antes de cerrarse cuidadosamente.

Mis piernas chocaron con la cama detrás de nosotros, y Rhys se detuvo, temblando. Me daba tiempo para reconsiderar, incluso en ese momento. Mi corazón se tensó, pero aparté mi boca de la suya. Le sostuve la mirada a la vez que me dejaba caer sobre las sábanas blancas y retrocedía lentamente.

Cada vez más sobre el centro de la cama, hasta que quedé desnuda ante él. Hasta que pude ver su considerable y orgullosa corpulencia y mi corazón se estremeció en respuesta.

—Rhys —suspiré. Su nombre era una súplica en mi lengua.

Las alas se abrieron y su pecho palpitó cuando las estrellas brillaron en sus ojos. Y allí estaba ese anhelo, debajo del deseo, debajo de la necesidad. Fue el anhelo en aquellos hermosos ojos lo que me hizo mirar las montañas tatuadas en sus rodillas.

Las insignias de esta corte…, nuestra corte. La promesa de que él no se arrodillaba ante nadie ni nada, salvo su corona.

Y ante mí.

Mío, él era mío. Envié ese pensamiento por el lazo.

Sin juegos, sin demoras, lo quería sobre mí, dentro de mí. Necesitaba notarlo, abrazarlo, compartir el aliento con él. Rhys percibió ese toque de desesperación, lo sentí a través del lazo de apareamiento que fluía entre nosotros.

Sus ojos no se apartaron de los míos mientras se movía sobre mí, con movimientos llenos de gracia, como los de un gato de las llanuras al acecho. Entrelazó nuestros dedos con la respiración agitada. Usó una rodilla para empujar mis piernas y abrirlas para quedar entre ellas.

Cuidadosamente, amorosamente, puso nuestras manos unidas junto a mi cabeza mientras se impulsaba hacia mí y me susurraba al oído:

—Tú también eres mía.

Al primer empujón, empecé a reclamar su boca.

Arrastré mi lengua sobre sus dientes, tragándome su gemido de placer cuando sus caderas se movieron en delicados avances empujando hacia dentro, dentro, dentro.

En casa. Estaba en casa.

Y cuando Rhys estuvo dentro hasta la empuñadura, cuando se detuvo para que me adaptara a su propia plenitud, pensé que podría explotar como luz de luna, como fuego, pensé que podría morir por la pura fuerza que me recorría entera.

Mis jadeos estaban teñidos de sollozos al clavarle los dedos en la espalda, y Rhys se apartó un poco para observar mi rostro. Para leer lo que había allí.

—Nunca más —me prometió, mientras se retiraba para luego volver a entrar con una insoportable lentitud. Me besó la frente, la sien—. Mi querida Feyre.

Ya sin palabras, moví las caderas, impulsándolo más hondo, con más fuerza. Rhys me dio el placer que ansiaba.

Con cada movimiento, con cada respiración compartida, con cada palabra susurrada y gemida, ese lazo de apareamiento que yo había escondido hasta ese momento dentro de mí, se hizo más brillante, más nítido.

Y cuando brilló de nuevo tan reluciente como inflexible, mi liberación me recorrió por completo, dejándome la piel brillando como una estrella recién nacida en su despertar.

Al verme así, justo cuando yo arrastraba un dedo por el interior sensible de su ala, Rhys gritó mi nombre y encontró su propio placer.

Lo abracé con firmeza mientras él jadeaba, lo sostuve hasta que por fin le llegó la calma, siempre dentro de mí, y disfruté de la sensación de su piel contra la mía.

Durante largos minutos permanecimos allí, enredados, escuchando nuestra respiración uniforme, un sonido más maravilloso que cualquier música.

Después de un rato, Rhys levantó el pecho lo suficiente para cogerme la mano derecha, para examinar los tatuajes dibujados allí. Besó una de las espirales de tinta azul, casi negra.

Tragó con fuerza.

—Te he extrañado. Cada segundo, cada respiración. No solo esto —dijo, moviendo las caderas a modo de énfasis, lo que arrancó un gemido desde el fondo de mi garganta—, sino también… hablar contigo. Reír contigo. Echaba de menos tenerte en mi cama, y te he extrañado mucho más como mi amiga.

Me ardían los ojos.

—Lo sé —logré decir, acariciando con una mano sus alas, su espalda—. Lo sé. —Le di un beso en el hombro desnudo, justo sobre una espiral de tatuaje ilyrio—. Nunca más —le prometí, y se lo susurré una y otra vez hasta que la luz del sol se deslizó por el suelo.

Capítulo 15

Mis hermanas habían estado viviendo en la Casa del Viento desde que llegaron a Velaris.

En ningún momento salieron del palacio construido en lo alto de una montaña de cumbre plana que daba sobre la ciudad. No pidieron nada. No preguntaron por nadie.

Así que tendría que ir a encontrarme con ellas.

Lucien estaba esperando en la sala de estar cuando Rhys y yo finalmente bajamos por la escalera. Mi compañero había dado la silenciosa orden de que regresaran.

Como era de esperar, Cassian y Azriel estaban sentados con aire despreocupado en el comedor, al otro lado del pasillo, tomando su almuerzo y controlando cada respiración de Lucien. Cassian me sonrió burlón, alzando las cejas.

Le lancé una mirada de advertencia que lo desafiaba a hablar. Azriel, por suerte, acababa de darle una patada a Cassian por debajo de la mesa.

Este miró boquiabierto a Azriel, como si fuera a afirmar que no iba a decir nada. Mientras me acercaba al arco que se abría a la sala de estar, Lucien se puso de pie.

Luché contra mi propia vergüenza cuando me detuve en el umbral. Lucien todavía llevaba puestas las ropas arrugadas y sucias del viaje. Su cara y sus manos, al menos, estaban limpias, pero… debería haberle conseguido algo más. Recordé haberle ofrecido…

La idea se esfumó cuando Rhys apareció a mi lado.

Lucien no se molestó en ocultar la ligera curva de sus labios.

Como si pudiera ver el lazo de apareamiento entre Rhys y yo.

Sus ojos —el rojo y el dorado— recorrieron todo mi cuerpo. Observaron mi mano.

Luego el anillo que ahora había en mi dedo, la estrella de zafiro brillante como el cielo contra la plata. En el dedo equivalente de Rhysand había un simple aro de plata.

Nos los habíamos puesto uno en la mano del otro antes de bajar…, algo más íntimo y comprometedor que cualquier voto hecho públicamente.

Le comenté a Rhys antes de hacerlo que estuve a punto de depositar su anillo en la cabaña de la Tejedora y hacer que él lo recuperara.

Se rio y dijo que si de verdad sentía que era necesario para equilibrar las cosas entre nosotros, tal vez podría encontrar otra criatura a la que él se enfrentara…, una que no disfrutaría cuando él le eliminara mi parte favorita de su cuerpo. Yo lo besé, murmurando acerca de alguien que se tenía a sí mismo en alta estima, y le puse el anillo que él había escogido para sí mismo, comprado allí, en Velaris, mientras yo estuve fuera, en el dedo.

Toda la alegría, toda la risa persistente de ese momento, esos silenciosos votos…, todo se entrelazó como llamas en un fuego cuando Lucien se burló de nuestros anillos. Qué cerca estuvimos. Tragué con fuerza.

Rhys también lo notó. Era imposible no hacerlo.

Mi compañero se apoyó contra el arco tallado y se dirigió a Lucien.

—Supongo que Cassian o Azriel te han explicado que si amenazas a alguien en esta casa, en este territorio, te mostraremos maneras de morir que nunca has imaginado.

En efecto, los ilyrios sonrieron burlones desde el umbral del comedor. Azriel era de lejos el más aterrador de ese par.

Algo se retorció en mi estómago ante la suave y elegante amenaza.

Lucien era…, había sido… mi amigo. No era mi enemigo, por lo menos no enteramente…

—Pero —continuó Rhys, metiéndose las manos en los bolsillos— puedo entender lo difícil que ha sido este mes para ti. Sé que Feyre te explicó que no somos tal como sugieren los rumores… —Lo dejé entrar en mi mente antes de que bajáramos…, le mostré todo lo que había ocurrido en la Corte Primavera—. Pero oírlo y verlo son dos cosas diferentes. —Encogió un solo hombro—. Hemos cuidado de Elain. Su participación en la vida aquí ha sido del todo su

decisión. Nadie salvo nosotros y algunos criados de confianza han entrado en la Casa del Viento.

Lucien permaneció en silencio.

—Yo estaba enamorado de Feyre —dijo Rhys en voz baja— mucho antes de que ella correspondiera ese sentimiento.

Lucien se cruzó de brazos.

—Qué suerte tienes de haber conseguido finalmente lo que deseabas.

Cerré los ojos durante un instante.

Cassian y Azriel se tensaron, esperando la orden.

—Solo diré esto una vez —advirtió el alto lord de la Corte Noche. Incluso Lucien se sobresaltó—. Sospeché que Feyre era mi compañera antes de saber que ella estaba involucrada con Tamlin. Y cuando me enteré de eso… Si eso era lo que la hacía feliz, estaba dispuesto a dar un paso al lado.

—Tú viniste a nuestra casa y te la llevaste el día de su boda.

—Yo iba a suspender la boda de todos modos —interrumpí, dando un paso hacia Lucien—. Tú lo sabías.

Rhysand continuó antes de que Lucien pudiera responder.

—Yo estaba dispuesto a perder a mi pareja a manos de otro macho. Estaba dispuesto a dejar que se casaran, si eso la hacía feliz. Pero lo que no estaba dispuesto a hacer era dejarla sufrir; dejar que se desvaneciera en una sombra. Y en el momento en que ese pedazo de mierda hizo trizas su estudio, en el momento en que la encerró en esa casa… —Sus alas se desplegaron y Lucien se sobresaltó.

Rhys mostró los dientes. Mis piernas temblaron ante el poder oscuro que se acurrucaba en los rincones de la habitación. No era miedo…, nunca miedo a él, sino a la pérdida de control cuando Rhys gruñó a Lucien.

—Mi compañera puede que un día encuentre en ella la fuerza para perdonarlo. Para perdonarte. Pero yo nunca olvidaré lo que sentí al percibir su terror en esos momentos. —Mis mejillas entraron en calor, especialmente cuando Cassian y Azriel se acercaron más, con esos ojos castaños, en ese momento llenos de una mezcla de simpatía y cólera.

Nunca les había hablado de eso…, lo que ocurrió ese día en que Tamlin destrozó el estudio, o el día en que me encerró dentro de la mansión. Nunca le pregunté a Rhys si lo sabían. Por la furia que se desprendía de Cassian, por la rabia helada que se filtraba desde Azriel…, no creí que lo hubiera hecho.

Lucien, habría que anotar esto en su haber, no retrocedió un paso. Ni para

alejarse de Rhys, ni de mí, ni de los ilyrios.

El zorro listo mira fijamente a la muerte alada. Ese cuadro pasó por mi mente.

—Así pues, repito, diré esto solo una vez —prosiguió Rhys; su expresión se suavizó en una calma letal y me arrastró fuera de los colores y de la luz y las sombras que se amontonaban en mi mente—. Feyre no deshonró ni traicionó a Tamlin. Yo revelé el lazo de apareamiento meses más tarde…, y ella me hizo sufrir por ello, no os preocupéis. Pero ahora que has encontrado a tu pareja en una situación similar, tal vez trates de entender lo que se siente. Y si no quieres tomarte la molestia, entonces espero que seas lo bastante sabio para mantener la boca cerrada, porque la próxima vez que mires a mi compañera con ese desdén y disgusto, no me voy a molestar en explicarlo de nuevo y te voy a cortar tu maldita garganta.

Rhys lo dijo tan suavemente que la amenaza tardó un segundo en ser registrada. En instalarse en mí como una piedra que se hunde en una laguna.

Lucien tan solo movió los pies. Cauteloso. Pensativo. Conté varios latidos de mi corazón, preguntándome hasta dónde debía interferir si él llegaba a decir algo en verdad estúpido. Hasta que por fin murmuró:

—Parece que hay una historia más larga que contar.

Respuesta inteligente. La rabia se desvaneció de la cara de Rhys…, y los hombros de Cassian y de Azriel se relajaron un poco.

Solo una vez, me había dicho Lucien durante esos días de camino. Eso era todo lo que quería: ver a Elain solo una vez.

Y entonces… tendría que decidir qué hacer con él. A menos que mi compañero ya tuviera algún plan en marcha.

Una mirada a Rhys, que alzó las cejas como diciendo «es todo tuyo», me indicó que era mi turno. Entonces… me aclaré la garganta.

—Voy a ver a mis hermanas —le dije a Lucien, cuyos ojos chocaron contra los míos. El metálico se ajustó y zumbó. Me obligué a mostrar una sonrisa severa—. ¿Te gustaría venir?

Lucien evaluó mi oferta… Los tres hombres vigilaban cada parpadeo suyo, cada respiración.

Él solo asintió con la cabeza. Otra sabia decisión.

Nos fuimos en cuestión de minutos. El rápido paseo hasta el tejado de la casa de la ciudad le sirvió a Lucien como recorrido para conocer el lugar. No me molesté en mostrarle los dormitorios. Y Lucien no preguntó.

Azriel nos dejó mientras nos alejábamos por el cielo, murmurando que tenía asuntos urgentes que atender. Por la mirada que le dirigió Cassian, me pregunté si el cantor de sombras se lo había inventado para evitar llevar a Lucien a la Casa del Viento, pero el sutil asentimiento de Rhys a Azriel me lo dejó claro.

Efectivamente, había cosas pendientes por hacer. Planes en movimiento, como siempre. Y una vez que terminara de visitar a mis hermanas… obtendría respuestas por mi cuenta.

Así que Cassian, con cara de piedra, llevó a Lucien por el aire, y Rhys me tomó en sus brazos para lanzarnos con gracia hacia el azul sin nubes.

Con cada movimiento de ala, con cada inhalación profunda de la brisa de aromas cítricos y salados…, algo de la tensión en mi cuerpo se desvaneció.

Aun cuando cada movimiento de alas nos acercaba a la casa que se levantaba en la parte alta de Velaris. A mis hermanas.

La Casa del Viento había sido tallada en la piedra roja, calentada por el sol de las montañas cubiertas de nieve que se alzaban a uno de los lados de la ciudad, con innumerables balcones y patios que sobresalían por encima de los trescientos metros de caída al fondo del valle. Las sinuosas calles de Velaris corrían directas hacia el muro que era la propia montaña, y serpenteando a través de ella se movía el Sidra, una brillante y reluciente cinta en el sol del mediodía.

Cuando descendimos en la terraza que bordeaba nuestro comedor habitual, dejé que todo aquello me impregnara: la ciudad, el río y el lejano mar, las montañas escarpadas al otro lado de Velaris y el azul deslumbrante del cielo por encima. Y la Casa del Viento, mi otro hogar. La hermana residencial y formal de la casa de la ciudad, nuestra casa pública, supuse. Donde celebraríamos reuniones y recibiríamos a invitados que no fueran de la familia.

Una alternativa mucho más agradable que mi otra residencia. La Corte de las Pesadillas. Al menos allí podría quedarme en el palacio de piedra de luna en lo más alto de la montaña debajo de la cual se había construido la Ciudad Tallada. Aunque el pueblo al que yo iba a gobernar… Lo aparté de mis pensamientos mientras me ajustaba la trenza, poniendo en su lugar los mechones que se habían soltado por el suave viento que Rhys había permitido que pasara a través de su escudo mientras volábamos.

Lucien simplemente se acercó al balcón y miró hacia fuera. No podía culparlo.

Miré por encima del hombro hacia donde estaban Rhys y Cassian en ese momento.

Rhys alzó una ceja.

Espera dentro.

La sonrisa de Rhys era afilada.

¿Así no tendrás testigos cuando lo empujes por la barandilla?

Le dirigí una mirada de incredulidad y me acerqué a Lucien. Cuando Rhys le murmuró a Cassian que se tomara una copa en el comedor fue la única indicación de su partida. Eso, y la casi silenciosa apertura y el cierre de las puertas de cristal que permitían el acceso al interior. La misma estancia en la que había conocido a la mayoría de ellos, mi nueva familia.

Me acerqué a Lucien, con el viento liberando mechones de su pelo rojo que se había recogido en la nuca.

—Esto no es lo que yo esperaba —dijo, observando la extensión de Velaris.

—La ciudad todavía se está reconstruyendo después del ataque de Hybern.

Sus ojos se dirigieron a la barandilla del balcón tallado.

—Aunque no tuvimos nada que ver…, mis disculpas. Pero… no es eso lo que quería decir. —Miró hacia atrás, donde Rhys y Cassian esperaban dentro, en el comedor, ya con sus bebidas en la mano, inclinados de manera en exceso informal sobre la gigantesca mesa de roble.

Se mostraban sumamente interesados en algún punto o mancha en la superficie que había entre ellos.

Fruncí el ceño al verlos, pero tan solo tragué con fuerza. Y aunque mis hermanas esperaban dentro, aunque el deseo de verlas era tan tangible que no me habría sorprendido encontrarme atada a una cuerda que me arrastraba hacia la casa, le dije a Lucien:

—Rhys me salvó la vida en Calanmai.

Así que se lo conté. Todo, la historia que tal vez lo ayudaría a entender. Y al darse cuenta de lo verdaderamente segura que estaba Elain…, de lo que lo estaba él en ese momento. Al final, llamé a Rhys para que contara su propia historia…, y le relató a Lucien hasta los más pequeños detalles. Ninguno de los fragmentos vulnerables y dolorosos que me habían reducido a las lágrimas en esa cabaña de montaña. Pero le pintó una imagen bastante clara.

Lucien no dijo nada mientras Rhys hablaba. Ni cuando yo continué con mi

historia, con Cassian a menudo interviniendo con su propio relato de cómo había sido vivir con dos personas apareadas pero no apareadas, fingiendo que Rhys no estaba cortejándome, para darme la bienvenida a su pequeño círculo.

No sabía cuánto tiempo había pasado cuando terminamos, aunque Rhys y Cassian lo aprovecharon para desplegar al sol sin el menor pudor sus alas en el saliente del balcón. Dejé aparte nuestra historia en Hybern…, el día que volví a la Corte Primavera.

Se hizo un silencio, y Rhys y Cassian se marcharon de nuevo, comprendiendo la emoción que humedecía el ojo de Lucien…, el significado del largo suspiro que soltó.

Cuando estuvimos solos, Lucien se frotó las sienes.

—He visto a Rhysand hacer… cosas tan horribles, lo vimos jugar al príncipe oscuro una y otra vez. Y aun así me dices que fue todo una mentira. Una máscara. Todo para proteger este lugar, a este pueblo. Y yo me habría reído de ti por creerle, y sin embargo…, esta ciudad existe. Intacta…, o lo estaba hasta hace poco, supongo. Ni siquiera las ciudades de la Corte Amanecer son tan hermosas como esta.

—Lucien…

—Y tú lo amas. Y él… de verdad te ama. —Lucien se pasó la mano por el pelo rojo—. Y toda esta gente a la que me he pasado siglos odiando, incluso temiendo…, son tu familia.

—Creo que Amren probablemente negaría que siente algún afecto por nosotros…

—Amren es una historia de la hora de acostarse que nos contaron cuando éramos niños para que nos portáramos bien. Amren era quien se iba a beber mi sangre y me llevaría al infierno si me portaba mal. Y sin embargo allí estaba ella, actuando más como una vieja tía cascarrabias que otra cosa.

—Nosotros…, aquí no usamos el protocolo ni los rangos.

—Obviamente. Rhys vive en una casa de ciudad, junto al Caldero. —Con un movimiento del brazo abarcó todo lo que se veía.

No supe qué decir, así que guardé silencio.

—No me había dado cuenta de que yo era un villano en tu historia —susurró Lucien.

—No lo eras. —No del todo.

El sol bailaba sobre el lejano mar, convirtiendo el horizonte en un brillante despliegue de luz.

—Ella no sabe nada de ti. Solo lo básico que Rhys le contó: que eres el hijo de un alto lord al servicio de la Corte Primavera. Y que me ayudaste en Bajo la Montaña. Nada más.

No añadí que Rhys me había dicho que mi hermana no había preguntado por él ni una sola vez.

Me enderecé.

—Me gustaría verlas primero. Sé que estás ansioso…

—Por supuesto, hazlo —replicó Lucien, con los antebrazos apoyados en el pretil de piedra de la terraza—. Ven a buscarme cuando estés lista.

Estuve a punto de darle unas palmaditas en el hombro, de decirle algo reconfortante.

Pero las palabras volvieron a fallarme mientras me dirigía hacia el oscuro interior de la casa.

Rhys les había dado a Nesta y a Elain una *suite* de habitaciones comunicadas, todas con vistas a la ciudad, al río y a las montañas lejanas.

Pero fue en la biblioteca familiar donde Rhys localizó a Nesta.

Había una tensión nítida, apenas contenida, en Cassian cuando los tres bajamos por la escalera de la casa. Los pasillos de piedra roja resonaban con el susurro de las alas de Cassian y el leve aullido del viento que golpeteaba en cada ventana. Una tensión que se hacía cada vez más evidente con cada paso hacia las puertas dobles de la biblioteca. No pregunté si se habían visto o hablado desde aquel día en Hybern.

Cassian no ofreció ninguna información.

Y yo podría haberle preguntado a Rhys por el lazo si él no hubiera abierto una de las puertas.

Si no hubiera visto de inmediato a Nesta en un sillón, con un libro en las rodillas, con un aspecto, para variar, poco propio de Nesta. Informal. Incluso relajada.

Perfectamente contenta de estar sola.

En el momento en que mis zapatos rozaron el suelo de piedra, ella se irguió, la espalda rígida, y cerró el libro con un ruido opaco. Pero sus ojos de color gris azulado ni siquiera mostraron sorpresa al verme.

Nesta había sido hermosa como mujer humana.

Como alta fae, era devastadora.

Dada la absoluta quietud con la que Cassian permanecía a mi lado, me pregunté si él pensaría lo mismo.

Ella llevaba un vestido de color peltre, de corte simple, pero la tela era finísima. Tenía el pelo trenzado sobre la cabeza, acentuando el largo cuello pálido…, un cuello hacia el que los ojos de Cassian se lanzaron, para luego apartarlos rápidamente, cuando ella nos vio y me dijo:

—Has vuelto.

Con los cabellos peinados de esa manera, ocultaba las orejas puntiagudas. Pero no había nada que ocultara su gracia etérea al andar. Cuando su atención se volvió hacia Cassian, me dijo:

—¿Qué quieres?

Sentí el golpe como un puñetazo en el estómago.

—Al menos la inmortalidad no ha cambiado algunas cosas en ti.

La mirada de Nesta era totalmente helada.

—¿Esta visita tiene un propósito, o puedo volver a mi libro?

La mano de Rhys rozó la mía con silencioso consuelo. Aunque su rostro era duro como la piedra. Y en absoluto divertido.

Pero Cassian se acercó a Nesta, con una media sonrisa cubriéndole la cara. Mi hermana permaneció rígida mientras él cogía el libro, leía el título y se reía entre dientes.

—No te habría considerado nunca una lectora de romances.

Ella le dirigió una mirada fulminante.

Cassian hojeó las páginas y me dijo:

—No te perdiste mucho mientras estuviste destruyendo a nuestros enemigos, Feyre. En su mayor parte fue esto.

Nesta se volvió hacia mí.

—¿Tú… lo lograste?

Apreté la mandíbula.

—Veremos cómo se desarrolla. Me aseguré de que Ianthe sufriera. —Ante la señal de rabia y de miedo que apareció en los ojos de Nesta, me corregí—: Pero no lo suficiente.

Le miré la mano, aquella con la que había señalado al rey de Hybern. Rhys no me mencionó ningún signo de poderes especiales en mis hermanas. Sin

embargo, ese día en Hybern, cuando Nesta abrió los ojos…, yo lo vi. Vi algo enorme y terrible dentro de ellos.

—Y, repito, ¿por qué estás aquí? —Le arrebató el libro a Cassian, quien le permitió hacerlo pero sin moverse de su lado, observando cada respiración, cada parpadeo de ella.

—Quería verte —respondí en voz baja—. Ver cómo estabas.

—¿Ver si he aceptado mi suerte y me siento agradecida por convertirme en uno de ellos?

Erguí la columna vertebral.

—Eres mi hermana. Vi que te hacían daño. Quería ver si estabas bien.

Una risa baja y amarga. Pero se volvió hacia Cassian, lo miró como si ella fuera una reina en un trono, y luego nos dijo a todos nosotros:

—¿Qué me importa? Voy a ser joven y hermosa para siempre, y nunca he de volver a esos idiotas aduladores al otro lado del muro. Puedo hacer lo que yo quiera, ya que aparentemente nadie aquí tiene ningún respeto por las reglas o los modales, o nuestras tradiciones. Tal vez debería darte las gracias por haberme arrastrado a esto.

Rhys me puso una mano en la cintura antes de que las palabras siquiera llegaran a su objetivo.

Nesta resopló.

—Pero no es a mí a quien deberías estar visitando. Yo tenía tan poco en juego en el otro lado del muro como tengo aquí. —El odio se deslizó sobre sus facciones…, suficiente odio para que me sintiera enferma. Nesta siseó—. Ella no quiere salir de su habitación. No quiere dejar de llorar. No quiere comer, ni dormir, ni beber.

Rhys apretó la mandíbula.

—Te he preguntado una y otra vez si necesitabais…

—¿Por qué debo permitir que alguno de vosotros —esa última palabra fue disparada a Cassian con tanto veneno como una víbora en su nido— se acerque a ella? No es asunto de nadie más que de nosotras.

—El compañero de Elain está aquí —dije.

Y fue un error decir eso en presencia de Nesta.

Se puso blanca de rabia.

—Él no es semejante cosa para ella —gruñó, avanzando hacia mí lo suficiente para que Rhys deslizara un escudo entre nosotras.

Como si él también hubiese vislumbrado ese enorme poder en sus ojos aquel

día en Hybern y no supiera cómo se iba a manifestar.

—Si traes a ese macho cerca de ella, yo…

—Tú qué —canturreó Cassian con indiferencia hasta que ella se detuvo a menos de dos metros de mí. Alzó una ceja cuando se volvió hacia él—. No has querido seguirme a mí para las prácticas, así que seguro que no vas a saber defenderte en una pelea. No quieres hablar de tus poderes, así que ciertamente no vas a poder manejarlos. Y tú…

—Cierra la boca —replicó ella, en todo momento comportándose como una emperatriz conquistadora—. Te dije que te mantuvieras lejos de mí, y si tú…

—Te estás interponiendo entre un macho y su compañera, Nesta Archeron, y vas a aprender cuáles son las consecuencias por el camino difícil.

Las aletas nasales de Nesta temblaron. Cassian le dirigió una sonrisa irónica.

—Si Elain no está dispuesta a hacerlo —interrumpí la discusión—, entonces ella no lo verá. No voy a obligarla a reunirse con él. Pero quiere verla, Nesta. Se lo preguntaré en su nombre, pero la decisión será suya.

—El hombre que nos vendió a Hybern.

—Es más complicado que eso.

—Bueno, ciertamente será más complicado cuando papá vuelva y descubra que nos hemos ido. ¿Qué piensas contarle a él sobre todo esto?

—Dado que no ha enviado ningún mensaje desde el continente en meses, me preocuparé de eso más tarde —le contesté. Y gracias al Caldero por ello, nuestro padre estaba lejos, comerciando en algún territorio lucrativo.

Nesta hizo un gesto displicente con la cabeza y regresó a su sillón y su libro.

—No me importa. Haz lo que quieras.

Un despido mordaz, si no la admisión de que todavía confiaba en mí lo suficiente para que considerara las necesidades de Elain primero. Rhys levantó bruscamente la barbilla hacia Cassian en una silenciosa orden para retirarnos, y cuando me disponía a seguirlos, dije en voz baja:

—Lo siento, Nesta.

Ella no respondió y se sentó con rigidez en su sillón, cogió su libro y, como correspondía, nos ignoró. Un golpe en la cara hubiera sido más fácil de encajar.

Cuando me volví, encontré a Cassian mirando a Nesta.

Me pregunté por qué nadie había mencionado lo que ahora brillaba en los ojos de Cassian mientras miraba a mi hermana.

La pena. Y el anhelo.

La *suite* estaba llena de luz de sol.

Todas las cortinas abiertas al máximo para dejar entrar tanta luz como fuera posible.

Como si algo de oscuridad fuera abominable. Como para expulsar las sombras.

Y sentada en una silla pequeña ante la más soleada de las ventanas, de espaldas a nosotros, estaba Elain.

Así como Nesta parecía estar en un silencio satisfecho antes de que la encontráramos, el silencio de Elain era… hueco.

Vacío.

Tenía el pelo suelto, ni siquiera trenzado. No pude recordar la última vez que se lo había visto así. Llevaba una bata de seda blanca como la luna.

No miró, ni habló, ni siquiera reaccionó cuando entramos. Sus brazos demasiado delgados descansaban en la silla. Aquel anillo de compromiso de hierro todavía en su dedo.

Su piel era tan pálida que parecía nieve fresca bajo la fuerte luz.

Me di cuenta entonces de que el color de la muerte, del dolor, era blanco.

La falta de color. De vitalidad.

Dejé a Cassian y a Rhys junto a la puerta.

La rabia de Nesta era mejor que esa… cáscara.

Ese vacío.

Me quedé sin aliento al rodear la silla. Contemplé la vista de la ciudad que ella miraba tan inexpresivamente.

Luego miré las mejillas hundidas, los labios sin sangre, los ojos marrones que alguna vez habían sido ricos y cálidos, y en ese momento parecían completamente opacos. Como polvo de tumba.

Ni siquiera me miró cuando le hablé con suavidad.

—¿Elain?

No me atreví a cogerle la mano.

No me atreví a acercarme demasiado.

Yo era la responsable. Yo había arrojado esto sobre ellas.

—He vuelto —añadí sin fuerzas. Era inútil.

Lo único que dijo fue:

—Quiero irme a casa.

Cerré los ojos, mi pecho retorcido de congoja.

—Lo sé.

—Él me buscará —susurró.

—Lo sé —dije de nuevo. No se trataba de Lucien… No estaba hablando de él en absoluto.

—Se suponía que íbamos a casarnos la próxima semana.

Me puse una mano en el pecho, como si tuviera que detener la grieta que se me estaba abriendo ahí.

—Lo siento.

Nada. Ni siquiera una pizca de emoción.

—Todo el mundo sigue diciendo eso. —Su pulgar rozó el anillo que llevaba en el dedo—. Pero eso no arregla nada, ¿verdad?

Yo apenas si podía respirar. No podía… No podía respirar al mirar a esta criatura rota y vacía en que mi hermana se había convertido. Lo que yo le había robado, lo que yo le había arrebatado…

Rhys estaba allí, deslizó un brazo alrededor de mi cintura.

—¿Podemos traerte algo, Elain? —Habló con tal dulzura que apenas pude soportarlo.

—Quiero irme a casa —repitió.

No podía preguntarle sobre Lucien. No en ese momento. Aún no.

Me di la vuelta, lista para salir corriendo y desmoronarme en otra habitación, en otro sector de la casa. Pero Lucien estaba de pie en la puerta.

Y por la devastación que le invadía el rostro, supe que había oído cada palabra. Visto y oído; había podido sentir el vacío y la desesperación que ella irradiaba.

Elain siempre había sido gentil y dulce, y yo la había considerado una clase distinta de fuerza. Una fuerza mejor. Para ver la dureza del mundo y elegir, una y otra vez, para amar, para ser amable. Había estado siempre tan llena de luz…

Quizá por eso en aquel momento mantenía todas las cortinas abiertas. Para llenar el vacío donde toda esa luz alguna vez había estado.

Y ya no quedaba nada.

Capítulo 16

Rhysand condujo en silencio a Lucien a la estancia que iba a ocupar en el extremo opuesto de la Casa del Viento. Cassian y yo los seguíamos. Ninguno habló hasta que mi compañero abrió un conjunto de puertas de ónix para revelar una soleada sala de estar tallada en piedra roja. Más allá de las ventanas, la ciudad discurría muy por debajo, la vista se extendía hasta las lejanas montañas y el mar reluciente.

Rhys se detuvo en el centro de una alfombra azul noche tejida a mano e hizo un gesto hacia las puertas cerradas a su izquierda.

—Dormitorio. —Agitó una perezosa mano hacia la única puerta en la pared opuesta—. Baño.

Lucien lo examinó con fría indiferencia. ¿Qué sentía por Elain? ¿Qué pensaba hacer…? No quise preguntar.

—Supongo que necesitarás ropa —dijo Rhys, señalando con la cabeza hacia la sucia chaqueta y los pantalones de Lucien, una ropa que había usado durante la última semana caminando por aquellos territorios. De hecho, aquello era… sangre seca en varios lugares—. ¿Alguna preferencia con respecto al atuendo?

Eso llamó la atención de Lucien, y se movió lo suficiente para mirar a Rhys…, para vernos a Cassian y a mí ocultos y esperando en la puerta.

—¿Hay que pagar algún precio?

—Si estás tratando de decir que no tienes dinero, no te preocupes…, la ropa es gratis. —Rhys le dirigió una media sonrisa—. Si estás tratando de preguntar si esto es algún tipo de soborno… —Se encogió de hombros—. Eres hijo de un alto lord. Sería de mala educación no alojarte y vestirte cuando lo necesitas.

Lucien parecía enfadado.

Deja de acosarlo, dije a través del lazo.

Pero es muy divertido. La respuesta me llegó en un ronroneo.

Algo lo había puesto nervioso. Tanto, que molestar a Lucien fue una manera fácil de atenuar ese nerviosismo. Me acerqué más. Cassian permaneció detrás de mí cuando me dirigí a Lucien.

—Volveremos para la cena dentro de unas horas. Descansa un rato…, toma un baño. Si necesitas algo, tira de esa cuerda junto a la puerta.

Lucien se puso tenso…, no por lo que yo había dicho sino por el tono. De anfitriona. Y preguntó:

—¿Qué hay de Elain?

Tu turno, dijo Rhys.

—Tengo que pensar en ello —respondí claramente—. Hasta que decida qué hacer con ella, con Nesta, debes mantenerte alejado. —Y agregué, quizá con demasiada severidad—: Esta casa está protegida contra la transportación, tanto desde fuera como desde dentro. Hay una salida: la escalera hacia la ciudad. Y también está protegida y custodiada. Por favor, no hagas ninguna tontería.

—Entonces ¿soy un prisionero?

Pude sentir la respuesta que hervía en Rhys, pero negué con la cabeza.

—No. Pero entiende que si bien tú puedes ser su compañero, Elain es mi hermana. Haré lo que debo hacer para protegerla de más daños.

—Yo nunca le haría daño.

Una sombría clase de honestidad envolvía sus palabras.

Simplemente asentí con la cabeza soltando un suspiro y me encontré con la mirada de Rhysand, una silenciosa exhortación.

Mi pareja no dio ninguna indicación relacionada con mi súplica muda cuando habló.

—Eres libre para moverte por donde quieras, incluso de ir a la ciudad, si te atreves con la escalera, pero hay dos condiciones: no te llevarás a ninguna de las hermanas y no debes entrar en su piso. Si necesitas un libro de la biblioteca, se lo pides a los sirvientes. Si deseas hablar con Elain o con Nesta, también se lo preguntas a los sirvientes, que a su vez nos preguntarán a nosotros. Si no respetas esas reglas, te encerraré en una habitación con Amren.

Luego se dio la vuelta, metió las manos en los bolsillos mientras salía y me ofreció el brazo. Lo entrelacé con el mío y hablé a Lucien:

—Nos veremos en unas horas.

Estábamos casi en la puerta y Cassian ya nos esperaba en el pasillo cuando

Lucien me respondió:

—Gracias.

No me atreví a preguntarle por qué.

Fuimos directamente al apartamento de Amren. Mucha gente que nos saludó agitando la mano mientras volábamos sobre los tejados de Velaris. Mi sonrisa no fue fingida cuando respondí a esos saludos de mi pueblo. Rhys simplemente me sostuvo un poco más fuerte mientras yo saludaba, con su propia sonrisa tan brillante como el sol en el Sidra.

Mor y Azriel ya estaban esperando en el apartamento de Amren, sentados en un diván raído contra la pared, como niños a los que se ha regañado, y al mismo tiempo la mujer de pelo oscuro pasaba las páginas de los libros esparcidos en el suelo alrededor de ella.

Mor me dirigió una mirada agradecida y aliviada cuando entré, el rostro de Azriel no revelaba nada a la vez que mantenía una cuidadosa y demasiado informal distancia de ella. Pero fue Amren quien habló desde el suelo.

—Debes matar a Beron y a sus hijos e instalar al más guapo como alto lord de Otoño, exilio autoimpuesto o no. Esto hará que la vida sea más fácil.

—Lo tendré en cuenta —dijo Rhys, caminando hacia ella mientras yo permanecía con los otros. Si no se habían acercado era que… Amren debía estar de mal humor.

Solté un suspiro.

—¿Quién más piensa que es una idea terrible dejarlos a los tres en la Casa del Viento?

Cassian levantó la mano y Rhys y Mor ahogaron unas risitas. El general del alto lord dijo:

—Le doy una hora antes de que intente verla.

—Treinta minutos —replicó Mor. Se sentó de nuevo en el diván y cruzó las piernas.

Me encogí.

—Yo garantizo que Nesta está cuidando a Elain. La verdad es que creo que ella podría matarlo con solo que él intente tocarla.

—No, sin entrenamiento no podrá hacerlo —murmuró Cassian, recogiendo sus alas mientras se dirigía al asiento al lado de Mor que Azriel había desocupado. El cantor de sombras ni siquiera lo miró. No, Azriel simplemente caminó hasta la pared junto a Cassian y se apoyó contra los paneles de madera.

Pero Rhys y los demás se mantuvieron tan silenciosos que supe que debía proceder con cautela cuando le pregunté a Cassian:

—Nesta ha hablado como si hubieras estado en la casa… a menudo. ¿Te has ofrecido para entrenarla?

Los ojos castaños de Cassian se cerraron cuando cruzó un tobillo sobre el otro, estirando las musculosas piernas hacia delante.

—Subo allí cada dos días. Es un buen ejercicio para mis alas. —Las movió levemente para dar énfasis a su afirmación. Ni un rasguño las afeaba.

—¿Y…?

—Y lo que has visto en la biblioteca es una versión más agradable de la conversación que siempre mantenemos.

Los labios de Mor se apretaban en una línea delgada, como si estuviera haciendo un esfuerzo para no decir nada. Azriel, a su vez, hacía todo lo posible por lanzarle una mirada de advertencia a Mor y recordarle que mantuviera la boca cerrada. Como si ya hubiesen discutido el asunto. Muchas veces.

—No la culpo —dijo Cassian, encogiéndose de hombros a pesar de sus palabras—. La violaron… Su cuerpo dejó de ser totalmente suyo. —Apretó la mandíbula. Ni siquiera Amren se atrevió a decir nada—. Y yo voy a arrancarle la piel de sus huesos al rey de Hybern la próxima vez que lo vea.

Sus Sifones titilaron a manera de afirmación.

—Estoy seguro de que el rey disfrutará de la experiencia —declaro Rhys.

Cassian frunció el ceño.

—Lo digo en serio.

—Oh, no tengo la menor duda. —Los ojos de color violeta de Rhys brillaban en la penumbra del apartamento—. Pero antes de perderte en planes de venganza, recuerda que primero tenemos una guerra que planear.

—Capullo —replicó el general.

Una comisura de la boca de mi pareja se curvó hacia arriba. Rhys lo estaba provocando, estaba llevando a Cassian a un estado de ánimo tal que le permitiera mantener a raya ese filo quebradizo de culpa que lo consumía. Los otros lo dejaron asumir esa tarea. Probablemente ellos habían hecho lo mismo durante esas semanas.

—Con toda seguridad lo soy —asintió Rhys—, pero el hecho sigue siendo que la venganza es secundaria para poder ganar esta guerra.

Cassian abrió la boca como para continuar discutiendo, pero Rhys miró los libros esparcidos sobre la mullida alfombra.

—¿Nada? —le preguntó a Amren.

—No sé por qué has enviado a esos dos bufones —protestó, lanzando una dura mirada hacia Mor y Azriel— para vigilarme.

Así que ahí era adonde Azriel se había ido, directamente al apartamento. Sin duda, para que Mor no tuviera que soportar a Amren sola. El tono de Amren era… irritado, sí, pero tal vez también un poco impostado. Quizá para eliminar ese brillo en los ojos de Cassian.

—No te estamos vigilando —replicó Mor, dando un golpe con el pie en la alfombra—. Estamos vigilando el Libro.

Y mientras ella lo decía…, yo lo sentí. Lo oí.

Amren había colocado el Libro de los Alientos en su mesita de noche.

Con un vaso de sangre vieja encima.

No sabía si reírme o sentir vergüenza ajena. Esto último se impuso mientras el Libro murmuraba: «Hola, mentirosa de cara dulce. Hola, princesa con…».

—Oh, cállate —le siseó Amren al Libro, que a continuación obedeció—. Qué cosa más odiosa —murmuró ella, y volvió al libro que tenía delante.

Rhys me dirigió una sonrisa irónica.

—Dado que las dos mitades del Libro han sido unidas de nuevo, hemos descubierto que de vez en cuando habla.

—¿Qué dice?

—Solo disparates —refunfuñó Amren, mirando con desprecio al Libro—. Simplemente le gusta oírse hablar. Como la mayoría de la gente que se agolpa en mi apartamento.

Cassian sonrió con suficiencia.

—¿Alguien se ha olvidado de darle de comer a Amren otra vez?

Ella lo señaló con un dedo como advertencia, sin siquiera mirarlo.

—¿Hay alguna razón, Rhysand, para que hayas arrastrado hasta mi hogar a tu manada de charlatanes?

El hogar de ella era poco más que un ático gigante convertido en vivienda, pero ninguno de nosotros se atrevió a discutir cuando Mor, Cassian y Azriel finalmente se acercaron, formando un pequeño círculo alrededor del desbarajuste de Amren en el centro de la habitación.

Rhys se dirigió a mí.

—La información que recibiste de Dagdan y Brannagh confirma lo que hemos estado reuniendo mientras estuviste ausente. En particular los posibles aliados de Hybern en otros territorios…, en el continente.

—Buitres —murmuró Mor, y Cassian pareció estar de acuerdo.

Rhys… Rhys había estado, de hecho, espiando, mientras que Azriel había estado…

Rhys resopló.

—Yo puedo permanecer oculto, amigo.

Lo miré fijamente, pero Azriel lo interrumpió.

—Que nos hayas confirmado los movimientos de Hybern, Feyre, es lo que necesitábamos.

—¿Por qué?

Cassian se cruzó de brazos.

—Apenas tenemos la posibilidad de sobrevivir a los ejércitos de Hybern nosotros solos. Si los ejércitos de Vallahan, Montesere y Rask se unen a ellos… —Trazó una línea en su garganta bronceada.

Mor le dio un codazo en las costillas. Cassian le devolvió el golpe mientras Azriel movía la cabeza con reprobación observándolos a ambos. Algunas sombras se le dibujaban en las puntas de las alas.

—¿Son esos tres territorios… tan poderosos? —Una pregunta tonta que revelaba lo poco que sabía yo de las tierras de los inmortales en el continente.

—Sí —confirmó Azriel, sin expresar juicio alguno en sus ojos castaños—. Vallahan tiene los soldados, Montesere tiene el dinero, y Rask… es lo suficientemente grande para tener ambas cosas.

—¿Y nosotros no tenemos aliados potenciales entre los otros territorios extranjeros?

Rhys tiró de un hilo suelto en el puño de su chaqueta negra.

—Ninguno que esté dispuesto a navegar hasta aquí para ayudar.

Sentí náuseas.

—¿Qué hay de Miryam y Drakon? —Una vez se negó a considerarlo, pero… —. Tú luchaste para Miryam y Drakon hace siglos —le recordé a Rhys. Había hecho mucho más que eso, si creíamos a Jurian—. Quizá sea hora de reclamar el pago de esa deuda.

Pero Rhys negó con la cabeza.

—Lo intentamos. Azriel fue a Cretea. —Esa era la isla donde Miryam,

Drakon y sus unificados pueblos de humanos y fae habían vivido en secreto durante los últimos cinco siglos.

—Estaba abandonada —dijo Azriel—. En ruinas. Sin rastros de lo que había ocurrido ni de adónde fueron.

—¿Crees que Hybern…?

—No había señales de Hybern, ni tampoco de daños —interrumpió Mor, la cara tensa. También habían sido sus amigos… durante la guerra. Miryam y Drakon, y las reinas humanas que habían logrado que el Tratado se firmara. Y era preocupación…, verdadera y profunda preocupación…, lo que se acumulaba en sus ojos castaños. En los ojos de todos.

—Entonces ¿crees que oyeron hablar acerca de Hybern y huyeron? —pregunté.

Drakon tenía una legión alada, me lo había contado Rhys en una ocasión. Si había alguna posibilidad de encontrarlos…

—El Drakon y la Miryam que yo conocí no habrían huido…, no de esto —afirmó Rhys.

Mor se inclinó hacia delante, con el pelo dorado cayéndole sobre los hombros.

—Pero con Jurian ahora como parte de este conflicto… Tanto Miryam como Drakon, les gustara o no, siempre habían estado atados a él. No los culpo por escapar, si verdaderamente él había ido tras ellos.

El rostro de Rhys se relajó durante un instante.

—Eso es el poder que el rey de Hybern tiene sobre Jurian —murmuró—. Esa es la razón por la que Jurian trabaja para él.

Fruncí el ceño.

—Miryam murió…, una lanza le atravesó el pecho durante la última batalla en el mar —explicó Rhys—. Se desangró mientras la llevaban a un lugar seguro. Pero Drakon sabía de una isla sagrada y oculta donde un objeto de un enorme y terrible poder había sido escondido. Un objeto hecho por el mismo Caldero, según la leyenda. La llevó allí, a Cretea…, y usó el objeto para resucitarla, para hacerla inmortal. Como te hicieron a ti, Feyre.

Amren lo había dicho…, hacía meses. Que Miryam había sido hecha como yo.

Amren pareció recordarlo, también, cuando comentó:

—El rey de Hybern debió de prometerle a Jurian que usaría el Caldero para localizar el objeto. Incluso el lugar donde vivían Miryam y Drakon. Tal vez ellos

se enteraron y salieron tan rápido como pudieron.

Y por venganza, por esa loca rabia que acosaba a Jurian…, estaba dispuesto a hacer cualquier cosa que el rey de Hybern le pidiera. Con el único fin de poder matar a Miryam por sí mismo.

—Pero ¿adónde fueron? —Miré a Azriel. El cantor de sombras seguía de pie con una quietud sobrenatural, apoyado contra la pared—. ¿No has encontrado ningún rastro de todos los lugares a los que podrían haber ido para desaparecer?

—Nada —respondió Rhys—. Hemos enviado mensajeros desde entonces…, en vano.

Me froté la cara, dando por cerrado ese camino de esperanza.

—Entonces si ellos no son posibles aliados…, ¿cómo evitaremos que esos otros territorios en el continente se unan a Hybern…, que envíen sus ejércitos aquí? —Me estremecí—. Ese es nuestro plan…, ¿no?

Rhys sonrió sombríamente.

—En efecto. Uno en el que hemos estado trabajando mientras tú estuviste lejos. —Esperé, tratando de no moverme de un lado a otro mientras los ojos plateados de Amren parecían brillar divertidos—. Observé a Hybern primero. A su pueblo. Lo mejor que pude.

Él había ido a Hybern…

Rhys sonrió burlonamente ante la inquietud que se extendía por mi rostro.

—Yo esperaba que Hybern tuviera algún conflicto interno que pudiéramos utilizar…, hacerlo colapsar desde dentro. Que su pueblo llegara a no querer esta guerra, que la viera demasiado costosa, peligrosa e innecesaria. Pero cinco siglos después, en esa isla, con poco comercio, pocas oportunidades…, el pueblo de Hybern está hambriento de cambio. O mejor…, un cambio para volver a los viejos tiempos, cuando tenían esclavos humanos para hacer su trabajo, cuando no había barreras impidiéndoles acceder a lo que entonces consideraban su derecho.

Amren cerró de golpe el libro que había estado leyendo.

—Tontos. —Sacudió la cabeza, haciendo que su pelo oscuro se agitara, mientras fruncía el ceño en dirección a mí—. La riqueza de Hybern ha estado disminuyendo durante siglos. La mayoría de sus rutas comerciales antes de la guerra trataban con el sur…, con la Tierra Negra. Pero una vez que pasó a manos de los humanos…, no sabemos si el rey de Hybern no estableció deliberadamente nuevas rutas comerciales y nuevas oportunidades para su pueblo y así algún día alimentar esta guerra, o si fue tan miope que dejó que todo

se viniera abajo. Pero desde hace siglos el pueblo de Hybern ha estado decayendo. Hybern dejó que el resentimiento por el creciente estancamiento y la pobreza los arruinara.

—Hay muchos altos fae —dijo Mor con cautela— que creían antes de la guerra, y todavía siguen creyendo ahora, que los humanos… son de su propiedad. Había muchos altos fae que no conocían sino privilegios gracias a esos esclavos. Y cuando esos privilegios les fueron arrebatados, se vieron obligados a abandonar sus tierras de origen o a dejar espacio para otros altos fae y a modificar los territorios…, a crear otros nuevos… más allá del muro… No se han olvidado de eso, pese a los siglos transcurridos. Sobre todo en lugares como Hybern, donde su territorio y su población se mantuvieron prácticamente intactos a pesar del cambio. Fueron unos de los pocos que no tuvieron que ceder ninguna tierra al muro… y no entregaron ninguna tierra a los territorios fae que ahora buscan un nuevo hogar. Aislados, cada vez más pobres, sin esclavos para hacer su trabajo… Hace mucho que Hybern considera los días anteriores a la guerra una edad de oro. Y a los siglos transcurridos desde entonces, la edad oscura.

Me froté el pecho.

—Están todos locos, si piensan eso.

Rhys asintió con la cabeza.

—Sí, ciertamente lo están. Pero no olvides que su rey ha alentado estas limitadas visiones del mundo. No expandió sus rutas comerciales, no permitió que otros estados tomaran ninguna de sus tierras y trajeran sus culturas. Pensó en qué cosas salieron mal para los leales en la guerra. En cómo al final perdieron no por verse superados, sino porque comenzaron a discutir entre ellos.

»Hybern tuvo un largo largo tiempo para pensar en esos errores. Y cómo evitarlos a cualquier precio. Así que se aseguró de que su pueblo estuviera completamente a favor de esta guerra, completamente de acuerdo con la idea de que el muro debía caer, porque piensan que, de alguna manera, va a restaurar esta… dorada visión del pasado. El pueblo de Hybern ve a su rey y sus ejércitos no como conquistadores, sino como a los libertadores de los altos fae, como los que están con ellos.

La náusea me revolvió el estómago.

—¿Cómo puede alguien creer eso?

Azriel se pasó la mano con cicatrices por el pelo.

—Esto es lo que hemos averiguado. Espiando en Hybern. Y en territorios

como Rask, Montesere y Vallahan.

—Vamos a convertirnos en un ejemplo —explicó Amren—. Prythian. Éramos unos de los defensores y negociadores más firmes del Tratado. Hybern quiere reclamar Prythian no solo para despejar el camino al continente, sino también para dar un ejemplo de lo que sucede con los territorios de los altos fae que defienden el Tratado.

—Pero imagino que otros territorios lo protegerían —dije, escudriñando sus rostros.

—No tantos como esperábamos —admitió Rhys apenado—. Existen muchos…, demasiados…, que también se han sentido aplastados y sofocados durante estos siglos. Quieren sus antiguas tierras y el poder y la prosperidad que vienen con ellas. Su visión del pasado ha sido teñida por cinco siglos de lucha para adaptarse y prosperar.

—Tal vez les hicimos un mal servicio —reflexionó Mor— al no compartir lo suficiente de nuestra riqueza, de nuestro territorio. Quizá tuvimos la culpa al permitir que algo de esto se deteriorara y se pudriera.

—Eso es discutible —intervino Amren, agitando su delicada mano—. El asunto es que no nos enfrentamos a un ejército que busca la destrucción. Están empeñados en lo que ellos creen que es una guerra de liberación. Del alto fae sofocado por el muro y lo que piensan que todavía les pertenece.

Tragué saliva.

—Entonces ¿cómo juegan los otros territorios en esto…, los tres con los que parece que Hybern se aliará? —Miré a Rhys y a Azriel—. Dijiste que habías estado… allí, ¿no?

Rhys se encogió de hombros.

—Por ahí, en Hybern, en los otros territorios… —Me guiñó un ojo al ver mi boca abierta—. Tuve que mantenerme ocupado para evitar echarte de menos.

Mor puso los ojos en blanco. Pero fue Cassian quien habló.

—No podemos permitir que esos tres territorios se unan a Hybern. Si envían ejércitos a Prythian, estamos acabados.

—Y entonces ¿qué hacemos?

Rhys se apoyó en el poste tallado de la cama de Amren.

—Los hemos mantenido ocupados. —Movió bruscamente la barbilla hacia Azriel—. Difundimos información… falsa y verdadera, y también una mezcla de ambas…, para que ellos la descubrieran. Y también la difundimos entre nuestros antiguos aliados, que ahora se resisten a apoyarnos. —La sonrisa de Azriel era

una abertura blanca. Mentiras y verdades…, el cantor de sombras y sus espías las habían sembrado en las cortes extranjeras.

Fruncí el ceño.

—¿Has estado poniendo a los territorios del continente unos contra otros?

—Nos hemos asegurado de que se mantengan ocupados los unos con los otros —agregó Cassian, con un toque de humor pícaro brillando en sus ojos castaños—. Queríamos estar seguros de que los eternos enemigos y las naciones rivales de Rask, Vallahan y Montesere de repente recibieran información que los preocupara y pensaran en la posibilidad de ser atacados. Y así aumentar sus propias defensas. Lo que a su vez ha hecho que Rask, Vallahan y Montesere empiecen a mirar hacia sus fronteras y no hacia las nuestras.

—Si nuestros antiguos aliados están demasiado asustados para venir aquí a pelear —intervino Mor, cruzando los brazos sobre el pecho—, no nos importa que mantengan a los otros ocupados y eviten que naveguen por aquí.

Pestañeé mirándolos. A Rhys.

«Brillante. Realmente brillante eso de mantenerlos tan concentrados y temerosos unos de otros para que se mantengan alejados».

—Así pues…, ¿no van a venir?

—Lo único que podemos hacer es rezar —dijo Amren—. Y rezar por que nos hayamos ocupado de esto lo antes posible a fin de que no se den cuenta de que hemos estado jugando con todos ellos.

—Y entonces ¿qué pasa con las reinas humanas? —Me chupé la punta del dedo pulgar—. Tienen que ser conscientes de que ninguna negociación con Hybern en última instancia va a funcionar a su favor.

Mor apoyó sus antebrazos en los muslos.

—¿Quién sabe lo que Hybern les prometió? El rey ya les concedió la inmortalidad por medio del Caldero a cambio de su cooperación. Si fueron tan tontas como para aceptarlo, entonces no dudo de que ya le han abierto las puertas.

—Pero no lo sabemos con certeza —replicó Amren—. Y nada de eso explica por qué han estado tan tranquilamente encerradas en ese palacio.

Rhys y Azriel asintieron con la cabeza en silenciosa confirmación.

Los observé. Su diversión se iba desvaneciendo.

—Te vuelve loco que nadie haya podido entrar en ese palacio, ¿no?

Ambos gruñeron por lo bajo antes de que Azriel murmurara:

—No te lo puedes imaginar.

Amren chasqueó la lengua, sus ojos alterados se fijaron en mí.

—Aquellos comandantes de Hybern fueron unos tontos al revelar sus planes con respecto a derribar el muro. O tal vez sabían que la información nos llegaría y eso era justo lo que su amo quería.

Incliné la cabeza.

—¿Quieres decir derribar el muro usando los agujeros que ya hay en él?

Un movimiento de su afilada barbilla señaló los libros que la rodeaban.

—Es un complejo trabajo de hechizos…, un atajo dentro de la magia que sostiene al muro.

—Y eso implica —dijo Mor, frunciendo el entrecejo— que tal vez algo anda mal con el Caldero.

Alcé las cejas, considerando esa opción.

—Porque el Caldero debería poder derribar ese muro por sí solo, ¿verdad?

—Correcto —confirmó Rhysand, caminando hacia el Libro en la mesita de noche. No se atrevió a tocarlo—. ¿Por qué molestarse en buscar esos agujeros para ayudar al Caldero cuando él podría desatar su poder y acabar con él?

—Tal vez usó demasiado de su poder al transformar a mis hermanas y a esas reinas.

—Es probable —aceptó Rhys, caminando de nuevo hacia mí—. Pero si va a utilizar esas aberturas en el muro, necesitamos encontrar una manera de cerrarlas antes de que él pueda actuar.

—¿Hay hechizos para remendarlo? —le pregunté a Amren.

—Estoy buscando —respondió entre dientes—. Sería de gran ayuda si alguien se arrastrara hasta alguna biblioteca para investigar más.

—Estamos a tu disposición —se ofreció Cassian con una reverencia fingida.

—Ignoraba que supieras leer —replicó dulcemente Amren.

—Podría ser una tarea inútil —interrumpió Azriel, antes de que Cassian pudiera soltar la respuesta que bailaba en sus ojos—. Que nos concentremos en el muro puede ser una distracción…, mientras él ataca desde otro lugar.

Hice una mueca hacia el Libro.

—¿Por qué no tratar de anular otra vez el Caldero?

—Porque casi acaba contigo la última vez —respondió Rhys en un tono de voz tranquilo y firme que me resultó suficiente: no había la menor posibilidad de que él me pusiera en riesgo para intentarlo de nuevo.

Me enderecé.

—No estaba preparada en Hybern. Ninguno de nosotros lo estaba. Si pudiera

intentarlo de nuevo…

Mor intervino.

—Si lo intentaras de nuevo, él podría muy bien matarte. Sin mencionar que tendríamos que llegar físicamente hasta el Caldero, cosa que es imposible.

—El rey —aclaró Azriel al ver mi frente arrugada— no permitirá que el Caldero quede fuera de su vista. Y lo ha protegido con más hechizos y trampas que la última vez. —Abrí la boca para objetar, pero el cantor de sombras añadió —: Ya lo analizamos. No es un camino viable.

Lo creí…, la pura honestidad en esos ojos castaños era confirmación suficiente de que lo habían evaluado a fondo.

—Bueno, si es demasiado arriesgado anular el Caldero —reflexioné—, entonces ¿puedo de alguna manera ocuparme del muro? Si el muro fue hecho por inmortales que se unieron y mi magia es una mezcla de tantos…

Amren reflexionó en el silencio que se produjo.

—Quizá. La relación sería tenue, pero… Sí, tal vez puedas remendarlo. Aunque tus hermanas, forjadas directamente por el Caldero mismo, podrían tener el tipo de magia que nosotros…

—Mis hermanas no tienen ningún papel en esto.

Otro instante de silencio, interrumpido solo por el susurro de las alas de Azriel.

—Les pedí ayuda una vez y ya visteis lo que pasó. No las pondré en peligro otra vez.

Amren resopló.

—Hablas exactamente como lo haría Tamlin.

Sentí esas palabras como un golpe.

Rhys deslizó una mano por mi espalda. Apareció con tanta rapidez que no lo vi moverse. Pero antes de que él pudiera responder, Mor dijo en voz baja:

—Jamás vuelvas a decir semejante tontería, Amren.

No había nada en la cara de Mor, solo la fría calma de la furia.

Nunca la había visto así… de aterradora. Había mostrado su furia con las reinas mortales, pero ese…, ese era el rostro de la tercera al mando después del alto lord.

—Si estás de mal humor porque tienes hambre, entonces dilo —continuó Mor con esa serenidad congelada—. Pero si vuelves a decir algo así, te arrojaré al Sidra, maldito por los dioses.

—Me gustaría ver cómo lo intentas.

Una ligera sonrisa fue la única respuesta de Mor.

Amren deslizó la atención hacia mí.

—Necesitamos a tus hermanas…, si no por esto, entonces para convencer a otros a unirse a nosotros. Dado que cualquier posible aliado podría tener alguna… dificultad para creernos después de tantos años de mentiras.

—Discúlpate —dijo Mor.

—Mor —murmuré.

—Discúlpate —le insistió a Amren.

Amren no dijo nada.

Mor dio un paso hacia ella y yo reconocí:

—Tiene razón.

Ambas me miraron con las cejas levantadas.

Tragué con fuerza.

—Amren tiene razón. —Me aparté de Rhys… Me di cuenta de que él había guardado silencio para dejar que yo lo solucionara. Para dejar que yo viera de qué manera debía tratar a las dos, como familia, sí, pero sobre todo como su alta lady.

El rostro de Mor se tensó, pero asentí con la cabeza.

—Puedo… preguntarles a mis hermanas. A ver si tienen algún tipo de poder. Ver si estarían dispuestas a hacerlo…, hablar con otros sobre lo que tuvieron que soportar. Pero no las obligaré a ayudar si no desean participar. La decisión será de ellas. —Miré a mi compañero…, al macho que siempre me había ofrecido la posibilidad de elegir no como un regalo, sino como mi propio derecho otorgado por los dioses. Los ojos violeta de Rhys brillaron como muestra de reconocimiento—. Pero voy a dejarles clara nuestra… desesperación.

Amren se mostró ofendida, apenas algo más que un ave de rapiña que eriza sus plumas.

—Compromiso, Amren —apuntó Rhys—. Se llama *compromiso*.

Ella lo ignoró.

—Si quieres empezar a convencer a tus hermanas, haz que salgan de la casa. Estar encerrado nunca ha sido de ayuda para nadie.

—No estoy del todo seguro de que Velaris esté preparada para Nesta Archeron —apostilló Rhys con suavidad.

—Mi hermana no es un animal salvaje —reaccioné.

Rhys retrocedió un poco y los demás de repente descubrieron que la alfombra, el diván y los libros les resultaban increíblemente fascinantes.

—No quería decir eso.

No respondí.

Mor frunció el entrecejo en desacuerdo con Rhys, al que sentí que me miraba con cuidado, pero se dirigió a mí.

—¿Qué hay de Elain?

Hice algún movimiento para olvidar las palabras que todavía resonaban entre Rhys y yo.

—Puedo preguntarle, pero… ella podría no sentirse preparada para estar rodeada de tanta gente —le aclaré—. Se supone que va a casarse la próxima semana.

—Eso es lo que sigue diciendo, una y otra vez —gruñó Amren.

Le lancé una mirada furiosa.

—Cuidado. —Amren parpadeó, mirándome con sorpresa. Pero continué—: De modo que necesitamos encontrar una manera de reparar el muro antes de que Hybern utilice el Caldero para derribarlo. Y pelear esta guerra antes de que otros territorios se unan al ataque de Hybern. Y al final apoderarnos del propio Caldero. ¿Algo más?

Rhys habló detrás de mí, su voz cuidadosamente informal.

—Eso lo cubre todo. Tan pronto como se pueda reunir una fuerza suficiente, nos enfrentaremos a Hybern.

—Las legiones ilyrias están casi listas —informó Cassian.

—No —dijo Rhys—. Me refiero a una fuerza más grande. Una fuerza no solo de la Corte Noche, sino de todo Prythian. Nuestra única oportunidad para encontrar aliados en esta guerra.

Ninguno de nosotros habló, ninguno de nosotros se movió cuando Rhys dijo simplemente:

—Mañana saldrán las invitaciones a todos los altos lores de Prythian. Para una reunión dentro de dos semanas. Es hora de que veamos quién está con nosotros. Y asegurarnos de que conocen las consecuencias si no lo hacen.

Capítulo 17

Dejé que Cassian me llevara a la casa dos horas después, solo porque él admitió que todavía estaba ejercitándose para fortalecer sus alas y necesitaba moverlas.

El calor se elevaba ondulando desde los tejados de azulejos y piedra roja mientras nos alzábamos sobre ellos, con la brisa del mar como un beso fresco en la cara.

Habíamos terminado la reunión hacía treinta minutos; solo nos detuvimos cuando el estómago de Mor gruñó tan fuerte como un trueno en un frente de tormenta. Habíamos pasado el tiempo sopesando las características del lugar donde encontrarnos, decidiendo a quién llevar a la reunión con los altos lores.

Las invitaciones saldrían al día siguiente, pero no se especificaba el lugar de la reunión. No tenía sentido seleccionar uno, había dicho Rhys, ya que los altos lores, sin duda, se iban a oponer a nuestra elección inicial para proponer ellos el lugar de reunión. Lo único que habíamos decidido era el día y la hora…, las dos semanas apenas un breve margen contra las disputas que estaba seguro de que iban a sobrevenir. Tendríamos que prepararnos para cualquier posibilidad.

Habíamos regresado rápidamente a la casa de la ciudad para cambiarnos antes de dirigirnos de vuelta a la casa…, y encontré a Nuala y a Cerridwen esperando en mi habitación, con sonrisas en sus caras sombrías.

Las abracé a las dos, aunque el saludo de Rhys fue menos… entusiasta. No porque le desagradara que fueran medio-espectros, pero…

Yo le había respondido enfadada en el apartamento de Amren. Él no parecía enojado, y sin embargo… Sentía que me había estado observando atentamente esas últimas horas. Eso hacía que fuera… extraño mirarlo. Suficientemente extraño para que el apetito que había estado acumulando todo ese tiempo se

hubiera convertido en una sensación de molestia. Ya le había plantado cara antes…, pero no como alta lady. No con ese… tono.

Así que no llegué a preguntarle sobre eso cuando Nuala y Cerridwen me ayudaron a vestirme y él se dirigió al cuarto de baño a lavarse las manos.

No es que hubiera demasiada ropa elegante para poder elegir. Opté por mis pantalones de cuero ilyrio, una camisa blanca suelta… y un par de zapatillas bordadas ante las que Cassian bufó mientras volábamos.

Cuando lo hizo por tercera vez en dos minutos, le pellizqué el brazo.

—Hace calor —le dije—. Las botas son calurosas.

Levantó las cejas. Era la viva imagen de la inocencia.

—Yo no he dicho nada.

—Has gruñido. Otra vez…

—He estado conviviendo con Mor durante cinco siglos. He aprendido por la vía difícil a no cuestionar las elecciones de zapatos. —Sonrió con sorna—. Por estúpidos que estos puedan ser.

—Es solo una cena. A menos que haya alguna batalla planeada para después.

—Tu hermana estará allí…, yo diría que eso es una batalla suficiente.

Estudié su rostro sin mostrar demasiado interés, y vi el esfuerzo que hacía para mantener una expresión neutra, para mantener su mirada fija en cualquier lugar menos en mí. Rhys volaba cerca, pero a una distancia suficiente para no oírnos cuando le dije:

—¿La vas a usar para ver si puede arreglar el muro?

Sus ojos castaños me miraron, firmes y claros.

—Sí. No solo por nuestro bien, sino también… Ella necesita salir de la casa. Necesita… —Las alas de Cassian mantenían un ritmo en constante aumento y las partes nuevas eran solo detectables por la ausencia de cicatrices—. Se destruirá si permanece encerrada ahí.

Mi pecho se tensó.

—Acaso… —Pensé muy bien mis palabras—. El día en que fue transformada… sentí algo diferente con ella. —Luché contra la tensión en mis músculos al recordar aquellos momentos.

Los gritos, la sangre y las náuseas mientras veía cómo mis hermanas eran llevadas contra su voluntad, mientras yo no podía hacer nada, mientras nosotros…

Me tragué el miedo, la culpa.

—Fue como… si todo lo que ella era, ese acero y fuego…, se magnificara.

Catastrófico. Como… como estar mirando a un gato y de repente encontrar una pantera en su lugar. —Sacudí la cabeza, como si eso fuera a borrar la imagen del depredador, la furia hirviendo en esos ojos de color gris azulado.

—Nunca olvidaré esos momentos —dijo Cassian en voz baja, oliendo o sintiendo los recuerdos que hacían estragos en mí—. No mientras viva.

—¿Has vuelto a ver algo así desde entonces?

—No. —Apareció la casa, luces doradas en las paredes de ventanas y puertas que estaban cada vez más cerca—. Pero puedo sentirlo…, a veces —añadió un poco triste—. Por lo general, cuando está enojada conmigo. Lo cual ocurre… la mayor parte del tiempo.

—¿Por qué? —Siempre habían estado peleándose, pero esto… Sí, la dinámica entre ellos había sido diferente antes. Más aguda.

Cassian se apartó el pelo oscuro de los ojos, ligeramente más largo que la última vez que lo había visto.

—No creo que Nesta me perdone por lo que le sucedió en Hybern. Sobre todo por lo que le sucedió a Elain.

—Tus alas estaban destrozadas. Apenas tenías un hálito de vida. —Y esa era la culpa…, devastadora, venenosa…, que había en cada una de las palabras de Cassian. Contra la cual los otros habían estado luchando en el apartamento—. No estabas en posición de salvar a nadie.

—Le hice una promesa. —El viento alborotó el cabello de Cassian mientras él entrecerraba los ojos mirando al cielo—. Y cuando llegó el momento, no la cumplí.

Yo todavía soñaba con él tratando de arrastrarse hacia ella, tratando de llegar a Nesta aun en el estado semiinconsciente al que el dolor y la pérdida de sangre lo habían arrojado. Como Rhysand había hecho una vez conmigo durante esos últimos momentos con Amarantha.

Tal vez solo unos cuantos golpes de ala nos separaban de la amplia terraza para el descenso, pero le pregunté:

—¿Por qué te tomas la molestia, Cassian?

Sus ojos castaños se cerraron cuando descendimos suavemente. Y yo pensé que él no iba a responder, sobre todo cuando oímos a los otros que ya estaban en el comedor, junto a la terraza, y sobre todo cuando Rhys descendió con gracia junto a nosotros y se nos acercó haciendo un guiño.

Pero Cassian habló en voz baja mientras nos dirigíamos al comedor.

—No puedo estar lejos de ella.

Elain, como era de esperar, no salió de su habitación.

Nesta, sorprendentemente, sí lo hizo.

No era una cena formal, aunque Lucien, de pie cerca de las ventanas y mirando al sol que se ponía sobre Velaris, llevaba puesta una elegante chaqueta verde bordada en oro con unos pantalones de color crema que resaltaban sus musculosos muslos y botas negras hasta la rodilla, tan bien lustradas que la luz inmortal de las arañas se reflejaba en ellas.

Siempre había habido cierta gracia informal en él, pero allí, esa noche, con el pelo recogido atrás y la chaqueta abotonada hasta el cuello, realmente lucía su porte de hijo de alto lord. Hermoso, poderoso, un tanto libertino…, pero elegante y de buenas maneras.

Me dirigí hacia él cuando los demás se servían el vino que se aireaba en los decantadores sobre la antigua mesa de madera, muy consciente de que mientras mis amigos charlaban, no nos sacaban los ojos de encima.

Lucien dirigió su único ojo sobre mí…, sobre mi informal vestido, luego sobre los ilyrios con su ropa de cuero, sobre Amren con su gris habitual, y Mor con su amplio vestido rojo flotante, y preguntó:

—¿Cuál es el atuendo apropiado?

Me encogí de hombros y le pasé el vaso de vino que había cogido para él.

—Es… cualquiera que te guste.

Su ojo dorado hizo clic y se estrechó, para luego volverse hacia la ciudad a lo lejos.

—¿Qué has hecho con tu vida esta tarde?

—He dormido —respondió—. Me he bañado. Y después me he quedado sentado.

—Podría llevarte de paseo por la ciudad mañana por la mañana —le ofrecí —. Si quieres.

No importaba que tuviéramos una reunión que organizar. Un muro que reforzar. Una guerra que pelear. Yo podía disponer de medio día. Mostrarle por qué este lugar se había convertido en mi hogar, por qué me había enamorado de su gobernante.

Como si percibiera mis pensamientos, Lucien dijo:

—No tienes que perder tu tiempo tratando de convencerme. Entiendo… Entiendo… Entiendo que no éramos lo que tú querías. O necesitabas. Qué pequeña y aislada debió de parecerte nuestra casa una vez que viste esto. —Señaló con la barbilla hacia la ciudad, donde las luces ya comenzaban a aparecer en medio del crepúsculo que caía—. ¿Quién podría compararlo?

Estuve a punto de decir: «¿No querrás decir qué habría para comparar?». Pero me contuve.

Su atención se concentró detrás de mí antes de responder… y Lucien cerró la boca. Su ojo metálico emitió un suave zumbido.

Seguí su mirada e intenté no ponerme tensa mientras Nesta entraba en la habitación.

Sí, *devastadora* era una buena palabra para describir lo hermosa que se había vuelto como alta fae. Y con un vestido azul oscuro de manga larga que se adaptaba a sus curvas antes de caer con gracia al suelo en un derroche de tela…

Cassian parecía alguien que hubiera recibido un puñetazo en el estómago.

Pero Nesta me miraba directamente a mí, la luz inmortal reflejándose en las peinetas de plata de su pelo peinado hacia arriba. A los demás los ignoró como correspondía, con la barbilla en alto mientras caminaba hacia nosotros. Recé para que Mor y Amren, con las cejas alzadas, no dijeran cualquier…

—¿De dónde ha salido ese vestido? —preguntó Mor, con su vestido rojo volando detrás de ella mientras se dirigía hacia Nesta. Mi hermana se detuvo, los hombros tensos, lista para…

Pero Mor ya estaba a su lado, tocando la pesada tela azul, inspeccionando cada puntada.

—Quiero uno —dijo haciendo un puchero. Un intento, sin duda, de conseguir una invitación mía para ir de compras… Como alta lady yo necesitaba ropa… más elegante. Especialmente para esa próxima reunión. Mis hermanas también.

Los ojos castaños de Mor se fijaron en mí, y tuve que luchar contra la aplastante gratitud que amenazaba con desbordar los míos al acercarme a ellas.

—Supongo que mi compañero lo desenterró de alguna parte —respondí, echándole una mirada por encima del hombro a Rhys, que estaba sentado en el borde de la mesa del comedor, flanqueado por Az y Cassian, los tres ilyrios fingiendo que no escuchaban todo lo que decíamos mientras se servían vino ellos mismos.

Entrometidos. Envié el pensamiento por el lazo y la oscura risa de Rhys

resonó a manera de respuesta.

—Hay que concederle todo el mérito por la ropa —sentenció Mor, examinando la tela de la falda de Nesta mientras mi hermana vigilaba como un halcón—, y nunca me dice dónde la encuentra. Todavía no me ha dicho dónde encontró el vestido de Feyre para la Caída de las Estrellas. —Le echó una mirada furiosa por encima de su hombro—. Bastardo.

Rhys se rio entre dientes. Cassian, sin embargo, no sonreía, cada poro de su cuerpo parecía fijo en Nesta y en Mor.

En lo que hacía mi hermana.

Mor simplemente examinaba las peinetas de plata en el cabello de Nesta.

—Tienes suerte de que no seamos del mismo tamaño…, si no, bien podría estar tentada de robarte ese vestido.

—Es probable que se lo arrancara —murmuró Cassian.

La sonrisa de superioridad de Mor como respuesta no era tranquilizadora.

Pero el rostro de Nesta permaneció inexpresivo. Frío. Miró a Mor de arriba abajo…, observó el vestido que exponía gran parte del abdomen, el vientre, la espalda y el pecho, y luego la falda suelta con secciones semitransparentes que dejaban ver sus piernas. Escandaloso, según las modas humanas.

—Por suerte para ti —dijo Nesta—. No comparto ese sentimiento.

Azriel tosió en su vino.

Pero Nesta tan solo se acercó a la mesa y reclamó su asiento.

Mor parpadeó, y me señaló casi en secreto y con un gesto de incomodidad:

—Creo que vamos a necesitar mucho más vino.

Nesta tensó la espalda. Pero no respondió nada.

—Voy a saquear la bodega —anunció Cassian, y desapareció por la puerta del pasillo interior demasiado rápido para parecer relajado.

Nesta se tensó un poco más.

Escogí un asiento al lado de Nesta y le dije apenas murmurando, bromeando con ella…:

—No tienen mala intención.

Nesta se limitó a pasar un dedo por encima del plato de marfil y obsidiana, examinando los cubiertos de plata con las enredaderas de jazmín de noche en flor grabadas en los mangos.

—No me importa —replicó.

Amren ocupó el asiento frente a mí justo cuando Cassian regresaba con una botella en cada mano, tratando de disimular.

—Lo tuyo es toda una creación —le dijo Amren a mi hermana.

Nesta levantó la vista. Amren hizo girar despreocupadamente una copa de sangre, observándola como un gato a un juguete nuevo e interesante.

—¿Por qué te brillan los ojos? —fue lo único que dijo Nesta.

Pura curiosidad…, apenas la directa necesidad de explicación.

Y sin miedo. Ni el menor temor.

Amren inclinó la cabeza.

—¿Sabes?…, ninguno de estos entrometidos jamás me ha preguntado eso.

Aquellos entrometidos trataban de no parecer demasiado preocupados. Como lo estaba yo.

Nesta solo esperaba.

Amren suspiró. Su oscuro pelo se balanceó.

—Enrojecen porque esa fue la única parte de mí que el hechizo de contención no pudo dominar. La mirada que ve lo que se esconde debajo.

—¿Y qué hay debajo?

Ninguno de los otros habló. Ni siquiera se movió. Lucien, todavía junto a la ventana, se había puesto del color del papel nuevo.

Amren pasó un dedo por el borde de su copa. Su uña pintada de rojo brillaba tanto como la sangre que contenía.

—Nunca se atrevieron a preguntarme eso, tampoco.

—¿Por qué?

—Porque no es de buena educación preguntar, y tienen miedo.

Amren le sostuvo la mirada a Nesta, y mi hermana no se resistió. No se encogió.

—Somos iguales, tú y yo —señaló Amren.

No estaba segura de estar respirando. A través del lazo, tampoco estaba segura de que Rhys lo estuviera haciendo.

—No en la carne, no en esa cosa que ronda debajo de nuestra piel y nuestros huesos… —Los ojos de Amren se entrecerraron—. Pero… yo veo el núcleo, muchacha. —Amren asintió con la cabeza, más para sí misma que para cualquier otro—. Tú no encajas… en el molde al que te empujaron. En el camino en el que naciste y por el que te obligaron a caminar. Lo intentaste, pero no encajaste, no pudiste encajar. Y entonces el camino cambió. —Un pequeño movimiento de cabeza—. Lo sé…, sé lo que es ser así. Lo recuerdo, aunque fue hace mucho tiempo.

Nesta había dominado la quietud preternatural de los inmortales mucho más

rápidamente que yo. Y permaneció sentada durante unos instantes, simplemente mirando a la extraña y delicada hembra que se sentaba frente a ella, sopesando sus palabras, el poder que Amren irradiaba… Y entonces Nesta solo dijo:

—No sé de qué estás hablando.

Los labios rojos de Amren se abrieron en una amplia y serpentina sonrisa.

—Cuando hagas erupción, muchacha, asegúrate de que se sienta en todos los mundos.

Un escalofrío me recorrió la piel.

—Amren —intervino Rhys—, al parecer, ha estado tomando lecciones de drama en el teatro de la calle de su casa.

Ella le lanzó una mirada furiosa.

—Lo digo en serio, Rhysand…

—Estoy seguro de que así es —replicó él al ocupar el asiento a mi derecha —. Pero prefiero comer algo antes de que nos hagas perder el apetito.

Su ancha mano me calentó la rodilla mientras la apretaba debajo de la mesa con ánimo tranquilizador.

Cassian se sentó a la izquierda de Amren, con Azriel a su lado y Mor en el asiento frente a él, dejando a Lucien…

Lucien frunció el ceño mirando al lugar que quedaba a la cabecera de la mesa, luego al espacio vacío, desierto, frente a Nesta.

—Esto… ¿No deberías sentarte tú a la cabecera?

Rhys levantó una ceja.

—No me importa dónde te sientes. Solo me importa comer algo ya mismo. —Chasqueó los dedos—. Ahora.

La comida, preparada por los cocineros que yo me ocupé de reunir en las entrañas de la casa, apareció en la mesa en bandejas, fuentes y boles. Carnes asadas, varias salsas y jugos, arroz y pan, frescos vegetales al vapor de las granjas circundantes… Casi suspiré con los olores revoloteando a mi alrededor.

Lucien se sentó, dando a todo el mundo la impresión de haberlo hecho sobre un alfiletero.

Me incliné sobre Nesta para decirle a Lucien:

—Te acostumbras… a la informalidad.

—Dices eso, querida Feyre, como si fuera algo malo —observó Rhys mientras se servía de una fuente de truchas fritas antes de pasármela a mí.

Puse los ojos en blanco y deslicé algunos trozos crujientes a mi plato.

—Me sorprendió la primera vez que cenamos todos, como sabes.

—Claro que lo sé. —Rhys sonrió.

Cassian hizo lo mismo con disimulo.

—Sinceramente —le confesé a Lucien, quien sin decir nada amontonaba judías verdes con mantequilla en su plato, pero sin tocarlas, quizá maravillado ante la sencillez, tan diferente de los platos muy elaborados de Primavera—, Azriel es el único bien educado. —Algunas protestas de indignación de Mor y Cassian, pero un amago de sonrisa bailó en la boca del cantor de sombras a la vez que bajaba la cabeza y se servía un plato de remolachas asadas salpicadas con queso de cabra—. No se te ocurra fingir que no es cierto.

—Por supuesto que es cierto —confirmó Mor con un fuerte suspiro—, pero no necesitas que los demás quedemos como unos bárbaros.

—Pensaba que ese término te parecería un cumplido, Mor —señaló Rhys con delicadeza.

Nesta observaba la andanada de palabras como si fuera un encuentro de rivales en algún deporte, con sus ojos yendo de uno a otro entre nosotros. No se había servido de ninguna fuente, así que me tomé la libertad de poner algunas cucharadas de varias cosas en su plato.

También observó eso.

Y cuando me detuve, preparándome para llenar mi plato, Nesta dijo:

—Entiendo… lo que querías decir respecto a la comida.

Me tomó un momento recordar…, recordar esa conversación en particular, en la finca de nuestro padre, cuando ella y yo estuvimos peleándonos acerca de las diferencias entre la comida humana y la de los inmortales. Era la misma en cuanto a lo que se servía, pero simplemente… sabía mejor al otro lado del muro.

—¿Eso es un cumplido?

Nesta no me devolvió la sonrisa mientras pinchaba algunos espárragos con el tenedor y se los servía.

Y pensé que ese era tan buen momento como cualquier otro para decirle a Cassian:

—¿A qué hora volvemos al patio de entrenamiento mañana?

Debo decir en su favor que Cassian ni siquiera miró a Nesta cuando respondió con una sonrisa perezosa:

—Yo diría que al amanecer, pero como me siento muy agradecido de que hayas vuelto de una sola pieza, te dejaré dormir. Nos encontraremos a las siete.

—Yo no diría que eso es dejarme dormir —protesté.

—Para un ilyrio, lo es —murmuró Mor.

Las alas de Cassian crujieron.

—La luz del día es un recurso valioso.

—Nosotros vivimos en la Corte Noche —replicó Mor.

Cassian les hizo una mueca a Rhys y a Azriel.

—Te dije que dejar que las hembras se incorporaran a nuestro grupo solo traería problemas.

—Por lo que recuerdo, Cassian —respondió Rhys con sequedad—, en realidad tú dijiste que necesitabas un descanso después de tanto mirar nuestras feas caras, y que algunas damas añadirían una muy necesaria belleza para que tú pudieras contemplarla cada día.

—Cerdo —acotó Amren.

Cassian le dirigió un gesto vulgar que hizo que Lucien se ahogara con sus judías verdes.

—Yo era un joven ilyrio y no conocía nada mejor —dijo, y luego señaló con el tenedor a Azriel—. No trates de esconderte en las sombras. Tú dijiste lo mismo.

—No fue así —intervino Mor, y las sombras que Azriel había estado sutilmente tejiendo alrededor de sí mismo desaparecieron—. Azriel jamás ha dicho algo tan horrible. Solo tú, Cassian. Solo tú.

El general de los ejércitos del alto lord le sacó la lengua. Mor le devolvió el gesto.

Amren frunció el ceño mirando a Rhys.

—Sería prudente que dejaras a esos dos en su casa para el encuentro con los demás, Rhysand. Solo servirán para crear problemas.

Me atreví a mirar con disimulo a Lucien, tan solo para evaluar su reacción.

Su expresión estaba efectivamente controlada, pero… un toque de sorpresa centelleaba por ahí. Cautela, también, pero… sorpresa. Arriesgué otra mirada a Nesta, pero ella estaba observando su plato, haciendo caso omiso de los demás.

—Queda por ver si se unirán a nosotros —dijo Rhys. Lucien lo miró entonces con curiosidad en ese ojo inconfundible. Rhys lo advirtió y se encogió de hombros—. Lo descubrirás pronto, supongo. Las invitaciones van a salir mañana, llamando a todos los altos lores a reunirse para hablar de esta guerra.

Lucien cerró la mano con fuerza alrededor del tenedor.

—¿Todos?

No estaba segura de si se refería a Tamlin o a su padre, pero de todos modos, Rhys asintió.

Lucien lo pensó.

—¿Puedo ofrecer mi consejo no solicitado?

Rhys sonrió.

—Creo que es la primera vez que alguien en esta mesa me ha preguntado algo semejante.

Mor y Cassian le respondieron con diferentes muecas.

Pero Rhys agitó una mano perezosa hacia Lucien.

—Por supuesto. Aconséjanos.

Lucien estudió a mi compañero, luego a mí.

—Supongo que Feyre asistirá.

—Así es.

Amren sorbió de su vaso de sangre…, fue el único sonido en la habitación mientras Lucien retomaba la palabra.

—¿Estás planeando ocultar tus poderes?

Silencio.

Al final, Rhys habló:

—Eso es algo que había pensado discutir con mi compañera. ¿Te inclinas por una cosa o la otra, Lucien?

Había algo agudo en su tono, algo un poco salvaje.

Lucien me observó otra vez, y tuve que hacer un esfuerzo para no retorcerme en la silla.

—Mi padre probablemente se uniría a Hybern si pensara que así tenía una oportunidad de recuperar su poder… matándote.

Un gruñido de Rhys.

—Tus hermanos me vieron, sin embargo —dije, dejando el tenedor—. Tal vez pudieron confundir la llama como tuya, pero el hielo…

Lucien apuntó el mentón hacia Azriel.

—Esa es la información que necesitas recoger. Lo que mi padre sabe…, si mis hermanos se dieron cuenta de lo que ella estaba haciendo. Tienes que comenzar desde allí y organizar tu plan para esta reunión de acuerdo a eso.

—Eris —dijo Mor— podría guardar esa información para sí mismo y convencer a los otros también, si piensa que será más útil de esa manera.

Me pregunté si Mor miraba ese pelo rojo, esa piel bronceada que era un poco más oscura que las de sus hermanos, y todavía veía a Eris.

—Quizá —asintió Lucien con calma—. Pero tenemos que descubrirlo. Si Beron o Eris tienen esa información, la usarán a su favor en esa reunión…, para

controlarla. O controlarte. O bien podrían limitarse a no aparecer y, en cambio, ir directamente a Hybern.

Cassian soltó un montón de palabrotas por lo bajo, y yo me sentí inclinada a hacerme eco de ese sentimiento.

Rhys hizo girar su vino una vez, lo dejó y le habló a Lucien.

—Tú y Azriel deberíais hablar. Mañana.

Lucien miró al cantor de sombras, que asintió con la cabeza.

—Quedo a tu disposición.

Ninguno de nosotros era tan tonto como para preguntarle si estaría dispuesto a revelar detalles sobre la Corte Primavera. Si pensaba que Tamlin iba a asistir. Tal vez esa era una conversación que mejor se dejaba para otra ocasión. Solo él y yo.

Rhys se recostó en su asiento. Contemplando… algo. Apretó la mandíbula, luego soltó una bocanada de aire, casi en silencio. Armándose de valor para lo que fuera que iba a revelar, cualesquiera planes que hubiera decidido no descubrir hasta ese momento. Y mientras mi estómago se ponía tenso, me atravesó una especie de excitación ante eso…, ante esa inteligencia funcionando.

Hasta que Rhys dijo:

—Hay otra reunión que necesitamos tener…, y pronto.

Capítulo 18

—Por favor, no digas que tenemos que ir a la Corte de las Pesadillas —gruñó Cassian en mitad de un bocado.

Rhys levantó una ceja.

—¿No estás de humor para aterrorizar a nuestros amigos?

El rostro dorado de Mor palideció.

—Quieres decir que vas a pedirle a mi padre que luche en esta guerra —dijo, dirigiéndose a Rhys.

Contuve la respiración.

—¿Qué es la Corte de las Pesadillas? —quiso saber Nesta.

Lucien respondió por nosotros.

—El lugar donde el resto del mundo cree que la mayoría de la Corte Noche debería estar. —Señaló a Rhys con el mentón—. La sede de su poder. O lo fue.

—Oh, todavía lo es —lo corrigió Rhys—. Para todo el mundo fuera de Velaris. —Fijó la mirada en Mor—. Y sí. La legión de los Portadores de Oscuridad de Keir es lo bastante importante para que se organice una reunión.

La última reunión había dado como resultado que el brazo de Keir se hubiera roto en varios lugares y quedara convertido en un pingajo colgante. Dudaba que el hombre estuviera inclinado a ayudarnos…, y tal vez esa era la razón por la que Rhys quería esta reunión.

Nesta frunció el ceño.

—¿Por qué no solo darles la orden? ¿No responden a ti?

Cassian dejó el tenedor y olvidó la comida.

—Por desgracia, hay protocolos vigentes entre nuestras dos subcortes con respecto a este tipo de cosas. Por lo general se gobiernan a sí mismas…, con el

padre de Mor como su administrador.

Mor tragó con fuerza. Azriel la observaba con atención, con la boca apretada.

—El administrador de la Ciudad Tallada tiene derecho legalmente a negarse a ayudar a mis ejércitos —nos explicó Rhys a Nesta y a mí—. Fue parte del acuerdo al que mi ancestro llegó con la Corte de las Pesadillas hace varios miles de años. Ellos permanecerían dentro de esa montaña y no nos desafiarían ni nos molestarían más allá de sus fronteras… y conservarían el derecho de decidir no ayudar en la guerra.

—¿Y se han… negado? —pregunté.

Mor asintió con gravedad.

—Dos veces. No mi padre. —Casi se ahoga con la palabra—. Pero… hubo dos guerras. Hace mucho mucho tiempo. Decidieron no luchar. Ganamos, pero… a duras penas. Con un gran coste en vidas y bienes.

Con esta guerra sobre nosotros…, necesitaríamos a todos los aliados que pudiéramos conseguir. A todos los ejércitos.

—Nos vamos dentro de dos días —nos informó Rhys.

—Él dirá que no —replicó Mor—. No pierdas el tiempo.

—Entonces tendré que encontrar una manera de convencerlo de lo contrario.

Mor puso los ojos como platos.

—¿Qué?

Azriel y Cassian se removieron en sus asientos, y Amren chasqueó la lengua mirando a Rhys. Desaprobación unánime.

—Él luchó en la guerra —continuó Rhys con calma—. Quizá también tengamos suerte esta vez.

—Te recuerdo que la legión de los Portadores de Oscuridad era casi tan mala como el enemigo en cuanto a su comportamiento —dijo Mor, apartando su plato.

—Habrá nuevas reglas.

—No estarás en posición de imponer reglas, y tú lo sabes —replicó Mor.

Rhys volvió a hacer girar su vino en la copa.

—Ya veremos.

Miré a Cassian. El general me hizo un sutil gesto de cabeza. «Mantente al margen de esto. Por ahora».

Tragué saliva, asintiendo con la misma sutileza.

Mor volvió la cabeza hacia Azriel.

—¿Qué piensas tú?

El cantor de sombras le sostuvo la mirada, su cara carecía de expresión. Traté de no contener la respiración. Defender a la mujer que amaba o ponerse del lado de su alto lord…

—No es mi momento de hablar.

—Esa es una respuesta tonta —lo desafió Mor.

Habría jurado que el dolor atravesaba los ojos de Azriel, pero solo se encogió de hombros, su rostro de nuevo una máscara de fría indiferencia. Mor apretó los labios.

—No es necesario que vengas, Mor —dijo Rhys con aquella voz tranquila, serena.

—Por supuesto que iré. Será peor si no estoy allí. —Tomó su vino de un trago con una rápida inclinación de la cabeza hacia atrás—. Supongo que ahora tengo dos días para encontrar un vestido adecuado para horrorizar a mi padre.

Amren, por lo menos, se rio de ese comentario. Cassian también esbozó una sonrisa.

Pero Rhys observó a Mor durante un largo momento, algunas de las estrellas en sus ojos parpadearon. Dudé si preguntar o no si había alguna otra manera, algún otro camino para evitar este horror entre nosotros, pero antes ya le había contestado mal a él. Y con Lucien y mi hermana aquí… Mantuve la boca cerrada.

En el silencio que se produjo a continuación, empecé a buscar un poco de normalidad y me volví hacia Cassian.

—Vamos a entrenar a las ocho de la mañana. Nos vemos allí.

—A las siete y media —repuso él con una sonrisa encantadora, ante la cual la mayoría de sus enemigos probablemente saldrían corriendo. Lucien volvió a ocuparse de su comida. Mor llenó su copa de vino una vez más, mientras Azriel, que seguía observando cada movimiento de ella, apretó el tenedor en su mano marcada.

—Ocho —respondí con una mirada fría. Me volví hacia Nesta, que se había mantenido en silencio y atenta durante toda la conversación—. ¿Vienes con nosotros?

—No.

El instante de silencio fue demasiado notorio para ser ignorado. Pero le dirigí a mi hermana un encogimiento de hombros indiferente mientras tomaba la jarra de vino. Entonces hablé sin dirigirme a nadie en particular:

—Quiero aprender a volar.

Mor volcó su vino sobre la mesa, salpicando directamente el pecho y el cuello de Azriel. El cantor de sombras estaba demasiado ocupado observándome para darse cuenta.

Cassian parecía indeciso entre aullarle a Azriel o decir alguna cosa. Mi magia seguía siendo demasiado débil para hacer crecer esas alas ilyrias, pero les hice un gesto a los ilyrios y dije:

—Quiero que me enseñes.

—¿De verdad? —preguntó Mor, mientras Lucien… Lucien… señalaba:

—Bueno, eso explica las alas.

Nesta se inclinó hacia delante para observarme.

—¿Qué alas?

—Puedo… cambiar de forma —admití—. Y con el conflicto que viene —les anuncié a todos—, creo que saber volar podría ser… útil. —Levanté la barbilla hacia Cassian, que ahora me estudiaba con desconcertante intensidad—. Supongo que las batallas contra Hybern van a incluir a los ilyrios. —Un asentimiento superficial del general—. Entonces pienso pelear contigo. En los cielos.

Esperé las objeciones, esperé que Rhys las acallara.

Solo se oyó el viento que ululaba más allá de las ventanas del comedor.

Cassian soltó un suspiro.

—Ni siquiera sé si es técnicamente posible…, en cuanto al tiempo. Tendrías que aprender no solo a volar, sino también a soportar el peso de tu escudo y tus armas…, además de aprender a trabajar dentro de una unidad ilyria. Nos toma décadas solo dominar esta última parte. Tenemos unos meses en el mejor de los casos, unas semanas en el peor.

Mis hombros se abatieron un poco.

—Pues le enseñaremos lo que sabemos hasta que sea posible. —Rhys zanjó la cuestión. Pero las estrellas en sus ojos se volvieron de piedra fría al añadir—: Le daré a Feyre cualquier oportunidad de… escapar si las cosas se van a la mierda. Incluso un día de entrenamiento podría significar una diferencia.

Azriel plegó sus alas, sus hermosas facciones aparecían inusualmente suaves. Contemplativas.

—Yo te enseñaré.

—¿Estás… seguro? —le pregunté.

La máscara impenetrable se deslizó sobre la cara de Azriel.

—A Rhys y a Cass les enseñaron a volar tan jóvenes que apenas lo

recuerdan.

Pero a Azriel, encerrado en las mazmorras de su odioso padre como un criminal hasta los once años, le negaron la habilidad de volar, de luchar, de hacer algo que sus instintos ilyrios le gritaban que hiciera…

La oscuridad retumbó por el lazo. No con enfado hacia mí, sino… cuando eso le recordó a Rhys lo que le habían hecho a su amigo. Nunca lo había olvidado. Ninguno de ellos lo había olvidado. Se necesitaba un gran esfuerzo para no mirar las brutales cicatrices que recubrían las manos de Azriel. Recé para que Nesta no me preguntara por ellas.

—Hemos enseñado a muchos jovencitos lo básico —replicó Cassian.

Azriel negó con la cabeza, con sombras alrededor de sus muñecas.

—No es lo mismo. Cuando uno es mayor, están los miedos, los bloqueos mentales… Todo es diferente.

Ninguno de ellos, ni siquiera Amren, dijo nada.

Azriel únicamente me indicó:

—Te lo enseñaré. Entrena con Cass durante unas horas y te buscaré cuando termines. —Y añadió dirigiéndose a Lucien, quien no se apartó ante aquellas sombras que se retorcían—: Nos encontraremos después del almuerzo.

Tragué saliva, pero asentí.

—Gracias. —Y tal vez la bondad de Azriel rompió alguna especie de atadura en mí, pero me volví hacia Nesta—. El rey de Hybern está tratando de derribar el muro usando el Caldero para agrandar las fisuras que ya tiene. —Sus ojos de color gris azulado no revelaron nada, solo rabia hirviendo ante la mención del nombre del rey—. Yo podría reparar esos agujeros, pero tú…, habiendo sido hecha por el Caldero mismo… Si el Caldero puede ensanchar esos agujeros, tal vez tú puedas cerrarlos. Con entrenamiento…, en cualquier momento que tengamos.

—Puedo enseñártelo —le dijo Amren a mi hermana—. Bueno, en teoría, puedo hacerlo. Si empezamos pronto…, mañana por la mañana. —Reflexionó un momento y luego le dijo a Rhys—: Cuando vayas a la Corte de las Pesadillas, iremos contigo.

Volví rápido la cabeza hacia Amren.

—¿Qué? —La sola idea de Nesta en ese lugar…

—La Ciudad Tallada es un tesoro de objetos de poder —explicó Amren—. Puede haber oportunidades para practicar. Que la muchacha tenga una idea de lo

que algo como el muro o el Caldero podrían ser. —Y añadió, cuando Azriel pareció dispuesto a objetar—: Encubiertos, por supuesto.

Nesta no dijo nada.

Esperé su rotundo rechazo, la fría negativa a toda esperanza. Pero Nesta solo preguntó:

—¿Por qué simplemente no matar al rey de Hybern antes de que pueda actuar?

Silencio absoluto.

Amren dijo con suavidad:

—Si quieres asestar el golpe de muerte, niña, es tuyo.

La mirada de Nesta se deslizó hacia las puertas interiores abiertas del comedor. Como si pudiera ver todo el camino hasta Elain.

—¿Qué les sucedió a las reinas humanas?

Parpadeé.

—¿Qué quieres decir?

—¿Las hicieron inmortales? —Esta pregunta iba dirigida a Azriel.

Sus Sifones echaban humo.

—Los informes han sido oscuros e inconsistentes. Algunos dicen que sí, otros dicen que no.

Nesta examinó su copa de vino.

Cassian apoyó los antebrazos sobre la mesa.

—¿Por qué?

Los ojos de Nesta se clavaron directamente en su cara. Habló en voz baja, a mí, a todos nosotros, incluso mientras sostenía la mirada de Cassian como si él fuera el único en la habitación.

—Al final de esta guerra, quiero que mueran. El rey, las reinas, todos ellos. Prométeme que los matarás a todos, y te ayudaré a reparar el muro. Me voy a entrenar con ella. —Señaló con la barbilla hacia Amren—. Voy a ir a la Ciudad Tallada o comoquiera que se llame… Lo haré. Pero solo si me lo prometes.

—Bien —respondí—. Y podríamos necesitar tu ayuda durante la reunión con los altos lores…, para dar testimonio a las otras cortes y a aliados de lo que Hybern es capaz de hacer. De lo que te hizo a ti.

—No.

—¿No te importa arreglar el muro o ir a la Corte de las Pesadillas, pero hablar con la gente es donde trazas tu límite?

Nesta apretó la boca.

—No.

Alta lady o hermana; hermana o alta lady…

—La vida de la gente dependerá de lo que tú cuentes. El éxito de esa reunión con los altos lores podría depender de ello.

Se agarró a los brazos de su silla, como si se estuviera conteniendo.

—No me hables así. Mi respuesta es no.

Incliné la cabeza.

—Entiendo que lo que te pasó fue horrible…

—No tienes idea de lo que fue o no fue. Ninguna. Y no voy a arrastrarme como uno de esos hijos de los benditos, rogando a los altos fae que de buena gana me habrían matado como una mortal para que nos ayuden. No voy a contarles esa historia…, mi historia.

—Los altos lores podrían no creer en nuestro relato, lo que te convierte en un testigo valioso…

Nesta empujó su silla hacia atrás y arrojó la servilleta sobre el plato, empapando con salsa el lino fino.

—No es mi problema si tú no eres fiable. Te ayudaré con el muro, pero no voy a prostituir mi historia con todo el mundo en tu nombre. —Se puso en pie de golpe, el color subió a su rostro habitualmente pálido, y siseó—: Y si te atreves siquiera a sugerirle a Elain que haga semejante cosa, te arrancaré la garganta.

Sus ojos se apartaron de los míos para recorrer a todos los presentes y hacer extensiva la amenaza.

Ninguno de nosotros habló cuando ella abandonó el comedor y cerró la puerta de un golpe al salir.

Me desplomé en mi silla, apoyando la cabeza contra el respaldo.

Algo golpeó delante de mí. Una botella de vino.

—No pasa nada si bebes directamente de ella —fue todo lo que Mor dijo.

—Yo diría que Nesta rivaliza con Amren en cuanto a pura sed de sangre —reflexionó Rhys horas más tarde, mientras él y yo caminábamos solos por las calles de Velaris—. La única diferencia es que Amren realmente la bebe.

Resoplé, sacudiendo la cabeza cuando nos volvimos hacia la amplia calle junto al Sidra y serpenteamos a lo largo del río estrellado.

Muchas cicatrices todavía estropeaban los encantadores edificios de Velaris, las calles llenas de escombros. La mayor parte había sido reparada, pero algunos escaparates seguían cubiertos con maderas, algunas casas a lo largo del río no eran más que montones de escombros. Habíamos volado desde la casa en cuanto terminamos la cena, bueno, el vino, supongo. Mor llevaba otra botella consigo cuando desapareció en el interior. Azriel frunció el ceño y se fue tras ella.

Rhys y yo no habíamos invitado a nadie más a acompañarnos. Él solo me preguntó a través del lazo: *¿Vienes conmigo?*

Y yo le dirigí un sutil movimiento de cabeza a modo de asentimiento.

Y aquí estábamos. Ya habíamos caminado durante más de una hora, en su mayor parte con tranquilidad, en su mayor parte… pensando. En las palabras, en la información y en las amenazas compartidas en la actualidad. Ninguno de nosotros retrasó el ritmo de marcha hasta que llegamos a ese pequeño local donde todos habíamos cenado una noche bajo las estrellas.

Algo que me presionaba el pecho se alivió cuando vi el edificio intacto mientras los cítricos de las macetas suspiraban en la brisa del río. Y en esa brisa…, esas especias deliciosas, suculentas, carne con ajo, tomates a fuego lento… Apoyé la espalda sobre el pretil a lo largo de la pasarela del río, viendo a los empleados que servían las mesas llenas de gente.

—¿Quién sabe? —murmuré, respondiéndole por fin—. Quizá Nesta adquiera el hábito de beber sangre también. Ciertamente, me creo su amenaza de arrancarme la garganta. Tal vez ella disfrute del sabor.

Rhys se rio entre dientes, el sonido resonó en mis huesos cuando ocupó un lugar a mi lado, los codos apoyados en el pasamanos, las alas recogidas y apretadas. Respiré hondo y aspiré el aroma cítrico y marino de él hacia mis pulmones, hacia mi sangre. Su boca me rozó el cuello.

—¿Me odiarás si digo que Nesta es… difícil?

Me reí suavemente.

—A fin de cuentas, yo diría que ha ido bastante bien. Por lo menos ha aceptado una cosa. —Me mordí el labio inferior—. No debería habérselo pedido en público. He cometido un error.

Permaneció en silencio, escuchando.

—Y hablando de otra cosa —le pregunté—, ¿cómo encuentras ese equilibrio… entre alto lord y familia?

Rhys lo pensó.

—No es fácil. He tomado muchas malas decisiones a lo largo de los siglos.

De modo que odio tener que decirte que esta noche podría ser solo el comienzo de todo ello.

Dejé escapar un largo suspiro.

—Debería haber pensado que contarles a extraños lo que le sucedió en Hybern podría… podría ser algo con lo que ella no se sintiera cómoda. Mi hermana ha sido toda su vida una persona muy reservada, incluso entre nosotras.

Rhys se inclinó para besarme otra vez el cuello.

—Hoy temprano… en el apartamento —dijo, apartándose para mirarme a los ojos. Resuelto—. No ha sido mi intención insultarla.

—Siento haberte contestado de esa manera.

Levantó una ceja oscura.

—¿Por qué diablos te disculpas? Yo he insultado a tu hermana y tú la has defendido. Tienes todo el derecho a darme una patada en el trasero por ello.

—No quería… quitarte autoridad.

Las sombras brillaron en sus ojos.

—Ah. —Se volvió hacia el Sidra y yo seguí su ejemplo. El agua serpenteaba, su superficie oscura reflejaba la ondulante luz inmortal de oro de las farolas y las brillantes joyas del Arco iris—. Por eso ha sido… todo extraño entre nosotros esta tarde. —Se encogió y me miró directamente a los ojos—. Madre sagrada, Feyre…

Mis mejillas se calentaron y lo interrumpí antes de que pudiera continuar.

—Entiendo por qué, sin embargo. Un frente sólido y unificado es importante. —Rocé la madera lisa del pretil con un dedo—. Sobre todo para nosotros.

—No dentro de nuestra familia.

El calor me invadió por completo al oír las palabras «nuestra familia».

Me tomó la mano, entrelazando nuestros dedos.

—Podemos hacer todas las reglas que queramos. Tienes todo el derecho de interrogarme, de empujarme…, en privado y en público. —Bufó—. Por supuesto, si decides realmente darme una patada en el trasero, podría pedirte que lo hicieras a puerta cerrada, para no tener que sufrir siglos de burlas, pero…

—No te voy a quitar autoridad en público. Y tú no lo harás conmigo.

Permaneció callado, dejándome pensar, hablar.

—Podemos cuestionarnos el uno al otro a través del lazo si estamos rodeados de gente que no sean nuestros amigos —propuse—. Pero por ahora, en estos años iniciales, me gustaría mostrar al mundo un frente unificado… Es decir, si sobrevivimos.

—Vamos a sobrevivir. —Una inquebrantable voluntad en esas palabras, en ese rostro—. Pero quiero que te sientas cómoda empujándome, gritándome…

—¿Cuándo no he hecho eso? —Él sonrió. Pero añadí—: Quiero que hagas lo mismo… conmigo.

—De acuerdo. Aunque dentro de nuestra familia…, grítame por todas mis sandeces todo lo que quieras. De verdad, insisto en que lo hagas.

—¿Por qué?

—Porque es divertido.

Le di un codazo.

—Porque eres mi igual —continuó—. Y así como eso significa tener el respaldo del otro en público, también significa que nos otorgamos uno al otro el don de la honestidad. De la verdad.

Observé la bulliciosa ciudad que nos rodeaba.

—¿Puedo darte un poco de verdad, entonces?

Se quedó quieto y dijo:

—Siempre.

Dejé escapar un suspiro.

—Creo que deberías tener cuidado… al trabajar con Keir. No por lo despreciable que es, sino porque… podrías realmente herir a Mor si no lo haces bien.

Rhys se pasó una mano por el pelo.

—Lo sé. Lo sé.

—¿Vale la pena…, sean cuales sean las tropas que pueda ofrecer, si eso significa lastimarla a ella?

—Hemos estado trabajando con Keir durante siglos. Mor debería estar ya acostumbrada a eso. Y sí…, sus tropas valen la pena. Los Portadores de Oscuridad están bien entrenados, son poderosos y han estado inactivos durante mucho tiempo.

Lo pensé.

—La última vez que fuimos a la Corte de las Pesadillas, hice el papel de tu puta.

Se estremeció ante la palabra.

—Pero ahora soy tu alta lady —continué, acariciando con un dedo el dorso de su mano. Él siguió el movimiento. Bajé la voz—. Para que Keir acepte ayudarnos…, ¿alguna sugerencia acerca de qué máscara debo llevar a la Ciudad Tallada?

—Eres tú quien debe decidir —aseguró, aún mirando el movimiento de mi dedo al dibujar círculos en su piel—. Has visto cómo soy yo allí…, cómo somos. Tú debes decidir cómo hacer tu juego.

—Supongo que será mejor que decida pronto, no solo por esto, sino también por la reunión con los otros altos lores dentro de dos semanas.

Rhys me miró de soslayo.

—Todas las cortes están invitadas.

—Dudo que él asista, dado que es el aliado de Hybern y sabe que lo mataríamos.

La brisa del río agitaba su pelo negro azulado.

—La reunión tendrá lugar bajo un hechizo vinculante que nos obliga a todos a un cese de las hostilidades. Si alguien lo rompe mientras se esté desarrollando la reunión, la magia le exigirá un alto precio. Probablemente la vida. Tamlin no sería tan estúpido como para atacarnos, ni nosotros a él.

—¿Por qué lo invitas?

—Excluirlo solo le dará más munición contra nosotros. Créeme, tengo pocos deseos de verlo. Ni tampoco a Beron. Quien quizá, en este momento, está más arriba que Tamlin en mi lista de tipos a los que matar.

—Tarquin estará allí. Y nosotros estamos muy arriba en su lista de individuos a los que matar.

—Incluso con los rubíes de sangre, no sería tan estúpido como para atacar durante la reunión. —Rhys resopló por la nariz.

—¿Con cuántos aliados podemos contar? Además de Keir y de la Ciudad Tallada, quiero decir. —Miré hacia el sendero junto al río. Los comensales y los juerguistas estaban demasiado ocupados disfrutando para siquiera advertir nuestra presencia, aun con las reconocibles alas de Rhys. De todos modos…, quizá no era el mejor lugar para esta conversación.

—No estoy seguro —admitió Rhys—. Helion y su Corte Día, probablemente. Kallias…, tal vez. Las cosas se pusieron tensas en la Corte Invierno desde Bajo la Montaña.

—Supongo que Azriel va a encontrar más.

—Ya está dedicado a ello.

Asentí con un movimiento de cabeza.

—Amren aseguró que ella y Nesta necesitaban ayuda para investigar maneras de reparar el muro. —Hice un movimiento hacia la ciudad—. Indícame la mejor biblioteca para encontrar ese tipo de cosas.

Rhys enarcó las cejas.

—¿Ahora mismo? Tu ética de trabajo hace que la mía se avergüence.

Solté un bufido.

—Mañana, sabihondo.

Rio entre dientes, desplegando y cerrando las alas. Alas… que él había permitido que Lucien viera.

—¿Tú confías en Lucien?

Rhys inclinó la cabeza ante esa pregunta que no lo era del todo.

—Confío en el hecho de que actualmente estamos en posesión de lo que él quiere por encima de todo lo demás. Y mientras eso siga así, tratará de mantenerse en el lado bueno. Pero si eso cambia… Su talento ha sido desperdiciado en la Corte Primavera. Había una razón por la que llevaba esa máscara de zorro, ya sabes. —Su boca se torció—. Si saca a Elain, para llevarla de vuelta a Primavera, o a donde sea…, ¿crees, en el fondo, que no venderá lo que sabe? ¿Ya sea para obtener alguna ganancia o para asegurarse de que ella esté a salvo?

—De todas formas, has permitido que lo oyera todo esta noche.

—Nada de eso es información que vaya a permitir a Hybern destrozarnos. Probablemente el rey ya sabe que iremos tras la alianza con Keir…, que trataremos de encontrar una manera de impedir que derribe el muro. No fue muy sutil con la investigación de Dagdan y Brannagh. Y esperará que nosotros tratemos de reunir a los altos lores. Razón por la cual la ubicación de la reunión no se decidirá hasta más tarde. ¿Debo decírselo entonces a Lucien? ¿Hacer que se nos una?

Pensé en su pregunta. «¿Confío yo en Lucien?».

—Yo tampoco lo sé —admití, y suspiré—. No me gusta que Elain sea un peón en este juego.

—Lo sé. Nunca es fácil.

Él había tratado con esas cosas durante siglos.

—Quiero esperar…, ver qué hace Lucien en las próximas dos semanas. Cómo actúa, con nosotros y con Elain. Lo que Azriel piensa de él. —Fruncí el ceño—. No es una mala persona…, no es malvado.

—Ciertamente no lo es.

—Yo solo… —Observé su mirada tranquila y firme—. Existe un riesgo al confiar en él sin cuestionárselo.

—¿Ha hablado de lo que siente con respecto a Tamlin?

—No. Yo no quería insistir en eso. Tenía… remordimientos por lo que pasó conmigo, y con Hybern y con Elain. ¿Habría sentido lo mismo si Elain hubiese estado involucrada? No lo sé…, tal vez. Sin embargo, no creo que lo hubiera sentido.

Rhys me apartó el pelo de la cara.

—Todo es parte del juego, Feyre, cariño. En quién confiar, cuándo confiar en ellos…, qué información intercambiar.

—¿Lo disfrutas?

—A veces. En este momento, no. No cuando los riesgos son tan altos. —Sus dedos me rozaron la frente—. Cuando tengo tanto que perder.

Puse la palma de mi mano sobre su pecho, justo sobre esos tatuajes ilyrios debajo de su ropa, justo sobre su corazón. Sentí que el fuerte golpeteo resonaba en mi piel y en mis huesos.

Me olvidé de la ciudad que nos rodeaba al encontrarme con sus ojos, sus labios en busca de mi piel, y murmuré:

—Seguiremos haciendo planes para el futuro, con guerra o sin guerra. Seguiré planeando nuestro futuro.

Me quemaba la garganta y asentí con un gesto.

—Nos merecemos ser felices —dijo, y sus ojos brillaron lo suficiente para hacerme saber que recordaba las palabras que le había dicho en el tejado de la casa de la ciudad después del ataque—. Y voy a luchar con todo lo que tengo para asegurarme de que así sea.

—Ambos lucharemos —dije con voz ronca—. No solo tú…, ya no.

Él ya había dado demasiado, y todavía parecía pensar que no era suficiente.

Pero Rhys solo miraba por encima de su ancho hombro, hacia el alegre restaurante detrás de nosotros.

—Esa primera noche en que todos vinimos aquí… —Rememoró, y yo seguí su mirada, observando a los empleados que ponían las mesas con amorosa precisión—. Cuando le dijiste a Sevenda que te sentías despierta siempre que probabas su comida… —Meneó la cabeza—. Era la primera vez que te encontrabas… en paz. Como si estuvieras realmente despierta, viva otra vez. Me sentí tan aliviado que pensé que iba a vomitar sobre la mesa.

Recordé la larga y extraña mirada que me había dirigido cuando finalmente hablé. Luego la larga caminata que nos llevó a casa, cuando escuchamos aquella música que había enviado a mi celda en Bajo la Montaña.

Me aparté del pretil y lo arrastré hacia el puente que atravesaba el Sidra para

llevarnos a casa. Que el debate sobre quién dio más en la guerra descansara por el momento.

—Camina conmigo… a través del Arco iris. —La joya brillante y colorida de la ciudad, el corazón palpitante que albergaba al barrio de los artistas. Vibrante y ruidoso a esa hora de la noche.

Le di el brazo antes de hablar.

—Tú y esta ciudad me ayudasteis a despertarme…, me ayudasteis a volver a la vida. —Sus ojos brillaron cuando le sonreí—. También yo voy a luchar con todo lo que tengo, Rhys. Con todo.

Me besó en la parte superior de la cabeza y me acercó más a él cuando cruzamos el Sidra bajo el cielo estrellado.

Capítulo 19

Fue buena idea que yo hubiera insistido en encontrarme con Cassian a las ocho, porque aunque desperté al amanecer, una mirada a la cara de Rhysand, que dormía, hizo que decidiera dejar pasar la mañana lentamente, sin prisas, despertándolo con dulzura.

Todavía me sentía arrebatada cuando Rhys me dejó en el patio de combate, encima de la Casa del Viento. El espacio estaba rodeado por una pared de piedra roja, con la parte superior abierta a los elementos. Prometió reunirse conmigo después del almuerzo para mostrarme la biblioteca para mi investigación, luego me dedicó un guiño pícaro y me besó en la mejilla antes de salir volando hacia el cielo con un fuerte movimiento de sus alas.

Apoyado contra la pared junto al bastidor de las armas, Cassian dijo:

—Espero que no te hayas esforzado demasiado esta mañana, porque esto realmente te va a doler.

Puse los ojos en blanco, incluso cuando traté de apartar la imagen de Rhysand poniéndome boca abajo para luego besarme a lo largo de la espina dorsal. Y más abajo. Traté de apartar la sensación de sus fuertes manos cuando me agarraron por las caderas para levantarme, hasta que quedó tendido debajo de ellas para devorarme hasta que yo le rogué en silencio y él se levantó detrás de mí. Y tuve que morder la almohada para evitar despertar a toda la casa con mis gemidos.

Rhysand por la mañana era… No tenía palabras para lo que era cuando no lo acuciaban las prisas, perezoso y pícaro, cuando su pelo estaba todavía revuelto y sus ojos tenían ese brillo vidrioso, puramente masculino, en ellos. Seguían

brillando cuando se despidió de mí, y su burlonamente casto beso en mi mejilla envió una ardiente línea roja por todo mi cuerpo.

Más tarde. Lo iba a torturar más tarde.

Pero en ese momento… me moví hacia donde estaba Cassian.

—Dos varones ilyrios me van a hacer sudar en una mañana. ¿Qué puede hacer una hembra?

Cassian lanzó una carcajada.

—Al menos llegas con algo de entusiasmo.

Sonreí, apoyando las manos en las caderas mientras examinaba el bastidor con las armas.

—¿Cuál?

—Ninguna. —Apuntó con la barbilla al anillo marcado con tiza blanca detrás de nosotros—. Hace mucho que no entrenamos. Hoy vamos a repasar lo básico.

Sus palabras llevaban tanta tensión que dije:

—No ha pasado tanto tiempo.

—Ha pasado un mes y medio.

Lo estudié, las alas recogidas, el pelo oscuro hasta los hombros.

—¿Qué sucede?

—Nada. —Pasó delante de mí hacia la zona de entrenamiento.

—¿Se trata de Nesta?

—No todo en mi vida tiene que ver con tu hermana, ¿sabes?

Mantuve la boca cerrada respecto a ese comentario.

—¿Es algo relacionado con la visita de mañana a la Corte de las Pesadillas?

Cassian se quitó la camisa, dejando a la vista sus hermosos músculos ondulantes recubiertos de intrincados tatuajes. Marcas ilyrias para la suerte y la gloria.

—No es nada. Ponte en posición.

Obedecí, incluso mientras lo miraba con cuidado.

—Estás… enfadado.

Se negó a decir nada hasta que comencé mi circuito de calentamiento: varias estocadas y patadas así como unos estiramientos diseñados para distender los músculos. Y solo habló cuando empezamos la pelea de entrenamiento, sus manos envueltas para recibir mis puñetazos.

—Tú y Rhys nos ocultasteis la verdad. Y fuimos a Hybern sin saber nada de todo ello.

—¿De qué?

—Que eres una alta lady.

Lancé una serie de puñetazos a sus manos levantadas respirando con fuerza.

—¿Cuál habría sido la diferencia?

—Lo habría cambiado todo. Nada de eso habría ocurrido de la manera en que ocurrió.

—Tal vez por eso Rhys decidió mantenerlo en secreto.

—Hybern fue un desastre.

Dejé de lanzar golpes.

—Sabías que yo era su compañera cuando partimos. No veo de qué manera el hecho de ser alta lady cambia algo.

—Lo cambia.

Puse las manos en las caderas, ignorando su invitación a continuar.

—¿Por qué?

Cassian se pasó una mano por el pelo.

—Porque… porque como su compañera, él era… quien debía protegerte. Oh, no te pongas así. Tú también debes protegerlo a él. Y habría dado mi vida por ti como compañera de él… y como amigo tuyo. Pero tú seguías siendo… de él.

—¿Y como alta lady?

Cassian soltó un fuerte suspiro.

—Como alta lady, eres mía. Y de Azriel, y de Mor y de Amren. Tú nos perteneces a todos nosotros y nosotros te pertenecemos a ti. No te hubiéramos… sometido a tanto riesgo.

—Tal vez por eso Rhys quería mantenerlo en secreto. Eso habría cambiado vuestra concentración.

—Esto es entre tú y yo. Y confía en mí, Rhys y yo… tenemos cosas que decir sobre esto.

Levanté una ceja.

—¿Estás enfadado conmigo?

Negó con la cabeza, con los ojos cerrados.

—Cassian.

No respondió, solo levantó las manos como una orden silenciosa para continuar.

Suspiré y comencé de nuevo. Justo después de que hiciera las quince repeticiones, y cuando ya jadeaba pesadamente, Cassian volvió a hablar.

—No pensaste que eras esencial. Tú nos salvaste la vida, sí, pero… no pensaste que eras esencial aquí.

Uno-dos, uno-dos, uno-dos.

—No lo soy.

Él abrió la boca, pero yo seguí adelante, hablando entre mis intentos de recuperar una respiración pausada.

—Vosotros tenéis… el deber…, sois todos vitales. Sí, yo tengo mis propias habilidades, pero… tú y Azriel estabais heridos, mis hermanas estaban…, ya sabes lo que les pasó. Hice lo que pude para sacarnos a todos. Hubiera preferido ser yo antes que cualquiera de vosotros. No podría haber vivido con una alternativa distinta.

Sus manos levantadas se mantenían firmes mientras yo seguía golpeando.

—Podría haberte ocurrido cualquier cosa en la Corte Primavera.

Me detuve otra vez.

—Si Rhys no me está abrumando con el asunto ese de la sobreprotección, entonces no veo por qué tú…

—No creas ni por un momento que Rhys no estaba fuera de sí a causa de la preocupación. Ah sí, parece bastante tranquilo, Feyre, pero yo lo conozco. Y durante todo el tiempo que tú no estuviste, él estaba sumido en un estado de pánico. Sí, él sabía…, todos nosotros sabíamos…, que eras capaz de manejarte. Pero eso no nos impedía preocuparnos.

Las manos me dolían e hice algunos movimientos para relajarlas, luego me froté los brazos, que también me dolían.

—Tú también estabas enfadado con él.

—Si no hubiera estado convaleciente, le habría pateado el trasero desde un extremo de Velaris al otro.

No respondí.

—Todos estábamos aterrados por ti.

—Me las arreglé muy bien.

—Por supuesto que sí. Sabíamos que lo harías. Pero… —Cassian se cruzó de brazos—. Rhys hizo lo mismo hace cincuenta años. Cuando fue a aquella maldita fiesta que dio Amarantha.

—Oh. Oh.

—Nunca lo olvidaré, ya sabes —dijo, lanzando un suspiro—. El momento en que nos habló a todos, de mente a mente. Cuando me di cuenta de lo que estaba pasando y de que… él nos había salvado. Nos atrapó aquí y nos ató las manos, pero… —Se rascó la sien—. Después se quedó en silencio… en mi cabeza. Como nunca había ocurrido. No desde… —Cassian miró al cielo sin nubes con

ojos entornados—. Aun en medio del infierno total que se había desatado aquí, en nuestro territorio, yo simplemente… me quedé en silencio. —Se dio un golpecito con un dedo en un lado de la cabeza y frunció el ceño—. Después de Hybern, la sanadora me mantuvo dormido mientras ella se ocupaba de mis alas. Así que al despertar, dos semanas más tarde…, fue cuando me enteré. Y cuando Mor me contó lo que te había pasado a ti…, volví a quedarme en silencio.

Tragué saliva para evitar que la garganta se me contrajera.

—Me encontraste cuando más te necesitaba, Cassian.

—Me complace haberte sido útil. —Me lanzó una sonrisa sombría—. Puedes confiar en nosotros, ya lo sabes. Los dos podéis. Él tiene la tendencia de hacerlo todo por sí mismo, de dar todo de sí mismo. No puede soportar que alguien más nos ofrezca algo. —La sonrisa se desvaneció—. Tampoco tú puedes.

—¿Y tú puedes?

—No es fácil, pero sí. Soy general de sus ejércitos. Parte de eso incluye saber delegar. He estado con Rhys durante más de quinientos años y todavía intenta hacerlo todo él mismo. Todavía piensa que no es suficiente.

Yo lo sabía…, y muy bien, por cierto. Y la idea de Rhys tratando de hacerse cargo de todo a lo que nos enfrentábamos en esta guerra… La náusea me revolvió el estómago.

—Sin embargo, da órdenes todo el tiempo.

—Sí. Y es bueno para saber en qué sobresalimos. Pero cuando se trata de la guerra… —Cassian ajustó las vendas de sus manos.

—Si los altos lores y Keir no se brindan a una alianza, él se va a enfrentar a Hybern de todos modos. Y asumirá todo el peso de ello, para que nosotros no tengamos que hacerlo.

Una especie de opresión intensa, con mareos, me dominaba por dentro. Rhys iba a sobrevivir…, no se iba a atrever a sacrificarlo todo para asegurarse de que nosotros…

Rhys lo haría. Lo hizo con Amarantha, y lo haría de nuevo sin vacilación alguna.

Lo cerré. Lo empujé. Me concentré en mi respiración.

Algo atrajo la atención de Cassian detrás de mí. Y aunque su cuerpo seguía mostrándose normal, un resplandor depredador chispeaba en sus ojos.

No necesité darme la vuelta para saber quién estaba allí.

—¿Quieres unirte a nosotros? —susurró Cassian.

—No parece que estéis ejercitando otra cosa que vuestras bocas —dijo

Nesta.

Miré por encima de mi hombro. Mi hermana estaba vestida de azul pálido, lo que hacía que su piel se viera dorada, el cabello recogido, la espalda recta como una columna. Traté de decir algo, de disculparme, pero… no delante de él. Nesta no querría tener esa conversación delante de Cassian.

Este extendió su mano vendada, los dedos curvados en un movimiento de invitación.

—¿Asustada?

Prudente, mantuve la boca cerrada mientras Nesta salía de la puerta de entrada a la luz cegadora del patio.

—¿Por qué debería estar asustada de un murciélago sobredimensionado al que le gustan los berrinches?

Casi me ahogo, y Cassian me lanzó una mirada advirtiéndome que no me riera.

Pero busqué el lazo en mi mente, bajando los escudos mentales lo suficiente para decirle a Rhysand, dondequiera que él estuviera en la ciudad:

Por favor, ven a evitarme las disputas de Cassian y Nesta.

Un instante más tarde, Rhys canturreó:

¿Ya estás lamentando haberte convertido en alta lady?

Saboreé esa voz…, ese humor. Pero aplaqué otra vez ese pánico que hervía lentamente al contestar:

¿Forma esto parte de mis deberes?

Una risa sensual y oscura.

¿Por qué crees que estaba tan desesperado por tener una compañera? He tenido que lidiar con esto yo solo durante casi cinco siglos. Es justo que tú tengas que soportarlo ahora.

Cassian le estaba diciendo a mi hermana:

—Parece que estás un poco nerviosa, Nesta. Y te fuiste tan abruptamente anoche… ¿Hay algo que yo pueda hacer para aliviar esa tensión?

Por favor, le rogué a Rhys.

¿Qué me darás?

No estaba segura de si podía silbar en el lazo entre nosotros, pero por la risa que resonó en mi mente un instante más tarde, supe que ese sentimiento había sido transmitido.

Estoy en una reunión con los gobernadores de los palacios. Pueden ponerse un poco desagradables si desaparezco.

Traté de no suspirar.

Nesta se miraba las uñas.

—Amren viene a instruirme sobre unos pocos…

Una sombra se deslizó por el patio, interceptándola. Y no fue Rhysand quien aterrizó entre nosotros, sino…

Te he enviado otra bonita cara para que admires —dijo Rhys—. *No tan hermosa como la mía, por supuesto, pero un digno segundo puesto*.

Mientras las sombras que lo envolvían se despejaban, Azriel vio a Nesta y a Cassian, luego lanzó una mirada vagamente simpática en dirección a mí.

—Necesito comenzar nuestra lección temprano.

Una mentira muy pobre, pero repliqué:

—Muy bien. No hay problema.

Cassian me fulminó con la mirada, luego a Azriel. Ambos lo ignoramos mientras yo me dirigía al cantor de sombras, sacándome las vendas de las manos al tiempo que avanzaba.

Gracias, dije por el lazo.

Me puedes compensar esta noche.

Traté de no ruborizarme por la imagen que Rhys envió a mi cabeza detallando precisamente cómo iba a compensarlo, y derribé mis escudos mentales. Al otro lado de ellos, habría jurado que unos dedos provistos de garras rasguñaban el negro inflexible en una promesa sensual y silenciosa. Tragué con dificultad.

Las alas de Azriel se abrieron, rojos oscuros y dorados brillantes las atravesaban en el sol ya alto, y abrió los brazos para mí.

—El bosque de pinos estará bien, el que está junto al lago.

—¿Por qué?

—Porque es mejor caer en el agua que sobre roca dura —respondió Cassian, cruzando los brazos.

Sentí una puntada en el estómago. Pero dejé que Azriel me cogiera, su olor a niebla fría de la noche y cedro me envolvió mientras él movía las alas una vez, haciendo que se levantara el polvo del patio.

Capté la mirada con ojos entrecerrados de Cassian y mostré una amplia sonrisa.

—Buena suerte —dije, y Azriel, el Caldero lo bendiga, se lanzó hacia el cielo sin nubes.

Para ninguno de nosotros pasó inadvertida la palabrota que gritó Cassian,

aunque no nos dignamos comentarla.

Cassian era un general…, el general de la Corte Noche.

Seguramente Nesta no era nada que él no pudiera manejar.

—He dejado a Amren en la casa cuando venía a buscarte —me dijo Azriel mientras aterrizábamos en la orilla de un lago de montaña de color turquesa flanqueado de pinos y granito—. Le he dicho que fuera al patio de entrenamiento de inmediato. —Esbozó una media sonrisa—. Es decir, que dejara pasar unos minutos.

Resoplé y estiré los brazos.

—Pobre Cassian.

Azriel resopló divertido.

—En efecto.

Moví los pies, pequeñas rocas grises se movían a lo largo de la costa, debajo de mis botas.

—Así que…

El cabello negro de Azriel parecía engullir la luz del sol.

—Para poder volar —dijo secamente—, necesitarás alas.

De acuerdo.

Mi cara se calentó. Hice girar y crujir las muñecas.

—Ha pasado bastante tiempo desde que las convoqué la última vez.

Su penetrante mirada no se apartó de mi rostro, de mi postura. Tan inamovible y constante como el granito en el que este lago había sido tallado. Yo podría haber sido muy bien una fugaz mariposa en comparación.

—¿Quieres que me dé la vuelta?

Levantó una ceja oscura para dar más énfasis a su pregunta.

Me encogí de hombros.

—No. Pero… podría llevarme varios intentos.

—Empezamos nuestra lección temprano…, tenemos mucho tiempo.

—Te agradezco que hayas hecho el esfuerzo de fingir que no ha sido porque yo estaba desesperada por evitar a Cassian y a los dimes y diretes matutinos de Nesta.

—Nunca dejaría que mi alta lady sufriera por eso —dijo, sin alterar su cara de piedra.

Me reí entre dientes a la vez que me frotaba un punto dolorido en el hombro.

—¿Estás… listo para reunirte con Lucien esta tarde?

Azriel inclinó la cabeza.

—¿Debería estar preparándome para ello?

—No. Yo solo… —Me encogí de hombros—. ¿Cuándo partes para conseguir información sobre los altos lores?

—Después de hablar con él. —Le brillaban los ojos…, iluminados por la diversión. Como si supiera que estaba ganando tiempo.

Dejé escapar un suspiro.

—Bien. Allá vamos.

Toqué esa parte de mí, la parte que Tamlin me había dado…, una pieza vital de mi corazón retrocedió. Incluso cuando algo agudo y despiadado en mi instinto se apoderaba de lo que había tomado. De todo lo que había tomado.

Aparté todos los pensamientos, concentrándome en esas alas ilyrias. Las había convocado aquel día en las Estepas a partir del puro recuerdo y del miedo. Crearlas en ese momento… Dejé que mi mente se concentrara en mis recuerdos de las alas de Rhys, cómo se sentían, cómo se movían, cuánto pesaban…

—La estructura tiene que ser un poco más gruesa —indicó Azriel mientras un peso comenzó a hacerse sentir en mi espalda—. Fortalece los músculos que conducen a ellas.

Obedecí, y a su vez mi magia escuchaba. Él siguió haciéndome observaciones: dónde añadir, dónde aligerar, dónde suavizar y dónde fortalecer.

Yo respiraba con dificultad y el sudor se deslizaba por mi espalda cuando dijo:

—Bien. —Se aclaró la garganta—. Sé que no eres ilyria, pero… pero entre los de su especie se considera… inapropiado tocarle las alas a alguien sin permiso. Especialmente a las hembras.

Su especie. No la de él.

Tardé un momento en darme cuenta de lo que me estaba pidiendo.

—Oh… oh. Adelante…, hazlo.

—Necesito comprobar si están bien.

—De acuerdo. —Le di la espalda, y mis músculos gimieron al esforzarse para extender las alas. Todo…, desde el cuello hasta los hombros, hasta las

costillas, hasta la columna y hasta el trasero…, todo parecía ya poder controlarlas, y todo protestaba por el peso y el movimiento.

Solo las había usado durante unos segundos con Lucien en las Estepas… No me di cuenta entonces de lo pesadas que eran, de la complejidad de los músculos.

Las manos de Azriel, con todas sus cicatrices, eran suaves como plumas mientras tocaba y cogía ciertas áreas, y daba palmadas y ligeros toquecitos en otras. Apreté los dientes, la sensación era como… como si alguien me hiciera cosquillas y me diera golpecitos en el arco del pie. Pero hizo su trabajo rápido, y me acomodé los hombros otra vez cuando él se dio la vuelta y murmuró:

—Es increíble. Son iguales a las mías.

—Creo que la magia ha hecho la mayor parte del trabajo.

Hizo un movimiento con la cabeza.

—Eres una artista…, ha sido la atención que has prestado a los detalles.

Me ruboricé un poco por el cumplido y apoyé las manos en las caderas.

—¿Bien? ¿Saltamos al cielo?

—Primera lección: no dejes que se arrastren por el suelo.

Parpadeé. Mis alas, efectivamente, se apoyaban en las piedras.

—¿Por qué?

—Los ilyrios piensan que es producto de la pereza…, una señal de debilidad. Y desde un punto de vista práctico, el suelo está lleno de cosas que podrían lastimarlas: espinas, fragmentos de piedras… No solo pueden quedarse pegadas e infectarse, sino también afectar la forma en que el ala atrapa el viento. Así que mantenlas lejos del suelo.

Un dolor como el filo de un cuchillo me recorrió la espalda mientras trataba de levantarlas. Logré poner la izquierda en posición vertical. La derecha simplemente colgaba como una vela mustia.

—Tienes que fortalecer los músculos de la espalda y de los muslos. Y de los brazos. Y del torso.

—Entonces, digamos que todos los músculos.

Una vez más, esa sonrisa seca y tranquila.

—¿Por qué crees que los ilyrios son tan buenos?

—¿Por qué nadie me advirtió acerca de este lado arrogante tuyo?

La boca de Azriel se arqueó en una sonrisa.

—Ambas alas arriba.

Una exigencia tranquila pero inflexible.

Me estremecí, contorsionando mi cuerpo hacia un lado y hacia el otro, luchando por lograr que se levantaran correctamente. No tuve suerte.

—Trata de extenderlas y luego recogerlas, si no puedes levantarlas.

Obedecí y siseé ante el dolor agudo en cada músculo de mi espalda mientras movía las alas. Hasta la menor brisa del lago me cosquilleaba y tironeaba, y apoyé los pies separados en la orilla rocosa, buscando alguna apariencia de equilibrio…

—Ahora dóblalas hacia dentro.

Lo hice, y las recogí de golpe. El movimiento fue tan rápido que me caí hacia delante.

Azriel me atrapó antes de que llegara a morder las piedras, agarrándome con fuerza por debajo del hombro, y me levantó.

—Fortalecer los músculos del torso también te va a ayudar con el equilibrio.

—Entonces, de vuelta a Cassian.

Un movimiento de cabeza de asentimiento.

—Mañana. Hoy concéntrate en levantarlas y plegarlas, extenderlas y levantarlas. —Las alas de Azriel brillaban con los rojos y los dorados del sol—. Así. —Hizo una demostración desplegando sus alas en toda su extensión, recogiéndolas, volviendo a extenderlas, inclinándolas, recogiéndolas. Una y otra vez.

Suspirando, seguí sus movimientos. Me dolía la espalda y los músculos me palpitaban. Tal vez las lecciones de vuelo eran una pérdida de tiempo.

Capítulo 20

—Nunca he estado en una biblioteca antes —le confesé a Rhys después del almuerzo, mientras caminábamos descendiendo nivel tras nivel, debajo de la Casa del Viento. Mis palabras resonaban en el eco de la piedra roja tallada. Yo hacía muecas de dolor a cada paso y me frotaba la espalda.

Azriel me había dado un tónico que me ayudaría, pero sabía que esa noche iba a terminar lloriqueando. Si las horas de investigación para hallar alguna manera de remendar las aberturas en el muro no me hacían saltar antes.

—Quiero decir —aclaré—, sin contar las bibliotecas privadas aquí y en la Corte Primavera, y mi familia tenía una, también, pero no… no era una de verdad.

Rhys me miró de reojo.

—Me han dicho que los humanos tienen bibliotecas públicas en el continente…, abiertas para cualquier persona.

No estaba segura de si era una pregunta o no, pero asentí.

—En uno de los territorios, permiten que todos entren, independientemente de su posición o linaje de sangre. —Consideré sus palabras—. ¿Había bibliotecas antes de la guerra?

Por supuesto que había…

—Sí. Grandes bibliotecas, llenas de eruditos irritables que podían encontrarte volúmenes que databan de miles de años. Pero a los humanos no se les permitía entrar a menos que fuera el esclavo de alguien con un encargo, e incluso así era observado muy de cerca.

—¿Por qué?

—Porque los libros estaban llenos de magia y de otras cosas que querían evitar que los humanos conocieran. —Rhys se metió las manos en los bolsillos y me condujo por un corredor iluminado solo por cuencos de luces inmortales sostenidas por las manos de bellas estatuas femeninas, tanto con formas de altas fae como de inmortales—. Los eruditos y los bibliotecarios se negaban a mantener sus propios esclavos, algunos por razones personales, pero sobre todo porque no querían que tuvieran acceso a los libros y los archivos.

Rhys señaló otra escalera curva. Debíamos de estar ya muy debajo de la montaña. El aire era seco y fresco… y pesado. Como si hubiera estado atrapado dentro durante siglos y siglos.

—¿Qué pasó con las bibliotecas una vez que se construyó el muro?

Rhys metió las alas mientras la escalera se hacía más estrecha y el techo bajaba.

—La mayoría de los estudiosos tuvieron tiempo suficiente para evacuar… y para transportar libros. Pero si no tenían el tiempo ni el personal para hacerlo… —Un músculo se le movió en la mandíbula—. Quemaban las bibliotecas. Para no permitir que los humanos accedieran a su valiosa información.

Un escalofrío serpenteó por mi columna vertebral.

—¿Prefirieron perder esa información para siempre?

Él asintió con la cabeza y la tenue luz doró su cabello negro azulado.

—Prejuicios aparte, el temor era que los humanos encontraran hechizos peligrosos y los usaran contra nosotros.

—Pero nosotros…, quiero decir, ellos, no tienen magia. Los humanos no tienen magia.

—Algunos sí. Por lo general, aquellos que han tenido lejanos antepasados fae. Y algunos de esos hechizos no requieren magia por parte de quien los hace…, solo las palabras adecuadas, o el correcto uso de ingredientes.

Sus palabras se enredaron con algo en mi mente.

—Podían…, quiero decir, es obvio que lo hacían…, pero… ¿alguna vez hubo cruces entre los seres humanos y los fae? ¿Qué pasaba con los hijos? Si eras mitad fae, mitad humano, ¿adónde ibas una vez que el muro fue construido?

Rhys entró en una sala al pie de la escalera, conectada con un amplio pasillo de piedra roja tallada y un conjunto sellado de puertas de obsidiana con venas de plata corriendo por todas partes. Hermoso… y aterrador. Como si alguna enorme bestia se ocultara detrás de ellas.

—No fue bueno para los mestizos —respondió después de un momento—.

Muchos eran hijos de uniones no deseadas. La mayoría de las veces prefirieron quedarse con sus madres humanas, sus familias humanas. Pero una vez que se levantó el muro, entre los humanos ellos eran un… recordatorio de lo que había ocurrido, de los enemigos que acechaban más allá del muro. En el mejor de los casos, eran marginados, parias, al igual que sus hijos, si también tenían sus rasgos físicos. En el peor…, los humanos manifestaron su enojo contra esa primera generación. Querían que alguien pagara por la esclavitud, por los crímenes cometidos contra ellos. Aun cuando el mestizo no hubiera hecho nada malo…, no terminaba bien.

Se acercó a las puertas, que se abrieron con un viento fantasmal, como si la montaña misma viviera para servirlo.

—¿Y los que estaban al otro lado del muro?

—Eran considerados incluso inferiores a los inmortales menores. Eran rechazados en todas partes, y muchos encontraron trabajo en las calles vendiéndose a sí mismos.

—¿Aquí en Velaris? —Mis palabras fueron una mera bocanada de aire.

—Mi padre era todavía el alto lord entonces —explicó Rhys, con la espalda rígida—. No habíamos permitido que ningún humano, esclavo o libre, entrara en nuestro territorio durante siglos. No se les permitía entrar ni para prostituirse ni para encontrar refugio.

—¿Y una vez que tú te convertiste en alto lord?

Rhys se detuvo ante la penumbra que se extendía más allá de nosotros.

—Entonces ya era demasiado tarde para la mayoría de ellos. Era difícil… darle refugio a alguien sin poder explicar dónde les estábamos ofreciendo un lugar seguro. No decirles nada al respecto, manteniendo nuestra ilusión de despiadada crueldad. —La luz de las estrellas centelleó en sus ojos—. Con los años, encontramos algunos. Otros pudieron llegar hasta aquí. La mayoría estaban… más allá de nuestra ayuda.

Algo se movía en la oscuridad, más allá de las puertas, pero yo mantuve la atención en su rostro, en sus hombros tensos.

—Si el muro cae, ¿qué será…? —No pude terminar las palabras.

Rhys entrelazó sus dedos con los míos.

—Sí. Si hay quienes, humanos o inmortales, necesiten un lugar seguro…, esta ciudad estará abierta a ellos. Velaris se ha cerrado durante mucho tiempo…, demasiado tiempo, quizá. Agregar nuevas personas, de diferentes lugares, de diferentes historias y culturas… No veo cómo eso podría ser algo malo. La

transición podría ser más compleja de lo que anticipamos, pero… sí. Las puertas de esta ciudad estarán abiertas para aquellos que necesiten su protección. Para cualquiera que logre llegar hasta aquí.

Le apreté la mano y sentí con agrado los callos ganados con esfuerzo. No, yo no iba a permitir que él soportara solo la carga de esa guerra, y su precio.

Rhys miró hacia las puertas abiertas…, a la figura encapuchada y envuelta en una capa que esperaba pacientemente en las sombras más allá de ellas. Todos mis doloridos huesos y tendones se pusieron tensos cuando vi el pálido ropaje, la capucha coronada con una límpida piedra azul, el panel que se podía bajar sobre sus ojos…

Sacerdotisa.

—Esta es Clotho —dijo Rhys con voz tranquila, guiándome hacia la mujer que esperaba. El peso de su mano en la parte baja de mi espalda me reveló que era muy consciente de que verla a ella podría alterarme—. Es una de la docena de sacerdotisas que trabajan aquí.

Clotho bajó la cabeza haciendo una reverencia, pero sin decir nada.

—Yo… no sabía que las sacerdotisas abandonaran sus templos.

—Una biblioteca es un templo de un tipo especial —explicó Rhys con una sonrisa irónica—. Pero las sacerdotisas aquí… —Cuando entramos en la biblioteca propiamente dicha, unas luces de oro cobraron vida. Como si Clotho hubiera estado en la oscuridad absoluta hasta que entramos nosotros—. Son especiales. Únicas.

Ella inclinó la cabeza en lo que podría haber sido una muestra de diversión. Su cara permanecía en la sombra, su delgado cuerpo oculto en esa túnica pálida y pesada. Silencio…, y sin embargo, la vida bailaba a su alrededor.

Rhys le sonrió cálidamente.

—¿Has encontrado los textos?

Solo entonces, cuando ella meneó la cabeza en una especie de movimiento que indicaba «más o menos», me di cuenta de que ella no podía hablar, o no quería hacerlo. Clotho hizo un gesto hacia la izquierda, en dirección a la propia biblioteca.

Y yo arrastré mis ojos, apartándolos de la sacerdotisa muda durante el tiempo suficiente para ver toda la estancia.

No era una habitación cavernosa en los sótanos de una mansión. Nada parecido a eso.

Esto era…

Era como si la base de la montaña hubiera sido vaciada por alguna enorme bestia excavadora, dejando un hueco que se hundía hacia el oscuro corazón del mundo. Alrededor de ese agujero abierto, tallado en la montaña misma, descendía, nivel tras nivel, una espiral de estanterías, libros y áreas de lectura que conducía hacia la penumbra, como tinta negra. Por lo que pude ver de los diferentes niveles mientras me dirigía hacia la barandilla de piedra tallada que recorría el trayecto, las estanterías se extendían ampliamente dentro de la propia montaña, como los rayos de una poderosa rueda.

Y en medio de todo eso, agitándose como alas de polillas, el susurro del papel y el pergamino.

Silencioso, pero vivo. Despierto y zumbando inquieto, algún animal de muchas patas hacía su trabajo sin interrumpirse. Miré hacia arriba, y descubrí más niveles que subían hacia la casa, allá arriba. Y permaneciendo al acecho desde abajo…, la oscuridad.

—¿Qué hay en el fondo del pozo? —le pregunté a Rhys cuando llegó a mi lado, nuestros hombros tocándose.

—Una vez desafié a Cassian a que bajara y lo viera. —Rhys apoyó las manos en la barandilla, mirando abajo, hacia la penumbra.

—¿Y…?

—Y volvió a subir, más rápido de lo que jamás lo había visto volar, blanco como la muerte. Nunca me contó lo que vio. Las primeras semanas pensé que era una broma…, solo para despertar mi curiosidad. Pero cuando al final decidí ir a verlo yo mismo un mes más tarde, amenazó con atarme a una silla. Dijo que algunas cosas era mejor dejarlas sin ser vistas y sin ser molestadas. Han pasado doscientos años y todavía no me ha dicho qué vio. Solo con que alguien lo mencione, se pone pálido y tembloroso y deja de hablar durante unas horas.

Mi sangre se heló.

—¿Es… una especie de monstruo?

—No tengo ni idea —afirmó Rhys, señalando con la barbilla hacia Clotho, la sacerdotisa que esperaba con paciencia unos pasos por detrás de nosotros, su rostro todavía en la sombra—. Ellas no hablan ni escriben sobre ello, así que si lo saben…, ciertamente no me lo van a decir. De modo que si eso no nos molesta, entonces yo no voy a molestarlo. Es decir, si es que incluso se trata de un eso. Cassian nunca dijo si vio algo viviente allí abajo. Quizá es algo distinto por completo.

Teniendo en cuenta las cosas que yo ya había presenciado…, no quería

pensar en lo que podía haber en el fondo de la biblioteca. O qué podría ser lo que a Cassian, que había visto las partes más terribles y más mortales del mundo que yo podía imaginar, lo había aterrorizado tanto.

Con el susurro de la túnica, Clotho se encaminó hacia la pasarela que llevaba a la biblioteca, y nosotros la seguimos. Los suelos eran de piedra roja, como el resto del lugar, pero suave y pulida. Me pregunté si alguna vez, alguna de las sacerdotisas habría bajado deslizándose por el sendero en espiral.

No, que yo sepa —dijo Rhys en mi mente—. *Pero Mor y yo lo intentamos una vez cuando éramos niños. Mi madre nos atrapó en el tercer nivel y nos mandó a la cama sin cenar*.

Reprimí una sonrisa.

¿Fue algo tan grave?

Lo fue cuando pusimos aceite en el suelo y los estudiosos resbalaban y se caían golpeándose la cabeza.

Tosí para ocultar la risa, pues Clotho nos precedía unos pasos por delante.

Pasamos junto a montones de libros y pergaminos, los estantes tallados en la piedra misma o hechos de sólida madera oscura. Los pasillos tapizados con ambos tipos de estantes se hundían en la montaña, y cada pocos minutos aparecía una pequeña área de lectura, llena de ordenadas mesas, lámparas de vidrio encendidas, y sillones y sofás muy mullidos. Antiguas alfombras tejidas a mano adornaban el suelo debajo de ellos, por lo general ubicados delante de las chimeneas talladas en la roca y lejos de cualquier estantería, provistas de rejillas de malla metálica lo suficientemente fina para retener cualquier chispa errante.

Acogedor, a pesar del tamaño del espacio; cálido, a pesar del desconocido terror que acechaba más abajo.

Si los demás me molestan demasiado, a veces vengo aquí en busca de un poco de paz y tranquilidad.

Le sonreí ligeramente a Rhys, que seguía mirando hacia delante mientras hablábamos de mente a mente.

¿No saben ya que pueden encontrarte aquí abajo?

Por supuesto. Pero nunca voy al mismo lugar dos veces seguidas, así que por lo general les toma tanto tiempo encontrarme que no se molestan. Además, saben que si estoy aquí es porque quiero estar solo.

Pobre bebé alto lord —canturreé—. *Tener que huir para encontrar la soledad perfecta para la melancolía*.

Rhys me pellizcó el trasero, y yo me mordí el labio para evitar un aullido.

Habría jurado que los hombros de Clotho se estremecían de risa.

Pero antes de que pudiera hacer algo contra Rhys por el dolor ondulante de los doloridos músculos de mi espalda como consecuencia del movimiento repentino, Clotho nos llevó a un área de lectura unos tres niveles más abajo, la enorme mesa de trabajo abarrotada de gruesos y antiguos libros encuadernados con diferentes cueros oscuros.

Una ordenada pila de papel se alzaba a un lado, junto con una variedad de plumas, y las lámparas de lectura estaban encendidas al máximo, alegres y brillantes en la oscuridad. Un servicio de té de plata brillaba en una mesa baja entre los dos sofás de cuero delante de la chimenea con leños que crepitaban, mientras del pico arqueado de la tetera salía una espiral de vapor. Galletas y pequeños sándwiches llenaban la bandeja junto a él, así como una pila de servilletas que sutilmente sugerían que las usáramos antes de tocar los libros.

—Gracias —le dijo Rhys a la sacerdotisa, que solo sacó un libro de la pila que sin duda había reunido y lo abrió en una página marcada. La antigua cinta de terciopelo tenía el color de la sangre vieja…, pero fue la mano de ella la que me sorprendió cuando encontró la luz dorada de las lámparas.

Sus dedos estaban torcidos. Doblados y retorcidos en ángulos tales que yo hubiera pensado que nació con ellos así de no haber sido por las cicatrices.

Por un instante, estuve en un bosque de Primavera. Por un instante, oí el crujido de la piedra sobre la carne y el hueso mientras hacía que otra sacerdotisa se destrozara la mano. Una y otra vez.

Rhys me puso una mano en la espalda. Cuánto esfuerzo debió de haberle costado a Clotho ponerlo todo en su lugar con esas manos nudosas…

Pero ella miró hacia otro libro…, o al menos su cabeza se volvió en esa dirección…, y este se deslizó hacia ella.

Magia. Sin duda.

Hizo un gesto con un dedo doblado en dos direcciones diferentes hacia la página que había seleccionado.

—Voy a ver —dijo Rhys, e inclinó la cabeza—. Te avisaremos si necesitamos algo.

Clotho inclinó de nuevo la cabeza y empezó a alejarse con delicadeza y en silencio.

—Gracias —le dije.

La sacerdotisa se detuvo, miró hacia atrás e inclinó la cabeza. La capucha se balanceó.

En cuestión de segundos, se había ido.

Miré cómo se alejaba, incluso cuando Rhys se deslizó en una de las dos sillas delante de las pilas de libros.

—Hace mucho tiempo, Clotho resultó gravemente herida cuando la atacó un grupo de hombres —dijo Rhys en voz baja.

No necesitaba detalles para saber lo que eso significaba. El filo en la voz de Rhys decía lo suficiente.

—Le cortaron la lengua para que no pudiera decirle a nadie quiénes la habían atacado. Y le rompieron las manos para que no pudiera escribirlo. —Cada palabra era más dura que la anterior, y la oscuridad gruñó en aquel pequeño espacio.

Mi estómago se revolvió.

—¿Por qué no matarla?

—Porque fue más entretenido para ellos de esa manera. Es decir, hasta que Mor la encontró. Y la trajo aquí.

Cuando él sin duda miró dentro de su mente y vio sus caras.

—Hice que Mor los buscara. —Sus alas se recogieron con fuerza—. Y cuando ella terminó, permaneció aquí abajo durante un mes. Ayudando a Clotho a curarse lo mejor que se pudiera esperar, y también… limpiando la mancha que le habían dejado ellos. El trauma de Mor había sido diferente, pero… comprendí por qué lo había hecho, por qué había querido estar aquí. Me preguntaba si eso le habría brindado alguna manera de cerrar su propia tragedia.

—Cassian y Azriel fueron curados completamente después de Hybern. ¿No podría hacerse por Clotho?

—Esos machos la estaban… curando mientras la torturaban. Haciendo que los daños fueran permanentes. Cuando Mor la encontró, el daño había sido fijado. Ellos no habían terminado con sus manos, así que pudimos rescatarlas, darles algún uso, pero… para sanarlas, las heridas habrían tenido que ser abiertas de nuevo. Me ofrecí a quitarle el dolor mientras lo hacían, pero… ella no quiso soportar… lo que las heridas abiertas de nuevo podrían desatar en su mente. En su corazón. Ha vivido aquí desde entonces, con otras como ella. Su magia la ayuda con su movilidad.

Sabía que debíamos empezar a trabajar, pero le pregunté:

—¿Son… todas las sacerdotisas en esta biblioteca como ella?

—Sí.

La palabra contenía siglos de rabia y dolor.

—Hice de esta biblioteca un refugio para ellas. Algunas vienen a sanar, a trabajar como acólitos, y luego se van; otras hacen los juramentos al Caldero y a la Madre para convertirse en sacerdotisas y permanecen aquí para siempre. Pero depende absolutamente de ellas si permanecen una semana o una vida entera. A los forasteros se les permite utilizar la biblioteca para la investigación, pero solo si las sacerdotisas lo aprueban. Y solo si hacen los juramentos obligatorios de no infligir daño mientras están de visita. Esta biblioteca les pertenece a ellas.

—¿Quién estaba aquí antes que ellas?

—Algunos viejos eruditos, que me maldijeron profundamente cuando los reubiqué en otras bibliotecas de la ciudad. Todavía tienen acceso, pero el cuándo y el dónde siempre deben ser aprobados por las sacerdotisas.

Elección. Siempre había sido una cuestión sobre mi elección por él. Y para los otros también. Mucho antes de que se hubiera dado cuenta de las dificultades que había. La pregunta debió de leerse en mis ojos porque Rhys añadió:

—Vine mucho aquí durante esas semanas después de Bajo la Montaña.

Mi garganta se tensó cuando me incliné para besarle levemente una mejilla.

—Gracias por compartir este lugar conmigo.

—Ahora también te pertenece a ti. —Y yo sabía lo que él quería decir, no solo en términos de nosotros dos como compañeros, sino también… en cuanto a que esto pertenecía a las otras mujeres que había aquí. Que habían soportado mucho y sobrevivido.

Le dirigí una media sonrisa.

—Supongo que es un milagro que pueda incluso soportar estar bajo la superficie.

Pero sus facciones permanecieron solemnes, contemplativas.

—Lo es. —Y agregó suavemente—: Estoy muy orgulloso de ti.

Los ojos me ardieron, y parpadeé mientras miraba los libros.

—Y supongo —le dije con un esfuerzo por bromear— que es un milagro que yo pueda leer estas cosas.

La sonrisa de respuesta de Rhys fue encantadora… y algo pícara.

—Creo que mis pequeñas lecciones ayudaron.

—Sí. «Rhys es el mejor amante que una hembra puede esperar» es, sin duda, la manera en que aprendí a leer.

—Solo estaba tratando de anunciarte lo que ahora ya sabes.

Mi sangre se calentó un poco.

—Mmm —fue todo lo que dije, acercando un libro hacia mí.

—Voy a tomar ese «mmm» como un desafío. —Su mano se deslizó por mi muslo, luego me cubrió la rodilla, el pulgar rozando el interior de la pierna. Incluso a través de mi ropa de cuero, su calor se filtraba hasta mis huesos—. Tal vez me decida a arrastrarte entre las pilas de libros y ver lo tranquila que puedes quedarte.

—Mmm. —Hice pasar las páginas sin ver nada del texto.

Su mano comenzó una exploración letal, burlona, por el muslo, sus dedos jugueteando por el sensible interior. Más arriba, más arriba. Se apoyó como si fuera a tirar de un libro hacia él, pero me susurró al oído:

—O tal vez te tumbe en este escritorio para lamerte hasta que grites lo bastante fuerte para despertar lo que sea que esté en el fondo de la biblioteca.

Volví la cabeza hacia él. Sus ojos estaban vidriosos, casi soñolientos.

—Yo estaba totalmente comprometida con ese plan —dije, incluso cuando su mano se detuvo muy muy cerca de la unión de mis muslos—, hasta que has hablado de esa cosa de ahí abajo.

Una sonrisa felina. Me sostuvo la mirada mientras se pasaba la lengua por el labio inferior.

Mis pechos se tensaron debajo de la camisa, y su mirada se deslizó por mi cuerpo…, observándome.

—Pensaba —reflexionó— que nuestro encuentro de esta mañana sería suficiente para esperar hasta la noche. —Su mano se deslizó entre mis piernas, acariciándome descaradamente, con el dedo pulgar apoyado en un punto clave. Dejé escapar un gemido bajo y mis mejillas se calentaron—. Al parecer, no he hecho tan buen trabajo como para que te sientas satisfecha, si te excitas con tanta facilidad después de unas pocas horas.

—Cabrón —exclamé por lo bajo, pero la palabra sonó entrecortada. Su pulgar siguió presionando, con más fuerza, girando sin detenerse.

Rhys se inclinó de nuevo y me besó el cuello, en ese lugar justo debajo de la oreja…, y habló con los labios apretados contra la piel.

—Vamos a ver qué palabrotas sueltas cuando mi cabeza esté entre tus piernas, querida Feyre.

Y luego se fue.

Se había transportado llevándose la mitad de los libros con él. Me sobresalté; sentía mi cuerpo extraño y frío, mareado y desorientado.

¿Dónde demonios estás?

Escudriñé mi entorno y solo encontré sombras, una alegre llama y libros.

Dos niveles más abajo.

¿Y por qué estás dos niveles más abajo?

Me levanté de la silla, con la espalda dolorida y protestando cuando me lancé hacia la pasarela y la barandilla; entonces miré hacia abajo a las sombras.

Como era de esperar, en un área de lectura dos niveles más abajo, pude ver su pelo oscuro y sus alas…, recostado en su silla ante un escritorio idéntico al de arriba, con un tobillo cruzado sobre la rodilla. Sonriéndome.

Porque no puedo trabajar contigo distrayéndome.

Fruncí el ceño al mirarlo.

¿Te estoy distrayendo?

Si estás sentada a mi lado, lo último de que es capaz mi mente es de leer polvorientos y antiguos libros. Especialmente si llevas puesta esa ropa tan ajustada.

Cerdo.

Su risita resonó en toda la biblioteca en medio del susurro de papeles y plumas de las sacerdotisas que trabajaban en el lugar.

¿Cómo puedes transportarte dentro de la casa? Pensé que había disposiciones en contra.

La biblioteca tiene sus propias reglas, aparentemente.

Resoplé.

Dos horas de trabajo —me prometió, volviendo a la mesa y desplegando las alas, una verdadera pantalla para impedir que yo lo viera. Y que él me viera a mí —. *Y luego podremos jugar*.

Le dirigí un gesto vulgar.

Lo he visto.

Lo hice de nuevo y su risa voló hacia mí mientras me abocaba a los libros apilados y comenzaba a leer.

Encontramos una gran cantidad de información sobre el muro y su construcción. Cuando comparamos nuestras notas dos horas más tarde, muchos de los textos se contradecían, todos ellos reclamando para sí autoridad absoluta sobre el tema. Pero había algunos detalles similares que Rhys no conocía.

Había estado curándose en la cabaña de las montañas cuando se levantó el muro, cuando se firmó ese Tratado. Los detalles que surgían eran confusos en el mejor de los casos, pero los diversos textos que Clotho había encontrado sobre la creación del muro y sus reglas estaban de acuerdo en una cosa: no había sido hecho para durar.

No, al principio el muro había sido una solución temporal: separar a humanos y a inmortales hasta que la paz se consolidara lo suficiente para que más tarde volvieran a reunirse. Y decidieran de qué manera convivir…, como un solo pueblo.

Pero el muro permaneció. Los humanos envejecieron y murieron, y sus hijos olvidaron las promesas de sus padres, de sus abuelos, de sus antepasados. Y los altos fae que sobrevivieron… Era un mundo nuevo, sin esclavos. Inmortales menores comenzaron a reemplazar a la desaparecida mano de obra; los límites del territorio habían sido rediseñados para acomodar a los desplazados. Los cambios fueron grandes en el mundo en esos primeros siglos, mucho trabajaron para superar la guerra, para cerrar heridas; tanto fue así que el muro… se convirtió en algo permanente. El muro se convirtió en leyenda.

—Aunque las siete cortes se alíen —dije, mientras tomábamos uvas de un cuenco de plata en una tranquila sala de estar en la Casa del Viento, después de dejar la oscura biblioteca en busca de una muy necesaria luz del sol—, aunque Keir y la Corte de las Pesadillas también se unan…, ¿tendremos alguna posibilidad en esta guerra?

Rhys se reclinó en el sillón bordado delante de la ventana que iba desde el suelo hasta el techo. Velaris brillaba extendiéndose por debajo y más allá, serena y encantadora, incluso con las cicatrices de la batalla que ahora la salpicaban.

—Ejército contra ejército, la posibilidad de victoria es mínima.

Me moví en mi sillón idéntico al otro lado de la mesa baja entre nosotros.

—Podrías… Si tú y el rey de Hybern os enfrentarais cara a cara…

—¿Si podría ganar? —Rhys alzó una ceja y observó la ciudad—. No lo sé. Él ha sido muy astuto y ha mantenido oculto el alcance de su poder. Pero tuvo que recurrir a trucos y amenazas para vencernos aquel día en Hybern. Tiene miles de años de conocimiento y entrenamiento. Si él y yo peleáramos… Dudo que él permita que se llegue a eso. Tiene más oportunidades de obtener una victoria al superarnos en número, al debilitarnos. Si luchamos uno a uno, si es que aceptara un desafío abierto por mi parte…, el daño sería catastrófico. Y eso sin que él recurra al Caldero.

Mi corazón dio un salto.

—Estoy dispuesto a soportar ese peso —continuó Rhys—, si eso significa que los otros al menos estarán con nosotros en su contra.

Cerré las manos sobre los brazos tapizados del sillón.

—No deberías tener que hacerlo.

—Podría ser la única opción.

—No acepto eso como una opción.

Él parpadeó.

—Prythian podría necesitarme como una opción. —Porque con ese poder suyo… se enfrentaría al rey y a todo su ejército. Se agotaría hasta quedar…

—Yo te necesito. Como una opción. En mi futuro.

Silencio. E incluso con el sol calentándome los pies, un terrible frío me recorrió todo el cuerpo.

Tragó con fuerza.

—Si eso significa darte un futuro, entonces estoy dispuesto a hacer…

—No harás tal cosa. —Jadeé mostrando los dientes y me incliné hacia delante en mi sillón.

Rhys simplemente me observaba, con sombras en los ojos.

—¿Cómo puedes pedirme que no dé todo lo que tengo para asegurarme de que tú, mi familia y mi pueblo sobreviváis?

—Ya has dado suficiente.

—No es suficiente. Aún no.

Era difícil respirar, ver más allá del ardor en mis ojos.

—¿Por qué? ¿De dónde viene esto, Rhys?

Por una vez, él no respondió.

Y había algo muy frágil en su expresión, alguna antigua herida no cicatrizada que brillaba allí, que me hizo suspirar, que hizo que me frotara la cara, y luego hablé.

—Simplemente… trabaja conmigo. Con todos nosotros. Juntos. Esta carga no es solo tuya.

Arrancó otra uva del racimo y se la puso en la boca. Sus labios se curvaron en una leve sonrisa.

—¿Y qué propones, entonces?

Todavía podía ver esa vulnerabilidad en sus ojos, la sentía en el lazo entre nosotros, pero incliné la cabeza. Revisé todo lo que sabía, todo lo que había

pasado. Consideré los libros que había leído en la biblioteca de abajo. Una biblioteca que albergaba…

—Amren nos advirtió que nunca pusiéramos juntas las dos mitades del Libro —reflexioné—. Pero nosotros…, yo lo hice. Dijo que cosas muy antiguas podrían ser… despertadas al hacerlo, y mostrarse muy enojadas.

Rhys apoyó el tobillo sobre la rodilla de la pierna opuesta.

—Hybern puede tener muchos efectivos —expliqué—, pero ¿y si nosotros tuviéramos los monstruos? Dijiste que Hybern espera una alianza de todas las cortes…, pero quizá no una con cosas totalmente imprevistas. —Me incliné hacia delante—. Y no estoy hablando de los monstruos que vagan por el mundo. Estoy hablando de uno en particular, que no tiene nada que perder y todo por ganar.

Uno al que para poner de nuestro lado haría todo lo que estuviera al alcance de mi poder, en lugar de dejar que Rhys se enfrentara al peso de esto él solo.

Sus cejas se alzaron.

—¿Ah, sí?

—El Tallador de Huesos —le aclaré—. Él y Amren han estado buscando un camino de regreso a sus propios mundos. —El Tallador había sido insistente, implacable, al preguntarme ese día en la Prisión adónde había ido durante la muerte. Habría jurado que la piel dorada de Rhys palidecía, y añadí—: Tal vez haya llegado el momento de preguntarle qué daría él para regresar a su hogar.

Capítulo 21

Los músculos doloridos de mi espalda, torso y muslos habían entrado en total rebelión cuando Rhys y yo nos separamos, y él se fue a localizar a Cassian…, que sería mi escolta a la mañana siguiente para ir a la Prisión. Si hubiéramos ido Rhys y yo, tal vez podría parecer demasiado… desesperado, demasiado vital. Pero si la alta lady y su general iban a visitar al Tallador para plantearle algunas preguntas hipotéticas…

De todas maneras, eso mostraría nuestras cartas, pero tal vez no la gran necesidad de ayuda que teníamos. Y Cassian, como era de esperar, sabía más que nadie sobre el Tallador gracias a una fascinación morbosa con todos los presos de la Prisión. Sobre todo porque era responsable de haber metido allí a algunos de ellos.

Pero mientras Rhys buscaba a Cassian, yo tenía una tarea que hacer por mi cuenta.

Dolorida, jadeaba y siseaba al tiempo que caminaba por los oscuros salones rojos de la casa para hallar a mi hermana y a Amren. Para ver cuál de ellas estaba todavía en pie después de su primera lección. Entre otras cosas.

Las encontré en un cuarto de trabajo silencioso y olvidado, fríamente concentradas la una en la otra.

Los libros estaban esparcidos sobre la mesa entre ellas. El tictac de un reloj junto a los armarios polvorientos era el único sonido.

—Perdón por interrumpir este concurso de miradas —dije desde la puerta. Me froté la parte de abajo de la espalda—. Quería ver cómo iba la primera lección.

—Bien.

Amren no apartó los ojos de mi hermana, a la vez que una débil sonrisa revoloteaba en su boca roja.

Estudié a Nesta, quien miraba a Amren, con un gesto totalmente pétreo en su rostro.

—¿Qué estáis haciendo?

—Esperando —dijo Amren.

—¿Esperando qué?

—Que los entrometidos nos dejen en paz.

Me enderecé y me aclaré la garganta.

—¿Es esto parte de su entrenamiento?

Amren volvió la cabeza hacia mí con exagerada lentitud; su pelo hasta el mentón, de corte recto, onduló con el movimiento.

—Rhys tiene su propio método de formación. Yo tengo el mío. —Sus dientes blancos brillaban con cada palabra—. Visitaremos la Corte de las Pesadillas mañana por la noche. Nesta necesita una formación básica antes de hacerlo.

—¿Como qué?

Amren suspiró mirando al techo.

—Protegerse a sí misma. De mentes y poderes indiscretos.

Parpadeé. Debería haber pensado en eso. Que si Nesta se unía a nosotros para ir a la Ciudad Tallada… necesitaría algunas defensas más allá de lo que nosotros podíamos ofrecerle.

Mi hermana por fin me miró, su rostro tan frío como siempre.

—¿Estás bien? —le pregunté.

Amren chasqueó la lengua.

—Ella está bien. Terca como un asno, pero como vosotras estáis emparentadas, no me sorprende.

Fruncí el ceño.

—¿Cómo se supone que debo saber cuáles son tus métodos? Por lo que sé, aprendiste algunas técnicas en esa prisión.

Cuidado. Mucho mucho cuidado.

—Ese lugar me enseñó muchas cosas —murmuró Amren—, pero ciertamente no eso.

Incliné la cabeza, la viva imagen de la curiosidad.

—¿Alguna vez has interactuado con los otros?

Cuanta menos gente supiera de mi viaje al día siguiente para ver al Tallador, más seguro sería…, menos probabilidades habría de que Hybern se enterara de

ello. No por miedo a la traición, pero… siempre existía ese riesgo.

A Azriel, en ese momento buscando información sobre la Corte Otoño, se lo diría cuando regresara esa noche. A Mor… se lo diría eventualmente. Pero a Amren… Rhys y yo habíamos decidido esperar antes de decírselo. La última vez que habíamos ido a la Prisión, ella había estado… irascible. ¿Decirle que planeábamos liberar a uno de sus compañeros de prisión? Tal vez no fuera lo más adecuado para mencionar mientras esperábamos que ella encontrara una manera de sellar el muro y entrenar a mi hermana.

La impaciencia recorrió el rostro de Amren con un resplandor en sus ojos plateados.

—Yo solo les hablé en susurros y ecos a través de la piedra, niña. Y me alegré por ello.

—¿Qué es la Prisión? —preguntó por fin Nesta.

—Un infierno sepultado en piedra —respondió Amren—. Lleno de criaturas que deberías agradecer a la Madre que ya no caminen libremente en la tierra.

Nesta frunció el ceño profundamente, pero cerró la boca.

—¿Como quién? —pregunté. Cualquier información adicional que pudiera tener…

Amren enseñó los dientes.

—Estoy dando una lección de magia, no de historia. —Hizo un gesto displicente—. Si quieres alguien con quien chismorrear, ve a buscar uno de los perros. Estoy segura de que Cassian todavía está husmeando en el piso de arriba.

Los labios de Nesta se tensaron.

Amren la señaló con un delgado dedo que terminaba en una afilada y bien cuidada uña.

—Concéntrate. Los órganos vitales deben estar protegidos en todo momento.

Di un golpe con la mano contra la puerta abierta.

—Seguiré buscando más información para ti en la biblioteca, Amren. —No obtuve ninguna respuesta—. Buena suerte —agregué entonces.

—Ella no necesita suerte —dijo Amren.

Nesta dejó escapar una risa sorda.

Tomé eso como la única despedida que tendría. Tal vez dejar que Amren y Nesta se entrenaran juntas había sido… una mala decisión. Aunque la perspectiva de soltarlas en la Corte de las Pesadillas… Sonreí un poco solo de pensarlo.

Cuando Mor, Rhys, Cassian y yo nos reunimos para cenar en la casa de la

ciudad —Azriel seguía haciendo labores de espionaje— mis músculos estaban tan doloridos que apenas pude subir la escalera de la entrada. El dolor era tal que cualquier plan que tuviera de visitar a Lucien en la casa después de la comida se esfumó. Mor estuvo malhumorada y en silencio todo el tiempo, sin duda anticipándose a la visita del día siguiente por la noche.

Había tenido que trabajar mucho con Keir a lo largo de los siglos, y sin embargo al día siguiente… Ella solo le había advertido a Rhys una vez mientras comíamos que debería analizar muy bien y a fondo cualquier ofrecimiento que Keir pudiera hacerle a cambio de su ejército. Rhys se encogió de hombros, diciendo que pensaría en ello cuando llegara el momento. Una respuesta que no lo era… y que hizo que Mor apretase los dientes.

No la culpaba. Mucho antes de la guerra, su familia la había maltratado de formas que yo no me permitía siquiera considerar. Y mucho menos un día antes de que fuera a encontrarme con ellos de nuevo…, a pedirles ayuda. A trabajar con ellos.

Rhys, que Madre lo bendiga, tenía un baño esperándome después de la comida.

Necesitaría todas mis fuerzas para el día siguiente. Para los monstruos a los que iba a enfrentarme bajo dos montañas muy diferentes.

No había visitado ese lugar desde hacía meses. Pero las paredes de piedra estaban igual que la última vez, la oscuridad interrumpida a tramos por antorchas sujetas a la pared.

No la Prisión. Sino Bajo la Montaña.

Sin embargo en lugar del cuerpo mutilado de Clare clavado cerca del techo…

Sus ojos de color gris azulado aún estaban muy abiertos de terror. Había desaparecido la arrogancia altanera, su desafiante barbilla de reina.

Nesta. Le habían hecho a ella precisamente, herida por herida, lo mismo que a Clare.

Y detrás de mí, gritos y súplicas…

Me volví y encontré a Elain, desnuda y llorando, atada a ese enorme torno. El mismo que alguna vez me habían amenazado con hacerme soportar.

Deformes, enmascarados inmortales movían las manijas de hierro, haciéndola girar…

Traté de moverme. Traté de arremeter.

Pero yo estaba congelada, firmemente atada al suelo con cadenas invisibles.

Una risa femenina llegó desde el otro extremo de aquella sala del trono. Desde el estrado. En ese momento vacío.

Vacío, porque esa era Amarantha, pavoneándose en la oscuridad, en algún corredor que no había estado allí antes, pero que se prolongaba alejándose hacia la nada.

Rhysand la seguía un paso detrás de ella. A aquel dormitorio.

Me miró por encima del hombro, solo una vez.

Por encima de sus alas. Sus alas, que estaban extendidas, que ella vería y destruiría, justo después de que…

Yo le estaba gritando para que se detuviera. Arremetiendo contra esos lazos. La súplica de Elain se hizo más fuerte, más y más aguda. Rhys siguió caminando con Amarantha. Que le cogió la mano y tiró de él.

No podía moverme, no podía detenerlo, no podía hacer nada…

Me sacaron del sueño como a un pececillo atrapado en una red lanzada a lo más profundo del océano.

Y cuando salí a la superficie…, me quedé allí a medias. Una mitad en mi cuerpo, la otra en Bajo la Montaña, observando…

—Respira.

Aquello era una orden. Entrelazada con ese modo primitivo de mandar que él raramente usaba.

Pero mis ojos se enfocaron. Mi pecho se expandió. Me deslicé un poco hacia atrás.

—Otra vez.

Así lo hice. Su rostro quedó a la vista cuando la luz inmortal cobró vida en el interior de sus lámparas y cuencos en nuestro dormitorio. Sus alas estaban muy apretadas, enmarcando su cabello despeinado, su rostro demacrado.

Rhys.

—Otra vez —dijo tan solo. Obedecí.

Mis huesos se habían vuelto frágiles, mi estómago estaba revuelto. Cerré los ojos, luchando contra las náuseas. El terror ondulante mantenía sus garras clavadas profundamente. Yo todavía podía verlo por la forma en que lo había llevado por ese pasillo. Hacia…

Me alcé, rodando hasta el borde del colchón y apretando fuerte mientras mi cuerpo trataba de arrojar su contenido sobre la alfombra. Su mano estuvo en un instante en mi espalda, frotándome en círculos relajantes. Del todo dispuesto a dejarme vomitar sin más al lado de la cama. Pero me concentré en mi respiración.

Me concentré en cerrar esos recuerdos, uno por uno. Unos recuerdos vueltos a pintar.

Me quedé medio tumbada sobre el borde durante incalculables minutos. Él me frotaba la espalda por todas partes.

Cuando finalmente pude moverme, cuando las náuseas desaparecieron…, me di la vuelta. Y al ver esa cara…, deslicé los brazos alrededor de su cintura, apretando con fuerza mientras él depositaba un beso silencioso en mi pelo, recordándome a mí misma una y otra vez que estábamos fuera. Que habíamos sobrevivido. Nunca más…, nunca más permitiría que alguien lo lastimara así. Que lastimara a mis hermanas de esa manera.

Nunca más.

Capítulo 22

Sentí la atención de Rhys puesta en mí mientras nos vestíamos a la mañana siguiente, y durante el abundante desayuno. Sin embargo, no insistió, no exigió saber lo que me había arrastrado a ese infierno de gritos.

Desde hacía mucho tiempo esas pesadillas nos arrancaban del sueño a alguno de los dos. Las imágenes eran borrosas.

Cuando estuvimos en el vestíbulo, esperando a Cassian antes de transportarnos a la cárcel, Rhys me preguntó desde donde se hallaba apoyado en el pasamano de la escalera:

—¿Necesitas hablar de ello?

Mis ropas de cuero ilyrio gimieron cuando me volví hacia él.

—Conmigo —aclaró Rhys—… o con cualquiera.

Le respondí con sinceridad, tirando del extremo de mi cabello.

—Con todo lo que tenemos encima, con todo lo que está en juego… —Dejé caer la trenza—. No lo sé. Creo que se ha roto algo…, una parte de mí que se estaba reparando lentamente.

—Reparándose gracias a los dos.

Él asintió, sin miedo ni reproche en los ojos.

Así que se lo dije. Todo ello. Trastabillaba en las partes que todavía me seguían haciendo daño. Él simplemente escuchó. Y cuando terminé, esa fragilidad continuó, pero… expresándose, transmitiéndosela a él en voz alta…

La salvaje presa de aquellos terrores se aflojó. Se desvaneció como el rocío se desvanece con el sol. Dejé escapar un largo suspiro, como si estuviera sacando con mi aliento esos miedos fuera de mí para dejar que mi cuerpo se aflojara a continuación.

Rhys se apartó en silencio de la barandilla y me besó. Una vez. Dos veces.

Cassian pasó por la puerta principal un instante más tarde y protestó diciendo que era demasiado temprano para soportar vernos besándonos. Mi compañero le gruñó antes de que nos tomara a ambos de la mano y nos transportara a la Prisión.

Rhys me apretó los dedos con más fuerza que de costumbre mientras el viento giraba alrededor de nosotros. Cassian se mantuvo prudentemente en silencio. Y en el momento en que salimos de ese viento negro y caótico, Rhys se inclinó para besarme por tercera vez, dulce y suave, antes de que la luz gris y el rugido del viento nos dieran la bienvenida.

Al parecer, la Prisión era fría y brumosa cualquiera que fuera la época del año.

De pie en la base de la montaña cubierta de musgo y roca bajo la cual la Prisión había sido construida, Cassian y yo fruncimos el ceño ante el ascenso por la ladera.

A pesar del cuero ilyrio con el que iba vestida, el frío se filtró hasta mis huesos. Me froté los brazos, alzando las cejas en dirección a Rhys, que había permanecido con su vestimenta habitual, tan fuera de lugar en esa mancha húmeda, ventosa y verde en medio de un mar gris.

El viento le despeinó el negro cabello mientras nos miraba. Cassian ya estaba observando la montaña como quien escruta a un oponente. Dos espadas ilyrias gemelas se cruzaban en la espalda musculosa del general.

—Cuando estés ahí —dijo Rhys, sus palabras apenas audibles por encima del viento y las corrientes plateadas que corrían por la ladera de la montaña—, no podrás comunicarte conmigo.

—¿Por qué? —Me froté las manos ya congeladas antes de echar una bocanada de aliento caliente en las palmas ahuecadas.

—Protecciones y hechizos mucho más antiguos que Prythian —fue lo único que dijo Rhys. Apuntó a Cassian con la barbilla—. No os perdáis de vista entre vosotros.

Fue la imponente seriedad con la que habló Rhys lo que me impidió replicarle.

Y también la mirada de mi compañero era dura. Mientras estuviéramos ahí, él y Azriel debían discutir lo que este había descubierto acerca de las preferencias de Otoño en esta guerra. Y luego ajustar la estrategia para la reunión

con los altos lores. Pero yo podía sentir ese impulso de pedirle que se uniera a nosotros. Que cuidara de nosotros.

—Cierra el lazo cuando vuelvas a salir —dijo Rhys, con una delicadeza que no coincidía con su mirada.

Cassian miró hacia atrás por encima del hombro.

—Tú vuelve a Velaris, mamá gallina. Estaremos bien.

Rhys le dirigió otra mirada inusualmente dura.

—Recuerda quién te puso donde estás, Cassian.

Este se limitó a recoger las alas, como si cada uno de sus músculos se preparara para la batalla. Firmes y sólidos como la montaña que estábamos a punto de subir.

Con un guiño dirigido a mí, Rhys desapareció.

Cassian revisó las sujeciones de sus espadas y me indicó que comenzara la larga caminata colina arriba. Todo dentro de mí se puso tenso ante la subida que teníamos por delante. Ante la chillona vacuidad de ese lugar.

—¿Quién te puso donde estás? —La tierra cubierta de musgo amortiguaba mis pasos.

Cassian se llevó un dedo con cicatrices a los labios.

—Será mejor dejar eso para otro momento.

Bien. Le seguí el ritmo sin apartarme de su lado. Me ardían los muslos por la empinada caminata. La niebla me helaba la cara. Con el fin de conservar su fuerza, Cassian no desperdiciaba una gota de energía para protegernos de los elementos.

—¿Realmente piensas que liberar al Tallador será útil contra Hybern?

—Tú eres el general —dije casi sin aliento—, dímelo tú.

Pensó mientras el viento le arremolinaba el pelo oscuro sobre el rostro bronceado.

—Incluso si le prometes que encontrarás una manera de enviarlo de vuelta a su propio mundo con el Libro, o le das cualquier cosa impía que él desee —reflexionó Cassian—, creo que sería mejor encontrar una manera de controlarlo en este mundo, o de lo contrario estaremos luchando contra enemigos en todos los frentes. Y ya sé quién será el que nos entregue.

—Así de malo es el Tallador.

—¿Preguntas esto justo antes de que nos veamos con él?

—Suponía —susurré— que Rhys se habría opuesto si era tan arriesgado.

—Es bien sabido que Rhys puede urdir planes que hacen que mi corazón se

detenga —gruñó Cassian—. Así que yo no contaría con él para ser la voz de la razón.

Fruncí el ceño mirando a Cassian, con lo que obtuve una sonrisa de lobo como respuesta.

Y el general escudriñó el pesado cielo gris, como si buscara ojos que lo estuvieran espiando. Luego observó el musgo y la hierba y las rocas debajo de nuestras botas buscando oídos que estuvieran escuchando.

—Había vida aquí —dijo, respondiendo finalmente a mi pregunta— antes de que los altos lores tomasen Prythian. Dioses viejos, los llamamos. Gobernaban los bosques, los ríos y las montañas…, algunos de ellos eran esas cosas. Entonces la magia pasó a los altos fae, que trajeron el Caldero y la Madre con ellos, y aunque los viejos dioses eran todavía adorados por unos pocos elegidos, la mayoría de la gente se olvidó de ellos.

Me agarré a una gran roca gris mientras pasaba sobre ella.

—¿El Tallador de Huesos era un viejo dios?

Se pasó una mano por el pelo y el Sifón brilló en la luz acuosa.

—Eso es lo que dice la leyenda. Junto con rumores de que es capaz de hacer caer a cientos de soldados con su aliento.

Un escalofrío me recorrió la piel, y no tenía nada que ver con el viento helado.

—Útil en un campo de batalla.

La piel dorada de Cassian palideció mientras sus ojos se agitaban ante tal pensamiento.

—No sin las precauciones adecuadas. No sin que él esté obligado a obedecernos so pena de su vida. —Cosa que yo tendría que descubrir cómo hacer, supuse.

—¿Cómo terminó aquí…, en la Prisión?

—No lo sé. Nadie lo sabe. —Cassian me ayudó a pasar sobre una roca agarrándome la mano con firmeza—. ¿Y cómo planeas sacarlo de la Prisión?

Me estremecí.

—Supongo que nuestra amiga lo sabrá, ya que ella consiguió salir.

Cuidado…, debíamos tener cuidado al mencionar el nombre de Amren aquí.

El rostro de Cassian se volvió solemne.

—Ella no habla de cómo lo hizo, Feyre. Yo tendría cuidado al pedirle que lo haga. —Ya que aún no le habíamos dicho a Amren dónde estábamos ese día. Ni lo que estábamos haciendo.

Pensé en decir algo más, pero por delante, muy arriba de la pendiente, las enormes puertas de hueso se abrieron.

Lo había olvidado. Había olvidado el peso del aire dentro de la Prisión. Como caminar a través del aire inmóvil de una tumba. Como robarle el aliento a la boca abierta de un cráneo.

Ambos teníamos una espada ilyria en la mano, con una luz inmortal moviéndose delante para mostrarnos el camino, de vez en cuando bailando y deslizándose por el brillante metal. Nuestras otras manos… Cassian apretó mis dedos con fuerza cuando me aferré a él mientras descendíamos a la eterna negrura de la Prisión. Nuestros pasos hacían crujir el suelo seco. No había puertas…, ninguna que pudiéramos ver.

Pero detrás de esa sólida roca negra, yo todavía podía sentirlas. Habría jurado que un débil sonido crujía en el pasadizo. Al otro lado de la roca.

Como si alguien estuviera pasando las uñas sobre ella. Algo enorme… y viejo. Y tranquilo como el viento a través de un campo de trigo.

Cassian guardaba un silencio absoluto, siguiendo algo…, contando algo.

—Esto podría ser… una muy mala idea —admití, apretando con fuerza su mano.

—Oh, sí. Ciertamente lo es —replicó Cassian con una débil sonrisa, mientras seguíamos bajando y bajando en el pesado silencio negro y susurrante—. Pero así es la guerra. No tenemos el lujo de las buenas ideas…, solo tenemos de las malas para elegir.

La puerta de la celda del Tallador de Huesos se abrió en el momento en que puse la mano sobre ella.

—Vale la pena el sacrificio de ser la compañera de Rhys —bromeó Cassian, a la vez que el blanco hueso se abría en la oscuridad.

Una leve risa reverberó en el interior.

La diversión se desvaneció de la cara de Cassian ante ese sonido…, mientras entrábamos en la celda todavía cogidos de la mano.

La esfera de luz inmortal seguía adelante, iluminando la celda tallada en la piedra.

Cassian gruñó ante lo que ella reveló. A quien reveló.

Totalmente diferente, sin duda, del mismo muchacho que en ese momento me sonreía a mí.

De cabello oscuro, con los ojos de un azul aplastante.

Me sobresalté ante el rostro del niño…, lo que yo no había notado en el primer momento. Lo que yo no había entendido.

Era el rostro de Rhysand. La coloración, los ojos…, era la cara de mi compañero.

Y la boca llena, ancha, del Tallador se curvó en esa horrible sonrisa… Esa era mi boca. La boca de mi padre.

El vello de los brazos se me erizó. El Tallador inclinó la cabeza saludando…, saludando y confirmando, como si supiera claramente lo que yo estaba viendo. A quién había visto y seguía viendo.

El hijo del alto lord. Mi hijo. Nuestro hijo. En caso de que sobreviviéramos el tiempo suficiente para concebirlo.

En caso de que yo no fallara en mi tarea de reclutar al Tallador. En caso de que no falláramos en unificar a los altos lores y a la Corte de las Pesadillas. Y mantener aquel muro intacto.

Fue un esfuerzo evitar que se me doblaran las rodillas. La cara de Cassian estaba lo bastante pálida para saber que lo que él veía… no era un hermoso joven.

—Me preguntaba cuándo volverías —dijo el Tallador. Su voz era dulce y a la vez terrible…, la voz de una criatura antigua que acechaba bajo ella—. Alta lady —agregó, dirigiéndose a mí—. Por favor acepta mis felicitaciones por tu unión. —Una mirada a Cassian—. Puedo oler el viento en ti. —Otra leve sonrisa—. ¿Me has traído un regalo?

Metí las manos en el bolsillo de mi chaqueta y saqué un trozo de hueso, no más grande que mi mano, y lo puse a los pies del Tallador.

—Esto es todo lo que queda del attor después de que lo aplastara en las calles de Velaris.

Aquellos ojos azules estaban llenos de impíos deleites. Yo ni siquiera sabía por qué habíamos guardado este fragmento. Comprendí que lo había guardado

hasta ahora precisamente para este tipo de cosas.

—Tan sedienta de sangre, mi nueva alta lady —ronroneó el Tallador, recogiendo el agrietado hueso para sostenerlo con esas manos pequeñas y delicadas. Y entonces dijo—: Huelo a mi hermana en ti, Rompemaldiciones.

Mi boca se secó. Su hermana…

—¿Se lo robaste a ella? ¿Tejió ella un hilo de tu vida en su telar?

La Tejedora del Bosque. Mi corazón retumbó como un trueno. Ninguna respiración podría estabilizarlo. La mano de Cassian apretó con fuerza la mía.

—Si te digo un secreto —le susurró el Tallador a Cassian—, corazón guerrero, ¿qué me darás?

Ninguno de nosotros habló. Tendríamos que pronunciar nuestras palabras con sumo cuidado.

El Tallador acarició el fragmento de hueso en la palma de su mano, con la atención fija en el rostro de piedra de Cassian.

—¿Y si te digo lo que la roca y la oscuridad y el mar más allá me susurraron, lord del derramamiento de sangre? Cómo se estremecieron de miedo en esa isla en el mar. Cómo temblaron cuando ella emergió. Ella tomó algo…, algo precioso. Y lo rompió con los dientes.

El rostro dorado de Cassian había perdido el color, sus alas apretadamente recogidas.

—¿Qué despertaste aquel día en Hybern, príncipe de los bastardos?

Mi sangre se heló.

—Lo que salió no fue lo que entró. —Una risa áspera agrietó el aire mientras el Tallador colocaba el fragmento de hueso en el suelo junto a él—. Qué adorable es ella… Nueva como un cervatillo y, sin embargo, antigua como el mar. Cómo te llama. Una reina, como mi hermana alguna vez fue. Terrible y orgullosa; hermosa como un amanecer de invierno.

Rhys me había advertido de la habilidad de los presos para mentir, para vender cualquier cosa, para quedar libres.

—Nesta —murmuró el Tallador de Huesos—. Nes-ta.

Apreté la mano de Cassian. Ya basta. Ya había suficiente de tanta broma y tanta burla. Pero él no me miró.

—¿Puedes oír cómo el viento gime su nombre? Nesta. Nesta. Nesta.

No estaba segura de que Cassian estuviera respirando.

—¿Qué hizo ella, ahogándose en la eterna oscuridad? ¿Qué fue lo que cogió?

Fue la mordedura en la última palabra la que rompió la cuerda que me

sujetaba.

—Si deseas descubrirlo, quizá debas dejar de hablar el tiempo suficiente para que podamos explicarlo.

Mi voz pareció liberar a Cassian de cualquier trance en el que hubiera estado sumido. Su respiración se aceleró, apretada y rápida, y me miró a la cara…, la disculpa en sus ojos.

El Tallador se rio entre dientes.

—Rara vez tengo compañía. Perdóname por querer hablar tanto. —Cruzó un tobillo sobre el otro—. ¿Y por qué buscas mis servicios?

—Conseguimos el Libro de los Alientos —dije como sin darle demasiada importancia—. Hay… hechizos interesantes en él. Códigos dentro de códigos dentro de los códigos. Alguien a quien conocemos ha descifrado la mayor parte de ellos. Todavía sigue buscando los demás. Hechizos que podrían… enviar a alguien como ella a su hogar. Y a otros como ella también.

Los ojos violeta del Tallador brillaron como una llama.

—Te escucho.

Capítulo 23

—Tenemos la guerra encima —le dije al Tallador—. El rumor sugiere que dispones de… regalos que pueden ser útiles en el campo de batalla.

Una sonrisa a Cassian, como si entendiera por qué se había unido a mí.

—A cambio de un precio —replicó el Tallador.

Y examinó su celda.

—Y tú piensas que yo quiero… regresar.

—¿Y no es así?

El Tallador cruzó las piernas debajo de su pequeño cuerpo.

—Del lugar del que venimos… no creo que quede ahora algo más que polvo a la deriva por una llanura. No hay hogar al que regresar. No es eso lo que deseo.

Pues él había estado allí antes de que Amren llegara…, decenas de miles de años…, quizá más. Me resistí a la sensación de decepción que empezaba a instalarse dentro de mí.

—Entonces, tal vez mejorar tus… condiciones de vida podría seducirte, si este mundo es donde quieres estar.

—Esta celda, Rompemaldiciones, es donde deseo estar. —El Tallador acarició la tierra a su lado—. ¿Crees que dejé que me atraparan sin tener una buena razón?

El cuerpo entero de Cassian pareció moverse…, más consciente y concentrado. Listo para sacarnos de allí.

El Tallador trazó tres círculos superpuestos y entrelazados en la tierra.

—Has conocido a mi hermana, mi gemela. La Tejedora, como ahora la llamas. Yo la conocía como Stryga. Ella y nuestro hermano mayor, Koschei. Qué encantados se sintieron en este mundo cuando caímos en él. Cómo los temían y

adoraban los antiguos fae. Si yo hubiera sido más valiente, podría haber esperado el momento oportuno…, cuando su poder se desvaneciera, cuando ese antiguo guerrero fae engañara a Stryga y le hiciera disminuir su poder para confinarla en el Medio. Koschei, también demasiado confiado y atado por su pequeño lago en el continente. Todo antes de Prythian, antes de que la tierra fuera tallada y de que un alto lord fuera coronado.

Cassian y yo esperamos, sin atrevernos a interrumpir.

—Inteligente, ese guerrero fae. Su linaje hace mucho tiempo que ha desaparecido, aunque un pequeño resto quizá todavía corre por algún linaje humano. —Sonrió, tal vez un poco tristemente—. Nadie recuerda su nombre. Pero yo sí. Ella habría sido mi salvación, si yo no hubiera hecho mi elección mucho antes de que ella caminara por esta tierra.

Esperé, esperé y esperé, separando los fragmentos de la historia que él exponía como migas de pan.

—Ella no pudo matarlos al final…, eran demasiado fuertes. Solo podían ser contenidos. —El Tallador pasó la mano por los círculos que había dibujado, borrándolos por completo—. Yo lo supe mucho antes de que ella los atrapara… Me ocupé de encontrar aquí mi camino.

—¿Ahorrarle tu presencia al mundo? —preguntó Cassian, con las cejas fruncidas.

Los ojos del Tallador ardían como la llama más feroz.

—Para esconderme de mis hermanos.

Parpadeé.

—¿Por qué?

—¡Ellos son dioses de la muerte, muchacha! —susurró el Tallador—. Tú eres inmortal…, has vivido tanto como para parecerlo. Pero mis hermanos y yo…, nosotros somos diferentes. Y ellos dos… son más fuertes. Mucho más fuertes de lo que yo siempre he sido. Mi hermana… encontró una manera de comerse la vida misma. De permanecer joven y hermosa para siempre gracias a las vidas que roba.

El tejido…, los hilos dentro de esa casa, el techo hecho de cabellos… Tomé nota mentalmente de arrojar a Rhys al Sidra por enviarme a esa cabaña.

Pero el propio Tallador…

—Si ellos son dioses de la muerte —dije—, entonces ¿qué eres tú?

Muerte. Me había preguntado una y otra vez sobre la muerte. Sobre lo que esperaba más allá, lo que se sentía. Adónde me había ido. Pensé que era mera

curiosidad, pero…

La cara de ese muchacho arrugada por la risa. La cara de mi hijo. La visión del futuro que una vez me habían mostrado hacía tantos meses atrás, como una especie de burla o encarnación de lo que yo no me atrevía a admitirme a mí misma. De lo que yo estaba más insegura. Y en ese momento…, ese muchacho… Un tipo diferente de burla, pues era el futuro que estaba a punto de perder.

—Soy un olvidado, eso es lo que soy. Y eso es lo que prefiero ser. —El Tallador apoyó la cabeza contra la pared de roca detrás de él—. Así que vas a descubrir que no quiero irme. Que no tengo ningún deseo de recordarles a mi hermana y a mi hermano que estoy vivo y en el mundo. Contenidos y disminuidos como están, su influencia sigue siendo… considerable.

—Si Hybern gana esta guerra —dijo Cassian con brusquedad—, podrías encontrarte con que las puertas de este lugar quedaran abiertas. Y tu hermana y tu hermano, liberados de sus propios territorios e interesados en hacerte una visita.

—Ni siquiera Hybern es tan tonto. —Soltó un suspiro de satisfacción—. Estoy seguro de que hay otros presos aquí a los que tu oferta les parecerá… tentadora.

Mi sangre rugió.

—¿Ni siquiera vas a considerar la posibilidad de ayudarnos? —Moví una mano en un gesto que abarcó toda la celda—. ¿Esto es lo que elegirás… por toda la eternidad?

—Si conocieras a mi hermano y a mi hermana, Feyre Rompemaldiciones, descubrirías que esta es una alternativa mucho más prudente y cómoda.

Abrí la boca, pero Cassian me apretó la mano en advertencia.

Suficiente. Habíamos dicho lo suficiente, revelado lo suficiente. Parecer tan desesperados… no nos ayudaría nada.

—Deberíamos irnos —me dijo Cassian, la viva imagen de calma inalterada —. Las delicias de la Ciudad Tallada nos esperan.

Efectivamente, llegaríamos tarde si no nos íbamos en ese momento. Le dirigí una mirada furiosa al Tallador a modo de despedida, y dejé que Cassian me condujera hacia la puerta abierta de la celda.

—Vais a la Ciudad Tallada —dijo el Tallador. No era del todo una pregunta.

—No creo que eso sea asunto tuyo —repliqué, mirando por encima del hombro.

El silencio del Tallador resonó a nuestro alrededor. E hizo que nos detuviéramos en el umbral.

—Un último intento —reflexionó, con sus ojos sobre nosotros— de recuperar el apoyo de toda la Corte Noche.

—Repito, no es asunto tuyo —le dije fríamente.

El Tallador sonrió.

—Negociarás con él. —Una mirada al tatuaje en mi mano derecha—. Me pregunto qué precio pedirá Keir. —Una risa sorda—. Interesante.

Cassian soltó un suspiro como de contención.

—Vamos, dilo.

El Tallador de Huesos calló otra vez, jugando con el fragmento de hueso del attor en el suelo, a su lado.

—Los remolinos en el Caldero giran en formas extrañas —murmuró, más para sí mismo que para nosotros.

—Vamos —indiqué, y me di la vuelta otra vez, arrastrando a Cassian conmigo.

—Mi hermana tenía una colección de espejos en su castillo negro —explicó el Tallador.

Nos detuvimos una vez más.

—Ella se admiraba día y noche en esos espejos, regodeándose en su juventud y su belleza. Había un espejo: el Ouroboros, lo llamaba ella. Era viejo incluso cuando nosotros éramos jóvenes. Una ventana al mundo. Se podía ver todo, todo podía ser contado a través de su oscura superficie. Keir lo tiene…, una reliquia de familia. Tráemelo. Ese es mi precio. El Ouroboros, y seré tuyo para que me des órdenes. Si puedes encontrar una manera de liberarme. —Esbozó una sonrisa odiosa.

Intercambié una mirada con Cassian, y ambos nos encogimos de hombros mirando al Tallador.

—Veremos —fue todo lo que dije antes de que saliéramos.

Cassian y yo estábamos sentados en una roca junto a una corriente plateada, respirando en la niebla fría. La Prisión se asomaba a nuestras espaldas, un terrible peso que obstruía el horizonte.

—Dijiste que sabías que el Tallador era un viejo dios —reflexioné—. ¿Sabías que era un dios de la muerte?

El rostro de Cassian estaba tenso.

—Supongo. —Cuando levanté una ceja, él aclaró—: Esculpe muertes en los huesos. Los ve. Disfruta de ellos. No fue difícil descubrirlo.

Lo pensé.

—¿Fuiste tú o Rhys quien sugirió que vinieras aquí conmigo?

—Yo quería venir. Pero Rhys… también lo adivinó.

Porque lo que habíamos visto en los ojos de Nesta ese día…

—Como llamados para gustar —murmuré.

Cassian asintió con firmeza.

—No creo que ni siquiera el Tallador sepa qué es Nesta. Pero yo quería ver…, por si acaso.

—¿Por qué?

—Quiero ayudar.

Fue una respuesta suficiente.

Nos quedamos en silencio, el arroyo gorgoteando al correr.

—¿Te asustarías de ella, si Nesta fuese… muerte? ¿O si el poder de ella viniera de ahí?

Cassian permaneció en silencio durante un largo rato.

—Soy un guerrero —dijo al fin—. He caminado junto a la muerte toda mi vida. Tendría más miedo por ella, por tener ese poder. Pero no miedo de ella. —Reflexionó, y añadió después de un instante—: Nada relacionado con Nesta podría asustarme.

Tragué saliva y le apreté la mano.

—Gracias.

No estaba segura de por qué dije eso, pero él asintió de todos modos.

Lo sentí antes de que apareciera, una chispa de felicidad besada por las estrellas flotó a través de mí justo cuando Rhys salió del aire.

—¿Y bien?

Cassian saltó de la roca y alargó la mano para ayudarme a bajar.

—No te va a gustar el precio que pide.

Rhys extendió las dos manos para transportarnos de vuelta a Velaris.

—Si lo que quiere son los platos elegantes de la cena, puede tenerlos.

Ni Cassian ni yo pudimos reírnos mientras ambos buscamos las manos extendidas de Rhys.

—Será mejor que traigas todas tus habilidades de negociación esta noche —fue todo lo que Cassian le murmuró a mi pareja antes de desvanecernos en la sombra.

Capítulo 24

Cuando volvimos a la casa de la ciudad en el pico de máximo calor de la tarde de verano, Cassian y Azriel echaron a suertes quién se quedaría en Velaris esa noche.

Ambos querían unirse a nosotros en la Ciudad Tallada, pero alguien tenía que cuidar la ciudad…, era parte de su protocolo. Y alguien debía proteger a Elain, aunque ciertamente no iba a pedirle eso a Lucien. Cassian, soltando palabrotas y quejándose, obtuvo el palo más corto, y Azriel solo le dio una palmada en el hombro antes de dirigirse a la casa para prepararse.

Lo seguí unos minutos más tarde, dejando que Cassian le contara a Rhys el resto de lo que el Tallador había dicho. Lo que quería a cambio.

Había dos personas que necesitaba ver en la casa antes de partir. Debería haber visitado a Elain más temprano, debería haber recordado que su boda habría sido en pocos días, pero… me maldije por olvidarlo. Y en cuanto a Lucien… No estaría de más, me dije, estar al tanto de dónde iba a encontrarse. Saber cómo había ido su conversación con Azriel el día anterior. Asegurarnos de que recordaba las reglas que habíamos establecido.

Pero quince minutos más tarde, yo estaba tratando de no estremecerme mientras caminaba por los pasillos de la Casa del Viento. El agradecido Azriel se había adelantado. Me transporté al cielo por encima del balcón más alto…, y como pensé que ese era tan buen momento como cualquier otro para practicar el vuelo, convoqué mis alas.

Y caí desde seis metros sobre la dura piedra.

Un viento juguetón evitó que en el choque me rompiera algún hueso, pero tanto mis rodillas como mi orgullo quedaron fuertemente magullados por mi

caída sin gracia por el aire.

Al menos nadie lo había presenciado.

Mis pasos rígidos, renqueando, como mínimo habían recuperado cierta elegancia cuando encontré a Elain en la biblioteca de la familia.

Seguía mirando con los ojos fijos en la ventana, pero estaba fuera de su habitación.

Nesta leía en su sillón habitual, con un ojo en Elain y el otro en el libro abierto en su regazo. Solo Nesta me miró cuando me deslicé a través de las puertas de madera tallada.

—Hola —murmuré, y cerré detrás de mí.

Elain no se volvió. Llevaba un vestido rosa pálido que no favorecía en absoluto a su piel amarillenta, el cabello castaño y dorado le caía suelto en pesados bucles sobre la delgada espalda.

—Es un buen día —les dije.

Nesta arqueó una elegante ceja.

—¿Dónde está tu colección de amigos?

Le dirigí una mirada de acero como respuesta.

—Esos amigos te han ofrecido refugio y comodidades. —Y entrenamiento, o lo que fuese que Amren estuviera haciendo—. ¿Estás lista para esta noche?

—Sí. —Nesta simplemente reanudó la lectura del libro en su regazo. Pura despedida.

Dejé escapar un pequeño resoplido que supe que la irritaría, y caminé a grandes zancadas hacia Elain. Nesta vigiló cada uno de mis pasos, como una pantera preparándose para atacar al menor indicio de peligro.

—¿Qué estás mirando? —le pregunté a Elain con voz suave, indiferente.

Tenía el rostro pálido, los labios exangües. Pero se movieron… levemente… cuando dijo:

—Puedo ver tan lejos ahora… Todo el camino hasta el mar.

Efectivamente, el mar más allá del Sidra era un brillo distante.

—Hay que acostumbrarse.

—Puedo oír tus latidos si escucho con atención. Puedo oír el latido del corazón de ella, también.

—Puedes aprender a ahogar los sonidos que te molestan. —Yo lo había hecho…, por mi cuenta. Me pregunté si Nesta también lo había hecho, o si ambas sufrían, escuchando los latidos de sus corazones día y noche. No miré a mi otra hermana para confirmarlo.

Los ojos de Elain finalmente se movieron hacia los míos. Era la primera vez que lo hacía.

Aun devastada por el dolor y la desesperación, la belleza de Elain era notable. El suyo era un rostro que podía poner a los reyes de rodillas. Y sin embargo, no había alegría en ella. Ni luz. Ni vida.

—Puedo oír el mar —dijo—. Incluso por la noche. Incluso en mis sueños. El mar que choca y los gritos de un pájaro hecho de fuego.

Fue muy difícil no mirar a Nesta. Incluso la casa de la ciudad estaba demasiado lejos para oír nada desde la costa cercana. Y en cuanto a algún pájaro de fuego…

—Hay un jardín…, en mi otra casa —dije—. Me gustaría que vinieras a cuidarlo, si quieres.

Elain tan solo se volvió hacia las soleadas ventanas mientras la luz bailaba en su cabello.

—¿Oiré las lombrices retorciéndose a través de la tierra? ¿O el crecimiento de las raíces? ¿El pájaro de fuego irá a sentarse en los árboles para mirarme?

No estaba segura de si debía contestar. Tuve que hacer un esfuerzo para no temblar.

Pero vi la mirada de Nesta, y advertí el rayo de dolor en la cara de mi hermana mayor antes de que se ocultara debajo de aquella fría máscara.

—Hay un libro que necesito que me ayudes a encontrar, Nesta —le dije, mirando las pilas de libros a mi izquierda.

Lo bastante lejos para tener privacidad, pero lo bastante cerca para estar disponible en caso de que Elain necesitara algo. O hiciera algo.

Algo en mi pecho se agrietó cuando los ojos de Nesta también se dirigieron a las ventanas delante de Elain.

Para comprobar, como yo también había hecho, si podían abrirse con facilidad.

Por suerte, estaban selladas de forma permanente, seguramente para evitar que algún tonto descuidado olvidara cerrarlas y arruinara los libros. Probablemente Cassian.

Nesta, sin decir una palabra, dejó su libro y me siguió por el pequeño laberinto de volúmenes amontonados, ambas atentas a lo que ocurría en la zona de estar.

Cuando estuvimos lo bastante lejos, levanté un escudo de viento sólido a nuestro alrededor para mantener cualquier sonido dentro.

—¿Cómo has conseguido que saliera de su habitación?

—Yo no he hecho nada —replicó Nesta, apoyada en un estante y con sus delgados brazos cruzados—. La he encontrado aquí. No estaba en la cama cuando he despertado.

Nesta debió de asustarse al encontrar su habitación vacía…

—¿Come normalmente?

—No. Me las arreglé para que bebiera un poco de caldo anoche. Rechazó cualquier otra cosa. Ha estado diciendo esos acertijos todo el día.

Me pasé una mano por el cabello, liberando al hacerlo mechones de la trenza.

—¿Ha sucedido algo que desencadenara…?

—No lo sé. Paso a verla cada pocas horas. —Nesta apretó la mandíbula—. Aunque ayer estuve ausente durante más tiempo.

—Cuando se estuvo entrenando con Amren. Rhys me informó que al terminar, los rudimentarios escudos de Nesta eran lo bastante sólidos para que Amren considerara que mi hermana estaba lista para esa noche.

Pero ahí, debajo de esa fría actitud…: culpa. Pánico.

—Dudo que haya pasado algo —dije rápidamente—. Tal vez se trata solo… de parte del proceso de recuperación. Su adaptación a ser inmortal.

Nesta no parecía convencida.

—¿Tiene poderes? ¿Como los míos?

«¿Y qué son exactamente esos poderes, Nesta?».

—No… no lo sé. No lo creo. A menos que este sea el primer signo de algo que se está manifestando.

Fue un esfuerzo no agregar: «Si hablaras de lo que pasó en el Caldero, tal vez tendríamos una mejor comprensión de ello».

—Démosle un día o dos…, y veamos qué sucede. Veamos si mejora.

—¿Por qué no lo haces ahora?

—Porque vamos a ir a la Ciudad Tallada dentro de unas pocas horas. Y tú no pareces inclinada a querer que nos metamos en tus cosas —le dije del modo más controlado que pude—. Creo que Elain tampoco lo quiere.

Nesta me miró, sin la menor chispa de emoción en su rostro, e hizo un breve gesto de asentimiento.

—Bueno, al menos ha salido de la habitación.

—Y del sillón.

Intercambiamos una rara y tranquila mirada.

Y luego le pregunté:

—¿Por qué no entrenas con Cassian?

La columna vertebral de Nesta se quedó rígida.

—¿Por qué solo puedo entrenar con Cassian? ¿Por qué no con el otro?

—¿Azriel?

—Él, o la rubia que no calla.

—Si te refieres a Mor…

—¿Y por qué debo entrenar? No soy un guerrero, ni deseo serlo.

—Podría hacerte fuerte…

—Hay muchos tipos de fuerza más allá de la capacidad de manejar una espada y segar vidas. Amren me lo dijo ayer.

—Dijiste que querías que nuestros enemigos murieran. ¿Por qué no matarlos tú misma?

Ella se observó las uñas.

—¿Para qué molestarme cuando alguien más puede hacerlo por mí?

Evité el impulso de frotarme las sienes.

—Somos…

Las puertas de la biblioteca se abrieron y bajé por completo mi escudo de aire sólido al oír el ruido de pasos acercándose, para luego detenerse súbitamente.

Agarré el brazo de Nesta para mantenerla inmóvil justo cuando se oyó la voz de Lucien:

—Has… salido de tu habitación.

Nesta se erizó y sus dientes destellaron. La agarré con más fuerza y levanté una pared de aire alrededor de nosotras…, para retenerla allí.

Las semanas de clausura de Elain no habían hecho nada para mejorar su estado. Tal vez esos casi acertijos eran una prueba de ello. Y aunque Lucien estuviera rompiendo las reglas que habíamos establecido…

Más pasos…, sin duda más cerca de donde Elain seguía junto a la ventana.

—Es… ¿Hay algo que pueda traerte?

Nunca había oído la voz de mi amigo en ese tono tan suave. Tan interesada y preocupada.

Quizá lo que iba a hacer me convertía en el más bajo tipo de entrometida, pero lancé mi mente hacia ellos. Hacia él.

Y entonces me encontré en el cuerpo de Lucien, en su cabeza.

«Demasiado delgada.

»Debe de estar sin comer nada.

»¿Cómo puede siquiera ponerse de pie?».

Los pensamientos pasaban por su cabeza uno tras otro. Su corazón tenía un ritmo violento y tempestuoso, y no se atrevía a abandonar su posición, apenas a un metro y medio de distancia. Elain todavía no se había vuelto hacia él, pero los estragos de su ayuno eran bastante evidentes.

«Tócala, huélela, prueba su sabor…».

Los instintos de él eran un río que corría. Apretó las manos a los costados.

No esperaba que ella estuviera aquí. La otra hermana —la víbora— era una posibilidad, pero era algo que estaba dispuesto a arriesgar. Aparte de hablar con el cantor de sombras el día antes —lo que había sido casi tan inquietante como él esperaba, aunque Azriel parecía un hombre bastante respetable—, encerrado en esa casa golpeada por el viento durante dos días. El pensamiento de otro encuentro había sido suficiente para hacer que se arriesgara a la ira de Rhysand.

Solo quería dar un paseo… y unos cuantos libros. Había pasado toda una era sin que tuviera tiempo libre para leer, y mucho menos para hacerlo por placer.

Pero ahí estaba ella.

Su compañera.

No era para nada como Jesminda.

Jesminda había sido toda risas y travesuras, demasiado salvaje y libre para ser contenida por la vida campesina en la que había nacido. Ella hacía bromas con él, se burlaba de él…, lo sedujo tan profundamente que él no quiso nada que no fuera ella. Ella lo veía no como el séptimo hijo de un alto lord, sino como un macho. Lo había amado sin cuestionarlo, sin vacilar. Ella lo había elegido.

Elain había sido… arrojada hacia él.

Miró hacia el servicio de té dispuesto en una mesa baja cercana.

—Voy a suponer que una de esas tazas pertenece a tu hermana.

De hecho, había un libro desechado en la silla habitual de la víbora. El Caldero ayuda al macho que termine enganchado a ella.

—¿Te molesta si me sirvo la otra?

Trató de sonar relajado, cómodo. Aun cuando su corazón volaba, volaba tan rápido que pensó que podría vomitar en la muy costosa y vieja alfombra. De Sangravah, a juzgar por los dibujos y los ricos colores.

Rhysand era muchas cosas, pero ciertamente tenía buen gusto.

Todo este lugar había sido decorado con dedicación y elegancia, con una tendencia a la comodidad más que a la pompa.

Él no quería admitir que le gustaba. No quería admitir que la ciudad le parecía hermosa.

Que el círculo de personas que ahora afirmaban ser la nueva familia de Feyre… Eso era lo que, hace mucho tiempo, alguna vez pensó que sería la vida en la corte de Tamlin.

Un dolor como un golpe en el pecho lo atravesó, pero cruzó la alfombra. Hizo un esfuerzo para mantener sus manos firmes mientras se servía una taza de té y se sentaba en la silla que quedaba frente a la silla vacía de Nesta.

—Hay una fuente de galletas. ¿Quieres una?

No esperaba que ella respondiera, y se dio a sí mismo todo un minuto más antes de levantarse y marcharse, con la esperanza de evitar el regreso de Nesta.

Pero la dorada luz del sol le llamó la atención…, y Elain se apartó lentamente de su vigilia en la ventana.

Él no había visto su rostro entero desde aquel día en Hybern.

Entonces se la veía demacrada, su semblante había sido dibujado y aterrorizado, vacía y entumecida por completo, el pelo pegado a la cabeza, los labios azules por el frío y el *shock*.

Al mirarla ahora…

Estaba pálida, sí. La vacuidad todavía cristalizada en sus facciones.

Pero no pudo respirar cuando ella lo miró directamente a los ojos. Era la mujer más hermosa que jamás hubiera visto.

La traición se deslizó por sus venas. Él le había dicho lo mismo a Jesminda alguna vez.

Pero aun cuando la vergüenza se apoderó de él, las palabras, los sentidos le cantaban: «Mía. Eres mía y yo soy tuyo. Compañera».

Los ojos de ella eran marrones como la piel de un cervatillo. Y habría jurado que algo brillaba en ellos cuando lo miró.

—¿Quién eres tú?

Sabía sin necesidad de explicaciones que ella era consciente de lo que él representaba para ella.

—Soy Lucien. Séptimo hijo del alto lord de la Corte Otoño.

Y un montón de nada. Le había contado al cantor de sombras todo lo que sabía… sobre sus hermanos supervivientes, sobre su padre, su madre…, había guardado algunos detalles irrelevantes y absolutamente personales para sí. Todo lo demás…, los aliados más cercanos de su padre, los cortesanos y los lores más conciliadores…, lo había entregado. Concedido, datado hacía algunos siglos.

Pero en su tiempo como emisario, por la información que había recogido, no era mucho lo que había cambiado. Todos actuaron igual en Bajo la Montaña, de todos modos. Y después de lo que había pasado con sus hermanos hacía unos días… No hubo rastros de culpa cuando le dijo a Azriel lo que sabía. Nada de lo que sentía cuando miraba hacia el sur…, hacia las dos cortes a las que había considerado su hogar.

Durante un largo rato, el rostro de Elain no se movió, pero sus ojos parecían haberse enfocado un poco más.

—Lucien —dijo por fin, y él apretó su taza de té para evitar estremecerse ante el sonido de su nombre en la boca de ella—. Las historias de mi hermana. —De su amiga.

—Sí.

Elain parpadeó lentamente.

—Estabas en Hybern.

—Sí. —Eso fue todo lo que pudo decir.

—Nos traicionaste.

Deseó que ella lo hubiera empujado por la ventana. Fue… un error.

Sus ojos se volvieron francos y fríos.

—Me iba a casar en unos días.

Él luchó contra la furia desaforada, contra el impulso irracional de encontrar al macho que la había reclamado para destrozarlo. Sus palabras eran un gruñido cuando reconoció:

—Lo sé. Lo siento.

Ella no lo amaba, no lo quería, no lo necesitaba. Era la novia de otro hombre.

La esposa de un hombre mortal. O lo habría sido.

Ella miró hacia otro lado…, hacia las ventanas.

—Puedo oír tu corazón —afirmó en voz baja.

No estaba seguro de cómo responder, por lo que no dijo nada y bebió su té, y se quemó la boca.

—Cuando duermo —murmuró ella—, puedo oír los latidos de tu corazón a través de la piedra. —Inclinó la cabeza, como si la vista de la ciudad tuviera alguna respuesta—. ¿Puedes tú oír mis latidos?

No estaba seguro de si realmente quería dirigirse a él, pero dijo:

—No, señora, no puedo.

Sus hombros demasiado delgados parecían curvarse hacia dentro.

—Nadie los oye nunca. Nadie me ha mirado nunca…, no realmente. —Un

enredo de palabras. Su voz se tensó hasta el susurro—. Él sí me miró. Me vio. Ahora ya no lo hará.

Su pulgar rozó el anillo de hierro en su dedo.

El anillo de otro macho, otra señal de que era reclamada…

Ya bastaba. Yo ya había oído lo suficiente, me había enterado de lo suficiente. Salí de la mente de Lucien.

Nesta estaba boquiabierta mirándome, aunque su rostro había perdido el color con cada palabra pronunciada entre ellos.

—¿Alguna vez has entrado en mi…?

—No —gruñí.

No quise preguntarle cómo sabía lo que yo había hecho. Y dejé caer el escudo alrededor de nosotras para dirigirme a la sala de estar.

Lucien, sin duda había oído nuestros pasos, y se sonrojó al vernos a Nesta y a mí. No tenía ni idea de que yo me había metido en su mente. La había registrado toda como un ladrón en la noche. Contuve la leve náusea.

Mi hermana mayor se limitó a decirle:

—Fuera.

Le lancé una mirada de furia a Nesta, y Lucien se levantó.

—He venido por un libro.

—Bueno, elige uno y vete.

Elain solo miraba por la ventana, sin darse cuenta… o indiferente.

Lucien no se dirigió a las pilas de libros. Simplemente se encaminó a las puertas abiertas.

Se detuvo entre ellas y nos dijo a Nesta y a mí:

—Ella necesita aire fresco.

—Nosotras decidiremos lo que ella necesita.

Habría jurado que su pelo de color rubí brillaba como metal fundido mientras su mal humor aumentaba. Pero se desvaneció, con el ojo rojo fijo en mí.

—Llévala al mar. Llévala a un jardín. Pero sácala de esta casa durante una hora o dos.

Luego se alejó.

Miré a mis dos hermanas. Encerrada aquí, muy por encima del mundo.

—Os vais a mudar a la casa de la ciudad ahora mismo —les dije a ellas…, a Lucien, que se detuvo en el oscuro pasillo del exterior.

Nesta, para mi sorpresa, no se opuso.

Rhys tampoco dijo nada cuando le envié mi decisión por el lazo, pidiéndole a él, a Cassian y a Azriel que nos ayudaran a trasladarlas. Mi compañero simplemente prometió asignar a mis hermanas dos dormitorios en el pasillo al otro lado de la escalera. Y un tercero para Lucien en nuestro lado del pasillo. Bien lejos de Elain.

Treinta minutos más tarde, Azriel llevó a Elain. Mi hermana iba en silencio, sin reacción, en sus brazos.

Nesta había parecido lista para salir del balcón en vez de dejar que Cassian, ya vestido y armado para vigilar la casa de la ciudad esa noche, la alzara, así que la empujé hacia Rhys, empujé a Lucien hacia Cassian y yo volé de regreso por mí misma.

O lo intenté…, de nuevo. Ascendí durante medio minuto, saboreando el purificador sonido del viento, antes de que mis alas vacilaran; mi espalda se tensó, y la caída se volvió insoportablemente mortal. Me transporté el resto del camino a la casa de la ciudad, y acomodé jarrones y estatuillas en la sala de estar mientras los esperaba a todos ellos.

Azriel llegó primero, sin sombras a la vista, con mi hermana, que era una masa pálida, dorada, en sus brazos. Él también llevaba su armadura ilyria, el castaño dorado del pelo de Elain enganchado en algunas de las placas negras en el pecho y los hombros del cantor de sombras.

La depositó suavemente en la alfombra del vestíbulo, después de atravesar la puerta principal.

Elain observó su rostro paciente, solemne.

Azriel apenas sonrió.

—¿Quieres que te enseñe el jardín?

Ella parecía tan pequeña delante de él, tan frágil comparada con las placas de su armadura de cuero para el combate, la anchura de sus hombros. Las alas desplegadas.

Pero Elain no se apartó de él, no se alejó mientras asentía con la cabeza, solo una vez.

Azriel, con la gracia de todo cortesano, le ofreció un brazo. No podría decir si ella estaba mirando al Sifón azul o su piel con cicatrices cuando suspiró:

—Hermoso.

El color floreció en las mejillas doradas de Azriel, e inclinó la cabeza en agradecimiento para luego conducir a mi hermana hacia las puertas traseras, hacia el jardín. La luz del sol los envolvió.

Un momento después, Nesta entraba con paso firme por la puerta principal, su rostro con un notable tono verdoso.

—Necesito… un baño.

Vi la mirada de Rhys mientras rondaba por detrás, con las manos en los bolsillos.

¿Qué has hecho?

Sus cejas se alzaron. Y apunté a Nesta, que iba hacia el tocador debajo de la escalera, donde desapareció tras cerrar la puerta.

¿Yo? —Rhys se apoyó en el poste inferior de la barandilla—. *Ella se ha quejado de que yo estaba volando deliberadamente lento. Así que he ido rápido*.

Cassian y Lucien aparecieron, sin mirarse el uno al otro. Pero la atención de Lucien se dirigió hacia el pasillo que iba al interior. Sus fosas nasales se dilataron al oler el rastro de Elain. Y con quién había ido.

Dejó escapar un leve gruñido…

—Relájate —le recomendó Rhys—. El estilo de Azriel no es ser encantador.

Lucien le dirigió una mirada de enfado.

Afortunadamente, o quizá no, el vómito de Nesta rompió el silencio. Cassian se quedó boquiabierto ante Rhys.

—¿Qué has hecho?

—Yo le he preguntado lo mismo —dije, cruzando los brazos—. Me ha respondido que había volado con rapidez.

Nesta vomitó de nuevo. Luego, silencio.

Cassian suspiró mirando al techo.

—Nunca volverá a volar.

El pomo de la puerta giró y tratamos…, o al menos Cassian y yo lo intentamos…, de no dar la impresión de que habíamos estado escuchando. El rostro de Nesta todavía era verde pálido, y… sus ojos ardían.

No había manera de describir ese ardor, e incluso pintarla habría sido un fracaso.

Sus ojos seguían siendo del mismo color gris azulado que los míos. Y sin embargo…

El mineral fundido fue todo en lo que yo pude pensar. Mercurio puesto al fuego.

Ella avanzó un paso hacia nosotros. Toda su atención fija en Rhys.

Cassian se interpuso con aire despreocupado en su camino, las alas estrechamente recogidas. Los pies separados y apoyados en la alfombra. Una posición de pelea…, relajada, pero… sus Sifones brillaban.

—¿Sabes —dijo Cassian— que la última vez que me metí en una pelea en esta casa fui expulsado por un mes?

La mirada ardiente de Nesta se deslizó hacia él, todavía indignada, pero con cierto tono de incredulidad.

—Fue culpa de Amren, por supuesto —continuó diciendo—, pero nadie me creyó. Y nadie se atrevió a desterrarla.

Ella parpadeó lentamente.

Pero su mirada ardiente se volvió mortal. O tan mortal como uno de nosotros podría ser.

Hasta que Lucien suspiró:

—¿Qué eres tú?

Cassian no parecía atreverse a concentrarse en Nesta. Y mi hermana lentamente miró a Lucien.

—Hice que devolviera algo —dijo con una calma aterradora. El Caldero. El vello de mis brazos se erizó. La mirada de Nesta voló hacia la alfombra, luego a un lugar en la pared—. Quiero ir a mi habitación.

Tardé unos instantes en darme cuenta de que me había hablado a mí. Me aclaré la garganta.

—Sube la escalera, a tu derecha. Segunda puerta. O tercera…, la que más te guste. La otra es para Elain. Tenemos que irnos en… —Miré el reloj de la sala de estar—. Dos horas.

Un movimiento superficial de cabeza fue su único reconocimiento y agradecimiento.

La vimos mientras subía los escalones, su vestido de color lavanda arrastrándose detrás de ella, una mano esbelta apoyada en la barandilla.

—Lo siento —se disculpó Rhys, dirigiéndose a Nesta.

La mano apretada en la barandilla, el blanco de los nudillos se veía a través de su piel pálida; no dijo nada mientras seguía subiendo.

—¿Es posible ese tipo de cosas? —murmuró Cassian cuando la puerta de su habitación ya se había cerrado—. ¿Que alguien tome algo del Caldero, de su esencia?

—Parece ser que sí —musitó Rhys, y luego le dijo a Lucien—: La llama de

sus ojos no era de tu clase habitual, supongo.

Lucien negó con la cabeza.

—No. No era algo salido de mi propio arsenal. Eso era… hielo tan frío que ardía. Hielo que, de todos modos…, fluye como la llama. O llama hecha de hielo.

—Creo que es muerte —dije en voz baja.

Sostuve la mirada de Rhys, como si fuera de nuevo la cuerda que me había mantenido atada a este mundo.

—Creo que el poder es muerte…, muerte hecha carne. O lo que sea el poder que el Caldero tiene sobre tales cosas. Por eso el Tallador se ha enterado…, ha oído hablar de ella.

—Madre sagrada —exclamó Lucien, pasándose una mano por el pelo.

Cassian le hizo un gesto solemne.

Pero Rhys se frotó el mentón sopesando, pensando. Luego dijo simplemente:

—Solo Nesta podía conquistar la muerte… y además, saquearla.

No era de extrañar que no quisiera hablar con nadie sobre ello…, no quería dar testimonio en nuestro nombre. Fueron meros segundos para nosotros mientras ella estuvo abajo.

Nunca le pregunté a ninguna de mis hermanas cuánto tiempo había transcurrido para ellas dentro de ese Caldero.

—Azriel sabe que estás mirando —dijo Rhys desde donde estaba ante el espejo de nuestro dormitorio, ajustando las solapas de su chaqueta negra.

La casa de la ciudad era un silencioso frenesí de actividad mientras nos preparábamos para salir. Mor y Amren habían llegado hacía ya media hora. La primera se dirigió al salón, la otra llevaba un vestido para mi hermana. No me atreví a pedirle a Amren que me enseñara lo que había seleccionado para Nesta.

«Entrenamiento», había dicho Amren días atrás. Había objetos mágicos en la Corte de las Pesadillas que mi hermana podría estudiar esa noche, mientras nosotros nos ocupábamos de Keir. Me pregunté si el Ouroboros sería uno de ellos, y tomé nota mental para preguntarle a Amren qué sabía del espejo que tanto deseaba el Tallador. Y que yo de alguna manera tendría que convencer a Keir para que esa noche nos lo entregara.

Lucien se había ofrecido para hacer algo útil mientras estuviéramos ausentes. Iba a leer algunos de los textos que se apilaban en las mesas de la sala de estar. Amren solo había gruñido ante el ofrecimiento, cosa que, le dije a Lucien, equivalía a un sí.

Cassian ya estaba en el tejado, afilando tranquilamente sus hojas de acero. Le pregunté si en realidad nueve espadas eran necesarias, y él tan solo me respondió que no hacía daño estar preparado, y que si yo tenía tiempo suficiente para cuestionarlo, entonces debería tener tiempo suficiente también para hacer otra serie de ejercicios de entrenamiento. Rápidamente me fui, haciendo un gesto vulgar dirigido a él.

Mi cabello todavía estaba húmedo después del baño que acababa de tomar; me puse mis pesados pendientes en los lóbulos de las orejas y miré por la ventana de nuestro dormitorio, vigilando el jardín de abajo.

Elain estaba sentada en silencio junto a una de las mesas de hierro forjado, con una taza de té delante de ella. Azriel estaba tumbado en la *chaise longue* sobre las piedras grises, con sus alas puestas al sol y leyendo lo que parecía ser una pila de informes acerca de la Corte Otoño que tenía previsto entregarle a Rhys una vez que lo hubiera ordenado todo. Ya vestido para la Ciudad Tallada…, la brutal y hermosa armadura, tan poco acorde con el encantador jardín. Y mi hermana sentada allí con él.

—¿Por qué no los convertís en compañeros? ¿Por qué Lucien?

—Yo no le haría esa pregunta a él.

—Hablo en serio. —Me volví hacia Rhys y crucé los brazos—. ¿Qué lo decide? ¿Quién lo decide?

Rhys enderezó sus solapas antes de quitar alguna pelusa invisible de ellas.

—El destino, la Madre, remolinos que giran en el Caldero…

Rhys.

Él me miraba en el reflejo del espejo mientras me dirigía a mi armario. Abrí las puertas para sacar el vestido que ya había seleccionado.

Restos de negro reluciente, una versión ligeramente más recatada de lo que me había puesto en la Corte de las Pesadillas hacía meses.

—Dijiste que tu madre y tu padre estaban equivocados el uno respecto del otro; Tamlin dijo que sus padres estaban equivocados el uno respecto del otro. —Me quité la bata—. Así que no puede ser un sistema perfecto para formar parejas. ¿Qué pasa si —apunté con la barbilla hacia la ventana, a mi hermana y

al cantor de sombras en el jardín— eso es lo que ella necesita? ¿No hay libre albedrío? ¿Y si Lucien desea la unión pero ella no?

—Un lazo de apareamiento puede ser rechazado —comentó Rhys con delicadeza. Los ojos le brillaban en el espejo mientras bebía cada centímetro de piel desnuda que yo tenía a la vista—. Se puede elegir. Y a veces, sí…, el lazo escoge mal. A veces, el lazo no es más que algunas… conjeturas ordenadas antes acerca de quién va a proporcionar los vástagos más fuertes. En su nivel más bajo, es quizá solo eso. Alguna función natural, no una indicación de auténticas parejas de almas. —Me sonrió…, pensando tal vez en la rareza de lo que teníamos nosotros—. Aun así —continuó Rhys—, siempre habrá alguna… duda. Para las hembras, por lo general, es más fácil de ignorar, pero los machos… Puede volverlos locos. Es su destino luchar hasta el final, pero algunos creen que tienen derecho a la mujer. Aun después de que el lazo sea rechazado, la ven como de su propiedad. A veces vuelven para desafiar al macho que ellas eligen por sí mismas. A veces termina en la muerte. Es salvaje, y es feo, y misericordiosamente no sucede a menudo, pero… muchos compañeros apareados intentarán hacer que funcione, creyendo que el Caldero los seleccionó por alguna razón. Años más tarde se darán cuenta de que tal vez el apareamiento no es ideal en espíritu.

Saqué el cinturón oscuro y enjoyado de un cajón del armario y me lo puse bajo, apoyado sobre las caderas.

—Así que estás diciendo que ella podría escapar… y Lucien tendría carta blanca para matar a quien ella quisiera como compañero.

Rhys al final se apartó del espejo, con sus ropas oscuras y perfectas. Impecablemente cortadas para su cuerpo. Nada de alas esa noche.

—No hay carta blanca en mis tierras. Ha sido ilegal en nuestro territorio durante mucho mucho tiempo que los hombres hagan eso. Incluso antes de que yo naciera. En otras cortes no es así. En el continente, hay territorios en los que creen que las hembras pertenecen literalmente a su pareja. Pero no aquí. Elain tendría nuestra completa protección si rechaza el lazo. Pero seguirá siendo un lazo, por muy debilitado que sea, que la seguirá durante el resto de su existencia.

—¿Crees que ella y Lucien podrían entenderse bien? —Saqué un par de sandalias y metí los pies en ellas antes de comenzar a trabajar en las ataduras.

—Tú los conoces mejor que yo. Pero debo decir que Lucien es leal…, ferozmente leal.

—Y así es Azriel también.

—Azriel —precisó Rhys— ha estado interesado por la misma mujer durante los últimos cinco siglos.

—¿El lazo de apareamiento no habría encajado para ellos, si existe?

Los ojos de Rhys se cerraron.

—Creo que esa es una pregunta que Azriel se ha estado haciendo todos los días desde que conoció a Mor. —Suspiró cuando terminé con un pie y comencé con el otro—. ¿Puedo pedirte que no juegues a casamentera? Deja que lo solucionen ellos.

Me levanté y apoyé las manos en las caderas.

—¡Yo nunca me metería en medio de los asuntos de otra persona!

Él levantó una ceja en un desafío silencioso. Y yo sabía muy bien a qué se refería.

Mi estómago se puso tenso cuando me senté en el tocador y empecé a trenzarme el cabello en una corona sobre mi cabeza. Quizá fui una cobarde, por no haberle preguntado en voz alta, pero dije por el lazo:

¿Ha sido una violación… entrar en la mente de Lucien de esa manera?

No puedo responder eso por ti.

Rhys se acercó y me alcanzó una horquilla.

Sujeté con ella una sección de trenza.

Necesitaba estar segura… de que no estaba a punto de tratar de hacerse con ella, de vendernos.

Me dio otra.

¿Y has obtenido alguna respuesta?

Trabajamos juntos, fijando mi cabello en su lugar.

Creo que sí. No ha sido solo sobre lo que él pensaba…, era… el sentimiento. No he sentido ninguna mala voluntad, ninguna connivencia. Solo preocupación por ella. Y… dolor. Anhelo.

Sacudí la cabeza.

¿Se lo digo? ¿Lo que he hecho?

Rhys sujetó una sección de mi pelo que me era difícil de alcanzar.

Tienes que considerar si el coste vale la pena para aliviar tu culpa.

El coste era la confianza de Lucien en mí, en ese lugar.

He cruzado una línea.

Pero lo has hecho para consolidar la seguridad de las personas que amas.

No me he dado cuenta…

Me callé, negando con la cabeza otra vez.

Él me puso una mano junto al cuello.

¿No te has dado cuenta de qué?

Me encogí de hombros, encorvada en el taburete tapizado.

De que sería tan complicado. —Una oleada de calor me inundó el rostro—. *Sé que suena terriblemente naíf…*

Siempre es complicado, y nunca se vuelve más fácil, no importa cuántos siglos lo hayas estado haciendo.

Empujé las horquillas adicionales en el tocador.

Es la segunda vez que me he metido en su mente.

Entonces dile que es la última y termina con eso.

Parpadeé y alcé la cabeza. Había pintado mis labios en un tono de rojo tan oscuro que era casi negro, y se apretaron en una delgada línea.

Lo hecho, hecho está —aclaró—. *Sufrir por ello no cambiará nada. Te has dado cuenta de que era una línea que no te ha gustado cruzar, de modo que no vas a cometer ese error de nuevo.*

Me removí en mi asiento.

¿Tú lo habrías hecho?

Rhys lo pensó.

Sí. Y me habría sentido igual de culpable después.

Oír eso resolvía algo, en el fondo. Asentí con la cabeza una vez, dos veces.

Si quieres sentirte un poco mejor —agregó—, *Lucien técnicamente ha violado las reglas que establecimos. Así que tenías derecho a mirar en su mente. Aunque solo fuera para cuidar la seguridad de tu hermana. Él ha cruzado la línea primero.*

Ese comentario me alivió un poco más. *Tienes razón*.

Y asunto terminado.

Miré a Rhys en el espejo mientras una corona oscura aparecía en sus manos. La de plumas de cuervo que le había visto usar a él… o a su gemela femenina. Una tiara… que suavemente, con reverencia, puso delante de la trenza que habíamos fijado en su sitio sobre mi cabeza. La corona original… apareció en la cabeza de Rhys un momento después.

Juntos, miramos nuestro reflejo. Lord y lady Noche.

—¿Lista para ser malvada? —ronroneó en mi oído.

Los dedos de mis pies se curvaron ante la caricia de esa voz…, con el recuerdo de la última vez que habíamos ido a la Corte de las Pesadillas. Cuando me había sentado en su regazo…, donde sus dedos se movieron por todas partes.

Me levanté de la banqueta para mirarlo completamente de frente. Sus manos recorrieron la piel desnuda sobre mis costillas. Entre mis pechos. Por el exterior de mis muslos. Ah, él también lo recordaba.

—Esta vez —susurré, besándole el zarcillo de tatuaje que se asomaba justo por encima del cuello de la chaqueta negra de Rhys—, haré que Keir implore.

Capítulo 25

Amren no había vestido a Nesta con telarañas y polvo de estrellas, como íbamos vestidas Mor y yo. Y tampoco había vestido a Nesta con su propio estilo de pantalones amplios y una blusa recortada.

Lo había resuelto de manera simple. Brutal.

Un vestido de impenetrable negro flotó sobre el suelo de mármol oscuro de la sala del trono de la Ciudad Tallada, mangas y corpiño ajustados al cuerpo, con el escote rozando la base de su pálida garganta. El cabello de Nesta estaba recogido con un estilo sencillo que destacaba las líneas de su rostro y la salvaje claridad de sus ojos al contemplar a la multitud allí reunida, las altas columnas y las bestias con escamas envolviéndolas, el imponente estrado con el trono encima de él…, y ella no se amedrentó.

Es más, la barbilla de Nesta simplemente se fue elevando con cada paso que daba hacia ese estrado.

Y qué trono, me di cuenta…, ese poderoso trono de retorcidas y escamosas bestias.

Rhys también se dio cuenta. E hizo planes para ello.

Mi hermana y los demás se reunieron al pie del estrado, para ocupar posiciones laterales en la base del mismo. Sin miedo, sin alegría, sin luz en sus rostros. Azriel, al lado de Mor, se veía terriblemente calmado mientras observaba a los allí reunidos. Miró con atención a Keir, de pie junto a una mujer de pelo dorado que debía de ser la madre de Mor, quien a su vez nos miraba burlón. «No les prometas nada», me había advertido Mor.

Rhys me tendió una mano para subir los peldaños del estrado. Mantuve la cabeza en alto, con la espalda recta, mientras agarraba sus dedos y subía los

pocos escalones. Hacia ese trono solitario.

Rhys solo me guiñó un ojo mientras me acompañaba al trono con unos movimientos tan gráciles y suaves como una danza.

Se oyó el susurro de la muchedumbre cuando me senté. La piedra negra se sentía muy fría contra mis muslos desnudos.

Tan solo quedaron boquiabiertos en cuanto Rhys se sentó en el brazo del trono, me sonrió, y le ordenó a la Corte de las Pesadillas:

—Reverencia.

Porque no se habían inclinado. Y conmigo sentada en ese trono…

Sus rostros seguían siendo una mezcla de sorpresa y desdén cuando todos se arrodillaron.

Evité mirar a Nesta cuando no tuvo más remedio que hacer lo mismo que los demás.

Pero me obligué a fijar la vista en Keir, a la hembra a su lado, a cualquiera que se atreviera a mirarme a los ojos. Me obligué a recordar lo que le habían hecho a Mor, que en ese momento se inclinaba con una sonrisa en el rostro, cuando ella era apenas una niña. Algunos en la corte evitaban mirarla a los ojos.

—Voy a interpretar la falta de dos tronos como consecuencia del hecho de que esta visita os ha sido anunciada repentinamente —dijo Rhys con una calma letal—. Y dejaré que todos vosotros escapéis sin que la carne os haya sido arrancada de los huesos como mi regalo de apareamiento a vosotros. Nuestros leales súbditos —añadió, apenas sonriendo.

Pasé un dedo sobre la espiral de una de las bestias que conformaban los brazos del trono. Nuestra corte. Parte de ella.

Y necesitábamos que pelearan con nosotros. Que aceptaran hacerlo… esa misma noche.

La boca que yo había pintado con ese oscuro, oscuro rojo, se abrió en una sonrisa perezosa. Zarcillos de poder serpentearon hacia el estrado, pero no se atrevieron a aventurarse más allá del primer escalón. Probándome…, tanteando qué poderes podría tener yo. Pero sin llegar tan cerca que pudiera ofender a Rhysand.

Los dejé acercarse cada vez más, husmeando alrededor, mientras le decía a Rhys, a la sala del trono:

—Seguramente, mi amor, a ellos les gustaría estar ahora de pie.

Rhys me sonrió, y luego ordenó a la multitud.

—De pie.

Lo hicieron. Y algunos de esos zarcillos de poder se atrevieron a subir el primer escalón.

Salté.

Tres jadeos se ahogaron por toda la sala cuando lancé una magia afilada como garras sobre esos poderes demasiado curiosos. Clavé hondo y con fuerza. Un gato con un pájaro bajo su zarpa. Varios de ellos.

—¿Quieres que te lo devuelva? —le pregunté en voz baja a nadie en particular. Cerca del pie del estrado, Keir fruncía el ceño por encima de un hombro, la diadema de plata brillaba sobre su pelo dorado. Alguien lloriqueaba en la parte de atrás de la sala.

—¿No sabéis —le ronroneó Rhys a la multitud— que no es de buena educación tocar a una dama sin su permiso?

En respuesta, hundí esas garras oscuras un poco más, y la magia de quienquiera que se hubiera atrevido a ponerme a prueba fue pisoteada y aplastada.

—Sed corteses —bromeé con la multitud.

Y los dejé ir.

Tres flujos de movimiento separados luchaban por mi atención. Alguien simplemente se había transportado, para escapar. Otro se había desmayado. Y un tercero se aferraba temblando a quienes estaban junto a él. Registré todos sus rostros.

Amren y Nesta se acercaron al pie del estrado. Mi hermana miraba como si nunca me hubiera visto. No me atreví a romper mi máscara de espléndida frialdad. No me atreví a preguntar si los escudos de Nesta seguían firmes…, por si alguien hubiera intentado también ponerla a prueba a ella. El imperioso rostro de Nesta no expresaba nada.

Amren inclinó la cabeza hacia Rhys, hacia mí.

—Con tu permiso, alto lord.

Rhys agitó una mano displicente.

—Podéis iros. Disfrutad. —Movió el mentón hacia la multitud que observaba—. Comida y música. Ahora.

Fue obedecido. De inmediato.

Mi hermana y Amren desaparecieron antes de que la multitud pudiera empezar a moverse, dirigiéndose a esas puertas imponentes para atravesarlas y perderse en la oscuridad. Iban a jugar con algunos de los tesoros mágicos que

allí se guardaban para que Nesta pudiera practicar para cuando Amren descubriera cómo tapar los agujeros del muro.

Unas cuantas cabezas se volvieron en dirección a ellas…, luego, rápidamente, desviaron la mirada hacia otro lado cuando Amren los miró a su vez.

«Que se muestre algo del monstruo de su interior».

Todavía no le habíamos dicho nada de la visita al Tallador de Huesos…, de la visita a la Prisión. Algo un poco parecido a la culpa se retorcía en mi estómago. Aunque supuse que tenía que acostumbrarme a ello cuando Rhys movió un dedo hacia Keir y dijo:

—Sala del consejo. Diez minutos.

Los ojos de Keir se estrecharon ante la orden, la hembra a su lado mantuvo la cabeza inclinada…, la imagen de la sumisión. Lo que se suponía que Mor debería haber sido.

Mi amiga estaba realmente mirando a sus padres con una indiferencia fría en la cara. Azriel se mantenía a un paso, supervisándolo todo.

No permití que me vieran demasiado interesada…, demasiado preocupada…, cuando Rhys me ofreció una mano y nos levantamos del trono. Y partimos para hablar de guerra.

La cámara del consejo de la Ciudad Tallada era casi tan grande como el salón del trono. Estaba tallada en la misma roca oscura, sus pilares esculpidos con esas bestias entrelazadas.

Muy por debajo del techo alto y abovedado, una gigantesca mesa de cristal negro dividía la habitación en dos como un relámpago, con las esquinas largas y dentadas. Afiladas como una navaja.

Rhys ocupó el asiento de la cabecera de la mesa. Yo el del extremo opuesto. Azriel y Mor encontraron asientos en un lado, y Keir se acomodó en el otro.

Una silla a su lado permaneció vacía.

Rhys se recostó en su oscura silla, haciendo girar el vino que le había escanciado un sirviente con cara de piedra un momento antes. Requirió un esfuerzo por mi parte no darle las gracias al hombre que había llenado mi copa.

Pero aquí, yo no le daba las gracias a nadie.

Aquí, yo tomaba lo que era mío, y sin mostrar gratitud o pedir disculpas por ello.

—Sé por qué estás aquí —dijo Keir sin ningún tipo de preámbulo.

—¿Ah, sí? —La ceja de Rhys se arqueó mostrando curiosidad.

Keir nos examinó y el disgusto era obvio en su hermoso rostro.

—Hybern es un hervidero. Tus legiones —lanzó un gesto despreciativo a Azriel, a los ilyrios que él representaba— se están organizando. —Keir entrelazó sus largos dedos y los puso sobre el vidrio oscuro—. Tu intención es pedir que mis Portadores de Oscuridad se unan a tu ejército.

Rhys bebió su vino.

—Bueno, al menos me has ahorrado el esfuerzo de dar vueltas alrededor del tema.

Keir sostuvo su mirada sin parpadear.

—Confesaré que siento cierta… simpatía por la causa de Hybern.

Mor se movió ligeramente en su asiento. Azriel fijó su helada mirada que todo lo ve en Keir.

—No serías el único —respondió fríamente Rhys.

Keir frunció el ceño mirando la araña de obsidiana con la forma de una corona de flores que se abren en la noche. El centro de cada una de ellas era una parpadeante luz inmortal.

—Hay muchas similitudes entre la gente de Hybern y la mía.

Ambos estamos atrapados…, estancados.

—Has sido libre de hacer lo que deseas durante siglos. O incluso más —intervino Mor.

Keir ni se dignó mirarla, lo cual lo hizo merecedor de una mirada de ira de Azriel ante ese desprecio.

—Ah, pero ¿somos libres aquí? Ni siquiera la totalidad de esta montaña nos pertenece, no con tu palacio en la cima.

—Todo esto me pertenece, te lo recuerdo —señaló Rhys con ironía.

—Es esa mentalidad la que me permite encontrar en el sofocado pueblo de Hybern… espíritus afines.

—Quieres el palacio de arriba, Keir, entonces es tuyo. —Rhys cruzó las piernas—. No sabía que lo hubieras estado deseando durante tanto tiempo.

La sonrisa de respuesta de Keir fue casi viperina.

—Debes de necesitar mi ejército con desesperación, Rhysand. —Otra vez esa odiosa mirada a Azriel—. ¿Esos murciélagos demasiado creciditos ya no

están a la altura de las circunstancias?

—Ven a entrenar con ellos —sugirió Azriel con suavidad—, y lo averiguarás por ti mismo.

En sus siglos de miserable existencia, Keir ciertamente había llegado a dominar el arte de burlarse.

Y la forma en que se burló de Azriel… Los dientes de Mor brillaron en la poca luz. Hice un esfuerzo para no hacer yo lo mismo.

—No tengo ninguna duda —sentenció Rhys, la imagen del más glorioso aburrimiento— de que ya has decidido cuál es el precio que vas a pedirme.

Keir me miró por encima de la mesa. Pensó en la cifra que lo satisfaría mientras yo le sostenía la mirada.

—Así es.

Mi estómago se revolvió ante esa mirada, esas palabras.

El poder oscuro resonó en toda la cámara, haciendo que la araña de ónix campanilleara.

—Camina con cuidado, Keir.

Este simplemente me sonrió a mí, luego a Rhys. Mor se había quedado del todo inmóvil.

—¿Qué me darías por una oportunidad en esta guerra, Rhysand? Tú te prostituiste a Amarantha…, pero ¿qué hay de tu pareja?

No había olvidado la manera en que lo habíamos tratado. Cómo lo habíamos humillado unos meses atrás.

Y Rhys…, solo había en su rostro una muerte eterna e implacable en la oscuridad que se acumulaba detrás de su silla.

—El tratado de nuestros antepasados te otorga el derecho de elegir cómo y cuándo tu ejército ayudará al mío. Pero no te concede el derecho de mantener tu vida, Keir, cuando yo me canse de tu existencia.

Como si se tratara de una respuesta, unas garras invisibles dejaron marcas profundas en la mesa, haciendo chirriar el cristal. Me estremecí. Keir palideció ante las líneas a unos pocos centímetros de él.

—Y pensé que podrías… mostrarte con dudas para ayudarme —continuó Rhys. Nunca lo había visto tan tranquilo. No, tranquilo no…, sino lleno de furia helada.

El tipo de serenidad que a veces había vislumbrado en los ojos de Azriel.

Rhys cerró las manos y habló sin dirigirse a nadie en particular.

—Traedlo.

Las puertas se abrieron con un viento fantasmal.

Yo no supe hacia dónde mirar cuando un sirviente entró escoltando a una alta figura masculina.

A Mor, cuyo rostro se puso blanco de temor. A Azriel, quien alargó la mano en busca de su daga *La que Dice la Verdad*, cada aliento alerta, concentrado, pero no sorprendido. Ni un atisbo de sorpresa.

O a Eris, heredero de la Corte Otoño, cuando entró en la sala.

Capítulo 26

Para él era el último asiento vacío.

Y Rhys… Él permaneció repantigado en su silla, bebiendo su vino.

—Bienvenido, Eris —saludó—. Han pasado cinco siglos desde que pusiste por última vez los pies aquí.

Mor deslizó los ojos hacia Rhys. Traición y… dolor. Aquello que se desató fue dolor.

Por no advertirnos. Por esta… sorpresa.

Me pregunté si había aprendido a controlar mis gestos con más éxito que mi amigo cuando Eris ocupó el asiento vacío en la mesa, sin siquiera molestarse en hacer un movimiento de cabeza a Keir.

—Efectivamente, ha pasado tiempo.

Había sanado desde aquel día en el hielo, no había la menor señal de la herida en el vientre que Cassian le había hecho. Llevaba suelto el pelo rojo y una capa de seda sobre su perfectamente cortada chaqueta azul cobalto.

¿Qué está haciendo él aquí?, dije en el lazo, sin molestarme en esconder nada de lo que me pasó por la mente.

Asegurándose de que Keir acepta ayudar, fue todo lo que Rhys respondió con palabras concisas y entrecortadas. Controlándose.

Como si todavía estuviera conteniendo toda la fuerza de su rabia.

Las sombras se enroscaban alrededor de los hombros de Azriel, susurrándole al oído mientras él miraba a Eris.

—Alguna vez quisiste establecer lazos con Otoño, Keir —dijo Rhys, dejando su copa de vino—. Bueno, aquí tienes tu oportunidad. Eris está dispuesto a una alianza formal…, a cambio de tus servicios en esta guerra.

¿Cómo demonios hiciste para que él aceptara eso?

Rhys no respondió.

Rhysand.

Keir se recostó en su silla.

—No es suficiente.

Eris resopló y se sirvió una copa de vino de la jarra del centro de la mesa.

—Me había olvidado de por qué me sentí tan aliviado cuando nuestra negociación no llegó a nada la última vez.

Rhys le lanzó una mirada de advertencia. Eris bebió hasta la última gota de su copa.

—¿Qué quieres, entonces, Keir? —preguntó Rhys con voz queda.

Tuve la sensación de que si Keir sugería mi nombre otra vez, terminaría aplastado en la pared.

Sin embargo, Keir también debió de intuirlo. Y le dijo simplemente a Rhysand:

—Quiero salir. Quiero espacio. Quiero que mi pueblo esté libre de esta montaña.

—Tienes todas las comodidades —dije por último—. ¿No es eso suficiente?

Keir me ignoró a mí también. Como estoy segura de que había ignorado a la mayoría de las mujeres en su vida.

—Has estado guardando secretos, alto lord —dijo Keir con una odiosa sonrisa, mientras entrelazaba las manos para luego dejarlas apoyadas sobre la mesa rasguñada. Precisamente encima de la profunda marca más cercana—. Siempre me he preguntado… adónde ibais todos vosotros cuando no estabais aquí. Hybern al final contestó la pregunta. Gracias a ese ataque a… ¿Cuál es su nombre? Velaris. Sí. A Velaris. La Ciudad de la Luz de las Estrellas.

Mor se quedó inmóvil por completo.

—Quiero acceso a la ciudad —dijo Keir—. Para mí y para mi corte.

—No —se opuso Mor. La palabra resonó en los pilares, en el vidrio, en la roca.

Yo me inclinaba a pensar lo mismo. La sola idea de esas personas, de Keir, en Velaris…, manchándola con su presencia, su odio y su mezquindad, su desdén y su crueldad…

Rhys no se negó. No descartó la sugerencia.

No puedes hablar en serio.

Rhys se limitó a mirar a Keir mientras respondía por el lazo:

Había previsto esto… y tomé precauciones.

Lo pensé.

La reunión con los gobernadores del palacio… ¿Eso está relacionado con esto?

Sí.

—Habría condiciones —le dijo Rhysand a Keir.

Mor abrió la boca, pero Azriel puso una mano llena de cicatrices sobre la suya.

Ella retiró la mano como si la hubieran quemado…, como lo quemaron a él.

La máscara de hielo de Azriel ni siquiera tembló ante el rechazo.

Aunque Eris dejó escapar una risita suave. Suficiente para hacer que los ojos castaños de Azriel se pusieran vidriosos de rabia cuando miró al hijo del alto lord. Eris solamente inclinó la cabeza hacia el cantor de sombras.

—Quiero libre acceso —precisó Keir, dirigiéndose a Rhys.

—No lo tendrás —replicó este—. Habrá permanencias limitadas, un número limitado de autorizaciones de entrada. Eso se decidirá más adelante.

Mor volvió sus ojos suplicantes hacia Rhys. Su ciudad…, el lugar que ella amaba tanto…

Casi podía oírla. La grieta que yo sabía que estaba a punto de abrirse entre nuestro propio círculo.

Keir miró por último a Mor…, vio la desesperación y la ira. Y sonrió.

En realidad, él no tenía ningún deseo verdadero de salir de allí.

Solo se trataba del deseo de tomar algo que él sin duda se había enterado de que su hija amaba.

Yo podría haberle cortado alegremente la garganta a Keir cuando dijo:

—De acuerdo.

Rhys ni siquiera sonrió. Mor solo tenía la mirada fija en él, con esa expresión suplicante que le arrugaba el rostro.

—Hay una cosa más —agregué, enderezando los hombros—. Un requisito más.

Keir se dignó registrar mi presencia.

—¿Ah, sí?

—Necesito el espejo Ouroboros —dije, sintiendo el hielo en mis venas—. De inmediato.

El interés y la sorpresa brillaron en los ojos castaños de Keir. En los ojos de Mor.

—¿Quién te ha dicho que lo tengo yo? —preguntó en voz baja.

—¿Qué importa? Yo lo quiero.

—¿Sabes qué es el Ouroboros?

—Vigila tu tono, Keir —le advirtió Rhys.

Keir se inclinó hacia delante, apoyando los antebrazos sobre la mesa.

—El espejo… —Se rio entre dientes—. Considéralo mi regalo de apareamiento. —Y añadió con dulce veneno—: Si puedes cogerlo.

No era una amenaza para que me enfrentara a él, sino…

—¿Qué quieres decir?

Keir se puso de pie, sonriendo como un gato con un canario en la boca.

—Para coger el Ouroboros, para reclamarlo, primero debes mirarlo. —Se dirigió hacia las puertas, sin esperar a ser autorizado a retirarse—. Y todos los que han intentado hacerlo se han vuelto locos o se han quebrado más allá de toda reparación. Incluso un alto lord o dos, si la leyenda es cierta. —Un encogimiento de hombros—. Así que es tuyo, si te atreves con él. —Keir hizo una pausa en el umbral cuando las puertas se abrieron con un viento fantasma. Se dirigió a Rhys, y quizá eso fue lo más cerca que estuvo de pedir permiso para retirarse—. Lord Thanatos está teniendo… dificultades con su hija otra vez. Requiere mi ayuda. —Rhys solo agitó una mano, como si no hubiera cedido nuestra ciudad al macho. Keir levantó la barbilla hacia Eris—: Desearé hablar contigo… pronto.

Terminó de regodearse por su victoria de esa noche. Por lo que cedimos.

Y perdimos.

Si no pudiéramos conseguir el Ouroboros, al menos sin correr ese terrible riesgo… Aparté ese pensamiento, guardándolo para más tarde, mientras Keir abandonaba la reunión. Dejándonos a solas con Eris.

El heredero de Otoño bebió su vino.

Y yo tenía la terrible sensación de que Mor se había ido a algún lugar lejano, muy lejano, cuando Eris dejó su copa y dijo:

—Tienes buen aspecto, Mor.

—No te dirijas a ella —lo amenazó Azriel suavemente.

Eris sonrió con amargura.

—Veo que todavía guardas rencor.

—Este arreglo, Eris —dijo Rhys—, depende únicamente de que mantengas la boca cerrada.

Eris se rio.

—¿Y acaso no he hecho un trabajo excelente? Ni siquiera mi padre ha

sospechado cuando he salido esta noche.

Miré a mi pareja y a Eris.

—¿Cómo hemos llegado a esto?

Eris me miró. La corona y el vestido.

—No pensaste que yo sabía que tu cantor de sombras vendría para averiguar si yo le había hablado a mi padre de tus… ¿poderes? Sobre todo después de que mis hermanos misteriosamente se olvidaran de ellos. Sabía que era cuestión de tiempo antes de que uno de vosotros viniera a saber qué guardaba yo en mi memoria. —Eris se dio un golpecito en el costado de la cabeza con un dedo—. Por desgracia para ti, aprendí una o dos cosas sobre los daemati. Y también para mis hermanos, a quienes nunca me molesté en enseñarles lo que eso significaba.

Mi pecho se tensó.

Rhys.

Para mantenerme a salvo de la ira de Beron, para impedir que esta posible alianza con los altos lores se desmoronase antes de comenzar…

Rhys.

Fue un esfuerzo evitar que los ojos me ardieran.

Una suave caricia a través del lazo fue su única respuesta.

—Por supuesto que no se lo dije a mi padre —continuó Eris, y tomó otro sorbo de vino—. ¿Por qué desperdiciar ese tipo de información en ese bastardo? Su respuesta sería perseguirte y matarte…, sin darse cuenta del enorme lío en que estamos metidos respecto de Hybern y que tú podrías ser la clave para detener esto.

—Así que planea unirse a nosotros, entonces —dijo Rhys.

—No si se entera de tu pequeño secreto. —Eris sonrió de forma un tanto despreciativa.

Mor parpadeó…, como si se diera cuenta de que el contacto de Rhys con Eris, haberlo invitado aquí… La mirada que me dirigió, clara y decidida, fue significativa. El dolor y la ira aún se arremolinaban en su interior, y también la comprensión.

—Entonces ¿cuál es el precio que pides, Eris? —preguntó Mor, colocando sus brazos desnudos sobre el vidrio oscuro—. ¿Otra pequeña novia para torturar?

Algo chispeó en los ojos de Eris.

—Para empezar, no sé quién te ha contado esas mentiras, Morrigan —dijo con una calma maliciosa—. Supongo que los bastardos de los que te rodeas. —Hizo un gesto de desdén hacia Azriel.

Mor gruñó, haciendo sonar su copa.

—Tú nunca diste ninguna prueba de lo contrario. Ciertamente, no cuando me dejaste tirada en esos bosques.

—Había fuerzas operando que tú nunca has considerado —dijo Eris fríamente—. Y no voy a malgastar saliva explicándotelas. Piensa lo que quieras de mí.

—Tú me cazaste como a un animal —intervine—. Creo que todos escogeremos pensar lo peor.

El rostro pálido de Eris se encendió.

—Me dieron una orden. Y me enviaron a cumplirla con dos de mis… hermanos.

—¿Y qué hay del hermano que estaba conmigo y al que también perseguías? Aquel a cuya amante ayudaste a ejecutar ante sus ojos.

Eris puso una mano abierta sobre la mesa.

—No sabes nada de lo que sucedió ese día. Nada.

Silencio.

—Pues cuéntamelo —lo invité.

Eris me miró. Le devolví la mirada.

—¿Cómo crees que él pudo llegar a la frontera de Primavera? —dijo en voz baja—. Yo no estaba allí… cuando lo hicieron. Pregúntale. Me negué. Fue la primera y única vez que le he negado algo a mi padre. Me castigó. Y cuando quedé libre…, iban a matarlo a él también. Me aseguré de que no lo hicieran. Me aseguré de que Tamlin recibiera un mensaje anónimo para que fuera con urgencia a su propia frontera.

Donde dos de los hermanos de Eris habían sido asesinados. Por Lucien y Tamlin.

Eris jugueteó con un hilo suelto en su chaqueta.

—No todos hemos tenido tanta suerte con nuestros amigos y familiares como tú, Rhysand.

El rostro de Rhys era una máscara de aburrimiento.

—Eso parece.

Y nada de esto borraba por completo lo que había hecho, pero…

—¿Cuál es el precio que pide? —repetí.

—El mismo que le dije a Azriel cuando lo encontré ayer en el bosque de mi padre husmeando.

El dolor brilló en los ojos de Mor a la vez que movía la cabeza hacia el

cantor de sombras. Pero Azriel casi ni le prestó atención a ella cuando anunció:

—Cuando llegue el momento… deberemos apoyar el intento de Eris para apoderarse del trono.

Incluso mientras Azriel hablaba, esa furia congelada oscureció su rostro. Y Eris era lo bastante prudente para palidecer al verla. Tal vez por eso había reservado para sí el hecho de conocer mis poderes. No solo para este tipo de negociación, sino también para evitar la ira del cantor de sombras. La espada dispuesta a su lado.

—La petición sigue en pie, Rhysand —dijo Eris, controlándose—. Matar a mi padre y terminar con el asunto. Puedo prometerte tropas ahora mismo.

Madre sagrada. Ni siquiera trató de esconderlo…, de mirarnos a todos con arrepentimiento. Fue un esfuerzo impedir que se me quedara la boca abierta ante sus intenciones, ante la indiferencia con la que lo dijo.

—Tentador, pero demasiado desordenado —respondió Rhys—. Beron estuvo de nuestro lado en la guerra. Ojalá haga lo mismo otra vez. —Le lanzó una mirada decidida a Eris.

—Lo hará —prometió este, pasando un dedo por encima de una de las marcas de las garras en la mesa—. Y permanecerá felizmente ignorante de los… poderes de Feyre.

Un trono… a cambio de su silencio.

—Prométele a Keir algo que no te importe conceder —dijo Rhys, agitando una mano para zanjar el asunto.

Eris se puso de pie.

—Veremos. —Frunció el ceño mirando a Mor mientras vaciaba la copa de vino y la dejaba sobre la mesa—. Me sorprende que todavía no puedas controlarte delante de él. Tenías todas las emociones escritas en esa bonita cara tuya.

—Cuidado —le advirtió Azriel.

Eris los miró, apenas sonriendo. Secretamente. Como si supiera algo que Azriel no sabía.

—No te habría tocado —le dijo a Mor, que palideció de nuevo—. Pero cuando te acostaste con ese otro bastardo… —Un gruñido partió de la garganta de Rhys. Y de la mía—. Yo sabía por qué lo hiciste. —Otra vez esa sonrisa secreta que hizo que Mor se encogiera. Se encogiera—. Así que te devolví tu libertad, poniendo fin al compromiso en términos muy claros.

—¿Y lo que pasó después? —gruñó Azriel.

Una sombra cruzó el rostro de Eris.

—Hay pocas cosas que lamento. Esta es una de ellas. Pero… tal vez un día, ahora que somos aliados, te diré por qué. Lo que me costó.

—Me importa una mierda —le espetó Mor en voz baja. Señaló la puerta—. Vete.

Eris le hizo una reverencia burlona. A ella. A todos nosotros.

—Nos veremos en la reunión dentro de doce días.

Capítulo 27

Encontramos a Nesta y a Amren esperando fuera de la sala del trono, ambas molestas y cansadas.

Bueno, eso hacía que fuéramos seis.

No dudaba de la afirmación de Keir sobre el espejo… y del riesgo de mirarme en él… Ninguno de nosotros podía permitirse tal cosa. Quedar destrozado. Llevado a la locura. Ninguno de nosotros…, no en ese momento. Tal vez el Tallador de Huesos lo sabía. Me había enviado a una tarea imposible solo para divertirse.

No nos molestamos en despedirnos de la corte susurrante y nos transportamos a la casa de la ciudad. A Velaris…, la paz y la belleza que en ese momento se sintieron infinitamente más frágiles.

Cassian había bajado del tejado en algún momento para unirse a Lucien en la sala de estar, los libros acerca del muro estaban desparramados sobre la mesa baja entre ellos. Ambos se pusieron de pie al ver las expresiones de nuestros rostros.

Cassian estaba a medio camino de Mor cuando esta se volvió hacia Rhys y dijo:

—¿Por qué?

Su voz se quebró.

Y algo en mi pecho también se agrietó ante las lágrimas que empezaron a correr por su cara.

Rhys simplemente se quedó allí, fijando la mirada en ella. Su rostro imperturbable.

No dejó de mirarla cuando ella le golpeó el pecho con las manos y gritó otra vez:

—¡¿Por qué?!

Él dio un paso.

—Eris encontró a Azriel. Teníamos las manos atadas. Hice lo mejor que se podía hacer. —Un temblor le recorrió la garganta—. Lo siento.

Cassian los observaba, paralizado a medio camino en la sala. Y supuse que Rhys le estaba hablando de mente a mente, y que también lo estaba haciendo con Amren y tal vez con Lucien y Nesta, a juzgar por sus parpadeos de sorpresa.

Mor se volvió hacia Azriel.

—¿Por qué no dijiste nada?

Él le sostuvo la mirada sin ceder. Ni siquiera sus alas hicieron ruido.

—Porque habrías tratado de detenerlo. Y no podemos permitirnos perder la alianza con Keir… y afrontar la amenaza de Eris.

—Estás trabajando con ese imbécil —intervino Cassian con extrañeza, con lo que cualquier puesta al día aparentemente quedaba descartada. Se movió al lado de Mor, con una mano en la espalda de ella. Negó con la cabeza mirando a Azriel y a Rhys con disgusto y frunciendo el ceño—. Deberías haber clavado la maldita cabeza de Eris en las puertas de entrada.

Azriel los observaba con su helada indiferencia. Y Lucien estaba de brazos cruzados, apoyado en el respaldo del sofá.

—Tengo que darle la razón a Cassian. Eris es una serpiente.

Tal vez Rhys no lo había informado acerca de todo, entonces. Acerca de que Eris había intentado salvar a su hermano menor de la única manera posible. De su desafío.

—Toda tu familia es despreciable —le espetó Amren a Lucien desde donde ella y Nesta aguardaban en el arco de entrada—. Pero Eris puede resultar ser una mejor alternativa. Si logra encontrar una manera de matar a Beron y asegurarse de que el poder quede en sus manos.

—Estoy seguro de que lo hará —afirmó Lucien.

Y Mor seguía mirando a Rhys, mientras las lágrimas silenciosas continuaban deslizándose por sus mejillas demacradas.

—No se trata de Eris —explicó ella con voz temblorosa—. Se trata de este lugar. —Movió la mano en dirección a la casa de la ciudad, a la ciudad misma—. Este es mi hogar y vas a dejar que Keir lo destruya.

—He tomado precauciones —le aseguró Rhys, con un filo en la voz que yo

no le había oído desde hacía tiempo—. Muchas precauciones. Comenzando por la reunión con los gobernadores de los palacios y conseguir que accedan a no servir, refugiar o dar asilo jamás a Keir o a cualquiera de la Corte de la Pesadillas.

Mor parpadeó. La mano de Cassian se movió hacia su hombro y lo apretó.

—Han estado enviando mensajes a todos los dueños de negocios en la ciudad —prosiguió Rhys—, a cada restaurante, tienda y local. Diciendo que Keir y su gente pueden venir aquí… Pero encontrarán que es un lugar donde no son bienvenidos. Uno en el que ni siquiera podrán conseguir alojamiento.

Mor sacudió la cabeza mientras susurraba:

—De todos modos, él la destruirá.

Cassian deslizó un brazo alrededor de sus hombros, su rostro más endurecido de lo que yo jamás lo había visto al concentrarse en la cara de Rhys. Luego en la de Azriel.

—Deberías habernos advertido.

—Debería haberlo hecho —aceptó Rhys…, aunque no pareció lamentarlo. Azriel simplemente permaneció a medio metro de distancia, las alas bien recogidas y los Sifones parpadeando.

Finalmente intervine.

—Pondremos limitaciones… acerca de cuándo y con qué frecuencia podrán venir.

Mor sacudió la cabeza, sin mirar todavía a Rhys.

—Si Amarantha estuviera viva… —Sus palabras se deslizaron por toda la sala, oscureciendo los rincones—. Si estuviera viva y yo me ofreciera a trabajar con ella…, aunque fuera para salvarnos a todos…, ¿cómo te sentirías?

Nunca… nunca habían llegado tan cerca de discutir lo que le había sucedido a él.

Me acerqué a Rhys, rocé su mano con los dedos. Estos envolvieron los míos.

—Si Amarantha nos ofreciera una pequeña dosis de supervivencia —respondió Rhys con mirada firme—, entonces no me importaría una mierda que me obligara a hacer el amor con ella durante todos esos años.

Cassian se levantó. La sala entera se estremeció.

—Si Amarantha apareciera en esa puerta ahora mismo —gruñó Rhys, señalando la entrada al vestíbulo—, y dijera que podía conseguirnos una oportunidad para derrotar a Hybern, para manteneros a todos vosotros vivos, se lo agradecería hasta al maldito Caldero.

Mor negó con la cabeza, sus lágrimas otra vez corriendo liberadas.

—No hablas en serio.

—Sí, hablo en serio.

Rhys.

Pero el lazo, el puente entre nosotros…, estaba estruendosamente vacío. Una furiosa y oscura tempestad.

Demasiado lejos, esto los estaba llevando demasiado lejos. Traté de atrapar la mirada de Cassian, pero él los vigilaba de cerca, su dorada piel anormalmente pálida. Las sombras de Azriel se acercaron, a medias ocultándolo. Y Amren…

Amren se interpuso entre Rhys y Mor. Los dos se elevaban muy por encima sobre ella.

—He mantenido esta unidad sin romperse durante cuarenta y nueve años —dijo. Sus ojos brillaban como relámpagos—. No voy a dejar que ahora la hagáis pedazos. —Miró a Mor—. Trabajar con Keir y Eris no es perdonarlos. Y cuando esta guerra termine, los cazaremos y los mataremos juntas, si eso es lo que deseas.

Mor no dijo nada…, aunque por último apartó la mirada de Rhys.

—Mi padre envenenará esta ciudad.

—No lo permitiré —aseguró Amren.

Yo la creí.

Y supongo que Mor también la creyó, por las lágrimas que seguían cayendo… y que, de alguna manera, parecieron cambiar.

Amren se volvió hacia Rhys, cuyo rostro en ese momento rayaba en la devastación.

Pasé mi mano por la suya.

Te veo —le dije, enviándole las palabras que una vez le había susurrado hacía ya tantos meses—. *Y no me asusta*.

—Eres un bastardo astuto —le dijo Amren—. Siempre lo has sido, y es probable que siempre lo seas. Pero eso no te excusa, muchacho, de no habernos advertido a nosotros. De no haberla advertido a ella, no cuando esos dos monstruos están involucrados. Sí, hiciste la jugada correcta…, la jugaste bien. Pero también la jugaste mal.

Algo parecido a la vergüenza oscureció sus ojos.

—Lo siento.

Sus palabras… eran para Mor, para Amren.

El cabello oscuro de Amren se balanceó mientras ella las evaluaba. Mor solo

sacudió la cabeza, al final…, más que nada por aceptación de lo que ya había ocurrido.

Tragué saliva. Mi voz era áspera cuando hablé.

—Esto es la guerra. Nuestros aliados son pocos y ya no confían en nosotros. —Los miré a cada uno de ellos a los ojos…: a mi hermana, a Lucien, a Mor, a Azriel y a Cassian. Luego a Amren. Luego a mi compañero. Apreté su mano ante la culpa que ahora hundía sus garras profundamente en él—. Todos vosotros habéis estado en la guerra y habéis regresado…, cuando yo ni siquiera he puesto un pie en un campo de batalla. Pero… tengo que imaginar que no vamos a durar mucho si… nos separamos desde dentro.

Medio tartamudeando, con palabras casi incoherentes, pero Azriel dijo al fin:

—Tiene razón.

Mor no miró en su dirección. Yo habría jurado que la culpa nublaba los ojos de Azriel un instante y desaparecía en el siguiente.

Amren retrocedió al lado de Nesta mientras Cassian me preguntaba:

—¿Qué ha pasado con el espejo?

Negué con la cabeza.

—Keir dice que es mío, si me atrevo a aceptarlo. Aparentemente, lo que uno ve allí te quiebra…, o te vuelve loco. Nadie nunca ha escapado de eso.

Cassian soltó una maldición.

—Exactamente —dije. Era un riesgo que tal vez ninguno de nosotros estaba enteramente preparado para afrontar. No cuando todos nos necesitábamos unos a otros.

Mor intervino con voz un poco ronca, a la vez que acomodaba los pliegues de su vestido de gasa.

—Mi padre dijo la verdad acerca de eso. Crecí escuchando leyendas sobre el espejo. Ninguna era agradable. Y nadie, jamás, había tenido éxito.

Cassian frunció el ceño mirándome, mirando a Rhys.

—Y qué…

—Estás hablando del Ouroboros —precisó Amren.

Parpadeé. Mierda. Mierda…

—¿Por qué quieres ese espejo? —Su voz se había deslizado a un timbre más bajo.

Rhys se metió la mano en el bolsillo.

—Ya que la honestidad es el tema de la noche…, porque el Tallador de Huesos lo pidió.

Las fosas nasales de Amren se dilataron.

—Habéis ido a la Prisión.

—A saludar a tus viejos amigos —apostilló Cassian, apoyando un hombro contra el arco de la sala de estar.

El rostro de Amren se tensó. Nesta nos miraba a todos…, con atención. Trataba de descifrarnos. Sobre todo cuando los ojos de mercurio de Amren se arremolinaron.

—Por qué fuisteis.

Abrí la boca, pero el oro de los ojos de Lucien me llamó la atención. Recibido.

Mi vacilación debió de ser una indicación suficiente de mi cautela.

Con la mandíbula apretada y con un toque de frustración, Lucien se excusó y se retiró a su habitación. Frustración…, y quizá decepción. Lo bloqueé…, por la sensación que se me instaló en el estómago.

—Teníamos algunas preguntas para el Tallador. —Cassian le dirigió a Amren una sonrisa como un latigazo cuando Lucien se fue—. Y tenemos algo para ti.

Los ojos llenos de humo de Amren se abrieron.

—Vas a liberar al Tallador —dijo.

—Sí —me limité a asentir—. Un ejército de un solo monstruo.

—Eso es imposible.

—Te recordaré que tú, dulce Amren, escapaste de allí —replicó Rhys con delicadeza—. Y has seguido siendo libre. Así que sí se puede hacer. Tal vez tú podrías contarnos cómo lo hiciste.

Cassian se había colocado junto a la puerta, me di cuenta, para estar más cerca de Nesta. Para sostenerla en caso de que Amren decidiera que a ella no le importaba demasiado hacia dónde iba esta conversación. O a cualquiera de los muebles en esta sala.

Precisamente por eso Rhys se colocó en el otro lado de Amren…, para apartar su atención de mí, y Mor detrás de nosotros, con cada músculo de su cuerpo esbelto en alerta.

Cassian miraba fijamente a Nesta…, con tanta fuerza como para que mi hermana al fin se diera la vuelta hacia él. Lo miró a los ojos. Él inclinó la cabeza…, un poco. Una orden silenciosa.

Nesta, para mi sorpresa, obedeció. Se acercó a Cassian cuando Amren respondió a Rhys.

—No.

—No ha sido una petición —le aclaró Rhys.

Él alguna vez había admitido que cuestionar a Amren era algo que ella le había permitido hacer solo en los últimos años. Pero darle una orden, presionándola de esa manera…

—Feyre y Cassian hablaron con el Tallador de Huesos. Él quiere el Ouroboros a cambio de ponerse a nuestro servicio…, de pelear en Hybern por nosotros. Pero nosotros necesitamos que tú nos expliques cómo sacarlo. —El acuerdo que Rhys o yo pudiéramos hacer con él bastaría para someterlo a nuestra voluntad.

—¿Algo más? —Su voz sonaba demasiado tranquila, demasiado dulce.

—Cuando terminemos con todo esto —dijo Rhys—, entonces mi promesa de hace unos meses todavía tendrá valor: usar el Libro para enviarte a casa, si así lo deseas.

Amren lo miró con dureza. El silencio fue tan absoluto que se podía oír el reloj en la repisa de la chimenea de la sala de estar…, e incluso… la fuente del jardín…

—No lo hagas —dijo Amren con ese letal tono suyo.

La sombra en el rincón detrás de Amren… era Azriel. La empuñadura de obsidiana de *El que Dice la Verdad* en su mano con cicatrices. Se movió sin que yo me diera cuenta, aunque no tenía ninguna duda de que los otros seguramente sí eran conscientes de ello.

Amren le mostró los dientes. El rostro hermoso de Azriel ni siquiera se alteró.

Rhys se quedó donde estaba cuando le preguntó a Amren:

—¿Por qué no quieres decírnoslo?

Cassian deslizó a Nesta detrás de él con un gesto despreocupado, sus dedos enredados en las faldas del vestido negro de mi hermana. Como para asegurarse de que no estaba directamente en el camino de Amren. Nesta tan solo se empinó para mirar por encima del hombro de él.

—Porque la piedra debajo de esta casa tiene oídos, el viento tiene oídos…, todo está escuchando —dijo Amren—. Y si vuelve a informar… Ellos recordarán, Rhysand, que no me atraparon. Y no voy a permitir que me metan de nuevo en ese negro agujero.

Mis oídos se hicieron eco de un escudo clavado en su lugar.

—Nadie va a escuchar más allá de esta habitación.

Amren examinó los libros que había olvidado en la mesa baja de la sala de

estar.

Frunció el ceño.

—Tenía que entregar algo. Tuve que entregarme. Para salir, tenía que convertirme en otra cosa por completo, en algo que la Prisión no pudiera reconocer. Así que… me uní a este cuerpo.

Nunca la había oído tropezar con una palabra.

—Dijiste que alguien te ató —preguntó Rhys con sumo cuidado.

—Mentí… para encubrir lo que había hecho. Así nadie podría saberlo. Para escapar de la Prisión, me hice mortal. Inmortal como eres tú, pero… mortal en comparación con lo que yo era. Y lo que yo era…, no lo sentía de la manera que tú lo sientes. Lo que yo siento ahora. Algunas cosas: la lealtad, la ira y la curiosidad…, pero no el espectro completo. —Otra vez esa mirada lejana—. Yo era perfecta, según algunos. No lo lamenté, no lloré…, y el dolor… no lo experimenté. Y sin embargo…, sin embargo, terminé aquí, porque yo no era como los otros. Ni siquiera como… como lo que era yo. Era diferente. Demasiado curiosa. Demasiado cuestionadora. El día en que apareció la rasgadura en cielo… fue la curiosidad lo que me impulsó. Mis hermanos y hermanas huyeron. Siguiendo las órdenes de nuestro gobernante, acabábamos de destruir ciudades gemelas, convirtiéndolas en escombros sobre la llanura, y sin embargo, huyeron de esa fisura en el mundo. Pero yo deseaba mirar. Deseaba hacerlo. No estaba hecha ni fui criada para sentir cosas egoístas tales como querer. Había visto lo que pasó con los de mi clase cuando se extraviaron, cuando aprendieron a poner sus necesidades primero. Desarrollaron… sentimientos. Pero pasé por la fisura en el cielo. Y aquí estoy.

—¿Y tú diste todo eso para salir de la Prisión? —preguntó Mor delicadamente.

—He cedido mi gracia…, mi inmortalidad perfecta. Sabía que una vez que lo hiciera… sentiría dolor. Y arrepentimiento. Querría y ardería con eso. Caería… Pero… ese tiempo encerrada allí… No me importaba. No había sentido el viento en mi cara, no había olido la lluvia… Ni siquiera recordaba cómo eran. No recordaba la luz de sol.

Su atención se dirigió a Azriel…, la oscuridad del cantor de sombras se apartó para revelar unos ojos llenos de comprensión. Encerrado.

—Así que me encerré en este cuerpo. Empujé mi gracia ardiente profundamente dentro de mí. Renuncié a todo lo que era. La puerta de la celda… tan solo se desbloqueó. Y entonces salí.

Una gracia ardiente… Eso aún ardía dentro de ella, solo visible a través del humo en sus ojos grises.

—Ese será el precio de liberar al Tallador —sentenció Amren—. Tendrás que atarlo a un cuerpo. Conviértelo en… fae. Aunque dudo que él esté de acuerdo con ello. Especialmente sin el Ouroboros.

Nos mantuvimos en silencio.

—Deberías haberme preguntado antes de ir —dijo. La agudeza había vuelto a su tono de voz—. Te habría ahorrado la visita.

Rhysand tragó saliva.

—¿Puedes ser desligada?

—No por mí misma.

—¿Qué pasaría si lo fueras?

Amren lo miró durante un largo rato. Luego a mí. A Cassian. A Azriel. A Mor. A Nesta. Y por último de vuelta a mi compañero.

—No me acordaría de ti. No me importaría ninguno de vosotros. Os golpearía, tal vez os abandonaría. Lo que siento ahora… sería extraño para mí…, no me influiría en absoluto. Todo lo que soy, este cuerpo…, dejaría de ser.

—¿Qué eras tú? —preguntó Nesta por lo bajo, acercándose a Cassian para ponerse de pie a su lado.

Amren jugueteó con uno de sus pendientes de perlas negras.

—Un mensajero… y un soldado-asesino. Para un dios iracundo que gobernaba un mundo joven.

Yo podía sentir las preguntas de los otros, esperando. Los ojos de Rhys estaban a punto de brillar con ellas.

—¿Es Amren tu nombre? —quiso saber Nesta.

—No. —El humo se arremolinó en sus ojos—. No recuerdo el nombre que me fue dado. Usé Amren porque… Es una larga historia.

Casi le supliqué que la contara, pero se oyeron unos pasos suaves y luego…

—Oh.

Elain se sobresaltó…, lo suficiente para que yo me diera cuenta de que no había podido oírnos. No tenía ni idea de que estábamos ahí, gracias al escudo que impedía que los sonidos escaparan.

Al instante se dio cuenta. Pero se quedó cerca de la escalera. Cubría su camisón con un chal de seda de un azul muy pálido que sostenía con los dedos, que apretaban con fuerza la tela mientras ella se recomponía.

Me acerqué a Elain de inmediato.

—¿Necesitas algo?

—No. Yo… yo estaba durmiendo, pero he oído… —Sacudió la cabeza, y parpadeó al ver nuestra vestimenta formal, la corona oscura sobre mi cabeza y sobre la de Rhysand—. No os he oído.

Azriel dio un paso adelante.

—Pero has oído algo más.

Elain parecía a punto de asentir, pero simplemente retrocedió.

—Creo que estaba soñando —murmuró—. Creo que siempre estoy soñando estos días.

—Deja que te vaya a buscar un poco de leche caliente —le dije, tomándola del codo para guiarla a la sala de estar.

Pero Elain se apartó de mí y volvió a la escalera. Y habló al subir los primeros escalones.

—Puedo oírla… llorando.

Agarré el poste inferior de la barandilla.

—¿A quién?

—Todo el mundo piensa que está muerta. —Elain siguió caminando—. Pero no lo está. Solo es… diferente. Cambiada. Como era yo.

—¿Quién? —insistí.

Pero Elain continuó subiendo la escalera, con el chal que le caía por la espalda. Nesta se apartó del lado de Cassian para acercarse a mí. Ambas respiramos profundamente, no sabía para decir qué cosa, pero…

—¿Qué has visto? —preguntó Azriel, y traté de no retroceder cuando lo encontré a mi otro lado, sin haber visto cómo se movía. Otra vez.

Elain hizo una pausa a medio camino en la escalera. Lentamente, se volvió para mirarlo a él.

—Vi manos jóvenes que se marchitaban con la edad. Vi una caja de piedra negra. Vi una llama de fuego aterrizar sobre la nieve y derretirla.

Mi estómago se desplomó. Una mirada a Nesta me confirmó que ella también lo sintió. Lo vio.

Loca. Elain podría haberse vuelto loca…

—Estaba enfadado —continuó Elain en voz baja—. Estaba muy enojado porque algo le había sido arrebatado. Así que tomó algo de ellos como castigo.

No dijimos nada. Yo no sabía qué decir…, ni siquiera qué preguntar o pedir. Si el Caldero le había hecho algo a ella también…

Miré a Azriel, exponiendo las palmas hacia él, interrogantes.

—¿Qué significa eso?

Los ojos castaños de Azriel se agitaron al tiempo que estudiaba a mi hermana, su cuerpo demasiado delgado. Y sin decir una palabra, se transportó y desapareció. Mor seguía observando el espacio donde él había estado de pie mucho tiempo después de que se hubiera ido.

Esperé a que los otros se hubieran marchado… Cassian y Rhys se alejaron para evaluar las posibilidades o los aspectos negativos de nuestros aspirantes a aliados, Amren corrió para librarse completamente de nosotros, y Mor avanzó despacio para disfrutar de lo que ella consideraba que eran sus últimos días de paz en esa ciudad, con cierta fragilidad todavía en su voz…, antes de acorralar a Nesta en la sala de estar.

—¿Qué pasó en la Ciudad Tallada contigo y con Amren? No lo has mencionado.

—Estuvo bien.

Apreté la mandíbula.

—¿Qué pasó?

—Ella me llevó a una habitación llena de tesoros. Objetos extraños y todo eso… —Tiró de la manga apretada de su vestido—. Algunos de ellos querían hacernos daño. Como si estuvieran vivos…, atentos. Como… como en todas esas historias y mentiras que nos contaban sobre el muro.

—¿Estás bien? —No pude encontrar ningún signo de daño en ninguna de ellas, y ninguna de las dos había dicho nada que sugiriera…

—Fue un ejercicio de entrenamiento. Con una forma de magia diseñada para repeler intrusos. —Parecía que estuviera recitando aquellas palabras—. Como la que tiene seguramente el muro. Ella quería que rompiera las defensas…, que encontrara debilidades.

—¿Y repararlas?

—Solo busqué debilidades. Reparar es otra cosa —dijo Nesta, con los ojos alejándose cuando frunció el ceño ante los libros todavía abiertos en la mesa baja delante de la chimenea.

Suspiré.

—Así que… al menos eso salió bien.

Aquellos ojos recuperaron su mirada afilada.

—Fallé. Cada vez. Así que no, eso no salió bien.

No sabía qué decir. La amabilidad probablemente me haría ganar un latigazo de su lengua. Así que opté por otra vía.

—Necesitamos hacer algo con respecto a Elain.

Nesta se tensó.

—¿Y qué solución propones exactamente? ¿Dejar que tu pareja entre en su mente para revolver las cosas?

—Yo nunca haría algo así. No creo que Rhys pueda siquiera… arreglar cosas como esas.

Nesta caminó de un lado a otro delante de la oscurecida chimenea.

—Todo tiene un precio. Tal vez el precio de su juventud e inmortalidad fue perder parte de la cordura.

Mis rodillas temblaban tanto que tuve que sentarme en el sofá de mullido tapizado.

—¿Cuál fue tu precio?

Nesta dejó de moverse.

—Tal vez fue ver a Elain sufrir…, mientras yo escapaba indemne.

Me puse de pie.

—Nesta…

—No te molestes. —Pero la seguí cuando se dirigió hacia la escalera. Lucien estaba descendiendo los escalones… y se estremeció al ver que ella se acercaba.

Se mantuvo a una prudente distancia cuando ella pasó delante de él. Una mirada a su tenso rostro me obligó a protegerme y a regresar a la sala de estar.

Me desplomé en el sillón más cercano, sorprendida de encontrarme todavía con mi vestido negro cuando la tela rozó mi piel desnuda. ¿Cuánto tiempo hacía que había regresado de la Ciudad Tallada? ¿Treinta minutos? ¿Menos? ¿Y la Prisión había sido esa misma mañana?

Daba la sensación de que hubiera sido varios días atrás. Apoyé la cabeza en el respaldo bordado del sillón y vi a Lucien que se sentaba en el brazo redondo del sofá más cercano.

—¿Un día largo?

Gruñí a modo de respuesta.

El ojo metálico se tensó.

—Pensé que la Prisión era otro mito.

—Pues no, no lo es.

Evaluó mi tono y se cruzó de brazos.

—Déjame hacer algo. Acerca de Elain. Lo he oído… desde mi habitación. Todo lo que acaba de pasar hace un momento. No le haría daño que un sanador la examinara. Externa e internamente.

Estaba tan cansada que apenas pude reunir el aliento para preguntar:

—¿Crees que el Caldero la volvió loca?

—Creo que pasó por algo terrible —respondió Lucien con sumo cuidado—. Y no sería malo que tu mejor sanador le hiciera un examen exhaustivo.

Me pasé la mano por la cara.

—Está bien. —Mi respiración se enredó con las palabras—. Mañana por la mañana. —Me las arreglé para asentir con un leve movimiento de cabeza y reuní todas mis fuerzas para levantarme del sillón. Pesado…, había una vieja pesadez en mí. Como si pudiera dormir durante cien años y no fuera suficiente.

—Por favor, tenme al corriente —dijo Lucien cuando crucé el umbral en el vestíbulo—. De lo que diga el sanador. Y si… si me necesitas para algo.

Le dirigí una última inclinación de cabeza, la capacidad de hablar de repente fuera de mi alcance.

Sabía que Nesta todavía no se había dormido cuando pasé por su habitación. Sabía que había escuchado cada palabra de nuestra conversación gracias a su oído fae. Y sabía que ella podía oírme cuando me detuve a escuchar frente a la puerta de Elain, llamé una vez y me asomé para verla dormida…, respirando apaciblemente.

Envié un mensaje a Madja, la sanadora preferida de Rhysand, para que viniera al día siguiente, a las once. No expliqué por qué, ni quién, ni qué. Luego fui a mi dormitorio, me arrastré sobre el colchón, y lloré.

En realidad no sabía por qué.

Unas manos fuertes y anchas me frotaban la columna vertebral, y abrí los ojos para encontrar la habitación completamente oscura y a Rhysand tumbado en el colchón a mi lado.

—¿Quieres comer algo? —Su voz era suave…, tentadora.

No levanté la cabeza de la almohada.

—Siento…, me siento pesada de nuevo. —Inspiré hondo y la voz se me quebró.

Rhys no dijo nada cuando me tomó en sus brazos. Todavía llevaba puesta la chaqueta, como si acabara de llegar desde dondequiera que hubiera estado hablando con Cassian.

En la oscuridad, aspiré su aroma, saboreé su calor.

—¿Estás bien?

Rhys permaneció callado durante un largo minuto.

—No.

Pasé los brazos alrededor de él para abrazarlo con fuerza.

—Debería haber buscado otra vía —dijo.

Pasé los dedos por su cabello sedoso.

—Si ella… —murmuró Rhys. Pude oír cuando tragaba—. Si ella apareciera en esta casa… —Yo sabía a quién se refería—. La mataría. Sin dejarla hablar siquiera. La mataría.

—Lo sé. —Yo también la mataría.

—Me lo has preguntado en la biblioteca —susurró—. Por qué yo… Por qué prefiero cargar con lo que sea. Esta noche es la razón. Ver a Mor llorando es el porqué. Hice una mala jugada. Traté de encontrar otra forma de evitar este agujero de mierda en el que estamos. —Y había perdido algo…, Mor había perdido algo en el proceso.

Nos abrazamos en silencio durante unos minutos. Horas. Dos almas entrelazadas en la oscuridad. Bajé mis escudos, lo dejé entrar completamente. Su mente se enroscó alrededor de la mía.

—¿Te arriesgarías a investigarlo…, al Ouroboros? —le pregunté.

—Todavía no —fue todo lo que dijo Rhys, abrazándome más fuerte—. Todavía no.

Capítulo 28

A la mañana siguiente me arrastré para salir de la cama por pura fuerza de voluntad.

Amren había dicho que el Tallador no se iba a atar a un cuerpo fae…, lo había afirmado con rotundidad.

Pero no estaría de más intentarlo. Si nos diera la menor posibilidad de resistir, de evitar que Rhys lo entregara todo…

Ya se había ido cuando me desperté. Apreté los dientes mientras me vestía con mi ropa de cuero y me transporté a la Casa del Viento.

Tenía las alas preparadas cuando choqué contra los guardianes que lo protegían, y logré un deslizamiento bastante pasable hacia la parte superior del patio de entrenamiento al aire libre.

Cassian ya estaba esperando, con los brazos en jarras. Observando mientras yo descendía, descendía…

Demasiado rápido. Mis pies tocaron tierra y reboté hacia arriba, bastante alto…

—Recoge las alas…

Su advertencia llegó demasiado tarde.

Me estrellé contra una pared carmesí antes de llegar a tener la cara cubierta de roca rojiza. El orgullo desollado como las palmas de mis manos mientras trastabillaba hacia atrás, mis alas inmanejables detrás de mí.

Los hombros de Cassian se sacudían mientras trataba de contener la risa, y le dirigí un gesto vulgar en respuesta.

—Si decides hacer un aterrizaje de esa manera, asegúrate de tener espacio.

Fruncí el ceño.

—Lección aprendida.

—O sitio suficiente para inclinarte y hacer un círculo hasta que reduzcas la velocidad…

—Entiendo.

Cassian alzó las manos, pero la diversión se desvaneció y vio que yo ignoraba mis alas y caminaba hacia él.

—¿Quieres trabajo duro hoy, o prefieres tomarlo con calma?

No creía que los demás pensaran que era bueno en notar el cambio en la corriente emocional de alguien. Para comandar legiones, supuse, necesitaba poder descifrar ese tipo de cosas: juzgar cuándo sus soldados o los enemigos eran fuertes, débiles, o estaban vencidos.

Miré hacia mi interior, hacia ese lugar donde en ese momento me sentía como en arenas movedizas, y dije:

—Duro. Quiero salir cojeando de aquí. —Me quité la chaqueta de cuero y enrollé las mangas de mi camisa blanca.

Cassian me miró evaluándome.

—Eso me ayuda a mí también —murmuró—. La actividad física, el entrenamiento. —Movió los hombros mientras yo comenzaba a estirarme—. Siempre me ha ayudado a concentrarme y a equilibrarme. Y después de anoche… —Se recogió el pelo negro en una cola—. Definitivamente necesito… esto.

Yo sostenía una pierna doblada detrás de mí y los músculos protestaban por el estiramiento.

—Supongo que hay métodos peores para salir adelante.

Una sonrisa torcida.

—Puedes estar segura de que los hay.

Más tarde, la lección de Azriel consistió en entrar en una brisa y tratar de memorizar sus instrucciones sobre vientos y corrientes descendentes, sobre cómo el calor y el frío pueden dar forma al viento y a la velocidad. A lo largo de la lección, estuvo tranquilo, distante. Incluso para sus estándares.

Cometí el error de preguntarle si había hablado con Mor después de haberse marchado la noche anterior.

No, no lo había hecho. Y eso fue todo.

Incluso estuvo abriendo y cerrando su mano con cicatrices a su lado. Como si recordara cuando Mor la liberó de su contacto durante esa reunión. Una y otra vez. No me atreví a decirle que había hecho lo correcto…, que tal vez debería hablar con Mor, en lugar de dejar que la culpa lo devorara. Los dos tenían suficiente entre ellos sin que yo me metiera.

Estaba efectivamente cojeando en el momento en que regresé a la casa de la ciudad horas más tarde. Encontré a Mor sentada a la mesa de comedor, comiendo un pastel gigante que había comprado en una panadería al volver a casa.

—Tienes el aspecto de haber sido arrollada por un tiro de caballos —dijo, sin dejar de comer.

—Vale —repliqué, y le quité el pastel de la mano para terminármelo. Ella chilló indignada, pero chasqueó los dedos y un plato con una porción de melón de la cocina en el extremo del pasillo apareció sobre la mesa pulida. Delante de ella.

Justo encima de la pila de lo que parecían ser cartas en varios formatos y papeles distintos.

—¿Qué es eso? —quise saber, limpiándome las migas de la boca.

—Las primeras respuestas de los altos lores —explicó, a la vez que tomaba una raja de aquella fruta verde para morder un pedazo. Ningún indicio de la rabia y el miedo de la noche anterior.

—Sabroso, ¿no?

—Helion ha sido el primero en llegar esta mañana. Entre otras insinuaciones, creo que ha dicho que estaría dispuesto a… unirse a nosotros.

Levanté las cejas.

—Eso es bueno…, ¿no?

Se encogió de hombros.

—Helion… no nos preocupaba. Los otros dos… —Terminó el melón, masticando su frescura—. Thesan dice que vendrá, pero no lo hará a menos que sea en un lugar verdaderamente neutral y seguro. Kallias… no confía en ninguno de nosotros después de… Bajo la Montaña. Quiere traer a sus propios guardias armados.

Día, Amanecer e Invierno. Nuestros aliados más cercanos.

—¿Ningún mensaje de nadie más? —Mi estómago se encogió.

—No. Primavera, Otoño y Verano no han enviado respuesta.

—No nos queda mucho tiempo antes de la reunión. ¿Qué pasa si se niegan a responder? —No tuve el valor de preguntarme en voz alta si Eris cumpliría con su palabra y se aseguraría de que su padre asistiera… y se uniera a nuestra causa.

Mor tomó otra raja de melón.

—Entonces tendremos que decidir si Rhys y yo vamos a arrastrarlos por el cuello a esta reunión, o si la llevaremos a cabo sin ellos.

—Yo sugeriría la segunda opción. —Mor frunció el entrecejo—. La primera —aclaré— no creo que contribuya a formar una alianza.

Aunque me sorprendió que Tarquin no hubiera respondido. Aun a pesar de la enemistad que tenía con nosotros… El varón que conocí, a quien todavía admiraba tanto…, seguramente querría aliarse contra Hybern. A menos que ahora quisiera aliarse con ellos para asegurarse de que Rhys y yo fuésemos borrados del mapa para siempre.

—Veremos —dijo Mor.

Dejé escapar un suspiro.

—Sobre lo de anoche…

—Está bien. No importa.

La rapidez con la que me cortó sugería que no era así.

—Sí que importa. Tienes derecho a sentirte de esa manera.

Mor se acomodó el pelo.

—Bueno, eso no nos ayudará a ganar esta guerra.

—No. Pero… no sé qué decir.

Mor miró por la ventana durante un largo rato.

—Entiendo por qué lo hizo Rhys. La posición en la que estábamos. Eris es…, tú sabes cómo es. Y si de verdad estaba amenazando con vender información sobre tus dones a su padre… Madre sagrada, yo habría llegado al mismo acuerdo con Eris para evitar que Beron te persiguiera. —Algo en mi pecho se relajó al oír eso—. Solo que… mi padre lo sabía… En cuanto oyó hablar de este lugar, probablemente supo lo que significaba para mí. No había otro precio que mi padre pudiera pedir por su ayuda en esta guerra. Ninguno. Rhys también lo sabía. Intentó traer a Eris para suavizar el trato con mi padre…, es muy posible que fuera para evitar este resultado con Velaris.

Arqueé las cejas en silenciosa pregunta.

—Hemos hablado…, Rhys y yo. Esta mañana. Mientras Cassian te estaba haciendo sufrir.

Resoplé.

—¿Qué hay de Azriel? —Al diablo con mi decisión de quedar fuera de esto.

Mor cogió otra raja de melón.

—Az… tuvo que hacer una dura jugada cuando Eris lo encontró. Él… —Se mordió el labio—. No sé por qué esperaba que se pusiera de mi parte, por qué me cogió tan desprevenida. —Me abstuve de sugerirle que se lo dijera. Mor se encogió de hombros—. Simplemente… todo eso me cogió por sorpresa. Y nunca estaré contenta con ninguno de esos términos, pero… mi padre gana, Eris gana, todos los hombres como ellos ganan si dejo que me afecte. Si dejo que impacte en mi alegría, en mi vida. En mis relaciones con todos vosotros. —Suspiró mirando el techo. Odio la guerra.

—Yo también.

—No solo por la muerte y el horror —continuó Mor—. Sino también por todo lo que nos hace a nosotros. Tener que tomar estas decisiones.

Asentí, aunque solo estuviera empezando a entender. Las opciones y los precios que había que pagar.

Abrí la boca, y en ese momento sonó un golpe en la puerta principal. Miré el reloj de la sala de estar al otro lado del vestíbulo. Bien. El sanador.

Le había mencionado a Elain esa mañana que Madja vendría a verla a las once, y recibí una respuesta que no la comprometía. Eso era mejor que un rechazo directo, supuse.

—¿Vas a abrir la puerta, o voy yo?

Hice un gesto vulgar ante la pura insolencia de la pregunta de Mor, pero mi amiga me agarró la mano cuando me levanté de mi asiento.

—Si necesitas algo… estaré aquí.

Le dirigí a Mor una sonrisa de agradecimiento.

—Yo también.

Ella todavía me sonreía cuando respiré hondo antes de dirigirme a la entrada.

La sanadora no encontró nada.

La creí, aunque solo fuera porque Madja era una de las altas fae que yo había visto cuya piel oscura estaba marcada por las arrugas, su cabello salpicado de blanco por la edad. Sus ojos castaños eran todavía claros y encendidos con cierto calor interior, y sus manos nudosas se mantuvieron estables al pasarlas sobre el

cuerpo de Elain. Mi hermana permaneció recostada pacientemente y en silencio en la cama.

Magia, dulzura y frescura emanaban de la mujer, llenando el dormitorio de Elain. Y cuando puso suavemente las manos a cada lado de la cabeza de Elain y yo me sobresalté, solo me sonrió con ironía por encima de su delgado hombro y me dijo que me relajara.

Nesta, con los ojos atentos en un rincón, se mantenía callada.

Después de un largo minuto, Madja nos pidió que nos uniéramos a ella para ir a buscarle a Elain una taza de té, dirigiendo una mirada hacia la puerta. Ambas aceptamos la invitación y dejamos a nuestra hermana en su habitación iluminada por el sol.

—¿Qué quieres decir con que no hay nada malo en ella? —susurró Nesta mientras la anciana hembra apoyaba una mano en la barandilla de la escalera para ayudarse a bajar. Me mantuve al lado de la sanadora, una mano cerca de su codo, por si necesitaba ayuda.

Recordé que Madja había sanado a Cassian y a Azriel…, e innumerables heridas además de eso. Había curado las alas de Rhys durante la guerra. Se la veía anciana, pero no tenía ninguna duda de su resistencia… o de su pura voluntad de ayudar a sus pacientes.

Madja no se dignó responder a Nesta hasta que estuvimos al pie de la escalera. Lucien ya estaba esperando en la sala de estar, Mor seguía en el comedor. Ambos se pusieron de pie, pero permanecieron en sus respectivas estancias, a cada lado del vestíbulo.

—Lo que quiero decir —explicó por fin Madja, mirando a Nesta y luego a mí— es que no puedo encontrar nada malo en ella. Su cuerpo está bien…, demasiado delgado y con necesidad de más comida y aire fresco, pero nada más. Y en cuanto a su mente… No puedo entrar.

Parpadeé.

—¿Tiene un escudo?

—Ella fue hecha por el Caldero —explicó la sanadora, mirando nuevamente a Nesta—. No es como el resto de nosotros. No puedo penetrar los lugares en los que dejó su marca más profundamente. —La mente. El alma. Me lanzó una mirada de advertencia—. Y yo no lo intentaría si estuviera en vuestro lugar.

—Pero ¿crees que puede haber algo malo, aunque no haya señales de ello? —insistió Nesta.

—He visto a víctimas de trauma antes. Sus síntomas coinciden con muchas

de esas heridas invisibles. Pero… ella también fue hecha por algo que yo no entiendo. ¿Si hay algo mal en ella? —Madja sacudió la cabeza—. No me gusta esa palabra…, «mal». Diferente, quizá. Cambiada.

—¿Necesita más ayuda? —preguntó Nesta entre dientes.

La anciana sanadora movió la barbilla hacia Lucien.

—Quizá él pueda hacer algo. Si alguien puede percibir qué anda mal, es un compañero.

—Cómo. —La palabra sonó como una orden ladrada.

Me preparé para advertir a Nesta que fuera cortés, pero Madja se dirigió a mi hermana como si fuera una niña pequeña.

—El lazo de apareamiento. Es un puente entre almas.

El tono de la sanadora hizo que mi hermana se pusiera rígida, pero Madja ya se encaminaba hacia la puerta principal. Señaló a Lucien mientras se dirigía a la salida.

—Trata de sentarte con ella. Solo para hablar…, para sentir. A ver qué puedes recoger. Pero no presiones. —Luego se fue.

Me volví hacia Nesta.

—Un poco de respeto, Nesta…

—Llama a otro sanador.

—No si lo vas a echar de la casa con tus ladridos.

—Llama a otro sanador.

Mor se acercó a nosotros con una calma engañosa, y Nesta le dirigió una mirada destructora.

Miré a Lucien, a su ojo.

—¿Lo intentarías?

Nesta gruñó.

—Ni se te ocurra…

—Cállate —la interrumpí bruscamente.

Nesta parpadeó.

Le mostré los dientes.

—Lo intentará. Y si no encuentra nada mal, consideraremos la posibilidad de traer a otro sanador.

—¿Vas a arrastrarla hasta aquí?

—Voy a invitarla.

Nesta se enfrentó a Mor, que todavía observaba desde el arco de entrada.

—¿Y tú qué vas a hacer?

Mor le dirigió a mi hermana una media sonrisa.

—Me sentaré junto a Feyre. Atenta a todo.

Lucien murmuró algo acerca de que no necesitaba que lo vigilaran, y todas lo miramos con las cejas arqueadas.

Él se limitó a levantar las manos, dijo que quería refrescarse, y se alejó por el pasillo.

Capítulo 29

Fueron los treinta minutos más incómodos que podía recordar.

Mor y yo bebimos té de menta frío junto al balcón, con las respuestas de los tres altos lores apiladas en la mesita entre nuestras sillas gemelas, fingiendo que mirábamos la calle besada por el verano al otro lado de la ventana, los niños, los altos fae y los inmortales que iban de un lado a otro con cometas, serpentinas y toda clase de juguetes.

Fingíamos mientras Lucien y Elain estaban sentados en silencio junto a la chimenea casi apagada, con un servicio de té sin tocar entre ellos. No me atreví a preguntar si él estaba tratando de meterse en su cabeza, o si estaba sintiendo un lazo similar a ese negro puente inflexible entre la mente de Rhys y la mía; si un lazo de apareamiento normal se sentía de manera diferente.

Una taza de té hizo ruido al chocar contra un platillo, y Mor y yo nos dimos la vuelta para mirar.

Elain había cogido la taza de té y estaba bebiendo de ella sin siquiera mirarlo a él.

En el comedor, al otro lado del pasillo, yo sabía que Nesta estiraba el cuello para observar.

Lo supe porque Amren regañó a mi hermana para que prestara atención.

Estaban levantando muros… en sus mentes, me había dicho Amren mientras le ordenaba a Nesta que se sentara a la mesa del comedor, directamente frente a ella.

Muros que Amren le estaba enseñando a sentir…, para encontrar los agujeros que ella había puesto en ellos. Y repararlos. Si los objetos que investigaron en la Corte de las Pesadillas no le habían permitido a mi hermana comprender lo que

debía hacerse, entonces este era su siguiente intento…: una ruta diferente e invisible. No toda magia es brillante y resplandeciente, había asegurado Amren, y luego me echaron de allí.

Pero en cuanto a alguna señal de ese poder dentro de mi hermana…, ni la oí, ni la vi, ni la sentí. Y tampoco nadie ofreció explicación alguna de qué era exactamente lo que trataban de extraer de su interior.

El movimiento fuera de la casa nuevamente llamó nuestra atención, y descubrimos a Rhys y a Cassian que pasaban por la puerta baja de la entrada. Regresaban de su primera reunión con los comandantes de la legión de los Portadores de Oscuridad de Keir…, que ya se estaban reuniendo y preparando. Al menos eso había salido bien el día anterior.

Ambos nos vieron en la ventana y se detuvieron en seco.

No entres —le advertí por el lazo—. *Lucien está tratando de sentir lo que le pasa a Elain. A través del lazo*.

Rhys le explicó a Cassian, murmurando, lo que yo le había dicho. Cassian entonces levantó la cabeza de la misma manera, no me cabe duda, en que lo había hecho Nesta para intentar ver más allá de nosotros.

Rhys preguntó con cierta ironía:

¿Elain lo sabe?

La hemos invitado a tomar el té. Y eso estamos haciendo.

Rhys le murmuró otra vez algo a Cassian, quien se ahogó de risa y de inmediato se dio la vuelta para salir a la calle. Rhys se quedó allí, con las manos metidas en los bolsillos.

Se ha ido a tomar una copa. Estoy tentado a unirme a él. ¿Cuándo puedo volver sin temer por mi vida?

Le dirigí un gesto vulgar desde la ventana.

Vaya un guerrero ilyrio tan grande y fuerte.

Los guerreros ilyrios saben cuándo elegir sus batallas. Y con Nesta observándolo todo como un halcón y vosotras dos dando vueltas como buitres…, yo sé quién se va a alejar de esa lucha.

Hice el gesto insultante otra vez. Mor se dio cuenta de casi todo lo que se estaba diciendo y se hizo eco del movimiento. Rhys se rio y fingió una reverencia.

Los altos lores han mandado respuestas —le dije mientras se alejaba—. *Día, Amanecer e Invierno vendrán*.

Lo sé —dijo—. *Y acabo de recibir un mensaje de Cresseida que dice que*

Tarquin está considerándolo.

Mejor que nada, afirmé.

Rhys me sonrió por encima del hombro.

Disfruta de tu té, vigilante carabina.

Yo podría haber usado una carabina para vigilarte a ti, como verás.

Tú tenías cuatro en esta casa.

Sonreí mientras finalmente él llegaba a la puerta principal, donde Cassian lo esperaba, al parecer aprovechando el retraso momentáneo para estirar las alas, para regocijo de la media docena de niños que ahora los miraban asombrados.

Amren siseó desde la otra habitación:

—Concéntrate. —La mesa del comedor se movió.

El sonido pareció asustar a Elain, que rápidamente dejó su taza de té. Se puso de pie y Lucien hizo lo mismo de un salto.

—Lo siento —se apresuró a decir.

—¿Qué… qué ha sido eso?

Mor me puso una mano en la rodilla para evitar que yo también me levantara.

—Ha… ha sido un tirón. En el lazo.

—Ni se te ocurra…, muchacha desobediente —gruñó Amren.

Luego Nesta apareció en el umbral.

—¿Qué has hecho?

Sus palabras eran tan afiladas como una navaja.

Lucien la miró a ella, luego a mí. Un músculo le tembló en la mandíbula.

—Nada —dijo, y de nuevo miró a su compañera—. Lo siento… si eso te ha alterado.

Elain se dirigió hacia Nesta, que parecía estar a punto de ebullición.

—He notado algo… extraño —susurró Elain—. Como si tiraras de un hilo atado a una costilla.

Lucien le mostró las palmas de las manos.

—Lo siento.

Elain lo miró durante un largo rato. Y cualquier lucidez se desvaneció mientras sacudía la cabeza, parpadeando dos veces, para hablarle a Nesta.

—Vienen cuervos gemelos, uno blanco y otro negro.

Nesta ocultó bien la devastación, la frustración que aquellas palabras le produjeron.

—¿Qué puedo traerte, Elain?

Solo con nuestra hermana usaba esa voz.

Pero ella sacudió la cabeza una vez más.

—La luz del sol.

Nesta me lanzó una mirada furiosa antes de llevársela por el pasillo…, hacia el jardín soleado de la parte de atrás.

Lucien esperó hasta que la puerta vidriera se cerrara antes de soltar un largo suspiro.

—Hay un lazo, es un hilo real —dijo, más para sí mismo que a nosotras.

—¿Y…? —preguntó Mor.

Lucien se pasó ambas manos por el largo pelo rojo. Su piel era más oscura…, de un profundo marrón dorado, comparado con la palidez de Eris.

—Y había llegado hasta el extremo de Elain cuando ella ha huido.

—¿Has sentido algo?

—No… no he tenido tiempo. La he sentido, pero… —El rubor le tiñó las mejillas. Sea lo que fuere que él había sentido, no era lo que estábamos buscando. Aun cuando no teníamos idea de qué era eso, precisamente.

—Podemos intentarlo de nuevo…, otro día —sugerí.

Lucien asintió, pero no pareció convencido.

Amren ordenó desde el comedor:

—Que alguien vaya a buscar a tu hermana. Su lección no ha terminado.

Suspiré.

—Sí, Amren.

La atención de Lucien se deslizó detrás de mí, hacia las varias cartas en diferentes estilos y marcas de papel. Su ojo dorado se entrecerró. Como emisario de Tamlin, sin duda las reconoció.

—Déjame adivinar: han dicho que sí, pero ahora el problema será escoger el lugar.

Mor frunció el ceño.

—¿Alguna sugerencia?

Lucien se recogió el pelo con una cinta de cuero marrón.

—¿Tienes un mapa?

Supuse que eso me dejaba a mí para ir a buscar a Nesta.

—Ese pino no estaba allí hace un momento.

Azriel soltó una risa tranquila desde donde estaba sentado, encima de una roca, dos días más tarde, viendo cómo me quitaba las agujas de pino del pelo y la chaqueta.

—A juzgar por su tamaño, diría que ha estado allí unos… doscientos años por lo menos.

Fruncí el ceño, sacudiendo los trozos de corteza y con el orgullo magullado.

Esa frialdad, esa distancia que había permanecido en él a raíz de la ira y el rechazo de Mor…, se había entibiado. Bien porque Mor eligió sentarse junto a él en la cena de la noche anterior…: un silencioso ofrecimiento de perdón…, o bien simplemente porque había necesitado un tiempo para recuperarse de ello. Aunque habría jurado que algún grano de culpa brillaba cada vez que Azriel miraba a Mor. En cuanto a lo que Cassian había pensado de eso, de su propia rabia con Azriel…, era ahora todo sonrisas y comentarios procaces. Me alegró que todo volviera a la normalidad. Al menos por el momento.

Me ardían las mejillas mientras escalaba la roca en la que él estaba sentado, sobre una caída de por lo menos cinco metros hasta el bosque de abajo. El lago era una extensión chispeante que se veía entre los pinos. Incluyendo aquel con el que había chocado de frente en mi último intento de saltar de la roca y simplemente deslizarme hacia el lago.

Apoyé las manos en las caderas, examinando la caída, los árboles, el lago más allá.

—¿Qué he hecho mal?

Azriel, que había estado afilando a *El que Dice la Verdad* en el regazo, dirigió sus ojos castaños hacia mí.

—¿Aparte del árbol?

El cantor de sombras tenía sentido del humor. Un humor seco y tranquilo, pero… que salía mucho más a menudo cuando estábamos los dos solos que cuando todo el grupo se hallaba reunido.

Yo había pasado los últimos dos días examinando volúmenes antiguos en busca de alguna pista sobre la reparación del muro para dárselos a Amren y a Nesta, que continuaban de forma silenciosa e invisible construyendo y reparando muros dentro de sus mentes. O debatiendo con Rhys y los demás sobre cómo responder a la andanada de cartas que se estaban intercambiando con los otros altos lores sobre el lugar donde se celebraría la reunión. Lucien nos había dado una ubicación inicial, y varias más cuando la primera fue rechazada. Pero eso era

de esperar, había dicho él, como si se hubiera ocupado de arreglar cosas parecidas muchas veces. Rhys movió la cabeza como señal de asentimiento… y de aprobación.

Y cuando yo no estaba haciendo eso…, me dedicaba a revisar más libros, todos y cada uno de los que Clotho podía encontrarme relacionados con el Ouroboros. Sobre cómo dominarlo.

El espejo era famoso. Todos los filósofos conocidos habían rumiado alguna vez sobre él. Varios se atrevieron a mirarse en su superficie… y se volvieron locos. Otros tan solo se acercaron… y huyeron aterrorizados.

No pude encontrar ningún relato de alguien que lo hubiera dominado. Que hubiese visto lo que acechaba en su interior alejándose con el espejo en su poder.

Salvo la Tejedora del Bosque…, que ciertamente parecía bastante loca, tal vez gracias al espejo que tanto había amado. O quizá algún mal que acechaba en ella había hechizado el espejo. Algunos filósofos lo habían sugerido, aunque ellos no conocían su nombre…, solo que una reina oscura alguna vez lo había poseído, lo había amado. Espiaba al mundo con él… y lo utilizaba para cazar jóvenes doncellas hermosas y así mantenerse ella joven para siempre.

Supuse que el hecho de que la familia de Keir hubiera sido propietaria del Ouroboros durante milenios sugería que el número de quienes se habían alejado con éxito era baja. No era alentador. No cuando todos los textos estaban de acuerdo en una cosa: no había salida. No había escapatoria. Enfrentarse al terror interior…, esa era la única vía para apoderarse de él.

Lo que significaba que quizá tuviera que considerar distintas alternativas…, otras formas de atraer al Tallador de Huesos para que se uniera a nosotros. Cuando encontrara el momento.

Azriel enfundó su legendario cuchillo de lucha y me examinó las alas, que yo había extendido por completo.

—Estás tratando de conducir con los brazos. Los músculos están en las propias alas… y en tu espalda. Los brazos son innecesarios…, son más bien para equilibrar que para cualquier otra cosa. E incluso eso es principalmente una comodidad mental.

Fueron más palabras seguidas de las que jamás le había oído pronunciar.

Alzó una ceja cuando abrí la boca, y de inmediato la cerré. Fruncí el ceño ante la caída que tenía por delante.

—¿Otra vez? —gruñí.

Una risa suave.

—Podemos encontrar una cornisa más baja para saltar, si quieres.

Me encogí.

—Dijiste que esta era baja.

Azriel recostó la cabeza sobre sus manos y esperó. Paciente, frío.

Sentí la rozadura de la corteza en mis palmas, el ruido sordo de las rodillas al chocar…

—Tú eres inmortal —señaló en voz baja—. Eres muy difícil de romper. —Hizo una pausa—. Eso es lo que me dije a mí mismo.

—Difícil de romper —acepté con tristeza—, pero de todos modos, duele.

—Dile eso al árbol.

Solté una risa.

—Sé que la caída no está lejos, y que no me va a matar. ¿No podrías… simplemente empujarme?

Era ese salto inicial de fe absoluta, ese salto inicial del movimiento lo que tenía bloqueadas mis extremidades.

—No —se limitó a responder.

Yo seguía dudando.

Inútil…, este miedo. Me había enfrentado al attor, había caído trescientos metros por el cielo.

Y la rabia al recordarlo, a lo que había hecho con su miserable vida, a lo que podría hacer de nuevo, me obligó a apretar los dientes y a correr y saltar de la roca.

Abrí las alas del todo y mi espalda protestó cuando atraparon el viento, pero mi mitad inferior comenzó a caer, mis piernas eran un peso muerto mientras mi torso trabajaba…

El árbol infernal se alzó ante mí, y me desvié bruscamente hacia la derecha.

Justo hacia otro árbol.

Las alas fueron lo primero en chocar.

El sonido de los huesos y tendones contra la madera, luego contra el suelo…, me llegó antes que el dolor. Lo mismo ocurrió con el juramento entre dientes de Azriel.

Un pequeño quejido salió de mí. Primero sentí la irritación en las palmas de las manos, luego en las rodillas.

Después la espalda me empezó…

—Mierda —fue todo lo que atiné a decir mientras Azriel se arrodillaba junto a mí.

—Estás bien. Solo aturdida.

El mundo seguía reordenándose a mi alrededor.

—Has girado bastante bien —me animó él.

—Hacia otro árbol.

—Ser consciente de lo que te rodea es la mitad del vuelo.

—Ya me lo habías dicho —le recordé. Lo había hecho. Una docena de veces solo esa misma mañana.

Azriel se acuclilló y me ofreció una mano. La carne me ardió cuando apreté sus dedos, un mortificante número de agujas de pino y astillas se desprendieron de mis ropas. La espalda me palpitaba tanto que tuve que bajar las alas, sin importarme si se arrastraban por el suelo mientras Azriel me conducía hacia el borde del lago.

En el sol cegador que se reflejaba en el agua de color turquesa, sus sombras habían desaparecido, su rostro se mostraba resuelto y claro. Más… humano de lo que nunca lo había visto.

—No hay ninguna posibilidad de que yo pueda volar en las legiones, ¿verdad? —le pregunté, arrodillada junto a él mientras me curaba las palmas de las manos con suavidad y la precisión de un experto. El sol refulgía brutal sobre sus cicatrices y no escondía ni una sola mancha retorcida y ondulante.

—Probablemente no —respondió. Sentí un vacío en el pecho al oír eso—. Pero no te hará daño practicar hasta el último momento posible. Nunca se sabe cuándo alguna medida de entrenamiento puede ser útil.

Me estremecí cuando sacó una gran astilla de la palma de mi mano para luego lavarla cuidadosamente.

—Fue muy difícil para mí aprender a volar —dijo. No me atreví a responder —. La mayoría de los ilyrios aprenden desde que son niños que gatean. Pero… supongo que Rhysand te contó los detalles de mi infancia.

Asentí con un movimiento de cabeza. Terminó con una mano y comenzó con la otra.

—Como yo era ya mayor, tenía miedo de volar… y no confiaba en mis instintos. Me daba vergüenza… que me enseñaran a esa edad. No solo a mí, sino a todos en el campo de entrenamiento cuando llegué. Pero aprendí, a menudo saliendo solo. Cassian, por supuesto, me encontró primero. Se burló de mí, era muy superior a mí, y luego se ofreció a entrenarme. Rhys estaba allí al día siguiente. Ellos me enseñaron a volar.

Terminó de curar mi otra mano y se sentó en la orilla, con las piedras que

murmuraban mientras se movían debajo de él. Me senté a su lado, con las manos lastimadas apoyadas con las palmas arriba sobre las rodillas, dejando que las alas cayeran detrás de mí.

—Porque fue un tremendo esfuerzo…, pocos años después de la guerra, Rhys me obsequió con una historia. Fue un regalo…, esa historia. Para mí. Él… fue a ver a Miryam y a Drakon en su nuevo hogar. La visita fue tan secreta que ni siquiera nos enteramos hasta que volvió. Sabíamos que su pueblo no se había ahogado en el mar, como todos creían, como ellos querían que la gente creyera. Verás, cuando Miryam liberó a su pueblo de la reina de la Tierra Negra, los condujo a todos…, casi cincuenta mil personas…, a través del desierto, todo el camino hasta las orillas del mar Erythrian, con la legión aérea de Drakon brindándoles protección. Pero cuando llegaron al mar, se encontraron con que los barcos que tenían preparados para transportarlos por el estrecho canal hasta el siguiente reino habían sido destruidos. Destruidos por la propia reina, quien envió al resto de sus ejércitos a masacrar a sus antiguos esclavos.

»El pueblo de Drakon, los seraphim, son alados. Como nosotros, pero sus alas tienen plumas. Y a diferencia de nosotros, su ejército y su sociedad permiten que las mujeres dirijan, luchen, gobiernen. Todos ellos están dotados con la poderosa magia del viento y el aire. Y cuando vieron el ejército que los atacaba supieron que su propia fuerza era demasiado pequeña para enfrentarse a él. Así que abrieron el mar…, hicieron un sendero en el agua, todo a lo largo a través del canal, y les ordenaron a los humanos que corrieran.

»Lo hicieron, pero Miryam insistió en quedarse atrás hasta que el último de los suyos hubiera cruzado. No iba a dejar atrás a ningún humano. Ni uno solo. Estaban a mitad de camino cuando el ejército de la reina llegó. Los seraphim estaban agotados…, su magia apenas podía sostener ya el pasaje en el mar. Y Drakon sabía que si lo mantenían abierto… ese ejército cruzaría y atacaría a los humanos en el otro lado. Los seraphim rechazaron a la vanguardia, y todo fue sangriento, brutal y caótico…, y durante la pelea cuerpo a cuerpo no vieron a Miryam cuando la reina misma la ensartó con una lanza. Drakon no la vio. Pensó que ella había logrado salir, llevada por alguno de sus soldados. Y entonces ordenó que el mar abierto se cerrara para ahogar a la fuerza enemiga.

»Pero una joven cartógrafa seraphim llamada Nephelle vio sucumbir a Miryam. La amante de Nephelle era uno de los generales de Drakon, y fue ella quien se dio cuenta de que Miryam y Nephelle habían desaparecido. Drakon estaba frenético, pero su magia se había agotado y ninguna fuerza en el mundo

pudo contener al mar cuando volvió a unirse, y ninguno pudo alcanzar a su compañero a tiempo. Pero Nephelle lo logró.

»Nephelle era cartógrafa porque había sido rechazada en las filas de la legión. Sus alas eran demasiado pequeñas, la derecha tenía una ligera malformación. Y ella era pequeña, de escasa estatura, y sería un agujero peligroso en las líneas de ataque cuando llegara el momento de luchar escudo contra escudo. Drakon había permitido su ingreso en la legión como una cortesía hacia su amante, pero Nephelle no lo consiguió. Apenas si podía llevar el escudo seraphim, y sus alas más pequeñas no habrían sido lo bastante fuertes para mantenerse al nivel de los demás. Así fue como se convirtió en una valiosa cartógrafa durante la guerra, ayudando a Drakon y a su amante a encontrar las ventajas geográficas en las batallas. Y también se convirtió en la amiga más querida de Miryam durante esos meses.

»Y ese día, en el fondo del mar, Nephelle recordó que su amiga había permanecido en la parte de atrás de la línea. Volvió a buscarla mientras todos los demás corrían hacia la costa lejana. Encontró a Miryam en la cama de la reina, atravesada por una lanza, sangrando. La pared de agua empezó a derrumbarse en la costa opuesta, matando primero al ejército que se aproximaba y dirigiéndose hacia ellas.

»Miryam le dijo a Nephelle que se salvara ella. Pero esta no estaba dispuesta a abandonar a su amiga. La levantó y voló.

La voz de Azriel se había suavizado teñida por la admiración.

—Cuando Rhys habló con Drakon años más tarde, este todavía no tenía palabras para describir lo que pasó. Desafiaba toda lógica, todo entrenamiento. Nephelle, que nunca había sido lo suficientemente fuerte para sostener un escudo seraphim, llevó a Miryam…, el triple de peso. Y además… voló. El mar se derrumbaba sobre ellas, pero Nephelle voló como el mejor de los guerreros seraphim. El fondo del mar también era un laberinto de rocas afiladas, demasiado estrecho para que los seraphim pasaran. Lo habían intentado durante su huida y chocaron contra ellas. Pero Nephelle, con sus alas más pequeñas… Si hubiesen sido un par de centímetros más anchas no lo habría conseguido. Y más que eso…, Nephelle voló entre ellas, con Miryam moribunda en sus brazos, tan rápida y hábil como el más grande de los seraphim. Nephelle, que había sido ignorada, olvidada…, le ganó la carrera a la propia muerte. No había ni medio metro de espacio entre ella y el agua a ambos lados cuando se elevó desde el fondo del mar, que se levantó hasta casi tocarle los pies. Pero su pequeña

envergadura, su ala deformada…, no le fallaron. Ni una sola vez. Ni siquiera un solo aleteo.

Me ardían los ojos.

—Lo logró. Baste decir que su amante convirtió a Nephelle en su esposa esa misma noche, y Miryam… Bien, ella está viva hoy gracias a Nephelle. —Azriel tomó una piedra blanca, chata y le hizo dar vueltas en sus manos—. Rhys me contó la historia cuando regresó. Y desde entonces hemos adaptado en privado lo que llamamos «la filosofía Nephelle» para usarla en nuestros propios ejércitos.

Levanté una ceja. Azriel se encogió de hombros.

—Nosotros…, Rhys, Cass y yo…, de vez en cuando nos recordamos a nosotros mismos que lo que pensamos que es nuestra mayor debilidad a veces puede ser nuestra mayor fortaleza. Y que la persona más inesperada puede alterar el curso de la historia.

—La filosofía Nephelle.

Él asintió con un movimiento de cabeza.

—Aparentemente, todos los años, hacen la carrera de Nephelle para honrar aquel vuelo. En tierra seca, sin embargo… Ella y su esposa coronan a un nuevo vencedor cada año en conmemoración de lo que ocurrió aquel día. —Arrojó la piedra hacia atrás para que reposara entre sus hermanas en la orilla, y el ruido encontró eco en el agua—. Así que vamos a entrenar, Feyre. Hasta el último día posible. Porque nunca sabremos si solo una hora extra puede marcar la diferencia.

Sopesé sus palabras, la historia de Nephelle. Me puse de pie y extendí las alas.

—Entonces vamos a intentarlo de nuevo.

Gemí mientras entraba cojeando en nuestra habitación esa noche para encontrar a Rhys sentado ante el escritorio, examinando más libros.

—Te advertí que Azriel es un duro bastardo —dijo sin mirarme. Levantó una mano y el agua gorgoteó en el cuarto de baño adyacente.

Se lo agradecí con un quejido y me dirigí hacia él, rechinando los dientes por el sufrimiento de mi espalda, mis muslos, mis huesos. Todo me dolía, y como los músculos alrededor de las alas tenían que adaptarse, tuve que llevarlas a ellas

también. El ruido de alas arrastrándose sobre la madera, sobre la alfombra, y luego la madera de nuevo, fue el único sonido además del de mis pies cansados. Miré el baño humeante que iba a requerir un poco de equilibrio para entrar y volví a lloriquear.

Hasta el hecho de quitarme la ropa implicaba el uso de músculos que estaban casi agotados.

Se oyó el ruido de una silla que se arrastraba en el dormitorio, seguida de suaves pasos de gato, y luego…

—Estoy seguro de que ya lo sabes, pero para quedar limpia tienes que meterte en el agua, no quedarte mirándola fijamente.

Ni siquiera tenía fuerzas para mirarlo, y me las arreglé para dar un paso tambaleante, entumecido, hacia el agua cuando él me sostuvo.

Mi ropa desapareció, probablemente para terminar en la lavandería en el piso de abajo, y Rhys me levantó en sus brazos para meter mi cuerpo desnudo en el agua. Con las alas, el espacio resultaba ajustado…

Gemí desde el fondo de mi garganta al contacto del calor glorioso, y no me molesté en hacer otra cosa que apoyar la cabeza en el borde de la bañera.

—Volveré enseguida —dijo él, y salió del cuarto de baño, y luego del dormitorio.

Cuando volvió, supe que me había quedado dormida gracias a que me puso la mano en el hombro para despertarme.

—Fuera —indicó, pero me levantó él mismo, me secó con la toalla y me llevó a la cama.

Me tendió boca abajo primero, y percibí los aceites y bálsamos que había preparado, el ligero olor a romero y… a algo que estaba demasiado cansada para identificar…, pero era un perfume encantador. Sus manos brillaron cuando aplicó cantidades generosas en las palmas y luego sobre mí.

Mi gemido fue un tanto indigno cuando me masajeó los músculos doloridos de la espalda. Las zonas más castigadas produjeron gemidos bastante patéticos, pero él las frotó con suavidad hasta que todo quedó en una sorda molestia en lugar de un dolor agudo y cegador.

Y luego comenzó con las alas.

Alivio y éxtasis a medida que los músculos se relajaban y aquellas áreas sensibles eran cariñosa y burlonamente acariciadas.

Los dedos de mis pies se curvaron, y justo cuando llegó al punto sensible que hacía que mi estómago estuviera tenso, sus manos se deslizaron hacia mis

pantorrillas. Empezó un lento avance, cada vez más arriba, hasta los muslos, con toques juguetones que me dejaron jadeando. Subió hasta que llegó a mi trasero, donde sus masajes fueron tan profesionales como pecaminosos. Y luego hacia arriba, por la espalda hasta las alas.

Su toque se hizo diferente. Exploratorio. Movimientos amplios y livianos como plumas, arcos y remolinos, y líneas directas y profundas.

Mi interior se calentó, se fundió, y me mordí los labios cuando pasó ligeramente una uña muy cerca de ese punto interior y sensible.

—Lástima que estés tan dolorida por el entrenamiento —reflexionó Rhys, dibujando ociosos, perezosos círculos.

Solo pude enhebrar una serie de palabras que eran tanto súplicas como insultos.

Se inclinó, y su aliento calentó el espacio de piel entre mis alas.

—¿Te he dicho alguna vez que tienes la boca más sucia que jamás he oído?

Murmuré palabras que fueron una nueva prueba de tal afirmación.

Se rio entre dientes y rozó el borde de ese punto sensible, a la vez que su otra mano se deslizaba entre mis piernas.

Con descaro, levanté las caderas en una silenciosa petición. Pero él simplemente dio un rodeo con el dedo, tan perezoso como sus caricias en las alas. Me besó la columna vertebral.

—¿Haremos el amor esta noche, Feyre querida?

Me retorcía, frotándome contra los pliegues de las mantas debajo de mí, desesperada por cualquier tipo de fricción mientras él me llevaba al límite.

—Tan impaciente como siempre —ronroneó, y ese dedo se deslizó dentro de mí. Gemí, la sensación abrumadora, absorbente, con una mano entre mis piernas, la otra acariciando cada vez más cerca de ese punto en mi ala, un depredador rodeando a la presa.

»¿Cesará alguna vez? —musitó, más para sí mismo que para mí mientras otro dedo se unía al que se deslizaba dentro y fuera de mí con movimientos indolentes—. Desearte…, en todo momento, con cada respiración. No creo que pueda soportar mil años de esto. —Mis caderas se movieron con él, llevándolo más adentro—. Piensa en cómo se podría desplomar mi productividad.

Le gruñí algo que con toda probabilidad no era muy romántico y se rio entre dientes, deslizando ambos dedos hacia fuera. Dejé escapar un leve gemido de protesta.

Hasta que su boca se ubicó donde habían estado sus dedos, sus manos me

agarraron las caderas para levantarme, para tener un mejor acceso mientras se daba un banquete conmigo. Gemí y el sonido quedó ahogado por la almohada, y él se limitó a ir más adentro, bromeando y excitándome con cada movimiento.

Un gemido profundo estalló en mí y mis caderas se retorcieron. Rhys apretó las manos alrededor de ellas para mantenerme inmóvil y poder continuar con sus operaciones.

—Nunca llegué a poseerte en la biblioteca —señaló, para luego llevar su lengua a mi centro más sensible—. Tendremos que remediar eso.

—Rhys. —Su nombre era una súplica en mis labios.

—Mmm —fue todo lo que él dijo, y resonó como un trueno en mí…, un jadeo de lo más profundo de mi ser y mis manos se agarraron a las sábanas.

Finalmente liberó mis caderas y volví a respirar su nombre, en agradecimiento, alivio y anticipación de lo que por fin iba a darme…, lo que yo quería…

Pero su boca se cerró alrededor del haz de nervios en el ápice de mis muslos mientras su mano… fue directa a ese maldito lugar del interior de mi ala izquierda y lo acarició con suavidad.

El clímax me atravesó con un grito ronco, haciéndome salir fuera de mi cuerpo. Y cuando los temblores ondulantes y la luz de las estrellas se desvanecieron…

Un agotamiento hasta los huesos se apoderó de mí, permanente e interminable como el lazo de apareamiento entre nosotros. Rhys se acurrucó en la cama detrás de mí. Recogí las alas para que él pudiera abrazarme contra su cuerpo.

—Ese ha sido un experimento divertido —murmuró en mi oído.

Pude sentirlo contra mi espalda, duro y listo, pero cuando alargué la mano para tocarlo, los brazos de Rhys simplemente se cerraron a mi alrededor.

—Duerme, Feyre —me dijo.

Así que puse una mano en su antebrazo, saboreando la fuerza de sus músculos, y acomodé la cabeza contra su pecho.

—Ojalá tuviera días para pasar contigo…, así —me las arreglé para decir mientras mis párpados se cerraban—. Solos tú y yo.

—Los tendremos. —Me besó el pelo—. Los tendremos.

Capítulo 30

Al día siguiente estaba tan dolorida que tuve que enviarle un mensaje a Cassian diciéndole que no iba a entrenar con él. Ni con Azriel.

Un error, tal vez, ya que ambos aparecieron en la puerta de la casa de la ciudad en cuestión de minutos, el primero preguntando qué demonios me pasaba, el otro con una lata de bálsamo para aliviar los dolores en mi espalda.

Le di las gracias a Azriel por el bálsamo y le dije a Cassian que se ocupara de sus asuntos.

Y luego le pedí que me hiciera el favor de llevar volando a Nesta a la Casa del Viento, pues yo no podría hacerlo ni unos pocos metros después de transportarme.

Mi hermana, al parecer, no había encontrado nada en sus libros sobre la reparación del muro…, y como nadie le había mostrado la biblioteca…, yo me ofrecí para hacerlo. Especialmente dado que Lucien se había ido antes del desayuno a una biblioteca en el otro extremo de la ciudad para buscar algo relacionado con la reparación del muro, una tarea que estuve más que dispuesta a delegar. Podría haberme sentido culpable, ya que nunca lo había llevado a recorrer adecuadamente la ciudad de Velaris, pero… él se mostró dispuesto… Más que dispuesto…, parecía ansioso por ir a la ciudad por su cuenta.

Los dos ilyrios interrumpieron por un momento la inspección a la que me estaban sometiendo al advertir la presencia de mis hermanas, que estaban terminando el desayuno, Nesta con un vestido gris pálido que resaltaba el acero en sus ojos y Elain ataviada de rosa tenue.

Ambos hombres se quedaron inmóviles por un instante. Y Azriel esbozó una reverencia, mientras que Cassian se dirigió a la mesa del comedor, alargó la

mano justo por encima del hombro de Nesta y tomó un bizcocho de la canastilla.

—Buenos días, Nesta —la saludó con la boca llena de sabor de arándano y limón—. Elain.

Las fosas nasales de Nesta aletearon. Elain miró a Cassian y parpadeó dos veces.

—Te partió las alas y te rompió los huesos.

Traté de eliminar de mi cabeza el sonido del grito de Cassian…, el recuerdo de la sangre pulverizada.

Nesta miró su plato. Elain, al menos, había salido de su habitación, pero…

—Se necesita más que eso para matarme —replicó Cassian con una sonrisa burlona que no coincidió con la expresión de sus ojos.

—En efecto —fue lo único que dijo Elain.

Las cejas oscuras de Cassian se juntaron. Me llevé una mano a la cara antes de ir hacia Elain y tocarle ese hombro en exceso huesudo.

—¿Te llevo al jardín? Las hierbas que plantaste están saliendo muy bien.

—Yo puedo ayudarla —se ofreció Azriel, acercándose a la mesa mientras Elain se levantaba en silencio. No había sombras en sus orejas, ni tinieblas rodeando sus dedos cuando extendió una mano.

Nesta lo vigilaba como un halcón, pero guardó silencio cuando Elain le tomó la mano y salieron afuera.

Cassian acabó con el bizcocho y se lamió los dedos. Yo habría jurado que Nesta observaba todo eso con una mirada de soslayo. Él le sonrió como si también se hubiera dado cuenta.

—¿Estás lista para volar, Nes?

—No me llames así.

Eso era lo que no había que decir, por la forma en que los ojos de Cassian se iluminaron.

Elegí ese momento para transportarme al cielo por encima de la casa, riendo entre dientes mientras el viento me llevaba por el mundo. Un poco de venganza entre hermanas, supuse. Por la actitud general de Nesta.

Por suerte, nadie fue testigo de mi aterrizaje ligeramente mejorado en la terraza, y en el momento en que la oscura figura de Cassian apareció en el cielo —el cabello de Nesta brillaba como el bronce en el sol de la mañana—, yo ya me había sacudido el polvo y la suciedad de mi ropa de cuero.

El rostro de mi hermana se veía enrojecido debido al viento cuando Cassian la depositó suavemente en el suelo. Luego, ella se dirigió a las puertas de cristal

sin mirar hacia atrás.

—¡No hay de qué! —le gritó Cassian con un leve tono mordaz en la voz. Abrió y cerró las manos en los costados, como si tratara de liberarse de la sensación del contacto de ella en las palmas.

—Gracias —le dije, pero Cassian ni se molestó en decir «adiós» cuando saltó hacia el cielo y desapareció entre las nubes.

La biblioteca debajo de la casa estaba oscura, tranquila. Las puertas se abrieron para nosotras de la misma manera en que se habían abierto cuando Rhys y yo la visitamos por primera vez.

Nesta no dijo nada. Solo inspeccionaba cada pila de libros, cada hueco y cada araña que colgaba mientras yo la llevaba hasta el nivel donde Clotho había encontrado aquellos volúmenes. Le mostré la pequeña área de lectura que yo utilizaba y le señalé el escritorio.

—Sé que Cassian te irrita, pero también tengo curiosidad. ¿Cómo sabes qué buscar en relación con el muro?

Nesta pasó un dedo por encima del antiguo escritorio de madera.

—Simplemente lo sé.

—Cómo.

—No sé cómo. Amren me dijo que lo hiciera…, que tratara de ver si la información encaja. —Y tal vez eso la asustó. La intrigó, y también la asustó. Y no se lo había dicho a Cassian no por rencor, sino porque ella no deseaba revelar esa vulnerabilidad. Esa falta de control.

No insistí. Ni siquiera mientras la miraba durante un largo rato. Yo no sabía cómo abordar ese tema, cómo preguntarle si estaba bien, si podía ayudarla. Nunca había sido cariñosa con ella…, jamás la abrazaba. Ni la besaba en las mejillas. No sabía por dónde empezar.

Así que solo dije:

—Rhys me dio un plano de las pilas de libros. Creo que podría haber más sobre el Caldero y el muro algunos niveles más abajo. Puedes esperar aquí, o…

—Te ayudaré a buscar.

Seguimos el camino inclinado en silencio. Los únicos sonidos eran el crujido del papel y el ocasional roce de la túnica de alguna sacerdotisa sobre el suelo de piedra. Le expliqué en voz baja quiénes eran las sacerdotisas… y por qué estaban ahí. Le expliqué que Rhys y yo planeábamos ofrecer refugio a cualquier humano que pudiera llegar a Velaris.

No dijo nada. Se mostraba cada vez más silenciosa mientras descendíamos,

con ese pozo de oscuridad a mi derecha que parecía hacerse más denso cuanto más abajo estábamos.

Y llegamos a una hilera de pilas de libros que se desviaba hacia el interior de la montaña en un largo pasillo, con luces inmortales que se encendían dentro de los globos de vidrio de la pared cuando pasábamos. Nesta exploró los estantes con la mirada mientras caminábamos, y yo leía los títulos un poco más lentamente, pues todavía necesitaba un poco de tiempo para procesar lo que para mi hermana era puro instinto.

—Ignoraba que realmente no sabías leer —dijo Nesta, mientras hacía una pausa ante una sección de tema indefinido, al notar la forma en que yo pronunciaba en silencio las palabras de un título—. ¿Dónde estabas durante tus lecciones…, cuando todo sucedió? Di por supuesto que podías leer con tanta facilidad como nosotras.

—Bueno, no es así.

—¿Por qué no nos pediste que te enseñásemos?

Arrastré un dedo por la fila de lomos.

—Porque no sabía si tú aceptarías ayudarme.

Nesta se quedó tiesa como si la hubiera golpeado, y la frialdad floreció en sus ojos. Sacó un libro de un estante.

—Amren dijo que Rhysand te enseñó a leer.

Mis mejillas se calentaron.

—Y así fue. —Y allí, muy por debajo del mundo, con solo la oscuridad como compañía, le pregunté—: ¿Por qué apartas a todo el mundo menos a Elain?

«¿Por qué siempre me apartaste a mí?».

Cierta emoción centelleó en sus ojos. Tragó con fuerza. Nesta cerró los párpados un momento y tomó aire con fuerza.

—Porque…

No pudo continuar.

Lo sentí en el mismo momento en que empezó.

La ondulación y el temblor. Como… como si alguna pieza del mundo hubiese cambiado, como si alguien hubiera tocado una cuerda desafinada.

Nos volvimos hacia el sendero iluminado que acabábamos de atravesar entre las pilas de libros para luego ir hacia la oscuridad, lejos, mucho más allá.

Las luces inmortales a lo largo del techo comenzaron a chisporrotear y a apagarse. Una por una. Cada vez más y más cerca de nosotras.

Yo solo tenía un cuchillo ilyrio envainado en un costado.

—¿Qué es eso? —susurró Nesta.

—Corre —fue todo lo que dije.

No le di la oportunidad de oponerse, ya que la agarré por el codo y corrí hacia las pilas de libros que teníamos por delante. Las luces inmortales volvían a la vida cuando nosotras pasábamos, para luego ser devoradas por la oscuridad que parecía perseguirnos.

Lenta… Mi hermana se movía con una maldita lentitud por su vestido, por su general falta de ejercicio…

Rhys.

Nada.

Las guardas mágicas alrededor de la Prisión eran lo suficientemente gruesas para impedir la comunicación… Tal vez lo mismo ocurría en este lugar.

Se acercaba una pared… con un vestíbulo delante. Una segunda pendiente: a la izquierda subía, a la derecha se deslizaba hacia abajo…

La oscuridad iba llegando desde arriba. Pero la negrura conducía a lo más profundo…, fresca y abierta.

Fui a la derecha.

—Más rápido —le dije. Si pudiéramos ir hacia quienquiera que estuviese en la profundidad, tal vez podríamos acortar camino, derecho al fondo. Yo podría transportarnos.

Transportación. Podría transportarnos en ese mismo momento…

Agarré el brazo de Nesta.

Justo cuando la oscuridad detrás de nosotros se detuvo, dos altos fae salieron de ella. Dos machos.

Uno de pelo oscuro, el otro de pelo claro. Ambos con chaquetas grises bordadas con hilo blanco hueso.

Reconocí el escudo de armas sobre el hombro derecho. Reconocí sus ojos muertos.

Hybern. Hybern estaba allí…

No me moví lo bastante rápido cuando uno de ellos lanzó su aliento hacia nosotras.

Cuando ese polvo azul destructor de la sangre llegó a mis ojos, a mi boca, mi magia se extinguió.

El jadeo de Nesta me indicó que sentía algo similar.

Pero los dos se concentraron en mi hermana mientras yo me tambaleaba hacia atrás, con las lágrimas tratando de sacar el polvo de mis ojos, y tratando de

escupir el destructor de la sangre. La agarré del brazo, intentando transportarme. Nada.

Detrás de ellos, una sacerdotisa encapuchada cayó al suelo.

—Fue muy fácil entrar en sus mentes una vez que nuestro maestro nos dejó atravesar las guardas —dijo uno de ellos, el hombre de pelo oscuro—. Hacerles creer que éramos estudiosos, investigadores. Habíamos planeado venir a buscarte… Pero parece que tú nos has encontrado primero.

Todo esto se lo dijeron a mi hermana. El rostro de Nesta estaba casi blanco, aunque sus ojos no mostraban miedo.

—¿Quién eres tú?

El de pelo blanco sonrió ampliamente mientras se acercaban.

—Somos los cuervos del rey. Sus ojos y garras a la distancia. Y hemos venido para llevarte de vuelta.

El rey…, su amo. La haría… Madre sagrada.

¿Estaba el rey allí, en Velaris?

Rhys.

Cerré una mano mental en el lazo. Una y otra vez.

Rhys.

Nada.

La respiración de Nesta empezó a acelerarse. Las espadas colgaban a sus costados…, dos cada uno. Sus hombros eran anchos, brazos lo bastante gruesos para indicar que eran músculos lo que llenaba esas finas vestimentas.

—No la llevarás a ninguna parte —le dije, empuñando el cuchillo. ¿Cómo había hecho el rey… para llegar aquí sin que nadie se percatara, para romper nuestras guardas mágicas?

Y si estaba en Velaris… Contuve mi terror ante esa idea. Ante lo que podría estar haciendo más allá de esta biblioteca, invisible y oculto…

—Tú eres un premio inesperado —señaló el de pelo negro dirigiéndose a mí —. Pero tu hermana… —Una sonrisa mostró todos sus dientes demasiado blancos—. Tú cogiste algo del Caldero, muchacha. El rey quiere que lo devuelvas.

Esa era la razón por la que el Caldero no podía romper el muro. No porque su poder se hubiera agotado.

Sino porque Nesta había robado demasiado del mismo.

Capítulo 31

Puse mis opciones ante mí.

Dudaba que los cuervos del rey fueran tan estúpidos como para seguir hablando el tiempo suficiente para que mis poderes volvieran. Y si el rey realmente estaba aquí…, tenía que avisar a todo el mundo. Inmediatamente.

Eso me dejaba con tres opciones.

Enfrentarme a ellos en combate cuerpo a cuerpo con solo un cuchillo cuando ellos estaban armados con dos hojas gemelas cada uno y tenían músculos suficientes para saber usarlas.

Echar a correr e intentar salir de la biblioteca…, y arriesgar las vidas y un trauma adicional para las sacerdotisas de los niveles superiores.

O…

Nesta les estaba diciendo:

—Si quiere lo que yo cogí, puede venir a buscarlo en persona.

—Está demasiado ocupado para molestarse —ronroneó el hombre de pelo blanco, y avanzó otro paso.

—Por lo visto, tú no lo estás.

Agarré los dedos de Nesta en mi mano libre. Ella me miró.

Necesito que confíes en mí, traté de transmitirle.

Nesta leyó la emoción en mis ojos… y me dirigió una mínima inclinación de barbilla.

—Habéis cometido un grave error al venir aquí —les dije—. A mi casa.

Ellos se rieron burlones.

Les devolví una sonrisa irónica.

—Y espero que eso os convierta en tiras sangrientas —les advertí.

Entonces corrí, llevando a Nesta conmigo. No hacia los niveles superiores.

Sino hacia abajo.

Abajo, a la oscuridad eterna del pozo en el corazón de la biblioteca. Y a los brazos de lo que fuera que acechaba allí dentro.

En redondo y hacia abajo, en redondo y hacia abajo…

Estanterías y papel, muebles y oscuridad, el olor se volvía mohoso y húmedo, el aire se espesaba, la oscuridad era como el rocío sobre mi piel…

La respiración de Nesta era irregular, sus faldas crujían con cada paso que dábamos.

Tiempo…, era solo cuestión de tiempo antes de que alguna de esas sacerdotisas se pusiera en contacto con Rhys.

Pero incluso un minuto podría ser demasiado tarde.

No había opciones. Ninguna.

Las luces inmortales dejaron de aparecer delante.

Una risa baja y espantosa resonó detrás de nosotros.

—No es tan fácil… encontrar el camino en la oscuridad.

—No te detengas —le dije jadeando a Nesta, mientras nos hundíamos cada vez más lejos en la oscuridad.

Se oyó un agudo rasguño. Como garras sobre piedra. Uno de los cuervos canturreó:

—¿Sabes qué les pasó a ellas…, a las reinas?

—No te detengas —susurré, apoyando una mano contra la pared para no perder el camino.

Pronto… pronto llegaríamos al fondo, y luego… y luego a enfrentarnos a algo tan horroroso que Cassian ni siquiera quería hablar de ello.

El menor de dos males…, o el peor de ellos.

—La más joven…, esa perra demacrada…, fue la primera en entrar en el Caldero. Prácticamente pisoteó a las otras para hacerlo después de haber visto lo que eso os hizo a ti y a tu hermana.

—No te detengas —repetí cuando Nesta tropezó—. Si caigo, tú sigue corriendo.

Esa era una decisión que yo no necesitaba debatir. Eso no me asustaba. Ni lo más mínimo.

La piedra chilló debajo del par de garras.

—Pero el Caldero… Ah, él supo que algo le había sido arrebatado. No lo sintió, pero… lo supo. Estaba furioso. Y cuando esa joven reina entró en él…

Los cuervos se echaron a reír. Rieron cuando la pendiente se niveló y nos encontramos en el fondo de la biblioteca.

—Ah, le dio a ella la inmortalidad. La convirtió en fae. Pero como le habían quitado algo a él…, el Caldero tomó lo que ella más valoraba: su juventud. —Volvieron a reírse—. Entró una joven…, pero salió una vieja marchita.

Y desde las catacumbas de mi memoria, sonó la voz de Elain: «Vi manos jóvenes que se marchitaban con la edad».

—Las otras reinas ya no querían entrar en el Caldero por miedo a que les ocurriera lo mismo. Y la más joven… Ah, deberías escuchar lo que ella dice, Nesta Archeron. Las cosas que ella quiere hacer contigo cuando Hybern esté terminado…

«Vienen cuervos gemelos».

Elain lo sabía. Lo sentía. Había intentado advertirnos.

Había antiguas pilas de libros ahí abajo. O por lo menos las sentí mientras chocábamos contra innumerables bordes duros en nuestra ciega carrera. ¿Dónde estaba eso, dónde estaba…?

Corrimos hacia lo más profundo de la oscuridad.

—Nos estamos aburriendo de esta persecución —dijo uno de ellos—. Nuestro amo espera que te llevemos con él.

Resoplé con fuerza como para que me oyeran.

—Me sorprende que haya logrado reunir la fuerza para romper las guardas… Parece que necesita un tesoro de objetos mágicos para que hagan su trabajo por él.

El otro siseó y las garras rasparon con más fuerza.

—¿De quién crees que era el libro de hechizos que Amarantha robó hace muchas décadas? ¿Quién sugirió la diversión de pegar las máscaras a los rostros de Primavera como castigo? Otro pequeño hechizo, el que ha ardido durante todo el día de hoy… para romper y atravesar las guardas de este lugar. Por desgracia, solo podía ser usado una vez.

En ese momento estudié el tenue goteo de luz que podía distinguir…, lejos y arriba.

—Corre hacia la luz —le dije a Nesta—. Yo los retendré.

—No.

—No trates de ser noble, si eso es lo que estás susurrando —graznó uno de los cuervos desde atrás—. De todos modos, os atraparemos a las dos.

No teníamos tiempo… para lo que fuese que estuviera allí abajo esperándonos. No teníamos tiempo…

—Corre —suspiré—. Por favor.

Ella dudó.

—Por favor —le supliqué. Mi voz se quebró.

Nesta me apretó la mano una vez.

Y entre un aliento y el siguiente, giró hacia el centro del pozo. La luz arriba, muy arriba.

—¿Qué…? —murmuró uno de ellos cuando lo ataqué.

Cada hueso de mi cuerpo chilló de dolor cuando me estrellé contra una de las pilas de libros. Y luego otra vez. Y otra.

Hasta que esta se tambaleó y cayó, para desplomarse sobre la que tenía al lado. Y la siguiente. Y la siguiente.

Proteger la huida de Nesta no era posible.

Y tampoco era posible mi salida. La madera gimió y se quebró, los libros impactaban con fuerza sobre la piedra.

Y más adelante…

Arañé y golpeé la pared mientras me zambullía cada vez más en el pozo abierto en el suelo. Mi magia era una cáscara vacía en mis venas.

—Todavía podremos atraparla, no te preocupes —graznó uno de ellos—. No quiero que se separen esas queridas hermanas.

Dónde estás dónde estás dónde estás.

No vi la pared delante de mí.

Mis dientes rechinaron cuando choqué primero con la cara. Tanteaba a ciegas, buscando una fisura, una esquina…

La pared continuaba allí. Callejón sin salida. Si eso era un callejón sin salida…

—Por aquí no se va a ninguna parte, milady —dijo uno de ellos.

Seguí moviéndome, apretando los dientes, midiendo el poder todavía congelado dentro de mí. Ni siquiera una brasa para convocar y así iluminar el camino, para mostrarme dónde estaba…

Para mostrar algún agujero más adelante…

El terror que me producía me bloqueaba los huesos. No. No. «Sigue avanzando, sigue adelante…».

Extendí la mano desesperada, buscando una estantería a la que agarrarme. Aunque seguramente no iban a poner un estante cerca de un agujero abierto en la tierra…

La negrura vacía se encontró con mis dedos, se deslizó entre ellos. Una y otra vez.

Tropecé.

El cuero se encontró con mis dedos: cuero sólido. Busqué a tientas, los lomos duros de los libros tocaban las palmas de mis manos, y ahogué un sollozo de alivio. Una cuerda salvadora en un mar violento. Seguí mi camino tanteando los libros, ya podía correr. Terminó demasiado pronto. Di otro paso a ciegas hacia delante; tanteando, giré en la esquina de otra pila de libros. Justo cuando los cuervos susurraban con desagrado.

Ese sonido fue bastante elocuente.

Me habían perdido…, momentáneamente.

Avancé, manteniendo la espalda pegada a un estante, calmando mis agitados pulmones hasta que mi respiración se volvió casi silenciosa.

—Por favor —dije en la oscuridad, apenas más que un susurro—. Por favor, ayúdame.

A lo lejos, un estallido recorrió el antiguo suelo estremeciéndolo.

—Alta lady de la Corte Noche —cantó uno de los cuervos—. ¿Qué clase de jaula construirá nuestro rey para ti?

El miedo me iba a matar, el miedo…

Una voz suave susurró en mi interior:

¿Tú eres la alta lady?

La voz era a la vez joven y vieja, horrible y hermosa.

—Sí —susurré.

No podía percibir el calor de ningún cuerpo, ni detectar presencia física alguna, pero… lo sentí detrás de mí. Incluso con la espalda pegada a la estantería, lo sentí acechando detrás de mí. Alrededor de mí. Como una mortaja.

—Podemos olerte —aseguró el otro cuervo—. La rabia que se apoderará de tu compañero cuando descubra que te hemos apresado.

—Por favor —le dije a la cosa agachada detrás de mí, sobre mí.

¿Qué me darás?

Una pregunta muy peligrosa. «Nunca negocies», me había advertido Alis una

vez antes de Bajo la Montaña. Aun cuando las negociaciones que yo había llevado a cabo… nos hubieran salvado. Y me habían llevado a Rhys.

—¿Qué es lo que quieres?

—¿Con quién está hablando? —preguntó uno de los cuervos.

La piedra y el viento lo oyen todo, lo dicen todo. Me susurraron sobre tu deseo de manejar al Tallador. De intercambiar.

Mi respiración se hizo áspera y rápida.

—¿Y entonces…?

Lo conocí… hace mucho tiempo. Antes de que tantas cosas se arrastraran por la tierra.

Los cuervos estaban muy cerca…, demasiado cerca, cuando uno de ellos susurró:

—¿Qué está murmurando?

—¿Conoce algún hechizo, como el amo?

—¿Cuál es tu precio? —le susurré a la oscuridad que se escondía detrás de mí.

Los pasos de los cuervos sonaban tan cerca que no parecían estar a más de seis metros de distancia.

—¿Con quién hablas? —preguntó uno de ellos.

Compañía. Envíame compañía.

Abrí la boca, pero luego dije:

—¿Para comer?

Su risa hizo que se me erizara la piel.

Para hablarme de la vida.

El aire se movió delante de mí cuando los cuervos de Hybern se acercaron.

—Ahí estás —exclamó uno de ellos furioso.

—Dalo por hecho —respondí. La piel de mi antebrazo izquierdo se estremeció.

Habría jurado que sentía que la cosa detrás de mí sonreía.

¿Debo matarlos?

—P… por favor.

Una luz chisporroteó delante de mí, y parpadeé ante la cegadora bola de luz inmortal.

Vi a los cuervos gemelos primero, esa luz inmortal sobre sus hombros… para iluminarme y poder atraparme.

Su atención se dirigió a mí. Luego se levantó sobre mi hombro. Mi cabeza.

Un terror absoluto, total, se apoderó de sus rostros. Ante lo que estaba detrás de mí.

Cierra los ojos, ronroneó la cosa.

Obedecí temblando.

Luego, lo único que oí fue el grito.

Chillidos agudos y suplicantes. Huesos que se rompían, sangre que salpicaba como la lluvia, tela que se rasgaba y gritos, gritos, gritos…

Cerré los ojos con tanta fuerza que me dolió. Los apreté tanto que temblaba.

Entonces sentí unas manos cálidas y ásperas sobre mí, que me arrastraban lejos, y la voz de Cassian en mi oído.

—No mires. No mires —me estaba diciendo.

No miré. Dejé que me llevara. Justo cuando sentí que Rhys llegaba. Sentí que aterrizaba en el suelo del pozo con tanta fuerza que toda la montaña se estremeció.

Entonces abrí los ojos. Lo vi lanzándose hacia nosotros, la oscuridad envolviéndolo, con tanta furia en su rostro…

—Sácalos de aquí —le ordenó a Cassian.

Los gritos seguían estallando detrás de nosotros.

Salté hacia Rhys, pero ya se había ido, y una estela de oscuridad se alargaba detrás de él.

Para ocultar el sitio en el que entraba.

Sabía que yo miraría.

Los gritos cesaron.

En el terrible silencio, Cassian me sacó… hacia el oscuro centro del pozo. Nesta estaba allí de pie, con los brazos alrededor del torso, los ojos muy abiertos.

Cassian le tendió un brazo. Como en un trance, ella caminó directamente a su lado. Los brazos del ilyrio nos envolvieron a las dos, los Sifones se encendieron y doraron la oscuridad con luz roja como sangre.

Luego nos lanzamos hacia el cielo.

Justo cuando los gritos comenzaron de nuevo.

Capítulo 32

Cassian nos dio a las dos una copa de *brandy*. Una copa alta.

Sentada en un sillón de la biblioteca familiar, Nesta se bebió la suya de un trago.

Yo me senté en la silla frente a ella, tomé un sorbo, me estremecí ante el sabor, y dejé la copa en la mesa baja entre nosotros.

—Sigue bebiendo —ordenó Cassian. Su ira no iba dirigida hacia mí.

No…, se dirigía a lo que había allí abajo. A lo que había pasado.

—¿Estás herida? —me preguntó Cassian. Cada palabra sonaba como un trallazo…, brutal.

Negué con la cabeza.

No se lo preguntó a Nesta… Seguramente la encontró primero y lo averiguó por sí mismo.

—¿Está el rey… en la ciudad? —quise saber.

—No hay señales de él. —Un músculo se movió en su mandíbula.

Permanecimos sentados en silencio. Hasta que Rhys apareció entre las puertas abiertas, con sombras que se arrastraban detrás de él.

La sangre le cubría las manos…, pero nada más.

Tanta sangre, un rubí brillante en el sol de media mañana.

Como si los hubiese agarrado con las manos desnudas.

Sus ojos estaban completamente congelados de rabia.

Y se concentraron en mi brazo izquierdo, la manga sucia pero todavía enrollada…

Como una delgada banda de hierro negro alrededor de mi antebrazo, ahí había aparecido un tatuaje.

«Es costumbre en mi corte que las negociaciones sean marcadas de manera permanente en la piel», me había dicho Rhys en Bajo la Montaña.

—¿Qué le has dado? —No le había oído esa voz desde aquella visita a la Corte de las Pesadillas.

—Esa cosa… me ha dicho que quería compañía. Alguien que le hable sobre la vida. Y yo le he dicho que sí.

—Te has ofrecido tú misma…

—No. —Bebí el resto del *brandy* ante ese tono de voz, ante su cara congelada—. La cosa solo ha dicho «alguien». Y no ha especificado cuándo. —Hice una mueca mirando a la banda de un negro compacto, del ancho de mi dedo, interrumpida solo por dos delgadas interferencias cerca del antebrazo. Traté de ponerme de pie, de ir hacia él, para tomar esas manos ensangrentadas. Pero las rodillas todavía me temblaban tanto que no pude moverme—. ¿Están muertos los cuervos del rey?

—Estaban casi muertos cuando he llegado. Esa cosa les ha dejado suficiente de sus mentes funcionando para que yo los interrogara. Y los he liquidado cuando he terminado.

La expresión de Cassian era imperturbable, y paseaba la mirada de las manos sangrientas de Rhys a sus ojos helados.

Pero mi compañero se volvió hacia Nesta.

—Hybern te persigue por lo que cogiste del Caldero. Las reinas te quieren ver muerta por venganza, por robarles la inmortalidad.

—Lo sé. —La voz de Nesta era ronca.

—¿Qué fue lo que cogiste?

—No lo sé. —Sus palabras eran apenas algo más que un susurro—. Ni siquiera Amren puede descifrarlo.

Rhys la miró fijamente. Pero Nesta me miró a mí…, y yo habría jurado que el miedo brillaba en sus ojos, y la culpa y… algún otro sentimiento.

—Tú me has dicho que corriera.

—Eres mi hermana —fue lo único que respondí. Una vez ella había intentado cruzar el muro para salvarme.

Entonces añadió:

—Elain…

—Elain está bien —la informó Rhys—. Azriel estaba en la casa de la ciudad. Lucien ya ha regresado y Mor está a punto de llegar. Ya están al corriente de la amenaza.

Nesta apoyó la cabeza en el almohadón del sillón, relajándose un poco.

—Hybern se ha infiltrado en nuestra ciudad —le dije a Rhys—. Otra vez.

—El idiota se aferró a ese hechizo fugaz hasta que realmente lo necesitó.

—¿Un hechizo fugaz?

—Un hechizo de gran poder, pero que solo puede ser usado una vez… con gran efectividad. Uno capaz de quebrar guardas… Debe de haber esperado el momento.

—¿Tenemos guardas mágicas aquí…?

—Amren las está adaptando ahora para esas eventualidades. Y luego empezarán a recorrer la ciudad para descubrir si el rey también ha dejado aquí a algún otro compinche antes de desaparecer.

Debajo de la rabia fría había una nitidez… tan afilada que no pude evitar preguntarle:

¿Qué pasa?

—¿Qué pasa? —respondió él verbalmente, como si ya no pudiera distinguir entre los dos modos—. Lo que pasa es que esos pedazos de mierda han entrado en mi casa y atacado a mi compañera. Lo que pasa es que mis propios malditos guardias han actuado contra mí, y tú has tenido que negociar con esa cosa para evitar que se te llevaran. Lo que pasa…

—Cálmate —lo interrumpí, en voz baja pero con firmeza.

Sus ojos brillaban, como un rayo que hubiera caído sobre el mar. Pero respiró hondo, para luego soltar el aire por la nariz, y sus hombros se aflojaron…, un poco.

—¿Has visto lo que era…, esa cosa de allá abajo?

—He imaginado lo suficiente para cerrar los ojos —expliqué—. Y solo los he abierto cuando ya se había alejado de sus cuerpos.

La piel de Cassian estaba grisácea. Lo había visto en otra ocasión. Lo había vuelto a ver. Pero no dijo nada.

—Sí, el rey ha superado nuestras defensas —le dije a Rhys—. Sí, las cosas han salido mal, pero no hemos resultado heridos. Y los cuervos han revelado algunas informaciones.

Descuidado, comprendí. Rhys había sido descuidado al matarlos. Normalmente, los habría mantenido vivos para que Azriel los interrogara. Pero él cogió de ellos lo que necesitaba, de manera rápida y brutal, y terminó. Había mostrado más control con el attor…

—Ahora sabemos por qué el Caldero no funciona con todo su poder —

continué—. Sabemos que Nesta es más una prioridad para el rey de lo que lo soy yo.

Rhys lo meditó.

—Hybern ha mostrado parte de su juego al enviarlos aquí. Tiene que tener alguna duda sobre su victoria si se arriesga de esta manera.

Nesta parecía a punto de vomitar. Cassian, sin decir una palabra, le llenó la copa.

—¿Cómo… cómo sabías que teníamos problemas? —pregunté.

—Clotho —respondió Rhys—. Hay una campana hechizada en la biblioteca. Ella la ha tocado y nos ha llegado a todos nosotros. Cassian ha llegado primero.

Me pregunté qué habría pasado en esos momentos iniciales, cuando encontró a mi hermana.

Como si hubiera leído mis pensamientos, Rhys me envió la imagen, sin duda cortesía de Cassian.

Pánico… y rabia. Eso era todo lo que sabía cuando se lanzó al corazón del pozo, atravesando esa oscuridad antigua que lo había sacudido alguna vez hasta la médula.

Nesta estaba allí… y Feyre.

A la primera la vio antes que a la otra, al salir tropezando de la oscuridad, con los ojos muy abiertos, y el miedo de ella fue lo que hizo que su rabia se convirtiera en algo tan agudo que apenas si podía pensar, apenas si podía respirar…

Ella dejó escapar un ligero ruido animal…, como el de un ciervo herido…, cuando lo vio. Cuando aterrizó con tanta fuerza, sus rodillas saltaron.

No dijo nada cuando Nesta se lanzó hacia él, con su vestido sucio y desaliñado, con los brazos extendidos. Él abrió los suyos para ella, incapaz de detener su acercamiento, su contacto…

Ella, por su parte, agarró sus ropas de cuero.

—Feyre —le dijo con voz áspera, señalando hacia atrás con su mano libre, sacudiéndolo firmemente con el otro. Fuerza…, una fuerza semejante sin explotar en ese cuerpo delgado y hermoso.

»Hybern.

Eso era todo lo que necesitaba oír. Rhys sacó su espada y luego se lanzó hacia ellas, su poder como una maldita erupción volcánica. Cassian cargó hacia delante en la oscuridad, siguiendo el grito…

No quise ver nada más. Ver lo que Cassian había presenciado allá abajo.

Rhys se acercó a mí y levantó una mano para tocarme el pelo, pero se detuvo… al ver la sangre que cubría sus dedos. En cambio, estudió el tatuaje que ahora estropeaba mi brazo izquierdo.

—Mientras no tengamos que invitarlo a la cena del solsticio, podré soportarlo.

—¿Tú podrás soportarlo? —Levanté las cejas.

Un atisbo de sonrisa, incluso con todo lo que había sucedido y que teníamos delante.

—Al menos ahora, si uno de vosotros se comporta mal, ya sé cuál será el castigo perfecto: bajar allí para hablar con esa cosa durante una hora.

Nesta frunció el ceño con disgusto, pero Cassian soltó una risa oscura.

—Yo elijo limpiar los baños, gracias.

—Tu segundo encuentro me ha parecido menos angustiante que el primero.

—Esta vez no trataba de comerme. —Pero las sombras aún oscurecían sus ojos.

Rhys también las vio. Las vio y dijo en voz baja, otra vez con ese tono de alto lord:

—Advierte a quien necesite saberlo que permanezca en su casa esta noche. Los niños deberán estar fuera de las calles al atardecer, ningún palacio permanecerá abierto después de la salida de la luna. Cualquier persona que permanezca en las calles tendrá que enfrentarse a las consecuencias.

—¿De qué? —pregunté. El licor me ardía en el estómago.

La mandíbula de Rhys se tensó y examinó la brillante ciudad a través de las ventanas.

—De la cacería de Amren.

Elain estaba acurrucada junto a una Mor demasiado relajada en el sofá de la sala de estar cuando llegamos a la casa de la ciudad. Nesta pasó junto a mí para ir directamente hacia Elain, y se sentó a su lado, antes de volver la atención a donde habíamos quedado en el vestíbulo. Esperando…, de alguna manera percibiendo, la reunión que estaba a punto de desarrollarse.

Lucien, de pie junto a la ventana delantera, se volvió, dejando de mirar la calle. Controlándola. Una espada y una daga colgaban de su cinturón. Se lo veía

sin humor, sin calor que le diera alguna gracia a su rostro, solo una soberbia y sombría determinación.

—Azriel está bajando desde el tejado —anunció Rhys sin dirigirse a nadie en particular. Se apoyó contra el arco de entrada a la sala de estar y cruzó los brazos.

Y como si lo hubiera llamado, Azriel salió de un rincón oscuro junto a la escalera y nos observó de la cabeza a los pies. Sus ojos se detuvieron en la sangre seca que cubría las manos de Rhys.

Me situé en la entrada opuesta mientras que Cassian y Azriel permanecieron entre nosotros.

Rhys se quedó callado un momento antes de hablar:

—Las sacerdotisas van a guardar silencio sobre lo que ha pasado hoy. Y la gente de esta ciudad no se enterará de por qué Amren se está preparando para cazar. No podemos dejar que los otros altos lores lo sepan. Los acobardaría…, y desestabilizaría la imagen que tanto nos ha costado crear.

—El ataque contra Velaris —replicó Mor desde su lugar en el sofá— ya demostró que somos vulnerables.

—Aquel fue un ataque sorpresa que controlamos rápidamente —dijo Cassian, y los Sifones titilaron—. Az se aseguró de que la información saliera mostrándonos como vencedores…, capaces de aniquilar cualquier desafío que Hybern pusiera en nuestro camino.

—Eso es lo que hemos hecho hoy —intervine.

—Es diferente —apuntó Rhys—. La primera vez teníamos el elemento de sorpresa para disculparnos. Esto de hoy… nos hace parecer desprevenidos. Vulnerables. No podemos arriesgarnos a que eso salga a la luz antes de la reunión dentro de diez días. Así que nos mantendremos imperturbables mientras nos preparamos para la guerra.

Mor se hundió entre los almohadones del sofá.

—Una guerra en la que no tenemos aliados aparte de Keir, ya sea en Prythian o más allá.

Rhys le dirigió una mirada penetrante. Y Elain dijo en voz baja:

—La reina podría venir.

Silencio.

Mi hermana pequeña tenía la mirada fija en la chimenea apagada, los ojos perdidos en aquella vaga oscuridad.

—¿Qué reina? —quiso saber Nesta, con voz más fuerte de la que solía usar

para hablar con nuestra hermana.

—La que fue maldecida.

—Maldecida por el Caldero —le expliqué a Nesta, apartándome del arco—. Cuando tuvo la rabieta después de tu… partida.

—No. —Elain me estudió a mí, luego a ella—. Esa no. La otra.

Nesta respiró hondo para serenarse y abrió la boca con el ánimo de llevar a Elain arriba o para pasar a otra cosa.

Pero Azriel preguntó suavemente, dando un solo paso más allá del umbral para entrar en la sala de estar.

—¿Qué otra?

Las cejas de Elain se juntaron.

—La reina… de las plumas de llamas.

El cantor de sombras inclinó la cabeza.

Lucien murmuró, con el ojo todavía fijo en Elain:

—Deberíamos… Ella necesita…

—Ella no necesita nada —respondió Azriel, sin siquiera mirar a Lucien.

Elain miraba fijamente al maestro de espías, sin pestañear.

—Somos nosotros los que necesitamos… —Azriel bajó la voz—. Un vidente —dijo, más para sí mismo que para nosotros—. El Caldero te convirtió en vidente.

Capítulo 33

Vidente.

La palabra resonó por todo mi cuerpo. Ella ya lo sabía. Advirtió a Nesta sobre los cuervos. Y en medio del caos del ataque, ese pequeño dato se me escapó. Escapó de mí tal como la realidad y el sueño se deslizaban y entrelazaban para Elain. Vidente.

Se volvió hacia Mor, quien en ese momento miraba boquiabierta a mi hermana desde su sitio junto a ella en el sofá.

—¿Es realmente así?

Y sus palabras, el tono…, sonaban tan normales que el pecho se me encogió.

La mirada de Mor recorrió el rostro de mi hermana, como si estuviera sopesando las palabras, el interrogante, la verdad o la mentira en ella.

Mor por fin parpadeó y abrió un poco la boca. Como si esa magia suya hubiera, por fin, resuelto algún rompecabezas. Con claridad, sin dejar espacio para la duda, asintió con un lento movimiento de cabeza. Lucien se deslizó en silencio sobre uno de los sillones ante la ventana, con el ojo metálico zumbando mientras observaba a mi hermana.

Tenía sentido, supuse, que Azriel fuera el único que la hubiera escuchado. El varón que oía cosas que otros no podían oír… Tal vez también él había sufrido, como Elain, antes de comprender cuál era el don que poseía.

—¿Hay otra reina? —le preguntó a Elain.

Ella entrecerró los ojos, como si la pregunta requiriese alguna aclaración interior, alguna… manera de buscar el camino correcto a lo que fuese que la había confundido y atormentado.

—Sí.

—La sexta reina —musitó Mor—. La reina de la que el dorado dijo que no estaba enferma…

—Dijo que no había que confiar en las otras reinas debido a eso —añadí.

Y tan pronto como las palabras salieron de mi boca…, fue como retroceder un paso ante una pintura para ver la imagen completa. De cerca, las palabras se mostraban confusas y desordenadas. Pero con la distancia…

—Robaste algo del Caldero —le señalé a Nesta, que parecía lista para saltar e interponerse entre todos nosotros y Elain—. Pero ¿y si el Caldero le dio algo a Elain?

El rostro de Nesta perdió su color.

—¿Qué?

Del mismo color ceniciento, Lucien pareció inclinado a hacerse eco de la ronca pregunta de Nesta.

Pero Azriel asintió moviendo la cabeza.

—Lo sabías —le dijo a Elain—. Sabías eso de que las reinas jóvenes se convertirían en viejas brujas.

Ella parpadeó varias veces y sus ojos se aclararon de nuevo. Como si la comprensión…, nuestra comprensión…, la hubiese liberado de cualquiera que hubiera sido el turbio reino en el que había estado.

—¿La sexta reina está viva? —preguntó Azriel. Su voz era tranquila y firme. La voz del maestro espía del alto lord, que había derrotado a enemigos y encantado a los aliados.

Elain inclinó la cabeza, como si escuchara alguna voz interior.

—Sí.

Lucien se limitó a mirar fijamente a mi hermana, como si nunca la hubiera visto.

Volví la cara a Rhys.

¿Un aliado potencial?

No lo sé —respondió—. *Si los otros la maldijeron…*

—¿Qué clase de maldición? —preguntó mi compañero antes de terminar de hablar conmigo.

Elain se volvió hacia él. Otro parpadeo.

—Ellos la vendieron… a alguna oscuridad, a algún… lord hechicero. —Sacudió la cabeza—. No puedo verlo. Lo que ese lord es. Hay una caja de ónix que él posee, más vital que cualquier otra cosa… La guarda para ellas. Las

muchachas. Tiene a otras jóvenes…, otras como ella…, pero ella… de día es de una forma, y de noche es humana otra vez.

—Un ave de plumas ardiendo —dije.

—Ave de fuego de día —reflexionó Rhys—, mujer de noche… ¿Así que es prisionera de ese lord hechicero?

Elain negó con la cabeza.

—No lo sé. La oigo…, oigo sus gritos… Con rabia. Pura rabia… —Se estremeció.

Mor se inclinó hacia delante.

—¿Sabes por qué las otras reinas la maldijeron…, se la vendieron a él?

Elain bajó la mirada a la mesa.

—No. No…, todo eso es niebla y sombras.

Rhys soltó un suspiro.

—¿Puedes sentir dónde está?

—Hay… un lago. Muy adentro…, en el continente, creo. Oculto entre las montañas y los antiguos bosques. —Elain tragó saliva—. Las tiene a todas en el lago.

—¿Otras mujeres como ella?

—Sí… y no. Sus plumas son blancas como la nieve. Se deslizan sobre el agua…, mientras ella se mueve por los cielos por encima de todo.

—¿Qué información tenemos sobre esa sexta reina? —le preguntó Mor a Rhys.

—Poca. —Azriel respondió por él—. Sabemos poco. Joven…, de veintitantos años. Scythia está junto al muro, al este. Es el más pequeño entre los reinos de las reinas humanas, pero rico en comercio y armas. La llaman Vassa, pero nunca recibí un informe con su nombre completo.

—Debe de haberse convertido en una fuerte amenaza para las reinas si se han vuelto contra ella —reflexionó Rhys—. Y considerando los intereses de las otras…

—Si podemos encontrar a Vassa —interrumpí—, podría ser vital para convencer a las fuerzas humanas para que luchen. Y nos daría un aliado en el continente.

—Si podemos encontrarla —replicó Cassian, y se acercó a Azriel, con las alas levemente alzadas—. Podríamos tardar meses. Sin mencionar que deberíamos enfrentarnos al macho que la tiene cautiva. Eso quizá sería más difícil de lo esperado. No podemos permitirnos todos esos riesgos potenciales.

Ni el tiempo que nos tomaría. Debemos centrarnos en la reunión con los otros altos lores primero.

—Pero podríamos ganar mucho —apuntó Mor—. Tal vez ella tiene un ejército…

—Tal vez lo tenga —la interrumpió Cassian—. Pero si está maldita, ¿quién lo va a conducir? Y si su reino está tan lejos… Ellos deben viajar a la manera de los mortales, además. Recuerda la lentitud con que se movían, la rapidez con la que morían…

—Vale la pena intentarlo —insistió Mor.

—Tú eres necesaria aquí —dijo Cassian. Azriel parecía estar de acuerdo, aunque se mantuvo callado—. Te necesito en el campo de batalla…, no yendo y viniendo por el continente. Si esas reinas han reunido ejércitos para ofrecérselos a Hybern, sin duda se interpondrán entre tú y la reina Vassa.

—Tú no me das órdenes…

—No, pero yo sí —intervino Rhys—. No me mires así. Él tiene razón. Te necesitamos aquí, Mor.

—Scythia —dijo Mor, sacudiendo la cabeza—. Los recuerdo. Son gente de caballos. Una caballería montada podría viajar mucho más rápido…

—No. —La autoridad brilló en los ojos de Rhys. La orden era definitiva.

Pero Mor volvió a intentarlo.

—Hay un motivo por la que Elain está viendo esas cosas. Ella tenía razón en cuanto a que la otra reina se volvería vieja, en lo del ataque de los cuervos… ¿Por qué le envían esta imagen? ¿Por qué está oyendo a esa reina? Debe de ser vital. Si lo ignoramos, tal vez mereceremos fallar.

Silencio. Los observé a todos. Vital. Cada uno de ellos era vital aquí. Pero yo… Respiré hondo.

—Yo iré.

Lucien miró fijamente a Elain cuando dijo eso.

Todos lo miramos a él.

Lucien dirigió la atención hacia Rhys, hacia mí.

—Iré —repitió, y se puso de pie—. A encontrar a esa sexta reina.

Mor abrió y cerró la boca.

—¿Qué te hace pensar que podrás encontrarla? —preguntó Rhys. No de manera agresiva, sino… desde la perspectiva de un comandante. Evaluando las habilidades de Lucien frente a los riesgos, a los potenciales beneficios.

—Este ojo… —Lucien hizo un gesto señalando el objeto metálico—…

puede ver cosas que otros no pueden. Hechizos, encantamientos… Tal vez pueda ayudarme a encontrarla. Y quebrar su maldición. —Miró a Elain, que había bajado la vista otra vez—. Yo no soy necesario aquí. Voy a pelear si me necesitas, pero… —Me dirigió una sonrisa sombría—… no pertenezco a la Corte Otoño. Y estoy dispuesto a apostar a que ya no soy bienvenido en mi…, en la Corte Primavera. —Casi había dicho «mi hogar»—. Pero no puedo quedarme sentado y no hacer nada. Esas reinas con sus ejércitos… También hay una amenaza en ese sentido. Así que utiliza mis servicios. Envíame. Encontraré a Vassa y veré si puede… brindarnos ayuda.

—Estarás entrando en territorio humano —le advirtió Rhys—. No puedo disponer de una fuerza para protegerte…

—No la necesito. Viajo más rápido solo. —Levantó la barbilla—. La encontraré. Y si hay un ejército que traer de vuelta, o al menos alguna forma de que su propia historia pueda influir sobre las fuerzas humanas…, encontraré una manera de hacer eso también.

Mis amigos se miraron entre sí. Mor dijo:

—Será muy peligroso.

Una media sonrisa curvó la boca de Lucien.

—Bueno. Sería aburrido de otra manera.

Solo Cassian le devolvió la sonrisa.

—Te voy a cargar con algunos aceros ilyrios.

Elain en ese momento observó a Lucien con cautela. Parpadeaba de vez en cuando. No reveló ningún indicio de lo que pudiera estar viendo o sintiendo. Ninguno.

Rhys se apartó del arco de entrada.

—Te voy a transportar lo más cerca que podamos del punto desde donde vayas a comenzar tu búsqueda. —Lucien había estado estudiando todos esos mapas últimamente. Tal vez debido a la silenciosa petición de ayuda que nos guiaba a todos. Mi compañero añadió—: Y… gracias.

Lucien se encogió de hombros. Y fue ese gesto el que me hizo decir por último:

—¿Estás seguro?

Solo miró a Elain, cuya cara volvía a ser un sereno vacío mientras pasaba un dedo sobre el bordado de los almohadones del sofá.

—Sí. Déjame ayudarte de la mejor manera que pueda.

Incluso Nesta pareció relativamente preocupada. No por él, sin duda, sino

por el hecho de que si él resultara herido, o muerto…, ¿qué le haría eso a Elain? El corte del enlace de apareamiento… Aparté la idea de lo que eso me haría a mí.

—¿Cuándo quieres partir? —le pregunté a Lucien.

—Mañana. —No lo había visto mostrarse tan asertivo en… mucho tiempo —. Me prepararé durante lo que queda de hoy y me iré mañana por la mañana después del desayuno. —Y añadió, dirigiéndose a Rhys—: Si a ti te parece bien.

Mi compañero agitó una mano displicente.

—Para lo que estás a punto de hacer, Lucien, cualquier cosa estará bien.

Se produjo otra vez un silencio. Si él pudiera encontrar a esa reina desaparecida y tal vez traer consigo algún tipo de ejército humano, o al menos algo para liberar a las fuerzas humanas esclavizadas por Hybern… Si yo pudiera encontrar una forma de hacer que el Tallador luchara por nosotros que no implicara el uso de ese espejo terrible…, ¿sería eso suficiente?

Parece que iba a ser la reunión con los altos lores lo que decidiría eso.

Rhys movió bruscamente la barbilla hacia Azriel, quien tomó ese gesto como una orden para desaparecer…, sin duda para ir a ver a Amren.

—Averiguad si Keir y sus Portadores de Oscuridad han sufrido algún ataque —les ordenó mi compañero a Mor y a Cassian, que asintieron con la cabeza y también se retiraron. Solos con mis hermanas y Lucien, Rhys y yo advertimos la mirada de Nesta.

Y por una vez, mi hermana se puso en pie y vino hacia nosotros. Los tres, no muy sutilmente, nos fuimos arriba. Para dejar solos a Lucien y a Elain.

Hicimos un esfuerzo por no quedarnos en lo alto del rellano para escuchar lo que decían.

Si es que decían algo.

Pero yo me obligué a tomar la mano de Rhys, y reaccioné al contacto de la sangre todavía pegada a su piel, y lo llevé a nuestro baño. La puerta del dormitorio de Nesta se cerró al final del pasillo.

Rhys me miró sin decir nada mientras yo abría el grifo de la bañera y cogía una toalla del armario. Me senté en el borde de la bañera para probar la temperatura del agua con la muñeca, y señalé el canto de porcelana a mi lado.

—Siéntate.

Él obedeció e inclinó la cabeza al sentarse.

Tomé una de sus manos, la puse bajo la corriente de agua y la mantuve allí.

El rojo salió de su piel, para unirse al remolino del desagüe. Tomé un paño y

lo fregué suavemente, y el agua salpicó las todavía inmaculadas mangas de su chaqueta.

—¿Por qué no te has protegido las manos?

—Quería sentir… cómo terminaban sus vidas entre mis dedos.

Palabras frías, inexpresivas.

Le limpié las uñas, la sangre se había metido en las grietas donde se encontraba con la piel.

—¿Por qué es diferente esta vez? —Diferente de la emboscada del attor, del ataque de Hybern en el bosque, del ataque a Velaris…, de todo ello. Lo había visto antes lleno de rabia, pero nunca… nunca tan distante. Como si la moralidad y la bondad fueran cosas que acechaban desde muy lejos, muy por encima de las heladas profundidades en las que se había metido.

Le di la vuelta a la mano bajo el chorro, para limpiar el espacio entre los dedos.

—¿Qué sentido tiene todo esto —dijo—, todo este poder…, si no puedo proteger a los más vulnerables de mi ciudad? ¿Si no puedo detectar un ataque antes de que llegue?

—Ni siquiera Azriel se enteró de ello…

—El rey usó un hechizo arcaico y entró por la puerta principal. Si yo no puedo… —Rhys negó con la cabeza y yo dejé su mano ya limpia y le cogí la otra. Más sangre manchó el agua—. Si no puedo protegerlos aquí…, ¿cómo podría…? —Su garganta se estremeció al tragar. Le levanté la barbilla con una mano. La furia helada se había convertido en algo un poco roto y doloroso—. Esas sacerdotisas ya han soportado lo suficiente. Hoy les he fallado. Esa biblioteca…, ya no la van a sentir segura. El único lugar que tienen para sí mismas, donde sabían que estarían protegidas…, Hybern les ha quitado eso hoy.

Y a él. Él había ido a esa biblioteca por su propia necesidad de curación…, por su seguridad.

—Tal vez sea el castigo por quitarle Velaris a Mor…, al permitirle a Keir el acceso a la ciudad.

—No puedes pensar así, no acabará bien. —Terminé de lavarle la otra mano, enjuagué el paño, luego empecé a pasárselo por el cuello, las sienes… Compresas calientes, no para limpiar sino para relajar.

—No estoy enojado por el acuerdo —continuó, y cerró los ojos mientras yo le pasaba el paño por la frente—. Lo digo en caso de que estuvieras… preocupada.

—No lo estaba.

Rhys abrió los ojos, como si pudiera oír la sonrisa en mi voz, y me observó cuando dejé el paño en la bañera y cerré el grifo.

Todavía me estaba observando cuando tomé su cara entre mis manos mojadas.

—Lo que ha pasado hoy no ha sido tu culpa —le dije, y esas palabras llenaron el baño iluminado por el sol—. Nada de eso. Todo cae sobre Hybern, y cuando volvamos a enfrentarnos al rey, recordaremos estos ataques, estas injurias a nuestro pueblo. Nos olvidamos del libro de hechizos de Amarantha… Una pérdida para nosotros. Pero tenemos un libro propio…, esperemos que contenga el hechizo que necesitamos. Y por ahora…, nos prepararemos y afrontaremos las consecuencias. Por ahora, seguimos adelante.

Movió la cabeza para besarme la palma de la mano.

—Recuérdame que te dé un aumento de salario.

Me ahogué con la tos.

—¿Por qué?

—Por el consejo sabio… y los otros servicios vitales que me brindas. —Me guiñó un ojo.

Me reí con ganas y le apreté la cara mientras le daba un fuerte y rápido beso en la boca.

—Seductor sinvergüenza.

Por fin el calor volvió a sus ojos.

Así que tomé una toalla de color marfil y le envolví las manos, ya limpias y calientes, en los pliegues de la suave tela.

Capítulo 34

Amren no encontró otros asesinos o espías de Hybern durante su larga noche de cacería por toda Velaris. ¿Cómo los buscó, cómo distinguió amigo de enemigo…? Algunas personas, me contó Mor a la mañana siguiente…, después de que todos pasáramos la noche sin dormir…, pintaron sus umbrales con sangre de cordero. Una especie de ofrenda para ella. Y en pago por no molestarlos, algunos dejaron cuencos con sangre en sus puertas.

Como si todos en la ciudad supieran que la segunda autoridad después del alto lord, esa hembra de huesos pequeños…, era el monstruo que los defendía de los otros horrores del mundo.

Rhys había pasado gran parte del día y de la noche anterior dándoles certezas de su seguridad a las sacerdotisas, llevándolas por las nuevas guardas protectoras. Por alguna razón, Hybern había dejado con vida a la sacerdotisa que les había permitido entrar. Ella accedió a que Rhys entrara en su mente para ver lo que había sucedido: una vez que el rey había roto las guardas con ese hechizo fugaz, sus cuervos habían aparecido como dos viejos eruditos para que la sacerdotisa les abriera la puerta; luego forzaron su camino a la mente de ella para que les diera la bienvenida sin ser examinados. Solo la violación de todo ello… Rhys había pasado horas el día anterior con esas sacerdotisas. Mor, también.

Hablando, escuchando a las que podían hablar, sosteniendo las manos de las que no podían.

Y cuando por fin se fueron…, había paz entre mi pareja y su prima. Alguna aspereza aún persistente entre ellos había sido de alguna manera suavizada.

No teníamos mucho tiempo. Yo lo sabía. Lo sentía con cada respiración: Hybern no iba a venir; Hybern ya había llegado.

Nuestro encuentro con los altos lores estaba ya a poco más de una semana, y Nesta todavía se negaba a unirse a nosotros.

Pero ya nos las arreglaríamos. Yo me las arreglaría.

No teníamos otra opción.

Esa era la razón por la que me encontré de pie en el vestíbulo a la mañana siguiente, mirando a Lucien con su pesada mochila al hombro. Vestía de cuero ilyrio debajo de una chaqueta más pesada, junto con varias capas de ropa para ayudarlo a sobrevivir en climas variables. Se había trenzado el pelo rojo y la trenza le serpenteaba por la espalda…, justo delante de la espada ilyria sujeta sobre la columna vertebral.

Cassian le había dado carta blanca el día anterior por la tarde para saquear su reserva personal de armas, aunque mi amigo había sido económico en cuanto a cuáles había elegido. La espada, una espada corta, más una variedad de dagas. Una aljaba de flechas y un arco sin encordar estaban atados a su mochila.

—¿Sabes exactamente adónde quieres que Rhys te lleve? —le pregunté.

Lucien asintió con la cabeza, mirando hacia donde mi compañero esperaba junto a la puerta principal. Llevaría a Lucien al límite del continente humano, dondequiera que este hubiera decidido que sería el mejor lugar para aterrizar. No más lejos, había insistido Azriel. Sus informes indicaban que estaba demasiado vigilado, que era demasiado peligroso. Incluso para uno de los nuestros. Incluso para uno de los más poderosos altos lores de la historia.

Di un paso adelante, y no le di tiempo a Lucien de retroceder cuando lo abracé con fuerza.

—Gracias —le dije, tratando de no pensar en todo el acero que llevaba con él…, por si necesitaba usarlo.

—Ya era hora —replicó Lucien en voz baja, apretándome con fuerza— de que yo hiciera algo.

Me aparté, examinando su cara marcada.

—Gracias —dije de nuevo.

Fue todo lo que se me ocurrió.

Rhys extendió una mano hacia Lucien.

Lucien la observó…, luego miró a la cara de mi compañero. Casi pude ver todas las palabras odiosas que se dijeron. Oscilando entre ellos, entre esa mano extendida y la de Lucien.

Pero este aceptó la mano de Rhys. Ese silencioso ofrecimiento no solo de transportación.

Antes de que ese oscuro viento se extendiera, Lucien miró hacia atrás.

No a mí, me di cuenta…, sino a alguien detrás de mí.

Pálida y delgada, Elain estaba en lo alto de la escalera.

Se miraron a los ojos y sostuvieron las miradas.

Pero Elain no dijo nada. Ni siquiera dio un paso hacia abajo.

Lucien inclinó la cabeza en un saludo. El movimiento ocultó el brillo de su ojo…, el anhelo y la tristeza.

Y cuando Lucien se volvió para indicarle a Rhys que partiera…, no miró de nuevo a Elain.

No vio el medio paso que ella daba hacia las escalera…, como si hablara con él. Para detenerlo.

Y luego Rhys ya se había ido, y Lucien con él.

Cuando me volví para ofrecerle el desayuno a Elain, ella ya se había alejado.

Esperé en el vestíbulo a que Rhys regresara.

En el comedor a mi izquierda, Nesta practicaba en silencio la construcción de esos muros invisibles en su mente…, y no había señales de Amren desde su cacería de la noche anterior. Cuando le pregunté si estaba haciendo algún progreso, mi hermana solo dijo:

—Amren piensa que me estoy acercando lo suficiente para empezar a intentarlo con algo tangible.

Y eso fue todo. La dejé a ella con lo suyo, sin molestarme en preguntar si Amren también estaba cerca de encontrar algún tipo de hechizo en el Libro para reparar ese muro.

En silencio, conté los minutos, uno por uno.

Entonces un conocido viento oscuro giró dentro del vestíbulo, y solté un muy apretado suspiro cuando Rhys apareció en el centro de la alfombra. Ninguna indicación de algún tipo de problema, ninguna señal de daño o deterioro, y lo abracé por la cintura… Necesitaba sentirlo, olerlo.

—¿Ha salido todo bien?

Rhys me besó rozando apenas la parte superior de mi cabeza.

—Todo lo bien que puede esperarse. Ahora él está en el continente, dirigiéndose hacia el este.

Señaló a Nesta, que estudiaba en la mesa del comedor.

—¿Cómo lo está llevando nuestra nueva vidente?

Retrocedí para explicar que había dejado a Elain con sus propios pensamientos, pero Nesta dijo:

—No la llames así.

Rhys me lanzó una mirada de incredulidad, pero Nesta volvió a pasar las hojas de un libro, su rostro inexpresivo mientras practicaba con cualesquiera que fueran los ejercicios de construcción de muros que Amren le había indicado. Le di un puñetazo en las costillas.

No la provoques.

Una comisura de su boca se alzó, una expresión llena de pícaro placer.

¿Puedo, en cambio, provocarte a ti?

Apreté los labios para no sonreír…

La puerta principal se abrió de golpe y Amren entró en tromba.

Rhys instantáneamente se plantó frente a ella.

—Qué.

Se acabó la pícara diversión, la actitud relajada.

El rostro pálido de Amren permaneció tranquilo, pero sus ojos…, sus ojos bailaban con rabia.

—Hybern ha atacado la Corte Verano. Y están sitiando Adriata mientras hablamos.

Capítulo 35

Hybern finalmente había hecho su gran jugada. Y no la habíamos anticipado.

Yo sabía que Azriel se iba a echar toda la culpa a sí mismo. Una mirada al cantor de sombras cuando apareció por la puerta principal de la casa de la ciudad, minutos más tarde, con Cassian pisándole los talones, me indicó que ya lo había hecho.

Nos quedamos en el vestíbulo y Nesta permaneció en la mesa del comedor detrás de mí.

—¿Tarquin ha pedido ayuda? —le preguntó Cassian a Amren.

Ninguno de nosotros se atrevió a preguntar cómo lo sabía ella.

La mandíbula de Amren se tensó.

—No lo sé. He recibido el mensaje y… nada más.

Cassian asintió una vez y se volvió hacia Rhys.

—Cuando estuviste allí, ¿tenía la Corte Verano una fuerza móvil de combate?

—No —dijo Rhys—. Su flota estaba esparcida por la costa. —Una mirada a Azriel.

—La mitad está en Adriata…, la otra, dispersa —informó el cantor de sombras—. Su ejército terrestre fue trasladado a la frontera con la Corte Primavera…, tras lo de Feyre. La legión más cercana está quizá a una distancia de tres días de marcha. Muy pocos tienen el poder de transportarse.

—¿Cuántas naves? —quiso saber Rhys.

—Veinte en Adriata, totalmente armadas.

Una mirada calculadora a Amren.

—¿Efectivos de Hybern?

—No lo sé. Muchos. Ellos… creo que están sobrecargados.

—¿Cuál ha sido el mensaje exacto? —Una orden pura e implacable envolvía cada palabra.

Los ojos de Amren relucían como plata nueva.

—Ha sido una advertencia. De Varian. Para preparar nuestras propias defensas.

Silencio absoluto.

—¿El príncipe Varian te envió una advertencia? —preguntó Cassian en voz baja.

Amren lo fulminó con la mirada.

—Eso es algo que hacen los amigos.

Más silencio.

Miré a Rhys a los ojos. Sentí el peso, el temor y la ira bullendo en su mirada y detrás de su fría expresión.

—No podemos dejar que Tarquin se enfrente a ellos solo —dije. Tal vez Hybern había enviado a los cuervos el día anterior para distraernos y que no miráramos más allá de nuestras propias fronteras. Para estar atentos a los sucesos de Hybern y no a lo que sucedía en nuestras propias costas.

La atención de Rhys se dirigió a Cassian.

—Keir y su legión de Portadores de Oscuridad no están ni mucho menos listos para marchar. ¿Cuánto tardarán las legiones ilyrias antes de echarse a volar?

Rhys inmediatamente transportó a Cassian a los campos de guerra para dar las órdenes él mismo. Azriel había desaparecido con ellos para dirigirse a explorar Adriata, llevando consigo a sus espías más fiables.

La náusea me revolvió el estómago cuando Cassian y Azriel golpearon sus Sifones y las armaduras de escamas se desplegaron recubriendo sus cuerpos. Cuando aparecieron siete Sifones en cada uno. Cuando las manos llenas de cicatrices del cantor de sombras revisaron las hebillas de sus cinturones para cuchillos y sus aljabas, mientras Rhys convocaba más espadas ilyrias para Cassian…, dos en la espalda, una a cada lado.

Luego desaparecieron…, impávidos y seguros. Listos para derramar sangre.

Mor llegó momentos después, fuertemente armada, el pelo trenzado hacia atrás y cada centímetro de ella vibrando de impaciencia.

Pero ella y yo esperamos… a que llegara la orden de unirnos a ellos. Cassian había colocado a las legiones ilyrias más cerca de la frontera meridional durante las semanas que yo había estado ausente, pero aun así, no podrían volar sin unas pocas horas de preparación. Y eso iba a requerir que Rhys las transportara a todas ellas hasta Adriata.

—¿Vas a pelear?

Nesta estaba en ese momento de pie unos escalones más arriba en la escalera de la casa de la ciudad, mirando cómo Mor y yo nos preparábamos. Pronto… Azriel o Rhys se pondrían en contacto con nosotras con el visto bueno para transportarnos a Adriata.

—Pelearemos si es necesario —dije, controlando una vez más que el cinturón de cuchillos estuviera seguro en mis caderas.

Mor también llevaba ropas de cuero ilyrio, pero sus hojas eran diferentes. Más delgadas, más ligeras, algunas de sus puntas algo curvadas. Como rayos hechos carne. Cuchillas seraphim, me explicó. Se las había regalado el propio príncipe Drakon durante la guerra.

—¿Qué sabes de batallas?

No me di cuenta de si el tono de mi hermana era insultante o simplemente curioso.

—Sabemos mucho —respondió Mor con firmeza, colocando su larga trenza entre las espadas cruzadas en la espalda. Elain y Nesta permanecerían allí, con Amren vigilándolas. Y vigilando Velaris, junto con una pequeña legión de ilyrios que Cassian había ordenado que acamparan en las montañas sobre la ciudad. Mor había pasado al lado de Amren al entrar. La pequeña hembra aparentemente se dirigía al carnicero con el fin de aprovisionarse para todo el tiempo que estuviéramos en Adriata. Si es que regresábamos.

Volví a encontrarme con la mirada de Nesta. Solo me esperaba una distante preocupación.

—Enviaremos un mensaje cuando podamos.

Un estruendo de truenos de medianoche rozó las paredes de mi mente. Una señal silenciosa lanzada sobre tierra y montañas. Como si la atención de Rhys estuviera en ese momento concentrada en otro lugar…, sin atreverse a interrumpirla.

Mi corazón se sobresaltó. Agarré el brazo de Mor y las escamas de cuero me

lastimaron la mano.

—Ya han llegado. Vámonos.

Mor se volvió hacia mi hermana, y yo nunca la había visto tan… guerrera. Sabía que eso se ocultaba debajo de la superficie, pero ahí estaba la Morrigan. La mujer que había luchado en la guerra. La que sabía cómo poner fin a las vidas con la espada y la magia.

—No es nada que no podamos manejar —le dijo Mor a Nesta con una sonrisa arrogante. Y luego desaparecimos.

El viento negro rugía y me golpeaba. Me aferré a Mor mientras ella nos transportaba a través de las cortes, con su aliento como un áspero latido en mi oreja…

A continuación aparecieron la luz cegadora, el calor sofocante, los gritos y el estruendo creciente del metal contra el metal…

Me balanceé, apartando los pies mientras parpadeaba y observaba mis alrededores.

Rhys y los ilyrios ya se habían unido a la pelea.

Mor nos había transportado hasta la estéril cima de una de las colinas que flanqueaban la bahía en forma de media luna de Adriata, ofreciendo una vista perfecta de la isla-ciudad en el centro y la ciudad en el continente más allá.

Las aguas de la bahía estaban rojas.

El humo se elevaba en retorcidas columnas negruzcas desde los edificios y los barcos fondeados.

La gente chillaba, gritaban los soldados…

Eran muchos.

Yo no había previsto la dimensión de cuántos soldados habría. En cada lado.

Pensé que serían líneas ordenadas. No el caos en todas partes. Nada de ilyrios en el cielo sobrevolando la ciudad y el puerto, lanzando todo su poder y sus flechas sobre el ejército Hybern que hacía llover el infierno sobre la ciudad. Nave tras nave agazapada en el horizonte, bordeando cada entrada a la bahía. Y en la bahía…

—Esos son los barcos de Tarquin —precisó Mor, con la cara tensa mientras señalaba las velas blancas que chocaban con terrible fuerza contra las velas grises de la flota de Hybern. Totalmente superados en número, pero de todos modos, penachos de magia…, agua, viento y latigazos de zarzas… seguían atacando a cualquier nave que se acercara. Y aquellos que lograban atravesar la magia se enfrentaban a los soldados armados con lanzas, arcos y espadas.

Y delante de ellos, empujando contra la flota…, las líneas ilyrias.

Muchas. Rhys las había transportado a todas. El agotamiento de su poder debía de ser terrible…

Mor tragó con fuerza.

—No ha venido nadie más —murmuró—. Ninguna otra corte.

Tampoco había señal de Tamlin ni de la Corte Primavera en el lado de Hybern.

Una sonora explosión de poder oscuro resonó en la flota de Hybern, dispersando a sus barcos, pero no mucho. Como si…

—O bien el poder de Rhys ya está casi agotado…, o tienen algo operando en contra —dije.

—¿Más de ese destructor de la sangre?

—Hybern sería estúpido si no lo usara. —Los dedos de ella se cerraron y se abrieron a los costados. El sudor perlaba su sien.

—¿Mor?

—Yo sabía que iba a llegar —murmuró—. Otra guerra, en algún punto. Yo sabía que las batallas iban a llegar. Pero… olvidé lo terrible que era. Los ruidos. Los olores.

Efectivamente, incluso desde el afloramiento rocoso tan arriba, era… abrumador. El sabor de la sangre, las súplicas, los gritos… Meterse en medio de eso…

Alis. Alis había dejado la Corte Primavera temiendo el infierno que yo iba a desencadenar allí…, solo para venir aquí. A esto. Recé para que no estuviera en la ciudad, recé para que ella y sus sobrinos estuvieran a salvo.

—Vamos a ir al palacio —dijo Mor, acomodando los hombros. Yo no me había atrevido a romper la concentración de Rhysand abriendo un canal en el lazo, y parecía que todavía era capaz de dar órdenes.

—Los soldados han alcanzado el lado norte y sus defensas están rodeadas.

Asentí una vez con un movimiento de cabeza y Mor sacó su delgada y curvada hoja. Ese acero seraphim brillaba tanto como los ojos de Amren.

Desenvainé la hoja ilyria de mi espalda, el metal oscuro y antiguo en comparación con la viva llama de plata en la mano de mi amiga.

—Nos quedaremos cerca…; no te apartes de mi vista —dijo Mor con suavidad y firmeza—. No vamos a ir por ningún pasillo ni ninguna escalera sin antes evaluar la situación.

Asentí de nuevo, sin saber qué decir. Mi corazón latía al galope, las palmas

de las manos se me cubrieron de sudor. Agua…, me hubiera gustado tener un poco de agua. Mi boca estaba seca.

—Si no puedes llegar a matar —agregó, sin el menor indicio de juzgarme—, entonces protégeme la espalda.

—Puedo hacerlo…, puedo matar —dije con voz áspera. Había matado bastante aquel día en Velaris.

Mor evaluó la fuerza con que yo sujetaba mi hoja, la posición de mis hombros.

—No te detengas y no te retrases. Seguimos adelante hasta que yo ordene la retirada. Deja que los sanadores se ocupen de los heridos.

Ninguno de ellos disfrutaba con esto, comprendí. Mis amigos… habían ido a la guerra y no la habían encontrado digna de ser glorificada, no dejaron que los recuerdos se volvieran de color de rosa en los siglos siguientes. Pero estaban dispuestos a sumergirse en su infierno una vez más por el bien de Prythian.

—Vamos —dije. Cada momento que desperdiciáramos allí podría significar la condena de alguien en aquel palacio brillante de la bahía.

Mor tragó saliva una vez y nos transportó al palacio.

Ella debió de haberlo visitado varias veces a lo largo de los siglos, porque supo exactamente adónde llegar.

Los niveles medios del palacio de Tarquin habían sido espacios comunitarios entre los pisos inferiores en los que los sirvientes y los inmortales menores eran amontonados y los lujosos aposentos residenciales para el alto fae arriba. Cuando finalmente vi el amplio vestíbulo de recepción, la luz era clara y blanca, reflejándose en las paredes incrustadas de conchas marinas, bailando a lo largo de la corriente que pasaba por el suelo. El mar, más allá de las altas ventanas, era de color turquesa manchado de zafiro vibrante.

En ese momento el mar estaba lleno de poderosos barcos y de sangre, el claro cielo lleno de guerreros ilyrios que se abalanzaban sobre ellos con determinación en imbatible formación. Los gruesos escudos de metal brillaban mientras los ilyrios se lanzaban en picado y ascendían, cada vez cubiertos de sangre, cuando volvían al cielo.

Pero mi tarea estaba aquí. En este edificio.

Escudriñamos el suelo, escuchando.

Los murmullos frenéticos resonaban desde la escalera que llevaba hacia arriba, acompañados de fuertes golpes.

—Se están atrincherando en los niveles superiores —observó Mor mientras yo juntaba las cejas.

Estaban dejando a los inmortales menores atrapados abajo. Sin ayuda.

—Bastardos —suspiré.

Los inmortales menores no tenían tanta magia en ellos…, no como la que tenían los altos fae.

—Por aquí —dijo Mor, moviendo la barbilla hacia la escalera que descendía —. Están tres niveles más abajo y están subiendo. Cincuenta de ellos.

El equivalente de un barco.

Capítulo 36

La primera y la segunda muerte fueron las más duras. No desperdicié fuerza física en el grupo de cinco soldados de Hybern…, altos fae, no subalternos del attor…, abriéndose camino a la fuerza hasta llegar a una habitación con las puertas atrancadas y llena de aterrados sirvientes.

Incluso cuando mi cuerpo vaciló antes de matar, mi magia no lo dudó.

Los dos soldados que estaban más cerca de mí tenían escudos débiles. Los atravesé con una crepitante pared de fuego. Un fuego que después encontró su camino bajando por sus gargantas y quemando cada centímetro a su paso.

Y luego chisporroteó atravesándoles la piel, los tendones y los huesos, y separando las cabezas de sus cuerpos.

Mor simplemente mató al soldado que se encontraba más cerca de ella con una buena y clásica decapitación.

Después se volvió, la cabeza del soldado todavía estaba cayendo cuando cortó la cabeza de otro que se acercaba a nosotros.

El quinto y último soldado detuvo su ataque en la puerta asediada.

Nos miró con los ojos abiertos y brillando por el odio.

—Hazlo ya —dijo él. Su acento era muy parecido al de los cuervos.

Alzó su gruesa espada, la sangre deslizándose por el surco de la empuñadura.

Alguien sollozaba de terror al otro lado de la puerta.

El soldado se abalanzó sobre nosotras y la hoja de Mor se movió.

Pero yo golpeé primero, un chorro de agua pura se le estampó en la cara… y lo aturdió. Luego entró por la boca abierta, por la garganta, por la nariz. Lo dejó sin aire.

Cayó al suelo agarrándose el cuello como si quisiera abrir un pasaje para el agua que en ese momento lo ahogaba.

Lo dejamos sin mirar atrás y el gruñido de su asfixia pronto se convirtió en silencio.

Mor me lanzó una mirada de soslayo.

—Recuérdame que no debo ponerme en tu lado malo.

Valoré el intento de humor, pero… la risa me era ajena. Había solo aliento en mis pulmones, que buscaban aire y la turbulencia de la magia a través de mis venas y la nitidez clara e inflexible de mi visión evaluándolo todo.

Encontramos otros ocho en medio de tanto matar y tanto herir, un dormitorio convertido en la propia sala de placer enfermo de Hybern. No me interesó detenerme en lo que hacían, y solo lo observé para conocer modos rápidos y fáciles para matar.

Los que simplemente mataban morían con rapidez.

Los demás… Mor y yo nos quedamos ahí. No mucho, pero esas muertes eran más lentas.

Dejamos a dos de ellos vivos…, heridos y desarmados, pero vivos…, para que los inmortales supervivientes los mataran.

Les di dos cuchillos ilyrios para que lo hicieran.

Los soldados de Hybern comenzaron a gritar antes de que despejáramos ese nivel.

El pasillo del piso de abajo estaba salpicado de sangre. El ruido era ensordecedor. Una docena de soldados con la armadura plateada y azul de la corte de Tarquin luchaba contra el grueso de la fuerza de Hybern, defendiendo el corredor.

Casi fueron empujados de vuelta a la escalera que acabábamos de abandonar, permanentemente abrumados por la constante superioridad de enemigos, los soldados de Hybern pasando por arriba…, pisando los cuerpos de los guerreros caídos de la Corte Verano.

Los soldados de Tarquin estaban debilitándose, aunque seguían en movimiento, luchando. El más cercano nos vio…, abrió la boca para ordenarnos que corriéramos. Pero entonces vio la armadura, la sangre sobre nosotras y nuestras espadas.

—No tengas miedo —dijo Mor, mientras yo alargaba la mano y se hacía la oscuridad.

Los soldados de ambos lados gritaron, tratando de retroceder de forma

desordenada, con gran ruido de armaduras.

Pero modifiqué mis ojos para hacerles ver a través de la noche. Como había hecho en aquel bosque ilyrio, cuando por primera vez derramé la sangre de Hybern.

Mor, creo, nació con la capacidad de ver en la oscuridad.

Nos transportamos en tramos cortos a través del corredor envuelto en la oscuridad.

Pude ver su terror cuando los maté. Pero ellos no pudieron verme a mí.

Cada vez que aparecíamos delante de los soldados de Hybern, frenéticos ante la impenetrable negrura, sus cabezas caían. Una tras otra. Transportarnos, atacar; transportarnos, golpear.

Hasta que no quedaron más, solo los montículos de sus cuerpos, los charcos de su sangre.

Desterré la oscuridad del corredor y vimos a los soldados de la Corte Verano jadeando y boqueando ante nosotras. Ante lo que habíamos hecho en cuestión de un minuto.

No me entretuve mirando esa carnicería. Mor tampoco.

—¿Adónde más hay que ir? —Fue todo lo que le pregunté.

Liberamos el palacio hasta sus niveles más bajos. Luego nos dirigimos a las calles de la ciudad, a la colina empinada que conducía al agua llena de soldados de Hybern.

El sol de la mañana subía cada vez más alto, cayendo sobre nosotras, haciendo que la piel se nos pusiera resbaladiza e hinchada por el sudor debajo de nuestros ropajes de cuero. Dejé de distinguir entre el sudor de mis manos y la sangre que las recubría.

Dejé de sentir muchas cosas mientras matábamos y matábamos, a veces participando en combates directos, a veces con la magia, a veces ganándonos nuestros propios moretones y pequeñas heridas.

Pero el sol continuó su arco a través del cielo, y la batalla siguió en la bahía, con las líneas ilyrias atacando la flota de Hybern desde arriba, mientras la armada de Tarquin empujaba desde detrás.

Lentamente, purgamos las calles de soldados de Hybern. Todo lo que yo sabía era que el sol cocía la sangre que me recubría la piel. El olor a cobre de la sangre impregnaba mis fosas nasales.

Acabábamos de limpiar una calle estrecha, y Mor caminaba entre los soldados caídos de Hybern para asegurarse de que ningún superviviente… sobreviviera. Yo estaba apoyada contra una pared de piedra bañada de sangre justo delante de la destrozada vidriera de un vendedor de paños, observando la hoja de mercurio de Mor que subía y bajaba con destellos como de relámpagos brillantes.

Más allá de nosotros, a nuestro alrededor, los gritos de los moribundos eran como la interminable llamada de las campanas de advertencia de la ciudad.

Agua…, necesitaba agua. Aunque solo fuera para lavar la sangre de mi boca. No mi propia sangre, sino la de los soldados que habíamos derribado. Sangre que me había salpicado la boca, la nariz, los ojos, cuando los rematábamos.

Mor mató al último de los soldados, y los aterrorizados altos fae e inmortales finalmente asomaron la cabeza por las puertas y las ventanas de las casas de la calle adoquinada. Ninguna señal de Alis, ni de sus sobrinos, ni de su primo…, ni de ninguna persona que se pareciera a ellos, entre los vivos o entre los caídos. Una pequeña bendición.

Tuvimos que seguir avanzando. Había más…, muchos más.

Cuando Mor empezó a caminar hacia mí, las botas chapoteando en charcos de sangre, extendí una mano mental hacia el lazo. Hacia Rhys…, hacia algo que fuera sólido y familiar.

El viento y la oscuridad me respondieron.

Era a medias consciente de la estrecha calle, la sangre y el sol cuando miré hacia el puente entre nosotros.

Rhys.

Nada.

Me lancé a lo largo del lazo, tropezando a ciegas en medio de esa furiosa tempestad de noche y sombra. Si el lazo a veces se sentía como una banda viva de luz, en ese momento se había convertido en un puente de obsidiana besada por el hielo.

Y levantándose en el otro extremo…, su mente. Las paredes…, sus escudos… Se habían convertido en una fortaleza.

Puse una mano mental sobre la sólida negrura, los latidos de mi corazón retumbando como truenos.

¿A qué se enfrentaba…, qué estaba viendo para que sus escudos fueran tan impenetrables?

No podía sentirlo en el otro lado.

Solo había piedra, oscuridad y viento.

Rhys.

Mor casi me había alcanzado cuando llegó su respuesta.

Una grieta en el escudo, tan rápida que no tuve tiempo de hacer nada más que lanzarme por ella antes de que se hubiera cerrado detrás de mí. Y quedé encerrada dentro, con él.

Las calles, el sol, la ciudad desaparecieron.

Solo existía el aquí, solo él. Y la batalla.

Miré a través de los ojos de Rhysand como había hecho una vez aquel día en Bajo la Montaña…, sentí el calor del sol, el sudor y la sangre que corrían por su rostro, resbalando bajo el cuello de su negra armadura ilyria…, olí la salmuera del mar y el sabor de la sangre a mi alrededor. Sentí el agotamiento que lo atravesaba, en sus músculos y en su magia.

Sentí que el buque de guerra Hybern se estremecía debajo de él cuando aterrizó en su cubierta principal, una espada ilyria en cada mano.

Seis soldados murieron al instante y sus armaduras y sus cuerpos se convirtieron en una niebla de rojo y plata.

Los demás se detuvieron al darse cuenta de quién había aterrizado entre ellos, en el corazón de su flota.

Lentamente, Rhys examinó las cabezas con casco delante de él, contó las armas. Todos serían pronto niebla carmesí o alimento para las bestias que circundan las aguas alrededor de la armada de asalto. Y entonces este barco sería astillas en las olas.

Una vez que terminara. Pero no eran soldados comunes lo que él buscaba.

Porque donde debería haber poder resonando en él, borrándolos a ellos…, había un rumor sordo. Sofocado.

Lo había rastreado hasta allí, aquel extraño amortiguador de su poder, del poder de los Sifones. Como si algún hechizo hubiera hecho que su poder se volviera aceite en sus manos. Difícil de manejar.

Por eso la batalla había durado tanto tiempo. El golpe limpio y preciso que había tenido la intención de dar al llegar…, el único disparo que habría salvado tantas vidas…, se le había escapado entre las manos.

Así que lo había perseguido. Luchó todo el camino a través de Adriata para

llegar a esta nave. Y en ese momento el agotamiento comenzó a apoderarse de él… Los soldados armados alrededor de Rhysand se separaron… y él apareció.

Atrapada dentro de la mente de Rhysand, sus poderes sofocados y el cuerpo cansado, no había nada que yo pudiera hacer más que ver cómo el rey de Hybern subía desde el puente inferior y sonreía a mi compañero.

Capítulo 37

La sangre goteó desde las puntas de las dos espadas gemelas de Rhys sobre la cubierta. Una gota…, dos. Tres.

Madre sagrada. El rey…

El rey de Hybern vestía sus propios colores: gris pizarra, bordado con hilo de color hueso. Ni un arma encima. Ni una mancha de sangre.

Dentro de la mente de Rhys, no había un aliento irregular en mí, ni corazón latiendo con fuerza en mi pecho. No podía hacer otra cosa que mirar…, mirar y guardar silencio, de modo que no lo distraje, no me arriesgué a alterar su enfoque por un parpadeo…

Rhys se encontró con los ojos oscuros del rey, brillantes bajo las pesadas cejas, y sonrió.

—Me alegra ver que todavía sigues sin pelear en tus propias batallas.

La sonrisa de respuesta del rey fue una brutal franja blanca.

—Yo esperaba encontrar una presa más interesante. —Su voz era más fría que el pico más alto de las Montañas Ilyrias.

Rhys no se atrevió a apartar la mirada de él. No mientras su magia se desplegaba, husmeando todos los ángulos para matar al rey. Una trampa…, había sido una trampa para descubrir qué alto lord cazaba primero la fuente de ese amortiguador de poder.

Rhys había sabido que uno de ellos —el rey, sus compinches— estaría esperando allí.

Lo sabía y había venido. Lo supo y no nos pidió que lo ayudáramos…

Si yo fuera inteligente —me dijo Rhys con su voz tranquila y serena—, *encontraría alguna manera de cogerlo con vida, hacer que Azriel lo quebrara…,*

conseguir que entregara el Caldero. Y hacer que él sirviera de ejemplo para los demás bastardos que están pensando en derribar ese muro.

No —le supliqué—. *Simplemente mátalo, mátalo y acaba con eso, Rhys. Termina esta guerra antes de que comience de verdad.*

Una pausa para pensarlo.

Pero una muerte aquí, rápida y brutal…, sus seguidores la pondrían en mi contra, sin duda.

Si pudiera hacerlo… El rey no había estado peleando. No había agotado sus reservas de poder. Pero Rhys…

Sentí que él, a mi lado, evaluaba las probabilidades.

Deja que uno de nosotros vaya contigo. No te enfrentes a él tú solo…

Porque tratar de coger vivo al rey sin tener acceso total a su poder…

La información entró en mí, rebosante de todo lo que Rhys había visto y aprendido. Tomar al rey vivo dependía de si Azriel estaba en buen estado, lo suficiente para ayudar. Él y Cassian habían recibido algunos golpes, aunque… nada que no pudieran manejar. Nada que preocupara a los ilyrios que todavía luchaban bajo su mando. Todavía.

Parece que la marea está cambiando, observó Rhys, mientras la flota a su alrededor empujaba a las fuerzas de Hybern hacia el mar. No había visto a Tarquin. Ni a Varian ni a Cresseida. Pero la Corte Verano seguía luchando. Seguía haciendo retroceder cada vez más y más a Hybern, alejándolo del puerto.

Tiempo. Rhys necesitaba tiempo…

Se lanzó hacia la mente del rey… y no encontró nada. Ni un rastro de nada, ni un susurro. Como si él no fuera más que pensamiento perverso y antigua malicia…

El rey chasqueó la lengua.

—Había oído que eras un hechicero, Rhysand. Sin embargo, aquí estás, tanteándome como un joven sin experiencia.

Un extremo de la boca de Rhys se crispó.

—Siempre es una delicia decepcionar a Hybern.

—Ah, por el contrario —dijo el rey, cruzándose de brazos—, tú siempre has sido una fuente de entretenimiento. Especialmente para mi querida Amarantha.

Lo sentí…, el pensamiento que escapó de Rhys.

Que quería borrar ese nombre de su memoria. Tal vez algún día lo consiguiera. Algún día lo borraría de todas las mentes de este mundo, una por una, hasta que ella no fuera nadie ni nada.

Pero el rey lo sabía. Esa sonrisa indicaba que lo sabía.

Y todo lo que había hecho… Todo ello…

Mátalo, Rhys. Mátalo y termina con él.

No es tan fácil —fue su inexpresiva respuesta—. *No sin buscar en este barco para encontrar esa fuente del hechizo sobre nuestro poder, y quebrarlo.*

Pero si se demoraba mucho más… Yo no tenía ninguna duda de que el rey nos reservaba una desagradable sorpresa. Diseñada para caer de golpe en cualquier momento. Y sabía que Rhys también era consciente de ello.

Lo sabía, porque reunió su magia, evaluando y sopesando, como un áspid preparándose para atacar.

—El último informe que recibí de Amarantha —prosiguió el rey, metiendo las manos en los bolsillos— decía que ella todavía estaba disfrutando de ti. —Los soldados se rieron.

Mi compañero estaba acostumbrado a aquella risa. Aunque a mí me hacía querer rugir contra ellos, despedazarlos. Pero Rhys ni siquiera mostró los dientes, aunque el rey le dirigió una sonrisa que me indicó que era muy consciente de qué tipo de cicatrices le habían quedado. Lo que mi compañero había hecho para mantener distraída a Amarantha. Por qué lo había hecho.

Rhys sonrió irónico.

—Lástima que no terminó tan agradablemente para ella. —Su magia se deslizó por toda la nave, en busca de la cuerda con el poder para frenar nuestras fuerzas…

Mátalo…, mátalo ahora.

Esas palabras eran un cántico en mi sangre, en mi mente.

En la suya también. Podía oírlo, claro como mis propios pensamientos.

—Una niña tan extraordinaria, tu compañera —musitó el rey. Sin emoción, ni siquiera un poco de rabia más allá de esa fría diversión—. Primero Amarantha, luego mi mascota, el attor… Y luego rompió todas las defensas alrededor de mi palacio para ayudarte a escapar. Por no mencionar… —Se rio por lo bajo—. Mi sobrina y mi sobrino. —Rabia…, era rabia lo que empezó a ennegrecer sus ojos—. Atacó fieramente a Dagdan y a Brannagh…, ¿y por qué razón?

—Tal vez deberías preguntárselo a Tamlin. —Rhys levantó una ceja—. A propósito, ¿dónde está?

—Tamlin. —Hybern saboreó el nombre, su sonido—. Él tiene planes para ti, después de lo que tú y tu pareja le hicisteis. Su corte. Qué lío fue para él

arreglarlo todo…, aunque lo ocurrido sin duda hizo que fuera más fácil para mí plantar más de mis tropas en sus tierras.

Madre sagrada… Madre sagrada, yo había hecho eso…

—Ella estará feliz de enterarse de eso.

Demasiado tiempo. Rhys había permanecido demasiado tiempo frente a él…

Pelea o corre. Corre o pelea.

—¿De dónde venían sus dones, me pregunto? ¿O de quién?

El rey lo sabía. Sabía lo que yo era. Lo que yo poseía.

—Soy un macho afortunado que la tiene como compañera.

El rey volvió a sonreír.

—Por el poco tiempo que te queda.

Habría jurado que Rhys bloqueaba aquellas palabras.

El rey continuó sin darle importancia.

—Lo necesitarás todo, ya sabes. Para tratar de detenerme. Todo lo que tienes. Y aun así no será suficiente. Y cuando lo hayas dado todo y estés muerto, Rhysand, cuando tu compañera esté llorando sobre tu cuerpo, la haré mía.

Rhys no dejó ver siquiera un chispazo de emoción, poniéndose esa fría y divertida máscara sobre la furia rugiente que me envolvió ante ese pensamiento, esa amenaza, que se plantó ante mí como una bestia lista para lanzarse, para defenderse.

—Derrotó a Amarantha y al attor —replicó Rhys—. Dudo que tú signifiques para ella un gran esfuerzo.

—Ya veremos. Tal vez se la entregue a Tamlin cuando haya terminado.

La furia calentó la sangre de Rhys. Y la mía.

Ataca o huye, Rhys —le supliqué otra vez—. *Pero hazlo ahora*.

Rhys reunió su poder, y sentí que se elevaba dentro de él, lo sentí luchando por mantener su control sobre él.

—El hechizo se apagará —dijo el rey, moviendo la mano—. Otro pequeño truco que aprendí mientras me pudría en Hybern.

—No sé de qué estás hablando —replicó Rhys suavemente.

Se sonrieron el uno al otro.

Y luego Rhys preguntó:

—¿Por qué?

El rey sabía lo que quería decir.

—Había espacio en la mesa para todo el mundo, asegurasteis tú y tu gente. —Resopló—. Para humanos, para inmortales menores, para mestizos. En este

nuevo mundo tuyo había lugar en la mesa para todos…, siempre y cuando pensaran como tú. Pero a los leales…, cómo te deleitaste expulsándonos. Mirándonos con desprecio. —Hizo un gesto hacia los soldados que observaban la batalla en la bahía—. ¿Quieres saber por qué? Porque sufrimos… cuando nos arrinconaste, cuando nos expulsaste. —Algunos de sus soldados gruñeron mostrando su acuerdo—. No tengo interés en pasar otros cinco siglos viendo a mi pueblo inclinarse ante los cerdos humanos…, viendo como se ganan la vida a duras penas mientras tú proteges y mimas a esos mortales, otorgándoles nuestros recursos y riquezas a cambio de nada. —Inclinó la cabeza—. Así que vamos a recuperar lo que es nuestro. Lo que siempre fue nuestro, y siempre será nuestro.

Rhys le lanzó una sonrisa socarrona.

—Sin duda puedes intentarlo.

Mi compañero no se molestó en decir nada más cuando lanzó una delgada jabalina de poder hacia él, el tiro tan preciso como una flecha.

Y cuando llegó al rey…

Lo atravesó de lado a lado.

Se tambaleó y luego se estabilizó.

Una ilusión. Una sombra.

El rey de Hybern soltó una carcajada.

—¿Pensabas que iba a aparecer personalmente en esta batalla? —Hizo un movimiento con la mano hacia los soldados que seguían observando—. Esta batalla es solo un aperitivo para ti. Para abrir el apetito.

Luego desapareció.

La magia que se escapaba del barco, el brillo aceitoso que había derramado sobre el poder de Rhys…, también se desvaneció.

Rhys concedió a los soldados de Hybern a bordo del barco, a bordo de las naves a su alrededor, el honor de al menos levantar sus espadas.

Luego los convirtió en una niebla roja y astillas que flotaron sobre las olas.

Capítulo 38

Mor me tenía agarrada por el brazo y me estaba sacudiendo. Lo supe cuando Rhys me sacó de su mente en el momento en que se lanzó sobre esos soldados.

Has estado aquí demasiado tiempo, fue todo lo que dijo, acariciándome la cara con una oscura garra. Y luego me dejó fuera, tropezando con el lazo y el ruido de su escudo al cerrarse detrás de mí.

—Feyre —me llamaba Mor, con los dedos apretándome los hombros a través de mi ropa de cuero—. Feyre.

Parpadeé, y el sol, la sangre y la calle estrecha volvieron a enfocarse.

Parpadeé otra vez… y luego vomité sobre los adoquines.

La gente, conmocionada y petrificada, solo miraba.

—Por aquí —dijo Mor, y me pasó el brazo por la cintura mientras me llevaba a un callejón vacío y polvoriento. Lejos de miradas vigilantes. Yo apenas veía la ciudad, la bahía y el mar más allá…, apenas me di cuenta de que una poderosa tormenta de oscuridad, de agua y de viento estaba empujando la flota de Hybern de vuelta hacia el horizonte. Como si los poderes de Tarquin y Rhys se hubieran desencadenado con la desaparición del rey.

Me acerqué a un montón de piedras caídas del edificio medio destruido junto a nosotros y volví a vomitar. Otra vez. Y otra.

Mor me puso una mano en la espalda, frotándome en círculos relajantes mientras yo seguía intentando vaciar mi estómago ya vacío.

—A mí me pasó lo mismo después de mi primera batalla. A todos nos ha pasado eso.

Ni siquiera fue una batalla…, por lo menos no de la forma en que me la había imaginado: ejército contra ejército en algún campo de batalla cualquiera,

caótico y fangoso. Además, la verdadera batalla de ese día se había desarrollado en el mar, donde los ilyrios estaban en ese momento navegando hacia la costa.

No podía soportar la idea de empezar a contar cuántos hicieron el viaje de regreso.

No sabía cómo Mor o Rhys, Cassian o Azriel podían soportarlo.

Y lo que acababa de ver…

—El rey estaba aquí —susurré.

La mano de Mor se detuvo en mi espalda.

—¿Qué?

Apoyé la frente contra el ladrillo calentado por el sol del edificio que tenía ante mí y le conté lo que había visto en la mente de Rhys.

El rey… había estado ahí y a la vez no había estado. Otro truco…, otro hechizo. No era extraño que Rhys no hubiera podido atacar su mente: el rey no estaba presente para que fuera posible hacerlo.

Cerré los ojos cuando terminé, presionando más fuerte la frente contra el ladrillo.

Todavía estaba cubierta de sangre y sudor. Traté de recordar la habitual disposición de mi alma en el cuerpo, la prioridad de las cosas, mi manera de ver el mundo. Qué hacer con mis miembros en la quietud. ¿Qué hacía habitualmente con mis manos sin una espada entre ellas? ¿Cómo dejaba de moverme?

Mor me apretó el hombro, como si comprendiera los incesantes pensamientos, la extrañeza de mi cuerpo. La guerra había durado siete años. Años. ¿Cuánto tiempo iba a durar esta?

—Deberíamos encontrar a los otros —propuso ella, y me ayudó a enderezarme antes de transportarnos al palacio que se elevaba en lo alto.

No fui capaz de enviar otro pensamiento por el lazo. Ver dónde estaba Rhys. No quería que me viera…, que me sintiera…, en este estado. Aun cuando yo sabía que no me juzgaría.

Él también había derramado sangre en el campo de batalla ese día. Y muchos otros antes de ese. Todos mis amigos lo habían hecho.

Y pude entender…, solo por un instante, mientras el viento se movía alrededor de nosotros…, por qué algunos gobernantes, humanos y fae, se habían inclinado ante Hybern. Se habían inclinado en lugar de hacerle frente.

No era solo el número de vidas que arruinó, devastó y despedazó. Era la alteración del alma…, la comprensión de que tal vez yo podría volver a casa, a

Velaris, tal vez viera alcanzar la paz y las ciudades reconstruidas…, pero esta batalla, esta guerra…, a mí me habría cambiado para siempre.

La guerra permanecería conmigo durante mucho tiempo después de que hubiera terminado; alguna cicatriz invisible tal vez se iba a suavizar, pero nunca desaparecería del todo.

Pero para mi hogar, para Prythian y el territorio humano y tantos otros…

Limpiaría mis cuchillas y lavaría la sangre de mi piel.

Y tendría que hacerlo una y otra vez.

El nivel medio del palacio era un frenesí de actividad: soldados de la Corte Verano empapados de sangre salían cojeando rodeados de sanadores y criados que corrían hacia los heridos que eran depositados en el suelo.

La corriente que fluía por el centro de la sala se volvió roja.

Llegaban cada vez más, transportados por altos fae de grandes ojos.

Unos cuantos ilyrios…, igualmente ensangrentados, pero con ojos claros…, transportaban a sus propios heridos a través de las ventanas y las puertas del balcón abiertas.

Mor y yo estudiamos el espacio, la gran cantidad de gente, el olor de la muerte y los gritos de los heridos.

Traté de tragar, pero mi boca estaba demasiado seca.

—¿Dónde están…?

Reconocí al guerrero en el mismo momento en que me vio.

Varian, arrodillado sobre un soldado herido con el muslo hecho jirones, se quedó por completo inmóvil cuando nuestros ojos se encontraron. Su piel marrón estaba salpicada de sangre tan brillante como los rubíes que nos habían enviado, su pelo blanco pegado a la cabeza, como si acabara de quitarse el casco.

Silbó entre los dientes y un soldado apareció a su lado y tomó su lugar para atar un torniquete en el muslo del varón herido. El príncipe de Adriata se puso de pie.

No quedaba magia alguna en mí para protegerme. Después de ver a Rhys con el rey, solo había un hueco vacío donde había estado mi miedo, un mar salvaje en mi interior. Pero sentí que el poder de Mor se deslizaba entre nosotros.

Había una promesa de muerte sobre mi cabeza. De ellos.

Varian se acercó…, lentamente. Erguido. Como si le doliera todo el cuerpo. Aunque su hermoso rostro no revelaba nada. Solo agotamiento y huesos cansados.

Abrió la boca y luego la cerró. Yo tampoco tenía palabras.

Así que Varian habló con voz áspera, tan ronca que era obvio que había estado gritando durante un largo, largo tiempo.

—Está en el comedor de roble.

El lugar donde había cenado con ellos.

Simplemente asentí con la cabeza al príncipe y empecé a abrirme camino entre la gente. Mor se mantenía cerca de mí.

Pensé que Varian se había referido a Rhysand.

Pero era Tarquin quien, con armadura plateada y manchada de sangre seca, estaba junto a la mesa de comedor, con mapas y cartas de navegación delante de él, acompañado de varios fae de la Corte Verano empapados de sangre o impolutos que llenaban la cámara soleada.

El alto lord de la Corte Verano levantó la vista de la mesa cuando nos detuvimos en el umbral. Me miró a mí, luego a Mor.

La bondad, la consideración que había visto por última vez en el rostro del alto lord habían desaparecido, reemplazadas por una cosa sombría y fría que hizo que mi estómago se encogiera.

La sangre se le había coagulado sobre un amplio corte en el cuello, y pedacitos de sangre seca se desprendieron cuando Tarquin miró a la gente de la sala y dijo:

—Retiraos.

Nadie se atrevió siquiera a mirarlo dos veces mientras salían.

Yo había hecho una cosa horrible la última vez que estuvimos aquí. Había mentido y robado. Me había metido en su mente y lo había engañado para que me creyera inocente. Inofensiva. No lo culpaba por el rubí de sangre que había enviado. Pero lo que quería era vengarse en ese momento…

—Me han dicho que vosotras dos despejasteis el palacio. Y ayudasteis a limpiar la isla.

Sus palabras sonaban opacas…, sin vida.

Mor inclinó la cabeza.

—Tus soldados lucharon valientemente a nuestro lado.

Tarquin la ignoró y fijó sus aplastantes ojos turquesa en mí. Observando la sangre, las heridas, la ropa de cuero. Luego el anillo de compromiso en mi dedo,

el zafiro estrella con la sangre metida entre los delicados pliegues y arcos de metal.

—Pensé que habías venido a terminar el trabajo —dijo Tarquin.

No me atreví a moverme.

—Me han dicho que Tamlin te llevó con él. Luego me enteré de que la Corte Primavera había caído. Que se derrumbó desde dentro. Que su pueblo se rebeló. Y que tú habías desaparecido. Y cuando vi a la legión ilyria que entraba…, pensé que habías venido por mí también. Que ibas a ayudar a Hybern para que acabara con nosotros.

Varian no le había hablado del… del mensaje que le había enviado a Amren. No una llamada de ayuda, sino una frenética advertencia para que Amren se salvara. Tarquin no se había enterado de que él sabía que íbamos a venir.

—Nunca nos aliaríamos con Hybern —dijo Mor.

—Estoy hablando con Feyre Archeron.

Nunca había oído a Tarquin usar ese tono. Mor se erizó, pero no dijo nada.

—¿Por qué? —preguntó Tarquin; la luz del sol brillaba en su armadura, cuyas delicadas y superpuestas escamas estaban diseñadas siguiendo el modelo de los peces.

No sabía a qué se refería. ¿Por qué lo habíamos engañado y robado? ¿Por qué habíamos venido a ayudar? ¿Por qué ambas cosas?

—Nuestros sueños son los mismos —fue todo lo que se me ocurrió decir.

Un reino unido en el cual los inmortales menores no serían menospreciados. Un mundo mejor.

Lo contrario de los objetivos por los que Hybern luchaba. Por los que luchaban sus aliados.

—¿Es así como justificas el hecho de haberme robado?

Mi corazón se tambaleó.

Rhysand habló detrás de mí. Sin duda se había transportado hasta aquí.

—Mi compañera y yo teníamos nuestras razones, Tarquin.

Mis rodillas casi se doblaron al percatarme de la uniformidad en su voz, ante la cara manchada de sangre que todavía no revelaba señales de alguna herida importante, ante la oscura armadura…, gemela de la de Azriel y la de Cassian…, que se había mantenido intacta a pesar de algunos rasguños profundos que yo apenas soportaba tener que ver.

¿Cassian y Azriel?

Están bien. Supervisan a los ilyrios heridos y se ocupan de establecer un

campamento en las colinas.

Tarquin nos miró.

—Compañera.

—¿No era obvio? —preguntó Rhysand con un guiño. Pero había algo en sus ojos…

Mi pecho se tensó.

¿El rey dejó algún tipo de trampa para…?

Me pasó una mano por la espalda.

No. No…, estoy bien. Molesto porque no me he dado cuenta de que él era una ilusión, pero… bien.

El rostro de Tarquin mantuvo esa fría ira.

—Cuando fuiste a la Corte Primavera y engañaste a Tamlin sobre tu verdadera naturaleza, cuando destruiste su territorio…, dejaste la puerta abierta para Hybern. Ellos atracaron en sus puertos. —Sin duda, para esperar que el muro colapsara y luego navegar hacia el sur. Tarquin gruñó—: Desde allí fue un viaje fácil hasta mi puerta. Tú has hecho esto.

Habría jurado que sentía cómo se estremecía Rhys a través del lazo. Pero mi compañero continuó mostrándose tranquilo.

—No hicimos nada. Hybern elige sus acciones, no nosotros. —Levantó la barbilla hacia Tarquin—. Mi fuerza permanecerá acampada en las colinas hasta que tú consideres que la ciudad está segura. Entonces nos iremos.

—¿Y piensas robar otra cosa antes de irte?

Rhys se quedó inmóvil. Preguntándose, me di cuenta, si pedir disculpas o no. Dar explicaciones.

Le evité tener que decidir.

—Cuida a tus heridos, Tarquin.

—No me des órdenes.

La cara del antiguo almirante de la Corte Verano…, el príncipe que había comandado la flota en el puerto hasta que el título le había sido impuesto. Pude ver el cansancio que le empañaba los ojos, la ira, el dolor.

Había muerto gente. Mucha gente. La ciudad por la que había luchado tan duro para reconstruir, la gente que había tratado de luchar después de las cicatrices que dejó Amarantha…

—Estamos a tu disposición —le dije, y di la vuelta para irme.

Mor se mantuvo a mi lado, y salimos al vestíbulo, donde encontramos un grupo de sus asesores y soldados que nos observaron atentamente. Detrás de

nosotras, Rhys le habló a Tarquin.

—No tuve opción. Lo hice para tratar de evitar esto, Tarquin. Para detener a Hybern antes de que llegara tan lejos. —Su voz era tensa.

Tarquin solo dijo:

—Sal de aquí. Y llévate a tu ejército contigo. Podemos defender la bahía ahora que ya no cuentan con el elemento sorpresa.

Silencio. Mor y yo nos quedamos justo fuera de las puertas abiertas, sin darnos la vuelta, pero ambas lo oímos. Oímos a Rhysand cuando dijo:

—Conozco lo suficiente a Hybern desde la guerra, y te digo que este ataque es solo una fracción de lo que el rey planea desatar. —Hizo una pausa—. Ven a la reunión, Tarquin. Te necesitamos…, Prythian te necesita.

Otro momento de silencio. Luego Tarquin dijo:

—¡Vete!

—El ofrecimiento de Feyre sigue en pie: estamos a tu disposición.

—Coge a tu pareja y vete. Y sugiero que le adviertas que no dé órdenes a los altos lores.

Me puse tensa, y estaba a punto de darme la vuelta cuando Rhys dijo:

—Ella es alta lady de la Corte Noche. Puede hacer lo que quiera.

La fila de faes que se alzaba delante de nosotros se apartó ligeramente. Me observaban, estudiándome, algunos de ellos boquiabiertos. Un murmullo los recorrió. Tarquin soltó una risa sorda y amarga.

—Te encanta escupir sobre la tradición.

Rhys no dijo nada más, sus pasos firmes sonaban sobre el suelo de baldosas hasta que su mano me entibió el hombro. Levanté la vista para mirarlo, consciente de todos los que nos miraban. Me miraban.

Rhys depositó un beso en mi sudorosa sien cubierta de sangre, y nos desvanecimos en el aire.

Capítulo 39

El campamento ilyrio permaneció en las colinas sobre Adriata.

Sobre todo porque había tantos heridos que no pudimos moverlos hasta que hubieron mejorado lo suficiente para soportar el traslado.

Alas rotas, tripas colgando, caras destrozadas…

No sé cómo mis amigos seguían todavía en pie mientras se ocupaban de los heridos sin descanso. Apenas veía a Azriel, que había montado una tienda de campaña para organizar la información que llegaba de sus exploradores: la flota de Hybern se había retirado. No hacia la Corte Primavera, sino mar adentro. No había señales de ninguna otra fuerza a la espera de atacar. Ni un susurro de Tamlin, ni de Jurian.

Cassian, sin embargo… Cojeaba entre los heridos tendidos en el terreno rocoso y seco, prodigando palabras de alabanza o de consuelo a los soldados que aún no habían sido atendidos. Con la ayuda de los Sifones pudo hacer rápidas curaciones en el campo de batalla, pero… nada demasiado complicado.

Cada vez que nuestros caminos se cruzaban cuando yo acarreaba suministros para los sanadores que trabajaban sin descanso, el rostro de él se veía serio. Demacrado. Todavía llevaba la armadura y aunque había lavado la sangre de su piel, aún permanecía un poco cerca del cuello del peto. La opacidad de sus ojos castaños era la misma que cubría mis propios ojos. Y los de Mor.

Pero Rhys…, sus ojos estaban claros. Alerta. Su expresión era triste, pero… era a él a quien los soldados miraban. Y él era todo lo que debía ser: un alto lord confiado en su victoria, cuyas fuerzas habían aplastado a la flota de Hybern y salvado una ciudad de inocentes. La pérdida que ello había ocasionado entre sus propios soldados era grande, pero fue un precio que valió la pena pagar para

obtener la victoria. Él recorría el campamento…, pasando revista a los heridos, supervisando la información que Azriel le entregaba, y poniéndose al día con sus comandantes, todavía equipados con sus armaduras ilyrias. Pero ya sin alas. Estas habían desaparecido antes de que se presentara en la cámara de Tarquin.

El sol se puso para dejar un manto de oscuridad sobre la ciudad de más abajo. Más oscura que la última vez que la vi, viva y brillante de luces. Pero esta nueva oscuridad… ya la habíamos visto en Velaris después del ataque…, la conocíamos demasiado bien.

Las luces inmortales se movían sobre nuestro campamento, dorando las garras de todas aquellas alas ilyrias mientras trabajaban o yacían heridas. Yo sabía que muchos me miraban a mí, su alta lady.

Pero no podía comprender la serenidad de Rhys. Su silencioso triunfo.

De modo que seguí llevando cuencos de agua limpia, retirando los recipientes ensangrentados. Ayudé a sostener a los soldados que gritaban hasta que mis dientes golpeteaban entre sí por la fuerza de sus temblores.

Me senté solo cuando mis piernas ya no me mantenían en posición vertical, sobre un cubo boca abajo delante de la tienda de los sanadores. Solo por unos minutos…, me senté solo durante unos minutos.

Me desperté dentro de otra tienda, acostada sobre un montón de pieles con la luz inmortal baja y suave.

Rhys estaba sentado a mi lado, con las piernas cruzadas, el pelo desordenado. Con franjas de sangre, como si se hubiera manchado las manos al pasarlas por el pelo.

—¿Cuánto tiempo he estado inconsciente? —Mis palabras fueron un gruñido.

Apartó la cabeza de los papeles desparramados sobre la piel que tenía delante y que estaba estudiando.

—Tres horas. Todavía falta amucho para el amanecer…, deberías dormir.

Pero me incorporé apoyándome en los codos.

—Tú no estás durmiendo.

Se encogió de hombros, y bebió agua de la copa que tenía a su lado.

—No soy yo quien se ha caído de un cubo para dar con la cara en el barro. —Su sonrisa irónica desapareció—. ¿Cómo te sientes?

Casi dije que estaba bien, pero…

—Todavía estoy averiguando qué tengo que sentir.

Un comprensivo asentimiento con la cabeza.

—La guerra abierta es así… Toma un tiempo decidir cómo ocuparse de todo lo que trae consigo. Los terribles costes.

Me incorporé hasta quedar sentada, mirando los papeles que él había desplegado. Listas de víctimas. Solamente un centenar de nombres en ellas, pero…

—¿Los conocías…, a los que murieron?

Sus ojos de color violeta se cerraron.

—A unos pocos. Tarquin ha perdido muchos más que nosotros.

—¿Quién avisará a sus familias?

—Cassian. Enviará las listas cuando amanezca…, cuando sepamos quién ha sobrevivido a la noche. Visitará a sus familias si las conoce.

Recordé que Rhys me había dicho una vez que había revisado las listas de víctimas buscando a sus amigos en la guerra anterior…, el miedo que todos habían sentido mientras esperaban ver si aparecía allí algún nombre conocido.

Una multitud de sombras oscurecían esos ojos violeta. Puse una mano sobre la suya.

Observó mis dedos, los arcos de suciedad debajo de las uñas.

—El rey ha venido hoy —dijo por fin— para burlarse de mí. Los ataques en la biblioteca, esta batalla… Ha sido una forma de jugar conmigo. Con nosotros.

Le toqué la mandíbula. Fría, su piel estaba fría, a pesar de la cálida noche de verano que caía sobre nosotros.

—No vas a morir en esta guerra, Rhysand.

Su atención se centró en mí.

Le cogí la cara con ambas manos.

—No escuches ni una palabra de lo que dice. Él sabe…

—Él lo sabe todo de nosotros. Nuestras historias.

Y eso asustaba mortalmente a Rhys.

Conocía la biblioteca… La escogió por lo que significaba para mí, no solo para llevarse a Nesta.

—Entonces sabremos dónde golpearlo, y golpearemos fuerte. Mejor aún, lo mataremos antes de que pueda hacer más daño.

Rhys meneó un poco la cabeza, apartando la cara de mis manos.

—Si solo se tratara del rey como contrincante…, pero con el Caldero en su arsenal…

Y la forma en que sus hombros comenzaron a curvarse, la forma en que el mentón se le hundía cada vez más… Le agarré de nuevo la mano.

—Necesitamos aliados —afirmé. Los ojos me ardían—. No podemos afrontar el peso de esta guerra solos.

—Lo sé. —Sus palabras sonaban pesadas, muy cansadas.

—Adelanta la reunión con los altos lores. Para dentro de tres días.

—Lo haré.

Yo nunca le había oído ese tono…, esa serenidad. Y precisamente por eso dije:

—Te amo.

Alzó la cabeza y sus ojos se entornaron.

—Hubo un tiempo en que soñaba oír eso —murmuró—. Cuando pensaba que nunca lo ibas a decir. —Hizo un gesto hacia la tienda…, hacia Adriata—. Durante nuestro viaje aquí fue la primera vez que me permití… la esperanza.

«Por las estrellas que escuchan… y los sueños que se hacen realidad».

Y sin embargo ese día, con Tarquin…

—El mundo debería saber lo bueno que eres, Rhysand…, lo maravillosos que sois todos.

—No sé si debería preocuparme por las cosas tan buenas que dices sobre mí. Quizá las burlas del rey han llegado hasta ti.

Le pellizqué el brazo y soltó una risa sorda antes de levantarme la cara para observar mis ojos. Inclinó la cabeza.

—¿Debería estar preocupado?

Puse una mano en su mejilla una vez más, la piel de seda ahora caliente.

—Tú eres generoso, valiente y amable. Eres más de lo que jamás soñé para mí, más de lo que yo… —Las palabras se ahogaron en mi garganta y tragué saliva, respirando hondo. No estaba segura de si él necesitaba oírlo después de lo que el rey había dicho, pero yo tenía que decirlo. En ese momento la luz de las estrellas bailaba en sus ojos. Y continué—: En esa reunión con los otros altos lores, ¿qué papel tendrás tú?

—El habitual.

Asentí con la cabeza. Había anticipado su respuesta.

—Y los otros también interpretarán sus papeles habituales.

—¿Y…?

Aparté la mano de su cara y se la puse sobre el corazón.

—Creo que ha llegado la hora de quitarnos las máscaras. De dejar de interpretar nuestros papeles.

Esperó. Seguía escuchándome.

—Velaris ya no es secreto. El rey sabe mucho acerca de nosotros…, de quiénes somos. Lo que somos. Y si vamos a aliarnos con los otros altos lores…, creo que necesitan saber la verdad. Necesitarán conocer la verdad para confiar en nosotros. La verdad acerca de quién eres tú en realidad…, quiénes son realmente Mor, Cassian y Azriel. Mira lo mal que han salido las cosas con Tarquin hoy. No podemos…, no podemos dejar que siga así. De modo que basta de máscaras, basta de interpretar papeles. Vamos como nosotros mismos. Como una familia.

»En todo caso, las burlas del rey me enseñaron eso. Los juegos han terminado. No habrá más disfraces, ni más mentiras. Tal vez pensó que nos llevaría a continuar haciendo esas cosas. Pero tal vez tengamos alguna posibilidad…, quizá la victoria está en la otra dirección. En la honestidad. Con nosotros todos juntos…, exactamente como quiénes somos.

Esperé que Rhys me dijera que yo era joven e inexperta, que no sabía nada de política ni de guerra.

Pero solo pasó el pulgar sobre mi mejilla.

—Pueden estar enojados por las mentiras que les hemos transmitido a lo largo de los siglos.

—Entonces dejaremos claro que entendemos sus sentimientos… y también les dejaremos claro que no teníamos otra manera de proteger a nuestro pueblo.

—Les mostraremos la Corte de los Sueños —dijo en voz baja.

Asentí con la cabeza. Se la mostraríamos… y también les mostraríamos a Keir, a Eris y a Beron. Les mostraríamos quiénes éramos para nuestros aliados… y para nuestros enemigos.

Las estrellas brillaban y ardían en esos hermosos ojos.

—¿Y sobre tus poderes? —El rey también era conocedor de ellos, o quizá lo había adivinado.

Supe por su tono cauteloso que él ya se había formado una opinión. Pero la decisión era mía…, él lo afrontaría a mi lado sin importar lo que yo decidiera.

Y mientras yo lo pensaba…

—Creo que verán la revelación de nuestros lados buenos como una manipulación si también sale a luz que tu compañero les ha robado poderes a todos ellos. Si el rey planea usar esa información contra nosotros, nos ocuparemos de ello más tarde.

—Técnicamente, ese poder fue un don, pero… tienes razón. Tendremos que caminar sobre una línea muy fina con respecto a cómo vamos a mostrarnos a

nosotros mismos…, presentar las cosas de la manera correcta para que no piensen que se trata de una trampa o una conspiración. Pero cuando se trata de ti… —La oscuridad borró las estrellas de sus ojos. Oscuridad de asesinos y ladrones, la oscuridad de la muerte sin transigir—. Podrías inclinar la balanza a favor de Hybern si alguno de ellos está considerando una alianza. Beron solo podría tratar de matarte, con esta guerra o sin ella. Dudo incluso que Eris pudiera evitar que lo hiciera.

Habría jurado que el campo de batalla se estremecía ante el poder que rugió al despertar la ira. Las voces fuera de la tienda se convirtieron en susurros. O en puro silencio.

Me incliné y le di un rápido beso.

—Ya nos ocuparemos de eso —dije cerca de su boca.

Él apartó los labios de los míos, el rostro grave.

—Mantendremos todos tus poderes excepto los que yo te di en secreto. Como mi alta lady, se espera que hayas recibido algunos.

Tragué con fuerza, asintiendo, y tomé un trago de su copa de agua. No más mentiras, no más engaños…, aparte de mi magia. Dejaríamos que Tarquin fuera la primera y la última víctima de nuestro engaño.

Me mordí el labio.

—¿Y qué hay de Miryam y Drakon? ¿Has sabido algo sobre adónde podrían haber ido? Junto con esa legión de guerreros aéreos.

La pregunta pareció arrancarlo de dondequiera que estuviera mientras contemplábamos lo que ahora teníamos ante nosotros.

Rhys suspiró al tiempo que observaba de nuevo esas listas de víctimas. La tinta oscura parecía absorber la tenue luz inmortal.

—No. Los espías de Az no han encontrado rastros de ellos en ninguno de los territorios circundantes. —Se frotó la sien—. ¿Cómo se puede hacer desvanecer un pueblo entero?

Fruncí el ceño.

—Supongo que la táctica de Jurian para sacarlos fuera trabajó en su contra.

Jurian…, no se había oído ni un susurro de él en la batalla de ese día.

—Eso parece. —Negó con la cabeza, la luz bailó en los mechones renegridos de su cabello—. Debería haber establecido protocolos con ellos… hace siglos. Formas de contactar con ellos, para que contacten con nosotros, para cuando necesitemos ayuda.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Ellos querían que el mundo los olvidara. Y cuando vi que Cretea se convertía en un lugar tan pacífico… tampoco quise que el mundo se entrometiera con ellos. —Un músculo se tensó en su mandíbula.

—Si de alguna manera los encontráramos…, eso sería suficiente, ¿no? Si podemos detener el derrumbe del muro primero, quiero decir. Nuestras fuerzas y las de Drakon, tal vez incluso las de la reina Vassa si Lucien puede encontrarla, contra todo Hybern…

—Contra todas las estratagemas y todos los hechizos que el rey todavía pensara usar.

Rhys se quedó callado un momento.

—Puede que tenga que ser así.

Fue la forma en que su voz se volvió ronca, la forma en que sus ojos se humedecieron, lo que me hizo apretar mi boca contra la suya cuando le puse una mano sobre el pecho y lo empujé encima de las pieles.

Sus cejas se alzaron, pero una media sonrisa apareció en sus labios.

—Hay poca privacidad en un campo de batalla —me advirtió, y parte de la luz volvió a sus ojos.

Me senté a horcajadas sobre él y le solté el botón de la parte superior de su chaqueta oscura. Y el de más abajo…

—Entonces supongo que tendrás que quedarte callado —le dije, a la vez que desabrochaba su chaqueta por completo hasta que se abrió para dejar a la vista la camisa. Reseguí con un dedo la espiral del tatuaje que se asomaba cerca del cuello—. Cuando te he visto enfrentándote al rey hoy…

Me rozó con los dedos sobre los muslos.

—Lo sé. Te he sentido.

Tiré del faldón y él se levantó sobre sus codos, ayudándome a quitarle la chaqueta, luego la camisa. Un oscuro moretón apareció sobre sus costillas…

—Está bien —dijo, antes de que yo pudiera abrir la boca—. Un golpe con suerte.

—¿Con qué?

De nuevo esa media sonrisa.

—¿Una lanza?

Mi corazón se detuvo.

—Una… —Con delicadeza pasé los dedos sobre el moretón, tragando con fuerza.

—Con la punta envenenada con destructor de la sangre. Mi escudo la ha

detenido casi totalmente, pero no lo suficiente para evitar el impacto.

El miedo se acurrucó en mi estómago. Pero me incliné y le di un beso sobre el golpe.

Rhys soltó un largo suspiro y su cuerpo pareció relajarse. Sereno.

Así que besé de nuevo el moretón. Me aventuré más abajo. Él dibujó círculos ociosos sobre mi hombro, mi espalda.

Sentí que su escudo se asentaba alrededor de nuestra tienda de campaña mientras le desabrochaba los pantalones y seguía mi camino besándole el musculoso panel de su estómago.

Más abajo. Las manos de Rhys se deslizaban en mi pelo a la vez que el resto de su ropa desaparecía. Lo acaricié una vez, dos veces…, disfrutando con la sensación de saber que él estaba ahí, que los dos estábamos ahí. Seguros.

Entonces repetí el movimiento con la boca.

Sus gruñidos de placer llenaron la tienda, ahogando los gritos lejanos de los heridos y los moribundos. La vida y la muerte… sobrevolando tan cerca, susurrando en nuestros oídos.

Y sentí el gusto a Rhys, lo adoré con mis manos, mi boca y luego mi cuerpo…, y esperaba que este fragmento de vida que ofrecíamos, esta luz inalterable entre nosotros, empujaría a la muerte un poco más lejos. Al menos durante un día más.

Solo unos pocos ilyrios más murieron durante la noche. Pero en lo alto de las colinas, los gritos y lamentos del pueblo de Tarquin se elevaban sobre nosotros en penachos de humo de los incendios todavía ardiendo que Hybern había provocado. Continuaban ardiendo cuando nos fuimos en las primeras horas después del amanecer, transportándonos de vuelta a Velaris.

Cassian y Azriel se quedaron para llevar a las legiones ilyrias a su nuevo campamento en nuestras fronteras meridionales…, y el primero salió de allí para volar hacia las estepas. Para expresar sus condolencias a algunas de esas familias.

Nesta nos estaba esperando en el vestíbulo de la casa de la ciudad y Amren se mostraba furiosa en un sillón frente a la chimenea apagada en la sala de estar.

No había señales de Elain, pero antes de que yo pudiera preguntar, Nesta quiso saber.

—¿Qué ha sucedido?

Rhys me miró, luego miró a Amren, que se había puesto de pie de un salto y nos miraba con la misma expresión que Nesta. Mi compañero le respondió a mi hermana:

—Hubo una batalla. Ganamos.

—Lo sabemos —dijo Amren, sus pequeños pies casi silenciosos sobre las alfombras mientras caminaba hacia nosotros—. ¿Qué pasó con Tarquin?

Mor tomó aire para decir algo sobre Varian que probablemente no iba a terminar bien para ninguno de nosotros, así que la interrumpí.

—Bueno, no trató de matarnos apenas nos vio, así que… las cosas salieron bastante bien.

Rhys me dirigió una mirada divertida.

—La familia real sigue viva y bien. La flota de Tarquin sufrió pérdidas, y Cresseida y Varian salieron indemnes.

Algo tenso en el rostro de Amren pareció relajarse ante las palabras…, las cuidadosas y diplomáticas palabras del alto lord.

Pero Nesta nos estaba mirando a todos, con la espalda rígida, la boca apretada.

—¿Donde está?

—¿Quién? —susurró Rhys.

—Cassian.

No podía creer que hubiera oído salir su nombre de sus labios. Cassian siempre había sido «él» o «ese». Nesta se paseaba arriba y abajo por el vestíbulo.

Como si estuviera preocupada.

Abrí la boca, pero Mor se me adelantó.

—Está ocupado.

Nunca había oído su voz tan… aguda. Glacial.

Nesta le sostuvo la mirada. Tensó la mandíbula, luego se relajó, y después la tensó otra vez, como si estuviera librando alguna batalla por retener las preguntas. Mor no bajó la mirada.

Esta nunca había parecido molesta por la mención de las amantes pasadas de Cassian. Tal vez porque ellas nunca habían significado mucho, no de la manera en que de verdad importa. Pero si el guerrero ilyrio ya no se alzaba como un

freno físico y emocional entre ella y Azriel…, y peor aún, si la persona que causaba eso fuera Nesta…

Entonces dijo con brusquedad:

—Cuando él regrese, mantén tu lengua bífida detrás de los dientes.

Mi corazón saltó a un ritmo furioso, y mis brazos se aflojaron a los lados ante el insulto, la amenaza.

Pero Rhys intervino.

—Mor.

Ella, lentamente…, muy lentamente…, lo miró.

En el rostro de Rhys no había otra cosa que una intransigente voluntad.

—Partiremos para la reunión dentro de tres días. Envía los despachos a los otros altos lores para informarles. Y basta de discutir dónde encontrarnos. Elige un lugar y terminemos con este asunto.

Ella lo miró fijamente un instante, luego arrastró la mirada hacia atrás, hacia mi hermana.

El rostro de Nesta no se había alterado, la frialdad que lo cubría era inflexible. Estaba tan quieta que apenas parecía respirar. Pero no se intimidó. No apartó los ojos de los de Morrigan.

Mor desapareció con un simple parpadeo.

Nesta se volvió y se dirigió a la sala de estar, donde vi que había libros dispuestos en la mesa baja delante del hogar.

Amren fue detrás de ella, lanzando una mirada hacia atrás, a Rhys. El movimiento hizo que su blusa gris se apartara lo suficiente para que yo pudiera ver el brillo rojo que asomaba por debajo de la tela.

El collar de rubíes que llevaba escondido debajo de la camisa. Regalo de Varian.

Rhys asintió con la cabeza a Amren y esta le preguntó a mi hermana:

—¿Dónde estábamos?

Nesta se sentó en el sillón, sujetándose con tanta fuerza a los brazos que la blancura de sus nudillos se veía a través de la piel.

—Estabas explicando cómo se formaron las líneas territoriales entre las cortes.

Las palabras eran distantes…, frágiles. Y… ¿también habían tomado lecciones de historia?

Estoy tan sorprendida como tú de que la casa todavía esté en pie.

Me tragué la risa, pasando mi brazo alrededor del suyo y arrastrándolo por el

pasillo. Hacía mucho tiempo que no lo veía así…, tan sucio. Ambos necesitábamos un baño, pero había algo que tenía que hacer primero. Algo que necesitaba hacer.

Detrás de nosotros, Amren le murmuró a Nesta:

—Cassian ha ido a la guerra muchas veces, niña. No por nada es general de las fuerzas de Rhys. Esta batalla no ha sido más que una escaramuza en comparación con lo que se avecina. Probablemente está visitando a las familias de los caídos mientras hablamos. Volverá antes de la reunión.

—No me importa —fue la respuesta de Nesta.

Al menos estaba hablando de nuevo.

Detuve a Rhys a mitad del pasillo.

Con tantas orejas escuchando en la casa, dije por el lazo: *Llévame a la Prisión. Ahora mismo*.

Rhys no hizo preguntas.

Capítulo 40

No tenía ningún hueso para llevar conmigo. Y aunque cada paso ladera arriba y luego hacia abajo en la oscuridad me agotaba y pesaba sobre mí, seguí moviéndome. Seguí poniendo un pie delante del otro.

Tenía la sensación de que Rhys hacía lo mismo.

De pie ante el Tallador de Huesos dos horas más tarde, el antiguo dios de la muerte, aún con la piel de mi futuro hijo, dije:

—Dime otro objeto que desees.

Los ojos violeta del Tallador se inflamaron.

—¿Por qué el alto lord espera en el salón?

—Tiene poco interés en verte.

Eso era parcialmente cierto. Rhys se había preguntado si el golpe a su orgullo operaría a favor de nosotros.

—Hiedes a sangre… y a muerte. —El Tallador aspiró una gran bocanada de aire para llenar sus pulmones de aire. Con mi olor.

—Escoge otro objeto que no sea el Ouroboros —fue todo lo que le dije.

Hybern conocía nuestras historias, a nuestros posibles aliados. Quedaba algo de esperanza de que no viera venir al Tallador.

—No deseo nada más que mi ventana al mundo.

Evité el impulso de apretar los puños.

—Podría ofrecerte muchas otras cosas. —Mi voz se tornó baja, melosa.

—Tienes miedo de reclamar el espejo. —El Tallador de Huesos inclinó la cabeza—. ¿Por qué?

—¿Tú no le tienes miedo?

—No. —Una sonrisita. Se inclinó hacia un lado—. ¿Tú también le tienes miedo, Rhysand?

Mi compañero no se molestó en responder desde el vestíbulo, aunque sí se acercó para detenerse en el umbral y se cruzó de brazos. El Tallador suspiró al verlo…, la suciedad, la sangre y la ropa arrugada, y dijo:

—Oh, te prefiero ensangrentado.

—Escoge otra cosa —le contesté. Y esta vez no era hablar por hablar.

—¿Qué me darías? Las riquezas no me sirven aquí. El poder no tiene influencia sobre la piedra. —Rio entre dientes—. ¿Qué te parece tu primogénito? —Una sonrisa casi oculta mientras hacía un gesto con la mano de ese muchacho hacia sí mismo.

La atención de Rhys se deslizó hacia mí, sorpresa…, sorpresa y algo más profundo, más tierno, brillaba en su rostro.

No cualquier niño, entonces.

Mis mejillas se calentaron.

No. No cualquier niño.

—Es grosero, majestades, hablar cuando nadie os puede oír.

Le lancé una mirada de enojo al Tallador.

—Entonces no hay nada más.

«¿Nada más que no me quiebre si llego a mirarlo?».

—Tráeme el Ouroboros y soy tuyo. Tienes mi palabra.

Evalué la expresión beatifica en la cara del Tallador antes de retirarme.

—¿Dónde está mi hueso? —La pregunta resonó crujiendo a través de la penumbra.

Seguí caminando. Y Rhys le arrojó algo.

—Del almuerzo.

Cuando un hueso de pollo se deslizó sobre el suelo el siseo indignado del Tallador nos siguió hasta la salida.

En silencio, comenzamos a caminar por la Prisión. El espejo…, tenía que encontrar alguna manera de conseguirlo. Después de la reunión…, por si acaso, en efecto…, me destruía.

¿Qué aspecto tiene?

La pregunta era suave. Yo sabía a quién se refería. Entrelacé mis dedos a través de Rhysand y apreté con fuerza.

Deja que te lo muestre.

Y mientras caminábamos por la oscuridad, hacia esa lejana y silenciosa luz,

se lo mostré.

Estábamos hambrientos cuando regresamos a la casa de la ciudad. Y como ninguno de nosotros tenía ganas de esperar a que prepararan comida, Rhys y yo fuimos directamente a la cocina, pasando junto a Amren y Nesta con apenas un movimiento de mano a modo de saludo.

La boca ya se me hacía agua cuando Rhys abrió con un hombro la puerta giratoria de la cocina.

Pero vimos lo que había dentro y nos frenamos en seco.

Elain estaba entre Nuala y Cerridwen junto a la larga mesa de trabajo.

Las tres estaban cubiertas de harina. Había una especie de amasijo pastoso sobre la mesa delante de ellas.

Las dos sirvientas-espías se inclinaron instantáneamente ante Rhys, y Elain…

Había un leve brillo en sus ojos castaños.

Como si hubiera estado disfrutando con ellas.

Nuala tragó saliva.

—La señora ha dicho que tenía hambre, así que nos hemos puesto a preparar algo. Pero… entonces ha dicho que quería saber cómo se hacía, de modo que… —Manos envueltas en sombras se alzaron en un gesto de indefensión, con harina que salía volando de ellas como velos de nieve—. Estamos haciendo pan.

Elain nos estaba mirando, y cuando sus ojos comenzaron a cerrarse, le dirigí una amplia sonrisa y le dije:

—Espero que esté hecho pronto…, me muero de hambre.

Elain me ofreció una débil sonrisa a cambio y asintió con un gesto.

Ella estaba hambrienta. Ella estaba… haciendo algo. Aprendiendo algo.

—Vamos a bañarnos —anuncié, aun cuando mi estómago gruñía—. Te dejaremos con tu horneado.

Arrastré a Rhys hacia el vestíbulo antes de que terminara de decir «adiós», y la puerta de la cocina se cerró cuando salimos.

Puse una mano en mi pecho, apoyada sobre los paneles de madera de la pared de la escalera. La mano de Rhys cubrió la mía un instante más tarde.

—Eso fue lo que sentí —dijo—, cuando te vi sonreír aquella noche en que cenamos junto al Sidra.

Me incliné hacia delante y apoyé mi frente contra su pecho, justo encima del corazón.

—Ella tiene un largo camino por recorrer.

—Todos tenemos un largo camino por delante.

Me acarició la espalda. Me incliné hacia ese contacto, saboreando su tibieza y su fuerza.

Durante largos minutos permanecimos allí. Hasta que dije:

—Vamos a buscar algo para comer…, fuera.

—Mmm. —No dio señales de soltarme.

Al final levanté la vista. Encontré sus ojos brillando con esa luz conocida, pícara.

—Creo que tengo hambre de otra cosa —ronroneó.

Encogí los dedos dentro de las botas, pero levanté las cejas y dije fríamente:

—¿Ah, sí?

Rhys me mordisqueó el lóbulo de la oreja, luego me susurró al oído mientras nos transportaba a nuestra habitación, donde dos platos de comida nos esperaban en ese momento sobre el escritorio.

—Te lo debo por lo de anoche, compañera.

Tuvo, por lo menos, la cortesía de dejarme escoger qué consumiría primero: a mí o a la comida.

Escogí sabiamente.

Nesta estaba esperando en la mesa del desayuno a la mañana siguiente.

No a mí, me di cuenta cuando su mirada se deslizó más allá como si yo no fuera más que una sirvienta. Sino a alguien más.

Mantuve la boca cerrada, sin molestarme en decirle que Cassian todavía estaba en los campos de batalla. Si ella no me lo preguntaba…, yo no me metería en sus asuntos.

No cuando Amren aseguraba que mi hermana estaba cerca…, muy cerca…, de dominar cualquiera que fuera la habilidad necesaria para la posibilidad de

reparar el muro. «Si tan solo se soltara», había dicho Amren. No me atreví a sugerir que tal vez el mundo no estaba preparado para eso.

Tomé mi desayuno en silencio y raspé el plato con el tenedor.

Amren también dijo que estaba a punto de encontrar lo que necesitábamos en el Libro…, fuera cual fuese el hechizo que mi hermana manejara. No tenía ni idea de cómo lo sabía Amren. Y no parecía prudente preguntar.

Nesta solo habló cuando me levanté.

—Vas a ir a esa reunión dentro de dos días.

—Sí.

Me preparé para lo que ella tenía intención de decir.

Nesta miró hacia las ventanas delanteras, como si todavía estuviera esperando, todavía expectante.

—Fuiste a la batalla sin pensarlo dos veces. ¿Por qué?

—Porque tenía que hacerlo. Porque la gente necesitaba ayuda.

Sus ojos gris azulado parecían casi plateados en el hilo de luz de la mañana. Pero Nesta no dijo nada más, y después de esperar un momento, me fui, me transporté a la Casa del Viento para mi lección de vuelo con Azriel.

Capítulo 41

Los dos días siguientes fueron tan ajetreados que la lección con Azriel fue la única vez que entrené con él. El maestro espía había vuelto de despachar los mensajes que Mor había escrito acerca del adelantamiento de la reunión. Habían acordado la fecha, al menos. Pero la propuesta de Mor sobre el lugar, a pesar de su posición inflexible, había sido universalmente rechazada. Así continuó el interminable tira y afloja entre las cortes.

Bajo la Montaña habría sido su lugar de encuentro neutral.

Aunque no hubiera sido sellado, nadie estaba dispuesto a encontrarse allí en estos momentos.

Así que el debate se desarrolló con furia acerca de quién sería el anfitrión de la reunión de todos los altos lores.

Bueno, seis de ellos. Beron, por fin, se había dignado unirse. Pero ni una palabra de parte de la Corte Primavera, aunque sabíamos que los mensajes habían sido recibidos.

Todos nosotros íbamos a asistir, salvo Amren y Nesta, quien, insistía la primera, necesitaba practicar más. Especialmente cuando Amren había hallado un pasaje en el Libro la noche anterior que podría ser lo que necesitábamos para arreglar el muro.

Con solo unas horas por delante, la noche anterior se acordó finalmente que la reunión se llevaría a cabo en la Corte Amanecer. Era bastante cerca del centro del territorio, y puesto que Kallias, alto lord de Invierno, no permitió la entrada a nadie en su territorio después de los horrores que Amarantha había ocasionado a su pueblo, era la única área ajena que flanqueaba esa área intermedia neutral.

Rhys y Thesan, alto lord de la Corte Amanecer, mantenían relaciones bastante buenas. Amanecer era generalmente neutral en cualquier conflicto, pero como una de las tres cortes solares, sus lealtades siempre se inclinaban de unos hacia otros entre ellos. No era un aliado tan fuerte como Helion Destructor de Hechizos en la Corte Día, pero sí lo bastante.

Eso no impidió que Rhys, Mor y Azriel se reunieran alrededor de la mesa de comedor en la casa de la ciudad la noche anterior para repasar cada pieza de información recibida sobre el palacio de Thesan…, sus posibles peligros y trampas. Y las rutas de escape.

Tuve que esforzarme para no estar intranquila, para no preguntar si tal vez los riesgos superaban a los beneficios. Tantas cosas habían salido mal en Hybern… Tantas iban mal en todo el mundo… Cada vez que hablaba Azriel, yo podía oír su rugido de dolor cuando ese rayo le atravesó el pecho. Cada vez que Mor contradecía un argumento, la veía pálida y alejada del rey. Cada vez que Rhys pedía mi opinión, lo veía arrodillado sobre la sangre de sus amigos, suplicándole al rey que no rompiera nuestro lazo.

Nesta y Amren interrumpían su práctica en la sala de estar muy a menudo para que esta última pudiera intervenir con algún consejo o advertencia en relación con la reunión. O para que Amren pudiera gritarle a Nesta que se concentrara, que insistiera con más fuerza. Mientras ella seguía revisando el Libro.

Unos cuantos días más, nos informó Amren cuando Nesta por fin se retiró al piso de arriba, quejándose de un dolor de cabeza. Unos cuantos días más, y mi hermana, por medio de algún poder misterioso, podría estar en condiciones de hacer algo. Es decir, agregó Amren, si ella llegaba a descifrar a tiempo esa prometedora sección del Libro. Y con eso, la hembra de cabello oscuro nos deseó buenas noches…, para irse a leer hasta que sus ojos sangraran, según ella aseguró.

Considerando lo terrible que era el Libro, yo no estaba del todo segura de si bromeaba o no.

Los otros tampoco.

Yo apenas si toqué mi cena. Y casi no dormí esa noche, dando vueltas entre las sábanas hasta que Rhys despertó y escuchó con paciencia cómo yo murmuraba mis temores hasta que no fueron más que sombras.

Llegó el amanecer, y mientras me vestía, la mañana se desplegó hasta convertirse en un día soleado y seco.

Aunque íbamos a la reunión tal como realmente éramos, nuestra vestimenta habitual siguió siendo la misma: Rhys con la chaqueta negra y sus pantalones preferidos, Azriel y Cassian con su armadura ilyria, los siete Sifones pulidos y brillantes. Mor había renunciado a su habitual vestido rojo y llevaba uno azul medianoche. Estaba cortado con el mismo estilo revelador y falda de gasa, etérea, pero había algo… contenido en ella. Regio. Una princesa del reino.

La vestimenta habitual, salvo la mía.

No había encontrado un vestido nuevo. Porque no había otro que pudiera superar al que ahora llevaba puesto, ya en el vestíbulo, mientras el reloj en la chimenea de la sala señalaba las once.

Rhys no había bajado todavía, y ni Amren ni Nesta estaban allí para despedirnos. Nos habíamos reunido unos minutos antes, pero… Yo me miré de nuevo. Incluso en la cálida luz inmortal del vestíbulo, el vestido brillaba y deslumbraba como una piedra preciosa recién cortada.

Lo habíamos cogido de la Caída de las Estrellas y lo reformamos, agregando sectores de seda pura detrás de los hombros, la tela brillante como luz de las estrellas tejida que fluía detrás de mí en lugar de un velo o una capa. Si Rhysand era Noche Triunfante, yo era la estrella que brillaba solamente gracias a su oscuridad, mi luz visible gracias a él.

Miré con ceño fruncido la escalera. Esperando a ver si él se molestaba en aparecer a tiempo.

Mi cabello… Nuala lo había recogido en un elegante y ornado arco sobre mi cabeza, y delante…

Vi a Cassian mirándome por tercera vez en menos de un minuto y le pregunté:

—¿Qué?

Le temblaron las comisuras de los labios.

—Estás tan…

—Allá vamos —murmuró Mor, apretando las uñas pintadas de rojo sobre la barandilla de la escalera. Los anillos brillaban en cada nudillo, en cada dedo; montones de pulseras tintineaban chocando entre sí en ambas muñecas.

—Oficial —acabó la frase Cassian, con una mirada incrédula en dirección a Mor. Me tendió una mano con un Sifón arriba—. Elegante.

—Más de quinientos años —dijo Mor sacudiendo la cabeza con tristeza—, un hábil guerrero y general, famoso en todos los territorios, y piropear a las

damas sigue siendo algo que encuentra casi imposible de resistir. Recuérdame por qué te llevamos a las reuniones diplomáticas.

Azriel, envuelto en sombras junto a la puerta principal, se rio en silencio. Cassian le lanzó una mirada.

—No te veo a ti enviando poesía, hermano.

Azriel cruzó los brazos, sonriendo apenas.

—No necesito recurrir a eso.

Mor soltó un graznido de risa, y yo bufé, ganándome un codazo de Cassian en las costillas. Le aparté la mano, pero me abstuve de darle el empujón que quería propinarle, solo porque era la primera vez que lo veía desde Adriata y las sombras aún le oscurecían los ojos…, y debido a la precaria situación de esa cosa encima de mi cabeza.

La corona.

Rhys me había coronado en cada reunión que habíamos tenido, mucho antes de que yo fuera su compañera, mucho antes de que yo fuera su alta lady. Incluso en Bajo la Montaña.

Yo nunca había cuestionado las tiaras, diademas y coronas que Nuala o Cerridwen entretejían en mi pelo. Nunca me opuse a ellas, incluso antes de que las cosas entre nosotros fueran como en la actualidad. Pero esta… Miré escaleras arriba mientras los pasos de Rhys se movían sin prisa y resonaban sobre la alfombra.

Esta corona era más pesada. No desagradable, pero… extraña. Y cuando Rhys apareció en lo alto de la escalera, resplandeciente en esa chaqueta negra, las alas desplegadas y brillantes como si las hubiera pulido, me pareció estar de nuevo en esa habitación a la que me había llevado la noche anterior, después de que lo hubiera despertado con mis golpes y vueltas en la cama.

Se encontraba un nivel por encima de la biblioteca en la Casa del Viento, y estaba protegida con tantos hechizos que tardó unos momentos en atravesarlos. Solo él y yo… y cualquier futuro hijo, agregó con una suave sonrisa… podíamos entrar. A menos que trajéramos huéspedes.

La cámara era de una oscuridad fría, helada…, como si hubiéramos entrado en la mente de alguna bestia dormida. Y dentro de su espacio redondo brillaban parpadeantes islas de luz. De piedras preciosas.

Diez mil años de tesoros valiosos.

Estaban bien organizados, en podios, en cajones abiertos, en bustos y en bastidores.

—Las joyas de la familia —dijo Rhys con una sonrisa tortuosa—. Algunas de las piezas que no nos gustan se guardan en la Corte de las Pesadillas, solo para que no se sientan menospreciados y porque a veces se las prestamos a la familia de Mor, pero estas… estas son para la familia.

Me hizo recorrer las piezas exhibidas que brillaban como pequeñas constelaciones, indicándome el valor de cada una… Incluso como hija de un comerciante, era incapaz de calcular el valor de ninguna de ellas.

Y hacia el fondo de la cámara, envueltos en una oscuridad más densa…

Había oído hablar de catacumbas en el continente, donde los cráneos de las personas amadas eran guardados en pequeños nichos…, docenas o cientos de ellas en cada pared.

La idea en ese lugar era la misma: tallada en la roca había una pared entera de coronas. Cada una tenía su propio lugar forrado con terciopelo negro, e iluminada por…

—Gusanos brillantes —me explicó Rhys, mientras los diminutos globos azulados incrustados en los arcos de cada nicho parecían brillar como el cielo nocturno. De hecho…, lo que yo había tomado por pequeñas luces inmortales en el alto techo… eran gusanos brillantes. Azul pálido y turquesa, su luz tan sedosa como la luz de la luna, iluminando las joyas con su fuego antiguo y silencioso.

—Escoge uno —me susurró Rhys al oído.

—¿Un gusano brillante?

Me mordisqueó el lóbulo de la oreja.

—No te hagas la tonta.

Me condujo de nuevo hacia la pared de coronas, cada una completamente diferente…

—Escoge la que te guste.

—No puedo coger una por las buenas.

—Por supuesto que sí. Todas te pertenecen.

Levanté una ceja.

—No es así. En realidad…, no.

—Por ley y tradición, esto es todo tuyo. Véndelas, fúndelas, úsalas…, haz lo que quieras.

—¿A ti no te importa? —Hice un gesto señalando ese tesoro que valía más que muchos reinos.

—Oh, sí. Tengo algunas joyas favoritas que podría convencerte para que salvaras, pero… esto es tuyo. Hasta la última pieza.

Nuestras miradas se encontraron, y yo sabía que él también recordaba las palabras que yo le había susurrado meses atrás. Que cada pedazo de mi corazón todavía curándose le pertenecía a él. Sonreí y le acaricié el brazo con una mano antes de acercarme a la pared de coronas.

Una vez, en la corte de Tamlin, me había horrorizado cuando me entregó una corona. Tuve miedo. Y supuse que en realidad nunca me había preocupado por ello cuando lo hacía Rhys. Como si una pequeña parte de mí siempre hubiera sabido que allí era donde yo estaba destinado a estar: a su lado, como su igual. Su reina.

Rhys inclinó la cabeza como diciendo que sí…; él siempre lo había visto y comprendido, lo había sabido.

En ese momento, bajando por la escalera de la casa de la ciudad, la atención de Rhys fue directamente a esa corona en mi cabeza. Y la emoción que le atravesó el rostro fue suficiente para hacer que Mor y Cassian apartaran la vista.

Yo había dejado que la corona me llamara. No la escogí por el estilo o la comodidad, sino por la atracción que sentí hacia ella, como si fuera aquel anillo en la cabaña de la Tejedora.

Mi corona estaba hecha de plata y diamantes, fundida en forma de remolinos de estrellas y varias fases de la luna. Su ápice arqueado tenía en lo alto una luna creciente tallada de un solo diamante, flanqueada por dos estrellas en explosión. Y con el vestido brillante de Caída de las Estrellas…

Rhys abandonó la escalera y me cogió la mano.

Noche Triunfante… y Estrellas Eternas.

Si él era la dulce y aterradora oscuridad, yo era la luz brillante que solo sus sombras podían dejar ver.

—Pensé que ya os habíais marchado —dijo la voz de Nesta desde lo alto de la escalera.

Me volví y aparté mi atención de Rhys.

Nesta llevaba un vestido de color azul muy oscuro, sin ninguna joya, el cabello recogido y también sin adornos. Supuse que con su impresionante belleza no necesitaba ornamentación. Habría sido como ponerle joyas a un león. Pero para que ella fuera vestida así…

Bajó la escalera, y cuando los demás se callaron, me di cuenta…

Traté de no parecer demasiado obvia cuando miré a Cassian.

No se habían visto desde Adriata.

Pero el guerrero solo le dirigió una rápida mirada y se volvió hacia Azriel

para decirle algo. Mor los observaba a los dos con cuidado… La advertencia que le había hecho a mi hermana resonaba silenciosamente entre ellas. Y Nesta, Madre sagrada, maldita sea, parecía recordar. Pareció reprimir algunas palabras que había estado a punto de escupir y se acercó a mí.

Y casi hizo que mi corazón se detuviera ante la sorpresa cuando dijo:

—Estás bellísima.

Respondí parpadeando.

—Eso, Cassian, era lo que intentabas decir —lo provocó Mor.

Él murmuró algo que decidimos no oír. Y yo le dije a Nesta:

—Gracias. Tú también estás muy guapa.

Ella simplemente se encogió de hombros.

Insistí.

—¿Por qué vas tan elegante? ¿No deberías estar practicando con Amren?

Sentí que la atención de Cassian se deslizaba hacia nosotras. Y que todos nos miraban cuando Nesta dijo:

—Voy con vosotros.

Capítulo 42

Nadie dijo nada.

Nesta solo levantó la barbilla. —Yo…— Nunca la había visto encallarse con las palabras—. No quiero que me recuerden como una cobarde.

—Nadie va a decir eso —apunté en voz baja.

—Yo sí. —Nesta nos examinó a todos, su mirada saltó por encima de Cassian. No para menospreciarlo, sino… para evitar responder a la mirada que él le estaba dirigiendo. Aprobación…, quizá—. Siempre había sido algo distante para mí —dijo—. Guerra. Batalla. Eso… eso ya ha dejado de ser así. Ayudaré, si puedo. Si eso significa… contarles a ellos lo que pasó.

—Has dado suficiente —le dije, y mi vestido crujió cuando me atreví a dar un solitario paso hacia ella—. Amren aseguró que estabas cerca de dominar cualquiera que sea esa habilidad que necesitas. Deberías quedarte…, concentrarte en eso.

—No. —La negativa fue firme, clara—. Un día o dos de retraso con mi entrenamiento no supondrá ninguna diferencia. Quizá cuando regresemos, Amren ya habrá decodificado ese hechizo en el Libro. —Encogió los hombros —. Fuisteis a la batalla por una corte que apenas conocéis, que apenas os ve como amigos. Amren me mostró el rubí de sangre. Y cuando te pregunté por qué…, dijiste que eso era lo correcto. Aquella gente necesitaba ayuda. —Tragó con fuerza—. Nadie va a ir a luchar para salvar a los humanos al otro lado del muro. A nadie les importan. Pero yo sí iré. —Jugueteó con un pliegue de su vestido—. A mí me importan.

Rhys se acercó a mi lado.

—Como alta lady, Feyre ya no es mi emisario para el mundo humano. —Sonrió a Nesta—. ¿Quieres tú esa tarea?

La cara de Nesta no expresó nada, pero yo habría jurado que veía saltar alguna chispa.

—Considera esta reunión como una prueba. Y te haré pagar muy caros mis servicios.

Rhys insinuó una reverencia.

—No esperaría menos de una hermana Archeron. —Le di un puñetazo en las costillas, y él se echó a reír—. Bienvenida a la corte —le dijo—. Estás a punto de comenzar un infierno como tu primer día.

Y para mi eterna conmoción, una sonrisa apareció en la boca de Nesta.

—No hay vuelta atrás ahora —le dijo Cassian a Rhys, señalando sus alas.

Este se metió las manos en los bolsillos.

—Creo que ya es tiempo de que el mundo sepa quién tiene realmente la envergadura más grande.

Cassian se rio, e incluso Azriel sonrió. Mor me dirigió una mirada que hizo que me mordiera el labio para no aullar.

—Veinte marcos de oro a que hay una pelea en la primera hora —apostó Cassian, sin haber mirado todavía realmente a Nesta.

—Treinta, y digo en cuarenta y cinco minutos —lo desafió Mor, cruzándose de brazos.

—Recuerda que hay juramentos y guardas de neutralidad —dijo Rhys con suavidad.

—Vosotros no necesitáis puños ni magia para luchar —musitó Mor.

Azriel intervino desde la puerta:

—Cincuenta, y digo en treinta minutos. Comenzada por Otoño.

Rhys puso los ojos en blanco.

—Tratad de no parecer que estáis apostando por ellos. Y nada de hacer trampas para provocar peleas. —Sus sonrisas como respuesta no eran para nada tranquilizadoras. Rhys suspiró—: Cien marcos por una pelea en quince minutos.

Nesta soltó un suave resoplido. Pero todos me miraban a mí, esperando.

Me encogí de hombros.

—Rhys y yo somos un equipo. Puede apostar nuestro dinero en esta tontería.

Todos parecían profundamente ofendidos.

Rhys enlazó mi brazo con el suyo.

—Una reina en apariencia…

—No te atrevas a terminar eso —lo amenacé.

Él se rio.

—¿Vamos?

Me transportó; Mor entonces llevaría a Cassian y a Nesta, y Azriel se transportaría él solo. Rhys miró hacia el reloj de la sala de estar y le hizo un gesto con la cabeza al cantor de sombras.

Azriel desapareció instantáneamente. El primero en llegar…, para ver si había alguna trampa esperando.

En silencio, esperamos. Un minuto. Dos.

Entonces Rhys soltó un suspiro y dijo:

—Todo limpio. —Enredó sus dedos con los míos y apretó con fuerza.

Mor se aflojó un poco y sus joyas brillaron con el movimiento, y fue a coger el brazo de Cassian.

Este por fin se había acercado a Nesta. Y mientras el mundo empezaba a convertirse en sombras y viento, vi a Cassian inclinarse sobre mi hermana, vi la barbilla de ella que se elevaba desafiante, y lo oí gruñir:

—Hola, Nesta.

Rhys pareció detener su transportación cuando mi hermana dijo:

—Así que estás vivo.

Cassian mostró los dientes con una sonrisa feroz, las alas moviéndose ligeramente.

—¿Acaso esperabas que no fuera así?

Mor estaba observando…, observando muy de cerca con todos sus músculos tensos. Ella volvió a tratar de cogerle el brazo, pero Cassian se inclinó quedando fuera de su alcance, sin apartar los ojos de la mirada ardiente de mi hermana.

Ella disparó:

—No has venido a… —Se detuvo.

El mundo pareció quedarse totalmente inmóvil ante aquella frase interrumpida, y nadie tanto como Cassian. Escudriñó el rostro de Nesta como si estuviera leyendo con furia algún informe de batalla.

Mor observó como él tomaba la delgada mano de Nesta en la suya y entrelazaban sus dedos. Mientras, recogió las alas y sin mirar extendió su otra mano hacia atrás, hacia Mor, en una orden silenciosa para que los transportara.

Cassian no apartó los ojos de Nesta, ni ella los suyos de los de él. No había calor, ni ternura en sus caras. Solo esa furiosa intensidad, esa mezcla de desprecio, entendimiento y fuego.

Rhys empezó a transportarnos de nuevo, y justo cuando el oscuro viento sopló, oí a Cassian decirle a Nesta con voz baja y áspera:

—La próxima vez, emisario, vendré a saludar.

Yo había aprendido bastante de Rhys acerca de qué esperar de la Corte Amanecer, pero ni siquiera las vistas que él había pintado para mí le hacían justicia al lugar.

Fueron las nubes lo primero que vi.

Enormes nubes flotando en el cielo de color cobalto, suaves y magnánimas, todavía teñidas por los restos rosa de la salida del sol, sus bordes redondos dorados por la luz. La frescura del rocío de la mañana permanecía en el aire templado mientras mirábamos hacia arriba, al palacio en la montaña que se elevaba hacia lo alto del cielo.

Si el palacio sobre la Corte de las Pesadillas había sido tallado en piedra de luna, este estaba hecho de… piedra de sol. Yo no tenía una palabra para la casi opalescente piedra dorada que parecía contener el resplandor de mil amaneceres dentro de ella.

Escaleras, balcones, arcadas, galerías y puentes unían las torres y las cúpulas doradas del palacio; las glorias matutinas de la flor del príncipe trepaban por las columnas y recortaban los bloques de piedra para beber en las doradas nieblas que pasaban flotando por el aire.

Flotando por el aire porque la montaña sobre la que estaba el palacio… Esa era la razón por la que vi las nubes primero.

La galería en la que habíamos aparecido estaba vacía, salvo por Azriel y un delgado asistente con la librea de oro y rubí de Amanecer. Ligeras y sueltas túnicas…, una sobre otra y, sin embargo, muy favorecedoras.

El macho se inclinó, su piel morena suave por su juventud y belleza.

—Por aquí, alto lord.

Incluso su voz era tan hermosa como el primer resplandor de oro en el horizonte. Rhys correspondió a su reverencia con un leve movimiento de cabeza y me ofreció el brazo.

Mor murmuró detrás de nosotros, poniéndose a la par de Nesta.

—Si alguna vez te sientes con ganas de construir una casa nueva, Rhys, usemos esta como inspiración.

Rhys le lanzó una mirada de incredulidad por encima del hombro. Cassian y Azriel resoplaron discretamente.

Eché un vistazo a Nesta mientras el asistente no nos conducía al arco más allá de la galería, sino a la escalera en espiral que subía por la cara desnuda de una torre.

Nesta parecía estar tan fuera de lugar como todos nosotros… salvo Mor…, pero…

Era asombro lo que había en la cara de mi hermana.

Asombro absoluto ante el castillo en las nubes, ante el campo verde que se extendía muy lejos por debajo, moteado con pequeños pueblos techados de rojo y anchos y brillantes ríos. Un campo exuberante, eterno, rico con el peso del verano encima.

Y me pregunté si mi rostro se habría visto como el de ella ahora el día en que vi Velaris por primera vez. La mezcla de admiración y sorpresa y la comprensión de que el mundo era grande y hermoso, y a veces tan sobrecogedor en su maravilla que era imposible asimilarlo todo a la vez.

Había otros palacios dentro del territorio de Amanecer…, levantados en ciudades que se especializaban en artesanías, relojes y otras cosas ingeniosas. Allí…, más allá de esos pequeños pueblos enclavados en las colinas, no había industria. Nada más allá del palacio, del cielo y de las nubes.

Subimos la escalera en espiral. Muy cerca del borde, una caída a pico, y abajo, la roca de colores cálidos salpicada con racimos de rosas pálidas y esponjosas peonías de color magenta. Una muerte hermosa y colorida.

Cada paso me hacía encogerme mientras subíamos y subíamos por la torre, y Rhys me agarraba de la mano sin aflojar.

Había sacado las alas. No vaciló ni un solo paso.

Sus ojos se deslizaron hacia los míos, divertidos e interrogantes. Me habló por el lazo.

¿Y tú crees que necesito redecorar nuestro hogar?

Pasamos por cámaras al aire libre, llenas de almohadas de seda y mullidas alfombras; pasamos por ventanas cuyos paneles estaban dispuestos en coloridas mezclas; pasamos por pérgolas cubiertas de lavanda y fuentes que gorgoteaban agua clarísima bajo los rayos suaves del sol.

No es una competición, le respondí.

Su mano se cerró con fuerza sobre la mía.

Bueno, aunque Thesan tenga un palacio más bonito, yo soy el único bendecido con una alta lady a mi lado.

No pude evitar sonrojarme.

Especialmente cuando Rhys agregó:

Esta noche quiero que lleves esa corona a la cama. Solo la corona.

Sinvergüenza.

Siempre.

Sonreí, y él se inclinó suavemente para darme un beso fugaz en la mejilla.

Mor murmuró una súplica por la misericordia de los apareados.

Voces amortiguadas nos llegaban desde la cámara al aire libre sobre la torre de piedra de sol…, algunas profundas, otras agudas, varias cantarinas…, antes de que termináramos la última vuelta a su alrededor. Las ventanas arqueadas, sin vidrios, no ofrecían barreras a la conversación dentro de ella.

Tres de ellos ya están aquí, me advirtió Rhys, y tuve la sensación de que eso era lo que Azriel les estaba murmurando en ese momento a Mor y a Cassian. Helion, Kallias y Thesan.

Los altos lores de Día, Invierno y, nuestro anfitrión, Amanecer.

Lo que significaba que Otoño y Verano…, Beron y Tarquin…, no habían llegado aún. Ni tampoco Primavera.

Yo todavía dudaba de que llegara Tamlin, pero Beron y Tarquin…

Tal vez la batalla había hecho cambiar de idea a Tarquin. Y Beron era tan horrible que quizá ya había tomado partido por Hybern, con independencia de la manipulación de Eris.

Vi el movimiento de la garganta de Rhys mientras cubríamos los últimos escalones hacia la puerta abierta. Un puente largo conectaba la otra mitad de la torre con el interior del palacio, sus barandillas llenas de pálidas glicinas. Me preguntaba si los otros habían sido llevados allí por esta misma escalera, o si de alguna manera eso trataba de ser un insulto.

¿Los escudos listos?, me preguntó Rhys, pero sabía que él era consciente de que los míos habían estado levantados desde Velaris.

Así como yo era consciente de que él había puesto un escudo mental y físico alrededor de todos nosotros, hubiera términos de paz o no.

Y aunque su rostro estaba tranquilo, y los hombros echados hacia atrás, dije:

Te estoy viendo por entero, Rhys. Y no hay una parte de ti que no ame con todo lo que yo soy.

Su mano apretó la mía en respuesta antes de que pusiera los dedos en su brazo, levantándolo lo suficiente como si fuéramos a posar para la pintura de un retrato de corte cuando entramos en la cámara.

No te inclines ante nadie, fue todo lo que él respondió.

Capítulo 43

La cámara era y no era lo que yo esperaba. Sillones de roble de grueso tapizado habían sido ubicados en un gran círculo en el centro de la habitación… asientos suficientes para todos los lores y sus delegados. Algunos, me di cuenta, estaban diseñados para acomodar las alas.

No parecía ser algo inusual. Así pues, todos los reunidos alrededor de un hermoso y delgado macho que recordé inmediatamente de Bajo la Montaña eran fae alados. Los ilyrios tenían alas parecidas a las de los murciélagos, las suyas… eran como las de los pájaros.

Los peregryns son parientes lejanos del pueblo seraphim de Drakon y proveen a Thesan de una pequeña legión aérea —me explicó Rhys acerca de los musculosos machos y hembras con armaduras doradas allí reunidos—. *El macho a su izquierda es su capitán y su amante*. —Efectivamente, el guapo varón estaba un poco más cerca de su alto lord, con una mano en la espléndida espada que llevaba al costado—. *Sin lazo de apareamiento, todavía* —continuó Rhys—, *y creo que Thesan no se atrevió a reconocerlo mientras reinaba Amarantha. Ella se entretenía arrancándoles las plumas una a una. Una vez se hizo un vestido con ellas*.

Traté de no hacer una mueca cuando pusimos un pie en el suelo de mármol pulido, la piedra calentada por el sol que fluía a través de los arcos abiertos. Los otros se habían vuelto hacia nosotros. Aumentaron los murmullos al ver las alas de Rhys, pero mi atención se dirigió a la verdadera joya de la cámara: el espejo de agua.

En lugar de una mesa que ocupara el espacio dentro de aquel círculo de asientos, había un espejo de agua, circular y poco profundo, tallado en el mismo

suelo. Sus aguas oscuras estaban llenas de nenúfares de color rosa y dorado, de hojas anchas y chatas como la mano de un varón, y debajo de ellas, peces de color calabaza y marfil que nadaban perezosamente de un lado a otro.

Quizá necesitaría tener algo así, le admití a Rhys.

Un pulso irónico de humor por el lazo.

Tomaré nota de ello para tu cumpleaños.

Más glicinas se enroscaban en las columnas que rodeaban aquel espacio, y a lo largo de las mesas apoyadas contra las pocas paredes, racimos de peonías de color vino desplegaban sus filas de sedosos pétalos. Entre las macetas se habían dispuesto fuentes y cestas con comida: pasteles pequeños, carnes curadas y guirnaldas de fruta eran la atracción principal delante de sudorosas jarras de peltre con alguna bebida.

Y luego, allí estaban los tres altos lores.

No éramos los únicos que nos habíamos vestido bien.

Rhys y yo nos detuvimos a mitad de camino en ese espacio.

Yo los conocía a todos…, los recordaba desde aquellos meses en Bajo la Montaña. Rhys me había contado sus historias cuando nos entrenábamos. Me pregunté si ellos percibían su poder dentro de mí mientras su atención se movía entre nosotros.

Thesan se deslizó hacia delante, sus exquisitos zapatos bordados silenciosos contra el suelo. La túnica se le ajustaba a su delgado pecho, pero los amplios pantalones…, como los que le gustaban a Amren…, crujían con el movimiento al acercarse. Su piel y cabellos castaños estaban besados por el oro, como si la salida del sol los hubiera dorado para siempre, pero sus ojos castaños como campos recién labrados eran su característica más hermosa. Se detuvo a pocos metros de distancia, observándonos a Rhys y a mí, a nuestro séquito. A las alas que Rhys mantenía recogidas detrás de él.

—Bienvenido —lo saludó Thesan, con una voz tan profunda y rica como esos ojos. Su amante vigilaba atentamente hasta nuestro más mínimo suspiro desde su puesto, unos pocos metros detrás de él, sin duda dándose cuenta de que nuestros propios compañeros estaban haciendo lo mismo detrás de nosotros—. O —reflexionó Thesan—, ya que tú has convocado esta reunión, tal vez tú deberías dar la bienvenida, ¿no?

Una débil sonrisa iluminó el rostro perfecto de Rhys, con sombras enredándose en los mechones de su cabello. Había liberado el amortiguador de su poder solo un poco. Todos habían hecho lo mismo.

—Seguramente yo convoqué esta reunión, Thesan, pero fuiste tú quien tuvo la amabilidad de ofrecer tu bellísima residencia.

Thesan hizo un movimiento de cabeza de agradecimiento, tal vez considerando descortés preguntar acerca de las alas recién reveladas de Rhysand. Luego se volvió hacia mí.

Nos miramos uno al otro mientras mis compañeros se inclinaban a mi espalda. Como esposa de un alto lord debería haber hecho lo mismo.

Pero me limité a permanecer erguida. Y lo miré fijamente.

Rhys no interfirió… No en esta primera prueba.

Amanecer…, el don de la curación. Fue su don lo que me permitió salvarle la vida a Rhysand. Lo que me envió al suriel, y ese día conocí la verdad que iba a alterar mi eternidad.

Le dirigí a Thesan una sonrisa contenida.

—Tu residencia es encantadora.

Pero la atención de Thesan se había concentrado en el tatuaje. Supe que se daba cuenta en el momento en que notó que la tinta cubría la mano equivocada. Luego la corona sobre mi cabeza. Alzó las cejas.

Rhys se encogió de hombros.

En ese momento, los otros dos altos lores se habían acercado.

—Kallias —saludó Rhys al de pelo blanco, cuya piel era tan pálida que parecía congelada. Incluso sus abrumadores ojos azules parecían trocitos cortados de un glaciar mientras estudiaba las alas de Rhys, y pareció ignorarlas al instante. Llevaba una chaqueta azul real bordada con hilos de plata, el cuello y las mangas adornadas con piel de conejo blanco. Me pareció que su indumentaria era demasiado cálida para ese día templado, sobre todo las botas marrones hasta las rodillas forradas de piel, pero dada la frialdad absoluta de su expresión, tal vez su sangre corría helada. Tres altos fae de color similar al suyo permanecieron en sus asientos. Uno de ellos era una impresionante mujer joven que miró directamente a Mor… y sonrió.

Mor le devolvió la sonrisa, pasando su peso de un pie a otro mientras Kallias abría la boca…

Y entonces mi amiga chilló.

Chilló.

Ambas mujeres se precipitaron una contra la otra, y el chillido de Mor se convirtió en un silencioso sollozo mientras arrojaba los brazos alrededor de la esbelta extraña y la abrazaba con fuerza. Los brazos de la mujer temblaban

mientras se aferraba a Mor. Luego rieron, lloraron y bailaron juntas, deteniéndose para estudiarse los rostros, para enjugar las lágrimas y volver a abrazarse de nuevo.

—Estás igual —le decía la extraña con una sonrisa de oreja a oreja—. Creo que es el mismo vestido con el que te vi en…

—¡Tú estás igual! Usando pieles en pleno verano… Muy propio de ti…

—Has traído a los sospechosos de siempre, parece…

—Por suerte, la compañía ha mejorado con algunos recién llegados… —Mor me señaló. Hacía siglos que no la veía con ese brillo deslumbrante—. Viviane, te presento a Feyre. Feyre, te presento a Viviane…, la esposa de Kallias.

Miré a Thesan y a Kallias, el último de los cuales se fijó en su esposa y en Mor con las cejas levantadas.

—Intenté sugerirle que se quedara en casa —dijo Kallias secamente—, pero amenazó con congelarme las pelotas.

Rhys soltó una risita oscura.

—Me resulta conocida la amenaza. —Le lancé una mirada por encima de un hombro chispeante…, justo a tiempo para ver que la sonrisa se desvanecía en la cara de Kallias cuando realmente vio a Rhys. No solo las alas, esta vez. La diversión de mi compañero se atenuó, y un hilo de tensión se tendió entre ambos…

Yo me había acercado hasta Mor y Viviane, y borré la curiosidad de mi cara mientras estrechaba la mano de la hembra, sorprendida por encontrarla caliente.

Su pelo plateado brilló en el sol como nieve fresca.

—Esposa —dijo Viviane, chasqueando la lengua—. ¿Sabes?, todavía me suena extraño. Cada vez que alguien lo dice, sigo mirando hacia atrás como si se tratara de otra persona.

—Todavía no he decidido si lo encuentro insultante. Ya que ella me lo dice todos los días —dijo Kallias sin dirigirse a ninguno de nosotros en particular, desde donde estaba con Rhys.

Viviane le sacó la lengua.

Y Mor la agarró del hombro y apretó.

—Ya era hora.

Un rubor tiñó el pálido rostro de Viviane.

—Sí, bueno…, todo fue diferente después de Bajo la Montaña. —Sus ojos de zafiro se deslizaron hacia los míos y ella inclinó la cabeza—. Gracias… por devolverme a mi compañero.

—¿Compañeros? —murmuró Mor, echando una ojeada entre ellas—. ¿Casados y compañeros?

—¿Vosotras dos os dais cuenta de que esta es una reunión seria? —dijo Rhys.

—¿Y que los peces de la piscina son muy sensibles a los sonidos agudos? —añadió Kallias.

Viviane les dirigió a ambos un gesto vulgar que me hizo quererla de inmediato.

Rhys miró a Kallias con lo que supuse que era una especie de expresión masculina de mostrar mucha paciencia. Pero el alto lord no se la devolvió.

Simplemente miró a Rhys, y la diversión volvió a desaparecer…, aquella frialdad se volvió a instalar en su rostro.

Había habido… tensión con la Corte Invierno. Mor lo había explicado cuando nos rescataron a Lucien y a mí en el hielo. Un enojo residual de algo que había ocurrido en Bajo la Montaña…

Mi padre alguna vez había comprado y comerciado con un colgante de oro y lapislázuli que provenía de las ruinas de un árido reino del sureste, donde los fae habían gobernado como dioses entre palmeras de dátiles y palacios barridos por la arena. Yo había quedado fascinada por los colores, por el arte con que estaba hecho, pero estaba más interesada en el cargamento de mirra e higos que venía con él… Mi padre me había dado algunos de estos últimos cuando estuve en su oficina. Todavía en ese momento podía sentir su dulzura en la lengua, podía sentir ese olor terroso y no podía explicar por qué, pero… recordé aquel collar antiguo y esas delicias exquisitas cuando se dirigía hacia nosotros.

Su ropa había sido cortada de un solo rollo de tela blanca… No era una bata, no era una túnica, sino algo intermedio, plisado y drapeado sobre su musculoso cuerpo. Un brazalete de oro en forma de una serpiente erguida rodeaba un poderoso bíceps, destacando su piel oscura casi brillante, y una corona radiante con rayos dorados…, los rayos del sol, me di cuenta…, que resplandecía en el pelo de ónix.

El sol personificado. Poderoso, perezoso con gracia, capaz de amabilidad y de ira. Casi tan hermoso como Rhysand. Y de alguna manera… más frío que Kallias. Su séquito de altos fae era casi tan numerosos como el nuestro, con ropajes semejantes de variados y ricos tintes…, cobalto, carmesí y amatista…, algunos con los ojos hábilmente delineados con kohl, todos en buen estado físico y deslumbrante salud.

Pero quizá el poder físico de ellos…, de él, era la destreza de las manos.

Pues el otro título de Helion era Destructor de Hechizos, y se rumoreaba que sus mil bibliotecas contenían el conocimiento del mundo. Tal vez todo ese conocimiento lo había hecho demasiado consciente, demasiado frío detrás de esos ojos brillantes.

O tal vez eso llegó después de que Amarantha saqueara algunas de las bibliotecas para sí misma. Me pregunté si habría recuperado lo que ella le arrebató…, o si lloró por lo que Amarantha había destruido.

Incluso Mor y Viviane permanecieron en silencio cuando Helion se detuvo a una prudente distancia.

Fue su poder el que sacó a mis amigos de Hybern. Fue su poder el que me hizo brillar cuando Rhys y yo nos enredamos uno en el otro y cada latido de nuestros corazones dolía de alegría.

Helion movió su barbilla cuadrada hacia Rhys, el único de ellos que no parecía sorprendido por las alas de mi compañero. Y sus ojos…, de un impresionante color ámbar…, cayeron sobre mí.

—¿Tamlin sabe lo que ella es?

Su voz era en efecto más fría que la de Kallias. Y la pregunta… había sido muy cuidadosamente expresada.

Rhys habló despacio:

—Si quieres decir hermosa e inteligente, entonces sí…, creo que lo sabe.

Helion lo miró fijamente.

—¿Sabe que ella es tu compañera… y alta lady?

—¡¿Alta lady?! —gritó Viviane, pero Mor la hizo callar, llevándola aparte para susurrarle algo.

Thesan y Kallias me observaron. Con detenimiento.

Cassian y Azriel se deslizaron aparentando indiferencia para estar más cerca de mí, apenas como una brisa nocturna.

—Si él viene —dijo Rhys con suavidad—, supongo que entonces lo sabremos.

Helion soltó una risa oscura. Peligrosa… Este alto lord besado por el sol era del todo letal.

—Siempre me has gustado, Rhysand.

Thesan dio un paso adelante, siempre el buen anfitrión. Pues era evidente que aquella risa prometía violencia. Su amante y los otros peregryns parecían

moverse en posiciones defensivas…, ya fuera para proteger a su alto lord o tan solo para recordarnos que éramos invitados en su casa.

Pero la atención de Helion se concentró en Nesta.

Y allí se quedó.

Ella le devolvió la mirada. Impertérrita, imperturbable.

—¿Quién es tu invitada? —preguntó el alto lord de Día, un poco displicente para mi gusto.

Cassian no reveló nada…, ni el menor atisbo de que él conociera a Nesta, pero no se movió ni un centímetro de su relajada posición defensiva. Tampoco lo hizo Azriel.

—Ella es mi hermana, y nuestro emisario en tierras humanas —le respondí por fin, y me encaminé hacia ella—. Y contará su historia cuando los otros estén aquí. Ella es fae.

—¿En serio…? —murmuró Viviane en voz baja, y el resoplido de Mor fue interrumpido cuando Kallias alzó las cejas hacia ellas. Helion las ignoró.

—¿Quién la hizo fae? —preguntó Thesan con educación, inclinando la cabeza.

Nesta examinó a Thesan. Luego a Helion. Después a Kallias.

—Hybern lo hizo —dijo ella simplemente. Ni un destello de miedo en sus ojos, en su barbilla desafiante.

Silencio de estupefacción.

Pero ya me había cansado de que mi hermana fuera objeto de miradas lascivas. Le di el brazo y nos dirigimos hacia los sillones de respaldo bajo que supuse que eran para nosotras.

—La arrojaron al Caldero —expliqué—. Junto con mi otra hermana, Elain. —Me senté, colocando a Nesta junto a mí, y miré a los tres altos lores reunidos sin el menor indicio de buenos modales, simpatía ni adulación—. Después de que la alta sacerdotisa Ianthe y Tamlin les vendieran a ellos Prythian y mi familia.

Nesta asintió con un movimiento de cabeza a modo de silenciosa confirmación.

Los ojos de Helion brillaron como una fragua.

—Es una acusación muy fuerte la que haces…, en especial a tu anterior amante.

—No es una acusación —dije, juntando las manos en mi regazo—. Estábamos todos allí. Y ahora vamos a hacer algo al respecto.

El orgullo recorrió el lazo.

Y entonces Viviane habló en un murmullo con Kallias, dándole un golpe en las costillas.

—¿Por qué no puedo yo ser alta lady también?

Los otros llegaron tarde.

Ocupamos nuestros asientos alrededor del espejo de agua y los asistentes de Thesan, impecablemente educados, nos trajeron platos de comida y copas con los exóticos jugos que había en las mesas contra la pared. La conversación se detenía y fluía de forma alternativa, Mor y Viviane sentadas una al lado de la otra para ponerse al día con lo que parecían cincuenta años de chismes.

Viviane no había estado en Bajo la Montaña. Como su amigo de la infancia, Kallias había sido más que protector con ella a través de los años… y había ubicado a la inteligente mujer muy lejos durante décadas para evitar las intrigas de su corte. Tampoco la dejó cerca de Amarantha. Ni que nadie tuviera la menor idea de lo que él sentía por su amiga de pelo blanco, quien ignoraba que él la había amado toda su vida. Y en esos últimos momentos, cuando su poder le fue arrancado por ese hechizo…, Kallias hizo todo lo posible para advertirla. Para decirle a Viviane que la amaba. Y entonces le suplicó que protegiera a su pueblo.

Y así lo había hecho ella.

Mientras Mor y mis amigos habían protegido a Velaris, Viviane había cuidado y velado por la pequeña ciudad bajo su control, ofreciendo un puerto seguro a aquellos que lograban llegar.

Sin nunca olvidar al alto lord y amigo atrapado en Bajo la Montaña, sin cesar su búsqueda para encontrar una forma de liberarlo. Especialmente mientras Amarantha desató sus horrores sobre su corte, para quebrarlos, para castigarlos. Sin embargo, Viviane los mantuvo unidos. Y a lo largo de ese reinado de terror…, durante todos esos años…, se dio cuenta de lo que Kallias significaba para ella, de lo que sentía por él.

El día en que el alto lord volvió al hogar, se transportó directamente hasta ella. Quien lo besó antes de que él pudiera decir una palabra. Entonces Kallias se arrodilló y le pidió que fuera su esposa.

Fueron una hora más tarde a un templo e hicieron sus votos. Y esa noche… —«durante tú-sabes-qué», Viviane le sonrió a Mor…— el lazo de apareamiento se afirmó en su sitio.

La historia ocupó nuestro tiempo mientras esperábamos, ya que Mor quería detalles. Muchos detalles. Algunos que incluso traspasaban los límites de lo apropiado y dejaron a Thesan ahogándose en su vino de saúco. Pero Kallias sonrió a su esposa y compañera, tan cálido y brillante como, a pesar de su helado aspecto, debería haber sido el alto lord de Día.

No el agresivo y brutal Helion, que nos miraba a mi hermana y a mí como un águila. Una gran águila dorada… con garras muy afiladas.

Me pregunté cuál sería su forma de bestia; si le crecerían alas como a Rhysand. Y garras.

Si Thesan también tendría alas blancas como el vigilante peregryn que guardaba silencio, su propio amante de ojos fijos, que no pronunciaba una palabra ni se dirigía a nadie. Tal vez los altos lores de las cortes solares poseían alas bajo su piel, un regalo del cielo del que sus cortes se proclamaban propietarios.

Pasó una hora antes de que Thesan anunciara:

—Tarquin está aquí.

Mi boca se secó. Se produjo un incómodo silencio.

—He oído hablar de los rubíes de sangre. —Helion sonrió burlón a Rhys, jugando con el brazalete de oro en su bíceps—. Esa es una historia que quiero que cuentes.

Rhys agitó una mano en gesto displicente.

—Todo a su debido tiempo.

Imbécil, me dijo con un guiño.

Y entonces Tarquin apareció en el escalón superior para entrar en la cámara, Varian y Cresseida a cada uno de sus lados.

Varian echó un vistazo hacia nosotros buscando a alguien que no estaba allí… y su mirada fue fulminante cuando vio a Cassian, sentado a la izquierda de Nesta. Este solo le dirigió una sonrisa arrogante.

«Destruí un edificio», le había dicho Cassian una vez refiriéndose a su última visita a la Corte Verano. Donde en ese momento tenía prohibida la entrada. Al parecer, incluso ayudándolos en la batalla no le habían levantado la prohibición.

Tarquin nos ignoró a Rhysand y a mí…, nos ignoró a todos, las alas de Rhys incluidas…, mientras ofrecía vagas disculpas por la tardanza, culpando de ello al

ataque. Con toda probabilidad era cierto. O quizá había estado decidiendo hasta el último minuto si acudir o no, a pesar de haber aceptado la invitación.

Él y Helion estaban casi igual de tensos, y solo Thesan parecía estar en relativamente buenos términos con él. Neutral, de hecho. Kallias se mostraba más frío…, distante.

Acabaron las presentaciones, y entonces un asistente le susurró a Thesan que Beron y todos sus hijos habían llegado. La sonrisa desapareció en un instante de la boca de Mor, de sus ojos.

También de los míos.

La violencia que bullía en mis amigos fue suficiente para hacer hervir la piscina a nuestros pies cuando el alto lord de Otoño atravesó el arco, sus hijos en orden de edad detrás de él, su esposa…, la madre de Lucien…, a su lado. Sus ojos rojizos escudriñaron la habitación, como si buscaran a ese hijo perdido. Se detuvieron en cambio en Helion, que le dirigió una burlona inclinación de su oscura cabeza. Ella rápidamente apartó la mirada.

Ella me había salvado la vida una vez…, en Bajo la Montaña. A cambio de haber salvado yo la vida a Lucien.

¿Se preguntaría dónde estaba su hijo perdido en ese momento? ¿Había oído los rumores elaborados por mí, las mentiras que había tejido? No podía decirle que Lucien en ese momento estaba buscando en el continente a una reina encantada, esquivando ejércitos. Para encontrar un resquicio de salvación.

Beron…, rostro delgado y pelo castaño…, no se molestó en buscar en ninguna parte salvo entre los altos lores reunidos. Y sus hijos presentes nos miraban burlones. Tan burlones que los peregryns erizaron sus plumas. Incluso Varian mostró los dientes en advertencia ante la mirada lujuriosa que uno de ellos le dirigió a Cresseida. Su padre no se molestó en contenerlos.

Pero Eris sí.

Un paso detrás de su padre, Eris murmuró:

—Basta. —Y sus jóvenes hermanos obedecieron. Los tres.

Si Beron se daba cuenta o le preocupaba, no lo demostraba. No, tan solo se detuvo a medio camino en la cámara, con las manos cruzadas delante de él y el ceño fruncido, como si fuéramos una jauría de perros vagabundos.

Beron era el más viejo de nosotros. El más horrible.

Rhys lo saludó con suavidad, aunque su poder era una montaña oscura que temblaba debajo de nosotros.

—No es ninguna sorpresa que llegues tarde, ya que tus propios hijos fueron

demasiado lentos para atrapar a mi pareja. Supongo que es algo de familia.

Los labios de Beron se curvaron ligeramente mientras me miraba a mí, a mi corona.

—Compañera y alta lady.

Le dirigí una mirada directa y aburrida. La desvié hacia sus odiosos hijos.

Hacia… Eris.

Este se limitó a sonreírme, divertido y distante. ¿Usaría esa máscara cuando terminara con la vida de su padre y le robara el trono?

Cassian estaba observando al posible alto lord como un halcón que estudia su próxima comida. Eris se dignó echarle una mirada al general ilyrio e inclinó la cabeza a modo de invitación, sutilmente acariciando su estómago. Preparado para el segundo envite.

Luego la atención de Eris se desplazó hacia Mor, recorriéndola con un desdén que me hizo enfurecer. Ella lo miró sin expresión alguna. Aburrida.

Hasta Viviane se mordía el labio. Así que ella sabía lo que le habían hecho a Mor…, lo que la presencia de Eris podía desencadenar.

Ignorante de la reunión que ya había tenido lugar, la alianza impía se afirmó. Azriel permanecía tan quieto que apenas parecía respirar.

Si Mor lo notó, si sabía que aunque había intentado pasar por alto el trato que habíamos hecho, la culpa de ello todavía perseguía a Azriel, no lo demostró.

Se sentaron…, ocupando los últimos asientos.

No había un solo sitio vacío.

Eso decía bastante sobre los planes de Tamlin.

Traté de no hundirme en mi sillón mientras los asistentes se ocupaban de la Corte Otoño, mientras todos nos acomodábamos.

Thesan, como anfitrión, comenzó:

—Rhysand, tú has convocado esta reunión. Insististe para que nos reuniéramos antes de lo previsto. Este sería el momento de explicar qué es tan urgente.

Rhys parpadeó despacio.

—Seguramente los ejércitos invasores que llegan a nuestras costas explican lo suficiente.

—Entonces ¿qué pretendes que hagamos, exactamente? —quiso saber Helion, apoyando los antebrazos en sus musculosos y brillantes muslos—. ¿Formar un ejército unificado?

—Entre otras cosas —dijo Rhys con serenidad—. Nosotros…

Fue casi igual…, aquella entrada.

Casi igual que aquella noche en la vieja casa de mi familia, cuando la puerta fue destrozada y una bestia entró con furia y con el frío helado para rugir contra nosotros.

No se molestó en usar el balcón del descenso de transportación, ni por los escoltas. No llevaba séquito alguno.

Como un rayo, dañino como una tormenta de primavera, se transportó a la cámara misma.

Y mi sangre se quedó más fría que el hielo de Kallias cuando Tamlin apareció y sonrió como un lobo.

Capítulo 44

Absoluto silencio. Absoluta quietud.

Sentí el temblor de la magia que se deslizaba por la habitación a medida que escudo tras escudo se ubicaban en su lugar alrededor de cada alto lord y su séquito. El que Rhysand ya había colocado alrededor de nosotros fue reforzado en ese momento… La rabia afirmaba su esencia. Ira y rabia. Aun cuando el rostro de mi compañero era de aburrimiento e indiferencia.

Traté de hacer que el mío adoptara la fría cautela con la que Nesta lo miraba a él, o el vago desagrado del rostro de Mor. Lo intenté… y fracasé completamente.

Conocía los estados de ánimo de él, sus enfados.

Ahí estaba el alto lord que hizo mil pedazos a aquellos naga; ahí estaba el alto lord que ensartó a Amarantha en la espada de Lucien y le arrancó la garganta con los dientes.

Todo ello brillando en esos ojos verdes que se fijaron en mí, en Rhys. Los dientes de Tamlin eran blancos como huesos pelados por los cuervos y mostraba una amplia sonrisa.

Thesan se levantó y su capitán permaneció sentado a su lado, aunque con una mano en la espada.

—No te esperábamos, Tamlin. —Thesan hizo un movimiento con su delgada mano hacia sus serviciales asistentes—. Un asiento para el alto lord.

Tamlin no apartó la mirada de mí. De nosotros.

Su sonrisa se atenuó, pero de alguna manera resultaba más desconcertante. Más brutal.

Vestía su habitual túnica verde…, sin corona, sin adornos. Ninguna señal de otra bandolera para reemplazar la que yo le había robado.

—Debo admitir, Tamlin, que estoy sorprendido de verte aquí —dijo Beron. Tamlin no alteró su atención fija en mí. En cada uno de mis más mínimos movimientos—. El rumor afirma que tu lealtad ahora está en otra parte.

La mirada de Tamlin se movió…, pero hacia abajo. Hacia el anillo en mi dedo. Hacia el tatuaje que adornaba mi mano derecha, relajada bajo el brillante azul pálido de la manga de mi vestido. Luego se elevó… directamente hacia la corona que yo había elegido para la ocasión.

Yo no sabía qué decir. Qué hacer con mi cuerpo, con mi respiración…

No más máscaras, no más mentiras y engaños. En ese momento la verdad se mostraba desnuda y abierta ante él. Lo que yo había hecho dominada por mi rabia, las mentiras contadas. Las gentes y las tierras a las que dejé vulnerables ante Hybern. Y una vez que volví a mi familia, a mi compañero…

Mi ira se había enfriado para convertirse en algo afilado y frágil.

Los asistentes trajeron un sillón y lo colocaron entre uno de los hijos de Beron y el séquito de Helion. Ninguno se mostró complacido por ello, aunque no fueron tan estúpidos como para retroceder físicamente cuando Tamlin se sentó.

Él no dijo nada. Ni una palabra.

Helion agitó la mano con una cicatriz.

—Continuemos, entonces.

Thesan se aclaró la garganta. Nadie lo miró.

Nadie mientras Tamlin taladraba con la mirada la mano que Rhys había apoyado en mi centelleante rodilla.

El odio en los ojos de Tamlin prácticamente bullía.

Nadie, ni siquiera Amarantha, me había mirado con tanto odio.

No, Amarantha no me conocía de verdad, su odio había sido superficial, impulsado por una historia personal que lo envenenaba todo. Tamlin…, Tamlin me conocía. Y en ese momento odiaba cada milímetro de mí.

Abrió la boca y me preparé.

—Parece que ha llegado el momento de las felicitaciones.

Sus palabras carecían de brillo…, pero eran agudas como sus garras, en ese momento escondidas bajo la dorada piel de las manos.

No dije nada.

Rhys sostuvo la mirada de Tamlin. Lo hacía con una cara como de hielo, y sin embargo, la furia se agitaba debajo de ella. Una rabia catastrófica, que subía

y se retorcía en el lazo entre nosotros.

Y mi compañero se dirigió a Thesan, que había vuelto a sentarse pero parecía lejos de sentirse cómodo.

—Podemos ocuparnos de este asunto más tarde.

—No te detengas por mí —dijo Tamlin con calma.

La luz de los ojos de Rhysand se apagó, como si una mano de oscuridad hubiera apartado esas estrellas. Pero se reclinó en su sillón, retirando la mano de mi rodilla para trazar círculos ociosos en el brazo de madera de su asiento.

—No me interesa hablar de nuestros planes con los enemigos.

Helion, al otro lado del espejo de agua, sonrió como un león.

—No —replicó Tamlin con la misma tranquilidad—, solo te interesa destruirlos.

Cada pensamiento y sonido se arremolinaban en mi cabeza.

Cassian, Azriel y Mor seguían inmóviles, como muertos…, su furia borboteando en ellos en silenciosas oleadas. Y si Tamlin notó o se preocupó por que tres de las personas más mortíferas en esa sala estaban contemplando su destrucción, no lo demostró.

Rhys se encogió de hombros, apenas sonriendo.

—Parece una alternativa mucho menos destructiva que la guerra.

—Y sin embargo, aquí estás, habiéndola iniciado en primer lugar.

El parpadeo de Rhysand fue el único signo de su confusión.

Una garra salió de los nudillos de Tamlin.

Kallias se tensó, con una mano en el brazo del sillón de Viviane…, como si se fuera a arrojar delante de ella. Pero Tamlin solo arrastró ligeramente esa garra por el brazo tallado de su propio asiento…, como la había arrastrado alguna vez sobre mi piel. Sonrió como si supiera con exactitud qué recuerdos había puesto en marcha, pero le habló a mi compañero.

—Si no me hubieras robado a mi novia en mitad de la noche, Rhysand, no me habría visto obligado a tomar tan drásticas medidas para recuperarla.

—El sol brillaba alto cuando te abandoné —repliqué en voz baja.

Aquellos ojos verdes se deslizaron hacia mí, vidriosos y extraños. Dejó escapar un sonoro bufido y luego apartó la mirada otra vez.

Rechazo absoluto.

—¿Por qué estás aquí, Tamlin? —le preguntó Kallias.

La garra de Tamlin se clavó en la madera, perforándola profundamente, aunque su voz se mantuvo suave. Yo no tuve ninguna duda de que el gesto era

para mí, también.

—Permití el acceso a mis tierras para recuperar a la mujer que amo de las manos de un sádico que juega con las mentes como si fueran juguetes. Mi intención era pelear con Hybern…, encontrar una manera de cancelar el trato que hice con el rey una vez que ella estuviera de vuelta. Solo que Rhysand y su camarilla la habían convertido en una de ellos. Y ella estuvo encantada de abrir mi territorio para que Hybern lo invadiera. Todo por un minúsculo rencor, fuera suyo o de sus… amos.

—No tienes que reescribir la narración —lo interrumpí—. No tienes que tejerla en beneficio tuyo.

Tamlin solo inclinó la cabeza hacia Rhys.

—Cuando le haces el amor, ¿alguna vez has notado ese ruidito que hace justo antes de llegar al clímax?

El calor manchó mis mejillas. Eso no era directamente una batalla, sino un firme y cuidadoso atropello a mi dignidad, a mi credibilidad. Beron sonrió, encantado…, mientras Eris vigilaba con cuidado.

Rhys giró la cabeza, mirándome de la cabeza a los pies. Luego se volvió hacia Tamlin. Una tormenta a punto de desatarse.

Pero fue Azriel quien habló, su voz fría como la muerte.

—Ten cuidado en cómo hablas de mi alta lady.

La sorpresa brilló en los ojos de Tamlin…, luego desapareció. Tragada por la pura furia cuando se dio cuenta de para qué servía ese tatuaje que cubría mi mano.

—No fue suficiente con sentarte a mi lado, ¿verdad? —Una sonrisa de odio curvó sus labios—. Una vez me preguntaste si tú serías mi alta lady, y cuando te dije que no… —Profirió una risa sorda—. Tal vez te haya subestimado. ¿Para qué servir en mi corte cuando podías gobernar en la de él?

Tamlin finalmente se dirigió a los otros altos lores allí reunidos y a sus comitivas.

—Ellos venden historias de defensa de nuestras tierras y de la paz. Y sin embargo ella vino a mis tierras y las dejó al descubierto para Hybern. Tomó a mi alta sacerdotisa y deformó su mente…, después de romperle los huesos por rencor. Y si os estáis preguntando qué pasó con esa chica humana que fue a Bajo la Montaña para salvarnos… Mirad al macho sentado a su lado. Preguntadle qué es lo que tiene para ganar…, qué es lo que ellos van a ganar con esta guerra, o con la ausencia de ella. ¿Vamos a pelear contra Hybern solo para encontrarnos

con una reina y un rey de Prythian? Ella ha demostrado su ambición…, y ya habéis visto que él estaba más que feliz de servir a Amarantha para permanecer ileso.

Tuve que hacer un esfuerzo para no gruñir, para no agarrarme a los brazos de mi sillón y rugir contra él.

Rhys soltó una risa oscura.

—Bien jugado, Tamlin. Estás aprendiendo.

La ira deformó su rostro ante tal condescendencia. Y entonces se enfrentó a Kallias.

—¿Me has preguntado por qué estoy aquí? Puedo preguntarte lo mismo a ti. —Levantó la barbilla hacia el alto lord de Invierno, hacia Viviane…, hacia los pocos miembros de su séquito que habían permanecido en silencio—. ¿Quieres decir que después de Bajo la Montaña puedes tolerar seguir trabajando con él? —Un movimiento de su dedo señaló a Rhysand.

Me hubiera gustado arrancar ese dedo de la mano de Tamlin y alimentar al gusano Middengard con él.

El resplandor plateado en torno a Kallias perdió brillo.

Incluso Viviane pareció oscurecerse.

—Vinimos aquí para decidir por nosotros mismos.

Mor miró a su amiga con una silenciosa pregunta. Viviane, por primera vez desde que habíamos llegado, no le devolvió la mirada. Solo estaba pendiente de su pareja.

Rhys les dijo suavemente a todos:

—No tuve ninguna participación en eso. Ninguna.

Los ojos de Kallias se encendieron como una llama azul.

—Estabas junto al trono de Amarantha cuando se dio la orden.

Mi estómago se retorció bajo un espasmo mientras la piel dorada de Rhys palidecía.

—Traté de detenerla.

—Diles eso a los padres de las dos docenas de jóvenes que ella masacró —replicó Kallias—. Diles que lo intentaste.

Lo había olvidado. Olvidado esa parte de la despreciable historia de Amarantha. Había ocurrido mientras yo todavía estaba en la Corte Primavera…, un informe que uno de los contactos de Lucien en la Corte Invierno logró sacar de contrabando. Sobre dos docenas de niños muertos por la «peste». Por Amarantha.

La boca de Rhys se tensó.

—No pasa un día sin que no lo recuerde —les dijo a Kallias, a Viviane, a sus compañeros—. Ni un solo día.

Yo no lo sabía.

Él me dijo una vez, hacía ya muchos meses, que había recuerdos que no podía compartir, ni siquiera conmigo. Yo supuse que solo tenían que ver con lo que Amarantha le hacía a él, y no… con lo que podría haber sido obligado a presenciar. Forzado a soportar, atado y atrapado.

Junto a ella, amarrado a Amarantha mientras ella ordenaba el asesinato de esos niños…

—Recordarlo —dijo Kallias— no los trae de vuelta, ¿verdad?

—No —admitió Rhys con claridad—. Así es. Y ahora estoy peleando para asegurarme de que nunca más vuelva a suceder.

Viviane miró a su marido y a Rhys.

—Yo no estuve presente en Bajo la Montaña. Pero me gustaría escuchar, alto lord, cómo trataste de… detenerla. —El dolor le tensó la cara. Ella tampoco había podido detenerla mientras protegía su pequeña porción de territorio.

Rhys no dijo nada.

Beron resopló.

—¿Por fin sin palabras, Rhysand?

Puse una mano en el brazo de Rhys. No tenía duda de que Tamlin lo vio. Y le dije a mi compañero, sin preocuparme por mantener la voz baja:

—Yo te creo.

—Dice la mujer —replicó Beron— que le dio el nombre de una niña inocente en lugar del de Feyre… para que Amarantha la asesinara también.

Intenté no escuchar aquellas palabras, el recuerdo de Clare.

Rhys tragó saliva. Le apreté el brazo con fuerza.

Su voz era áspera cuando le dijo a Kallias:

—Cuando tu pueblo se rebeló… —Así fue, recordé. Invierno se había rebelado contra Amarantha. Y los niños… habían sido la respuesta de Amarantha. Su castigo por la desobediencia—. Ella estaba furiosa. Ella te quería muerto, Kallias.

El rostro de Viviane perdió el color.

—Yo… —continuó Rhys— la convencí de que eso no serviría de nada.

—¿Quién podía imaginar —musitó Beron— que un pene podría ser tan persuasivo?

—Padre. —La voz de Eris fue una advertencia en tono bajo.

Cassian, Azriel, Mor y yo habíamos fijado nuestras miradas sobre Beron. Y ninguno de nosotros sonreía.

Tal vez Eris sería alto lord más pronto de lo que él planeaba.

Pero Rhys se dirigió a Kallias.

—Ella abandonó la idea de matarte. Tus rebeldes estaban muertos y la convencí de que ya era suficiente. Pensé que ese asunto estaba terminado. —Su respiración se agitó levemente—. Me enteré cuando tú te enteraste. Creo que ella vio la defensa que hice de ti como una señal de advertencia… No me dijo nada de aquello. Y me mantuvo… confinado. Traté de irrumpir en la mente de los soldados que envió para la masacre, pero su freno a mi poder era demasiado fuerte para esquivarlo…, y ya estaba hecho. Envió un daemati con ellos. Para… —Vaciló. Las mentes de los niños… habían sido destrozadas. Rhys tragó saliva —. Creo que quería que sospecharas de mí. Con el fin de evitar para siempre que nos aliáramos contra ella.

Lo que debió de haber presenciado dentro de la mente de aquellos soldados…

—¿Dónde te confinó? —La pregunta surgió de Viviane, que tenía los brazos recogidos por delante.

Yo no estaba completamente lista para oír aquello cuando Rhys dijo:

—En su dormitorio.

Mis amigos no ocultaron su rabia, su dolor, ante los detalles que él había ocultado, incluso a ellos.

—Historias y palabras —dijo Tamlin, repantigándose en su sillón—. ¿Hay alguna prueba?

—¿Prueba? —gruñó Cassian. Se levantó a medias en su asiento y sus alas empezaron a desplegarse.

—No —respondió Rhys mientras Mor detenía a Cassian con un brazo, forzándolo a sentarse. Y después agregó, dirigiéndose a Kallias—: Pero lo juro… por la vida de mi compañera. —Su mano, al final, descansó sobre la mía.

Por primera vez desde que lo conocía, Rhys tenía la piel húmeda.

Busqué el lazo, aun cuando Rhys le sostenía la mirada a Kallias. Yo no tenía palabras. Solo yo…, solo mi alma, mientras me acurrucaba contra sus imponentes escudos de durísima negrura.

Él era consciente de lo que, viniendo aquí, presentándonos tal como éramos, le iba a costar. Lo que podría tener que revelar más allá de las alas que tanto

amaba.

Tamlin puso los ojos en blanco. Necesité hasta la última fibra de mi autocontrol para no lanzarme sobre él y arrancarle los ojos.

Pero fuera lo que fuese que Kallias leyó en el rostro de Rhys, en sus palabras…, clavó la mirada en Tamlin y le preguntó de nuevo:

—¿Por qué estás aquí, Tamlin?

Un músculo tembló en la mandíbula de este.

—Estoy aquí para ayudarte a luchar contra Hybern.

—Sandeces —murmuró Cassian.

Tamlin lo fulminó con la mirada. Cassian guardó cuidadosamente las alas mientras se reclinaba en su sillón una vez más. Solo le brindó una sonrisa torcida a cambio.

—Nos perdonarás —interrumpió Thesan con elegancia— si tenemos nuestras dudas. Y vacilamos en cuanto a compartir nuestros planes.

—¿Aun cuando tengo información sobre los movimientos de Hybern?

Silencio. Tarquin, al otro lado de la piscina, observaba y escuchaba…, posiblemente porque era el más joven de todos ellos, o quizá porque sabía que había alguna ventaja en dejarnos discutir entre nosotros.

Tamlin me sonrió.

—¿Por qué crees que los invité a mi casa? ¿A mis tierras? —Soltó un gruñido sordo y sentí que Rhys se ponía tenso cuando Tamlin se dirigió a mí—: Una vez te dije que lucharía contra la tiranía, contra esa clase de mal. ¿Acaso pensaste que tú eras suficiente para apartarme de eso? —Sus dientes brillaron muy blancos—. Fue muy fácil para ti llamarme *monstruo*, a pesar de todo lo que hice por ti, por tu familia. —Una mirada de desprecio a Nesta, que fruncía el ceño con disgusto—. Sin embargo, fuiste testigo de todo lo que él hizo en Bajo la Montaña, y no te importó abrirte de piernas para él. Como tenía que ser, supongo. Él se prostituyó para Amarantha durante décadas. ¿Por qué no ibas tú a ser su puta entonces?

—Cuida tu boca —gruñó Mor. Yo tenía dificultades para tragar…, para respirar.

Tamlin la ignoró completamente y agitó una mano hacia las alas de Rhysand.

—A veces olvido… lo que eres. Quitémonos las máscaras ahora, ¿o esto es otra estratagema?

—Empiezas a resultar aburrido, Tamlin —intervino Helion, apoyando la cabeza en una mano—. Lleva tus riñas de enamorados a otra parte y deja que el

resto de nosotros discutamos sobre esta guerra.

—Tú estarías muy feliz por la guerra, teniendo en cuenta lo bien que te fue con la última.

—Nadie dice que la guerra no pueda ser lucrativa —replicó Helion. El labio de Tamlin se curvó en un gruñido silencioso que me hizo preguntarme si habría acudido a Helion para romper mi trato con Rhys… y Helion se había negado.

—Basta —los interrumpió Kallias—. Tenemos nuestras opiniones sobre cómo hay que manejar el conflicto con Hybern. —Aquellos ojos glaciales se endurecieron cuando volvió a mirar a Tamlin—. ¿Estás aquí como aliado de Hybern o de Prythian?

El brillo burlón y odioso se convirtió en una decisión de granito.

—Estoy contra Hybern.

—Pruébalo —le exigió Helion.

Tamlin alzó la mano y una pila de papeles apareció en la mesita al lado de su sillón.

—Planos de ejércitos, municiones, escondites de destructor de la sangre… Todo cuidadosamente recopilado durante estos meses.

Todo esto iba dirigido a mí, solo porque rehusé bajar la barbilla. Me dolía la espalda de mantenerla tan recta, una punzada de dolor a ambos lados de la columna vertebral.

—Por muy noble que suene —continuó Helion—, ¿quién puede asegurar que la información es correcta, o que no eres un agente de Hybern tratando de engañarnos?

—¿Quién puede asegurar que Rhysand y sus compinches no son agentes de Hybern, que todo esto es una artimaña para que tú cedas sin darte cuenta?

—No puedes hablar en serio —murmuró Nesta. Mor miró a mi hermana como diciéndole que él hablaba muy en serio.

—Si necesitamos aliarnos contra Hybern —dijo Thesan—, estás haciendo un buen trabajo para que no nos unamos, Tamlin.

—Yo simplemente os advierto de que ellos podrían presentar el disfraz de la honestidad y la amistad, pero el hecho es que él le calentó la cama a Amarantha durante cincuenta años, y solo trabajó contra ella cuando pareció que cambiaba la marea. Y os recuerdo que mientras él afirma que su propia ciudad estaba siendo atacada por Hybern, lo cierto es que salieron notablemente bien parados…, como si lo hubieran estado esperando. No creáis que no sacrificaría algunos edificios y algunos inmortales menores para llevarnos a una alianza,

para llevarnos a pensar que teníamos un enemigo común. ¿Por qué solo la Corte Noche se enteró del ataque a Adriata… y fueron los únicos que llegaron a tiempo para convertirse en salvadores?

—Porque recibieron un mensaje —interrumpió Varian fríamente—. Porque yo les advertí de ello.

Tarquin volvió la cabeza hacia su primo con las cejas fruncidas por la sorpresa.

—Tal vez también tú estás trabajando con ellos —sugirió Tamlin al príncipe de Adriata—. Después de todo, eres el sucesor.

—Estás loco —le espeté a Tamlin mientras Varian mostraba los dientes—. ¿Te das cuenta de lo que estás diciendo? —Señalé a Nesta—. Hybern convirtió a mis hermanas en fae… ¡después de que la perra de tu sacerdotisa las vendiera!

—Quizá la mente de Ianthe ya estaba sometida a Rhysand. Y no me parece una tragedia seguir siendo joven y hermosa para siempre. Eres una buena actriz… Seguro que es una característica de la familia.

Nesta soltó una carcajada.

—Si quieres a alguien para culparlo de todo esto —le dijo a Tamlin—, tal vez primero deberías mirarte al espejo.

Tamlin le gruñó.

Cassian le devolvió el gruñido.

—Cuidado.

Tamlin miró a mi hermana y a Cassian… y su mirada se detuvo en las alas de Cassian, recogidas detrás de él. Soltó un bufido.

—Parece ser otra de las preferencias de la familia Archeron.

Mi poder empezó a retumbar…, un gigante se alzaba, despierto y bostezando.

—¿Qué quieres? —susurré—. ¿Una disculpa? ¿Que vuelva arrastrándome a tu cama y jugar a la pequeña y amable esposa?

—¿Por qué querría que me devolvieran mercancía estropeada?

Me ardieron las mejillas.

Tamlin gruñó.

—En el momento en que dejaste que se acostara contigo como una…

Las palabras envenenadas salían de su boca…, en la que los colmillos se alargaban.

Luego dejaron de salir.

La boca de Tamlin simplemente dejó de emitir sonidos. Cerró la boca, la

abrió de nuevo.

Nada, ni siquiera un gruñido.

No había sonrisas en el rostro de Rhysand, ni un destello de aquella irreverente diversión mientras apoyaba la cabeza en el respaldo de su sillón.

—El aspecto de pez sacado del agua con la boca abierta te queda bien, Tamlin.

Los otros, que habían estado observando con desdén, diversión y aburrimiento, en ese momento se volvieron hacia mi compañero. Y apareció una sombra de miedo en sus ojos cuando se dieron cuenta de quién y qué, exactamente, estaba sentado entre ellos.

Parte de la hermandad, y a la vez no. Tamlin era un alto lord tan poderoso como cualquiera de ellos. Excepto el que estaba a mi lado. Rhys era tan diferente de ellos como los humanos lo eran de los fae.

A veces olvidaban… cuán profundo era ese pozo de poder.

La clase de poder que tenía Rhys.

Pero cuando le arrancó a Tamlin la capacidad de hablar, lo recordaron.

Capítulo 45

Solo mis amigos no parecían sorprendidos.

Los ojos de Tamlin eran una llama verde, la luz dorada brillaba a su alrededor mientras su magia trataba de liberarse del control de Rhysand. Mientras trataba y trataba de hablar.

—Si queréis una prueba de que no estamos tramando algo con Hybern —les dijo Rhysand con suavidad a todos ellos—, considerad el hecho de que sería mucho menos trabajoso deslizarme dentro de vuestras mentes y obligaros a hacer lo que yo ordene.

Solo Beron fue lo bastante estúpido para burlarse. Eris estaba simplemente inclinado en su asiento, bloqueando el paso hacia su madre.

—Pero aquí estoy —prosiguió Rhysand, sin siquiera dignarse considerar a Beron con una mirada—. Aquí estamos todos.

Silencio absoluto.

Entonces, Tarquin, silencioso y vigilante, se aclaró la garganta.

Lo esperaba…, esperaba el golpe que seguramente nos condenaría. Éramos ladrones que lo habían engañado, habíamos llegado a su casa en paz y le habíamos robado, entrado en sus mentes para asegurar nuestro éxito.

Pero Tarquin me dijo a mí, a Rhysand:

—A pesar de la no autorizada advertencia de Varian… —Dirigió una mirada fulminante a su primo, quien no parecía arrepentido de nada—. Vosotros fuisteis los únicos que vinisteis a ayudar. Los únicos. Y sin embargo no pedisteis nada a cambio. ¿Por qué?

La voz de Rhys sonó un poco ronca cuando preguntó:

—¿No es eso lo que hacen los amigos?

Un ofrecimiento sutil, silencioso.

Tarquin lo observó a él. Luego a mí. Y a los otros.

—Retiro los rubíes de sangre. Que no haya deudas entre nosotros.

—No esperes que Amren devuelva los suyos —murmuró Cassian—. Parece que se ha aficionado a ellos.

Habría jurado que una sonrisa se instalaba en la boca de Varian.

Rhys se enfrentó entonces a Tamlin, cuya boca permanecía cerrada. Los ojos todavía lívidos. Y mi compañero le dijo:

—Yo te creo. Lucharás por Prythian.

Kallias no parecía muy convencido. Tampoco Helion.

Rhys liberó su dominio de la garganta de Tamlin. Lo supe por un leve gruñido que se le escapó. Pero Tamlin no hizo ningún movimiento para atacar, ni siquiera para hablar.

—Tenemos la guerra encima —continuó Rhysand—. No nos beneficia desperdiciar energía discutiendo entre nosotros.

El mejor hombre…, el mejor macho. Su moderación, su elección de palabras… Todo era un cuidadoso retrato de la razón y el poder. Y yo sabía que lo que decía era cierto. Aun cuando Tamlin hubiera sido parte responsable en la muerte de su propia familia, aun cuando hubiera desempeñado su papel en Hybern… Por nuestro hogar, por Prythian, dejaba aquello a un lado. Un sacrificio que no iba a dañar a nadie más que a su propia alma.

Pero Beron dijo:

—Tú puedes estar dispuesto a creerle, Rhysand, pero como alguien que comparte una frontera con su corte, no soy tan fácil de influenciar. —Una mirada irónica—. Tal vez mi hijo errante pueda aclarar mis ideas. A propósito, ¿dónde está?

Incluso Tamlin miró hacia nosotros, hacia mí.

—Está ayudando a proteger nuestra ciudad —fue todo lo que dije. No era una mentira, no del todo.

Eris resopló y observó a Nesta, quien le devolvió la mirada con acero en la cara.

—Lástima que no hayas traído a tu otra hermana. Dicen que la compañera de nuestro pequeño hermano es toda una belleza.

Habían sabido que Elain era la compañera de Lucien… En ese momento las cosas eran diferentes, me di cuenta con no poca sensación de horror. Otra forma de atacar al hermano menor al que odiaban con tanta fuerza, de manera tan

irrazonable. El trato de Eris con nosotros no había incluido la protección de Lucien. Se me secó la boca.

Pero Mor respondió con delicadeza.

—Ciertamente te sigue gustando escucharte a ti mismo cuando hablas, Eris. Es bueno saber que algunas cosas no cambian a lo largo de los siglos.

La boca de Eris se curvó en una sonrisa ante esas palabras, el cuidadoso juego de fingir que no se habían visto en años.

—Es bueno saber que después de cinco siglos sigues vistiéndote como una puta.

En ese momento, Azriel estaba sentado.

Al instante siguiente, había atravesado el escudo de Eris con un chispazo de luz azul y lo hizo caer hacia atrás. Las maderas se quebraron debajo de ellos.

—Mierda —exclamó Cassian, y se plantó instantáneamente allí…

Y se encontró con una pared azul.

Azriel los había sellado a ambos, y mientras sus manos llenas de cicatrices agarraban a Eris por la garganta, Rhys dijo:

—Basta.

Azriel apretó, Eris pataleaba. Nada de peleas físicas…, había una regla en contra de eso, pero Azriel, con cualquiera que fuera el poder que esas sombras le daban…

—Basta, Azriel —ordenó Rhys otra vez. Tal vez esas sombras que en ese momento se deslizaron y giraron en torno a él lo ocultaron de la ira de la magia vinculante. Los demás no hicieron ningún movimiento para interferir, como si se preguntaran lo mismo.

Azriel hundió la rodilla… y todo su peso… en el estómago de Eris. Fue silencioso, completamente silencioso cuando arrancó el aire del cuerpo de Eris. Las llamas de Beron golpearon el escudo azul, una y otra vez, pero el fuego se apagó y zigzagueó en el agua. Lo que logró escapar fue aplastado por las sombras.

—Llama a tu murciélago grandullón —le dijo Beron a Rhys.

Rhys lo estaba disfrutando. Acuerdo con Eris o no…, todo podría haber terminado hacía varios segundos. Me dirigió una mirada como para decírmelo. Y una invitación a hacerlo.

Me levanté con las rodillas sorprendentemente firmes.

Sentí que todos estaban tensos, la mirada de Tamlin como una marca a fuego mientras caminaba hacia el cantor de sombras, mi brillante vestido siseando

sobre el suelo detrás de mí. Puse mi mano tatuada en la curva dura, casi invisible del escudo, y dije:

—Vamos, Azriel.

Este se detuvo.

Eris jadeó buscando aire cuando aquellas manos llenas de cicatrices se aflojaron. Mientras Azriel volvía el rostro hacia mí…

La rabia congelada en su mirada me inmovilizó donde estaba.

Pero debajo de eso, casi podía ver las imágenes que lo atormentaban: la mano que Mor había arrancado de la suya, su rostro lloroso y angustiado cuando le había gritado a Rhys.

Y en ese momento, detrás de nosotros, Mor se estremecía en su asiento. Pálida y temblorosa.

Le ofrecí la mano a Azriel.

—Ven a sentarte a mi lado.

Nesta ya había movido su asiento, y un sillón adicional apareció junto al mío.

No permití que me temblara la mano mientras la mantenía tendida. Y esperé.

Los ojos de Azriel se deslizaron hacia Eris, el hijo del alto lord jadeando debajo de él. Y el cantor de sombras se inclinó para susurrarle algo al oído que hizo que Eris palideciera aún más.

Pero el escudo cayó. Las sombras se iluminaron con el sol.

Beron atacó…, solo para que su fuego rebotara en una barrera que yo había alzado. Levanté la mirada hacia el alto lord de Otoño.

—Ya van dos veces que te hemos detenido. Pensé que ya habrías tenido suficiente humillación.

Helion se echó a reír. Pero mi atención volvió a Azriel, quien tomó mi mano todavía esperando y se levantó. Las cicatrices eran ásperas contra mis dedos, pero su piel era como hielo. Hielo puro.

Mor abrió la boca para decirle algo a Azriel, pero Cassian puso una mano en su rodilla desnuda y negó con la cabeza. Llevé al cantor de sombras al sillón vacío junto al mío… y luego me dirigí a la mesa para servirle una copa de vino.

Nadie habló hasta que se la ofrecí y me senté.

—Ellos son mi familia —dije ante las cejas levantadas que me apuntaban extrañadas de que lo hubiera atendido. Tamlin sacudió la cabeza con disgusto y finalmente metió esa garra en su mano. Pero me encontré con la mirada furiosa de Eris. Mi voz era tan fría como el rostro de Azriel cuando añadí—: No me

importa que seamos aliados en esta guerra. Si insultas a mi amiga de nuevo, no lo detendré la próxima vez.

Solo Eris sabía hasta dónde llegaba esa alianza…, una información que podría perjudicar el resultado de esta reunión si alguna de las partes la revelaba. Una información que podría hacerlo desaparecer de la tierra a manos de su padre.

Mor tenía la vista fija en Azriel, que se negaba a mirarla, que se negaba a hacer otra cosa que dirigirle a Eris esa mirada letal.

Eris, sabiamente, apartó la mirada, y dijo:

—Discúlpame, Morrigan.

Su padre se quedó boquiabierto ante esas palabras. Pero algo parecido a la aprobación brilló en la cara de la lady de Otoño cuando su hijo mayor se sentó otra vez.

Thesan se frotó las sienes.

—Esto no es un buen augurio.

Pero Helion sonrió irónico mirando a su séquito, a la vez que cruzaba un tobillo sobre la rodilla de la otra pierna dejando al descubierto esos muslos elegantes y poderosos.

—Parece que me debes diez marcos de oro.

Por lo visto no éramos los únicos que habíamos hecho apuestas. Aunque nadie de la comitiva de Helion respondió a su sonrisa burlona.

Helion agitó una mano y las pilas de papeles que Tamlin había reunido se dirigieron hacia él empujados por un viento fantasma. Con un chasquido de sus dedos…, cubiertos de cicatrices producidas por la esgrima…, otras pilas idénticas aparecieron delante de cada sillón en la sala. Incluyendo el mío.

—Copias —dijo sin levantar la vista mientras hojeaba los documentos.

Un truco práctico… para un varón cuya riqueza no estaba en el oro, sino en el conocimiento.

Nadie se movió para tocar los papeles que teníamos ante nosotros.

Helion chasqueó la lengua.

—Si todo esto es cierto —anunció, y Tamlin gruñó por su tono altivo—, entonces yo sugeriría dos cosas: primero, destruir los sitios donde Hybern esconde el destructor de la sangre. No vamos a durar mucho si lo han aplicado en muchas armas versátiles. Vale la pena el riesgo de destruirlo.

Kallias arqueó una ceja.

—¿Cómo sugieres que hagamos eso?

—Lo haremos —dijo Tarquin, y Varian asintió con la cabeza—. Se lo debemos por Adriata.

—No hay necesidad —intervino Thesan.

Todos pestañeamos mirándolo. Incluso Tamlin. El alto lord de Amanecer cruzó las manos en su regazo.

—Una maestra artesana ha estado esperando durante las últimas horas. Me gustaría que ella se uniera a nosotros ahora.

Antes de que alguien pudiera responder, una hembra alta fae apareció en el borde del círculo. Se inclinó tan rápidamente que apenas pude ver más que su piel de color marrón claro y el pelo largo y sedoso de color negro. Llevaba ropa similar a la de Thesan, y además… tenía las mangas enrolladas hasta los antebrazos, la túnica desabrochada en el pecho. Y su mano…

Adiviné quién era antes de que se levantara. Su mano derecha era de oro macizo…, mecánica. Como el ojo de Lucien. Producía chasquidos y zumbidos silenciosos, con lo que atrajo la mirada de todos los inmortales en la habitación cuando se quedó delante del alto lord. Thesan sonrió a modo de cálida bienvenida.

Pero su rostro… Me pregunté si Amren habría modelado sus propias facciones siguiendo una línea de sangre similar cuando se ató a sí misma a su cuerpo fae: barbilla afilada, mejillas redondeadas y deslumbrantes ojos rasgados. Pero así como los de Amren eran de color plata impía, los de esta hembra eran oscuros como el ónix. Y consciente…, sumamente consciente de que nosotros le mirábamos la mano, cuando le dijo a Thesan:

—Milord.

Thesan le hizo un gesto a la hembra que estaba de pie delante del grupo allí reunido.

—Nuan es una de mis más hábiles artesanas de personas.

Rhys se recostó en su asiento y levantó las cejas al reconocer el nombre. Movió la barbilla hacia Beron, hacia Eris.

—Tal vez la conozcas como la responsable de conceder a tu… hijo errante, como lo llamas, la habilidad de usar su ojo izquierdo después de que Amarantha se lo sacara.

Nuan asintió con la cabeza una vez a modo de confirmación, sus labios apretados en una delgada línea mientras observaba a la familia de Lucien. Ni siquiera se volvió hacia Tamlin. Y él ciertamente no se molestó en reconocerla, con independencia del pasado que los vinculaba, de su amigo mutuo.

—¿Y qué tiene esto que ver con el destructor de la sangre? —preguntó Helion. El amante de Thesan hirvió ante el tono del alto lord de Día, pero una mirada de su alto lord hizo que el macho se relajara.

Nuan se volvió, su pelo oscuro se deslizó sobre un hombro mientras estudiaba a Helion. Y no parecía impresionada.

—Porque encontré una solución para ello.

Thesan agitó una mano.

—Hemos oído rumores de que se usaba destructor de la sangre en esta guerra…, de que se usó en el ataque a tu ciudad, Rhysand. Pensamos en ocuparnos del tema antes de que se convirtiera en una debilidad mortal para todos nosotros. —Hizo un movimiento de cabeza dirigido a Nuan—. Más allá de su incomparable habilidad manual, ella es una alquimista muy competente.

Nuan cruzó los brazos y el sol brilló en su mano metálica.

—Gracias a las muestras obtenidas después del ataque a Velaris pude crear un… antídoto…, una especie de antídoto.

—¿Cómo conseguiste esas muestras? —preguntó Cassian.

Un rubor se instaló en las mejillas de Nuan.

—Yo… oí los rumores y supuse que Lucien Vanserra estaría viviendo allí después… de lo que pasó. —Todavía no se dirigía a Tamlin, que permanecía en silencio y cabizbajo—. Logré ponerme en contacto con él hace unos días… y le pedí que me enviara unas muestras. Lo hizo… sin decirte nada a ti —añadió rápidamente, observando a Rhys— porque no quería crear esperanzas. No hasta que yo encontrara una solución.

No era de extrañar que hubiera estado tan ansioso por irse solo a Velaris aquel día que iba a ayudarnos a investigar. Le lancé una mirada a Rhys.

Parece que Lucien todavía puede jugar al zorro.

Rhys no me miró, aunque sus labios se crisparon cuando respondió.

Efectivamente.

—La Madre nos ha proporcionado todo lo que necesitamos en esta tierra —continuó Nuan—. Así que ha sido solo una cuestión de averiguar qué nos proporcionó exactamente en Prythian para combatir un material de Hybern capaz de eliminar nuestros poderes.

Helion se movió con impaciencia, y esa brillante tela blanca hizo resaltar su musculoso pecho.

Thesan también leyó esa impaciencia, y dijo:

—Nuan ha sido capaz de crear un polvo para ser ingerido por nosotros con la

bebida, con la comida, o de la manera en que más nos plazca. Concede inmunidad al destructor de la sangre. Ya tengo gente en tres de mis ciudades fabricando la mayor cantidad posible para entregar a nuestros ejércitos unificados.

Incluso Rhys parecía impresionado por el sigilo con que se había llevado aquello.

Me sorprende que tú no tengas una gran revelación propia hoy, bromeé por el lazo.

Cruel y hermosa alta lady, ronroneó, con ojos centelleantes.

—Pero ¿y los objetos físicos hechos con destructor de la sangre? —preguntó Tarquin—. Tenían guanteletes en la batalla para aplastar y atravesar escudos. —Levantó la barbilla para señalar a Rhys—. Y también cuando atacaron tu ciudad.

—Contra eso —respondió Nuan—, solo tienes tu ingenio para protegerte. —No interrumpió la mirada de Tarquin, y este se enderezó, como si le sorprendiera que ella no lo hiciera—. El compuesto que he preparado solo te protegerá, protegerá tus poderes, de ser anulados por el destructor de sangre. Tal vez si eres atravesado por un arma con las puntas envenenadas con esa ponzoña y tienes el compuesto en tu sistema, eso contrarrestaría su impacto.

Eso produjo cierta tranquilidad.

—Y se supone que debemos confiar en ti —dijo Beron, mirando a Thesan y luego a Nuan— en cuanto a esa… sustancia que debemos ingerir a ciegas.

—¿Prefieres enfrentarte a Hybern sin ningún poder? —replicó Thesan—. Mis maestros alquimistas y artesanos no son necios.

—No —admitió Beron, frunciendo el ceño—, pero ¿de dónde ha salido esta mujer? ¿Quién eres? —Esto último se lo preguntó a Nuan.

—Soy la hija de dos altos fae de Xian que se mudaron aquí para dar a sus hijos una vida mejor, si eso es lo que queréis saber —respondió ella con firmeza.

—¿Y esto qué tiene que ver con lo nuestro? —le preguntó Helion a Beron.

Este se encogió de hombros.

—Si su familia es de Xian…, que te recuerdo que luchó por los leales…, entonces ¿qué intereses defiende?

Los ojos ámbar de Helion brillaron.

Thesan intervino bruscamente.

—Haré que recuerdes, Beron, que mi propia madre procedía de Xian. Y una gran mayoría de mi corte también. Ten cuidado con lo que dices.

Antes de que Beron pudiera replicar, Nuan le dijo al alto lord de Otoño, con

la barbilla orgullosamente levantada:

—Soy una hija de Prythian. Yo nací aquí, en esta tierra, como tus hijos.

El rostro de Beron se oscureció.

—Cuidado con tu tono, muchacha.

—Ella no tiene que cuidarse de nada —dije—. No cuando tú la insultas de esa manera. —Miré a la alquimista—. Yo tomaré tu antídoto.

Beron puso los ojos en blanco.

Pero Eris habló.

—Padre.

El alto lord levantó una ceja.

—¿Tienes algo que añadir?

Eris no se inmutó, pero pareció elegir sus palabras con sumo cuidado.

—He visto los efectos del destructor de sangre. —Me señaló con la cabeza —. Realmente nos incapacita para usar nuestro poder. Si es utilizado contra nosotros en la guerra…

—Si es así, nos enfrentaremos a ello. No voy a arriesgar a mi pueblo o a mi familia para probar una teoría.

—No es una teoría —repuso Nuan, y su mano mecánica hizo clic y zumbó al cerrarse en un puño—. Yo no estaría aquí si no hubiera sido probada y demostrada su eficacia sin duda alguna.

Una hembra de orgullo y trabajo duro.

—Lo tomaré —dijo Eris.

Fue la cosa más… amable que jamás le oí decir. Hasta Mor parpadeó al escucharlo.

Beron estudió a su hijo de una manera que hizo que alguna pequeña, muy pequeña parte de mí se preguntara si Eris podría haber llegado a ser un buen individuo en caso de que hubiera tenido un padre diferente del suyo. Si alguien así todavía permanecía allí, debajo de siglos de veneno.

Porque Eris… ¿Qué había sido para él Bajo la Montaña?

¿Qué juegos había jugado…? ¿Qué cosas había soportado? Atrapado durante cuarenta y cinco años. Yo dudaba de que él fuera a arriesgarse a que tal cosa sucediera de nuevo. Incluso si eso lo enfrentaba a su padre…, o quizá precisamente por eso.

Beron solo dijo:

—No, no lo tomarás. Aunque estoy seguro de que tus hermanos lo lamentarán al enterarse.

De hecho, los otros parecían bastante decepcionados al ver que la primera barrera al trono no iba a arriesgar su vida para probar la solución de Nuan.

—Entonces no lo tomes —indicó simplemente Rhys—. Yo sí lo haré. Mi corte entera lo tomará, al igual que mis ejércitos. —Le dirigió un movimiento de cabeza de agradecimiento a Nuan.

Thesan hizo lo mismo…, y la maestra artesana se inclinó una vez más y se retiró.

—Por lo menos tienes ejércitos a los que dárselo —señaló Tamlin con suavidad, rompiendo su inquieto silencio. Me sonrió—. Aunque tal vez eso fue parte del plan: desactivar mi fuerza mientras la tuya arrasa con todo. ¿O fue solo para ver sufrir a mi pueblo?

Un dolor de cabeza comenzaba a golpetear en mi sien derecha.

Las garras asomaron de nuevo en sus nudillos.

—Seguramente sabías que cuando volviste mis fuerzas contra mí dejabas a mi pueblo indefenso ante Hybern.

No respondí. Solo intentaba bloquear las imágenes en mi mente.

—Preparaste mi corte para que cayera —añadió Tamlin con la voz cargada de veneno—. Y ocurrió. ¿Sabes aquellas aldeas que tanto querías ayudar a reconstruir? Ya solo son cenizas.

Hice un esfuerzo para bloquear eso también. Él me aseguró que permanecerían intactas, que Hybern lo había prometido…

—Y mientras vosotros habéis estado haciendo antídotos y mostrándoos como salvadores, yo he estado juntando mis fuerzas…, recuperando su confianza, sus efectivos. Tratando de reunir a mi pueblo en el este…, adonde Hybern todavía no ha marchado.

Nesta habló secamente.

—Así que no tomarás el antídoto, pues.

Tamlin la ignoró, aun cuando sus garras se hundieron en el brazo de su sillón. Pero yo le creí…, sabía que había trasladado a tantos de su gente como pudo a la frontera oriental del territorio. Lo dijo mucho antes de que yo regresara a casa.

Thesan se aclaró la garganta y le habló a Helion.

—Has dicho que tenías dos sugerencias basadas en la información que analizaste.

Helion se encogió de hombros, y el sol se reflejó en los hilos de oro bordados de su túnica.

—En efecto, aunque parece que Tamlin ya se me ha adelantado. La Corte Primavera debe ser evacuada. —Sus ojos de color ámbar saltaban entre Tarquin y Beron—. Seguramente sus vecinos del norte les darán la bienvenida.

Los labios de Beron se curvaron.

—No tenemos los recursos para tal cosa.

—Supongo que —dijo Viviane— porque todo el mundo está demasiado ocupado puliendo las joyas de ese tesoro tuyo.

Beron le lanzó una mirada que hizo que Kallias se pusiera tenso.

—Las esposas fueron invitadas como cortesía, no como consultoras.

Los ojos de zafiro de Viviane brillaron como golpeados por un rayo.

—Si esta guerra va mal, nosotras vamos a sangrar junto con vosotros, así que, maldita sea, creo que tenemos voz en este asunto.

—Hybern hará cosas mucho peores que matarte —replicó Beron fríamente —. Sobre todo a alguien joven y bonita como tú.

El gruñido de Kallias agitó la superficie del espejo de agua, y el proferido por Mor se hizo eco.

Beron sonrió un poco.

—Solo nosotros tres estuvimos presentes en la última guerra. —Un guiño a Rhys y a Helion, cuya cara se oscureció—. No es fácil olvidar lo que Hybern y los leales les hicieron a las mujeres capturadas en sus campamentos de guerra. Lo que reservaban para las hembras altas fae que luchaban con los humanos o que tenían familiares que lo hicieron. —Puso una mano pesada sobre el brazo extremadamente delgado de su esposa—. Sus dos hermanas ganaron tiempo para que huyera cuando las fuerzas de Hybern se apoderaron de sus tierras. Ellas dos no salieron nunca más de ese territorio de guerra.

Helion observaba de cerca a Beron, la mirada cargada de reproches.

La alta lady de la Corte Otoño mantenía la atención en el espejo de agua. Todo rastro de color desapareció de su rostro. Dagdan y Brannagh aparecieron en mi mente, junto con los cadáveres de aquellos humanos. Lo que les habían hecho antes y después de que hubieran muerto.

—Nos llevaremos a tu gente —dijo entonces Tarquin en voz baja dirigiéndose a Tamlin—. Independientemente de tu relación con Hybern… Tu pueblo es inocente. Hay mucho espacio en mi territorio. Los llevaremos a todos, si es necesario.

Un seco movimiento de cabeza fue el único gesto de reconocimiento y agradecimiento de Tamlin.

—Entonces ¿las cortes estacionales se convertirán en los asilos y albergues —preguntó Beron—, mientras que las cortes solares permanecerán intactas aquí, en el norte?

—Hybern ha concentrado sus esfuerzos en la mitad sur —indicó Rhys—. Para estar cerca del muro y de las tierras humanas.

Ante esto, Nesta y yo intercambiamos una mirada.

Rhys continuó:

—¿Por qué preocuparse por ir a los climas del norte a través de los territorios de los inmortales en el continente cuando uno podría tomar el sur y usarlo para ir directamente a las tierras humanas del continente?

—¿Y tú crees que los ejércitos humanos se inclinarán ante Hybern? —le preguntó Thesan.

—Sus reinas nos vendieron —intervino Nesta. Levantó la barbilla, serena como cualquier emisario—. A cambio del don de la inmortalidad, las reinas humanas permitirán a Hybern arrasar cualquier resistencia. Podrían muy bien entregarle el control de sus ejércitos. —Nesta nos miró a Rhys y a mí—. ¿Adónde van los humanos en nuestra isla? No podemos evacuarlos al continente, y con el muro intacto…, muchos preferirán arriesgarse a esperar antes que cruzarlo, de todos modos.

—El destino de los humanos por debajo del muro —dijo Beron— no es asunto nuestro. En especial, en un tramo de tierra sin reina, sin ejército.

—Es asunto mío —dije, y la voz que salió de mí no fue la de Feyre la cazadora o de Feyre Rompemaldiciones, sino la de Feyre la alta lady—. Los humanos están casi indefensos.

—Entonces ve y desperdicia a tus propios soldados defendiéndolos —replicó Beron—. Yo no enviaré mis propias fuerzas para proteger a los esclavos.

La sangre se me calentó y tomé aire para enfriarla, para enfriar la magia que crujió ante el insulto. No me sirvió de nada. Si era así de imposible conseguir que todos fueran aliados contra Hybern…

—Eres un cobarde —le espeté al alto lord de Otoño. Hasta Rhys se puso tenso.

Beron solo dijo:

—Lo mismo se podría decir de ti.

Mi estómago se revolvió.

—No necesito explicarme ante ti.

—No, pero tal vez deberías hacerlo ante la familia de aquella niña…, pero

ellos están muertos también, ¿no? Muertos y quemados en sus propias camas. Es gracioso que ahora trates de defender a los humanos cuando estabas muy contenta de entregarlos para salvarte.

Las palmas de mis manos se calentaron, como si dos soles gemelos hubieran surgido de ellas y se arremolinaran intentando escapar.

Tranquila —ronroneó Rhys—. *Es un viejo bastardo malhumorado*.

Pero apenas pude oír sus palabras detrás de la maraña de imágenes: el cuerpo mutilado de Clare clavado en la pared; las cenizas de la casa de los Beddor manchando la nieve como mechones de sombra; la sonrisa del attor mientras me llevaba a través de los pasillos de piedra de Bajo la Montaña…

—Como ha dicho mi alta lady —intervino lentamente Rhys—, no necesita explicarse ante ti.

Beron se recostó en su sillón.

—Entonces supongo que yo tampoco necesito explicar mis motivaciones.

Rhys alzó una ceja.

—Dejando tu asombrosa generosidad a un lado, ¿querrás unirte a nuestras fuerzas?

—Aún no lo he decidido.

Eris llegó incluso a dirigirle a su padre una mirada cercana al reproche. No podría decir si debido a una genuina alarma o por lo que esa negativa podría significar para nuestra alianza encubierta.

—Se necesita tiempo para reclutar un ejército —dijo Cassian—. No puedes permitirte el lujo de esperar sentado. Tienes que reunir a tus soldados ahora.

Beron masculló burlón:

—No acepto órdenes de los bastardos de putas fae menores.

El corazón me latía de manera tan salvaje que podía oírlo en cada rincón de mi cuerpo, lo sentía golpetear en mis brazos, en mi estómago. Pero eso no era nada comparado con la ira en el rostro de Cassian… o la furia helada de Azriel y de Rhys. Y el disgusto en la cara de Mor.

—Ese bastardo —intervino Nesta con absoluta frialdad, aunque sus ojos comenzaron a arder— puede terminar siendo la única persona que se interponga en el camino de las fuerzas de Hybern y tu pueblo.

Ni siquiera miró a Cassian cuando lo dijo. Pero él tenía la mirada fija en ella, como si nunca la hubiera visto.

Este argumento era inútil. Y no me importó quiénes eran ellos o quién era yo cuando le dije a Beron:

—Vete, si no vas a ser útil.

A su lado, Eris tuvo el sentido común de mostrarse preocupado. Pero Beron continuó ignorando la mirada aguda de su hijo y me habló con desprecio.

—¿Sabías que mientras tu pareja estaba calentando la cama de Amarantha, la mayor parte de nuestro pueblo estaba encerrada bajo esa montaña?

No me digné responder.

—¿Sabías que mientras él tenía la cabeza entre las piernas de ella, la mayor parte de nosotros estábamos luchando para que nuestras familias no se convirtieran en un entretenimiento nocturno?

Traté de borrar esas imágenes. La furia cegadora de lo que se había hecho, de lo que él había hecho para mantener distraída a Amarantha…, los secretos que él aún guardaba por vergüenza o por falta de interés en compartir… Cassian en ese momento estaba temblando dos asientos más adelante…, conteniéndose. Y Rhys no dijo nada.

—Es suficiente, Beron —murmuró Tarquin.

Tarquin, que había adivinado el sacrificio de Rhysand, sus motivos.

Beron lo ignoró.

—Y ahora Rhysand quiere jugar al héroe. El Prostituto de Amarantha se convierte en el Destructor de Hybern. Pero si sale mal… —Una sonrisa cruel y fría se dibujó en su rostro—. ¿Se pondrá de rodillas ante Hybern? ¿O simplemente va a abrir sus…?

Dejé de escuchar lo que decía. Dejé de oír nada aparte de mi corazón, mi respiración.

El fuego explotó y salió de mí.

Fue una llamarada fulminante y candente que se dirigió contra Beron como una lanza.

Capítulo 46

Beron se protegió con apenas la suficiente rapidez para bloquear mi ataque. Pero el rastro de esa llamarada chamuscó el brazo de Eris… a través de la tela. Y también el brazo pálido y encantador de la madre de Lucien.

Los demás gritaron, se pusieron de pie, pero yo no pude pensar, no pude oír nada aparte de las palabras de Eris, viendo esos momentos Bajo la Montaña, viendo esa pesadilla de Amarantha llevando a Rhys por el pasillo, lo que Rhys había soportado…

Feyre.

Lo ignoré y permanecí inmóvil. Envié una ola del espejo de agua para envolver a Beron y su sillón. Una burbuja sin aire.

La llamarada golpeó contra ella, convirtiendo el agua en vapor, y yo empujé con más fuerza.

Lo mataría. Lo mataría y con gusto daría por terminado el asunto.

Feyre.

No pude darme cuenta de si Rhysand estaba gritando mi nombre o si lo estaba murmurando por el lazo. Tal vez ambas cosas.

La barrera de fuego de Beron se estrelló contra mi pantalla de agua, y comenzaron a formarse ondulaciones mientras el vapor silbaba a través de ellas.

Así que descubrí mis dientes y envié un rayo de luz blanca para golpear ese fiero escudo…, la luz blanca de Día. Rompemaldiciones. Destructor de Hechizos.

Los ojos de Beron se agrandaron cuando sus escudos comenzaron a deshacerse. Cuando el agua empujó con fuerza.

De repente noté unas manos en mi cara. Y había unos ojos violeta delante de los míos, serenos pero insistentes.

—Ya has demostrado lo que querías decir, mi amor —dijo Rhys—. Mátalo, y el horrible Eris tomará su lugar.

Entonces los mataré a todos.

—Por interesante que sea un experimento como ese —indicó Rhys—, solo complicaría los asuntos que nos ocupan.

En mi mente, él susurró:

Te amo. Las palabras de ese odioso bastardo no significan nada. Él no tiene ninguna alegría en su vida. Nada bueno. Nosotros sí lo tenemos.

Empecé a oír cosas…: el agua goteando en la piscina, el crepitar de las llamas, la respiración rápida de quienes nos rodeaban, las maldiciones de Beron atrapado en ese apretado capullo de luz y agua.

Te quiero, dijo Rhys de nuevo.

Y relajé mi magia.

Las llamas de Beron explotaron como una flor que se abre y rebotaron inofensivas en el escudo que Rhys había levantado alrededor de nosotros.

No para protegernos de Beron.

Los otros altos lores estaban ya de pie.

—Fue así como atravesaste mis guardas de protección —murmuró Tarquin.

Beron jadeaba tan fuerte que parecía que podía vomitar fuego.

Y Helion se frotaba la mandíbula mientras se sentaba otra vez.

—Me preguntaba hacia dónde iría… ese minúsculo fuego. Tan pequeño como un pez con una sola escama. Pero de todos modos sentí que algo rozaba ese lugar vacío. —Una sonrisa irónica para Rhys—. No es de extrañar que la convirtieras en tu alta lady.

—La convertí en mi alta lady —dijo Rhys simplemente, quitando las manos de mi rostro, pero sin apartarse de mi lado— porque la amo. Su poder fue lo último que tuve en cuenta.

Yo estaba más allá de las palabras, más allá de los sentimientos básicos.

—¿Conocías sus poderes? —le preguntó Helion a Tamlin.

Este solo nos observaba a Rhys y a mí, con la declaración de mi compañero suspendida entre nosotros.

—No es asunto tuyo —fue todo lo que Tamlin le respondió a Helion. A todos ellos.

—El poder nos pertenece a nosotros. Creo que eso es así. —Beron estaba

furioso.

Mor le dirigió una mirada que habría hecho que los machos menores salieran corriendo.

La lady de Otoño se sujetaba el brazo, una mancha roja le marcaba la piel blanca como la luna. Pero ninguna señal de dolor en su cara.

—Lo siento —me disculpé, mientras recuperaba mi asiento.

Sus ojos se alzaron hacia los míos, redondos como platillos.

—No hables con ella, escoria humana —me espetó Beron.

Rhys atravesó el escudo de Beron, rompió su fuego, sus defensas.

Las atravesó como una piedra arrojada a una ventana, y golpeó a Beron con su poder oscuro y con tanta fuerza que se tambaleó en su asiento. Entonces su sillón se desintegró en polvo negro y brillante debajo de él.

Haciendo que Beron cayera sobre su trasero.

El brillante polvo de color ébano se alejó empujado por un viento fantasma, manchando la chaqueta carmesí de Beron. Puñados de ceniza quedaron pegados a su cabello castaño.

—Nunca más —le advirtió Rhys, metiéndose las manos en los bolsillos— vuelvas a hablarle así a mi pareja.

Beron se puso de pie, sin molestarse en sacudirse el polvo, y dijo sin dirigirse a nadie en particular:

—Esta reunión ha terminado. Espero que Hybern os masacre a todos vosotros.

Pero Nesta se levantó de su silla.

—Esta reunión no ha terminado.

Incluso Beron se detuvo ante su tono. Eris midió el espacio entre mi hermana y su padre.

Ella estaba de pie, erguida, un pilar de acero.

—Vosotros sois todo lo que hay —le dijo a Beron, a todos nosotros—. Sois todo lo que hay entre Hybern y el fin de todo lo que es bueno y decente. —Fijó la mirada en Beron, inquebrantable y feroz—. Tú luchaste contra Hybern en la última guerra. ¿Por qué te niegas a hacerlo ahora?

Beron no se dignó responder. Pero no se fue. Eris, sutilmente, hizo señas a sus hermanos para que se sentaran.

Nesta vio el gesto… y vaciló. Como si se diera cuenta de que en efecto contaba con su total atención. Que cada palabra importaba.

—Tú puedes odiarnos. No me importa si es así. Pero sí me importa si

permites que los inocentes sufran y mueran. Al menos defiéndelos a ellos. A tu pueblo. Pues Hybern hará un ejemplo de ellos. De todos nosotros.

—¿Y tú cómo sabes eso? —se burló Beron.

—Yo estuve dentro del Caldero —dijo Nesta en tono terminante—. Me mostró su corazón. Derribará el muro y matará a todos a ambos lados de él.

Verdad o mentira, no podría decirlo. El rostro de Nesta no revelaba nada. Y nadie se atrevió a contradecirla.

Miró a Kallias y a Viviane.

—Lamento la pérdida de esos niños. La pérdida de uno solo ya es repugnante. —Movió la cabeza en un gesto de horror—. Pero bajo el muro he visto a niños…, a familias enteras…, morir de hambre. —Me apuntó con la barbilla—. Si no fuera por mi hermana…, yo estaría entre ellos.

Me ardían los ojos, pero parpadeé para evitarlo.

—Demasiado tiempo —continuó Nesta—. Durante demasiado tiempo los humanos más allá del muro han sufrido y muerto mientras vosotros en Prythian prosperabais. No durante el… reinado de esa reina. —Se encogió, como si odiara incluso mencionar el nombre de Amarantha—. Sino mucho antes. Si vais a luchar por algo…, luchad ahora, para proteger a los que olvidasteis. Hacedles saber que no han sido olvidados. Solo esta vez.

Thesan se aclaró la garganta.

—Si bien es un sentimiento noble, los detalles del Tratado no exigían que nos ocupáramos de nuestros vecinos humanos. Solo había que dejarlos tranquilos. Así que obedecimos.

Nesta seguía de pie.

—El pasado es el pasado. Lo que importa es el camino por delante. Lo que importa es asegurarnos de que ningún niño…, fae o humano…, resulte lastimado. A vosotros se os ha confiado la protección de estas tierras. —Su mirada recorrió los rostros alrededor de ella—. ¿Cómo podéis no luchar por algo así?

Miró a Beron y a su familia cuando terminó. Solo la alta lady y Eris parecían estar considerando sus palabras…, impresionados, incluso, por la extraña y apasionada mujer que tenían ante ellos.

No encontré las palabras para transmitir lo que había en mi corazón. Cassian parecía sentir lo mismo.

Beron solo dijo:

—Lo consideraré.

Una mirada a su familia, y todos ellos desaparecieron.

Eris fue el último en transportarse; algo conflictivo bailaba en su rostro, como si ese no fuera el resultado que había planeado. O esperado.

Pero luego también él se fue y el espacio donde habían estado quedó vacío, salvo por ese polvo negro y brillante.

Lentamente, Nesta se sentó, su rostro otra vez frío…, como si fuera una máscara para ocultar lo que sintió tras la desaparición de Beron.

Kallias me preguntó en voz baja:

—¿Has dominado el hielo?

Hice un leve movimiento de cabeza.

—Por completo.

Kallias se frotó la cara cuando Viviane le puso una mano en el brazo.

—¿Eso supone alguna diferencia, Kal?

—No lo sé —admitió él.

Y así de rápido, esta alianza se desvaneció. Así de rápido…, por mi falta de control, por mi…

Habría sido esto o cualquier otra cosa —dijo Rhys desde donde estaba junto a mi sillón, con una mano jugando con el brillante tejido de la parte de atrás de mi vestido—. *Mejor ahora que más tarde. Kallias no romperá la alianza…, solo necesita pensarlo por su cuenta*.

Pero Tarquin dijo:

—Nos salvaste en Bajo la Montaña. Perder un núcleo de poder parece un pago digno.

—Parece que tuvo que utilizar mucho más que eso —argumentó Helion—, si ha estado a pocos segundos de ahogar a Beron a pesar de sus protecciones.

—Tal vez pude superarlos simplemente por haber sido transformada…, algo fuera de cualquier cosa que las guardas mágicas supieran reconocer.

El poder de Helion, cálido y claro, rozó el escudo, arrastrándose a través del aire entre nosotros. Como si estuviera probando una cuerda. Como si yo fuera un parásito succionándole su poder. Y que él cortaría con mucho gusto.

Thesan afirmó:

—Lo que está hecho, hecho está. Menos matarla… —El poder de Rhys atravesó la habitación ante esas palabras—…, no hay nada que podamos hacer.

Su tono no era del todo amable. Palabras de paz, sí, pero su tono era concreto. Como si, de no ser por Rhys y su poder, pensara atarme en un altar y abrirme para ver dónde estaba su poder y cómo recuperarlo.

Me quedé mirando a Thesan a los ojos. Luego a Helion. A Tarquin. A Kallias. Tal como había hecho Nesta.

—Yo no tomé tu poder. Me lo diste, junto con el don de mi vida inmortal. Estoy agradecida por ambas cosas. Pero ahora son mías. Y haré con ellas lo que quiera.

Mis amigos se habían puesto de pie, en ese momento en fila detrás de mí, con Nesta a mi izquierda. Rhys se colocó a mi derecha, pero no me tocó. Dejó que me ocupara yo sola, que los mirase a todos.

Hablé en voz baja, pero enérgica:

—Usaré estos poderes…, mis poderes…, para aplastar a Hybern y hacerlo pedazos. Los quemaré, los ahogaré y los congelaré. Voy a usar estos poderes para sanar a los heridos. Para destrozar y atravesar las guardas de Hybern. Ya lo he hecho antes y lo haré de nuevo. Y si piensas que el hecho de que yo posea un núcleo de tu magia es tu mayor problema, entonces es que tus prioridades están severamente desordenadas.

El orgullo flotó por el enlace. Los altos lores y sus séquitos no dijeron nada.

Pero Viviane asintió con un gesto, levantó la barbilla y se puso de pie.

—Voy a luchar contigo.

Cresseida se levantó un instante después.

—Yo también.

Ambas miraron a los varones de su corte.

Tarquin y Kallias se levantaron.

Luego Helion, sonriéndonos burlonamente a mí y a Rhys.

Y por último Thesan… Thesan y Tamlin, que ni siquiera respiraban mirándome, quienes apenas se habían movido o hablado en esos últimos minutos. Esa era la menor de mis preocupaciones, siempre y cuando todos estuvieran de pie.

Seis de siete. —Rhys rio entre dientes—. *No está mal, Rompemaldiciones. No está nada mal.*

Capítulo 47

Nuestra alianza no comenzó bien.

Aunque hablamos durante un buen par de horas después…, las disputas, las idas y venidas, continuaron. Con Tamlin allí, ninguno quería decir con qué fuerzas contaban, qué armas tenían, cuáles eran sus debilidades.

Cuando la tarde se convirtió en noche, Thesan empujó su sillón.

—Todos vosotros sois bienvenidos a pasar la noche y reanudar estas conversaciones por la mañana…, a menos que deseéis regresar a vuestros hogares.

Nos quedaremos —dijo Rhysand—. *Necesito hablar con algunos de los otros a solas*.

Efectivamente, los otros parecieron tener pensamientos similares, pues todos decidieron quedarse.

Incluso Tamlin.

Nos llevaron a las estancias que nos habían sido asignadas… La piedra de sol se convirtió en dorado profundo con el sol de la tarde. Tamlin fue acompañado el primero, por el mismo Thesan y un tembloroso asistente. Había decidido sabiamente no atacarnos ni a Rhys ni a mí durante el debate, aunque su negativa incluso a reconocer nuestra presencia no pasó inadvertida. Y cuando se fue, espalda tiesa y pasos firmes, no dijo una palabra. Bien.

Luego fue Tarquin, y después Helion. Hasta que solo quedábamos el grupo de Kallias y el nuestro.

Rhys se levantó de su asiento y se pasó una mano por el pelo.

—Eso ha estado bien. Parece que ninguno de nosotros ganó la apuesta sobre quién iba a empezar la pelea primero.

Azriel fijó la mirada en el suelo, con cara de piedra.

—Lo siento. —Sus palabras carecían de emoción… Fue distante.

Él no había hablado, apenas se había movido desde su salvaje ataque. Le había tomado treinta minutos a Mor dejar de temblar, después de eso.

—Se lo merecía —afirmó Viviane—. Eris es una mierda de personaje.

Kallias se volvió hacia su compañera con las cejas levantadas.

—¿Qué? —preguntó ella con una mano en el pecho—. Lo es.

—Sea como sea —dijo Kallias con humor frío—, la pregunta sigue siendo si Beron peleará con nosotros.

—Si todos los demás se están aliando —dijo Mor con voz ronca, sus primeras palabras en horas—, Beron se unirá. Es demasiado inteligente para arriesgarse a una alianza con Hybern y perder. Y estoy segura de que si las cosas van mal, fácilmente cambiará de bando.

Rhys asintió moviendo la cabeza, pero se dirigió a Kallias.

—¿Cuántos soldados tienes?

—No los suficientes. Amarantha hizo bien su trabajo. —De nuevo, esa oleada de culpa que pulsó en el lazo—. Tenemos al ejército que Viv comandó y escondió, pero no mucho más. ¿Y tú?

Rhys no reveló un susurro de tensión que vibraba en mí, como si fuera algo propio.

—Tenemos fuerzas considerables. En su mayoría legiones ilyrias. Y unos pocos miles de Portadores de Oscuridad. Pero vamos a necesitar a todos los soldados que puedan marchar.

Viviane fue hasta donde Mor permanecía sentada, todavía pálida, y puso las manos en los hombros de mi amiga.

—Siempre supe que pelearíamos juntas algún día.

Mor levantó lentamente sus ojos marrones. Pero dirigió la mirada a Kallias, quien parecía estar haciendo todo lo posible por no parecer preocupado. Mor miró al alto lord como si le dijera: «Yo me ocuparé de ella», antes de sonreírle a Viviane.

—Es casi suficiente para hacerme sentir mal por Hybern.

—Casi. —Viviane sonrió maliciosamente—. Pero no del todo.

Nos llevaron a una estancia construida alrededor de una lujosa sala de estar y un comedor privado. Todo tallado en esa piedra de sol, adornado con telas enjoyadas, grandes almohadones agrupados a lo largo de gruesas alfombras y rodeado de jaulas doradas llenas de pájaros de todas formas y tamaños. Yo había

visto pavos reales que se paseaban por los innumerables patios y jardines mientras atravesábamos la residencia de Thesan, algunos acicalándose en la sombra debajo de los árboles.

—¿Cómo pudo Thesan impedir que Amarantha destrozara este lugar? —le pregunté a Rhys mientras examinábamos la sala que se abría a la brumosa extensión de campo hasta muy lejos a nuestros pies.

—Es su residencia privada. —Rhys recogió las alas y se desplomó sobre un montón de almohadones de color esmeralda cerca de la oscura chimenea—. Probablemente la protegió de la misma manera que hicimos Kallias y yo.

Una decisión que pesaría mucho sobre ellos durante muchos siglos, no tenía dudas al respecto.

Pero miré a Azriel, en ese momento apoyado contra la pared junto a la ventana que llegaba hasta el techo, con sombras moviéndose alrededor de él. Incluso las aves en sus jaulas cercanas permanecían en silencio.

Hablé por el lazo.

¿Está bien?

Rhys cruzó las manos detrás de la cabeza, aunque su boca se endureció.

Probablemente no, pero si tratamos de hablar con él al respecto, solo será peor.

Mor estaba tendida en un sofá…, con un ojo cauteloso sobre Azriel. Cassian, sentado a su lado, sosteniéndole los pies en su regazo. Había elegido el lugar cercano a Azriel, justo entre ellos. Como si estuviera listo para meterse en su camino si fuera necesario.

Lo has manejado muy bien —dijo Rhys—. *Todo el asunto*.

¿A pesar de mi explosión?

Debido a tu explosión.

Lo miré a los ojos y percibí emociones que se arremolinaban en ellos mientras me sentaba en un sillón muy mullido cerca del montón de almohadones de mi compañero.

Ya sabía que eras poderoso, pero no me había dado cuenta de que tenías tanta ventaja sobre los demás.

Los ojos de Rhys se cerraron, aun cuando me dirigió una media sonrisa.

No estoy seguro de si incluso Beron lo sabía hasta hoy. Sospecharlo, tal vez, pero… ahora va a lamentar no haber encontrado una manera de matarme en la cuna.

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

Él sabe que Elain es la compañera de Lucien. Si hace un solo movimiento para dañarla, está muerto.

Una voluntad inflexible barrió las estrellas de sus ojos.

Yo misma lo mataré si lo hace. O lo retendré el tiempo suficiente para que tú puedas hacer el trabajo. Creo que disfrutaría viéndote.

Lo tendré en mente para tu próximo cumpleaños.

Tamborileé con los dedos sobre el brazo pulido del sillón, de madera tan suave como el cristal.

¿De verdad crees en la afirmación de Tamlin de que ha estado trabajando para nuestro lado?

Sí. —Un instante de silencio en el lazo—. *Y tal vez poco servicio le hicimos al ni siquiera considerar esa posibilidad. Incluso yo empecé a pensar que era tan solo un bruto guerrero*.

Me sentía cansada…, en mis huesos, incluso en mi aliento.

Pero ¿cambia algo?

De alguna manera, sí. En otros aspectos… —Rhys me observó—. *No. No, no cambia nada*.

Parpadeé, y me di cuenta de que había estado perdida en el lazo, pero vi a Azriel todavía junto a la ventana y a Cassian, que en ese momento le frotaba los pies a Mor. Nesta se había retirado a su habitación sin decir una palabra… y se quedó allí. Me pregunté si la partida de Beron, a pesar de sus palabras…, tal vez la había desanimado.

Me puse de pie y estiré los pliegues de mi brillante vestido. *Debería ir a ver a Nesta. Hablar con ella*.

Rhys se acurrucó más profundamente entre sus muchas almohadas y puso las manos detrás de la cabeza.

Nesta lo ha hecho bien hoy.

Mi orgullo revoloteó ante el elogio mientras yo cruzaba la habitación. Pero solo llegué hasta el arco del vestíbulo cuando se oyó un golpe en la puerta que daba al pasillo soleado. Me detuve, los sectores transparentes de mi vestido se movieron lanzando destellos como fuego azul pálido en una luz dorada.

—No abras —dijo Mor desde su sitio en el sofá—. Incluso con el escudo, no abras.

Rhys se puso de pie.

—Prudente —señaló, y pasó junto a mí hacia la puerta de entrada—, pero innecesario.

Abrió la puerta y apareció Helion…, solo.

El alto lord apoyó una mano en el marco de la puerta y sonrió.

—¿Cómo convenciste a Thesan para que te diera la mejor vista?

—Él considera que mis varones son más hermosos que los tuyos, creo.

—Yo creo que las alas son un fetiche para él.

Rhys se echó a reír y abrió más la puerta, haciéndole señas para que entrara.

—Tú realmente has dominado la actuación de ostentación sexual, por cierto. Realizada como un experto.

La túnica de Helion se balanceaba con sus graciosos pasos, deslizándose sobre los muslos. Me vio de pie junto a la mesa redonda en el centro del vestíbulo y se inclinó profundamente.

—Disculpas por el acto bastardo —me dijo—. Viejos hábitos y todo eso.

Ahí estaba…, la diversión y la alegría en sus ojos de color ámbar. La misma ligereza que llevaba a mi propio resplandor cuando me pierdo en la pura dicha. Helion frunció el ceño mirando a Rhys.

—Hoy has tenido un comportamiento agradable sorprendente. Yo hubiera apostado que Beron estaría muerto al final del asunto… No puedes imaginar mi sorpresa cuando ha salido vivo.

—Mi compañera sugirió que jugaría en nuestro favor mostrarnos como realmente somos.

—Bueno, ahora me veo tan mal como Beron. —Pasó a mi lado y me hizo un guiño cuando se dirigió a la sala de estar. Sonrió a Azriel—. El momento en que le entregabas a Eris será mi nueva fantasía para la noche, por cierto.

Azriel ni siquiera se molestó en mirar por encima del hombro al alto lord. Pero Cassian resopló.

—Me preguntaba cuándo empezarían las insinuaciones eróticas.

Helion se arrojó al sofá frente a Cassian y Mor. Había abandonado esa corona radiante en alguna parte, pero conservaba el brazalete de oro de la serpiente erguida.

—Han pasado ya… ¿cuántos?, cuatro siglos, y vosotros tres todavía no habéis aceptado mi ofrecimiento.

Mor volvió la cabeza hacia un lado.

—No me gusta compartir, por desgracia.

—Nunca se sabe hasta que lo intentas —ronroneó Helion.

Los tres en la cama…, ¿con él? Debí de parpadear como una tonta porque Rhys me dijo:

Helion gusta tanto de varones como de hembras. Por lo general juntos en su cama. Y ha estado persiguiendo a ese trío durante siglos.

Consideré… la belleza de Helion y la de los demás…

¿Por qué demonios no han dicho que sí?

Rhys soltó una carcajada que hizo que todos lo miraran con las cejas levantadas.

Mi compañero se me acercó por detrás, deslizó los brazos alrededor de mi cintura y estampó un beso en mi cuello.

¿Te gustaría que alguien se uniera a nosotros en la cama, querida Feyre?

La piel se tensó sobre mis huesos por el tono, por la sola sugerencia.

Eres incorregible.

Creo que te gustaría que dos hombres te adoraran.

Los dedos de mis pies se curvaron al pensarlo.

Mor se aclaró la garganta.

—Sea lo que sea lo que vosotros os estáis diciendo mente a mente, o bien lo compartís, u os vais a otra habitación; así no tendremos que estar sentados aquí, impregnándonos con vuestros aromas.

Saqué la lengua. Rhys se rio de nuevo y me besó en el cuello una vez más antes de hablar.

—Mis disculpas por ofender tu delicada sensibilidad, prima.

Me aparté de su abrazo, de ese contacto que todavía me mareaba de tal modo que todo pensamiento básico se hacía difícil, y busqué un asiento junto al sofá de Mor y de Cassian.

—¿Están listas tus fuerzas? —le preguntó Cassian a Helion.

La mirada risueña de Helion se desvaneció… para tomar la forma de su duro y calculador exterior.

—Sí. Van a encontrarse con las tuyas en los Myrmidons.

Ese es el nombre de la cordillera que compartimos en nuestra frontera. Antes se había negado a divulgar dicha información.

—Bien —dijo Cassian, frotando el arco del pie de Mor—. De allí avanzaremos hacia el sur.

—¿Y dónde va a estar el campamento final? —quiso saber Mor, retirando el pie de las manos de Cassian. Helion recorrió la curva de la pierna desnuda de mi amiga, los ojos de color ámbar un poco vidriosos al encontrarse con los suyos.

Mor no se apartó de la encendida mirada. Y una especie de conciencia aguda pareció apoderarse de ella, como si cada nervio de su cuerpo estuviera alerta. No

me atreví a mirar a Azriel.

Seguramente había varios escudos alrededor de la habitación, alrededor de cada grieta y abertura por donde podía haber ojos y oídos atentos acechando, porque Cassian dijo:

—Nos unimos a las fuerzas de Thesan y finalmente formamos el campamento en la frontera suroeste de Kallias…, cerca de la Corte Verano.

Helion apartó la mirada de Mor el tiempo suficiente para preguntarle a Rhys:

—Tú y el hermoso Tarquin habéis tenido un momento hoy. ¿Realmente crees que se unirá a nosotros?

—Si quieres decir en la cama, por supuesto que no —dijo Rhys con una sonrisa torcida mientras volvía a tumbarse sobre sus muchos almohadones—. Pero si quieres decir en esta guerra… Sí. Creo que quiere pelear. Beron, por otra parte…

—Hybern está prestando atención al sur —lo interrumpió Helion—. E independientemente de lo que tú creas que Tamlin está haciendo, la Corte Primavera está ocupada en su mayor parte. Beron tiene que darse cuenta de que su corte será un campo de batalla si no se une a nuestras fuerzas para avanzar hacia el sur, especialmente si Verano se ha unido a nosotros.

Lo que quería decir que la Corte Primavera y las tierras humanas iban a soportar el peso de las batallas.

—Pero ¿Beron está dispuesto a escuchar razones?

Helion golpeteó con un dedo el brazo tallado de su sofá.

—Hizo algunos juegos y componendas durante la otra guerra y le costó caro. Su pueblo todavía recuerda esas decisiones…, esas pérdidas. Su propia maldita esposa lo recuerda.

Helion había mirado repetidamente a la alta lady de Otoño durante la reunión. Le pregunté, con cuidado y sin darle importancia:

—¿Qué quieres decir?

Mor negó con la cabeza, no por lo que yo había dicho, sino por lo que ocurrió.

Helion fijó toda su atención en mí. Requirió todo un esfuerzo no ceder al peso de su mirada, de esa tremenda intensidad. Su cuerpo musculoso era solo una máscara… para esconder su mente astuta. Me preguntaba si Rhys había notado eso en él.

Helion cruzó las piernas.

—Las dos hermanas mayores de la alta lady de la Corte Otoño fueron… —

Buscó una palabra—. Masacradas. Atormentadas y luego asesinadas, durante la guerra.

Bloqueé el recuerdo de los gritos de Nesta, de los sollozos de Elain mientras eran arrastradas hacia ese Caldero.

Las tías de Lucien. Muertas antes de que él existiera. ¿Su madre le había contado esa historia?

Rhys me explicó:

—Las fuerzas de Hybern se esparcían por todas nuestras tierras en ese momento.

Helion apretó la mandíbula.

—La alta lady de la Corte Otoño fue enviada a permanecer con sus hermanas, y sus hijos más pequeños fueron confiados a otros parientes. Para diluir la línea de sangre. —Se pasó una mano por el pelo negro como de marta cibelina—. Hybern atacó su propiedad. Sus hermanas le consiguieron tiempo para huir. No porque estuviera casada con Beron, sino porque se querían. Fieramente. Ella intentó quedarse, pero la convencieron de que se fuera. Así que lo hizo…, corrió y corrió, pero las bestias de Hybern eran todavía más rápidas. Más fuertes. La acorralaron en un barranco, donde quedó atrapada en lo alto de un saliente, con las bestias haciendo chasquear los dientes a sus pies.

No habló durante un largo rato.

Demasiados detalles. Él conocía tantos detalles…

—Tú la salvaste —le dije en voz baja—. La encontraste, ¿verdad?

Una diadema de luz pareció flotar sobre aquel espeso cabello negro.

—Así fue.

Había suficiente peso, enojo y algo más en esas dos palabras del alto lord de Día.

—¿Qué pasó?

Helion no me hizo desviar la mirada.

—Destruí a las bestias con mis manos desnudas.

Un escalofrío me corrió por la columna vertebral.

—¿Por qué?

Podría haberlo terminado de mil maneras diferentes. Maneras más fáciles. Formas más limpias.

Las manos ensangrentadas de Rhys después del ataque de los cuervos me vinieron a la mente.

Helion ni siquiera se movió en su asiento.

—Ella era todavía joven…, aunque había estado casada con ese hombre encantador durante casi dos décadas. Casada demasiado joven; el matrimonio fue arreglado cuando tenía veinte años.

Veinte años…, tan jóvenes. Casi tan joven como Mor cuando su propia familia trató de casarla con Eris.

—¿Y eso qué? —Una pregunta peligrosa y burlona.

Y sus ojos se encendieron al escucharla, brillaron como soles.

Pero fue Mor quien habló finalmente.

—Una vez oí un rumor, Helion, que decía que ella esperó antes de aceptar ese matrimonio. Por alguien a quien había conocido por casualidad en un baile de equinoccio el año anterior.

Traté de no parpadear, de no dejar que nada de mi creciente interés saliera a la superficie.

El fuego cubrió las brasas y Helion lanzó una media sonrisa en dirección a Mor.

—Interesante. Oí decir que su familia quería vínculos internos con el poder, y que no le dieron otra opción antes de venderla a Beron.

Venderla. Las fosas nasales de Mor temblaron. Cassian le pasó una mano por detrás del cabello. Azriel ni siquiera se volvió de su vigilia junto a la ventana, aunque yo habría jurado que sus alas recogidas se apretaban un poco más.

—Lástima que sean solo rumores —intervino Rhys con voz suave— y no pueden ser confirmados por nadie.

Helion simplemente jugaba con el brazalete de oro en su esculpido brazo y giró la serpiente al centro de su bíceps. Pero frunció las cejas.

—¿Beron sabe que salvaste a su esposa en la guerra? —Él no había dicho nada de eso durante la reunión.

Helion soltó una risa oscura.

—Por el Caldero, no. —Había en sus palabras un humor irónico, de complicidad, que hizo que me irguiera.

—¿Tuviste… algo con ella después de que la rescataste?

La risa divertida simplemente se agrandó, y Helion se puso un dedo sobre los labios en señal de advertencia.

—Cuidado, alta lady, hasta las aves informan a Thesan aquí.

Fruncí el ceño mirando a los pájaros enjaulados por toda la habitación, todavía en silencio ante la presencia sombría de Azriel.

Levanté escudos alrededor de ellos, dijo Rhys por el lazo.

—¿Cuánto duró el asunto? —pregunté. Esa mujer distante…, yo no podía imaginarlo.

Helion resopló.

—¿Es esa una pregunta educada para que la haga una alta lady?

Pero la forma en que hablaba, esa sonrisa…

Esperé, usando el silencio para empujarlo a que continuara.

Helion se encogió de hombros.

—Con intermitencias, duró algunas décadas. Hasta que Beron se enteró. Dicen que la alta lady era todo brillo y sonrisas antes de eso. Y después de que Beron terminara con ella… Ya viste en lo que se ha convertido.

—¿Qué le hizo?

—Las mismas cosas que hace ahora. —Helion agitó una mano—. La humilla. Le deja moretones donde nadie salvo él puede verlos.

Apreté los dientes.

—Si eras su amante, ¿por qué no lo detuviste?

Eso era lo que no había que decir. Un absoluto error, por la furia oscura que onduló en el rostro de Helion.

—Beron es un alto lord y ella es su esposa, madre de sus hijos. Ella decidió quedarse. Lo decidió. Y con los protocolos y reglas existentes, alta lady, uno descubre que la mayoría de las situaciones como esa en la que estaba metido no terminan bien para los que interfieren.

No retrocedí, no me disculpé.

—Hoy apenas la has mirado.

—Tenemos asuntos más importantes entre manos.

—¿Beron nunca te acusó por eso?

—Hacerlo públicamente habría sido admitir que su «posesión» lo hizo quedar como un tonto. Así que continuamos con nuestra pequeña danza, siglos después. —De alguna manera dudé que, bajo ese pícaro encanto e irreverencia, Helion sintiera que era una danza en absoluto.

Pero si había terminado hacía siglos, y ella nunca lo volvió a ver, ¿por qué dejó que Beron la tratara de manera tan abominable…?

Sea cual sea la conclusión a la que hayas llegado —dijo Rhys—, *será mejor que dejes de mostrarte tan sorprendida por ella.*

Forcé una sonrisa.

—Vosotros, altos lores, realmente amáis vuestro propio melodrama, ¿verdad?

La sonrisa de Helion no llegó a sus ojos. Pero Rhys preguntó:

—En tus bibliotecas, ¿alguna vez has encontrado una mención de cómo podría ser reparado un muro?

Helion empezó a preguntar por qué queríamos saber qué estaba haciendo Hybern con el Caldero… Y Rhys le dio respuestas, fácil y suavemente.

Mientras hablábamos, dije por el lazo:

Helion es el padre de Lucien.

Rhys guardó silencio. Luego…

Sagrado infierno ardiente.

Su sorpresa fue una estrella fugaz entre nosotros.

Dejé que mi mirada saltara por la habitación, la mitad prestando atención a las reflexiones de Helion sobre el muro y cómo repararlo; luego me atreví a estudiar al alto lord por un instante.

Míralo. La nariz es la misma. La sonrisa. La voz. Incluso la piel de Lucien es más oscura que la de sus hermanos. Un marrón dorado en comparación con el color pálido de los otros.

Eso explicaría por qué su padre y sus hermanos lo detestan tanto, por qué lo han atormentado toda su vida.

Mi corazón se estremeció ante eso.

Y por qué Eris no quería que muriera. Él no era una amenaza para el poder de Eris: para su trono. —Tragué saliva—. *Helion no tiene ni idea, ¿verdad?*

Parece que no.

El hijo predilecto de la alta lady de la Corte Otoño, no solo por la propia bondad de Lucien. Sino también porque era el niño que había soñado tener… con el macho a quien indudablemente amaba.

Beron debió de descubrir el romance cuando ella estaba embarazada de Lucien.

Probablemente sospechaba, pero no había manera de demostrarlo…, y más si ella estaba compartiendo su cama con él también. —El desagrado de Rhys era un regusto en mi boca—. *No me cabe duda de que Beron pensó en matarla por la traición, e incluso después.*

Cuando Lucien podría pasar como su propio hijo… lo suficiente para hacerlo dudar acerca de quién había engendrado a su último hijo.

Concentré mis pensamientos alrededor de eso: Lucien no era hijo de Beron, sino de Helion.

Aunque su poder es fuego. Pensaron que el título de Beron podría pasar a él.

La familia de su madre es poderosa…, por eso Beron quería una novia de

esa línea. El don podría ser suyo.

¿Nunca sospechaste?

Ni una sola vez. Me mortifica no haberlo considerado siquiera.

¿Qué significa esto?

Nada…, en última instancia, nada. Aparte del hecho de que Lucien podría ser el único heredero de Helion.

Y eso… eso no cambiaba nada en esta guerra. Especialmente con Lucien en el continente, persiguiendo a esa reina encantada. Un pájaro de llamas… y un lord de fuego. Me preguntaba si ya se habrían encontrado el uno con el otro.

Una puerta se abrió y se cerró en el vestíbulo, y me preparé cuando Nesta apareció. Helion hizo una pausa en sus consideraciones sobre el muro para examinarla cuidadosamente, como había hecho antes.

Destructor de Hechizos. Ese era su título.

Ella lo miró con su habitual desdén.

Pero Helion le hizo la misma reverencia que me había hecho a mí, aunque su sonrisa estaba adornada con tanta sensualidad que fue suficiente para que hasta mi corazón se acelerara un poco. No era de extrañar que la alta lady de Otoño no hubiera tenido ninguna oportunidad de evitarlo.

—No creo que hayamos sido presentados —le susurró a Nesta—. Soy…

—No me importa —replicó Nesta con un movimiento displicente de la muñeca. Pasó junto a él para llegar a mi lado—. Me gustaría hablar contigo —me dijo—. Ahora.

Cassian se estaba mordiendo los nudillos para no reírse…, ante la sorpresa y la conmoción en la cara de Helion. No era algo que le ocurriera todos los días, supongo, que alguien de un sexo u otro lo rechazara de manera tan absoluta. Le dirigí al alto lord una mirada de disculpa a medias y llevé a mi hermana fuera de la habitación.

—¿De qué se trata? —le pregunté cuando Nesta y yo entramos en su dormitorio, un espacio adornado de seda rosa y oro, con toques de marfil dispersos por todos lados. La suntuosidad del lugar hacía que nuestros diversos hogares dieran vergüenza.

—Tenemos que irnos —dijo Nesta—. Ahora mismo.

Todos mis sentidos se pusieron en alerta.

—¿Por qué?

—Siento que algo anda mal. Algo no va nada bien.

La estudié. El cielo estaba despejado más allá de las altas ventanas.

—Rhys y los demás lo habrían percibido. Probablemente estás percibiendo toda la energía reunida aquí.

—Algo anda mal —insistió Nesta.

—No dudo de que te sientas así, pero… si ninguno de los otros lo está percibiendo…

—No soy como los otros. —Su garganta se movió al tragar—. Tenemos que irnos.

—Puedo enviarte de vuelta a Velaris, pero tenemos cosas que discutir aquí…

—No me preocupo por mí…

La puerta se abrió y Cassian entró, con gesto grave en la cara. La vista de las alas, la armadura ilyria en esa opulenta habitación llena de tonos rosa se metió en mi mente, la pintura ya tomando forma, cuando él preguntó:

—¿Qué está ocurriendo de malo?

Estudió cada centímetro de ella. Como si no hubiera nada ni nadie más ahí.

Yo respondí en su lugar:

—Ella siente que algo está fuera de… Dice que tenemos que partir de inmediato.

Esperé su rechazo, pero Cassian inclinó la cabeza.

—¿Qué, exactamente, siente que está mal?

Nesta estaba tensa, con la boca fruncida mientras sopesaba el tono de Cassian.

—Percibo como si hubiera… miedo. La sensación de que… de que me he olvidado de algo, pero no puedo recordar qué.

Cassian la miró un momento más.

—Se lo diré a Rhys.

Y así lo hizo.

En unos momentos, Rhys, Cassian y Azriel habían desaparecido, dejando a Mor y a Helion en alerta. Esperé con Nesta. Cinco minutos. Diez. Quince.

Treinta minutos más tarde, regresaron negando con las cabezas. Nada.

Ni en el palacio, ni en las tierras que lo rodean, ni en los cielos arriba ni en la tierra abajo. No en kilómetros y kilómetros. Nada. Rhys incluso consultó con Amren, y no encontró nada malo en Velaris… Elain, afortunadamente, estaba sana y salva.

Ninguno de ellos, sin embargo, fue lo bastante estúpido para sugerir que Nesta se lo había inventado. No con ese poder de otro mundo en sus venas. O que tal vez el temor era un efecto residual del tiempo que pasó en Hybern. Como

el aplastante pánico que yo luchaba por afrontar, que aún me acechaba algunas noches.

Así que nos quedamos. Cenamos en nuestro comedor privado con Helion, que se unió a nosotros. Ninguna señal de Tarquin ni de Thesan… y ciertamente tampoco de Tamlin.

Kallias y Viviane aparecieron a mitad de la comida, y Mor sacó a Cassian de su asiento para dejar espacio a su amiga. Ellas charlaron y chismorrearon, a pesar de que Mor seguía echándole miradas a Helion.

Y el alto lord de Día seguía mirándola a ella.

Azriel apenas habló, y aquellas sombras continuaban aún sobre sus hombros. Mor casi ni lo miró.

Comimos y bebimos durante horas, hasta que la noche estuvo arriba. Y aunque Rhys y Kallias parecieran tensos, precavidos uno con el otro…, al finalizar la cena al menos estaban hablando.

Nesta fue la primera en abandonar la mesa, aún cautelosa y preocupada. Los otros hicieron un control final de los terrenos antes de meterse entre las sábanas de seda de nuestras camas suaves como nubes.

Rhys y yo dejamos a Mor y a Helion hablando rodilla con rodilla en los almohadones de la sala de estar. Viviane y Kallias hacía rato que habían regresado a su habitación. Y yo no tenía ni idea de adónde había ido Azriel…, ni Cassian, dicho sea de paso.

Y cuando salí de lavarme en el baño de marfil y oro, el profundo murmullo de Helion y la risa sensual de Mor se oyeron en el pasillo… cuando pasaron por delante de nuestra puerta, y luego la puerta de la habitación de ella crujió al abrirse y cerrarse…

Las alas de Rhysand estaban dobladas firmemente mientras miraba las estrellas por las ventanas del dormitorio. Más tranquilo y más pequeño aquí, de alguna manera.

—¿Por qué?

Él sabía lo que yo quería decir.

—Mor se asusta. Y lo que Az ha hecho hoy la ha asustado mucho.

—¿La violencia?

—La violencia como resultado de lo que él siente: culpa persistente por el trato infligido por Eris… y por aquello a lo que ninguno de ellos se va a enfrentar.

—¿No crees que ha sido suficiente? ¿Y que llevarse a Helion a la cama es

probablemente lo peor que podía hacer?

Pero no me cabía duda de que Helion necesitaba una distracción tanto como Mor. De pensar demasiado tiempo en las personas que amaban… pero no podían tener.

—Mor y Azriel han tenido amantes a lo largo de los siglos —dijo, moviendo un poco las alas—. La única diferencia aquí es la gran proximidad.

—Tú pareces sentirte muy bien con esto.

Rhys miró por encima del hombro hacia donde estaba yo, al pie de la enorme cama de marfil cuya cabecera se había tallado como una superposición de nenúfares.

—Es su vida…, es su relación. Ambos han tenido muchas oportunidades para confesarse lo que sienten. Pero no lo han hecho. Mor especialmente. Por razones privadas de ella, no tengo dudas. Mi intromisión no va a conseguir que sea mejor.

—Pero… pero él la ama. ¿Cómo puede quedarse sin hacer nada?

—Azriel piensa que ella es más feliz sin él. —Sus ojos brillaron con el recuerdo… de su propia decisión de apartarse—. Piensa que es indigno de ella.

—Parece una característica ilyria.

Rhys resopló y volvió a mirar las estrellas. Me acerqué a él y puse el brazo alrededor de su cintura. Él me rodeó los hombros con el suyo mientras yo apoyaba la cabeza en su pecho. Un instante más tarde, su ala se curvó alrededor de mí, envolviéndome en su tibia sombra.

—Llegará el día en que Azriel tendrá que decidir si va a luchar por ella o va a dejarla ir. Y no será porque algún otro macho la insulte o se la lleve a la cama.

—¿Y qué hay de Cassian? Él está involucrado… y permite estos disparates.

Una sonrisa irónica.

—Cassian tendrá que decidir algunas cosas, también. En un futuro cercano, creo.

—¿Están él y Nesta…?

—No lo sé. Hasta que el lazo quede en su lugar, puede ser difícil de detectar. —Rhys tragó saliva una vez, la mirada fija en las estrellas. Yo simplemente esperé—. Tamlin todavía te quiere, ¿sabes?

—Lo sé.

—Ese ha sido un encuentro feo.

—Todo ha sido feo —dije. Lo que Beron y Tamlin sacaron a relucir con Amarantha, lo que Rhys se había visto obligado a revelar…—. ¿Estás bien? —

Todavía podía sentir la humedad de su mano sobre la mía cuando él habló de lo que había hecho Amarantha.

Me pasó el pulgar por el hombro.

—No fue… fácil —afirmó—. Creí que iba a vomitar por todo el suelo.

Me apreté contra él un poco más fuerte.

—Siento que tuvieras que compartir esas cosas… Lo siento…, lo siento por todo eso, Rhys. —Respiré su aroma y lo llevé profundamente hasta mis pulmones. Lo habíamos exteriorizado—. Y sé que probablemente no significa nada, pero… estoy orgullosa de ti. Que fueras tan valiente como para decírselo.

—Por supuesto que significa —dijo en voz baja—. Que te sientas así acerca de mí…, acerca de lo de hoy. —Me besó en la sien, y el calor se hizo sentir a lo largo del lazo—. Significa… —Su ala me acogió con más fuerza—. No encuentro las palabras para decirte lo que significa. —Pero cuando ese amor, esa alegría y esa luz impregnaron el lazo… lo entendí.

Me miró intensamente.

—¿Y tú… estás bien?

Metí más la cabeza en su pecho.

—Solo me siento… cansada. Triste. Triste de que todo se volviera tan desagradable…, y aun así… aun así furiosa por todo lo que me pasó a mí, a mis hermanas. Yo… —Dejé escapar un largo suspiro—. Cuando regresé a la Corte Primavera… —Tragué indecisa—. Busqué… busqué sus alas.

Rhys se quedó totalmente inmóvil y le cogí la mano, apretando con fuerza mientras él decía:

—¿Las encontraste? —Sus palabras fueron apenas una ráfaga de aire.

Negué con la cabeza, pero antes de que el dolor en su rostro pudiera aumentar dije:

—Supe que las había quemado… hacía mucho tiempo.

Rhys no dijo nada durante un momento prolongado, la atención vuelta hacia las estrellas.

—Gracias por pensar siquiera…, por arriesgarte a buscarlas. —La única huella…, los horribles restos…, de su madre y de su hermana—. Yo no… Me alegra que las haya quemado —admitió Rhys—. Yo podría haberlo matarlo por tantas cosas, y sin embargo… —Se frotó el pecho—. Me alegra que les haya ofrecido esa paz, al menos.

Asentí con la cabeza.

—Lo sé. —Pasé el pulgar por el dorso de su mano. Y tal vez por la pura y

total quietud, confesé—: Me resulta extraño compartir una habitación, una cama, contigo bajo el mismo techo que él.

—Puedo imaginarlo.

En algún lugar de este palacio, Tamlin estaba acostado en la cama…, muy consciente de que estaba a punto de entrar en esto con Rhysand. El pasado se enredaba y gruñía, y yo susurré:

—No creo… no creo que pueda tener sexo aquí. Con él tan cerca. —Rhys se quedó en silencio—. Lo siento si…

—No tienes que disculparte. Nunca.

Levanté la vista y encontré su mirada en mí, no enojado ni frustrado, sino… triste. Sabiéndolo.

—Pero quiero compartir esta cama contigo. —Inspiré fuerte—. Quiero que me abraces.

Las estrellas volvieron a la vida en sus ojos.

—Siempre —me prometió, besándome la frente. Sus alas en ese momento me envolvieron completamente—. Siempre.

Capítulo 48

Helion se deslizó fuera de la habitación de Mor antes de que estuviésemos despiertos…, aunque yo los oí durante toda la noche. Tanto como para que Rhys pusiera un escudo alrededor de nuestra habitación. Azriel y Cassian no regresaron de lo que fuera que estuvieran haciendo.

De todos modos, Mor, cuando tomaba su desayuno, no parecía una mujer que hubiera estado haciendo piruetas con un hermoso alto lord. Había algo vacío en sus ojos castaños, una palidez en su piel habitualmente dorada.

Cassian, al fin, entró con paso firme, y saludó alegremente a Mor.

—Tienes un aspecto terrible… ¿Helion te mantuvo despierta toda la noche?

Ella le arrojó la cuchara. Luego las gachas de avena.

Cassian atrapó la primera y esquivó lo otro; su Sifón ardía como una brasa encendida. La avena cocida cayó al suelo.

—Helion quería que te unieras —replicó ella con suavidad, mientras se servía otra taza de té—. Tenía muchas ganas.

—Tal vez la próxima vez —dijo Cassian, dejándose caer en el asiento a mi lado.

»¿Cómo está tu hermana?

—Ella parecía estar bien…, aunque todavía preocupada. —No le pregunté dónde habían estado toda la noche él y Azriel. Aunque solo fuera porque no estaba segura de si Mor querría oír la respuesta.

Cassian se servía de las fuentes de frutas y pasteles, frunciendo el ceño ante la falta de carne.

—¿Listos para otro día lleno de discusiones y conspiraciones?

Mor y yo gruñimos. Rhys entró, el cabello todavía húmedo del baño, y sonrió.

—Esa es la actitud.

A pesar del día lleno de fatigas que nos esperaba, sonreí a mi compañero.

Me había abrazado toda la noche, yo acurrucada contra su pecho y su ala envolviéndome. Un tipo de intimidad diferente del sexo, más profunda. Nuestras almas entrelazadas, abrazándose con fuerza.

Me desperté con su ala todavía sobre mí, su aliento haciéndome cosquillas en la oreja. Se me cerró la garganta cuando me detuve a observar su rostro dormido, mi pecho tenso hasta el punto del dolor. Yo era muy consciente de lo salvajemente que lo amaba, pero al mirarlo en ese momento…, lo sentí en cada poro de mi cuerpo, lo sentí como si pudiera aplastarme, consumirme. Y la próxima vez que alguien lo insultara…

Ese pensamiento seguía rondando por mi mente mientras terminábamos el desayuno, nos vestíamos y volvíamos a la cámara en lo alto del palacio. Para empezar a darle forma a la columna vertebral de esta alianza.

Usé la corona del día anterior, pero cambié mi vestido de Caída de las Estrellas por uno negro brillante, hecho de seda de color ébano compacto, y sobre él, gasa reluciente como obsidiana. La falda flotaba detrás de mí, las apretadas mangas mantenidas en su lugar con un lazo alrededor de mi dedo medio unido a un anillo de ónix. Si yo fuera una estrella caída la noche anterior, ese día, el misterioso vendedor de paños de Rhys me habría convertido en la Reina de la Noche.

Mis otros compañeros se habían vestido con el mismo cuidado.

El día anterior habíamos sido nosotros mismos, abiertos, amables y cuidadosos.

En ese momento les enseñábamos a las otras cortes lo que íbamos a desatar sobre nuestros enemigos. De lo que seríamos capaces en caso de ser provocados.

Helion se mostraba de nuevo con su afilada y arrogante distancia, descansando en su sillón cuando entramos en esa preciosa cámara en lo alto de una de las muchas torres doradas del palacio. Le dirigió a Mor una mirada más larga, los labios curvados en una sensual diversión. Estaba resplandeciente, ese día con vestimentas de color cobalto con bordes de oro que contrastaban con su piel marrón reluciente, y sandalias de oro en los pies. Azriel, con sombras flotando desde sus hombros y hasta el suelo, lo ignoró cuando pasó. Y el cantor

de sombras no mostró ni un chispazo de emoción al ver a Mor cuando nos encontramos en el vestíbulo.

Ella no le preguntó dónde había estado toda la noche y la mañana, y Azriel tampoco dijo nada. Pero no parecía inclinado a ignorarla, al menos. No, él acababa de regresar a su habitual silencio vigilante y Mor se había contentado con dejarlo hacer, sintiéndose un tanto aliviada tan pronto como Azriel se volvió para conducirnos a la reunión, probablemente después de haber revisado el lugar hacía algunos minutos.

Thesan fue la única persona que se molestó en saludarnos cuando pasamos a través de ese arco cubierto de glicinas, y echó un vistazo a nuestras vestiduras y a nuestras caras para luego murmurar una oración al Caldero. Su amante, vestido con su armadura de capitán una vez más, nos miró de arriba abajo y sus alas vibraron un poco, pero se mantuvo sentado con los otros peregryns.

Tamlin llegó el último y paseó la mirada sobre todos nosotros mientras se sentaba. Yo ni me molesté en reconocer su presencia.

Y Helion no esperó a que Thesan hiciera una señal para que comenzara. Él se limitó a cruzar las piernas y dijo:

—He revisado con detenimiento los mapas y las cifras que has reunido, Tamlin.

—¿Y? —soltó este. Las cosas irían increíblemente bien, entonces.

—Y —respondió Helion, sin el menor rastro de la risa fácil de varón jugueteando de la noche anterior—, si puedes reunir tus fuerzas con rapidez, tú y Tarquin podríais ser capaces de mantener la línea de frente el tiempo suficiente para que el resto de nosotros pudiéramos traer a las huestes más numerosas.

—No es tan fácil —dijo Tamlin entre dientes—. Un tercio de ellos se marchó. —Me echó una mirada furiosa—. Después de que Feyre destruyera su fe en mí.

Yo había hecho eso… dominada por mi furia, mi necesidad de venganza… No había pensado a largo plazo. No había considerado que tal vez podríamos necesitar ese ejército. Pero…

Nesta soltó un ruido ahogado, agudo, y se levantó de su asiento.

Me lancé hacia ella, casi tropezando con las faldas de mi vestido al tiempo que ella se tambaleaba hacia atrás, con una mano en el pecho.

Otro paso la habría llevado a tropezar con el espejo de agua, pero Mor saltó hacia delante, agarrándola.

—¿Qué pasa? —le preguntó Mor, abrazando a mi hermana mientras su cara

se contorsionaba con lo que parecía ser… dolor. Confusión y dolor.

El sudor se acumulaba en la frente de Nesta mientras su cara se volvía mortalmente pálida.

—Algo… —Interrumpió lo que iba a decir por un gemido bajo. Las piernas se le aflojaron y Mor la sostuvo, escudriñando su rostro. Cassian estuvo al instante allí, con una mano en la espalda de ella, los dientes descubiertos ante la amenaza invisible.

—Nesta —dije, acercándome.

Ella se estremeció y luego se retorció junto a Cassian para vaciar el estómago en el espejo de agua.

—¿Veneno? —preguntó Kallias, empujando a Viviane detrás de él. Ella simplemente evadió su brazo. Tamlin permaneció sentado con la mandíbula apretada, supervisándonos a todos.

Pero Helion y Thesan caminaron hacia delante, sombríos y concentrados. El poder de Helion flotaba alrededor de él como cegadoras y brillantes luciérnagas que volaban hacia mi hermana para aterrizar suavemente sobre ella.

Thesan, deslumbrante de oro y rosado, puso una mano sobre el brazo de Nesta. La curación.

—Nada —dijeron ambos a la vez.

Nesta apoyó la cabeza en el hombro de Mor, la respiración desgarrada.

—Algo está mal —se las arregló para decir—. No conmigo. No conmigo.

Sino con el Caldero.

Rhys mantenía una especie de conversación silenciosa con Azriel y Cassian, y este vigilaba cada respiración de mi hermana. Y los dos ilyrios asintieron con la cabeza a Rhys para luego acercarse a las ventanas abiertas… y salir volando.

Nesta gemía y su cuerpo se tensó como si fuera a volver a vomitar. Y entonces lo sentimos.

Un estremecimiento en toda la tierra. A través del aire, de las piedras, del verde, de todo lo que crece.

Como si un gran dios soplara su aliento sobre la tierra.

Luego llegó el impacto.

Rhys se lanzó sobre mí tan rápido que no me di cuenta del todo de que la montaña misma temblaba, de que el edificio se tambaleaba. Caímos sobre las piedras mientras llovían escombros y sentí que él se preparaba para transportarnos…

Entonces se detuvo.

Los gritos subían desde el valle. Pero el silencio reinaba en el palacio. Entre nosotros.

Nesta volvió a vomitar, y Mor la dejó caer al suelo esta vez.

—¿Qué diablos…? —comenzó a decir Helion.

Pero Rhys apartó su cuerpo del mío, su rostro bronceado palideció. Sus labios perdieron el color mientras miraba hacia el sur. Lejos, muy hacia el sur.

Sentí que su lanza mágica salía de él, una estrella fugaz que atravesaba el país.

Y cuando se dio la vuelta para mirarnos, sus ojos se dirigieron a mí. Fue el miedo en ellos…, el dolor y el miedo…, lo que hizo que mi boca se quedara completamente seca. Hizo que mi sangre se helara.

Rhys tragó saliva. Una vez. Dos veces. Luego anunció con voz ronca:

—El rey de Hybern acaba de usar el Caldero para atacar el muro.

Se oyeron murmullos, algunos jadeos.

Rhys tragó una tercera vez, y el suelo se movió debajo de mí mientras él continuaba:

—El muro ha desaparecido. Destrozado. A lo largo de Prythian y en el continente. —Habló de nuevo, como si tratara de convencerse a sí mismo—. Nos hemos movido demasiado tarde…, demasiado lentamente. Hybern acaba de destruir el muro.

Capítulo 49

La conexión de Nesta con el Caldero, reflexionó Rhys cuando nos reunimos alrededor de la mesa del comedor en la casa de la ciudad, le había permitido sentir que el rey de Hybern estaba juntando su poder.

Así como yo pude manejar la conexión con los altos lores para rastrear sus huellas de poder, y para encontrar el Libro y el Caldero, el propio poder de Nesta…, su propia inmortalidad… estaba tan estrechamente ligada al Caldero que su terrible presencia, cuando despertó, también la estremeció.

Por eso la perseguía. No solo por el poder que había tomado…, sino por el hecho de que Nesta era una campana de advertencia.

Todos habíamos salido de la Corte Amanecer en cuestión de minutos, y Thesan prometía grandes envíos de antídoto para el destructor de la sangre a cada alto lord y a cada ejército en menos de dos días, y que sus peregryns empezarían a prepararse bajo el mando de su capitán… para unirse a los ilyrios en los cielos.

Kallias y Helion juraron que sus propios ejércitos terrestres marcharían tan pronto como fuera posible. Tamlin, cuya frontera sur cubría todo el muro, era el único del que no se sabía nada: sus ejércitos estaban en ruinas. Helion le dijo a Tamlin antes de que este se marchara:

—Saca a tu gente. Trae cualquier fuerza que puedas reunir. —Lo que quedaba después de lo que yo había hecho.

Tarquin se hizo eco de ese sentimiento, junto con su promesa de ofrecer refugio a la Corte Primavera. Tamlin no respondió a ninguno de los dos. No confirmó que iba a aportar fuerzas antes de transportarse y desaparecer sin

siquiera dirigirme una mirada. Un pequeño alivio, ya que no había decidido si pedirle su ayuda o escupirle.

Las despedidas fueron breves. Viviane había abrazado a Mor con fuerza…, luego, para mi sorpresa, también a mí. Kallias solo estrechó la mano de Rhys, un gesto tenso, y desapareció con su pareja. Luego Helion, con un guiño a todos nosotros. Tarquin fue el último en irse, con Varian y Cresseida a su lado. Habían decidido que su flota se quedaría para vigilar sus propias ciudades mientras la mayoría de sus soldados marcharía por tierra.

Los demoledores ojos azules de Tarquin se encendieron cuando juntó su poder para transportarlos a todos ellos. Y Varian nos dijo, a Rhys y a mí:

—Dadle a ella las gracias. —Se puso una mano en el pecho y el fino hilo de oro y plata de su chaqueta azul verdoso brilló en el sol de la mañana—. Decidle… —El príncipe de Adriata negó con la cabeza—. Se lo diré yo mismo la próxima vez que la vea. —Pareció más una promesa de que Varian volvería a ver a Amren, con guerra o sin ella. Luego se fueron.

Ni una palabra de Beron llegó antes de despedirnos y agradecer a Thesan su hospitalidad. Ni un susurro de que Beron pudiera haber cambiado de opinión. O de que Eris lo hubiera convencido.

Pero eso no me preocupaba. Ni tampoco a Nesta.

Si el muro había caído…, ya era demasiado tarde. Era demasiado tarde para nosotros. Toda esa investigación… Debería haber insistido en que si Amren consideraba que Nesta estaba casi lista, entonces deberíamos haber ido directamente al muro. Ver qué podía hacer ella, con o sin algún hechizo del Libro.

Tal vez fue mi culpa, por querer protegerla, fortalecerla, por dejarla permanecer apartada. Y si yo hubiera insistido e insistido…

Incluso en ese momento, sentados alrededor de la mesa del comedor de la casa de la ciudad en Velaris, yo no había decidido si la posibilidad de quebrar a mi hermana de manera permanente no era un precio demasiado alto a cambio de salvar vidas. No sabía cómo Rhys y los otros habían podido tomar ese tipo de decisiones durante años. Especialmente durante el reinado de Amarantha.

—Deberíamos haber evacuado hace meses —dijo Nesta, su plato de pollo asado y verduras sin tocar. Fueron las primeras palabras que alguno de nosotros pronunciaba después de varios minutos en que todos nos concentramos en nuestra comida.

Amren se lo había dicho a Elain. En ese momento ella estaba sentada a la

mesa, con la espalda más recta y los ojos más despejados de lo que nunca la había visto. ¿Había presenciado lo ocurrido en las imágenes que esa nueva visión interior suya le permitía contemplar? ¿El Caldero le había susurrado algo mientras estuvimos ausentes? No tuve el coraje de preguntárselo.

—Podemos ir a tu propiedad esta noche… —le estaba diciendo Rhys a Nesta — para evacuar a tu familia y traerlos de vuelta aquí.

—No vendrán.

—Entonces probablemente morirán.

Nesta dejó el tenedor y el cuchillo al lado de su plato.

—¿No puedes transportarlos a alguna parte del sur, lejos de aquí?

—¿Tanta gente? No sin encontrar primero un lugar seguro, lo que tomaría un tiempo que no tenemos. —Rhys lo pensó—. Si conseguimos un barco, podrían navegar hasta…

—Van a querer que vayan sus familias y sus amigos.

Un momento de silencio. No era posible. Entonces Elain dijo en voz baja:

—Podríamos trasladarlos a la finca de Graysen.

Todos la miramos ante el tono tranquilo de su voz.

Tragó saliva. Su delgado cuello se veía muy pálido.

—La propiedad de su padre tiene muros altos hechos de piedra gruesa —explicó—. Con espacio para un montón de gente y suministros. —Todos nos propusimos no mirar ese anillo que ella todavía llevaba. Elain prosiguió—: Su padre ha estado planeando algo para una situación como esta durante… mucho tiempo. Tienen defensas, depósitos… —Inspiró con levedad—. Y una arboleda de fresnos, con un escondite de armas hechas con esa madera.

Un gruñido de Cassian. A pesar de su poder, de su fuerza…, algo en la madera de fresno penetraba directamente a través de las defensas fae. Yo misma lo había visto en una ocasión… y maté a uno de los de centinelas de Tamlin con una flecha que le atravesó la garganta.

—Si los inmortales que ataquen poseen magia —dijo Cassian, y Elain retrocedió ante su tono áspero—, entonces la piedra gruesa no servirá de mucho.

—Hay túneles de escape —susurró Elain—. Tal vez sea mejor que nada.

Miradas entre los ilyrios.

—Podemos establecer una guardia… —comenzó Cassian.

—No —lo interrumpió Elain, su voz más fuerte de lo que la había oído en meses—. Ellos…, Graysen y su padre…

Cassian apretó la mandíbula.

—Entonces nos esconderemos…

—Tienen perros de caza. Criados y entrenados para cazar faes. Para descubrirlos.

Un silencio rígido se impuso mientras mis amigos imaginaban cómo, exactamente, esos sabuesos habían sido entrenados.

—No pretenderás decir que vamos a dejar su castillo sin defensa. —Cassian lo intentó en un tono un poco más suave—. Incluso con los fresnos no será suficiente. Necesitaríamos levantar guardas mágicas como mínimo.

Elain reflexionó.

—Puedo hablar con él.

—No —dije, al mismo tiempo que Nesta.

Pero Elain nos interrumpió.

—Sí… si tú y… ellos —miró a Rhys, a mis amigos— venís conmigo. Vuestros aromas fae podrían distraer a los perros.

—Tú también eres fae ahora —le recordó Nesta.

—Arréglame —le dijo Elain a Rhys—. Hazme parecer humana. Solo por el tiempo suficiente para convencerlo de que abra sus puertas a los que buscan refugio. Quizá hasta te deje poner esas guardas mágicas alrededor de la finca.

Y con nuestros aromas para confundir a los sabuesos…

—Esto podría terminar muy mal, Elain.

Ella pasó el pulgar sobre el anillo de compromiso de hierro y diamante.

—Ya ha terminado mal. Ahora solo es cuestión de decidir cómo nos enfrentamos a las consecuencias.

—Muy bien dicho —intervino Mor, sonriendo con dulzura a Elain. Miró a Cassian—. Tienes que movilizar las legiones ilyrias hoy mismo.

Cassian asintió con la cabeza y le dijo a Rhys:

—Con el muro derrumbado, es preciso que les aclares algunas cosas a los ilyrios. Te necesito en el campamento conmigo… para que pronuncies uno de tus bonitos discursos antes de partir.

La boca de Rhys se crispó buscando una sonrisa.

—Todos podremos ir…, entonces, hacia las tierras humanas. —Nos observó a nosotros, a la casa de la ciudad—. Tenemos una hora para prepararnos. Nos reuniremos aquí, después partiremos.

Mor y Azriel se transportaron al instante, Cassian se acercó a Rhys para preguntarle sobre los soldados de la Corte de las Pesadillas y su preparación.

Nesta y yo apuntamos a Elain, ambas hablando a la vez.

—¿Estás segura? —pregunté, al mismo tiempo que Nesta decía:

—Yo puedo ir, déjame hablar con él.

Elain se puso en pie.

—A ti no te conoce —me dijo a mí. Y luego miró a Nesta con una mirada franca y divertida—. Y a ti te odia.

Alguna parte podrida de mí se preguntaba si la ruptura de su compromiso no había sido para mejor, entonces. O si Elain de alguna manera había sugerido esta visita después de que Lucien hubiera dejado Prythian en busca de alguna posibilidad de… No me permití terminar ese pensamiento.

Y entonces le dije, mirando el espacio vacío de donde mis amigos habían desaparecido de la casa de la ciudad:

—Necesito que entiendas, Elain, que si esto sale mal… Si él trata de hacerte daño a ti, o a cualquiera de nosotros…

—Lo sé. Tú defenderás a los tuyos.

—Te defenderé a ti.

Algo pareció nublarse en sus ojos. Pero Elain levantó la barbilla.

—Pase lo que pase, no lo mates. Por favor.

—Lo intentaremos…

—Júralo. —Nunca la había oído hablar en ese tono. Nunca.

—No puedo hacerte esa promesa. —Yo no iba a ceder, no en esto—. Pero haré todo lo que esté a mi alcance para evitarlo.

Elain pareció darse cuenta también. Se miró a sí misma, el sencillo vestido azul que llevaba.

—Debo vestirme.

—Yo te ayudaré —dijo Nesta.

Pero Elain negó con la cabeza.

—Nuala y Cerridwen me ayudarán.

Se fue… Sus hombros se veían un poco más erguidos.

Nesta tragó con fuerza. Y yo murmuré:

—No fue tu culpa… que el muro cayera antes de que pudiéramos evitarlo.

Sus ojos teñidos de acero me miraron.

—Si me hubiera quedado para practicar…

—Entonces solo habrías esperado aquí a que nosotros regresáramos de la reunión.

Nesta alisó con una mano su vestido oscuro.

—¿Qué hago ahora?

Comprendí que necesitaba un propósito. Asignarle la tarea de encontrar una manera de reparar los agujeros en el muro… le había dado a mi hermana lo que tal vez nuestras vidas humanas nunca le habían concedido: un rumbo.

—Tú vienes con nosotros… a la propiedad de Graysen, y luego viajarás con el ejército. Si estás conectada con el Caldero, entonces te necesitaremos cerca. Necesitaremos que nos digas si está siendo utilizado de nuevo.

No era precisamente una misión, pero aun así Nesta asintió con la cabeza.

Justo cuando Cassian palmeó a Rhys en el hombro y se dirigió hacia nosotras. Se detuvo a unos centímetros de distancia y frunció el ceño.

—Los vestidos no son buenos para volar, señoras.

Nesta no respondió.

Él alzó una ceja.

—¿No hay ladridos ni mordeduras hoy?

Pero Nesta no estaba dispuesta a enfrentarse a él, su cara todavía pálida y descolorida.

—Nunca he usado pantalones —fue todo lo que dijo.

Habría jurado que la preocupación cruzaba las facciones de Cassian. Pero la hizo a un lado y habló con voz cansada.

—No me cabe ninguna duda de que empezarías un motín si lo hicieras.

Sin reacción. Acaso el Caldero…

Cassian se plantó en el camino de Nesta cuando ella trató de pasar por delante de él. Colocó su mano tostada y callosa en la frente de mi hermana, quien se apartó ante ese contacto, pero él le agarró la muñeca, forzándola a mirarlo a los ojos.

—Si cualquiera de esos imbéciles humanos hace un movimiento para hacerte daño —inspiró—, lo matas.

Él no vendría…, no, estaría reuniendo todo el poderío de las legiones ilyrias. Pero Azriel se uniría a nosotros.

Cassian puso uno de sus cuchillos en la mano de Nesta.

—El fresno puede matarte ahora —le dijo con calma letal mientras miraba la hoja—. Un rasguño puede hacer que te marees lo suficiente para ser vulnerable. Recuerda dónde están las salidas en cada habitación, en cada cerca y en cada patio…, ubícalas cuando entres y observa cuántos hombres hay a tu alrededor. Observa dónde están Rhys y los otros. No olvides que eres más fuerte y más rápida. Apunta a las partes blandas —añadió, doblándole los dedos en torno a la empuñadura—. Y si alguien te sujeta… —Mi hermana no dijo nada mientras

Cassian le mostraba las áreas sensibles de un hombre. No solo la ingle, sino también la parte interna del pie, el exterior del muslo, o usar el codo como un arma. Cuando terminó, dio un paso atrás, sus ojos castaños teñidos de una emoción que no pude precisar.

Nesta observó la fina daga en su mano. Luego levantó la cabeza para mirarlo.

—Te dije que vinieras a entrenar —le dijo Cassian con una sonrisa arrogante, y se alejó.

Estudié a Nesta, la daga, su cara tranquila y silenciosa.

—No se te ocurra decir nada —me advirtió, y se dirigió a la escalera.

Encontré a Amren en su departamento, maldiciendo al Libro.

—Nos vamos dentro de una hora —dije—. ¿Tienes todo lo que necesitas aquí?

Esos ojos plateados arremolinados con ira. No hacia mí, me di cuenta con no poco alivio, sino por el hecho de que Hybern nos había vencido con el muro. La había vencido a ella.

Ese no era mi problema.

No mientras las palabras de esa reunión con los altos lores siguieran dando vueltas. No cuando volví a ver a Beron sin soldados ni la ayuda prometida. No mientras yo oyera como Rhys y Cassian discutían acerca de los pocos soldados que tenían los otros en comparación con las fuerzas de Hybern.

La burla del rey a Rhys había estado ocupando mi mente durante varios días.

Hybern esperaba que él lo diera todo…, todo…, para detenerlos. Aseguraba que solo eso nos daría una oportunidad. Y yo conocía a mi compañero. Tal vez mejor que a mí misma. Sabía que Rhys lo iba a poner todo de sí mismo, iba a destruirse a sí mismo si eso significaba la oportunidad de ganar. De supervivencia.

Los otros altos lores…, bueno, no podía correr el riesgo de contar con ellos. Helion, fuerte como era, ni siquiera iba a intervenir para salvar a su propio amante. Tarquin, tal vez. Pero a los otros… no los conocía. Y no tenía tiempo para eso. Y no iba a apostar por su posible lealtad. No iba a poner en riesgo a Rhys.

—¿Qué quieres? —me espetó Amren cuando me quedé mirándola.

—Hay una criatura debajo de la biblioteca. ¿La conoces?

Amren cerró el Libro.

—Se llama Bryaxis.

—Qué es.

—Será mejor que no lo sepas, muchacha.

Lancé hacia atrás el brazo con mi vestido de ébano, un refinamiento muy poco acorde con el lugar, con su desorden.

—Hice un trato con él. —Le mostré la banda tatuada alrededor de mi antebrazo—. Así que supongo que será mejor que me lo digas.

Amren se levantó, quitándose el polvo de sus pantalones grises.

—Me enteré de eso. Niña tonta.

—No tuve otra opción. Y ahora estamos unidos el uno al otro.

—¿Y eso qué?

—Quiero pedirle otro trato. Necesito que examines las guardas mágicas que lo mantienen allí… y que le expliques cosas. —No me molesté en parecer agradable. O desesperada. O agradecida. No me molesté en disimular la fría, dura máscara de mi cara cuando añadí—: Vienes conmigo. Ahora mismo.

Capítulo 50

No había ninguna sacerdotisa esperando para llevarnos al oscuro pozo en el corazón de la biblioteca. Y Amren, por una vez, se mantuvo callada.

Llegamos a ese nivel inferior, a esa oscuridad impenetrable. Nuestros pasos eran el único sonido.

—Quiero hablar contigo —dije en la oscuridad, llamando más allá del final de la luz que caía desde arriba.

A mí no se me convoca.

—Te convoco. Estoy aquí para ofrecerte compañía. Como parte de nuestro trato.

Silencio.

Entonces lo sentí, serpenteando y moviéndose alrededor de nosotras, engullendo la luz. Amren iba soltando palabrotas suavemente.

Has traído…, ¿qué has traído?

—A alguien como tú. O tú podrías ser como ellos.

Hablas con enigmas.

Una mano fría, insustancial, me rozó la nuca, y no intenté retroceder ni un centímetro hacia la luz.

—Bryaxis. Tu nombre es Bryaxis. Y alguien te encerró aquí hace mucho tiempo.

La oscuridad cesó.

—Estoy aquí para ofrecerte otro trato.

Amren permanecía inmóvil y en silencio, como yo le había dicho que hiciera. Me dirigió un solo gesto de asentimiento. En efecto, ella podría eliminar

las protecciones, las guardas mágicas que retenían a Bryaxis ahí abajo, cuando llegara el momento.

—Hay una guerra —expliqué, esforzándome por mantener la voz firme—. Una terrible guerra a punto de desatarse por todo el país. Si puedo liberarte, ¿vas a luchar por mí? ¿Por mí y por mi alto lord?

La cosa…, Bryaxis…, no respondió.

Le di un codazo a Amren.

Ella dijo, con su voz tan joven y vieja como la de la criatura:

—Te ofrecemos liberarte de este lugar a cambio de tu ayuda.

Un trato. Una magia simple y poderosa. Tan grande como cualquiera que el Libro pudiera contener.

Este es mi hogar.

Lo consideré.

—Entonces ¿qué es lo que quieres a cambio?

Silencio.

Luz de sol. Y la luz de la luna. Las estrellas.

Abrí la boca para decir que no estaba completamente segura de si yo, aun como alta lady de la Corte Noche, podía prometer tales cosas, pero Amren se me adelantó y murmuró:

—Una ventana. Arriba.

No era un espejo, tal como quería el Tallador. Sino una ventana en la montaña. Teníamos que tallar mucho mucho hacia arriba, sin embargo…

—¿Eso es todo?

Amren me pisó el pie para que me callara.

Bryaxis susurró en mi oído:

¿Podré cazar sin restricciones en los campos de batalla? ¿Podré beber de sus miedos y sus temores hasta que esté saciado?

Me sentí ligeramente mal por Hybern cuando le dije:

—Sí…, solo Hybern. Y solo hasta que la guerra termine. —De una forma u otra.

Un instante de silencio.

¿Qué quieres que haga, entonces?

Señalé a Amren.

—Ella te lo explicará. Ella inhabilitará las guardas… cuando te necesitemos.

Entonces esperaré.

—Trato hecho. Tú obedecerás nuestras órdenes en esta guerra, lucharás por

nosotros hasta que ya no te necesitemos, y a cambio… traeremos el sol, la luna y las estrellas para ti. A tu hogar. —Otro prisionero que había llegado a amar su celda. Tal vez Bryaxis y el Tallador deberían conocerse. Un antiguo dios muerte y la cara de las pesadillas. Esa pintura, espantosa pero seductora, comenzó a echar raíces profundas en mi mente.

Mantuve los hombros relajados, una postura tan informal como pude convocar mientras la oscuridad se deslizaba a mi alrededor, serpenteando entre Amren y yo, y susurró en mi oído: *Trato hecho.*

No perdí el tiempo. Cuando todos nos reunimos en el vestíbulo de la casa de la ciudad una vez más para ir al campamento ilyrio, me había cambiado de ropa y llevaba puesta mi indumentaria de cuero para el combate. Mi nuevo tatuaje quedaba escondido.

Nadie me preguntó adónde había ido. Aunque Mor me miró y dijo:

—¿Dónde está Amren?

—Todavía escudriñando el Libro —respondí, justo cuando Rhys se acababa de transportar a la casa de la ciudad. No fue una mentira. Amren se quedaría allí hasta que la necesitáramos en los campos de batalla.

Rhys inclinó la cabeza.

—¿En busca de qué? El muro ha desaparecido.

—De cualquier cosa —dije—. Otra manera de anular al Caldero que no implique que el interior de mi cabeza se me escape por la nariz.

Rhys frunció el ceño y abrió la boca para oponerse, pero yo lo interrumpí:

—Tiene que haber otra forma… Amren piensa que debe de haber otra manera. Nada se pierde con buscar. Hacer que busque cualquier otro hechizo que pueda detener al rey.

Y cuando Amren no estuviera haciendo eso…, se ocuparía de derribar aquellas guardas complejas que retienen a Bryaxis debajo de la biblioteca…, para ser liberado cuando yo lo necesite. Justo cuando las fuerzas del ejército de Hybern estuvieran acorralándonos. Al no haber podido conseguir el Ouroboros para el Tallador…, entonces Bryaxis era mejor que nada.

No estaba completamente segura de por qué no les mencioné esto a los demás.

Los ojos de Rhys chispearon, sin duda en conflicto con la idea de cuál sería el papel que yo debería desempeñar con cualquier otra acción en relación con el Caldero, pero asintió con un gesto.

Entrelacé sus dedos con los míos y él me los apretó.

Detrás de mí, Mor tomó a Nesta y a Cassian de la mano, preparándose para que él las transportara al campamento, mientras las sombras se agrupaban alrededor de Azriel, con Elain a su lado, con los ojos muy abiertos ante el despliegue del jefe de espías.

Pero vacilamos…, todos nosotros. Y me permití una última vez absorberlo todo, los muebles, la madera, la luz del sol. Escuchar los sonidos de Velaris, las risas de los niños en las calles, el graznido de las gaviotas.

En el silencio, supe que mis amigos también estaban haciéndolo.

Rhys se aclaró la garganta y movió la cabeza hacia Mor. Y entonces ella desapareció, con Cassian y Nesta con ella. Luego Azriel tomó suavemente la mano de Elain con la suya, como si temiera que sus cicatrices la lastimaran.

Sola con Rhys, saboreé el sol de color mantequilla que se filtraba por las ventanas de la puerta principal. Aspiré el olor del pan que Nuala y Cerridwen habían horneado aquella mañana con Elain.

—La criatura de la biblioteca —murmuré—. Se llama Bryaxis.

Rhys alzó una ceja.

—¿Y…?

—Hemos hecho un trato. Para que luchara por nosotros.

Las estrellas bailaban en esos ojos violeta.

—¿Y qué ha dicho Bryaxis?

—Solo que quiere una ventana… para ver las estrellas, la luna y el sol.

—Vosotras le habéis explicado que lo necesitamos para matar a nuestros enemigos, ¿no?

Lo empujé con la cadera.

—La biblioteca es su hogar. Solo quería que se le hicieran algunos retoques.

Una sonrisa curvó la boca de Rhys.

—Bueno, supongo que si ahora tengo que volver a decorar mi propio alojamiento para que esté de acuerdo con el esplendor del de Thesan, podría también añadir una ventana para el pobre tipo.

Le di un codazo, en las costillas esta vez. Él todavía llevaba la ropa elegante de la reunión. Rhys rio entre dientes.

—Así que nuestro ejército ha aumentado con uno más. El pobre Cassian

nunca se recuperará cuando vea a su nuevo recluta.

—Con suerte, Hybern tampoco.

—¿Y el Tallador?

—Puede pudrirse allí abajo. No tengo tiempo para sus juegos. Bryaxis tendrá que ser suficiente.

Rhys me miró el brazo, como si pudiera ver la nueva y segunda banda al lado de la primera. Levantó nuestras manos juntas y estampó un beso en el dorso de la mía.

De nuevo, miramos silenciosamente la casa de la ciudad, asimilando hasta el último detalle, la quietud que en ese momento lo cubría todo como una capa de polvo.

—Me pregunto si volveremos a verla —dijo Rhys en voz baja.

Yo sabía que no estaba hablando de la casa. Y me puse de puntillas y lo besé en la mejilla.

—Volveremos a verla —le prometí, mientras un viento oscuro se preparaba para llevarnos al campamento de guerra ilyrio. Me sujeté fuertemente a él mientras añadía—: Volveremos a verlo todo de nuevo.

Y cuando ese viento besado por la noche nos transportó lejos, a la guerra, al peligro inimaginable…, recé para que mi promesa pudiera cumplirse.

Parte tres
Alta Lady

Capítulo 51

Incluso en pleno verano, el campamento de montaña ilyrio era húmedo. Fresco. «Hay algunos días que son verdaderamente encantadores», me aseguró Rhys cuando fruncí el ceño apenas terminamos de transportarnos. Pero de todos modos, el clima más fresco resulta más práctico cuando se trata de un ejército. El calor excesivo suele alterar los ánimos. Sobre todo cuando impide dormir con comodidad. Y, para empezar, hay que tener en cuenta que los ilyrios son bastante irritables… Fue una bendición que el cielo estuviera nublado y el viento, besado por la niebla.

Pero el clima no fue suficiente para hacer que el grupo de bienvenida se mostrara agradable.

Solo reconocí a uno de los ilyrios musculosos con armadura completa que nos esperaban. Lord Devlon. El desprecio seguía instalado en su rostro, aunque más suave en comparación con el que contorsionaba las facciones de algunos. Al igual que Azriel y Cassian, tenían el pelo oscuro y los ojos entre marrón y diversos tonos de castaño. Y como la de mis amigos, su piel era de ricos tonos de marrón dorado, algunos con cicatrices de color hueso de diversa gravedad.

Pero a diferencia de mis amigos, solo uno o dos Sifones adornaban sus manos. Los siete de Azriel y Cassian parecían casi vulgares en comparación.

Pero los machos allí reunidos solo miraban a Rhys, como si los dos ilyrios que lo acompañaban fueran poco más que árboles. Mor y yo permanecimos al lado de Nesta, que se había cambiado de ropa y llevaba un práctico vestido azul oscuro. En ese momento observaba el campamento, los guerreros alados, el gran tamaño de las fuerzas reunidas en el campamento alrededor de nosotros…

Mantuvimos a Elain medio escondida detrás de la pared que formaban nuestros cuerpos. Dado que los ilyrios tenían una visión algo retrógrada acerca de las hembras, yo había sugerido que nos mantuviéramos un paso atrás en esta reunión… Solo había unas pocas hembras guerreras en la legión… No era ese el momento de poner a prueba la tolerancia de los ilyrios. Más adelante…, más adelante, si ganábamos esta guerra. Si sobrevivíamos.

Devlon estaba hablando.

—Es verdad, entonces. El muro ha caído.

—Un fracaso momentáneo —murmuró Rhys. Todavía vestía la fina chaqueta y los pantalones que había llevado para la reunión con los altos lores. Por alguna razón, había optado por no usar los atuendos de cueros ilyrios. Ni tampoco había sacado las alas.

Es porque ya saben que he entrenado con ellos, que soy uno de ellos. Necesitan recordar que yo también soy su alto lord. Y no tengo intención de aflojar las riendas.

Esas palabras fueron un rasguño con uñas cubiertas de seda en mi mente.

Rhys comenzó a dar instrucciones inquebrantables y frías sobre el inminente avance hacia el sur. La voz del alto lord…, la voz de un guerrero que había luchado en la guerra anterior y no tenía intención de perder esta. Cassian, cada tanto, añadía sus propias órdenes y precisiones.

Azriel…, Azriel simplemente los miraba a todos. No había querido ir al campamento unos meses antes. Le desagradaba volver a ese lugar. Odiaba a esta gente, a su propia herencia.

Los otros lores no dejaban de mirar al cantor de sombras con miedo, rabia y desagrado. Solo les dirigió una mirada letal.

Y seguían, y seguían hablando, hasta que Devlon miró por encima del hombro de Rhys hacia donde estábamos nosotras.

Ceño fruncido hacia Mor. Ceño fruncido hacia mí…, prudentemente aligerado. Luego vio a Nesta.

—¿Qué es eso? —preguntó Devlon.

Nesta tan solo se lo quedó mirando, con una mano sujetando los bordes de su manto gris junto a su pecho. Otro de los lores de campo hizo una señal para protegerse del mal.

—Eso —dijo Cassian en amenazante voz baja— no es asunto tuyo.

—¿Es una bruja?

Abrí la boca, pero Nesta respondió sin vacilar:

—Sí.

Y vi que nueve importantes y experimentados lores ilyrios de la guerra se estremecían.

—Puede que a veces actúe como tal —aclaró Cassian—, pero no…, ella es una alta fae.

—No es más alta fae que nosotros —replicó Devlon.

Una pausa que duró demasiado tiempo. Incluso Rhys parecía estar buscando las palabras. Devlon se había quejado cuando nos conocimos de que Amren y yo éramos lo «Otro». Como si él tuviera algún sentido para detectar tales cosas. Entonces murmuró:

—Mantente lejos de las hembras y de los niños.

Agarré la mano libre de Nesta a manera de advertencia para que permaneciera en silencio.

Mor soltó un resoplido que hizo que los ilyrios se pusieran rígidos. Pero al moverse reveló a Elain detrás de ella. Mi hermana pequeña estaba parpadeando, con los ojos muy abiertos, mientras prestaba atención al campamento. Al ejército.

Devlon soltó un gruñido al verla. Pero Elain se envolvió con su capa azul y apartó los ojos de todos aquellos guerreros altos y musculosos, del campamento del ejército que bullía de actividad, para dirigirse al horizonte… Ella era una rosa en un campo de lodo. Lleno de caballos al galope.

—No les tengas miedo —dijo Nesta bajo las cejas fruncidas.

Si Elain era una flor nueva en este campamento militar, entonces Nesta… era una espada recién forjada, a la espera de derramar sangre.

Llévalas a nuestra tienda de campaña —me dijo Rhys en silencio—. *Devlon podría sufrir una rabieta si tiene que enfrentarse a Nesta durante un minuto más.*

Pagaría un buen dinero para ver eso.

Yo también.

Oculté una sonrisa.

—Busquemos algo caliente para beber —les dije a mis hermanas, e invité a Mor a unirse a nosotras. Nos dirigimos a la más grande de las tiendas del campamento, presidida por un estandarte negro con una montaña y tres estrellas de plata que flameaba en el punto más alto. Guerreros y hembras que trabajan alrededor de las fogatas nos vigilaban en silencio. Nesta los miró a todos. Elain mantuvo la mirada fija en el terreno seco y rocoso.

El interior de la tienda era simple pero confortable: gruesas alfombras cubrían la plataforma baja de madera sobre la que se había levantado la tienda para evitar que entrara la humedad; braseros de luces inmortales lo iluminaban todo, sillones y algunas *chaise longues* estaban esparcidas por todos lados, cubiertas con gruesas pieles. Un enorme escritorio con varias sillas ocupaban la mitad del espacio principal. Y detrás de una cortina al fondo de la tienda… supuse que nos esperaba nuestra cama.

Mor se dejó caer en la *chaise longue* más cercana.

—Bienvenidas a un campamento de guerra ilyrio, señoras. Tratad de controlar vuestra admiración.

Nesta se dirigió hacia el escritorio cubierto de mapas.

—¿Cuál es la diferencia —preguntó a ninguna de nosotras en particular— entre una inmortal y una bruja?

—Las brujas acumulan poder más allá del suyo natural —respondió Mor con súbita seriedad—. Usan hechizos y herramientas arcaicas para tener más poder del que el Caldero les ha asignado, y lo usan para lo que sea que deseen, bueno o malo.

Elain contempló silenciosamente la tienda, con la cabeza inclinada hacia atrás. Su espesa melena de pelo marrón dorado se balanceó con el movimiento y las luces inmortales bailaron entre las hebras sedosas. Lo llevaba recogido a medias, dispuesto para esconder las orejas en el caso de que los hechizos fallaran en la propiedad de Graysen. Tamlin no había podido hacer nada con Nesta… Tal vez Graysen y su padre tendrían una inmunidad semejante a tales cosas.

Por último, Elain se deslizó hasta el sillón cerca de Mor, y su vestido rosa amanecer…, más fino que los que solía llevar…, se arrugó debajo de ella.

—¿Muchos… —inquirió—, morirán muchos de estos soldados?

Me estremecí, pero Nesta dijo:

—Sí. —Casi pude ver las palabras no pronunciadas que Nesta se contuvo de decir: «Y tu compañero podría morir antes que ellos».

—Cuando estés lista, Elain, te haré un hechizo.

—¿Me va a doler? —preguntó ella.

—No te dolió cuando Tamlin hechizó tus recuerdos —señaló Nesta, apoyada en el escritorio.

—No. Podrías… sentir un hormigueo —explicó Mor—. Simplemente actúa como lo harías si fueras humana.

—Es igual a como actúo ahora. —Elain comenzó a retorcer sus delgados

dedos.

—Sí —dije—, pero… trata de mantener el asunto de las visiones para ti misma… mientras estemos allí —añadí con rapidez—. Salvo que sea algo que tú no puedas…

—Puedo —afirmó Elain, cuadrando sus delgados hombros—. Lo haré.

Mor forzó una sonrisa.

—Respira hondo.

Elain obedeció. Parpadeé y terminamos.

Desapareció el débil resplandor de la salud inmortal; el rostro que se había vuelto un poco más afilado. Desaparecieron las orejas puntiagudas, la gracia. Todo fue silenciado. Apagado…, en la medida en que alguien tan hermoso como Elain podría ser apagado. Hasta su cabello parecía haber perdido su brillo, el dorado se volvió estridente, el marrón se volvió parduzco.

Elain estudió sus manos, y les dio la vuelta.

—No me había dado cuenta… de que eran tan vulgares.

—Todavía eres encantadora —le dijo Mor gentilmente.

Elain mostró una media sonrisa.

—Supongo que la guerra hace que pensar en cosas como esas no tenga importancia.

Mor se mantuvo callada un instante.

—Quizá. Pero, de todos modos, no debes dejar que la guerra te lo robe.

La mano de Elain estaba húmeda en la mía mientras Rhys nos transportaba a tierras humanas. Mor llevaba a Azriel y a Nesta. Y aunque su rostro estaba tranquilo cuando nos encontramos parpadeando ante el calor y el sol de un ardiente verano, la fuerza con que me sujetaba la mano era tan fuerte como el anillo de hierro alrededor de su dedo.

El calor caía pesadamente sobre la propiedad a la que ahora nos enfrentábamos: la casa de piedra de la guardia era la única abertura que pude ver en cualquier dirección.

La única en la alta muralla de piedra que se elevaba ante nosotros, sólida como una enorme bestia, tan alta que tuve que doblar el cuello hacia atrás para poder ver las puntas que sobresalían de su parte superior.

Había guardias en las gruesas puertas de hierro…

Rhys se metió las manos en los bolsillos y un escudo se formó alrededor de nosotros. Mor y Azriel tomaron posiciones defensivas a nuestro lado.

Doce guardias. Todos armados, los rostros ocultos debajo de los gruesos cascos, a pesar del calor. Sus cuerpos estaban igualmente cubiertos por la armadura y las botas.

Cualquiera de nosotros podría terminar con sus vidas sin levantar una mano. Y con la muralla que cuidaban, con las puertas que protegían…, pensé que no podrían durar demasiado tiempo.

Pero… si pudiéramos colocar guardas mágicas ahí, tal vez configurar un bastión de guerreros fae… A través de esas puertas abiertas, pude ver amplios terrenos…, campos, praderas, arboledas y un lago…, y más allá, una sólida y voluminosa fortaleza de piedra marrón oscuro.

Nesta tenía razón. Este lugar era como una prisión. Su lord estaba preparado para resistir la tormenta desde dentro, un rey al mando de estos recursos. Pero había espacio, mucho espacio para la gente.

Y Elain la futura ama de esta prisión…, con la cabeza erguida, les habló a los guardias, a la docena de flechas que en ese momento apuntaban a su delgada garganta.

—Decidle a Graysen que su prometida ha venido por él. Decidle…, decidle que Elain Archeron pide refugio.

Capítulo 52

Esperamos fuera de las puertas mientras un guardia montaba un caballo y galopaba por el largo y polvoriento sendero hasta la fortaleza. Una segunda muralla rodeaba el gigantesco edificio. Con nuestra visión fae, pudimos ver cuando las puertas de ese segundo recinto se abrieron, luego otro par más.

—¿Cómo lo conociste —le pregunté susurrando a Elain, mientras esperábamos a la sombra de los altos robles cerca de la puerta—, si está siempre encerrado en este lugar?

Elain no apartaba la vista de la distante fortaleza.

—En un baile… El baile de su padre.

—He estado en funerales más felices —susurró Nesta.

Elain le dirigió una mirada seca.

—Esta casa necesita la mano de una mujer desde hace muchos años.

Ninguna de nosotras dijo que no parecía probable que ella pudiera ser esa mujer.

Azriel se mantenía a pocos pasos, apenas más allá de la sombra de uno de los robles detrás de nosotras. Pero Mor y Rhys lo supervisaban todo. El penetrante aroma salado y sudoroso del miedo emanaba de cada poro de los guardias.

Pero se mantenían alerta. Apuntándonos con aquellas flechas de fresno.

Pasaron largos minutos. Hasta que finalmente se levantó una bandera amarilla en las distantes puertas de la fortaleza. Nos preparamos.

Pero uno de los guardias gruñó:

—Él saldrá a recibirlas.

No se nos permitió llegar a la torre del homenaje. Donde hubiéramos querido ver sus defensas, sus recursos.

El cuartel de la guardia fue lo más lejos que nos permitieron llegar.

Nos llevaron al interior, y aunque tratamos de mantener nuestra apariencia fae al mínimo…, los perros de caza atados a las paredes interiores gruñeron. De forma tan agresiva que los guardias los tuvieron que sacar de ahí.

La estancia principal del acuartelamiento de la guardia era sofocante y estaba llena de cosas. La situación empeoraba con todos nosotros allí. Aunque le ofrecí a Elain un asiento junto a la ventana cerrada, ella permaneció de pie…, al frente de nuestro grupo, observando la puerta de hierro, esperando que se abriera.

Yo sabía que Rhys estaba escuchando cada palabra que los guardias pronunciaban en el exterior, sus zarcillos de poder atentos a sentir cualquier cambio en sus intenciones. Yo dudaba que la piedra y el hierro del edificio pudieran resistirse a cualquiera de nosotros, por supuesto no a todos juntos, pero… permitir que nos encerraran ahí para esperar… nos hacía estar nerviosos. Hacía que mi cuerpo estuviera inquieto y me brotara un sudor frío. Demasiado pequeño, aire insuficiente…

No pasa nada —me calmó Rhys—. *Este lugar no te puede retener*.

Asentí con un gesto, tratando de tragarme la sensación de que las paredes y el techo me aprisionaban.

Nesta me miraba con atención.

—A veces… tengo problemas con los espacios pequeños —le confesé.

Nesta me observó largamente. Y entonces ella dijo con igual discreción, aunque todos pudimos oírla:

—Yo ya no puedo volver a entrar en una bañera. Tengo que usar cubos.

Yo no sabía… Ni siquiera pensé que bañarse, sumergirse en agua…

Sabía que no debía tocarle la mano. Pero dije:

—Cuando volvamos a casa, vamos a instalar algo especial para ti.

Habría jurado que había gratitud en sus ojos…, que podría haber dicho algo más antes de que regresaran los caballos.

—Dos docenas de guardias —le susurró Azriel a Rhys. Dirigió una mirada a Elain—. Y lord Graysen y su padre, lord Nolan.

Elain se quedó inmóvil como una liebre mientras los pasos crujían fuera. Miré a Nesta a los ojos, vi la comprensión en ellos y asentí con un movimiento de cabeza.

Cualquier intento de hacerle daño a Elain… No me importaba lo que yo le

había prometido a mi hermana. Dejaría que Nesta lo destrozara. Es más, los dedos de mi hermana mayor se habían curvado, como si unas garras invisibles los coronaran.

La puerta se abrió de golpe y…

El joven jadeante tenía un aspecto tan… humano.

Hermoso, pelo castaño, ojos azules, pero… humano. De cuerpo sólido bajo su liviana armadura, alto…, tal vez el ideal mortal de un caballero que toma a una bella doncella sobre su caballo y cabalga hacia la puesta de sol.

Tan diferente de la fuerza salvaje de los ilyrios, la cultivada letalidad de Mor y Amren. De mi propio desgarrar y destruir…, y del de Nesta.

Pero un pequeño sonido salió de Elain al contemplar a Graysen. Mientras él jadeaba para coger aire, escudriñándola de la cabeza a los pies. Trastabilló al moverse hacia ella…

Una mano ancha y con cicatrices agarró la parte de atrás de la armadura de Graysen y lo detuvo.

El hombre que había detenido al joven lord entró en la estrecha habitación.

Alto y delgado, con nariz de halcón y ojos grises…

—¿Qué significa esto?

Todos lo mirábamos con las cejas fruncidas.

Elain temblaba.

—Señor…, lord Nolan… —Las palabras le fallaron cuando se volvió a mirar a su prometido, que no había apartado de ella sus ojos puramente azules ni por un instante.

—El muro ha caído —explicó Nesta, acercándose al lado de Elain.

Graysen la miró. El *shock* se impuso al verla: las orejas, la belleza, el… el poder de otro mundo que resonaba en ella.

—¿Cómo…? —preguntó en voz baja y ronca.

—Me secuestraron —respondió ella con frialdad, sin temor alguno en sus ojos—. Fui tomada por el ejército que invadía estas tierras y convertida contra mi voluntad.

—Cómo —repitió Nolan.

—Hay un Caldero…, un arma. Le concede a su propietario el poder de… hacer esas cosas. Era una prueba. —Nesta entonces se lanzó a una afilada y breve explicación acerca de las reinas, de Hybern, de por qué el muro había caído.

Cuando terminó, lord Nolan solo quiso saber:

—¿Y quiénes son tus compañeros?

Era una apuesta, lo sabíamos. Decir quiénes éramos cuando sabíamos muy bien el terror que cualquier fae, por no hablar de los altos lores, les producían…

Pero di un paso adelante.

—Mi nombre es Feyre Archeron. Soy la alta lady de la Corte Noche. Este es Rhysand, mi… marido. —Dudé si «pareja» o «compañero» eran términos adecuados en ese momento.

Rhys se acercó a mi lado. Algunos de los guardias se movieron y murmuraron con terror. Otros retrocedieron cuando Rhys levantó la mano… para hacer un gesto y señalar hacia atrás.

—Nuestra tercera al mando, Morrigan. Y nuestro maestro espía, Azriel.

Lord Nolan, dicho sea en su favor, no se quedó blanco. Graysen sí, pero permaneció sereno.

—Elain —susurró Graysen—. ¡Elain! ¿Por qué estás con ellos?

—Porque es nuestra hermana —contestó Nesta, con los dedos todavía cerrados y con aquellas garras invisibles—. Y no hay lugar más seguro para ella durante esta guerra que con nosotros.

Elain susurró:

—Graysen…, hemos venido a rogarte… —Dirigió una mirada de súplica a su padre—. A vosotros dos…, que abráis vuestras puertas a cualquier humano que pueda llegar aquí. A las familias. Con el muro caído…, nosotros… Ellos creen que no hay tiempo suficiente para una evacuación. Las reinas no van a enviar ayuda desde el continente. Pero aquí… podrían tener una oportunidad.

Ninguno de los dos respondió, aunque en ese momento Graysen miró el anillo de compromiso de Elain. Sus ojos azules se llenaron de dolor.

—Yo estaría inclinado a creerte —dijo en voz baja—, si no me mintieras cada vez que respiras.

Elain parpadeó.

—Yo… yo no estoy, yo…

—¿Pensaste acaso —intervino lord Nolan, y Nesta y yo cerramos filas alrededor de Elain mientras daba un paso hacia nosotras— que podías venir a mi casa y engañarme con tu magia inmortal?

—No nos importa lo que creas —dijo Rhys—. Solo venimos a pedirte que ayudes a los que no pueden defenderse.

—¿Con qué beneficio? ¿Qué riesgo corréis vosotros?

—Tú tienes un arsenal de armas de fresno —dije—. Creo que el riesgo para

nosotros es obvio.

—Y para tu hermana también —soltó Nolan mirando a Elain—. No te olvides de incluirla.

—Cualquier arma puede herir a un mortal —dijo Mor en tono conciliador.

—Pero ella no es una mortal, ¿verdad? —afirmó Nolan con desprecio—. No, sé de muy buena fuente que fue Elain Archeron quien primero se volvió fae. Y que ahora tiene al hijo de un alto lord como compañero.

—¿Y quién te dijo esto, exactamente? —preguntó Rhys alzando las cejas, sin mostrar ni una pizca de ira, de sorpresa.

Se oyeron pasos.

Y todos buscamos nuestras armas cuando Jurian entró en el cuartel de la guardia y declaró:

—Fui yo.

Capítulo 53

Jurian levantó sus manos bronceadas, con nuevos callos endureciendo las palmas y los dedos. Nuevos…, pues su cuerpo rehecho había tenido que ser entrenado a lo largo de esos meses para manejar las armas.

—He venido solo —dijo Jurian—. Puedes dejar de gruñir.

Elain comenzó a temblar…, tal vez por esa verdad dada a conocer, tal vez por los recuerdos que llovían sobre ella, sobre Nesta, al verlo. Jurian inclinó la cabeza hacia mis hermanas.

—Ladies.

—No son ladies —respondió Nolan con desprecio.

—Padre —le advirtió Graysen.

Nolan lo ignoró.

—Al llegar, Jurian explicó lo que te habían hecho a ti…, a las dos. Lo que las reinas del continente deseaban.

—¿Y qué desean? —preguntó Rhys. Su voz era una melodía engañosa.

—Poder. Juventud —sintetizó Jurian mientras se encogía de hombros—. Las cosas de siempre.

—¿Por qué estás aquí? —le pregunté. Matarlo…, deberíamos matarlo en ese momento. Antes de que pudiera herirnos más, matarlo por el rayo con que había atravesado el pecho de Azriel y la amenaza que había lanzado a Miryam y a Drakon, tal vez haciendo que desaparecieran y nos dejaran solos para pelear esta guerra…

—Las reinas son serpientes —continuó Jurian, apoyándose en el borde de una mesa arrimada a la pared—. Merecen ser asesinadas por su traición. No necesité hacer ningún esfuerzo cuando Hybern me envió para atraerlas a nuestra

causa. Solo una de ellas fue lo bastante noble para jugar el juego…, darse cuenta de que nos había tocado una mano de porquería y había que jugar lo mejor que se pudiera. Pero cuando ella te ayudó, las otras se enteraron. Y se la entregaron al attor. —Los ojos de Jurian resplandecían, no con locura, me di cuenta.

Sino con claridad.

Y tuve la sensación de que el mundo se deslizaba por debajo de mis pies cuando Jurian continuó:

—Él me resucitó para convertirlas a su causa, creyendo que yo me había vuelto loco durante los cinco siglos que Amarantha me tuvo atrapado. Así que renací, y me encontré rodeado por mis viejos enemigos…, caras que alguna vez yo había marcado para matar. Me encontré en el lado equivocado de un muro, con el reino humano dispuesto a romperse debajo de él.

Jurian miró directamente a Mor, cuya boca era una línea apretada.

—Eras mi amiga —le dijo con voz tensa—. Peleamos espalda contra espalda en algunas batallas. Y sin embargo creíste… creíste que dejaría que me convirtieran.

—Te volviste loco con… con Clythia. Era una locura. Eso te destruyó.

—Y me alegré de hacerlo —gruñó Jurian—. Me alegré de hacerlo si eso nos daba una ventaja en esa guerra. No me importaba lo que me hizo a mí, lo que rompió en mí. Si eso significaba que podíamos ser libres. Y he tenido quinientos años para pensar en ello. Mientras estuve prisionero de mi enemigo. Quinientos años, Mor. —La forma en que dijo su nombre, tan familiar y con cierta complicidad…

—Has jugado al villano de manera convincente, Jurian —susurró Rhys.

Jurian volvió la cabeza hacia Rhys.

—Deberías haber mirado. Yo esperaba que miraras en mi mente, para ver la verdad. ¿Por qué no lo hiciste?

Rhys permaneció en silencio durante un largo rato. Luego dijo suavemente:

—Porque no quería verla a ella.

No quería ver ningún rastro de Amarantha.

—¿Quieres decir —insistió Mor— que has estado trabajando para ayudarnos a nosotros todo este tiempo?

—¿Dónde planear mejor la muerte de tu enemigo, dónde conocer sus debilidades, sino a su lado?

Estábamos en silencio, lord Graysen y su padre observaban…, o más bien este último observaba. Graysen y Elain seguían mirándose uno al otro.

—¿Por qué esta obsesión por encontrar a Miryam y a Drakon? —preguntó Mor.

—Es lo que el mundo espera de mí. Lo que espera Hybern. Y si él acepta mi precio para encontrarlos…, Drakon tiene una legión capaz de cambiar el curso de una batalla. Por eso me alié con él durante la guerra. No me cabe ninguna duda de que Drakon todavía la tiene, entrenada y lista. Los mensajes ya deberían haberle llegado. Especialmente el que dice que yo los estoy buscando.

Una advertencia. La única forma en que Jurian podía enviar uno…: mostrándose él mismo como el cazador.

—No quieres matar a Miryam y a Drakon —le dije más que preguntarle a Jurian.

En sus ojos había una implacable honestidad mientras negaba con la cabeza.

—No —respondió con brusquedad—. Quiero rogarles su perdón.

Miré a Mor. Las lágrimas cubrían sus ojos, y ella parpadeó con furia para apartarlas.

—Miryam y Drakon se han desvanecido —aseguró Rhys—. Y su pueblo con ellos.

—Entonces encuéntralos —ordenó Jurian. Levantó la barbilla señalando a Azriel—. Envía al cantor de sombras, envía a cualquiera en quien confíes, pero encuéntralos.

Silencio.

—Mira en mi cabeza —le ofreció Jurian a Rhys—. Mira y podrás verlo por ti mismo.

—¿Por qué ahora? —repuso Rhys—. Por qué aquí.

Jurian le sostuvo la mirada.

—Porque el muro ha caído, y ahora puedo moverme libremente…, advertir a los humanos. Porque… —Soltó un largo suspiro—. Porque Tamlin ha corrido de regreso a Hybern después de terminada tu reunión de esta mañana. Derecho a su campamento en la Corte Primavera, donde Hybern ahora planea lanzar un asalto por tierra a Verano, mañana mismo.

Capítulo 54

Jurian no era mi enemigo.

No podría envolver mi mente alrededor de él. Incluso cuando Rhys y yo la miramos.

No me quedé mucho tiempo.

El dolor, la culpa y la rabia, lo que había visto y soportado… Pero Jurian decía la verdad. Se había desnudado ante nosotros.

Él sabía qué lugar planeaban atacar. Dónde, cuándo y cuántos.

Azriel desapareció sin mirarnos a ninguno de nosotros…, para avisar a Cassian y mover la legión.

—No mataron a la sexta reina. Vassa —le estaba diciendo Jurian a Mor—. Ella vio a través de mí…, o pensó que lo hacía…, desde el principio. Las previno contra esto. Les dijo que si yo renacía era una mala señal, y que reunieran sus ejércitos para hacer frente a la amenaza antes de que se hiciera imparable. Pero Vassa es demasiado impetuosa, demasiado joven. Ella no jugaba el juego de la misma manera que Demetra. No vi la lujuria en sus ojos cuando les hablé de los poderes del Caldero. No sabía que desde el momento en que empecé a hilar las mentiras de Hybern… las reinas se iban a convertir en los enemigos de Vassa. No podían matarla…, pues la siguiente en la línea sucesoria de su trono es mucho más obstinada. Así que encontraron a un viejo lord de la muerte sobre la muralla, con cierta inclinación por la esclavización de mujeres jóvenes. Él la maldijo y la secuestró… El mundo entero cree que ha estado enferma esos últimos meses.

—Lo sabemos —dijo Mor, y ninguno de nosotros se atrevió a mirar a Elain —. Nos enteramos de ello.

E incluso con la verdad al descubierto… Ninguno de nosotros le dijo que Lucien había ido tras ella.

Aunque Elain parecía recordar. ¿Quién estaba buscando a esa reina desaparecida? Y entonces le dijo a Graysen, con cara de piedra y mirada triste:

—No quise engañarte.

—Me parece —intervino su padre— que tengo problemas para creer eso.

Graysen tragó saliva.

—¿Creías que podrías volver aquí…, vivir conmigo en esta… mentira?

—No. Sí. Yo… no sé lo que quería…

—Y estás apareada con algún… macho fae. Hijo de un alto lord.

«Probablemente, un heredero diferente del alto lord», quise decir.

—Su nombre es Lucien. —No estaba segura de si alguna vez la había oído pronunciar su nombre.

—No me importa cuál es su nombre. —Eran las primeras palabras duras de Graysen—. Tú eres su compañera. ¿Sabes acaso lo que eso significa?

—No significa nada —replicó Elain con voz quebrada—. No significa nada. No me importa quién lo haya decidido o por qué lo hicieron…

—Tú le perteneces a él.

—Yo no le pertenezco a nadie. Pero mi corazón te pertenece a ti.

El rostro de Graysen se endureció.

—No lo quiero.

Habría sido mejor que la golpeara, tan profundo fue el dolor en los ojos de ella. Y viendo que su cara se arrugaba…

Me acerqué, empujándola detrás de mí.

—Esto es lo que va a ocurrir: tú recibirás a la gente que pueda llegar hasta aquí. Nosotros proporcionaremos guardas mágicas a estas murallas.

—No las necesitamos —se burló Nolan.

—¿Quieres que te lo demuestre —lo desafié—, que te demuestre lo equivocado que estás? O vas a aceptar mi palabra de que yo podría reducir esta muralla a escombros con la mitad de un pensamiento. Y eso por no hablar de mis amigos. Te darás cuenta, lord Nolan, de que sí quieres nuestras guardas mágicas y nuestra ayuda. Todo a cambio de aceptar la llegada de cualquier humano que necesite seguridad.

—No quiero gentuza andando por aquí.

—¿Así que solo los ricos y los elegidos pasarán por las puertas? —preguntó Rhys, arqueando una ceja—. No puedo imaginar a la aristocracia contenta con

trabajar tu tierra y pescar en tu lago o cuidar tu ganado.

—Tenemos un montón de trabajadores aquí para hacer eso.

Estaba sucediendo otra vez. Otra pelea con gente de mentes estrechas, odiosas…

Pero Jurian dijo a los lores:

—Yo luché con tu antepasado. Y él se sentiría avergonzado si dejaras fuera a los que necesitaran refugio. Sería escupir en su tumba hacer tal cosa. Ocupo una posición de confianza con Hybern. Una palabra mía y me aseguraré de que su legión haga una visita a este lugar. A ti.

—¿Amenazarás con traer al mismo enemigo del que tratas de protegernos?

Jurian se encogió de hombros.

—También puedo convencer a Hybern de que se mantenga alejado de este lugar. Él confía mucho en mí. Si dejas entrar a esa gente… haré todo lo posible para mantener lejos a sus ejércitos.

Le lanzó una mirada a Rhys, desafiándolo a dudarlo.

Todavía estábamos demasiado atónitos para tratar de parecer neutrales.

Y entonces Nolan dijo:

—No pretendo tener un ejército grande. Solo una considerable unidad de soldados. Si lo que dices es verdad… —Miró a Graysen—. Los aceptaremos. A cualquiera que logre llegar hasta aquí.

Me pregunté si era el lord de mayor edad con el que realmente se podría razonar. Especialmente cuando Graysen le dijo a Elain:

—Quítate ese anillo.

Los dedos de Elain se cerraron en un puño.

—No.

Feo. Esto estaba a punto de ponerse feo de la peor manera…

—Quí-ta-te-lo.

Entonces fue el turno de Nolan para murmurar una advertencia a su hijo.

Graysen lo ignoró.

Elain no se movió.

—¡Quítatelo! —El rugido rebotó sobre las piedras.

—Es suficiente —intervino Rhys con una voz letalmente tranquila—. Ella se queda con el anillo, si así lo quiere. Aunque ninguno de nosotros se sentirá demasiado triste si lo vemos desaparecer. Las hembras tienden a preferir el oro o la plata al hierro.

Graysen dirigió una mirada furiosa a Rhysand.

—¿Es esto el comienzo? ¿Los hombres fae vendrán a tomar a nuestras hembras? ¿Acaso las vuestras no son lo bastante atractivas para la cama?

—Cuida tu lengua, muchacho —le ordenó su padre. Elain se puso blanca ante aquel lenguaje grosero.

Graysen solo le dijo:

—No me voy a casar contigo. Nuestro compromiso se acabó. Aceptaré a cualquier persona que ocupe tus tierras. Pero no a ti. Nunca a ti.

Las lágrimas comenzaron a correr por la cara de Elain y su aroma llenó de sal todo el lugar.

Nesta se adelantó. Luego dio otro paso. Y otro.

Hasta que estuvo delante de Graysen, antes de que nadie pudiera reaccionar.

Lo abofeteó con tanta fuerza que su cabeza giró bruscamente.

—Tú nunca la mereciste —gruñó Nesta en medio de un silencio estupefacto. Graysen se llevó la mano a la cara y soltó una retahíla de maldiciones al inclinarse. Nesta solo me miraba a mí. La rabia, sin filtro y ardiendo, se agitaba en sus ojos. Pero su voz era fría como la piedra cuando me dijo—: Supongo que hemos terminado aquí.

Le dirigí un gesto de asentimiento sin palabras. Y orgullosa como una reina, Nesta tomó a Elain del brazo y la condujo fuera del cuartel de la guardia. Mor las siguió, protegiéndoles las espaldas cuando entraron en ese montón de soldados armados y perros que gruñían esperándolos fuera.

Los dos lores salieron sin siquiera despedirse.

Ya solo, Jurian dijo:

—Dile al cantor de sombras que me disculpe por la flecha en el pecho.

Rhys sacudió la cabeza.

—¿Cuál es el siguiente paso, entonces? Supongo que estás haciendo algo más que advertir a los humanos para que huyan o se escondan.

Jurian apartó la mesa.

—La siguiente jugada, Rhysand, es que voy a regresar a ese campamento de guerra de Hybern y me va a dar un ataque debido a que mi búsqueda del paradero de Miryam y Drakon no fue fructífero. Mi paso siguiente es hacer otro viaje al continente y sembrar las semillas de la discordia entre las cortes de las reinas. Dejar deslizar algunas cosas vitales de sus planes. A quién apoyan realmente. Lo que quieren realmente. Eso las mantendrá atareadas…, demasiado preocupadas por su propio conflicto interno para considerar navegar hasta aquí.

Y una vez hecho eso…, ¿quién sabe? Tal vez me uniré a vosotros en el campo de batalla.

Rhys se frotó las cejas con el pulgar y el índice, y los rizos de su cabello cayeron hacia delante mientras inclinaba la cabeza.

—No me hubiera creído una sola palabra de no haber mirado dentro de tu cabeza.

Jurian apoyó una mano en el marco de la puerta.

—Dile a Cassian que golpee con fuerza el flanco izquierdo mañana. Hybern está situando a sus nobles no entrenados allí para que maduren…; son unos niñatos malcriados y no han sido probados en batalla. Cierra las filas allí y los asustarán con un par de gruñidos. Hay que golpearlos con todo lo que tengan y rápido, sin darles tiempo para reagruparse o para encontrar valor. —Jurian me dirigió una sonrisa sombría—. Nunca te felicité por la muerte de Dagdan y Brannagh. Buen viaje.

—Lo hice por aquellos hijos de los benditos —repliqué—. No por la gloria.

—Ya lo sé —dijo Jurian, arqueando las cejas—. ¿Por qué crees que decidí confiar en ti?

Capítulo 55

—Estoy demasiado vieja para este tipo de sorpresas —gruñó Mor dentro de la tienda de campaña, que gemía bajo el ruidoso viento de montaña en la frontera norte de la Corte Invierno, mientras el ejército ilyrio se instalaba para pasar la noche. A esperar el ataque del día siguiente. Habían viajado todo el día, y la ubicación era lo suficientemente remota para mantener incluso un ejército del tamaño del nuestro oculto. Hasta el día siguiente, por lo menos.

Habíamos advertido a Tarquin… y enviado mensajes a Helion y a Kallias para que se unieran si podían llegar a tiempo. Pero debían llegar a la hora antes del amanecer. A esa hora la legión ilyria partiría y volaría directamente hacia el campo de batalla del sur. Iban a aterrizar, eso esperaban, antes de que comenzara. Justo cuando Keir y sus comandantes transportaran a la legión de Portadores de Oscuridad desde la Corte Noche.

Y entonces empezaría la masacre. En ambos lados.

Si lo que Jurian afirmaba era cierto… Cassian se había atragantado cuando le transmitimos el consejo de Jurian para la batalla. Una reacción más moderada, dijo Azriel, que su respuesta inicial.

Le pregunté a Mor desde donde yo estaba sentada, al pie de la *chaise longue* cubierta de pieles que en ese momento compartíamos.

—¿Nunca sospechaste que Jurian podría ser… bueno?

Bebió su vino y se apoyó sobre los almohadones apilados delante del reposacabezas de forma cilíndrica. Mis hermanas estaban en otra tienda, no tan grande pero igualmente lujosa, ambos alojamientos flanqueados por las tiendas de Cassian y de Azriel y la de Mor delante de ellas. Nadie llegaría a ellas sin que mis amigos se enteraran. Aun cuando Mor estaba allí conmigo.

—No lo sé —dijo ella, arrastrando una pesada manta de lana sobre sus piernas—. Nunca estuve tan cerca de Jurian como lo estuve de algunos de los otros, pero… sí peleamos juntos. Nos protegíamos uno al otro. Simplemente supuse que Amarantha había quebrado su mente.

—Partes de él siguen rotas —dije, estremeciéndome ante esos recuerdos que había visto, esos sentimientos. Tiré de su manta sobre mi regazo.

—Todos estamos rotos —dijo Mor—. A nuestra manera…, en lugares que nadie podría ver.

Incliné la cabeza para decir algo, pero ella preguntó:

—¿Elain está… bien?

—No —fue todo lo que dije. Elain no estaba bien.

Había llorado en silencio mientras nos transportábamos aquí. Y en las horas posteriores, cuando el ejército llegó y el campamento fue levantado. No se quitó el anillo en todo ese tiempo. Solo permanecía acostada en el catre de su tienda, acurrucada entre pieles y mantas, con la mirada perdida.

Cualquier avance de mejora… desaparecido. Pensé en volver para romperle todos los huesos del cuerpo a Graysen, pero me resistí…, pues eso le daría pie a Nesta para lanzarse sobre él. Y la muerte a manos de Nesta… Me preguntaba si tendrían que inventar una nueva palabra para «matar» cuando ella terminara con Graysen.

Así que Elain lloró en silencio, las lágrimas tan interminables que me pregunté si era una señal de que su corazón estaba sangrando. Una astilla de esperanza lo había mantenido hasta ese día: que Graysen la seguiría amando, que se casaría con ella y que el amor triunfaría incluso por encima de un lazo de apareamiento.

Una última atadura se había roto…: la atadura a su vida en las tierras humanas.

Solo nuestro padre, dondequiera que estuviera, seguía siendo una suerte de conexión.

Mor entendió lo que había en mi cara y dejó el vino en la mesita de madera al lado de la *chaise longue*.

—Deberíamos dormir. Ni siquiera sé por qué estoy bebiendo.

—El día de hoy ha sido… inesperado.

—Es tanto más difícil —dijo, gruñendo mientras colocaba el resto de la manta en mi regazo y se levantaba— cuando los enemigos se convierten en amigos. Y lo contrario, supongo. ¿Qué fue lo que no vi? ¿Qué pasé por alto, a

qué no le di importancia? Eso siempre hace que me evalúe a mí misma, más que a ellos.

—¿Otra alegría de la guerra?

Ella bufó, dirigiéndose hacia la puerta de la tienda.

—No…, de la vida.

Apenas dormí esa noche.

Rhys no vino a la tienda…, ni una sola vez.

Abandoné la cama cuando la oscuridad empezaba a convertirse en gris, siguiendo el tirón del lazo de apareamiento como había hecho aquel día en Bajo la Montaña.

Él estaba en lo alto de un saliente rocoso cubierto de parches de hielo, viendo cómo se desvanecían las estrellas una a una sobre el campamento todavía dormido.

Sin decir palabra, deslicé un brazo alrededor de su cintura, y él movió las alas para envolverme y estrecharme a su lado.

—Muchos soldados van a morir hoy —dijo en voz baja.

—Lo sé.

—Nunca se hace más fácil —susurró.

Los fuertes rasgos de su rostro estaban tensos, y la plata cubría sus ojos mientras estudiaba las estrellas. Solo allí, solo en ese momento, iba a mostrar esa pena…, esa preocupación y ese dolor. Nunca delante de sus ejércitos; nunca delante de sus enemigos.

Soltó un largo suspiro.

—¿Estás lista?

Yo iba a quedarme cerca de la retaguardia con Mor para hacer un seguimiento de la batalla. El flujo, el terror, la estructura. Mis hermanas permanecerían allí hasta que fuera seguro transportarlas. Si las cosas no se iban al infierno primero.

—No —admití—. Pero no tengo más opción que estarlo.

Rhys me besó en la parte superior de la cabeza y observamos las estrellas moribundas en silencio.

—Estoy agradecido —dijo después de un rato, mientras el campamento debajo de nosotros empezaba a tomar movimiento a medida que aumentaba la luz— por tenerte a mi lado. No sé si alguna vez te he dicho… lo agradecido que estoy de tenerte conmigo.

Parpadeé de nuevo sobre el ardor en mis ojos y le cogí la mano. La puse encima de mi corazón, dejando que sintiera los latidos mientras lo besaba una última vez, con la última de las estrellas que desaparecía al tiempo que el ejército despertaba a nuestros pies para ir a la batalla.

Capítulo 56

Jurian tenía razón.

Habíamos visto dentro de su cabeza, pero todavía dudábamos. Todavía me preguntaba si llegaríamos para encontrarnos con que Hybern había cambiado de posición, o había atacado en otra parte.

Pero la horda de Hybern estaba precisamente donde Jurian había dicho que estaría.

Y cuando el ejército ilyrio avanzó sobre ellos mientras marchaban hacia la frontera de Primavera para entrar en Verano…, las fuerzas de Hybern ciertamente parecían sorprendidas.

Rhys había mantenido ocultas nuestras fuerzas, todas ellas. El sudor le corría por las sienes debido a la tensión…, la tensión de mantener toda aquella masa fuera de la vista, del sonido y del olor mientras volábamos kilómetro tras kilómetro. Mis alas no eran lo suficientemente fuertes…, así que Mor nos transportó a través del cielo, siguiendo el ritmo del ejército.

Y llegamos juntos. Y cuando Rhys arrancó el escudo que protegía de la vista, reveló ilyrios hambrientos de batalla que caían del cielo en ordenadas y precisas líneas…, y reveló también la legión de los Portadores de Oscuridad de Keir atacando a pie, envueltos en jirones de noche y armados con brillantes aceros… Era difícil no sentirse ufano ante el pánico que se apoderó de las tropas en marcha de Hybern.

Pero el ejército de Hybern… se extendía hasta muy lejos…, a lo ancho y a lo largo. Con la intención de barrerlo todo a su paso.

—¡Escudos! —bramó Cassian en la primera línea.

Uno a uno, los escudos rojo, azul y verde cobraron vida alrededor de los ilyrios y sus armas, superpuestos como las escamas de un pez. Superpuestos como los sólidos escudos de metal que cada uno llevaba en el brazo izquierdo, ocupando su lugar desde el tobillo hasta el hombro.

Debajo, las tropas de Keir se movían con escudos oscuros que colocaban delante de ellos.

Mor nos transportó hasta la colina cubierta de árboles que daba al campo que Cassian había considerado que sería el mejor lugar para permanecer según las observaciones de Azriel. Había una pendiente a favor hacia el llano… Ocupamos el terreno alto, sobre un río estrecho y poco profundo no muy lejos del ejército de Hybern. El éxito en la batalla, me había dicho Cassian esa mañana mientras tomábamos un desayuno rápido, a menudo se decide no por la cantidad de efectivos, sino por la elección del lugar donde luchar.

En pocos momentos el ejército de Hybern pareció darse cuenta de su desventaja.

Los ilyrios habían aterrizado junto a los soldados de Keir. Cassian, Azriel y Rhys se distribuyeron entre los de la primera línea, todos cubiertos con esa negra armadura ilyria, todos armados como los otros soldados alados: escudo firme en la mano izquierda, espada ilyria en la derecha, y una variedad de dagas repartidas por el cuerpo y los cascos.

Estos eran los únicos indicadores de quién era cada uno. A diferencia de las cúpulas lisas de sus hombres, Rhys, Azriel y Cassian llevaban cascos negros cuyos protectores laterales estaban diseñados como alas de cuervo que se lanzaban hacia arriba a cada lado del casco, justo por encima de las orejas… El efecto, lo admito, era aterrador. Especialmente con las otras dos espadas sujetas a la espalda, los guanteletes que cubrían cada centímetro de sus manos, y los Sifones brillando entre las armaduras negras como el ébano de Cassian y Azriel.

El poder de Rhys se arremolinó a su alrededor, preparándose para atacar el flanco derecho, mientras Cassian apuntaba hacia el izquierdo. Rhys iba a preservar su poder… por si llegaba el rey. O, quizá peor…, el Caldero.

Este ejército era enorme…, pero no parecía que el rey estuviera allí para dirigirlo. O Tamlin. O Jurian. Era simplemente un anuncio invasor de la fuerza por llegar, pero lo bastante grande para causar daño… Podíamos fácilmente ver los estragos detrás del ejército, en las columnas de humo que ensuciaban el despejado cielo del verano.

Mor y yo hablamos poco en las horas que siguieron.

No teníamos palabras para ningún tipo de discurso coherente con lo que estábamos viendo. Ya fuera para nuestra sorpresa o por pura suerte, no había señales de ese destructor de la sangre. Me incliné a darle las gracias a la Madre por eso.

Aun cuando esa mañana cada soldado de nuestro campamento hubiese mezclado el antídoto de Nuan en la avena del desayuno, no serviría de nada contra armas envenenadas con el destructor de la sangre que romperían los escudos. Solo servía contra el efecto de la magia, si entraba en contacto con ese condenado polvo…, o cuando era atravesado por un arma impregnada con él. Por suerte, ese día no lo estaban usando.

Al observar esta carnicería, la excelente formación de control…, no había lugar para mí en esas líneas de frente, donde los ilyrios peleaban con la fuerza de su espada, de su poder y de su confianza en el macho a cada lado de ellos. Incluso los soldados de Keir luchaban como uno solo…, obedientes y resueltos, atacando con sombras y acero. Yo habría sido una fisura en esa armadura impenetrable… y en lo que Cassian y los ilyrios desencadenaban sobre Hybern…

Cassian se estrelló contra el flanco izquierdo. Los Sifones soltaban ráfagas de potencia que a veces rebotaban en los escudos, a veces encontraban su objetivo y destrozaban carne y huesos.

Y donde los escudos mágicos de Hybern resistían…, Rhys, Azriel y Cassian enviaban ráfagas de su propio poder para destruirlos. Dejándolos vulnerables a los Sifones… o al puro acero ilyrio. Y si eso no los derribaba…, Keir y sus Portadores de Oscuridad limpiaban el resto. Con precisión. Con frialdad.

El campo se convirtió en un barrizal ensangrentado. Los cuerpos brillaban con el sol de la mañana, la luz rebotaba en las armaduras. Hybern entró en pánico ante las inquebrantables líneas ilyrias que los empujaban y empujaban hacia atrás. Eso los hundió.

Y cuando el flanco izquierdo se rompió, cuando sus nobles cayeron o se dieron la vuelta para huir…, el pánico empezó a apoderarse del resto de los soldados de Hybern.

Un comandante a caballo, sin embargo, no se retiró tan fácilmente. No se dio la vuelta con su montura para dirigirse a ese río detrás de ellos y huir.

Cassian lo eligió como su oponente.

Mor me agarró la mano con tanta fuerza que casi me dolió cuando Cassian salió de la impenetrable línea del frente de escudos y espadas, y los soldados

alrededor de él inmediatamente cerraron la brecha. El barro y la sangre salpicaban el oscuro casco de Cassian y su armadura.

Se deshizo del escudo alto y lo cambió por uno redondo que llevaba atado a la espalda, hecho con el mismo metal negro como el ébano.

Y luego se lanzó a la carrera.

Yo habría jurado que incluso Rhys se detenía en el otro extremo del campo de batalla para ver cómo Cassian se abría paso entre los soldados enemigos, dirigiéndose al comandante a caballo de Hybern. Cuando se dio cuenta de quién iba a buscarlo y cómo, este empezó a buscar un arma mejor.

Cassian había nacido para esto…, para estos campos de batalla, para este caos, esta brutalidad y determinación.

No dejó de moverse, parecía saber dónde cada oponente luchaba tanto delante como detrás, parecía respirar el flujo de la batalla a su alrededor. Incluso dejó caer la protección de sus Sifones… para acercarse, para sentir el impacto de las flechas que chocaban contra ese escudo negro. Cuando golpeaba con él a un soldado, su otro brazo ya estaba blandiendo la espada contra el siguiente adversario.

Nunca había visto nada parecido…, la habilidad y la precisión. Era como una danza.

Debí de haberlo dicho en voz alta, porque Mor respondió:

—Para él, eso es la batalla. Una sinfonía.

Sus ojos no se apartaban de la danza de muerte de Cassian.

Tres soldados fueron lo bastante valientes o estúpidos para intentar atacarlo. Cassian los mató con cuatro movimientos.

—¡Sagrada Madre! —exclamé.

Ese era quien me había estado entrenando. La razón por la que los fae temblaban al oír su nombre.

Por la que los guerreros ilyrios de alto rango habían estado tan celosos como para querer quitarle la vida.

Pero allí estaba Cassian, nadie entre él y el comandante.

Este había encontrado una lanza abandonada. La arrojó.

Rápida y precisa, mi corazón se detuvo el tiempo de un latido mientras la lanza se dirigía a Cassian.

Las rodillas dobladas, las alas recogidas con fuerza, el escudo en movimiento…

Recibió la lanza en el escudo con un impacto que yo habría jurado que

llegaba a oír. Luego cortó el asta y continuó corriendo.

En un abrir y cerrar de ojos, Cassian envainó las espadas en la espalda y guardó el escudo.

Antes de que yo pudiera preguntarme por qué, él ya había recogido otra lanza caída.

Cuando la arrojó, todo su cuerpo era armonía. Fue un movimiento tan perfecto que supe que algún día lo iba a pintar.

Ambos ejércitos parecieron detenerse ante ese lanzamiento.

Incluso a esa distancia, la lanza de Cassian dio en el blanco.

Atravesó directa el pecho del comandante, con tanta fuerza que lo derribó limpiamente de su caballo.

Cuando llegó al suelo, Cassian ya estaba allí.

Su espada atrapó la luz del sol cuando la levantó y la hundió en la carne.

Cassian había elegido bien su objetivo. Los de Hybern huyeron en ese momento. Se dieron la vuelta y huyeron por el río.

Pero Hybern encontró al ejército de Tarquin que lo esperaba en la orilla opuesta. Exactamente donde Cassian le había ordenado que apareciera.

Atrapado con los ilyrios y los Portadores de Oscuridad de Keir a sus espaldas y los dos mil soldados de Tarquin en el otro lado del estrecho río…

Fue muy duro ver aquello…, esa matanza.

Mor me dijo:

—Se acabó.

El sol estaba alto en el cielo y el calor aumentaba con cada minuto que pasaba.

—No hace falta que veas esto —agregó.

Porque algunos de los soldados de Hybern se estaban rindiendo. Hincados de rodillas.

Como era territorio de Tarquin, Rhys le dejó a él la decisión sobre qué hacer con los prisioneros.

Desde la distancia, ubiqué a Tarquin por su armadura…, más adornada que la de Rhysand, pero de todos modos brutal. Aletas y escamas de pescado parecían ser el motivo, y su manto azul flotaba por encima del barro detrás de él mientras caminaba sobre los cuerpos caídos para llegar a los pocos cientos de enemigos supervivientes.

Tarquin miró hacia el lugar donde el enemigo se había arrodillado. El casco enmascaraba sus facciones.

Cerca, Rhys, Cassian y Azriel vigilaban, hablando con Keir y los capitanes ilyrios. No vi muchas alas entre los caídos en el campo. Una suerte.

La única suerte, al parecer, cuando Tarquin hizo un movimiento con la mano.

Algunos de los soldados de Hybern empezaron a suplicar clemencia, dispuestos a dar información, gritando tan alto que incluso nosotras pudimos oírlos.

Tarquin señaló a algunos de ellos, que fueron arrastrados por sus soldados para ser interrogados. Dudé que aquello resultara agradable.

Pero los otros…

Tarquin alargó la mano hacia ellos.

Me tomó un instante darme cuenta de por qué los soldados de Hybern estaban golpeándose y arañándose a sí mismos, algunos tratando de alejarse arrastrándose. Y entonces uno de ellos se derrumbó y la luz del sol le iluminó el rostro. Incluso desde la distancia me di cuenta… de que era agua lo que en ese momento burbujeaba saliendo de sus labios.

Por los labios de todos los soldados de Hybern, ya que Tarquin los estaba ahogando en terreno seco.

No vi a Rhys ni a los demás durante horas…, hasta que se dio la orden de que el campamento de guerra ilyrio debía ser trasladado de la frontera con la Corte Invierno para ser levantado de nuevo en el borde del campo de batalla. De modo que Mor y yo nos transportamos de un campamento a otro cuando comenzó el éxodo. Transportamos a mis hermanas al final, esperando hasta que muchos de los cuerpos hubieran sido convertidos en polvo negro por Rhysand. La sangre y el barro seguían allí, pero el campamento tenía una posición demasiado buena para cederla… o perder el tiempo buscando otra.

A Elain no parecía importarle. No parecía ni siquiera percatarse de que la íbamos a transportar. Simplemente salió de su tienda para ir a los brazos de Mor, y luego volver a meterse en la misma tienda reconstruida en el nuevo campamento.

Nesta, sin embargo… Le dije al llegar que todos estaban bien.

Pero cuando nos transportamos al campo de batalla… fijó la mirada en esa llanura, ensangrentada y fangosa. En las armas que soldados de ambas cortes

estaban quitándole al enemigo caído.

Nesta oyó a los soldados ilyrios que susurraban sobre cómo Cassian había arrojado esa lanza, cómo había segado a los soldados como si fueran tallos de trigo, cómo había luchado igual que Enalius…, su más antiguo dios guerrero y el primero de los ilyrios.

Hacía tiempo, al parecer, que no veían a Cassian en plena batalla. Desde que se habían dado cuenta de que era muy joven en la guerra anterior, y en ese momento… las miradas que le dirigieron a Cassian cuando pasaba… eran las mismas que aquellos altos lores le habían dirigido a Rhys al ver su poder. Como ellos, pero a la vez Otro.

Nesta observaba y lo escuchaba todo mientras levantaban el campamento alrededor de nosotros.

No preguntó adónde habían llevado los cuerpos antes de su llegada. Ignoró por completo el campamento que Keir y sus Portadores de Oscuridad levantaban junto al nuestro…, con sus soldados con armaduras negras que se burlaban de ella, de mí, de los ilyrios. No, Nesta solo se aseguró de que Elain estuviera dormitando en su tienda, y luego se ofreció para ayudar a cortar ropa blanca para los vendajes.

Estábamos haciendo precisamente eso alrededor de las primeras fogatas del anochecer cuando Rhys y Cassian se acercaron, todavía con las armaduras puestas y Azriel sin aparecer por ninguna parte.

Rhys tomó asiento en el tronco en el que yo estaba encaramada y su armadura entrechocó cuando me dio un beso en la sien. Apestaba a metal, a sangre, a sudor.

Su casco golpeó con mucho ruido contra el suelo al soltarlo a nuestros pies. Le pasé en silencio una jarra de agua, y me disponía a coger un vaso cuando Rhys levantó el recipiente de peltre y bebió directamente de él. Le chorreó agua por los costados y cayó sobre el metal negro que le cubría los muslos, y cuando por fin lo dejó, se lo veía… cansado. En sus ojos se leía el agotamiento.

Nesta se había puesto de pie de un salto, mirando a Cassian, al casco que él se había colgado del brazo, las armas todavía asomando por encima del hombro cubiertas de sangre y barro. Su cabello oscuro empapado de sudor, el rostro manchado de barro donde ni siquiera el casco había podido evitarlo.

Mi hermana examinaba sus siete Sifones, las piedras rojo oscuro. Y entonces dijo:

—Estás herido.

Rhys reaccionó prestando atención.

El rostro de Cassian era sombrío, tenía los ojos vidriosos.

—Está bien. —Incluso sus palabras parecían teñidas de agotamiento.

Y ella le cogió el brazo…, el brazo del escudo.

Cassian pareció vacilar, pero se lo dio, y ella le dio un golpecito al Sifón encima de su mano. La armadura retrocedió un poco sobre el antebrazo, para revelar…

—Sabes bien que no debes andar por ahí con una lesión —le dijo Rhys, un poco tenso.

—Estaba ocupado —replicó Cassian, sin apartar la vista de Nesta mientras ella estudiaba la muñeca hinchada. ¿Cómo la habría detectado a través de la armadura…? Debió de haberlo leído en sus ojos, en su postura.

En ningún momento me percaté de que mi hermana había estado observando al general ilyrio lo suficiente para descubrir que estaba herido.

—Y además estará curada por la mañana —añadió Cassian, desafiando a Rhys a que dijera lo contrario.

Los dedos pálidos de Nesta sondearon suavemente su piel dorada y él siseó entre dientes.

—¿Cómo debo curártela? —le preguntó. Había llevado recogido el cabello en un nudo sobre la cabeza a lo largo del día, y durante las horas que habíamos trabajado para llevar suministros a los sanadores, en medio del calor y la humedad, algunos mechones se le habían ido soltando para caer en rizos alrededor de las sienes y de la nuca. El sol había teñido sus mejillas de un suave color, y sus antebrazos, desnudos por debajo de las mangas enrolladas, estaban llenos de barro.

Cassian se sentó lentamente en el tronco donde ella había estado un momento antes, y se quejó con voz suave…, como si hasta ese movimiento le costara un esfuerzo.

—El frío por lo general ayuda, pero un vendaje lo fijará en su lugar durante el tiempo necesario y el esguince se curará solo…

Buscó la cesta de vendajes que había estado preparando, y luego la jarra a sus pies.

Yo estaba demasiado cansada para hacer nada aparte de ver cómo le lavaba la muñeca, la mano y también sus propios dedos suaves; demasiado cansada para preguntarle si poseía la magia para curarlo. Cassian parecía demasiado agotado para hablar mientras ella le vendaba la muñeca, solo un gruñido para confirmar

si estaba muy apretado o muy flojo, si aquello lo ayudaba de alguna manera. Pero al mismo tiempo la observaba…, no apartaba los ojos de su cara, con las cejas juntas y los labios fruncidos por la concentración.

Y una vez que lo hubo vendado cuidadosamente y su muñeca quedó envuelta en blanco, cuando Nesta se disponía a retirarse, Cassian se apoderó de sus dedos con la mano sana. Ella alzó la mirada.

—Gracias —dijo el ilyrio con voz ronca.

Nesta no apartó la mano.

Ni abrió la boca para lanzar una réplica punzante.

Solo lo miró y siguió mirándolo, contemplando la anchura de sus hombros, aún más poderosos con esa hermosa armadura negra, la fuerte columna de su bronceado cuello por encima de las alas. Y luego los ojos castaños, todavía fijos en su cara.

Cassian le rozó con el pulgar el dorso de la mano.

Nesta abrió la boca por fin, y yo me preparé…

—¿Estás herido?

Al oír la voz de Mor, Cassian retiró la mano y se volvió hacia Mor con una sonrisa perezosa.

—Nada para que te pongas a llorar. No te preocupes.

Nesta arrastró la mirada desde el rostro de él hacia abajo, hasta la ahora vacía mano, con los dedos todavía doblados, como si su mano aún estuviera allí. Cassian no miró a Nesta cuando esta se levantó, cogió la jarra y murmuró algo acerca de buscar más agua en el interior de la tienda.

Cassian y Mor se enfrascaron en su parloteo burlón, riendo y mofándose uno del otro sobre la batalla y las que todavía les esperaban.

Nesta no volvió a salir durante un largo rato.

Ayudé con los heridos durante mucho tiempo hasta bien entrada la noche, con Mor y Nesta trabajando junto a mí.

Un día largo para todos nosotros, sí, pero los otros… habían luchado durante horas. Por la tensión en la mandíbula de Mor cuando atendía por igual a los Portadores de Oscuridad y a los ilyrios heridos, yo sabía que los relatos de la

batalla la alteraban… no por las gestas de gloria y de sangre, sino por el simple hecho de que ella no había estado allí para pelear a su lado.

Pero entre las fuerzas de los Portadores de Oscuridad y los ilyrios…, me preguntaba dónde habría luchado ella. A quién habría comandado o habría seguido. Decididamente no a Keir, pero… Todavía estaba pensando en eso cuando por fin me deslicé entre las cálidas sábanas de mi cama y acurruqué mi cuerpo contra el de Rhys.

Su brazo se deslizó instantáneamente sobre mi cintura, acercándome más a él.

—Hueles a sangre —murmuró en la penumbra.

—Lo siento —dije. Me había lavado las manos y los antebrazos antes de meterme en la cama, pero un baño completo… Apenas había logrado atravesar caminando el campamento hacía unos momentos.

Me acarició la cintura hasta la cadera.

—Debes de estar agotada.

—Y tú deberías estar durmiendo —lo reprendí, aproximándome, dejando que su calor y su aroma me envolvieran.

—No puedo —admitió con los labios rozando mi sien.

—¿Por qué?

Deslizó una mano hacia mi espalda, y me arqueé con la caricia a lo largo de la columna vertebral.

—Me toma un tiempo… recomponerme después de la batalla.

Habían pasado horas desde que cesaron los enfrentamientos. Los labios de Rhys comenzaron un viaje desde mi sien bajando por la mandíbula.

E incluso con el peso del agotamiento presionándome, cuando su boca me rozó la barbilla, mientras me mordía el labio inferior…, supe lo que estaba pidiendo.

Rhys dio un profundo suspiro al tiempo que yo seguía los contornos de su bien formado abdomen, a la vez que me maravillaba la suavidad de su piel, la fuerza de los músculos debajo de ella.

Depositó un beso ligero como una pluma en mis labios.

—Si estás demasiado cansada —comenzó, y se quedó inmóvil mientras mis dedos seguían su viaje, más allá de su abdomen perfectamente esculpido.

Le respondí con un beso. Otro. Hasta que su lengua se deslizó sobre la costura de mis labios y me abrí para él.

Nuestra unión fue rápida y áspera, y yo le estaba agarrando la espalda antes

de que el final nos atravesara a los dos, arrastrando mis manos sobre sus alas.

Durante largos minutos permanecimos allí, con mis piernas sobre sus hombros, el ascenso y descenso de su pecho empujando el mío en un eco persistente de los movimientos de nuestros cuerpos.

Luego se apartó, bajando suavemente mis piernas de sus hombros. Me besó el interior de cada una de las rodillas, poniéndolas a ambos lados de él cuando se levantaba para arrodillarse ante mí.

Los tatuajes en sus rodillas estaban casi oscurecidos por las arrugas de las sábanas y el dibujo se veía estirado por la posición. Pero reseguí con los dedos las cimas de aquellas montañas, las tres estrellas dibujadas con tinta sobre ellas, mientras él permanecía arrodillado entre mis piernas, mirándome.

—He pensado en ti a cada momento mientras estaba en el campo de batalla —dijo con voz suave—. Eso me ha centrado, me ha permitido enfocarme…, me ha impulsado a seguir hasta el final.

Acaricié de nuevo los tatuajes de sus rodillas.

—Me alegro. Creo… creo que una parte de mí ha estado también allí, en ese campo de batalla, contigo. —Miré su armadura, limpia y colocada en un maniquí cerca del pequeño vestidor. Su casco alado brillaba como una estrella oscura en la oscuridad—. Mientras hoy miraba esa batalla…, la he sentido diferente de la de Adriata. —Rhys solo escuchaba, aquellos ojos pacientes llenos de estrellas—. En Adriata, yo no… —Me esforcé buscando las palabras adecuadas—. El caos de la batalla en Adriata era más fácil, de alguna manera. Bueno, no fácil, quiero decir…

—Sé lo que has querido decir.

Suspiré, sentándome de tal modo que quedamos rodilla con rodilla y cara a cara.

—Lo que intento explicar, aunque creo que fracaso rotundamente, es que en los ataques como el de Adriata, o el de Velaris…, puedo luchar en ellos. Hay gente a la que defender, y el desorden… Puedo… Voy a luchar con gusto en esas batallas. Pero lo que he visto hoy, ese tipo de guerra… —Tragué saliva—. ¿Te avergonzarías de mí si admito que no estoy segura de sentirme preparada para ese tipo de combate? —Línea contra línea, moviendo las espadas y apuñalando hasta no poder distinguir entre arriba y abajo, hasta que el barro y la sangre difuminaran la línea entre los combatientes, teniendo que confiar tanto en los guerreros a mi lado como en mi propio conjunto de habilidades. Y la cercanía de todo eso, los ruidos y las proporciones del baño de sangre…

Me tomó la cara entre sus manos, y me dio un beso.

—Nunca. Nunca podría avergonzarme de ti. Y ciertamente no por esto. —Mantuvo su boca cerca de la mía, compartiendo el aliento—. La batalla de hoy ha sido diferente de Adriata, y también de Velaris. Si tuviéramos más tiempo para entrenarte con una unidad, podrías pelear entre las líneas y mantener tu posición. Pero solo será si así lo quieres. Y por ahora, estas batallas iniciales… Estar en ese matadero no es algo que yo desearía para ti. —Me besó otra vez—. Somos una pareja —dijo contra mis labios—. Si alguna vez quieres pelear a mi lado, será un honor para mí.

Eché la cabeza hacia atrás y lo miré frunciendo el ceño.

—Ahora me siento como una cobarde.

Me acarició la mejilla con la yema del pulgar.

—Nadie pensaría nunca eso de ti, no con todo lo que has hecho, Feyre. La guerra es fea, desordenada e implacable. Los soldados que luchan son solo una fracción de ella. No subestimes lo importante que es para ellos verte aquí…, ocupándote de los heridos y participando en estas reuniones y deliberaciones.

Lo consideré mientras dejaba que mis dedos se movieran sobre los tatuajes ilyrios en su pecho y sus hombros.

Y tal vez fue el brillo residual de nuestra íntima unión, tal vez fue la batalla de ese día, pero… le creí.

El ejército de Tarquin no se mezcló con el nuestro como hizo el de Keir, sino que acampó a un costado. Azriel encabezó un equipo tras otro de exploradores para encontrar al resto de las fuerzas de Hybern, para descubrir su próxima jugada… Pero sin éxito.

Me pregunté si Tamlin estaría con ellos, si le habría susurrado a Hybern todo lo que se había discutido en esa reunión. Las debilidades entre las cortes. No me atreví a preguntárselo a nadie.

Pero sí me atreví a interrogar a Nesta sobre si sentía que el poder del Caldero se agitaba. Afortunadamente, afirmó que no sentía nada fuera de lo normal. Aun así…, yo sabía que Rhys estaba con frecuencia en contacto con Amren en Velaris… para preguntarle si había hecho algún descubrimiento en el Libro.

Y hasta si había encontrado alguna manera alternativa de detener a ese Caldero… Primero necesitábamos saber dónde había escondido el rey al resto de su ejército. Y no para que pudiéramos enfrentarnos a él, sino para que pudiéramos hacer que otros terminaran el trabajo.

Pero solo debía soltar a Bryaxis una vez que supiéramos dónde estaba el resto del ejército de Hybern. No sería bueno permitir que Hybern se enterara de la existencia de Bryaxis y modificara sus planes en consecuencia. No, solo cuando ese ejército se cerniera sobre nosotros…, solo entonces lo lanzaría sobre ellos.

Los primeros tres días después de la batalla, los ejércitos sanaron a sus heridos y descansaron. Al cuarto día, Cassian les ordenó hacer tareas menores para evitar cualquier inquietud y posibilidad de protestas peligrosas. Su primera orden fue excavar una trinchera alrededor de todo el campamento.

Pero al quinto día, con la zanja a medio terminar…, Azriel apareció, jadeando, en medio de nuestra tienda de campaña.

Hybern, de alguna manera, nos había esquivado por completo, y envió una fuerza que marchaba hacia la frontera entre las cortes Otoño y Verano, rumbo a la frontera de la Corte Invierno.

No fuimos capaces de adivinar la razón de tal movimiento. Y Azriel tampoco había encontrado una. Estaban a medio día de vuelo de nosotros, y ya habían enviado advertencias a Kallias y a Viviane.

Rhys, Tarquin y los demás debatieron durante horas evaluando las posibilidades. Si abandonábamos este lugar para ir a la frontera, quizá les haríamos el juego a los planes de Hybern. Pero no ocuparnos de ese ejército que se dirigía hacia el norte significaba dejarlo avanzar hasta donde quisiera. No podíamos permitirnos dividir nuestro propio ejército en dos…; no teníamos suficientes soldados.

Hasta que a Varian se le ocurrió una idea.

Mandó salir a todos los capitanes y generales. Keir y Devlon no se mostraron muy satisfechos con eso mientras ambos se retiraban furiosos. Todos despedidos menos su hermana, Tarquin y mi propia familia.

—Marchamos hacia el norte… y nos quedamos.

Rhys alzó una ceja. Cassian frunció el ceño.

Pero Varian puso un dedo en el mapa extendido sobre la mesa alrededor de la cual estábamos reunidos.

—Hagamos un hechizo…, uno muy bueno. De modo que si alguien se acerca

por aquí, verá, oirá y olerá la presencia de un ejército. Pongamos los hechizos en su lugar para impedirles llegar realmente hasta el campamento. Pero que haga que los espías de Hybern informen de que todavía estamos aquí. Que hemos decidido quedarnos aquí.

—Mientras marchamos hacia el norte bajo un escudo de visión —murmuró Cassian, frotándose la mandíbula—. Podría funcionar —añadió, con una sonrisa dirigida a Varian—. Tú nunca te pones enfermo con todo ese sol. Podrías venir a jugar con nosotros en Velaris.

Aunque Varian frunció el ceño, algo brilló en su ojo.

Y Tarquin le dijo a Rhys:

—¿Podrías hacer tal engaño?

Rhys asintió con la cabeza y me guiñó un ojo.

—Con la ayuda de mi compañera.

Recé porque yo hubiera descansado lo suficiente mientras todos ellos me miraban.

Estaba casi agotada cuando Rhys y yo terminamos esa noche. Seguí sus instrucciones: seleccioné caras y detalles, deseando que la magia de cambiar la forma las hiciera aparecer de la nada y darles vida propia.

Fue como… aplicar una fina película sobre todos los que vivían en el campamento que luego pudiera ser quitada cuando nos retiráramos… para volver a su propia entidad, esa que caminaba, hablaba y hacía todo tipo de cosas donde fuera que estuviese. Mientras tanto, marchábamos para interceptar al ejército de Hybern, ocultos a la vista gracias al trabajo de Rhys.

Y funcionó. Cresseida, experta en hechizos, trabajó personalmente sobre los soldados de la Corte Verano. Ella y yo estábamos jadeando y sudorosas horas más tarde, y le di las gracias con un movimiento de cabeza cuando me ofreció un poco de agua. Ella no era una guerrera entrenada como su hermano, pero era una presencia sólida y necesaria entre los hombres del ejército…, los soldados recurrían a ella en busca de orientación y estabilidad.

Nos trasladamos otra vez. Conformábamos una bestia mucho más grande que la que había volado hasta ahí. Los soldados de la Corte Verano y la legión de Keir no volaban, pero Tarquin recurrió a lo más profundo de sus reservas y los

transportó con nosotros. Iba a quedar totalmente vacío cuando llegáramos a donde estaba el enemigo, pero insistió en que, de todos modos, él era mejor luchando con el acero.

Encontramos al ejército de Hybern en el extremo norte del espeso bosque que se extendía a lo largo de la frontera oriental de la Corte Verano.

Azriel había explorado el terreno para Cassian, y le había expuesto la situación con precisos detalles. Ya era el final de la tarde, de modo que Hybern se estaba preparando para establecerse para la noche.

Cassian había dejado descansar a nuestro ejército todo el día previendo esta posibilidad. Sabiendo que al final de un largo día de marcha, las fuerzas de Hybern estarían agotadas, confundidas. Otra regla de la guerra, me dijo. Saber cuándo elegir el inicio de tus batallas podría ser tan importante como elegir el lugar donde luchar.

Con nubes cargadas de lluvia que se arrastraban desde el este y el sol hundiéndose hacia los árboles detrás de nosotros…, sicómoros y robles muy altos…, aterrizamos. Rhys desactivó el hechizo que nos rodeaba.

Él quería que esa información fuera conocida…, que se corriera la voz entre las fuerzas de Hybern de con quién se iban a encontrar a cada paso. Para matarlos.

Pero ellos ya lo sabían.

Otra vez observé desde el campamento, en lo alto de un ancho terraplén que conducía al pequeño valle cubierto de hierba donde Hybern había planeado descansar. Elain se metió en su tienda apenas los guerreros ilyrios la levantaron para ella. Solamente Nesta fue hacia el borde de las tiendas para ver la batalla desde el valle de abajo. Mor se unió a ella; luego lo hice yo.

Nesta ni se inmutó ante el fragor y los ruidos de la batalla. Solo miraba una figura con armadura negra, dirigiendo las líneas, y cada tanto gritando alguna orden en medio de la batalla.

En esta batalla… Hybern había estado listo. Y el aspecto que mostraban, el de un ejército cansado deseando algo de reposo por la noche…, había sido una artimaña, como la nuestra.

Los soldados de Keir empezaron a bajar primero y las sombras fueron desapareciendo. Sus líneas delanteras se iban curvando.

Mor observaba con una expresión inmutable. Yo no tenía duda alguna de que estaba a medias esperando que su padre se sumara a los muertos que ya empezaban a amontonarse. Y cuando Keir logró reunirse con los Portadores de

Oscuridad, reorganizó esa línea de frente…, justo después de que Cassian le gritara para que lo hiciera. Y al otro lado del campo…

Rhys y Tarquin estaban bastante vacíos de poder y combatían espada con espada contra los soldados. Y como ya era habitual, ninguna señal del rey, ni de Jurian, ni de Tamlin.

Mor cambiaba el peso de su cuerpo de un pie a otro, mirándome cada tanto. El derramamiento de sangre, la brutalidad…, resonaban en alguna parte de ella. Permanecer aquí conmigo…, no era donde ella deseaba estar.

Pero eso de correr tras los ejércitos, esforzándonos para ir hacia delante…, no iba a proporcionar una solución. No durante mucho tiempo.

El cielo se abrió y la batalla se convirtió en una matanza llena de lodo. Los Sifones brillaban, los soldados morían. Hybern manejaba su propia magia sobre nuestras fuerzas. Flechas envenenadas con destructor de la sangre finalmente hicieron su aparición en medio de las nubes de veneno, que afortunadamente no duraban mucho tiempo bajo la lluvia. Y no tuvo impacto entre nosotros…, ni el más mínimo…, gracias al antídoto de Nuan en nuestros sistemas. Flechas que fueron hábilmente evitadas por los escudos o por la sencilla destrucción de sus astas, dejando que la punta cayera al suelo inofensiva.

Aun así, Cassian, Azriel y Rhys seguían luchando, seguían matando. Tarquin y Varian resistían…, distribuyendo a sus soldados para ayudar a la línea de Keir, que otra vez se debilitaba.

Demasiado tarde.

A la distancia, a través de la lluvia, pudimos ver perfectamente cómo la línea oscura de los soldados de Keir cedía ante un ataque de caballería de Hybern.

—Mierda —exclamó Mor, agarrándome del brazo con tanta fuerza que me dolió mientras la cálida lluvia de verano empapaba nuestras ropas, nuestros cabellos—. Mierda.

Como el agua de una presa al reventar, los soldados de Hybern avanzaban por todos lados, y dividieron las fuerzas de Keir por la mitad. Los gritos de Cassian se oían incluso desde lo alto de la colina… Luego se elevó, esquivando flechas y lanzas, y sus Sifones ahora tan tenues que apenas si lo protegían. Habría jurado que Rhys le gritaba una orden… que Cassian no tuvo en cuenta al aterrizar en el centro de esas fuerzas enemigas que rompían nuestras líneas, y al llegar al suelo se soltó.

Nesta inhaló con fuerza, jadeando.

Cada vez más…, Hybern nos separaba cada vez más. El poder de Rhys se

estrelló contra su flanco, tratando de empujarlos hacia atrás. Pero su poder estaba agotado, agotado desde la noche anterior. Docenas de individuos, y ya no cientos, caían ante aquellas sombras letales.

—Volved a formar las líneas —estaba murmurando Mor cuando me soltó para dar unos pasos con la lluvia corriéndole por la cara—. ¡Volved a formar las malditas líneas!

Cassian lo estaba intentando. Azriel se había lanzado a la pelea, con nada más que sombras con luz azul brillando en los bordes, abriéndose camino mientras luchaban hacia donde Cassian seguía peleando, totalmente rodeado.

—Madre sagrada —susurró Nesta con suavidad. No era temor reverencial. No…, no era eso…, era miedo lo que había en su voz.

Y también en la mía cuando dije:

—Ellos pueden arreglarlo. —Recé para que realmente pudieran hacerlo.

Y esto no era todo lo que Hybern tenía para ofrecernos.

Esto no era todo lo que tenían, y además nos estaban empujando hacia atrás, hacia atrás…

El rojo predominaba en el corazón de esa batalla como una brasa encendida. Un círculo de soldados muertos.

Y más soldados de Hybern empujaban alrededor de Cassian. Ni siquiera Azriel podía llegar a su lado. Mi estómago se retorció, una y otra vez.

Hybern había ocultado la mayor parte de su fuerza en alguna parte. Nuestros exploradores no pudieron encontrarla. Azriel no pudo encontrarla. Y Elain… Ella había dicho que no podía ver ese poderoso ejército. No solo en sus sueños, despierta o dormida.

Yo sabía poco de la guerra, de la batalla, pero esto… era parecido a estar tapando agujeros en un bote mientras se hunde.

Mientras la lluvia nos empapaba, mientras Mor iba de un lado a otro y maldecía la matanza, los cuerpos comenzaban a amontonarse y las líneas cedían…, me di cuenta de lo que tenía que hacer, ya que no podía estar allá abajo, luchando.

¿A quién tenía que buscar… y preguntarle sobre la ubicación del verdadero ejército de Hybern?

Al suriel.

Capítulo 57

—Rotundamente no —dijo Mor cuando la arrastré a unos cuantos metros de distancia de Nesta. El estruendo de la batalla y la lluvia ahogaron nuestras voces —. Rotundamente no.

Volví mi cabeza hacia el valle, allá abajo.

—Ve a unirte a ellos. Aquí te estás desperdiciando. Te necesitan. —Era verdad—. Cassian y Az te necesitan para empujar las líneas del frente. —Los Sifones de Cassian estaban comenzando a chisporrotear.

—Rhys me matará si te dejo aquí.

—Rhys no hará tal cosa, y tú lo sabes. Tiene guardas mágicas alrededor de este campamento, y yo no estoy indefensa por completo, ¿sabes?

No estaba mintiendo, del todo, pero… el suriel podría muy bien no aparecer si Mor estaba allí. Y si le dijera adónde pensaba ir… sin duda insistiría en ir conmigo.

No podíamos permitirnos el lujo de esperar a Jurian para que nos diera información. Sobre muchas cosas. Tenía que irme ahora.

—Ve a pelear. Haz que esos imbéciles de Hybern griten un poco.

Nesta apartó su atención de la matanza lo suficiente para añadir:

—Ayúdalos.

Pues aquel era Cassian, lanzándose para atacar a un comandante Hybern. Con la esperanza de asustar a los soldados otra vez.

Mor frunció el ceño profundamente y saltó sobre las puntas de los pies.

—Tan solo… estad atentas…, vosotras dos.

Le dirigí una mirada irónica antes de que ella corriera a su tienda. Esperé hasta que volvió a emerger, ajustando sus armas, y me hizo una seña antes de

transportarse. Al campo de batalla.

Justo al lado de Azriel cuando un soldado estaba a punto de clavarle su arma en la espalda.

Mor alcanzó con su espada la garganta del soldado antes de que este pudiera asestar el golpe.

Y entonces Mor comenzó a abrirse camino hacia Cassian, hacia la línea de frente rota más allá de él. Su dorado pelo húmedo era un rayo de sol en medio del barro y la oscura armadura.

Los soldados comenzaron a gritar. Y gritaron más alto cuando Azriel, con los Sifones azules brillando, apareció a su lado. Juntos, abrieron un sendero hacia Cassian…, o trataron de hacerlo.

Lo hicieron quizá unos tres metros antes de volver a quedar rodeados otra vez. Antes de que la presión de los cuerpos hiciera que incluso el pelo de Mor desapareciera bajo el barro y la lluvia.

Nesta se llevó la mano a la garganta desnuda y resbaladiza. Cassian se lanzó contra un capitán de Hybern, más lento esta vez.

Tenía que hacerlo. Tenía que irme ya…, rápidamente. Retrocedí un paso.

Mi hermana arrugó la frente.

—¿Te marchas?

—Volveré pronto —fue todo lo que dije. No me atreví a preguntarme qué parte de nuestro ejército quedaría cuando lo hiciera.

Para cuando me alejé, Nesta ya estaba mirando la batalla otra vez, con la lluvia que le aplastaba el pelo sobre la cabeza. Retomaba su vigilia sin fin observando al general que luchaba allá abajo, en el valle.

Tenía que rastrear al suriel.

Y aunque Elain no podía ver las huestes de Hybern…, valía la pena intentarlo.

Su tienda estaba oscura y silenciosa. Los sonidos de la matanza resonaban lejos, como un sueño.

Estaba despierta, con la mirada fija en el techo de lona.

—Necesito que encuentres algo para mí —le dije, chorreando agua por todas partes mientras le ponía un mapa sobre los muslos. Tal vez no tan suavemente

como debería haberlo hecho, pero al menos se sentó a escucharme. Parpadeó ante el mapa de Prythian.

—Lo llaman *el suriel,* y es uno de los muchos que llevan ese nombre. Pero… tiene este aspecto —dije, y busqué su mano para mostrárselo. Dudé—. ¿Puedo mostrártelo?

Los ojos marrones de mi hermana estaban vidriosos.

—Pon la imagen en tu mente —le expliqué—. Así sabrás dónde mirar.

—No sé cómo mirar —murmuró Elain.

—Puedes intentarlo. —Debería haberle pedido a Amren que la entrenara a ella también.

Pero Elain me observó a mí, miró el mapa y luego asintió con un movimiento de cabeza.

No tenía escudos mentales, ni barreras. Las puertas de su mente… eran de hierro macizo cubierto de enredaderas de flores… Las flores estaban todas cerradas, los capullos dormidos metidos en una maraña de hojas y espinas.

Di un paso más allá, precisamente en la antecámara de su mente, e implanté la imagen del suriel allí, tratando de infundir de modo seguro la verdad aterradora.

Sin embargo, Elain se estremeció cuando me retiré.

—¿Por qué?

—Tiene respuestas que yo necesito. Inmediatamente. —O bien podríamos no tener gran parte del ejército para luchar cuando encontrara las huestes de Hybern una vez que las ubicara.

Elain volvió a mirar el mapa. A mí. Luego cerró los ojos.

Estos se movían debajo de los párpados. Su piel era tan delicada e incolora que las venas azules de debajo eran como pequeñas corrientes.

—Se mueve… —susurró—. Se mueve por el mundo como… como el aliento del viento del oeste.

—¿Adónde se dirige?

Su dedo se levantó, volando sobre el mapa, las cortes. Lentamente lo bajó.

—Ahí —dijo con voz tenue—. Va hacia allí. Ahora.

Miré donde ella había puesto el dedo y sentí que la sangre se retiraba de mi rostro.

El Medio.

El suriel se dirigía a ese antiguo bosque en el Medio. En el sur…, a kilómetros tal vez… de la Tejedora del Bosque.

Me transporté en cinco etapas. Estaba sin aliento, mi poder casi agotado, a causa del hechizo que había hecho el día anterior, a la llama convocada con la que solía secarme, y la transportación que me había sacado de la batalla para dejarme justo en el corazón de ese bosque antiguo.

El aire pesado y denso era tan horrible como lo recordaba, el bosque lleno del musgo que ahogaba las hayas nudosas y las piedras grises esparcidas por toda partes. Luego el silencio.

Me pregunté si no debería haber traído a Mor conmigo mientras yo escuchaba. Mientras trataba de sentir cualquier señal con lo que quedaba de mi magia.

El musgo amortiguó mis pasos cuando empecé a caminar. Explorando, escuchando. Qué lejana, qué pequeña se sentía esa batalla en el sur.

Tragué con tanta fuerza que hizo que me dolieran los oídos.

Cosas que no eran la Tejedora rondaban esos bosques. Y la Tejedora misma…, Stryga, la había llamado el Tallador de Huesos. Su hermana. Ambos eran hermanos de una criatura horrible, una criatura macho al acecho en otra parte del mundo.

Saqué mi espada ilyria y el metal cantó en el aire espeso.

Y una antigua y ronca voz me preguntó:

—¿Has venido a matarme, o a pedir una vez más mi ayuda, Feyre Archeron?

Capítulo 58

Me volví, pero no envainé mi espada.

El suriel estaba de pie a unos pocos metros de distancia, vestido no con la capa que yo le había regalado hacía meses, sino con una diferente…, más pesada y más oscura, la tela ya desgastada y rota. Como si el viento en el que viajaba la hubiera rasgado con garras invisibles.

Solo habían pasado unos meses desde que lo vi por última vez, cuando me dijo que Rhys era mi compañero. Podría haber sido una vida entera.

Sus dientes demasiado grandes entrechocaron débilmente.

—Tres veces ahora, nos hemos encontrado. Tres veces ahora, has venido a buscarme. Esta vez, has enviado al tembloroso cervatillo para encontrarme. No esperaba ver esos ojos de ciervo mirándome desde el otro extremo del mundo.

—Siento esta invasión —dije tan firmemente como pude—. Pero se trata de un asunto urgente.

—Quieres saber dónde esconde su ejército Hybern.

—Sí. Y otras cosas. Pero empecemos con eso.

Una horrible y horrorosa sonrisa.

—Ni siquiera yo puedo verlo.

Mi estómago se encogió.

—¿Puedes verlo todo menos eso?

El suriel inclinó la cabeza de un modo que me recordó que era, en realidad, un depredador. Y esta vez no había un lazo para retenerlo.

—Él usa la magia para ocultarlo…, una magia mucho más antigua que yo.

—El Caldero.

Otra sonrisa horrible.

—Sí. Esa cosa poderosa, perversa. Ese cuenco de muerte y de vida. —Se estremeció con lo que yo habría jurado que era deleite—. Ya tienes a alguien que puede encontrar a Hybern.

—Elain dice que no puede verlo… Está más allá de su magia.

—Entonces usa a la otra para rastrearlo.

—¿Nesta? ¿Utilizar a Nesta para rastrear el Caldero?

—Los iguales llaman a los iguales. El rey de Hybern no viaja sin el Caldero. Así que donde esté el Caldero, estarán él y su ejército. Dile a la hermosa ladrona que lo encuentre.

El vello de los brazos se me erizó.

—¿Cómo?

Inclinó la cabeza, como si estuviera escuchando.

—Si ella es inexperta… los huesos hablarán por ella.

—¿Quieres decir leer el mensaje de los huesos?

—Sí. —Las andrajosas vestimentas flotaron en un viento fantasmal—. Huesos y piedras.

De nuevo tragué saliva.

—¿Por qué el Caldero no reaccionó cuando uní el Libro y pronuncié el hechizo para anular su poder?

—Porque no lo sostuviste el tiempo suficiente.

—Me estaba matando.

—¿Creías que podrías arrebatarle el poder sin coste alguno?

Mi corazón tartamudeó.

—¿Tengo que… morir para que se detenga?

—Qué dramático es el corazón humano. Pues sí…, sí, ese hechizo habría succionado tu vida.

—¿Hay… hay otro hechizo para usar en su lugar? Para anular sus poderes.

—Si tal cosa existiera, tendrías que acercarte lo suficiente al Caldero para hacerlo. Hybern no cometerá ese error dos veces.

Tragué.

—Pero si anulamos el Caldero…, ¿bastará para detener a Hybern?

—Depende de tus aliados… Si sobreviven lo suficiente para luchar después.

—¿Con el Tallador de Huesos habría alguna diferencia? ¿Y con Bryaxis?

El suriel no tenía párpados. Pero sus ojos lechosos se llenaron de sorpresa.

—No puedo verlo…, no a él. No es un… nacido en esta tierra. Su hilo no ha sido tejido. —Su boca retorcida se cerró en una mueca—. Deseas tanto salvar a

Prythian que te arriesgarías a soltarlo.

—Sí. En el momento en que localice a ese ejército, soltaré a Bryaxis sobre él. Pero en cuanto al Tallador… Él quería… un regalo a cambio: el Ouroboros.

El suriel dejó escapar un sonido que podría haber sido un grito ahogado de placer u horror, no sabría decirlo.

—El Espejo de los Principios y los Finales.

—Sí, pero… no puedo recuperarlo.

—Tienes miedo de mirar. Miedo de ver lo que hay dentro.

—¿Eso me… volvería loca? ¿Me quebrantaría?

Me suponía un esfuerzo no estremecerme ante ese rostro monstruoso, ante los ojos lechosos y la boca sin labios. Todo se centraba en mí.

—Solo tú puedes decidir lo que te quiebra, Rompemaldiciones. Solo tú. —No era una respuesta…, no realmente. Por supuesto, no era suficiente para arriesgarse a recuperar el espejo. El suriel de nuevo escuchó ese viento fantasmal —. Dile al mensajero de ojos plateados que la respuesta está en la segunda página y en la penúltima del Libro. Juntas poseen la clave.

—¿La clave de qué?

El suriel juntó ruidosamente sus huesudos dedos, como los muchos miembros articulados de un crustáceo golpeteando unos contra otros.

—La respuesta a lo que necesita para detener a Hy…

Me tomó un instante registrar lo sucedido, para identificar la cosa de madera que atravesó la garganta del suriel como una flecha de fresno. Para darme cuenta de que lo que me roció la cara, para terminar en mi lengua y con sabor a tierra, era sangre negra.

Para darme cuenta de que los golpes antes de que el suriel incluso pudiera gritar… eran más flechas.

El Suriel trastabilló y cayó de rodillas. Un ruido de asfixia salió de esa boca.

Había tenido miedo del naga ese día en el bosque. Sabía que podría ser asesinado.

Me dirigí hacia él, sosteniendo un cuchillo con la mano izquierda, la espada apuntando hacia arriba.

Otra flecha vibró en el aire y me agaché detrás de un árbol retorcido.

El suriel soltó un grito después del impacto. Las aves salieron volando y se dispersaron.

Y en mis oídos resonó…

Y entonces su respiración pesada y húmeda llenó el bosque. Hasta que una

cantarina voz femenina canturreó:

—¿Por qué te habla a ti, Feyre, si ni siquiera se digna hablar conmigo?

Yo conocía esa voz. Esa risa bajo las palabras.

Ianthe.

Ianthe estaba allí. Con dos soldados de Hybern detrás de ella.

Capítulo 59

Escondida detrás del árbol observé mis alrededores. Yo estaba agotada, pero… podría transportarme. Podría transportarme y desaparecer. Sin embargo, las flechas de fresno que le habían arrojado al suriel…

Lo miré a los ojos mientras yacía allí, sangrando sobre el musgo.

Las mismas flechas que habían derribado a Rhys. Pero las de mi compañero habían sido cuidadosamente colocadas solo para desactivar sus poderes.

Estas habían sido arrojadas para matar.

Aquella boca de dientes demasiado grandes formó una palabra silenciosa: «Corre».

—Le tomó varios días al rey de Hybern desentrañar lo que me hiciste —ronroneó Ianthe, y su voz se acercó—. Todavía no puedo usar la mayor parte de mis manos.

No respondí. Transportarme…, debería transportarme.

La sangre negra goteaba escapando del cuello del suriel, esa punta de flecha vulgar sobresalía de su gruesa piel. No podía curarlo, no con esos astiles de fresno todavía en su carne. No hasta que se los sacara.

—Me enteré por Tamlin de cómo capturaste a este —dijo Ianthe, cada vez más cerca—. Así que adopté tus métodos. Aunque no quiso decirme nada. Pero la túnica que le regalé… —Podía oír la sonrisa en su voz—. Un simple hechizo de seguimiento, un regalo del rey. Para ser activado en tu presencia. En caso de que volvieras a visitarlo.

«Corre», articuló el suriel otra vez. La sangre goteaba por encima de sus marchitos labios.

Eso que había en sus ojos era dolor. Dolor real, tan mortal como cualquier criatura. Y si Ianthe lo llevaba con vida a Hybern… El suriel sabía que era una posibilidad. Una vez me había rogado por la libertad…, pero ahora estaba dispuesto a ser capturado para que yo escapara.

Sus ojos lechosos se entrecerraron…, con dolor y comprensión. «Sí —parecía decir—. Vete».

—El rey construyó escudos en mi mente —prosiguió Ianthe— para impedir que volvieras a hacerme daño cuando te encontrara.

Miré alrededor del árbol para verla de pie en el borde del claro, el ceño fruncido mirando al suriel. Llevaba sus ropas azul pálido y la capucha coronada con aquella piedra azul. Solo dos guardias con ella. Aun después de todo este tiempo…, Ianthe todavía me subestimaba.

Me agaché antes de que pudiera verme. Miré a los ojos del suriel una vez más.

Y le dejé leer cada una de las emociones que tomaban cuerpo en mí con claridad absoluta.

El suriel comenzó a negar con la cabeza. O trató de hacerlo. Pero le dirigí una sonrisa de despedida. Y entré en el claro.

—Debería haberte cortado el cuello aquella noche en la tienda —le dije a la sacerdotisa.

Uno de los guardias me disparó una flecha.

La detuve con una pared de aire sólido que instantáneamente se doblegó. Estaba agotada…, muy agotada. Y si recibía otro disparo de una flecha de fresno…

La cara de Ianthe se tensó.

—Pronto tendrás que reconsiderar la manera en que me hablas. Yo seré tu mejor abogado en Hybern.

—Supongo que primero tendrás que atraparme —señalé con frialdad…, y eché a correr.

Habría jurado que el bosque antiguo se movía para hacer espacio para mí.

Habría jurado, también, que leía mis pensamientos finales para el suriel, y despejó el camino.

Pero no para ellos.

Dirigí hasta el último resto de fuerza a mis piernas, para mantenerme en posición vertical, mientras corría entre los árboles, saltando sobre rocas y arroyos, esquivando peñascos recubiertos de musgo.

Sin embargo, esos guardias, Ianthe, lograron mantenerse cerca, incluso mientras maldecían a los troncos que parecían moverse para quedar en su camino, a las piedras que se soltaban bajo sus pies. Solo tenía que huir de ellos un buen rato.

Solo unos pocos kilómetros. Alejarlos del suriel, ganar tiempo para que pudiera huir.

Y asegurarme de que pagaran por lo que le habían hecho. Por todo.

Abrí mis sentidos, dejando que me guiaran por el camino. El bosque haría el resto.

Quizá ella me estaba esperando. Tal vez había ordenado a los bosques que me abrieran un sendero.

Los guardias de Hybern se acercaban. Mis pies volaban debajo de mí, rápidos como los de un ciervo.

Comencé a reconocer los árboles, las rocas. Allí había estado con Rhys… Allí había flirteado con él. Allí él había descansado encima de una rama mientras me esperaba.

El aire detrás de mí se partió: una flecha.

Me desvié hacia la izquierda, casi estrellándome contra un árbol. El proyectil pasó sin tocarme.

La luz se movió hacia delante, más brillante. El claro.

Dejé escapar un gemido de alivio y me aseguré de que lo oyeran.

Salí de la línea de árboles con un salto, las rodillas levantadas mientras volaba sobre las piedras que conducían a esa cabaña techada con paja.

—Ayudadme —suspiré, asegurándome de que ellos también lo oyeran.

La puerta de madera ya estaba medio abierta. El mundo se hacía más lento y más claro con cada paso, con cada latido del corazón, mientras me lanzaba hacia el umbral.

Para entrar en la cabaña de la Tejedora.

Capítulo 60

Agarré el picaporte cuando crucé el umbral. Clavé los talones en el suelo y envié cada retazo que quedaba de mi fuerza a los brazos para evitar que la puerta se cerrara. Para evitar quedar encerrada.

Unas manos invisibles empujaban contra ella, pero apreté los dientes y puse un pie contra la pared. El hierro me lastimaba las manos.

La habitación detrás de mí estaba oscura.

—Ladrona —canturreó una voz encantadora en la penumbra.

—Lo sabes —dijo Ianthe con una risita tonta desde fuera de la cabaña; sus pasos eran más lentos, como quien pasea—. Sabes que tendremos que matar a quien está dentro contigo. Muy egoísta de tu parte, Feyre.

No dejaba de jadear mientras mantenía la puerta abierta, asegurándome de que nadie pudiera verme desde el otro lado.

—Has visto a mi gemelo —murmuró la Tejedora suavemente…, con un tono de admiración—. Lo he olido en ti.

Fuera, Ianthe y los guardias se acercaban cada vez más. Más y más cerca.

En algún lugar muy dentro de la habitación, sentí que ella se movía. Sentí dónde se hallaba. Y cuando dio un paso hacia mí.

—¿Qué eres? —susurró la Tejedora.

—Feyre, puedes ser muy tediosa —dijo Ianthe desde fuera, ya muy cerca. Yo apenas podía distinguir sus ropas pálidas a través del resquicio entre la puerta y el umbral—. ¿Crees que puedes tendernos una emboscada ahí dentro? He visto tu escudo. Estás agotada. Y no creo que tu brillante truco te ayude.

El vestido de la Tejedora crujió mientras se acercaba más en la oscuridad.

—¿A quién has traído, pequeña loba? ¿A quién me has traído?

Ianthe y sus dos guardias cruzaron el umbral. Luego otro paso, más allá de la puerta abierta. No me vieron en las sombras detrás de ella.

—Cena —le dije a la Tejedora, y giré alrededor de la puerta… para salir al exterior. Y solté el picaporte.

Justo cuando la puerta se cerró con fuerza suficiente para hacer vibrar la cabaña, vi la bola de luz inmortal que Ianthe creó para iluminar la habitación.

Vio la horrible cara de la Tejedora, esa boca de dientes rotos abierta por completo con deleite y hambre profana. Un dios de la muerte de otros tiempos…, muerta de hambre de por vida. Con una hermosa sacerdotisa ante ella.

Yo ya estaba corriendo hacia los árboles cuando los guardias y Ianthe empezaron a gritar.

Sus gritos interminables me siguieron durante casi un kilómetro. Cuando llegué al lugar donde vi caer al suriel, ya se habían desvanecido.

Tendido en el suelo, el pecho huesudo del suriel palpitaba de manera desigual, su respiración era entrecortada y muy irregular.

Moribundo.

Me puse de rodillas ante él, hundiéndome en el musgo ensangrentado.

—Permíteme ayudarte. Puedo curarte.

Lo haría de la misma manera en que había ayudado a Rhysand. Quitándole esas flechas…, ofreciéndole mi sangre.

Busqué la primera, pero una mano seca y huesuda se posó en mi muñeca.

—Tu magia… —dijo con voz ronca—… está agotada. No la… desperdicies.

—Puedo salvarte.

Me agarró la muñeca.

—Yo ya me he ido.

—¿Qué… qué puedo hacer? —Mis palabras eran menos densas, casi frágiles.

—Quédate… —Inspiró—. Quédate… hasta el final.

Tomé su mano en la mía.

—Lo siento. —Eso fue todo lo que pude pensar en decir. Era mi culpa, yo lo había traído a este lugar.

—Lo sabía —jadeó, sintiendo mi cambio de pensamientos—. El seguimiento… Lo sabía.

—Entonces ¿por qué has venido?

—Tú… fuiste amable. Tú… luchaste contra tu miedo. Tú… fuiste amable —dijo de nuevo.

Empecé a llorar.

—Y tú fuiste amable conmigo —le respondí, sin apartar las lágrimas que caían sobre su manto ensangrentado y hecho jirones—. Gracias por ayudarme. Cuando nadie más lo habría hecho.

Una pequeña sonrisa se dibujó en esa boca sin labios.

—Feyre Archeron. —Respiró agitadamente—. Te dije que te quedaras con el alto lord. Y lo hiciste.

Su advertencia para mí la primera vez que nos vimos.

—Tú… te referías a Rhys. —Todo ese tiempo. Todo ese tiempo…

—Quédate con él… Y vive para verlo todo enderezado.

—Sí. Lo hice…, y así fue.

—No, aún no. Quédate con él.

—Lo haré. —Siempre lo haría.

Su pecho se elevó… y luego bajó.

—Ni siquiera sé tu nombre —susurré. El suriel… era un título, un nombre para los de su clase.

Esa pequeña sonrisa otra vez.

—¿Tiene importancia eso, Rompemaldiciones?

—Sí.

Sus ojos se oscurecieron, pero no me lo dijo.

—Deberías irte ahora. Peores cosas… peores cosas están llegando. La sangre… las atrae.

Apreté su mano huesuda, y su piel como cuero estaba cada vez más fría.

—Puedo quedarme un rato más.

Había matado suficientes animales para saber cuándo un cuerpo se acercaba a la muerte. Pronto llegaría ese momento…, sería cuestión de algunos alientos más.

—Feyre Archeron —habló de nuevo el suriel, contemplando el frondoso techo con el cielo espiando a través de él. Una inhalación dolorosa—. Una petición.

Me incliné para acercarme.

—Cualquier cosa.

Otra respiración entrecortada.

—Deja este mundo… como un lugar mejor que el que encontraste.

Y cuando su pecho se levantó y se detuvo por completo, cuando su aliento escapó en un último suspiro, comprendí por qué el suriel había venido a ayudarme, una y otra vez. No solo por bondad…, sino también porque era un soñador.

Y fue el corazón de un soñador el que había dejado de latir dentro de ese pecho monstruoso.

Su repentino silencio resonó en el mío.

Apoyé la frente sobre su pecho, en esa ya silenciosa bóveda de huesos, y lloré.

Lloré y lloré, hasta que una mano fuerte cogió mi hombro.

No conocía el olor, el tacto de esa mano. Pero reconocí la voz cuando Helion me habló suavemente:

—Vamos, Feyre. No es seguro estar aquí. Ven.

Levanté la cabeza. Helion estaba allí, con gesto sombrío, su piel morena cenicienta.

—No puedo dejarlo aquí así —dije, negándome a soltar su mano. No me importaba cómo me había encontrado Helion. Ni por qué me había encontrado.

Miró a la criatura caída y apretó la boca.

—Yo me encargaré de él.

Quémalo…, con el poder del sol.

Dejé que me ayudara a ponerme de pie. Dejé que extendiera una mano hacia ese cuerpo…

—Espera.

Helion obedeció.

—Dame tu capa. Por favor.

Frunció las cejas y desató el rico manto carmesí colgado de sus hombros.

No me molesté en explicarle mientras cubría el cuerpo del suriel con la delicada tela. Mucho más fina que los trapos odiosos que Ianthe le había dado. Puse la capa del alto lord delicadamente alrededor de sus hombros anchos, sus brazos huesudos.

—Gracias —le dije una última vez al suriel, y me alejé.

La llama de Helion era de un blanco puro y cegador.

Quemó al suriel para convertirlo en cenizas en un instante.

—Ven —dijo Helion de nuevo, extendiendo una mano—. Vamos a llevarte al campamento.

Fue la bondad en su voz lo que hizo estremecer mi pecho. Y tomé la mano de Helion.

Mientras la tibia luz nos llevaba lejos, habría jurado que el montón de cenizas era agitado por un viento fantasmal.

Capítulo 61

Helion me transportó hasta el campamento. Justo a la tienda de campaña de Rhys.

Mi compañero estaba pálido. Salpicado de sangre y sucio, desde su piel y su armadura hasta el cabello.

Abrí la boca… para preguntar cómo había ido la batalla, o para contar lo que había sucedido, no lo sé.

Pero Rhys se limitó a acercarse para envolverme contra su pecho.

Y cuando sentí su olor, su calor y su solidez…, comencé a llorar de nuevo.

No sabía quién estaba en la tienda. Quién había sobrevivido a la batalla. Pero todos se fueron.

Salieron mientras mi compañero me abrazaba, me acunaba suavemente, y yo lloraba sin parar.

Cuando acabó de contarme lo que había pasado, mis lágrimas se calmaron. Limpió la sangre negra del suriel de mis manos, de mi cara.

Un instante después estaba fuera de la tienda, avanzando por el barro, esquivando a los agotados y cansados soldados. Rhys iba un paso detrás de mí, y no dijo nada cuando aparté la lona de entrada de otra tienda y me detuve a analizar lo que veía y a quién tenía delante de mí.

Mor y Azriel estaban de pie ante el catre, vigilando cada movimiento que hacía la sanadora sentada junto a él.

Mientras sostenía sus incandescentes manos sobre Cassian.

Comprendí entonces… El sereno Cassian me lo había mencionado una vez.

En ese momento, mientras miraba su cara llena de barro y dolor aun en la inconsciencia, lo tenía en mi cabeza, mientras oía su respiración forzada y húmeda.

Mis ojos se clavaron en el corte que iba desde su ombligo hasta la base del esternón. La carne abierta. La sangre…, en su mayor parte solo un goteo.

Me tambaleé… y Rhys me sostuvo por los codos. La sanadora no se volvió para mirarme mientras se concentraba y arrugaba la frente, sus manos brillaban con luz blanca. Debajo de estas…, lentamente, los labios de la herida comenzaron a acercarse el uno al otro.

Si estaba tan mal en ese momento…

—¿Cómo…? —pregunté con voz áspera. Rhys me había dicho tres cosas hacía un momento:

Habíamos ganado… a duras penas. Tarquin había vuelto a decidir qué teníamos que hacer con los supervivientes. Y Cassian había resultado gravemente herido.

—¿Dónde estabas? —me preguntó Mor. Estaba empapada, ensangrentada y cubierta de barro. Igual que Azriel. Ninguna señal de lesiones más allá de cortes de menor importancia, por suerte.

Sacudí la cabeza. Dejé entrar a Rhys en mi mente mientras me sostenía. Se lo mostré todo…, le conté sobre Ianthe, sobre el suriel y sobre la Tejedora. Lo que aquel me había dicho. Los ojos de Rhys parecieron mirar a lo lejos por un momento y supe que Amren estaba en camino, con el Libro a cuestas. Para ayudar a Nesta a ubicar el Caldero…, o a tratar de hacerlo. Él podría explicárselo a Mor.

Se enteró de que me había ido después de que terminara la batalla…, cuando se dio cuenta de que Mor había estado luchando y de que yo ya no estaba en el campamento. Acababa de entrar en la tienda de Elain cuando Helion le envió la noticia de que me había encontrado, usando cualquiera que fuera el don que poseía que le permitía sentir tales cosas. Y que me llevaba de vuelta. Breves e imprecisos detalles.

—¿Está…? ¿Se va a…? —No pude terminar. Las palabras se habían vuelto tan extrañas y difíciles de alcanzar como las estrellas.

—No —respondió la sanadora sin mirarme—. Aunque estará dolorido durante unos cuantos días.

De hecho, había conseguido que los dos bordes de la herida se tocaran…, para empezar a coserlos y unirlos.

La bilis me subió por la garganta al ver aquella carne viva.

—¿Cómo? —pregunté de nuevo.

—Él no nos esperaba —explicó Mor con voz apagada—. Seguía atacando, tratando de volver a formar la línea. Uno de los comandantes enemigos ha ido a por él. No quería evitar el combate. Para cuando Az ha llegado allí, ya había caído.

El rostro de Azriel parecía frío como la piedra, incluso mientras sus ojos castaños mantenían la mirada fija e implacable sobre esa herida que se iba cosiendo.

Mor volvió a preguntarme:

—¿Adónde has ido?

—Si estáis a punto de pelear —dijo la sanadora bruscamente—, hacedlo fuera. Mi paciente no necesita oír nada de esto.

Ninguna de nosotras se movió.

Rhys pasó una mano por mi brazo.

—Tú eres, como siempre, libre para ir a donde y cuando lo desees. Pero lo que creo que Mor está diciendo es… que trates de dejar una nota la próxima vez.

Lo dijo con naturalidad, pero había pánico en sus ojos. No…, no el temor controlador al que alguna vez Tamlin había sucumbido, sino… terror genuino de no saber dónde estaba yo, si pudiera necesitar ayuda. Del mismo modo que yo habría querido saber dónde estaba él, si necesitaba mi ayuda, en caso de desaparecer cuando nuestros enemigos nos estuvieran rodeando.

—Lo siento —dije, dirigiéndome a él y a los demás.

Mor ni siquiera me miró.

—No tienes que disculparte por nada —respondió Rhys, y su mano se alzó para acariciarme la mejilla—. Has decidido hacer las cosas por ti misma, y eso nos ha dado información valiosa en el proceso. Pero… —Su pulgar me acarició el pómulo—. Hemos tenido suerte —suspiró—. Hemos podido mantenernos un paso por delante…, fuera de las garras de Hybern. A pesar de no haber sido hoy tan afortunados en el campo de batalla. Pero el cínico que hay en mí se pregunta si nuestra suerte no estará a punto de expirar. Y preferiría que no terminara contigo.

Todos debían de pensar que yo era joven e imprudente.

No —dijo Rhys a través del lazo, y me di cuenta de que había dejado mis

escudos abiertos—. *Créeme, si supieras la mitad de la mierda que Cassian y Mor han tenido que vivir entenderías que no es así. Yo solo… Deja una nota. O dímelo a mí la próxima vez.*

¿Me habrías dejado ir si lo hubiera hecho?

Yo no tengo que dejarte hacer nada. —Me alzó la cara, cogiéndome por la barbilla. Mor y Azriel miraban para otro lado—. *Tú eres dueña de ti misma y tomas tus propias decisiones. Pero somos pareja…, yo soy tuyo y tú eres mía. No nos damos permiso el uno al otro para hacer las cosas, como si nos dictáramos mutuamente qué hacer en cada caso. Pero… yo habría insistido en ir contigo. Más para mi propio bienestar mental, solo para saber que estabas a salvo*.

Estabas ocupado.

Un esbozo de sonrisa.

Si tú te hubieras empeñado en ir al Medio, yo habría dejado la batalla.

Esperé que él me reprendiera por no aguardar hasta que terminaran, por todo, pero… inclinó la cabeza.

—Me pregunto si la Tejedora te habrá perdonado ahora —reflexionó en voz alta.

Incluso la sanadora pareció sobresaltarse ante ese nombre…

Un escalofrío me recorrió la columna vertebral.

—No quiero saberlo.

Rhys soltó una risa contenida.

—Entonces, no intentemos descubrirlo nunca.

Pero la diversión se terminó cuando volvió a mirar a Cassian. La herida ya estaba cerrada.

Lo del suriel no ha sido tu culpa.

Solté un suspiro cuando los párpados de Cassian comenzaron a moverse y a pestañear.

Lo sé.

Yo ya había añadido su muerte a mi lista cada vez mayor de cosas que pronto le haría pagar a Hybern.

Pasaron largos minutos y permanecimos en silencio. No pregunté dónde estaba Nesta. Mor apenas si me prestó atención. Y Rhys…

Se ubicó al pie del catre mientras los ojos de Cassian por fin se abrían y el general soltaba un gemido de dolor.

—Eso es lo que obtienes —lo reprendió la sanadora, recogiendo sus enseres — cuando te pones delante de una espada. —Frunció el ceño—. Descansa esta

noche y mañana. Sé que es mejor no insistir en un tercer día adicional, pero trata de no lanzarte contra hojas de acero demasiado pronto.

Cassian le respondió parpadeando un poco aturdido antes de que ella se inclinara ante Rhys y ante mí, y se fuera.

—¿Tan mal…? —preguntó con voz ronca.

—¿Tan mal está tu herida —dijo Rhys suavemente—, o tan mal nos ha ido?

Cassian parpadeó de nuevo. Despacio. Como si, fuera cual fuese el sedante que le habían administrado, todavía estuviera haciendo efecto.

—Para responder a la segunda pregunta —prosiguió Rhys. Mor y Azriel retrocedieron un paso o dos cuando algo se afiló en la voz de mi compañero—, debo decir que nos las hemos arreglado. Keir ha recibido la peor parte, pero… hemos ganado. Por los pelos. Para contestar a la primera… —Rhys le mostró los dientes—. Nunca vuelvas a hacer ese tipo de tonterías.

El brillo desapareció de los ojos de Cassian al percibir el enfado, la ira, y trató de sentarse. Siseó, frunciendo el ceño ante la tirantez roja y furiosa de la herida en su pecho.

—Tenías las entrañas colgando, idiota estúpido —le soltó Rhys bruscamente —. Az te las ha sostenido.

En efecto, las manos del cantor de sombras estaban cubiertas de sangre…, la sangre de Cassian. Y su rostro…, helado de ira.

—Soy un soldado —replicó Cassian con voz fría—. Es parte de mi trabajo.

—Te he dado la orden de esperar —dijo Rhys—. La has ignorado.

Miré a Mor, a Azriel…, en una pregunta silenciosa acerca de si deberíamos quedarnos allí. Pero estaban muy ocupados observando a Rhys y a Cassian para darse cuenta.

—La línea se estaba rompiendo —replicó Cassian—. Tu orden ha sido una estupidez.

Rhys apoyó las manos a cada lado de las piernas de Cassian y le gruñó en el rostro.

—Yo soy tu alto lord. No puedes desobedecer las órdenes que no te gustan.

Cassian se sentó esta vez, maldiciendo por el dolor que persistía en su cuerpo.

—No hagas valer tu rango porque estás cabreado…

—Tú y tus malditas exhibiciones en el campo de batalla casi hacen que te maten. —Y aunque Rhys escupía las palabras…, era pánico, otra vez, en sus ojos. En su voz—. No estoy cabreado. Estoy furioso.

—¿Así que te permites estar loco por nuestras decisiones para protegerte a ti… y no nos permites estar furiosos contigo por tu estúpido espíritu de sacrificio?

Rhys lo miró fijamente. Cassian le devolvió la mirada.

—Podrías haber muerto —dijo aquel con voz ronca.

—Y tú también.

Otra oleada de silencio…, y luego, la ira se transformó.

—Incluso después de Hybern… —dijo Rhys en voz baja—. No puedo soportarlo.

No podía soportar verlo herido. Ver herido a cualquiera de nosotros.

Y por la forma en que Rhys habló, por la forma en que Cassian se inclinó hacia delante, haciendo de nuevo una mueca de dolor, para agarrar el hombro de Rhys…

Salí de la tienda. Los dejé que hablaran. Azriel y Mor salieron detrás de mí.

Entrecerré los ojos ante la luz acuosa…, la última antes de la verdadera oscuridad. Cuando mi visión se ajustó… Nesta estaba junto a la tienda más cercana con un cubo de agua vacío entre los pies. Su cabello era un desorden húmedo encima de su cabeza salpicada de fango. Al vernos aparecer con cara sombría…

—Él está bien. Curado y despierto —dije rápidamente.

Los hombros de Nesta parecieron relajarse un poco, aliviada.

Me ahorré el esfuerzo de tener que buscarla para preguntarle sobre el seguimiento del Caldero. Mejor hacerlo en ese momento, con algo de privacidad. Especialmente antes de que Amren llegara.

Pero Mor dijo con frialdad:

—¿No deberías estar llenando ese cubo?

Nesta se puso rígida. Miró a Mor desafiante. Pero Mor no se alteró por esa mirada.

Después de un momento, Nesta tomó el cubo. Sus piernas estaban cubiertas de barro hasta las pantorrillas. Continuó con lo suyo, chapoteando en el barro.

Me volví y vi a Azriel que se dirigía a la tienda de los comandantes, pero Mor…

Lívida. Ella estaba lívida cuando se plantó frente a mí.

—Tu hermana no se ha molestado en decirle a nadie que te habías ido.

De ahí la ira.

—Nesta es muchas cosas, pero ciertamente es leal.

Mor no sonrió. Y tampoco lo hizo cuando dijo:

—Me has mentido.

Se metió en su propia tienda, y con ese comentario… no tuve más opción que seguirla adentro.

El espacio estaba ocupado en su mayor parte por la cama y un pequeño escritorio lleno de armas y mapas.

—No te he mentido —le aseguré, haciendo una mueca—. Tan solo… no te he dicho lo que planeaba hacer.

Ella me miró boquiabierta.

—Me has empujado para que te dejara sola, insistiendo en que ibas a estar segura en el campamento.

—Lo siento —dije.

—¿Lo sientes? ¿Lo sientes? —Abrió los brazos. Volaron pedacitos de lodo.

Yo no sabía qué hacer con los míos…; ni siquiera podía mirarla a los ojos. La había visto enfadada antes, pero nunca… nunca conmigo. Era la primera vez que tenía un amigo con quien pelearme…, que se preocupara por mí.

—Sé todo lo que estás a punto de decir, todas las razones que me darás por las que no podía ir contigo —reaccionó Mor—. Pero nada de eso te excusa por haberme mentido. Si me lo hubieras explicado, te habría dejado ir… Si hubieras confiado en mí, te habría dejado ir. O tal vez habría tratado de persuadirte para que abandonaras una idea tan estúpida que casi te mata. Ellos te están buscando. Quieren atraparte y utilizarte. Hacerte daño. Solo has visto una pequeña muestra de lo que Hybern puede hacer, de lo que les encanta hacer. Y para quebrar tu voluntad, el rey hará cualquier cosa.

No supe qué decir aparte de:

—Necesitábamos esa información.

—Por supuesto que sí. Pero ¿sabes lo que se siente al mirar a Rhys a los ojos y decirle que no tenía ni idea de dónde estabas? ¿Darme cuenta de… que habías desaparecido, y que probablemente me has engañado para que lo permitiera? —Se frotó la cara sucia, esparciendo todavía más el barro y la sangre seca—. Creía que eras más inteligente. Que estabas más allá de ese tipo de cosas.

Aquellas palabras enviaron una línea de fuego que atravesó mi visión, que ardió en mi columna vertebral.

—No tengo por qué escuchar esto.

Me volví para irme, pero Mor ya estaba allí, sujetándome el brazo.

—Oh, sí…, lo vas a escuchar. Rhys puede ser todo sonrisas y perdón, pero

todavía tienes que responder ante nosotros. Eres mi alta lady. ¿Entiendes lo que significa que sugieras que no confías en nosotros para ayudarte? ¿Para respetar tus deseos si quieres hacer algo sola? ¿Cada vez que nos mientes?

—¿Quieres hablar de mentir? —Ni siquiera era consciente de lo que salía de mi boca. Ojalá hubiera matado a Ianthe yo misma, aunque solo fuera para deshacerme de la rabia que se retorcía en todos mis huesos—. ¿Qué te parece el hecho de que te mientas a ti misma y a todos nosotros todos los días?

Se quedó quieta, pero no me soltó el brazo.

—No sabes de qué estás hablando.

—¿Por qué nunca has tenido un gesto para Azriel, Mor? ¿Por qué invitaste a Helion a tu cama? Es obvio que no encontraste placer en ello… Vi la cara que tenías al día siguiente. Así que antes de acusarme de ser una mentirosa, te sugiero que te mires cuidadosamente a ti misma…

—Ya es suficiente.

—¿Lo es? ¿No te gusta que alguien te presione sobre eso? ¿Sobre tus opciones? Bueno, a mí tampoco.

Mor me soltó el brazo.

—Vete.

—Bien.

No miré hacia atrás cuando me fui. Me pregunté si ella podría oír los estruendosos latidos de mi corazón con cada paso furioso que daba al atravesar el enlodado campamento.

Amren me encontró a los veinte pasos. Llevaba algo envuelto en los brazos.

—Cada vez que me dejas en casa, alguien logra que lo destripen.

Capítulo 62

No podía forzarme a sonreírle a Amren. Apenas podía mantener la barbilla en alto.

Miró a mi espalda, como si pudiera ver el camino que había seguido desde la tienda de Mor, oliendo en mí la pelea.

—Ten cuidado si la presionas —me advirtió Amren mientras la seguía para ponerme a su lado, de camino de nuevo a nuestra tienda—. Hay algunas verdades a las que incluso Morrigan no ha hecho frente.

La ira se fue convirtiendo rápidamente en algo frío, incómodo y pesado.

—Todos peleamos de vez en cuando, muchacha —dijo Amren—. Vosotras dos debéis enfriar los ánimos. Hablad mañana.

—Está bien.

Amren me lanzó una mirada aguda, su pelo se balanceó con el movimiento de la cabeza. Ya habíamos llegado a mi tienda.

Rhys y Azriel estaban sosteniendo a Cassian entre los dos mientras lo instalaban suavemente en un sillón junto al escritorio cubierto de papeles. El rostro del general seguía siendo grisáceo, pero alguien le había encontrado una camisa… y le había limpiado la sangre. Por la forma en que Cassian se hundió en ese asiento… debió de haber sido él quien insistió en estar ahí. Y por el modo en que Rhys le desordenó ligeramente el pelo cuando se dirigió hacia el otro lado del escritorio…, vi que esa herida también estaba curada.

Rhys alzó una ceja cuando yo entré, todavía pisando un poco fuerte. Negué con la cabeza.

Te lo diré después.

Una caricia de garras sobre mi barrera más íntima, un toque reconfortante.

Amren dejó el Libro encima del escritorio con un ruido sordo que resonó en la tierra bajo nuestros pies.

—La página segunda y la penúltima —dije, tratando de no pensar en el poder del Libro que se deslizaba por toda la tienda—. El suriel ha asegurado que la clave que buscas para anular el poder del Caldero está allí.

Supuse que Rhys le había contado a Amren lo ocurrido… y supuse también que le había dicho a alguien que fuera a buscar a Nesta, ya que ella atravesó la pesada puerta de lona un momento después.

—¿Los has traído? —le preguntó Rhys a Amren cuando Nesta se acercó a la mesa en silencio.

Todavía cubierta de barro hasta las pantorrillas, mi hermana se quedó en el otro lado…, lejos de donde Cassian estaba sentado. La miré. Su cara no reveló nada, pero sus manos…, habría jurado que un débil temblor le recorría los dedos antes de cerrarlos en un puño cuando miró a Amren. Cassian la observó un momento más antes de volver la cabeza hacia Amren. ¿Cuánto tiempo había estado Nesta en lo alto de esa colina viendo la batalla? ¿Lo había visto caer?

Amren metió la mano en el bolsillo de su capa de color peltre y arrojó una bolsa de terciopelo negro sobre el escritorio. Hizo un ruido de repiqueteo sordo cuando golpeó la madera.

—Huesos y piedras.

Nesta inclinó la cabeza al ver la bolsa.

Tu hermana ha venido inmediatamente cuando le he explicado lo que necesitábamos —dijo Rhys—. *Creo que al ver a Cassian herido ha decidido no buscar pelea hoy*.

O convenció a mi hermana para buscar pelea con alguna otra persona.

Nesta levantó la bolsa.

—Así que arrojo estas cosas como un charlatán callejero y así encontraré el Caldero, ¿no?

Amren soltó una carcajada.

—Algo parecido.

Había barro debajo de las uñas de Nesta. Ella no pareció notarlo cuando desató la bolsita y sacó su contenido. Tres piedras, cuatro huesos. Estos últimos eran marrones y brillaban por su antigüedad. Las primeras eran blancas como la luna y lisas como el cristal, cada una marcada con una delgada letra que no reconocí.

—Tres piedras por los rostros de la Madre —dijo Amren, al ver las cejas

levantadas de Nesta—. Cuatro huesos…, por alguna razón que los charlatanes han inventado y que no puedo molestarme en recordar.

Nesta resopló. Rhys se hizo eco del sentimiento.

—¿Y qué hago…? —dijo mi hermana—. ¿Simplemente las agito en mis manos y las arrojo? ¿Cómo voy a darle sentido a esto?

—Podemos calcularlo —respondió Cassian con voz áspera y cansada—. Pero empieza por cogerlas y pensar en el Caldero.

—No se trata de pensar en eso —lo corrigió Amren—. Debes arrojar tu mente hacia él. Encuentra el lazo que te une.

Incluso yo permanecí inmóvil ante esas palabras. Y Nesta, las piedras y los huesos ya en su mano…, no hizo ningún movimiento para cerrar los ojos.

—¿Tengo… tengo que… tocarlo?

—No —le advirtió Amren—. Solo acércate. Encuéntralo, pero no interactúes con él.

Nesta seguía sin moverse. No podía usar la bañera, me había dicho, por los recuerdos que eso llevaba consigo…

—Nada puede hacerte daño aquí —le dijo Cassian, que respiró hondo, gimiendo suavemente, y se puso de pie. Azriel trató de detenerlo, pero Cassian lo apartó y avanzó hasta quedar al lado de mi hermana. Apoyó una mano sobre el escritorio cuando por fin se detuvo—. Nada puede hacerte daño —repitió.

Nesta seguía mirándolo hasta que al final cerró los ojos. Yo me moví hacia un lado, y ese ángulo me permitió ver lo que no había detectado antes.

Nesta estaba de pie ante el mapa, con los huesos y las piedras apretados en el puño que apoyaba sobre él. Cassian se quedó a su lado, con la otra mano en la parte baja de su espalda.

Y me maravillé por el contacto que ella le permitía…, me maravillé tanto como me maravillé por la mano manchada de barro que estaba usando. Por la concentración que manifestó su rostro.

Sus ojos se movieron bajo los párpados, como si estuviera explorando el mundo.

—No veo nada.

—Ve más profundamente —la urgió Amren—. Encuentra esa atadura entre vosotros.

Ella se puso rígida, pero Cassian se acercó y Nesta se relajó de nuevo.

Pasó un minuto. Luego otro.

Un músculo se contrajo en la frente de Nesta. Su mano se balanceó.

Luego su respiración se hizo más rápida y áspera, los labios se le estiraron hacia atrás mientras ella jadeaba entre dientes.

—Nesta —dijo Cassian.

—Tranquilo —intervino Amren.

Un ruidito salió de ella, uno de terror.

—¿Dónde está, muchacha? —gruñó Amren—. Abre la mano. Déjanos ver.

Los dedos de Nesta se cerraron con más fuerza, el blanco de sus nudillos tan blanco como las piedras que guardaba dentro del puño.

Demasiado profundo…, lo que hubiera hecho…

Me lancé hacia ella. No físicamente, sino con la mente.

Si las puertas mentales de Elain eran las de un jardín dormido, las de Nesta… pertenecían a una antigua fortaleza, recia y brutal. Como las que yo imaginaba en las que alguna vez empalaban a la gente.

Pero estaban abiertas. Y dentro…

Oscuro.

Oscuro como yo nunca había visto, ni siquiera con Rhysand.

Nesta.

Entré en su mente.

Las imágenes se estrellaron contra mí.

Una tras otra tras otra, las vi.

El ejército que se extendía en el horizonte. Las armas, el odio, el enorme tamaño.

Vi al rey de pie sobre un mapa en una tienda de campaña, acompañado por Jurian y varios comandantes, el Caldero en el centro de la habitación detrás de ellos.

Y allí estaba Nesta.

De pie en esa tienda, mirando al rey, al Caldero.

Congelada en su lugar.

Con el miedo atenazándola.

—Nesta.

Ella no pareció oírme mientras los miraba a ellos.

Busqué su mano.

—Lo has encontrado. Veo… veo dónde está.

El rostro de Nesta estaba exangüe. Pero ella al fin desvió la atención hacia mí. Feyre.

La sorpresa iluminó sus ojos muy abiertos por el terror.

—Volvamos —dije.

Asintió con la cabeza y volvimos. Pero lo sentimos…, ambas lo sentimos.

Ni al rey ni a los comandantes que conspiraban con él. Ni a Jurian mientras seguía con su mortífero juego de engaños. Sino al Caldero. Como si alguna enorme bestia dormida hubiera abierto un ojo.

El Caldero parecía sentir nuestra mirada. Nos sentía allí.

Lo sentí moverse…, como si se lanzara hacia Nesta. Agarré a mi hermana y corrí.

—Abre el puño —le ordené mientras corríamos hacia las puertas de hierro de su mente—. Ábrelo ahora, Nesta.

Ella simplemente jadeó, y esa monstruosa fuerza se hinchó detrás de nosotros, una ola negra que se elevaba.

—Ábrelo ahora o entrará aquí. ¡Ahora, Nesta!

Oí mis propias palabras mientras me arrojaba fuera de su mente…, las oí porque yo las gritaba en esa tienda.

Con un jadeo, los dedos de Nesta se abrieron y desparramaron los huesos y las piedras sobre el mapa.

Cassian le pasó un brazo alrededor de la cintura mientras ella se balanceaba. El ilyrio siseó de dolor con el movimiento.

—Qué demonios…

—Mira —susurró Amren.

No había tirada que pudiera haberlo hecho…, salvo la de alguien bendecido por la magia.

Las piedras y los huesos formaron un círculo perfecto y apretado alrededor de un punto en el mapa.

Nesta y yo nos pusimos pálidas. Yo había visto el tamaño de ese ejército…, ambas lo habíamos visto. Mientras Hybern nos había llevado hacia el norte, dejando que lo alcanzáramos en esas dos batallas…, el rey había reunido a sus huestes a lo largo del borde occidental del territorio humano.

Tal vez a no más de ciento cincuenta kilómetros de la finca de nuestra familia.

Rhys llamó a Tarquin y a Helion para mostrarles lo que habíamos descubierto.

Muy pocos. Teníamos muy pocos soldados, incluso con tres ejércitos aquí, para enfrentarnos a esa fuerza. Le mostré a Rhysand lo que yo había visto…, y él se lo mostró a los demás.

—Kallias llegará pronto —dijo Helion, pasándose las manos por su pelo del color del ónix.

—Tendría que traer cuarenta mil soldados —dijo Cassian—. Dudo que tenga siquiera la mitad de eso.

Rhys estaba mirando y mirando fijamente ese grupo de piedras y huesos en el mapa. Podía sentir la ira que emanaba de él…, no solo hacia Hybern, sino también hacia él mismo por no pensar que Hybern podría estar jugando deliberadamente con nosotros. Colocándonos en el lugar en que quería tenernos.

Nosotros habíamos ganado estas dos batallas…, pero Hybern había ganado la guerra.

Sabía lo que esperaba en el Medio.

E Hybern nos había obligado a reunirnos aquí…, en este lugar…, de modo que él y su gigantesco ejército podrían presionarnos hacia el norte. Una limpia jugada desde el sur, eventualmente empujándonos hacia el Medio o forzándonos a dividirnos para evitar el enredo letal de árboles y habitantes.

Y si lleváramos la batalla hasta ellos… estaríamos cortejando a la muerte.

Ninguno de nosotros era tan tonto como para arriesgar la elaboración de cualquier plan en torno a Jurian, sin importar hacia dónde apuntaba su verdadera lealtad. Nuestra mejor oportunidad era ganar tiempo para que llegaran otros aliados: Kallias. Thesan.

Tamlin había elegido a quién apoyar en esa guerra. Y aunque hubiera escogido a Prythian, se habría quedado con el problema de reunir una fuerza de Corte Primavera después de que yo hubiera destruido la confianza de sus gentes en él.

Y Miryam y Drakon…

No hay tiempo suficiente —me dijo Rhys—. *Buscarlos…, dar con ellos y traer de vuelta su ejército. Podríamos regresar y encontrarnos con que Hybern nos ha borrado al nuestro del mapa*.

Pero estaba el Tallador…, si me atrevía a arriesgarme a pagarle su precio. Yo no lo había mencionado, no había ofrecido esa posibilidad. No hasta que pudiera saber el estado de las cosas con certeza…, cuando ya no estuviera a punto de desmayarme de agotamiento.

—Debemos descansar —dijo Tarquin, lanzando un suspiro—. Nos

encontraremos mañana al amanecer. Tomar una decisión después de un largo día nunca ha ayudado a nadie.

Helion estuvo de acuerdo y se retiró. Era difícil no mirarlo, no comparar sus rasgos con los de Lucien. Sus narices eran inquietantemente idénticas. ¿Cómo nadie lo había notado antes?

Supuse que era la menor de mis preocupaciones. Tarquin frunció el ceño mirando el mapa una última vez y declaró:

—Encontraremos una manera de enfrentarnos a esto.

Rhys asintió con la cabeza mientras la boca de Cassian se inclinaba dubitativa hacia un lado. Se había sentado de nuevo en su silla para la discusión, y en ese momento tenía una taza en las manos con algún brebaje curativo que Azriel le había llevado.

Tarquin se apartó de la mesa justo cuando la puerta de la tienda se abría para dar paso a un par de hombros anchos…

Varian. Ni siquiera miró a su alto lord, y su atención fue directamente a donde Amren estaba sentada a la cabecera de la mesa. Como si hubiera sentido que ella estaba ahí…, o alguien se lo hubiese dicho. Y había venido corriendo.

Los ojos de Amren se apartaron del Libro cuando Varian se detuvo. Una sonrisa tímida curvó sus labios rojos.

Todavía había sangre y suciedad salpicando la piel marrón de Varian, cubriendo su armadura plateada y su corto cabello blanco. No mostraba ninguna preocupación mientras daba zancadas hacia Amren.

Y ninguno de nosotros se atrevió a hablar mientras Varian caía de rodillas ante la silla de Amren, tomaba la sorprendida cara de ella entre sus grandes manos, y la besaba profundamente.

Capítulo 63

Ninguno de nosotros aguantó mucho después de la cena.

Amren y Varian ni siquiera se molestaron en unirse a nosotros. No, ella había rodeado con las piernas la cintura de él, justo delante de nosotros, y Varian se levantó, alzándola con un rápido movimiento. No estaba enteramente segura de cómo Varian logró salir de la tienda mientras la seguía besando. Las manos de Amren le removían el pelo al tiempo que soltaba ruiditos que eran como un ronroneo cuando se perdieron de vista en el campamento.

Rhys dejó escapar una leve carcajada mientras todos los mirábamos boquiabiertos.

—Supongo que así es como Varian ha decidido decirle a Amren que se sentía muy agradecido de que nos ordenara ir a Adriata.

Tarquin sintió un poco de vergüenza.

—Nos turnaremos para ocuparnos de ellos durante las vacaciones.

Cassian soltó una risita áspera y miró a Nesta, que permanecía pálida y tranquila. Lo que ella había visto, lo que yo había visto en su mente…

El tamaño de ese ejército…

—¿Comer o a la cama? —le había preguntado Cassian a Nesta, y honestamente, yo no podría decir si había querido, o no, hacerle una proposición. Dudé si decirle que no estaba en condiciones.

Nesta solo dijo:

—Cama. —Y ciertamente no hubo invitación en la agotada respuesta.

Rhys y yo conseguimos comer, hablando tranquilamente de lo que habíamos visto. El terrible cansancio me pesaba en cada respiración, y apenas acabé con mi plato de asado de cordero antes de arrastrarme hasta la cama y desmayarme

encima de las mantas. Rhys me despertó solo para quitarme las botas y la chaqueta.

Sería al día siguiente por la mañana. Decidiríamos cómo lidiar con todo entonces. Hablaría con Amren acerca de traer a Bryaxis para ayudarnos a acabar con ese ejército.

Tal vez había algo más que no veíamos. Alguna posibilidad más para la salvación, aparte de ese hechizo anulador.

Mis sueños eran un jardín enmarañado, con espinas que se me enredaban mientras tropezaba moviéndome entre ellas.

Soñé con el Suriel, sangrando y sonriendo. Soñé con la boca abierta de la Tejedora desgarrando a Ianthe mientras ella todavía gritaba.

Soñé con lord Graysen…, tan mortal y tan joven…, de pie en el borde del campamento, haciéndole señas a Elain. Diciéndole que vendría por ella. Para que regresara al hogar con él. Que había encontrado una manera de deshacer lo que le habían hecho… para volverla otra vez humana.

Soñé con aquel Caldero en la tienda del rey de Hybern, tan oscuro y durmiendo… Despertándose cuando Nesta y yo estuvimos allí, invisibles, sin poder ser vistas.

Cómo nos devolvió la mirada. Nos conoció.

Pude sentir que me observaba incluso en ese momento, en mis sueños. Sentí que tendía un ancestral y negro zarcillo hacia mí…

Me desperté con un sobresalto.

El cuerpo desnudo de Rhys me envolvía, el rostro suavizado por el sueño. En la oscuridad de la tienda, yo escuchaba.

Las fogatas crepitaban en el exterior. Los murmullos soñolientos de los soldados de guardia. El viento suspiraba en las tiendas de lona, haciendo flamear los estandartes que las coronaban.

Escudriñé la oscuridad, escuchando.

El vello de mis brazos se erizó.

—Rhys.

Al instante se despertó y se sentó, alerta.

—¿Qué ocurre?

—Algo… —Estaba escuchando tan concentrada que los oídos se me tensaron—. Algo pasa. Algo anda mal.

Se levantó. Cogió los pantalones y el cinto con el cuchillo. Lo seguí, todavía tratando de escuchar. Mis dedos se enredaban con las hebillas.

—He soñado… —susurré—. He soñado con el Caldero…, que estaba observando de nuevo.

—Mierda. —La palabra fue un siseo de aliento.

—Creo que abrimos una puerta —murmuré, metiendo los pies en las botas —. Creo… Creo… —No pude terminar la frase mientras corría hacia la puerta de la tienda con Rhys pisándome los talones. Nesta. Tenía que encontrar a Nesta…

El cabello castaño dorado brilló a la luz de la fogata. Ella ya estaba allí, corriendo hacia mí, todavía en camisón.

—Tú también lo oyes —dijo jadeando.

Oírlo… No, no podía oírlo, solo podía sentirlo.

La pequeña figura de Amren se lanzó fuera de una tienda vestida con lo que parecía ser la camisa de Varian. Cayó de rodillas, y el dueño de la camisa apareció detrás de ella, con el torso desnudo, como Rhys, y con los ojos muy abiertos.

Los pies descalzos de Amren estaban salpicados de barro y briznas de hierba.

—Ha llegado aquí… Su poder. Puedo sentirlo… moviéndose por todos lados. Mirando.

—El Caldero —señaló Varian con el ceño fruncido—. Pero… ¿es consciente?

—Nos metimos a espiar en lo más profundo —dijo Amren—. Batallas aparte, él sabe dónde estamos, del mismo modo que nosotros conocemos ahora su ubicación.

Nesta levantó una mano.

—Escucha.

Y entonces lo oí.

Era una canción y una invitación, un grupo de notas cantadas por una voz que era varón y hembra, joven y viejo, inolvidable y seductor y…

—No oigo nada —dijo Rhys.

—Tú no has sido convertido —replicó Amren—. Pero nosotras sí lo fuimos. Nosotras tres…

Una vez más, el Caldero cantó su canción de sirena.

Hasta mis propios huesos se sobrecogieron.

—¿Qué es lo que quiere?

Sentí que se alejaba, que se deslizaba hacia la noche.

Azriel salió de una sombra.

—¿Qué es eso? —siseó.

Alcé las cejas.

—¿Lo oyes?

Un movimiento de negación de la cabeza.

—No, pero las sombras, el viento…, retroceden.

El Caldero volvió a cantar.

Distante…, retirándose.

—Creo que se va —susurré.

Cassian tropezó y se tambaleó hacia nosotros un momento después, con una mano apoyada en el pecho y Mor pisándole los talones. Ella ni siquiera me miró, ni yo a ella, cuando Rhys les habló. Juntas en mitad de la noche…

El Caldero cantó una nota final, luego se quedó en silencio.

Su presencia, su peso…, desaparecieron.

Amren soltó un suspiro.

—Hybern sabe dónde estamos ahora. Es probable que el Caldero quisiera verlo por sí mismo. Después de que lo insultáramos.

Me froté la cara.

—Roguemos por que sea la última vez que lo veamos.

Varian inclinó la cabeza.

—Así que vosotras tres, al haber sido convertidas, podéis oírlo, podéis sentirlo.

—Parece que sí —asintió Amren, mostrándose inclinada a arrastrarlo de vuelta a dondequiera que hubieran estado para terminar lo que sin duda habían estado haciendo.

Y Azriel preguntó con suavidad:

—¿Qué hay de Elain?

Algo frío me atravesó. Nesta estaba mirando a Azriel. Lo miraba, y lo miraba fijamente…

Entonces ella echó a correr.

Sus pies descalzos golpeteaban el barro, salpicándome mientras nos dirigíamos a la tienda de nuestra hermana.

—Elain. —Nesta abrió la tienda.

Se detuvo con tanta rapidez que choqué con ella. La tienda… estaba vacía.

Nesta entró apresurada, apartando mantas, como si Elain de alguna manera se hubiera hundido en el suelo.

—¡Elain!

Recorrí el campamento, escudriñando las tiendas cercanas. Una mirada a Rhys le transmitió lo que había encontrado dentro. Una espada ilyria apareció en su mano justo antes de que se transportara.

Azriel vino a mi lado, directamente para entrar en la tienda donde Nesta acababa de ponerse de pie. Ajustó las alas con fuerza para entrar en el estrecho espacio, ignorando el gruñido de advertencia de Nesta, y se arrodilló ante el catre.

Pasó su mano llena de cicatrices sobre las mantas arrugadas.

—Todavía están calientes.

Fuera, Cassian estaba gritando órdenes, despertando al campamento.

—El Caldero —suspiré—. El Caldero se estaba desvaneciendo, se va a alguna parte…

Nesta corría hacia donde habíamos oído esa voz. Que atraía a Elain para que saliera.

Yo sabía cómo lo había hecho.

Lo había soñado.

Graysen de pie en el borde del campamento, llamándola, prometiéndole amor y curación.

Llegamos al bosquecillo justo cuando Rhys apareció saliendo de la noche, con la espada envainada en la espalda. Tenía algo en las manos. Ninguna emoción en su cara cuidadosamente neutral.

Nesta soltó un sonido que pudo haber sido un sollozo al darse cuenta de lo que había encontrado en el límite del bosque. Lo que el Caldero había dejado atrás en su prisa por regresar al campamento de guerra de Hybern. O quizá como un regalo burlón.

El manto azul oscuro de Elain, todavía con la tibieza de su cuerpo.

Capítulo 64

Nesta se sentó con la cabeza entre las manos dentro de mi tienda. No habló, ni se movió. Acurrucada en sí misma, aferrada a mantenerse entera…, así era como se veía. Como yo la sentí.

Elain…, entregada al ejército de Hybern.

Nesta había robado algo vital del Caldero. Y en esos momentos lo estaba buscando… El Caldero había aprendido lo que era vital para ella.

Así que había robado algo a cambio.

—La traeremos de vuelta —dijo Cassian con voz áspera desde donde estaba instalado en el brazo de la *chaise longue* al otro lado de la salita de estar, observándola cuidadosamente. Rhys, Amren y Mor estaban reunidos con los otros altos lores, informándolos de lo que había ocurrido. Comprobando si sabían algo más. Si tenían alguna forma de ayudar.

Nesta bajó las manos y levantó la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos, los labios apretados.

—No, no lo harás. —Señaló el mapa en la mesa—. Yo he visto ese ejército. Su tamaño. Lo he visto, y no hay la menor posibilidad de que alguno de vosotros se meta en su corazón. Ni siquiera tú —agregó cuando Cassian abrió la boca de nuevo—. Especialmente ahora que estás herido.

Y lo que Hybern haría con Elain, lo que ya estaría haciendo…

Desde las sombras cerca de la entrada de la tienda, Azriel dijo, como una respuesta a un debate tácito:

—La voy a traer de vuelta.

Nesta deslizó la mirada hacia el cantor de sombras. Los ojos castaños de Azriel brillaron dorados en las sombras.

—Entonces morirás —dijo Nesta.

Azriel simplemente repitió con un resplandor de furia en la mirada:

—La voy a traer de vuelta.

Con las sombras, era posible que tuviera alguna oportunidad de entrar.

Pero había que tener en cuenta las guardas y la magia antigua, y el rey con esos hechizos, y el Caldero…

Por un momento, vi ese conjunto de pinturas que una vez Elain me había comprado con el dinero extra que había ahorrado. El rojo, el amarillo y el azul que había usado para pintar aquel tocador en nuestra cabaña. No había pintado desde hacía años, no me atrevía a gastar el dinero en mí…, pero Elain lo había hecho.

Me puse de pie. Me encontré con la mirada furiosa de Azriel.

—Voy contigo —le dije.

Azriel asintió con la cabeza.

—Nunca lograrás adentrarte lo suficiente en el campamento —le advirtió Cassian.

—Llegaré hasta el corazón mismo.

Y cuando arrugaron la frente, hice un cambio en mí. No fue un hechizo, sino un verdadero cambio de facciones.

—Mierda —susurró Cassian cuando terminé.

Nesta se puso de pie.

—Ellos podrían saber que ya está muerta.

Porque era el rostro de Ianthe, su cabello, en el que el mío se había convertido. Casi agoté lo que quedaba de mi magia. Podría incluso no tener suficiente para conseguir mantener sus rasgos sobre los míos. Pero había otras formas, otros caminos, para el resto de lo que yo necesitaba.

—Necesito uno de tus Sifones —le dije a Azriel. El azul era ligeramente más profundo, pero por la noche… podrían no notar la diferencia.

Extendió la palma de la mano y una redonda piedra azul apareció en ella. Me la arrojó. Envolví los dedos alrededor de la cálida piedra. Su poder latió en mis venas como un latido del corazón de otro mundo cuando miré a Cassian.

—¿Dónde está el herrero?

El herrero del campamento no hizo ninguna pregunta cuando le entregué los candeleros de plata de mi tienda y el Sifón de Azriel. Cuando le pedí que hiciera esa diadema. Inmediatamente.

Un herrero mortal podría haber necesitado un tiempo…, días. Pero un herrero fae…

Cuando terminó, Azriel fue hasta donde estaba la sacerdotisa del campamento y tomó algunas de sus ropas. Tal vez no idénticas a las de Ianthe, pero bastante parecidas. Al ser una alta sacerdotisa, nadie se atrevería a mirar con demasiada atención. Ni a hacer preguntas.

Acababa de poner la diadema encima de mi capucha cuando Rhys entró en nuestra tienda. Azriel estaba afilando a *El que Dice la Verdad* con una concentración implacable, y Cassian preparaba las armas que yo debía llevar debajo de la túnica, encima de la ropa de cuero ilyrio.

—Él sentirá tu poder —le indiqué a Rhys antes de que pudiera decir nada.

—Lo sé —asintió Rhys con voz ronca. Y me di cuenta de que los otros altos lores habían llegado.

Mis manos empezaron a temblar. Yo sabía cuáles eran las probabilidades. Sabía a lo que me iba a enfrentar ahí. Lo había visto en la mente de Nesta hacía unas horas.

Rhys acortó la distancia entre nosotros y me agarró las manos. Me miraba a mí, y no al rostro de Ianthe, como si pudiera ver el alma que había debajo.

—Hay guardas mágicas alrededor del campo. No puedes transportarte. Tienes que entrar y salir caminando. Luego puedes hacer el salto de nuevo hasta aquí.

Asentí con un movimiento de la cabeza.

Me rozó la frente con un beso.

—Ianthe vendió a tus hermanas —me dijo. Su voz se había vuelto afilada y dura—. Es justo que la uses para recuperar a Elain.

Agarró mi cara por ambos lados y quedamos nariz con nariz.

—No te distraigas. No te retrases. Eres una guerrera, y los guerreros saben cuándo escoger sus peleas.

Asentí con la cabeza y nuestros alientos se mezclaron.

Rhys gruñó:

—Ellos tomaron lo que es nuestro. Y no permitiremos que esos crímenes queden impunes.

Su poder se arremolinó y giró alrededor de mí.

—No temas —me aconsejó Rhys—. No vaciles. No cedas. Entras, la coges y vuelves a salir.

Asentí de nuevo, sosteniéndole la mirada.

—Recuerda que eres un lobo. Y no puedes estar enjaulado.

Me besó la frente una vez más. Mi sangre palpitaba y hervía, ansiosa por derramar sangre enemiga.

Comencé a ajustarme las armas que Cassian había alineado en filas ordenadas sobre la mesa. Rhys me ayudó con las correas y las hebillas, colocándolas de modo que no fueran visibles debajo de la túnica. La única que no pudo poner fue la espada ilyria… No hubo manera de ocultarla y poder sacarla fácilmente. Cassian me dio una daga extra para compensar su ausencia.

—Las haces entrar y salir otra vez, cantor de sombras —le dijo Rhys a Azriel mientras yo caminaba hacia el maestro de espías, evaluando la sensación del peso de las armas y el movimiento de la pesada túnica—. No me importa cuántos de ellos tengas que matar para lograrlo. Pero ambas tienen que salir.

Azriel hizo un gesto grave y firme de asentimiento.

—Lo juro, alto lord.

Palabras formales, títulos formales.

Agarré la mano con cicatrices de Azriel con el peso de su Sifón sobre mi frente a través de la capucha. Miramos a Rhys, a Cassian y a Nesta, a Mor… justo cuando ella apareció, sin aliento, entre las puertas de la tienda. Sus ojos se dirigieron a mí, luego al cantor de sombras, y destellaron por la sorpresa y el miedo…

Pero en un instante ya nos habíamos ido.

La brisa oscura de Azriel era diferente de la de Rhys. Más fría. Más punzante. Cortaba el mundo como una espada, lanzándonos hacia ese campamento del ejército enemigo.

Todavía era de noche sobre nuestras cabezas, el amanecer quizá nos ofrecería sus primeras luces dentro de dos horas, cuando llegamos a un bosque espeso sobre una colina que daba a las afueras del poderoso campamento.

El rey había usado los mismos hechizos que Rhys había puesto alrededor de Velaris y nuestras propias fuerzas. Hechizos para ocultarlo, para que no fuera visto y evitar que la gente se acercara demasiado.

Habíamos aterrizado dentro del campamento gracias a las especificaciones de Nesta. Con una vista perfecta de aquella ciudad de soldados que se extendía hasta muy lejos en la noche.

Las fogatas ardían, numerosas como las estrellas. Las bestias se movían y gruñían, tirando de correas y cadenas. Y ese ejército continuaba y continuaba, un terror echado en el suelo que bebía la vida de la tierra.

Azriel silenciosamente se desvaneció en la oscuridad hasta que fue mi propia sombra y nada más.

Me quité la túnica pálida de la sacerdotisa, me ajusté la diadema en la cabeza, y comencé mi camino colina abajo.

Hacia el corazón del ejército de Hybern.

Capítulo 65

La primera prueba sería la más peligrosa: pasar junto a los guardias situados en los límites del campamento… y averiguar si sabían algo de la muerte de Ianthe. Enterarme de qué tipo de poder tenía Ianthe realmente allí.

Mantuve los rasgos en esa beatífica y bonita máscara que ella siempre mostraba firme en su cara, la cabeza erguida, el anillo de apareamiento vuelto hacia abajo y cambiado de mano, unos pocos brazaletes de plata que Azriel había tomado prestados de la sacerdotisa del campamento colgando de mis muñecas. Los hice sonar con fuerza, como ella solía hacer, como un gato con una campanilla en el cuello.

Una mascota… Supuse que Ianthe no era más que una mascota del rey.

No podía ver a Azriel, pero podía sentirlo, como si el Sifón que se manifestaba como una joya de Ianthe fuera una atadura. Él vivía en cada sombra, corriendo por delante y por detrás.

Los seis guardias de la entrada del campamento vigilaban a Ianthe, y salieron de la oscuridad con no disimulado disgusto. Serené mi corazón, me convertí en ella, acicalada y tímida, vanidosa y depredadora, sagrada y sensual.

No me detuvieron cuando pasé junto a ellos para seguir la larga avenida que cortaba el interminable campamento por el centro. No parecían confundidos ni expectantes.

No me atreví a dejar que mis hombros se relajaran y ni siquiera dejé escapar un suspiro de absoluto alivio mientras avanzaba por la amplia arteria bordeada por tiendas, forjas y fogatas y… y cosas que no miré; ni siquiera me volví hacia ellas cuando los sonidos que salían me llegaban claramente.

Este lugar hacía que la Corte de las Pesadillas pareciera una sala de estar humana llena de castas doncellas que bordaban almohadas.

Y en algún lugar de este infierno…, Elain. ¿Acaso el Caldero se la había presentado al rey? ¿O estaba en alguna parte intermedia, atrapada en cualquiera que fuera el mundo oscuro que ocupaba el Caldero?

Había visto la tienda del rey en las visiones de Nesta. No parecía estar tan lejos como se mostraba en ese momento, levantándose como una gigantesca bestia con púas desde el centro del campamento. Entrar allí presentaría otro conjunto de obstáculos.

Eso si lográbamos llegar tan lejos sin ser notados.

La oscuridad de la noche operaba a nuestro favor. Los soldados que permanecían despiertos, o bien estaban involucrados en actividades de diversa importancia o bien hacían guardia y deseaban poder estar durmiendo. El resto, dormía.

Era extraño, me di cuenta con cada paso y tintineo de joyas hacia el corazón del campamento, considerar que Hybern de verdad necesitara descansar.

Había supuesto de algún modo que estaban más allá de eso: míticos, inagotables en su fuerza y su rabia.

Pero ellos también se cansaban. Y comían. Y dormían.

Tal vez no con tanta facilidad o tanto como los humanos, pero, con dos horas hasta el amanecer, teníamos suerte. Aunque una vez que el sol ahuyentara a las sombras…, una vez que hiciera que algunos fallos en mi disfraz fueran demasiado evidentes…

Era difícil examinar las tiendas por las que pasábamos, era difícil concentrarse en los ruidos del campamento y a la vez fingir ser alguien totalmente acostumbrado a ellos. Yo ni siquiera sabía si Ianthe tenía una tienda de campaña aquí…, si se le permitía estar cerca del rey cuando ella quisiera.

Lo dudaba…, dudaba de que pudiéramos llegar caminando hasta su tienda personal y encontrar el infierno en que estaba presa Elain, dondequiera que estuviese.

Una enorme fogata ardía y crepitaba cerca del centro del campamento, y los ruidos de la jarana nos llegaban mucho antes de poder verla bien.

En pocos instantes supe que la mayoría de los soldados no dormía.

Estaban allí.

De celebración.

Algunos bailaban en círculos llenos de picardía alrededor del fuego, y sus

formas contorsionadas eran poco más que sombras retorcidas que se movían en la noche. Algunos bebían cerveza de los enormes barriles de roble que pude reconocer… Provenían de las bodegas de la casa de Tamlin. Algunos parecían contorsionarse entre ellos; otros solo miraban.

Pero a través de la risa, del canto y de la música, sobre el rugido del fuego… oí gritos.

Una sombra se apoderó de mi hombro, recordándome que no debía echar a correr.

Ianthe no saldría corriendo…, no mostraría alarma.

Mi boca se secó cuando el grito se oyó de nuevo.

No podía soportarlo…, dejarlo pasar, ver lo que se hacía con…

La mano de sombra de Azriel agarró la mía, acercándome más a él. Su rabia salió de su forma invisible.

Dimos un perezoso paseo por la fiesta, y algunas partes de ella se mostraron con claridad. Los gritos…

No era Elain.

No era Elain quien colgaba de un bastidor cerca de una improvisada plataforma de granito.

Era una de los hijos de los benditos, joven y delgada…

Se me retorció el estómago, amenazando con llegarme a la garganta. Otros dos estaban encadenados al lado de ella. Por la forma en que se veían destruidos, por las lesiones en sus cuerpos desnudos…

Clare. Lo que les habían hecho era como lo que le hicieron a Clare. Y, como a Clare, los habían dejado allí para que se pudrieran, para los cuervos que llegarían seguramente al amanecer.

Esta había aguantado más tiempo.

Yo… no podía… no podía dejarla allí…

Pero si me retrasaba demasiado, ellos lo verían. Y eso atraería su atención sobre mí…

¿Podría vivir con eso? Una vez maté a dos inocentes para salvar a Tamlin y a su pueblo. Sería lo mismo que matarla si la dejaba allí para poder salvar a mi hermana…

Una extraña. Era una extraña…

—Él ha estado buscándote —dijo una dura voz masculina.

Me di la vuelta y me encontré con Jurian, que apareció caminando entre dos tiendas de campaña, con su cinturón y su espada. Miré la plataforma. Y como si

una mano invisible apartara el humo…

Allí estaba sentado el rey de Hybern. Se reclinó en su sillón, la cabeza apoyada en un puño, su cara era una máscara de difusa diversión mientras observaba la fiesta, la tortura y el tormento. La adulación de la multitud que cada tanto se volvía para brindar por él o inclinarse ante él.

Yo quería que mi voz se suavizara, adaptándose a ese tono de alegría.

—He estado ocupada con mis hermanas.

Jurian me miró durante un largo momento y sus ojos se fijaron en el Sifón que llevaba sobre la cabeza.

Lo supe en el momento en que se dio cuenta de quién era yo. Esos ojos marrones brillaron… un poco.

—¿Dónde está? —Fue todo lo que pude susurrar.

Jurian lanzó una sonrisa arrogante. No dirigida a mí, sino a alguien que nos miraba.

—Has estado deseándome desde hace semanas —ronroneó—. Haz algo.

Mi garganta se contrajo. Pero puse una mano en su antebrazo, moviendo las pestañas al mirarlo mientras me acercaba.

Un bufido perplejo.

—Me cuesta creer que así es como te ganaste su corazón.

Traté de no fruncir el ceño.

—¿Dónde está?

—Segura. Intacta.

Mi angustia cedió ante aquella palabra.

—No por mucho tiempo —agregó Jurian—. Le dio un *shock* cuando ella apareció ante el Caldero. Se había estado conteniendo. Vino aquí para reflexionar sobre qué hacer con tu hermana. Y cómo hacer que pagues por ello.

Le pasé una mano por el brazo y a continuación la apoyé sobre su corazón.

—Dónde. Está.

Jurian se inclinó como si me besara y llevó su boca a mi oreja.

—¿Fuiste lo bastante inteligente para matarla antes de arrebatarle su aspecto?

Mis manos se cerraron en su chaqueta.

—Tuvo lo que se merecía.

Podía sentir la sonrisa de Jurian en mi oído.

—Está en su tienda. Encadenada con acero y un pequeño hechizo de su libro favorito.

Mierda. Mierda. Tal vez debería haber traído a Helion, que podría romper

casi cualquier…

Jurian cogió mi barbilla entre el pulgar y el índice.

—Ven a mi tienda conmigo, Ianthe. Déjame ver lo que esa linda boca puede hacer.

Me supuso un esfuerzo no retroceder, pero dejé que Jurian pusiera una mano en la parte inferior de mi espalda. Se rio entre dientes.

—Parece que ya tienes algo de acero en ti. No hay necesidad del mío.

Le entregué una bonita sonrisa con brillo de sol.

—¿Qué hay de la niña encadenada?

La oscuridad flotó en sus ojos.

—Ha habido muchas antes de ella, y muchas vendrán después.

—No puedo dejarla aquí —dije entre dientes.

Jurian me condujo por un laberinto de tiendas, en dirección hacia ese círculo interior.

—Tu hermana o ella… No podrás sacar a las dos.

—Tráemela y haré que suceda.

—Di que te gustaría rezar ante el Caldero antes de retirarnos —murmuró Jurian.

Parpadeé y me di cuenta de que había guardias…, guardias y esa tienda gigante de color hueso delante de nosotros. Abrí las manos delante de mí y le dije a Jurian:

—Antes de que nosotros… nos retiremos, me gustaría orar ante el gran Caldero. Para dar gracias por la abundancia de hoy.

Jurian me fulminó con la mirada… Un hombre listo y en celo al que estaban dando largas.

—Que sea rápido —dijo, moviendo la barbilla hacia los guardias a ambos lados de la puerta de la tienda. Capté la mirada que les dirigió…, de macho a macho. Ellos no se molestaron en disimular su lascivia cuando pasé entre los dos.

Y dado que yo era Ianthe…, les dirigí a cada uno una sonrisa sensual, evaluándolos para una conquista de un tipo diferente de la que ellos habían venido a hacer en Prythian.

El de la derecha respondió sonriendo y me dijo que sería mío cuando yo quisiera.

«Más tarde —deseé que mis ojos dijeran—. Cuando haya terminado con el humano».

Se ajustó un poco el cinturón mientras yo me metía en la tienda.

Luz débil…, frío. Como el cielo antes del amanecer, así era como se sentía la tienda.

Sin braseros chisporroteantes, sin luces. Y en el centro de la enorme tienda… una oscuridad que devoraba la luz. El Caldero.

El vello de mis brazos se erizó.

Jurian me susurró al oído:

—Tienes cinco minutos para sacarla. Llévala al borde oeste… Hay un precipicio que domina el río. Nos encontraremos allí.

Parpadeé.

La sonrisa de Jurian era un tajo blanco en la penumbra.

—Si oyes gritos, no dejes que te domine el pánico. —Su diversión. Entonces sonrió hacia las sombras—. Espero que puedas llevar a tres, cantor de sombras.

Azriel no confirmó que estuviera allí, que había estado escuchando.

Jurian me estudió durante un instante más.

—Guarda una daga para tu propio corazón. Si te atrapan viva, el rey te… —Hizo un expresivo movimiento con la cabeza—. No dejes que te atrapen viva.

Al instante siguiente ya no estaba ahí.

Azriel emergió de las profundas sombras en un rincón de la tienda un momento más tarde. Señaló con la barbilla hacia las cortinas de la parte de atrás. Comencé a entonar una de las muchas plegarias de Ianthe, un bonito discurso que le había oído recitar a ella mil veces en la Corte Primavera.

Corrimos sobre las alfombras, esquivando mesas y muebles. Yo canturreaba sus oraciones todo el tiempo.

Azriel se deslizó detrás de la cortina…

Elain estaba en camisón. Amordazada, las muñecas envueltas en acero con un resplandor violeta. Sus ojos se abrieron como platos al vernos… a Azriel y a mí…

Volví a cambiar la cara para recuperar mis propias facciones y levanté una mano hacia mis labios mientras Azriel se arrodillaba ante ella. Continué con mi letanía suplicándole al Caldero que hiciera que mi vientre fuera fructífero, y seguí… y seguí…

Azriel suavemente le quitó la mordaza de la boca.

—¿Estás herida?

Negó con la cabeza, devorando la imagen de él como si no pudiera creerlo.

—Has venido por mí. —El cantor de sombras solo inclinó la cabeza.

—Apresúrate —susurré, y luego reanudé mi plegaria. Tenía que seguir hasta que se acabara.

Los Sifones de Azriel brillaban. El que llevaba en la cabeza se estaba calentando.

La magia no hacía nada cuando entraba en contacto con esos lazos. Nada.

Solo faltaban unos pocos versos más de mi plegaria salmodiada.

Tenía las muñecas y los tobillos encadenados. No podía salir corriendo de aquí con esos grilletes.

Alargué una mano hacia ella, buscando un hilo del poder de Helion para deshacer el hechizo del rey sobre las cadenas. Pero mi magia todavía estaba agotada, desordenada…

—No tenemos tiempo —murmuró Azriel—. Él viene hacia aquí.

Comenzaron los gritos.

Azriel cogió a Elain y pasó sus brazos maniatados alrededor de su cuello.

—Sujétate fuerte —le ordenó—, y no hagas ni un sonido.

Ladridos y aullidos rasgaban la noche. Me quité la bata y guardé el Sifón de Azriel antes de coger dos cuchillos.

—¿Salimos por atrás?

Un asentimiento con la cabeza.

—Prepárate para correr.

Mi corazón tronaba. Elain nos miró, pero no temblaba. No se acobardó.

—Corre y no te detengas —me dijo Azriel—. Corramos hacia el borde occidental…, hacia el precipicio.

—Si Jurian no está con la muchacha a tiempo…

—Entonces tú te vas. Yo la esperaré.

Dejé escapar un suspiro para serenarme.

Los ladridos y los gruñidos se hicieron más fuertes…, más cercanos.

—Ahora —susurró Azriel, y corrimos.

Sus Sifones resplandecían y la lona de la parte trasera de la tienda se derritió para desaparecer. Pasamos por ahí antes de que los guardias más cercanos se dieran cuenta.

No reaccionaron ante nosotros. Solo miraban el agujero.

Azriel nos había hecho invisibles…, envueltos en sombras.

Corrimos entre las tiendas, los pies volando sobre la hierba y la tierra.

—Apresúrate —me susurró—. Las sombras no durarán mucho.

Y en el este, detrás de nosotros…, el sol empezaba a elevarse.

Un penetrante aullido rompió la noche moribunda. Y supe que se habían dado cuenta de lo que habíamos hecho. Que estábamos ahí. Y aunque no pudieran vernos…, los sabuesos del rey de Hybern podían olernos.

—Más rápido —gruñó Azriel.

La tierra se estremeció detrás de nosotros. No me atreví a mirar hacia atrás.

Nos acercamos a un soporte de armas. Envainé los cuchillos y dejé libres las manos. Al pasar por delante, tomé un arco y una aljaba con flechas. Flechas de fresno.

Las flechas entrechocaron cuando me colgué la aljaba del hombro y puse una flecha en el arco.

Azriel dobló a la derecha y dio la vuelta alrededor de una tienda de campaña.

Y… me volví y disparé.

El perro más cercano no era un sabueso, me di cuenta cuando la flecha se dirigió a su cabeza.

Era un primo de los naga, algo monstruoso y con escamas que aullaba en cuatro patas, su cara era viperina y estaba llena de dientes blancos capaces de quebrar huesos.

Mi flecha le atravesó la garganta.

Cayó y rodeamos la tienda, precipitándonos hacia ese todavía poco iluminado horizonte occidental.

Cargué otra flecha.

Otros tres. Tres más detrás de nosotros, acercándose con cada paso de sus garras…

Podía sentirlos alrededor de nosotros… Comandantes de Hybern corriendo con los perros, siguiendo a las bestias porque todavía no podían vernos. Esa flecha que había disparado les había permitido calcular la distancia. Pero en el momento en que los perros nos alcanzaran…, aparecerían los comandantes. Nos matarían o nos apresarían.

Fila tras fila de tiendas despertando lentamente con el alboroto en el centro del campamento.

El aire se agitó y miré hacia arriba para ver la lluvia de flechas de fresno disparadas desde atrás. Eran muchas en el intento ciego de llegar a algún objetivo…

El escudo azul de Azriel se estremeció por el impacto, pero aguantó. Sin embargo, nuestras sombras se desvanecieron.

Los perros se acercaban, dos se separaron… para adelantarse por un lado.

Para rodearnos.

Pues aquello era un precipicio en el otro lado del campamento. Un precipicio con una caída muy muy larga, y el río implacable abajo.

Y de pie en el extremo, envuelta en un manto oscuro…, estaba la muchacha.

Jurian la había dejado allí… para nosotros. No vi ninguna señal de él.

Pero a nuestra espalda, llenando el aire como si hubiera usado la magia para hacerlo…, el rey habló.

—¡Qué intrépidos ladrones! —exclamó. Sus palabras estaban en todas partes y en ninguna—. ¿Cómo os voy a castigar?

No me cabía la menor duda de que las guardas mágicas terminaban justo al otro lado del precipicio. Eso fue confirmado por los gruñidos de los perros, que parecían saber que su presa escaparía en menos de cien metros. Si pudiéramos saltar lo bastante lejos para librarnos de ellos…

—¡Llévatela, Azriel! —le supliqué jadeando—. Yo llevo a la otra.

—Estamos todos…

—Es una orden.

Un disparo limpio, un sendero sin obstáculos justo hasta la orilla de ese precipicio, y a la libertad más allá…

—Tienes que… —Mis palabras quedaron interrumpidas.

Sentí el impacto antes del dolor. El dolor abrasador y ardiente que estalló a través de mi hombro. Una flecha de fresno…

Mis pies se engancharon en algo, saltó sangre y golpeé contra el suelo rocoso con tanta fuerza que mis huesos crujieron. Azriel dejó escapar una maldición, pero seguía con Elain en sus brazos, luchando…

Los perros estuvieron allí al cabo de un segundo.

Le disparé una flecha a uno de ellos y mi hombro gimió con ese movimiento. El perro cayó y pude ver lo que venía detrás.

Allí estaba el rey caminando entre la fila de tiendas de campaña, sin prisa y seguro de nuestra captura, y un arco colgando de su mano. El arco que había lanzado la flecha que en ese momento atravesaba mi cuerpo.

—Torturarte sería tan aburrido —reflexionó el rey, con la voz todavía magnificada—. Por lo menos con el tipo tradicional de tortura. —Cada paso suyo era lento, decidido—. Cómo se va a enfurecer Rhysand. Cómo lo invadirá el pánico. Su compañera finalmente ha venido a verme.

Antes de que pudiera gritarle a Azriel que se apresurara, los otros dos perros ya saltaban sobre mí.

Levanté el arco para interceptar sus mandíbulas.

El primer perro lo rompió en dos, arrojando lejos la madera. Agarré un cuchillo justo cuando el segundo saltó…

Un rugido me ensordeció e hizo que mi cabeza resonara. En ese momento, uno de los perros fue lanzado lejos de mí.

Yo conocía ese rugido, conocía…

Una bestia de piel dorada con cuernos curvos atacó a los perros.

—Tamlin —dije al escapar, pero sus ojos verdes se estrecharon. «Corre», parecían decir.

Eso era lo que había estado corriendo junto a nosotros. Tratando de encontrarnos.

Los perros se lanzaron sobre él y los rajó y los destrozó. El rey hizo una pausa, y aunque se mantuvo lejos, claramente pude ver la sorpresa que le demudaba el rostro.

Ese era el momento. Tenía que irme en ese mismo momento…

Me puse de pie y solté la flecha con un grito ahogado. Azriel ya estaba allí, a apenas unos instantes…

El cantor de sombras me agarró por el cuello de la chaqueta y una red de luz azul se ajustó en torno a mi hombro. Para contener la sangre, un vendaje hasta que la sanadora…

—Tienes que volar —jadeó.

Seis perros más se estaban acercando. Tamlin aún luchaba contra los otros, ganaba terreno…, mantenía la línea.

—Necesitamos salir volando —dijo Azriel, ahora con un ojo en el rey mientras este reanudaba su acercamiento burlonamente lento—. ¿Puedes hacerlo?

La joven todavía estaba de pie al borde del precipicio. Nos miraba con los ojos muy abiertos, el cabello negro le azotaba la cara.

Nunca había hecho un despegue corriendo. Apenas había conseguido mantenerme en el aire.

Aunque Azriel cogiera a la muchacha con su brazo libre…

No me permití considerar la alternativa. Yo iba a volar. Solo el tiempo suficiente para salvar ese precipicio y poder transportarnos una vez pasado el límite de las guardas mágicas.

Tamlin soltó un grito que pareció ser de dolor, seguido por otro rugido que hizo temblar la tierra. El resto de los sabuesos lo había alcanzado. Él no vaciló,

no les cedió ni un centímetro…

Convoqué mis alas. El dolor del arrastre y su peso…, aun con el vendaje del Sifón, arrasó mis sentidos con el tirón de los músculos.

Jadeé con los dientes apretados cuando Azriel se lanzó hacia delante y las alas comenzaron a moverse. No había suficiente espacio en la cornisa para poder hacer la maniobra uno al lado del otro. Me tragué los detalles de su despegue, el batir de sus alas, el ángulo cambiante de su cuerpo.

—¡Agárrate a él! —le ordenó Elain a la niña de ojos muy abiertos cuando Azriel se lanzaba como un trueno hacia ella. La joven parecía un cervatillo a punto de ser derribado por un lobo.

La pequeña no abrió los brazos cuando se acercaron.

Elain le gritó de nuevo:

—¡Si quieres vivir, hazlo ahora!

La muchacha dejó caer su capa y abrió los brazos.

Su cabello negro volaba detrás de Azriel, atrapada entre sus alas cuando él prácticamente la arrastró consigo hacia las alturas. Y vi, mientras corría, que Elain extendía sus manos pálidas… para sujetar a la muchacha por el cuello, sosteniéndola tan firmemente como podía.

Y justo a tiempo.

Uno de los perros se liberó de Tamlin en un impresionante salto. Y yo me agaché, preparándome para el impacto.

Pero yo no era su objetivo. Dos saltos más por la cornisa rocosa y otro salto…

El rugido de Azriel resonó en las rocas cuando el perro se estrelló contra él, arrastrando esas garras de destrucción por su columna vertebral, por sus alas…

La muchacha gritó, pero Elain se movió. Mientras Azriel luchaba por mantenerlas volando, por mantener su control sobre las alas, mi hermana lanzó un feroz puntapié a la cara de la bestia. Un ojo. Otro puntapié. Otro.

La bestia aulló y Elain la golpeó con su pie desnudo y fangoso en la cara otra vez. El golpe fue certero.

Con un agudo aullido de dolor, soltó las garras y cayó hacia el barranco.

Tan rápido… Sucedió tan rápido… Y sangre…, la sangre salpicaba desde su espalda, desde sus alas…

Pero Azriel se mantuvo en el aire. La luz azul se extendió sobre las heridas. Detuvo la sangre, estabilizó las alas. Yo todavía estaba corriendo hacia el

precipicio cuando él se volvió, dejando a la vista un rostro blanqueado por el dolor, mientras sostenía con fuerza a las dos mujeres.

Y vio lo que venía detrás de mí. El salto adelante. Y por primera vez desde que lo conocía, vi terror en los ojos de Azriel al verme correr.

Moví las alas y un tirón hacia arriba elevó mis pies, para luego volver a caer sobre la roca. Tropecé, pero seguí corriendo, seguí moviendo las alas, y mi espalda siguió gimiendo…

Otro de los perros rompió la guardia de Tamlin. Se lanzó hacia abajo, hacia ese estrecho tramo de roca, con las garras agrietando la piedra. Yo habría jurado que el rey se reía desde atrás.

—¡Más rápido! —gruñó Azriel, sangrando con cada movimiento de alas. Pude ver el amanecer a través de los desgarros en la membrana—. ¡Elévate!

La piedra resonó con los atronadores pasos del perro pisándome los talones.

El final de la roca se acercaba. La caída libre estaba justo allá. Y yo sabía que el perro saltaría conmigo. El rey quería recuperarme a toda costa, no importaba cómo, aunque mi cuerpo quedara destrozado en el río allá abajo, muy abajo. Desde esa altura, me estrellaría como un huevo arrojado desde una torre.

Y guardaría todo lo que quedara de mí, como había hecho con Jurian, con vida y consciente.

—¡Mantenlas en alto!

Extendí las alas hasta el máximo. Treinta pasos para llegar al borde.

—¡Piernas arriba!

Veinte pasos. El sol apareció sobre el horizonte oriental, tiñendo de dorado la ensangrentada armadura de Azriel.

El rey disparó otra flecha…, dos. Una para mí, la otra subiendo para alcanzar la espalda desprotegida de Elain. Azriel detuvo las dos con un escudo azul. No miré para ver si ese escudo se extendía hasta Tamlin.

Diez pasos. Batí las alas y los músculos se quejaron, la sangre apareció a pesar del vendaje del Sifón. Las batí creando una ola de viento debajo de mí, aire para llenar la membrana flexible, incluso cuando huesos y tendones estaban tensos, a punto de romperse.

Mis pies se elevaron sobre el suelo. Luego lo golpearon otra vez. Yo empujaba con el viento, moviendo las alas como el demonio. El perro se acercaba.

Cinco pasos. Yo sabía… sabía que algo me había empujado a aprender a volar… como fuera. Sabía que este momento iba a llegar. Todo, todo…, todo

había sido pensado para ese momento.

Y con apenas tres pasos hasta el borde de ese precipicio…, un viento tibio, besado por lilas y hierba fresca, me empujó desde abajo. Un viento de primavera. Elevándome, llenando mis alas.

Mis pies se elevaron. Y se elevaron. Y siguieron elevándose.

El sabueso saltó detrás de mí.

—¡Gira!

Empujé mi cuerpo hacia un lado y las alas trazaron un gran círculo. El creciente amanecer, la profundidad del precipicio y el cielo se inclinaron y giraron antes de que yo recuperara el nivel adecuado.

Miré hacia atrás para ver que el perro naga cerraba las mandíbulas en el lugar donde habían estado mis talones. Para luego caer, caer y caer por el barranco, hacia el río, abajo, muy abajo.

El rey disparó otra vez, la flecha impregnada con un poder amatista refulgente. El escudo de Azriel aguantó… apenas. Cualquiera que fuera la magia que el rey había puesto en ella… Azriel gruñó de dolor.

Pero gritó:

—¡Vuela!

Y me desvié hacia el camino por el que había venido, otra vez temblando por el esfuerzo de mantener mi cuerpo erguido. Azriel se volvió y la muchacha gimió aterrorizada cuando perdió unos cuantos metros, antes de nivelarse otra vez y elevarse hasta quedar a mi lado.

El rey ladró una orden, y una andanada de flechas se elevó desde el campamento… para llover sobre nosotros.

El escudo de Azriel se estremeció, pero se mantuvo firme. Moví las alas y mi espalda chilló de dolor.

Apreté una mano sobre la herida justo cuando las guardas mágicas me empujaban. Me empujaban como si intentaran retenerme, retener a Azriel donde en ese momento movía las alas con todas las fuerzas contra ellas y la sangre seguía saliendo de las heridas, chorreando por su espalda hecha jirones…

Desaté un chorro de luz blanca de Helion. Quemando, chamuscando, derritiendo.

Un agujero atravesó las guardas. Apenas era lo suficientemente ancho.

No vacilamos mientras volamos a través de él, intentando recuperar el aliento. Y miré hacia atrás. Solo una vez.

Tamlin estaba rodeado por los sabuesos. Sangrando, jadeando, todavía con

esa forma de bestia.

El rey estaba quizá a unos diez metros de distancia, lívido…, completamente lívido al ver el agujero que había vuelto a atravesar sus guardas mágicas. Tamlin le sacó provecho a su distracción.

No miró hacia nosotros cuando se lanzó hacia el borde del precipicio.

Saltó lejos…, lejos y alto. Más lejos de lo que cualquier bestia o fae podría hacer. Ese viento que me había alzado a mí, en ese momento lo empujaba a él, llevándolo hacia ese agujero que habíamos atravesado.

Tamlin lo cruzó y se transportó para desaparecer, todavía sin mirarme y sin ver que yo le agarraba la mano a Azriel para desaparecer nosotros también.

El poder de Azriel se agotó en las afueras de nuestro campamento.

La muchacha, a pesar de las quemaduras y las laceraciones en su piel blanca como la luna, podía caminar.

La luz gris de la mañana se extendía sobre el mundo, la niebla colgaba de nuestros tobillos mientras nos dirigíamos al campamento. Azriel todavía seguía apretando a Elain contra su pecho. La sangre iba goteando detrás de él todo el tiempo… apenas un goteo, en comparación con el torrente que debería estar escapando de él. Un torrente que era contenido solo por los remiendos de poder que se había aplicado. Ayuda… Necesitaba una sanadora de inmediato.

Ambos la necesitábamos. Apreté una mano sobre la herida en mi hombro para mantener al mínimo el sangrado. La muchacha llegó incluso a ofrecer lo poco que quedaba de los andrajos que vestía para vendarlo.

No tuve el aliento suficiente para explicarle que yo era fae, y que había fresno en mi piel. Necesitaba ver a una sanadora antes de sacar y sellar cualquier astilla. De modo que solo le pregunté por su nombre.

Briar, dijo ella, con la voz áspera de tanto gritar. Su nombre era Briar.

No parecía importarle el barro que chapoteaba bajo sus pies y le salpicaba las piernas desnudas. Solo miraba las tiendas de campaña, los soldados que salían y entraban. Uno de ellos vio a Azriel y gritó llamando a un sanador para que se diera prisa en ir a la tienda del maestro de espías.

Rhys se transportó para aparecer en nuestro camino antes de que pasáramos la primera fila de tiendas de campaña. Sus ojos fueron directamente a las alas de

Azriel, luego a la herida en mi hombro, a la palidez de mi cara. A Elain, luego a Briar.

—No podía dejarla —indiqué, sorprendida al oír mi propia voz tan ronca.

Se acercaron pasos que corrían y luego Nesta dio la vuelta a una tienda y se detuvo patinando en el barro.

Soltó un sollozo al ver a Elain, todavía en los brazos de Azriel. Yo nunca había oído un sonido como el de ella. Jamás.

No está herida, le dije directamente a su mente. Porque era incapaz de formar palabras.

Nesta salió corriendo otra vez. Busqué a Rhysand, su cara estaba tensa mientras nos seguía de cerca…

Pero Nesta llegó allí primero.

Me tragué un grito de dolor cuando los brazos de Nesta me envolvieron el cuello y me abrazó tan fuerte que me quitó el aliento.

Le temblaba el cuerpo, temblaba mientras sollozaba y decía una y otra vez:

—Gracias. Gracias. Gracias.

Rhys se lanzó hacia Azriel y cogió a Elain para dejar suavemente a mi hermana en el suelo. Azriel habló con voz ronca, balanceándose sobre sus pies:

—Necesitamos que Helion le quite esas cadenas.

Pero Elain no pareció notarlas cuando se puso de puntillas y besó la mejilla del cantor de sombras. Y luego caminó hacia mí y hacia Nesta, quien se apartó lo suficiente para examinar la limpia cara de Elain, sus ojos claros.

—Tenemos que llevarte con Thesan —le dijo Rhys a Azriel—. Ahora mismo.

Antes de que yo pudiera darme la vuelta, Elain me abrazó. No recuerdo en qué momento empecé a llorar después de sentir que sus delgados brazos me envolvían, me apretaban como el acero.

No recuerdo a la sanadora que me remendó, o cómo Rhys me bañó. Cómo le conté lo que pasó con Jurian, y con Tamlin, mientras Nesta flotaba alrededor de Elain cuando Helion llegó para quitarle las cadenas, maldiciendo el trabajo del rey, aunque sin dejar de admirar su calidad.

Pero sí recuerdo que me acosté en la alfombra de piel de oso una vez que todo estuvo hecho. Recuerdo haber sentido el delgado cuerpo de Elain que se recostaba junto al mío y se acurrucaba a mi lado, con cuidado de no tocar la herida de mi hombro. No me di cuenta de lo frío que se me había quedado el cuerpo hasta que noté cómo su calor penetraba a través de mi piel.

Un momento después, otro cálido cuerpo se tendió a mi izquierda. El aroma de Nesta flotaba sobre mí: fuego, acero y una voluntad inflexible.

A la distancia, oí a Rhys haciendo salir a todo el mundo…, para ir a interesarse por Azriel, en ese momento bajo el cuidado de Thesan.

No supe cuánto tiempo mis hermanas y yo estuvimos allí juntas, tal como alguna vez habíamos compartido aquella cama tallada en aquella cabaña casi en ruinas. Entonces…, en aquel entonces, nos habíamos empujado, retorcido y luchado por un poco de espacio, algún espacio para respirar.

Pero aquella mañana, cuando el sol salía para el mundo, estábamos bien abrazadas. Sin soltarnos.

Capítulo 66

Kallias y su ejército llegaron al mediodía.

Fue el sonido de eso lo que me despertó de donde mis hermanas y yo dormíamos en el suelo. Eso, y un pensamiento que no podía apartar de mí:

Tamlin.

Sus acciones cubrirían la traición de Jurian. No tuve ninguna duda de que Tamlin no había vuelto al ejército de Hybern después de la reunión para traicionarnos…, sino para hacer de espía.

Aunque después de la noche anterior… era poco probable que se acercara a Hybern de nuevo. No cuando el mismo rey lo había presenciado todo.

No sabía qué hacer respecto a eso.

Que me había salvado…, que había renunciado a su engaño para hacerlo. ¿Adónde había ido cuando se transportó? No habíamos sabido nada de las fuerzas de la Corte Primavera.

Y ese viento que había enviado… Nunca lo había visto usar tal poder.

La filosofía Nephelle, en efecto. La debilidad que se había transformado en una fuerza no habían sido mis alas, mi vuelo, sino Tamlin. Si él no hubiera intervenido… No me permití siquiera pensarlo.

Elain y Nesta seguían dormitando en la alfombra de piel de oso cuando salí de ese enredo de piernas y brazos. Me lavé la cara en el cuenco de cobre cerca de mi cama. Una mirada al espejo reveló que yo había conocido mejores tiempos. Semanas. Meses.

Me aparté el cuello de la camisa blanca para observar la herida vendada de mi hombro. Hice una mueca y giré la articulación… y me maravillé al ver cuánto había sanado. Pero la espalda…

Un intenso dolor la dominaba por completo. Y también mi abdomen. Eran músculos a los que había exigido hasta el punto de ruptura para poder volar. Frunciendo el ceño ante el espejo, trencé mi cabello y me encogí de hombros siseando al ponerme la chaqueta y mover el hombro. Otro día más o dos y el dolor podría haberse reducido lo suficiente para empuñar una espada. Tal vez.

Recé para que Azriel estuviera en mejor forma. Si Thesan lo había estado curando, quizá ya estaba bien. Si teníamos suerte.

No sabía cómo Azriel había logrado mantenerse en lo alto…, permanecer consciente durante esos minutos en el cielo. No me permití pensar en cómo, cuándo y por qué había aprendido a manejar el dolor de esa manera.

Le pedí silenciosamente a la cocinera más cercana del campamento comida para mis hermanas. Elain debía de estar muerta de hambre, y dudaba que Nesta hubiera comido algo durante las horas en que estuvimos ausentes.

Ella solo me preguntó si necesitaba algo en particular, y cuando le dije que no, simplemente hizo clic con la lengua y dijo que se aseguraría de que la comida llegara lo antes posible.

No tuve el valor de pedirle que encontrara algunos de los alimentos preferidos de Amren. Aunque no tuviera ninguna duda de que Amren lo necesitaría después de sus… actividades con Varian la noche anterior. A menos que él…

No me permití pensar en eso mientras me dirigía a su tienda. Habíamos encontrado al ejército de Hybern. Y después de haberlo visto la noche anterior…, le ofrecí a Amren cualquier ayuda que pudiera darle para descifrar ese hechizo que el suriel había señalado. Cualquier cosa con tal de detener el Caldero. Y cuando escogiéramos nuestro último campo de batalla…, entonces, solo entonces, yo soltaría a Bryaxis contra Hybern.

Estaba a punto de llegar a su tienda, lanzando sonrisas sombrías a cambio de los gestos de asentimiento y las miradas cautelosas que me dirigían los guerreros ilyrios, cuando vi la conmoción precisamente casi en el límite del campamento. Unos pocos pasos adicionales y me encontré mirando al otro lado de una delgada línea de demarcación de hierba y barro… hacia la Corte Invierno, en ese momento casi levantada en su total esplendor.

El ejército de Kallias todavía estaba haciendo llegar por transportación suministros y unidades de guerreros, pues su corte estaba compuesta de altos fae con su pelo blanco como la nieve o negro como la noche más oscura. Su piel iba desde el color de la luna pálida hasta el marrón intenso. Los inmortales

menores… Él había traído más inmortales menores que cualquiera de nosotros, si uno excluía a los ilyrios. Era un esfuerzo no mirar boquiabierta cuando me quedé en el punto donde comenzaba su campamento.

Las criaturas de largas extremidades como fragmentos de hielo tallados se movían por ahí, y eran tan altas que podrían plantar los estandartes cobalto y plata sobre las tiendas; carretas arrastradas por renos de paso firme y osos blancos con ornadas armaduras, algunos tan agudamente conscientes cuando caminaban con lentitud que no me habría sorprendido si pudieran hablar. Zorros blancos se movían veloces entre los pies con lo que parecían ser mensajes atados a sus pequeños chalecos bordados.

Nuestro ejército ilyrio era brutal, básico…, pocos adornos y pura autoridad eran lo que se imponía. El ejército de Kallias…, o, supongo, el ejército que Viviane había mantenido unido durante el reinado de Amarantha…, era algo complejo, hermoso, numeroso. Ordenado y a la vez rebosante de vida. Todo el mundo tenía un deber que cumplir. Todos parecían deseosos de hacer lo suyo con eficiencia y orgullo.

Vi a Mor caminando con Viviane y una joven increíblemente hermosa que parecía ser la hermana o melliza de Viviane. Esta estaba radiante. Mor, quizá más discreta por una vez, y cuando se dio la vuelta…

Mis cejas se alzaron. La muchacha humana, Briar, estaba con ellos. En ese momento metida bajo el brazo de Viviane, con el rostro aún magullado e hinchado en algunos lugares, pero… sonriendo con timidez a las ladies de la Corte Invierno.

Viviane empezó a alejarse con Briar, charlando con alegría, y Mor y la posible hermana de Viviane se quedaron observándolas. Mor dijo algo a la desconocida que la hizo sonreír… Bueno, solo un poco.

Era una sonrisa contenida, y se desvaneció enseguida. Sobre todo cuando un soldado alto fae pasó por ahí, le hizo algún comentario divertido y continuó su camino. Mor miró el rostro de la hembra con cautela… y apartó la vista a toda prisa cuando se volvió hacia ella, le dio una palmadita en el hombro y se alejó tras su posible hermana y Briar.

Recordé nuestra discusión cuando Mor se volvió hacia mí. Recordé las palabras que habíamos dejado sin decir, las que tal vez no debería haber pronunciado. Mor movió la cabellera para que le cubriera el hombro y se encaminó directamente hacia mí.

Hablé antes de que ella pudiera decir la primera palabra.

—¿Les entregaste a Briar a ellos?

Volvimos caminando juntas hacia nuestro propio campamento.

—Az me explicó el estado en que la encontraste. No me pareció que exponerla a ilyrios dispuestos para la batalla sirviera de mucho para serenarla.

—¿Y el ejército de la Corte Invierno es mucho mejor?

—Tienen animales de pelo suave.

Resoplé, sacudiendo la cabeza. Aquellos enormes osos eran de pelo suave…, pero no había que olvidar las garras y los dientes.

Mor me miró de soslayo.

—Fue muy valiente de tu parte salvar a Briar.

—Cualquiera lo habría hecho.

—No —dijo ella, acomodándose su ceñida chaqueta ilyria—. No estoy segura… Tampoco estoy segura de que yo la hubiera sacado. Ni siquiera de si habría llegado a considerar que el riesgo valía la pena. He hecho bastantes jugadas como esa en las que me fue mal, y yo… —Negó con la cabeza.

Tragué saliva.

—¿Cómo está Azriel?

—Vivo. Su espalda está bien. Pero Thesan no ha curado muchas alas ilyrias, de modo que la curación es… lenta. Es distinto a reparar las alas de los peregryn, aparentemente. Rhys envió a buscar a Madja. —La sanadora de Velaris—. Ella estará aquí entre hoy y mañana para ocuparse de él.

—¿Volverá a volar?

—Si consideramos que las alas de Cassian se encontraban en peores condiciones, yo diría que sí. Aunque… quizá no para la batalla. No tan pronto.

Mi estómago se endureció.

—Eso no lo va a alegrar.

—A ninguno de nosotros nos alegrará.

Perder a Azriel en el campo…

Mor pareció leer lo que yo estaba pensando y dijo:

—Mejor que estar muerto. —Se pasó una mano por el cabello dorado—. Habría sido tan fácil que las cosas salieran mal anoche… Y cuando vi que vosotros dos desaparecíais…, tuve el pensamiento, el terror, de que podría no volver a verte. Para arreglar las cosas.

—Dije cosas que en realidad no quería decir…

—Ambas lo hicimos. —Me condujo hasta la línea de árboles en el límite de nuestros campamentos, y por eso supe que estaba a punto de decirme algo que

no deseaba que nadie oyera. Algo digno de retrasar mi reunión con Amren durante un rato.

Se apoyó contra un roble altísimo, dando golpecitos en el suelo con el pie.

—Basta de mentiras entre nosotras.

La culpa tiró de mis entrañas.

—Sí —dije—. Lamento haberte engañado. Yo… cometí un error. Y lo siento.

Mor se frotó la cara.

—Sin embargo, tú tenías razón acerca de mí. Tú… —Le tembló la mano al bajarla. Se mordió el labio y su garganta se movió al tragar. Sus ojos por fin se encontraron con los míos…, brillantes, temerosos. Angustiados. Su voz se quebró cuando dijo—: Yo no amo a Azriel.

Me quedé perfectamente quieta. Escuchando.

—No, eso tampoco es cierto. Yo… lo amo. Como mi familia. Y a veces me pregunto si eso podría llegar a… más, pero… no lo amo. No de la misma manera que él me ama a mí. —Estas últimas palabras las pronunció en un tembloroso susurro.

—¿Lo has amado alguna vez? ¿De esa manera?

—No. —Apretó los brazos alrededor del cuerpo—. No. Yo no… —Nunca la había visto tan perdida con las palabras. Cerró los ojos y los dedos se aferraron a su piel—. Verás…, yo no puedo amarlo así.

—¿Por qué?

—Porque prefiero a las hembras.

Por un instante, el silencio se apoderó de mí.

—Pero… tú te acuestas con machos. Te has acostado con Helion… —Y mostraba un aspecto terrible al día siguiente. Torturada y no saciada en absoluto.

No solo por Azriel, sino… porque no era lo que ella quería.

—Encuentro placer en ellos. En ambos. —Sus manos temblaban con tanta fuerza que se aferró aún más a sí misma—. Pero supe, cuando yo era poco más que una niña, que prefiero a las hembras. Que me siento… atraída por ellas más que por los machos. Que conecto con ellas, que me importan más en un nivel más profundo del alma. Pero en la Ciudad Tallada… lo único que les importa es enriquecer sus líneas de sangre, hacer alianzas a través del matrimonio. Alguien como yo… Si me casara con quien mi corazón deseara, no habría descendencia. La línea de sangre de mi padre habría terminado conmigo. Yo lo sabía…, sabía que nunca podría decírselo. Nunca. A la gente como yo… nos maltratan y nos desprecian. Nos consideran egoístas por no poder transmitir la línea de sangre.

Así que nunca dije una palabra sobre esa cuestión. Y entonces… entonces mi padre me comprometió con Eris… Y no era solo la perspectiva del matrimonio con él lo que me asustaba. No, sabía que podría sobrevivir a su brutalidad, a su crueldad y frialdad. Yo era…, soy más fuerte que él. Era… era la idea de ser criada como una yegua premiada, de ser forzada a renunciar a esa parte de mí…

Su boca tembló y le cogí la mano. Se la apreté con suavidad y las lágrimas comenzaron a correrle por la cara enrojecida.

—Me acosté con Cassian porque sabía que significaría poco para él. Porque sabía que hacerlo me valdría una salida a la libertad. Si les hubiera dicho a mis padres que prefería a las hembras… Bueno, tú has conocido a mi padre. Él y Beron me habrían atado a esa cama matrimonial para Eris. Literalmente. Pero mancillada… Sabía que mi salida hacia la libertad estaba allí. Y al ver cómo Azriel me miraba… supe qué era lo que él sentía. Y si lo hubiera elegido a él… —Negó con la cabeza—. No habría sido justo para él. Así que me acosté con Cassian, y Azriel pensó que yo lo consideraba inadecuado, y entonces sucedió todo, y… —Sus dedos se cerraron con fuerza sobre los míos—. Después, Azriel me encontró con esa nota pegada en el vientre… Traté de explicarle. Pero él empezó a confesar lo que sentía, y tuve pánico, y… y para hacer que se detuviera, para evitar que me dijera que me amaba, tan solo me di la vuelta y me fui, y… y ya no podría darle explicaciones después de eso. Ni a Az ni a los demás.

Soltó un suspiro tembloroso.

—Me acuesto con machos en parte porque lo disfruto, pero… también mantengo la distancia con la gente para que no observen demasiado de cerca…

—A Rhys no le importaría… No creo que a nadie en Velaris le importe.

Un movimiento afirmativo de cabeza.

—Velaris es… un refugio para gente como yo. Rita…, la propietaria, es como yo. Muchas de nosotras vamos allí…, sin que nadie nos moleste por ello.

No es de extrañar que prácticamente viviera en la sala de placer.

—Pero esta parte de mí… —Mor se secó las lágrimas con la mano libre—. No me importó tanto cuando mi familia me repudió. Cuando ellos me dijeron que era una puta y un montón de basura. Cuando me hicieron daño. Porque esas cosas… no me pertenecían, no eran verdad, y no formaban parte de mi intimidad. No podían quebrarme porque… porque nunca conocieron ese aspecto más íntimo de mí. Ni siquiera lo habían adivinado. Pero lo escondí…, lo he escondido porque… —Echó la cabeza hacia atrás, mirando al cielo—. Porque

vivo en el terror de que mi familia lo descubra… y me avergüence, me haga daño por esta única cosa que ha permanecido siendo mía por completo. Esta parte de mí. No se lo voy a permitir… No dejaré que destruyan eso. O que lo intenten. Así que rara vez… Durante la guerra, finalmente, tomé mi primera… amante femenina.

Permaneció callada durante un largo rato, parpadeando para apartar las lágrimas.

—Fueron Nephelle y su amante…, ahora su esposa, quienes hicieron que me atreviera a intentarlo. Me hicieron sentir muy celosa. No de ellas, sino tan solo… de lo que tenían. De su libertad. Porque vivían en un lugar con un pueblo al que no le importaba eso. Pero con la guerra, con los viajes por el mundo…, nadie de los míos había estado conmigo durante meses. Por una vez me sentía segura. Y una de las reinas humanas…

Las amigas que ella había mencionado tan apasionadamente, a las que había conocido de manera tan íntima.

—Su nombre era Andrómaca. Y era… tan hermosa. Y amable. Y yo la amaba… tanto.

Humana. Andrómaca era humana. Me ardían los ojos.

—Pero era humana. Y una reina… necesitaba dar continuidad al linaje real, sobre todo durante tiempos tan tumultuosos. Así que me fui…, regresé a mi hogar después de la última batalla. Y cuando me di cuenta de que era un error, que no me importaba si solo me quedaban sesenta años más con ella…, el muro se levantó ese día.

Un pequeño sollozo salió de su interior.

—Y no pude… No se me permitió cruzarlo ni pude hacerlo. Lo intenté. Durante tres años lo intenté una y otra vez. Y en el momento en que logré encontrar un agujero para cruzarlo…, ella se había casado. Con un hombre. Y tenía una hija, un bebé…, y otro en camino. No puse ni un pie en su castillo. Ni siquiera intenté verla. Me di la vuelta y regresé a casa.

—Lo siento mucho. —La voz se me quebró.

—Ella tuvo cinco hijos. Y murió anciana, segura en su cama.

Y yo volví a ver su espíritu… en aquella reina dorada. Su descendiente.

Mor cerró los ojos, su aliento entrecortado salía por sus labios temblorosos.

—Durante un tiempo la lloré. Tanto mientras vivía como después de muerta. A lo largo de unas cuantas décadas no hubo amantes… de ningún tipo. Pero entonces…, un día, desperté, y quise…, no sé lo que quise. Lo opuesto a ella.

Los encontré…, hembra, varón… Algunos amantes durante estos siglos pasados, las hembras siempre en secreto…, y creo que por eso se cansaban, por eso eran ellas las que siempre terminaban la relación. Yo nunca podía ser… abierta en cuanto a esas relaciones. Jamás debía ser vista con ellas. Y en cuanto a los machos…, nunca fue tan profundo. El lazo, quiero decir. Aunque todavía me apeteciera…, ya sabes, de vez en cuando. —Una ráfaga de risa de la que me hice eco—. Pero… no fue lo mismo que con Andrómaca. No se siente lo mismo… aquí —susurró, poniendo una mano sobre su corazón—. Y los amantes varones que tomé…, bueno, eso se convirtió en una manera de mantener a Azriel preguntándose por qué… por qué yo no le prestaba atención a él. Tú sabes… lo maravilloso que es. Lo especial que es. Pero si me acostaba con él, aunque solo fuera una vez, solo para probarlo, para asegurarme… Creo que después de todo este tiempo, él creería que se trataba de una culminación, un final feliz. Y… pienso que podría destrozarlo si después le revelaba lo que te acabo de contar… No estoy segura de poder entregarle mi corazón entero de esa manera. Y… y lo quiero lo suficiente para desear que encuentre a alguien que pueda amarlo de verdad, como se merece. Y yo me amo…, me amo lo suficiente para no querer conformarme hasta que encuentre a esa persona, también. —Un encogimiento de hombros—. Si pudiera incluso hallar el coraje para decírselo primero al mundo… Mi don es la verdad…, y sin embargo he estado viviendo una mentira durante toda mi existencia.

Le apreté la mano una vez más.

—Se lo dirás cuando estés lista. Y yo estaré a tu lado sin importar lo que pase. Hasta entonces…, tu secreto está a salvo. No se lo diré a nadie. Ni siquiera a Rhys.

—Gracias —susurró.

Negué con la cabeza.

—No…, gracias a ti por decírmelo. Me siento honrada.

—Quería decírtelo. Me di cuenta de que quería decírtelo en el momento en que tú y Azriel os transportasteis al campamento de Hybern. Y la idea de no poder decírtelo… —Sus dedos se cerraron de nuevo alrededor de los míos—. Le prometí a la Madre que, si volvías a salvo, te lo diría.

—Parece que estuvo feliz de aceptar el trato —dije con una sonrisa.

Mor se limpió la cara y sonrió. Sonrisa que se desvaneció casi al instante.

—Debes de pensar que soy terrible por arrastrar a Azriel… y a Cassian.

Lo pensé.

—No. No. No es así. —Tantas cosas…, había tantas cosas que ahora tenían sentido. La manera en que Mor se había apartado del calor en los ojos de Azriel. Cómo había evitado esa clase de intimidad romántica, pero siempre dispuesta a defenderlo si sentía que el bienestar físico o emocional de él estaba en juego.

Azriel la amaba, de eso no tenía ninguna duda. Pero Mor… Había estado ciega para no haberme dado cuenta. Para no comprender que tenía que haber una muy buena razón por la que después de más de quinientos años Mor no había aceptado lo que Azriel tan claramente le ofrecía.

—¿Crees que Azriel sospecha algo? —pregunté.

Mor apartó su mano de la mía y caminó unos pasos.

—Tal vez. No lo sé. Es demasiado observador para no haberse dado cuenta, pero… creo que queda confundido cada vez que llevo a un macho a mi casa.

—Así que la cosa con Helion… ¿Por qué?

—Él quería una distracción de sus propios problemas, y yo… —Suspiró—. Cada vez que Azriel deja sus sentimientos en claro, como hizo con Eris… Es estúpido, lo sé. Es muy estúpido y cruel que le haga esto, pero… me acosté con Helion solo para recordarle a Azriel… ¡Dioses!, eso suena todavía peor al decirlo.

—Para recordarle que no estás interesada.

—Debería decírselo. Necesito decírselo. Madre sagrada, después de anoche, yo debería. Pero… —Hizo girar la melena de cabello dorado sobre un hombro —. Esto ha venido ocurriendo desde hace tanto tiempo…, tanto tiempo… Me siento incapaz de afrontar algo así…, decirle que se ha pasado quinientos años luchando por alguien y por algo que jamás va a existir. Las posibles consecuencias que eso traería… Me gustan las cosas tal como están. Aun cuando no pueda… ser yo misma… Las cosas están bastante bien así.

—No creo que debas conformarte con eso de «bastante bien» —dije en voz baja—. Pero lo entiendo. Y te lo repito: cuando decidas que es el momento adecuado, ya sea mañana o dentro de otros cinco siglos, estaré contigo.

Parpadeó otra vez para apartar las lágrimas. Me volví hacia el campamento y una ligera sonrisa floreció en mi boca.

—¿Qué? —preguntó, poniéndose a mi lado.

—Estaba pensando —dije con una sonrisa cada vez mayor— que cuando estés lista…, lo que me voy a divertir jugando a la casamentera para ti.

La sonrisa de Mor fue más brillante que la Corte Día al completo.

Amren se había recluido en una tienda de campaña y no dejaba entrar a nadie. Ni a mí, ni a Varian, ni a Rhysand.

Por cierto, lo intenté, resoplando mientras empujaba contra sus guardas protectoras, pero ni siquiera la magia de Helion podía romperlas. Y por más que le exigí, le imploré y le supliqué, ella no respondió. Lo que el suriel me había dicho que le sugiriera acerca del Libro… lo consideraba más vital, según parecía, que incluso la razón por la que yo había ido a hablar con ella: que se uniera a mí para buscar a Bryaxis. Seguramente yo podría hacerlo sola, ya que ella había inhabilitado las guardas para contener a Bryaxis, pero la presencia de Amren sería… bienvenida. Al menos por mi parte.

Tal vez eso me convertía en una cobarde, pero enfrentarme a Bryaxis por mi cuenta, ligarlo a un cuerpo ligeramente más tangible y convocarlo para aplastar al ejército de Hybern… Amren sería más eficiente hablando, dando la orden.

Pero dado que no iba a empezar a dar a conocer mis planes a gritos en medio de ese campamento…, solté un fuerte insulto dirigido a Amren y volví a mi tienda de campaña.

Solo para descubrir que mis planes deberían esperar de todos modos. Porque aunque yo llevara a Bryaxis hasta el ejército de Hybern…, este ya no estaba donde se suponía que iba a estar.

De pie junto a la enorme mesa de trabajo de la tienda de guerra, con los lores y sus comandantes a cada lado, me crucé de brazos cuando Helion deslizó un número inquietante de figuras sobre la mitad inferior del mapa de Prythian.

—Mis exploradores dicen que Hybern se ha puesto en movimiento esta misma tarde.

Azriel, encaramado en un taburete, con las alas y la espalda apretadamente vendadas, el rostro todavía grisáceo por la pérdida de sangre, asintió una vez con la cabeza.

—Mis espías dicen lo mismo. —Su voz seguía ronca.

Los deslumbrantes ojos ámbar de Helion se entrecerraron.

—Pero ha cambiado de dirección. Había planeado mover ese ejército hacia el norte… para hacernos retroceder de esa manera. Y ahora marcha hacia el este.

Rhys apoyó las manos sobre la mesa, su cabello negro cayó hacia delante al estudiar el mapa.

—Así que ahora se dirige directamente al otro lado de la isla… ¿Con qué objetivo? Le habría resultado más práctico dar la vuelta navegando. Y dudo que haya cambiado de opinión acerca de enfrentarnos en batalla. Incluso con Tamlin, que ahora se le ha revelado como un enemigo. —Todos se quedaron silenciosamente sorprendidos, algunos aliviados, al oír esto. Aunque no habíamos recibido ni un susurro acerca de si Tamlin estaría ahora marchando con su pequeña fuerza hacia nosotros. Y tampoco había noticias de Beron.

Tarquin frunció el ceño.

—Perder a Tamlin no le costará muchas tropas, pero Hybern podría ir al encuentro de otro aliado en la costa oriental… A reunirse con el ejército de esas reinas humanas del continente.

Azriel negó con la cabeza y se estremeció al hacerlo por la tensión de las heridas de su espalda.

—Él envió a las reinas de vuelta a sus reinos…, y todavía están allí, sin siquiera haber llamado a sus ejércitos. Hybern no va a comandar esas huestes hasta que llegue al continente.

Una vez que terminara de aniquilarnos. Y si fallábamos al día siguiente…, ¿habría alguien para hacer frente a Hybern en el continente? Especialmente una vez que esas reinas reunieran sus ejércitos humanos bajo su estandarte…

—Tal vez nos está llevando a otra persecución —reflexionó Kallias con la frente fruncida. Viviane, a su lado, miraba el mapa.

—No es el estilo de Hybern —intervino Mor—. Él no establece patrones… Sabe que estamos reaccionando a su primer método de debilitarnos haciendo que nos extendamos. Ahora lo intentará de otra manera.

Mientras ella hablaba, Keir…, de pie con dos silenciosos capitanes de los Portadores de Oscuridad…, la estudiaba atentamente. Me preparé para cualquier tipo de desprecio, pero simplemente volvió a examinar el mapa. Estas reuniones habían sido el único lugar donde ella se molestó en reconocer el papel de su padre en esta guerra…, e incluso entonces, apenas lo miraba.

Pero eso era mejor que la hostilidad absoluta, aunque yo no tenía dudas de que Mor era lo bastante prudente para no ponerse a Keir en contra cuando todavía necesitábamos a sus Portadores de Oscuridad. En especial después de que su legión hubiera sufrido tantas pérdidas en esa segunda batalla. Si Keir estaba furioso por este hecho, no lo había demostrado, ni tampoco ninguno de sus soldados, que no hablaban con nadie fuera de sus propias filas más allá de lo necesario. El silencio, supongo, era preferible. Y el sentido de la autoprotección

de Keir sin duda lo hacía cerrar la boca en estas reuniones… y acatar las órdenes que le fueran dadas.

—Hybern está retrasando el conflicto —murmuró Helion—. ¿Por qué?

Miré a Nesta, sentada con Elain junto a los braseros de luces inmortales.

—Todavía no tiene la pieza que falta. La del poder del Caldero.

Rhys inclinó la cabeza, estudiando el mapa, luego miró a mis hermanas.

—Cassian. —Señaló el enorme río que serpenteaba por el interior de la Corte Primavera—. Si fuéramos al sur desde donde estamos ahora…, para ir directamente hacia las tierras humanas…, ¿cruzarías ese río o irías hacia el oeste para evitarlo?

Cassian levantó una ceja. Ya había desaparecido el rostro pálido y el dolor del día anterior. Una pequeña bendición.

En el lado opuesto de la mesa, lord Devlon pareció inclinado a abrir la boca para dar su opinión. A diferencia de Keir, el comandante ilyrio no tenía escrúpulos en hacernos conocer su desdén por nosotros. Especialmente en relación con el mando de Cassian.

Pero antes de que Devlon pudiera intervenir, Cassian dijo:

—Un cruce de río como ese requeriría mucho tiempo y sería peligroso. La corriente es demasiado ancha. Incluso para la transportación tendríamos que construir barcos o puentes para cruzarlo. Y un ejército de este tamaño… Tendríamos que ir al oeste, luego doblar hacia el sur…

Entonces enmudeció, el rostro se le quedó pálido. Y miré el lugar por donde el ejército de Hybern marchaba hacia el este, por debajo de ese caudaloso río.

Desde donde estábamos en ese momento.

—Él quería que nos agotáramos transportando ejércitos de un lado a otro —dijo Helion, recogiendo el hilo del pensamiento de Cassian. Peleando esas batallas. Así que cuando fuera importante, no tendríamos la fuerza para cruzar transportándonos por encima del río. Deberíamos ir a pie y tomar el camino largo para evitar tener que hacerlo.

Tarquin soltó una maldición.

—Y de este modo él puede marchar hacia el sur, sabiendo que estamos una distancia de varios días por detrás. Y así entrar en las tierras humanas sin resistencia.

—Podría haberlo hecho desde el principio —replicó Kallias. Las rodillas comenzaron a temblarme—. ¿Por qué ahora?

Fue Nesta quien habló desde su asiento al otro lado de la habitación, junto al

brasero de luz inmortal.

—Porque lo insultamos. Mis hermanas y yo.

Todos los ojos se volvieron hacia nosotras.

Elain se llevó una mano a la garganta.

—¿Va a marchar sobre las tierras humanas…, masacrándolos, por desprecio a nosotras?

—Maté a su sacerdotisa —murmuré—. Tú tomaste algo de su Caldero —le dije a Nesta—. Y tú… —Me volví hacia Elain—. Rescatarte para traerte de regreso fue el último insulto.

—Solo un loco utilizaría el poder de su ejército solo para vengarse de tres mujeres —dijo Kallias.

Helion resopló.

—Olvidas que algunos de nosotros peleamos en la guerra. Nosotros sabemos de primera mano lo desquiciado que puede ser. Y que algo como esto sería exactamente su estilo.

Con Rhys nos miramos a los ojos.

¿Qué hacemos?

El pulgar de Rhys rozó el dorso de mi mano.

—Él sabe que iremos.

—Yo diría que está suponiendo muchas cosas acerca de cuánto nos importan los humanos —opinó Helion. Keir parecía estar de acuerdo, pero sabiamente permaneció en silencio.

Rhys se encogió de hombros.

—Habrá visto la prioridad que le damos a la seguridad de Elain como prueba de que las hermanas Archeron tienen influencia aquí. Él piensa que ellas nos convencerán para que vayamos allá, con toda probabilidad a un campo de batalla con pocas ventajas, y que seremos aniquilados.

—¿Así que no vamos a hacerlo? —Tarquin frunció el ceño.

—Por supuesto que vamos a hacerlo —dijo Rhys, enderezándose cuan alto era, y levantó la barbilla—. Seremos superados en número y estaremos agotados. Y no terminará bien. Pero esto no tiene nada que ver con mi compañera o sus hermanas. El muro ha caído. Ya no existe. Es un mundo nuevo, y debemos decidir cómo vamos a poner fin a este mundo viejo y empezar con el nuevo. Debemos decidir si vamos a comenzar por permitir que aquellos que no pueden defenderse a sí mismos sean sacrificados. Si esa es la clase de pueblo que somos.

No las cortes individuales, sino nosotros, como pueblo fae. ¿Dejaremos que los humanos vayan por su cuenta?

—Entonces todos moriremos juntos —señaló Helion.

—Bien —dijo Cassian, mirando a Nesta—. Si termino mi vida defendiendo a aquellos que más lo necesitan, lo consideraré una muerte bien empleada.

Lord Devlon, por una vez, asintió con la cabeza. Me pregunté si Cassian lo notó…, si le importaba. Su rostro no reveló nada, ya que su atención se mantuvo fija en mi hermana.

—Yo también —convino Tarquin.

Kallias miró a Viviane, que le sonreía con tristeza. Pude ver el pesar por el tiempo que habían perdido. Pero Kallias propuso:

—Tenemos que salir mañana mismo si queremos tener la oportunidad de impedir la matanza.

—Antes que eso —dijo Helion, lanzando una deslumbrante sonrisa—. Dentro de unas pocas horas. —Apuntó a Rhys con la barbilla—. ¿Te das cuenta de que los humanos serán masacrados antes de que podamos llegar allí?

—No si podemos actuar con más rapidez —indiqué, moviendo el hombro. Todavía dolorido, pero curándose a gran velocidad.

Todos levantaron las cejas.

—Esta noche —dije—. Nos transportaremos…, aquellos que podemos hacerlo. Iremos a los hogares humanos…, a los pueblos humanos. Y sacaremos al mayor número de ellos que podamos antes del amanecer.

—¿Y dónde los pondremos a salvo? —preguntó Helion.

—Velaris.

—Demasiado lejos —murmuró Rhys, observando el mapa ante nosotros—. Para hacer todas esas transportaciones.

Tarquin puso un dedo en el mapa…, en su territorio.

—Entonces llevémoslos a Adriata. Enviaré a Cresseida de vuelta… para que ella lo supervise.

—Necesitaremos toda la fuerza que tenemos para luchar contra Hybern —señaló Kallias con sumo cuidado—. No para desperdiciarla transportando a humanos…

—No es un desperdicio —repliqué—. Una vida puede cambiar el mundo. ¿Dónde estaríais todos vosotros si alguien hubiera pensado que salvar mi vida era una pérdida de tiempo? —Señalé a Rhys—. ¿Si él hubiera pensado que

salvar mi vida en Bajo la Montaña era una pérdida de tiempo? Aunque se trate de solo veinte familias, o diez…, no es un desperdicio. Ni para mí ni para ti.

Viviane le dirigió a su compañero una mirada punzante y llena de reproches, y Kallias tuvo el buen sentido de musitar una disculpa.

Entonces Amren habló desde detrás de nosotros mientras entraba por la puerta de la tienda de campaña.

—Espero que todos hayáis votado a favor de enfrentarnos a Hybern en la batalla.

Rhys arqueó una ceja.

—Eso hemos hecho. ¿Por qué?

Amren puso el Libro sobre la mesa con un golpe.

—Porque lo vamos a necesitar como una distracción. —Me sonrió severamente—. Tenemos que llegar al Caldero, muchacha.

Y yo supe que no se refería a los altos lores.

Sino más bien a nosotras cuatro…, las que habíamos sido transformadas…: Amren, mis hermanas y yo.

—¿Has encontrado otra forma de detenerlo? —preguntó Tarquin.

La afilada barbilla de Amren se movió en un gesto de asentimiento.

—Aún mejor. He encontrado una manera de detener a todo su ejército.

Capítulo 67

Íbamos a necesitar acceso al Caldero…, poder tocarlo. Juntas.

Sola, casi me había matado. Pero repartido entre las que fuimos transformadas…, podríamos soportar su poder letal.

Si lo sometíamos a nuestro control, podríamos aprovechar su poder para detener al rey y a su ejército. Y borrarlos de la faz de la tierra.

Amren había encontrado el hechizo para hacerlo. Justo donde el suriel había indicado que estaría codificado en el Libro. En lugar de anular los poderes del Caldero…, íbamos a bloquear a la persona que los controlaba. Y, además, a todas sus fuerzas.

Pero primero teníamos que llegar al Caldero. Y con los dos ejércitos listos para luchar…

Solo nos moveríamos cuando la carnicería estuviera en su apogeo. Cuando el rey de Hybern estuviera distraído en medio del caos. A menos que planeara manejar ese Caldero en el campo de la muerte.

Lo cual entraba dentro de lo posible.

No era probable que pudiéramos infiltrarnos de nuevo en el campamento de ese ejército…, sobre todo después de haber rescatado a Elain de entre sus manos. Así que tendríamos que esperar hasta que entráramos en la trampa que nos había tendido. Esperar hasta que tomáramos posiciones nada favorables en ese campo de batalla que él había elegido, agotados por las batallas anteriores y el esfuerzo para llegar a ese lugar. Extenuados después de haber transportado a esas familias humanas apartándolas de su camino.

Esa noche, todos los que podíamos transportarnos, lo hicimos.

Yo fui a mi antiguo pueblo con Rhysand.

Fui a las casas donde alguna vez había dejado oro siendo aún una mortal.

Al principio no me reconocieron.

Luego se dieron cuenta de lo que yo era.

Rhys entró en sus mentes suavemente, calmándolas, mientras yo se lo explicaba todo. Qué me había sucedido, lo que estaba por venir. Lo que teníamos que hacer.

No tuvieron tiempo para recoger más que unas pocas cosas. Y temblaban cuando los llevábamos al otro lado del mundo, a la calidez de un exuberante bosque en las afueras de Adriata. Cresseida ya los esperaba con comida y un pequeño ejército de sirvientes para ayudar y organizar.

Otras familias no nos creyeron. Pensaron que se trataba de algún truco de los inmortales. Rhys intentó controlar sus mentes, pero su pánico era demasiado profundo, su odio demasiado tangible.

Querían quedarse.

Rhys no les dio opción alguna después de eso. Los transportó a todos, que gritaban sus protestas al viento. Todavía estaban chillando cuando los dejamos en ese bosque, con más humanos a su alrededor, con nuestros compañeros que terminaban sus transportaciones de nuevos grupos para que Cresseida se ocupara de ellos y los calmara.

Así que continuamos. De casa en casa. De familia en familia. Cualquiera que se encontrara en el camino de Hybern.

Toda la noche. Todo alto lord de nuestro ejército y cualquier comandante o noble con el don y la fuerza necesarios.

Hasta que nos quedamos sin aliento. Hasta que hubo una pequeña ciudad de humanos amontonados en aquel bosque en plena madurez del verano. Hasta que incluso la fuerza de Rhys flaqueó y apenas pudo transportarse de regreso a nuestra tienda de campaña.

Se quedó dormido antes de que su cabeza tocara la almohada, las alas extendidas por toda la cama.

Demasiada tensión, demasiada dependencia de su poder.

Lo vi dormir, contando sus respiraciones.

Todos lo sabíamos… Sabíamos que no nos íbamos a alejar de ese campo de batalla.

Tal vez inspiraría a otros a luchar, pero… Mi compañero, mi familia…, todos iban a luchar para ganar tiempo con sus vidas mientras Amren, mis hermanas y

yo intentábamos detener a ese Caldero. Algunos caerían antes de que pudiéramos llegar a él.

Y estaban dispuestos a hacerlo. Si tenían miedo, ninguno de ellos lo demostraba.

Le aparté a Rhys el pelo húmedo de la frente.

Sabía que él lo daría todo antes de que cualquiera de nosotros pudiera hacerlo. Sabía que lo intentaría.

Esa necesidad de sacrificarse, de proteger, era tan parte de él como sus miembros. Pero yo no dejaría que lo hiciera, no sin intentarlo yo también.

Amren no había mencionado a Bryaxis en nuestras conversaciones anteriores. Parecía haberlo olvidado. Pero todavía teníamos una batalla por ganar al día siguiente. Y si Bryaxis podía hacer que mis amigos, que Rhys, tuvieran un poco más de tiempo mientras yo perseguía a ese Caldero… Si eso les garantizaba una mínima posibilidad de supervivencia…, entonces el Tallador de Huesos también podría hacerlo.

No me importaba el coste. Ni el riesgo. No mientras miraba cómo dormía mi compañero, con el agotamiento plasmado en la cara.

Había dado suficiente. Y eso me rompía, me volvía loca, me destrozaba… Todo lo que Amren necesitaba era mi presencia, mi cuerpo, el día siguiente con el Caldero. Si tenía que dar algo más, pagar mi propio precio para darles una posibilidad más de supervivencia…, con mucho gusto lo pagaría. Me enfrentaría a ello.

De modo que reuní los restos de mi poder y me transporté lejos…, me transporté al norte. A la Corte de las Pesadillas.

Había una escalera de caracol en lo más profundo de la montaña. Conducía a un solo lugar: una cámara cerca del pico más alto. Eso lo había aprendido con mi investigación.

Me detuve en la base de esa escalera, mirando hacia arriba, a la impenetrable oscuridad, con mi aliento convertido en vapor delante de mí.

Mil escalones. Ese era el número de escalones que se interponían entre el Ouroboros y yo. El Espejo de los Comienzos y los Finales.

«Solo tú puedes decidir lo que te quiebra, Rompemaldiciones. Solo tú».

Encendí una bola de luz inmortal sobre la cabeza y comencé el ascenso.

Capítulo 68

No esperaba la nieve.

Ni la luz de la luna. La cámara debía de estar debajo del palacio de piedra de luna… Pozos en la roca áspera se abrían al exterior, dando paso a los húmedos copos y a luz del astro nocturno.

Apreté los dientes contra el duro frío, con el viento aullando a través de las grietas como lobos moviéndose por la ladera de la montaña.

La nieve brillaba sobre las paredes y el suelo, resbalando por mis botas con las ráfagas de viento. La luz de la luna se apoderó del lugar, lo suficientemente intensa para que hiciera desaparecer la bola de luz inmortal, bañando toda la cámara con tonos de azul y plata.

Y allí, contra la pared más alejada de la cámara, con la nieve endurecida en su superficie, en su marco de bronce:

El Ouroboros.

Era un disco redondo y grande, tan alto como yo. Más alto. Y el marco de metal alrededor de él había sido fundido con forma de una gigantesca serpiente, que sostenía el espejo dentro de sus espirales mientras devoraba su propia cola.

Fin y comienzo.

Desde el otro lado de la habitación, con la nieve…, no podía ver. No podía ver lo que había dentro.

Me obligué a dar un paso adelante. Otro.

El espejo era negro como la noche… y a la vez claro.

Me vi acercándome. Vi mi brazo levantado para protegerme del viento y la nieve. Vi el aspecto demacrado de mi cara. El agotamiento.

Me detuve a poco menos de un metro de distancia. No me atreví a tocarlo.

Solo me mostraba a mí misma.

Nada.

Observé el espejo para detectar algún signo de… algo que yo pudiera tocar con mi magia. Pero solo vi la cabeza devoradora de la serpiente, su boca muy abierta, con la escarcha que brillaba en sus colmillos.

Me estremecí por el frío y me froté los brazos. Mi reflejo hizo lo mismo.

—¿Hola? —susurré.

No pasó nada.

Tenía las manos tan heladas que parecían arder.

De cerca, la superficie del Ouroboros era como un mar gris y tranquilo. Impasible. Dormido.

Pero en su esquina superior…, movimiento.

No…, no un movimiento en el espejo.

Detrás de mí.

No estaba sola.

Una enorme bestia con garras, escamas, y amenazadores dientes se arrastraba por la pared besada por la nieve hacia el suelo. Hacia mí.

Mantuve la respiración tranquila. No le permití que oliese un zarcillo de mi miedo…, fuera lo que fuese. Algún guardián de este lugar, alguna criatura salida de entre las grietas…

Sus enormes patas se movían casi sin hacer ruido sobre el suelo, y la piel que las recubría era una mezcla de negro y dorado. No era una bestia diseñada para cazar en estas montañas. Ciertamente no con la cresta de escamas oscuras que le recorría el lomo y los grandes ojos brillantes…

No tuve tiempo de observar bien esos ojos entre azul y gris, ya que la bestia saltó.

Me di la vuelta, la daga ilyria en mi mano helada, me agaché todo que pude y apunté al corazón.

Pero no hubo impacto. Solo nieve, frío, viento.

No había nada delante de mí. Ni detrás de mí.

Ninguna huella de patas en la nieve.

Me volví hacia el espejo.

Donde yo había estado de pie… la bestia estaba en ese momento sentada, con su cola de escamas moviéndose tranquilamente sobre la nieve.

Mirándome.

No…, no me estaba mirando.

Me devolvía la mirada. Era mi reflejo.

El reflejo de lo que se ocultaba debajo de mi piel.

Mi cuchillo chocó contra las piedras y la nieve. Y me quedé mirando lo que veía en el espejo.

El Tallador de Huesos estaba sentado y apoyado contra la pared cuando entré en su celda.

—¿No hay escolta esta vez?

Solo lo miré… A ese muchacho. A mi hijo.

Y por una vez, el Tallador parecía estar muy quieto y callado.

—Lo conseguiste —susurró.

Miré hacia un rincón de su celda. Apareció el Ouroboros, todavía cubierto de nieve y hielo. Listo para ser convocado por mí donde y cuando yo lo deseara.

—Cómo.

Las palabras eran todavía extrañas, cosas extrañas.

Este cuerpo al que yo había vuelto… era extraño, también.

Tenía la lengua seca como el papel…

—Miré —dije.

—¿Qué viste? —El Tallador se puso de pie.

Me hundí un poco más en mi cuerpo. Lo suficiente para esbozar una ligera sonrisa.

—Eso no es de tu incumbencia. —Pues el espejo me había mostrado a mí misma, y tantas otras cosas…

No sabía cuánto tiempo había pasado. El tiempo transcurría de forma diferente dentro del espejo.

Pero incluso unas pocas horas podrían haber sido demasiadas…

Señalé la puerta.

—Ya tienes tu espejo. Ahora cumple con lo tuyo. La batalla espera.

El Tallador de Huesos me miró a mí y miró al espejo. Y sonrió.

—Será un placer.

Pero la forma en que lo dijo… Yo estaba seca, mi alma nueva y temblorosa, y sin embargo le pregunté:

—¿Qué quieres decir?

El Tallador simplemente se acomodó la ropa.

—No necesito demasiado tener eso —dijo, señalando al espejo—. Pero lo conseguiste.

Parpadeé lentamente.

—Quería ver si valía la pena ayudarte —continuó el Tallador.

»Es rara la persona que se enfrenta a lo que realmente es y no huye de eso…, no se quiebra ante lo que ve. Eso es lo que el Ouroboros les muestra a todos los que lo miran: quiénes son, cada despreciable e impío centímetro de ellos. Algunos lo miran y ni siquiera se dan cuenta de que los horrores que están viendo son ellos mismos…, aunque el terror ante esa imagen los vuelve locos. Algunos que se pavonean resultan destrozados por la pequeña y lamentable criatura que encuentran en su lugar. Pero tú… Sí, muy raro, en efecto. No podía arriesgarme a salir de aquí por algo menos que eso.

Rabia…, una rabia furiosa empezó a llenar los agujeros dejados por lo que había visto en ese espejo.

—¿Querías ver si yo valía la pena? Lo que sí valía la pena era ayudar a esa gente inocente.

Un asentimiento de cabeza.

—Así es. Y lo vales. Y ahora te ayudaré.

Me pregunté si debía cerrarle la puerta de la celda en la cara. Pero solo dije en voz baja:

—Bien. —Me acerqué a él. Y no tuve miedo cuando agarré la mano fría del Tallador de Huesos—. Entonces, comencemos.

Capítulo 69

El amanecer llegó y tiñó de dorado las nieblas bajas que serpenteaban por las llanuras del territorio de los mortales.

Hybern había arrasado con todo, desde la Corte Primavera hasta pocos kilómetros antes del mar.

Incluyendo mi aldea.

No quedaban más que cenizas y piedras rotas por los lugares por donde pasábamos.

Y la propiedad de mi padre… Un tercio de la casa seguía en pie, el resto estaba derruido. Ventanas destrozadas, paredes agrietadas hasta los cimientos.

El jardín de Elain había sido pisoteado y era poco más que un charco de barro. Aquel orgulloso roble cerca del límite de la propiedad, bajo cuya sombra a Nesta le gustaba sentarse para observar nuestras tierras…, había sido quemado hasta convertirlo en un esqueleto, una cáscara vacía.

Fue un ataque personal. Lo sabía. Todos lo sabíamos. El rey había ordenado matar a nuestro ganado. Yo había hecho sacar a los perros y los caballos la noche anterior, junto con los sirvientes y sus familias. Pero lo valioso, lo más personal…, todo saqueado o destruido.

Que Hybern no se hubiera quedado para diezmar lo que quedaba en pie de la casa, me dijo Cassian, sugería que no quería que nos acercáramos demasiado a él. Ya había establecido su ventaja…, e iba a elegir el campo de batalla que más le convenía. No teníamos ninguna duda de que el hecho de encontrar las aldeas vacías en su camino exacerbó la ira del rey. Y había muchas ciudades y pueblos a los que no llegamos a tiempo, por más que nos apresuramos.

Una hazaña más fácil en teoría que en la práctica, con un ejército de nuestro tamaño y compuesto por soldados entrenados de tan diferentes maneras y con tantos líderes dando órdenes sobre qué hacer.

Los ilyrios eran irascibles…, siempre resistiéndose a la autoridad, incluso bajo el comando estricto de lord Devlon. Molestos por tener que esperar a los otros, sin poder simplemente avanzar e interceptar a los de Hybern para detenerlos antes de que pudieran elegir el campo de batalla.

Vi a Cassian reprender a dos capitanes diferentes en el lapso de tres horas…, lo vi reasignar a los soldados que protestaban a empujar carros y carretas de suministros y quitarles a algunos el honor de estar en las líneas del frente. Tan pronto como los demás se dieron cuenta de que hablaba en serio y sus amenazas no eran vanas…, las quejas cesaron.

Keir y sus Portadores de Oscuridad también pudieron ver a Cassian en acción, y fueron lo bastante prudentes para borrar cualquier descontento de sus lenguas, de sus caras. Para seguir marchando con sus armaduras oscuras cada vez más cubiertas de barro con cada kilómetro que avanzaban.

Durante el breve descanso del mediodía en un gran prado, Nesta y yo subimos a una de las carretas cubiertas de la caravana para ponernos las ropas ilyrias de cuero para el combate. Cuando salimos, Nesta se ajustó un cuchillo en un costado. Cassian había insistido en ello, pero admitió que, como no estaba entrenada, era tan probable que se lastimara a sí misma como que fuera a lastimar a alguien más.

Elain… nos miró desde las hierbas que se movían por el viento fuera de la carreta. Al ver las piernas y las armas a la vista, enrojeció. Viviane intervino para ofrecerle la ropa de la Corte Invierno, que era mucho menos escandalosa: pantalones de cuero acompañados por una chaqueta azul hasta el muslo, con piel blanca alrededor del cuello. Con el calor, sería muy incómodo, pero Elain estaba tan agradecida que no se quejó cuando volvimos a salir de la carreta y encontramos a nuestros camaradas esperándonos. Sin embargo, ella rechazó el cuchillo que Cassian le ofreció.

Se puso blanca como la muerte al verlo.

Azriel, todavía cojeando, apartó a Cassian y le ofreció otra opción:

—Este es *El que Dice la Verdad* —le explicó con delicadeza—. No lo voy a usar hoy, así que quiero que lo tengas tú.

Sus alas se habían curado…, aunque eran visibles en ellas las largas y delgadas cicatrices. Todavía no estaban lo bastante fuertes para volar ese día, le

había advertido Madja.

La discusión con Rhys esa mañana había sido rápida y brutal. Azriel insistió en que sí podía volar…, pelear con las legiones, como habían planeado. Rhys se negó. Cassian se negó. Azriel amenazó con hundirse en la sombra y pelear de todos modos. Rhys le replicó que si lo intentaba, lo encadenaría a un árbol.

Y Azriel… Solamente cuando Mor entró en la tienda y le rogó…, le rogó con lágrimas en los ojos…, él cedió por fin. Acordaron que sería ojos y oídos y nada más.

Y entonces, de pie entre las hierbas que silbaban en la pradera, con su armadura ilyria, los siete Sifones brillantes…

Los ojos de Elain se abrieron como platos al ver la hoja con empuñadura de obsidiana en la mano llena de cicatrices de Azriel. Las runas grabadas en la vaina oscura.

—Nunca me ha fallado… Ni una sola vez —explicó el cantor de sombras, con el sol del mediodía devorado por la hoja oscura—. Algunas personas dicen que es mágica y siempre golpeará donde debe. —Le tomó con delicadeza la mano y le puso la empuñadura de la legendaria espada en ella—. Te servirá bien.

—Yo… yo no sé cómo usarla…

—Me aseguraré de que no tengas que hacerlo —señalé yo, y la hierba crujió cuando me acerqué un poco más.

Elain sopesó mis palabras… Y lentamente cerró los dedos alrededor de aquella empuñadura.

Cassian miró a Azriel con la boca abierta y yo me pregunté cuántas veces Azriel habría prestado esa espada.

Nunca —dijo Rhys desde donde terminó de acomodar sus armas sobre el cuerpo al costado de la carreta—. *Nunca he visto a Azriel dejar que otra persona toque esa hoja*.

Elain miró a Azriel, sus ojos se encontraron, la mano todavía en la empuñadura de la espada.

Vi la pintura en mi mente: el encantador cervatillo, la primavera en flor, vibrante detrás de ella. De pie ante la Muerte, las sombras y los terrores acechando sobre su hombro. Luz y oscuridad. El espacio entre sus cuerpos era una mezcla de ambas cosas. El único puente de conexión… esa hoja.

Pinta eso cuando lleguemos a casa.

Entrometido.

Miré por encima del hombro hacia Rhys, que se acercó a nuestro pequeño

grupo. Su rostro estaba más demacrado que de costumbre, con líneas de tensión enmarcándole la boca. Y me di cuenta de que no iba a pasar esa última noche con él. La última noche… la habíamos pasado transportando…

No pienses así. No entres en esta batalla pensando que no vas a salir de ella.

Su mirada era aguda. Inflexible.

La respiración se me hizo difícil.

Este descanso es la última vez que todos estaremos aquí…, charlando.

Pues esta última etapa de la marcha que estábamos a punto de comenzar… nos iba a llevar directamente al campo de batalla.

Rhys alzó una ceja.

¿Te gustaría entrar en esa carreta unos cuantos minutos, entonces? Es un poco incómodo entre las armas y los suministros, pero yo puedo hacer que funcione.

El humor…, tanto para mí como para él. Le cogí la mano y me di cuenta de que los demás estaban hablando tranquilamente. Mor había aparecido con su oscura armadura completa. Amren… Amren llevaba ropa ilyria también de cuero. De talla muy pequeña…; imaginé que habría sido hecha para un niño.

No se lo digas, pero así fue.

Mis labios casi esbozaron una sonrisa. Pero Rhys nos miró a todos, de alguna manera reunidos ahí, en la hierba soleadas. Nuestra familia…, nuestra corte. La Corte de Sueños.

Todos se callaron.

Rhys los miró a cada uno a los ojos, incluso a mis hermanas, su mano acariciándome la espalda.

—¿Queréis la charla inspiradora o la desoladora? —preguntó.

—Queremos la verdadera —dijo Amren.

Rhys echó los hombros hacia atrás y recogió con elegancia las alas tras él.

—Creo que todo sucede por una razón. Si es decidido por la Madre, o por el Caldero, o algún tipo de trama del destino, no lo sé. Y en realidad no me importa. Pero estoy agradecido por ello, sea lo que sea. Agradecido por traeros a todos vosotros a mi vida. Si no hubiera sido así…, yo podría haberme convertido en alguien tan terrible como ese imbécil al que vamos a enfrentarnos hoy. Si no hubiera conocido a un guerrero ilyrio en formación —le dijo a Cassian—, no habría conocido las verdaderas profundidades de la fuerza, de la resiliencia, del honor y de la lealtad. —Los ojos de Cassian brillaron con intensidad. Después se dirigió a Azriel—: Si no hubiera conocido a un cantor de sombras, no habría

sabido que la familia que de verdad importa es aquella que uno forma, no aquella en la que uno nace. No habría sabido qué es de verdad la esperanza, sobre todo cuando el mundo te dice que desesperes.

Azriel inclinó la cabeza a manera de agradecimiento.

Mor ya estaba llorando cuando Rhys le habló.

—Si no hubiera conocido a mi prima, nunca habría aprendido que la luz se puede encontrar hasta en el más oscuro de los infiernos. Y tampoco que la bondad puede prosperar incluso en medio de la crueldad.

—Ella se secó las lágrimas mientras asentía con la cabeza.

Esperé que Amren soltara alguna réplica mordaz, pero permaneció en silencio, esperando.

Rhys inclinó la cabeza hacia ella.

—Si no hubiera conocido a un pequeño monstruo que acumula joyas con más ferocidad que un dragón… —Sonó una risa tranquila de todos nosotros al oír eso. Rhys sonrió suavemente—… mi propio poder me habría consumido hace mucho tiempo.

Me apretó la mano cuando por fin se dirigió a mí.

—Y si no hubiera conocido a mi compañera… —Le faltaron las palabras y sus ojos se cubrieron de plata.

Habló por el lazo:

Habría esperado quinientos años más por ti. Mil años. Y si este era todo el tiempo que se nos permitía tener…, la espera habría valido la pena.

Secó las lágrimas que se deslizaban por mi cara.

—Yo creo que las cosas sucedieron exactamente como tenían que suceder… para que pudiera encontrarte. —Me besó para apartar otra lágrima.

Y luego se dirigió a mis hermanas:

—No hace mucho que nos conocemos. Pero tengo que creer que fuisteis traídas aquí, a nuestra familia, también por alguna razón. Y tal vez hoy averiguaremos por qué.

Los miró de nuevo a todos ellos y… le tendió la mano a Cassian. Este la tomó y le dio la otra a Mor. Y Mor le dio la otra a Azriel. Y Azriel a Amren. Y Amren a Nesta. Y Nesta a Elain. Y Elain a mí. Hasta que estuvimos todos unidos, todos enlazados.

—Caminaremos hacia ese campo —dijo Rhys—, y solo aceptaremos la muerte cuando venga a llevarnos al otro mundo. Vamos a luchar por la vida, por la supervivencia, por nuestro futuro. Pero si esa trama del destino, o del Caldero,

o de la Madre decide que hoy no abandonemos ese campo… —Levantó la barbilla—. La gran alegría y el gran honor de mi vida ha sido conoceros. Teneros como mi familia. Y estoy agradecido…, más de lo que puedo decir…, por que se me haya dado todo este tiempo con todos vosotros.

—Te lo agradecemos, Rhysand —dijo Amren en voz baja—. Más de lo que imaginas.

Rhys le dirigió una sonrisita mientras los demás murmuraban su acuerdo.

Me apretó la mano de nuevo cuando dijo:

—Pues vamos a hacer también que Hybern no se muestre muy agradecido por habernos conocido.

Pude oler el mar mucho antes de que llegáramos al campo de batalla. Hybern había elegido bien.

Una vasta llanura cubierta de hierba se extendía hasta la costa. A poco más de un kilómetro tierra adentro había emplazado a su ejército.

Este se expandía a lo lejos, una masa oscura que llegaba hasta el horizonte del este. Cadenas rocosas se alzaban a su espalda…, y parte de su ejército también había tomado posiciones en esas alturas. Y hasta la llanura parecía subir colinas arriba hacia el este.

Me quedé junto a Rhysand, en lo alto de un ancho montículo que dominaba la llanura, con mis hermanas, Azriel y Amren cerca, detrás de nosotros. En las lejanas líneas del frente, Helion, resplandeciente con su armadura dorada y una capa roja que flameaba al viento, dio la orden de detenerse. Los ejércitos obedecieron y formaron en las posiciones que había decidido.

Y las huestes a las que nos enfrentábamos estaban allá…, esperando. Listas.

Eran muchos. Supe sin necesidad de contar que nos superaban ampliamente en número.

Cassian aterrizó desde los aires, el rostro inexpresivo, con todos los Sifones ardiendo mientras cruzaba la colina de cima chata en pocos pasos.

—El cabrón ha tomado cada centímetro de altura y ventaja que ha podido encontrar. Si queremos derrotarlos, tendremos que perseguirlos hacia esas colinas. Cosa que, no tengo ninguna duda, él ya ha previsto. Y seguramente nos ha preparado toda clase de sorpresas.

A lo lejos, los perros naga empezaron a gruñir y a aullar. Hambrientos.

Rhys le preguntó:

—¿Cuánto tiempo crees que tenemos?

Cassian apretó la mandíbula y miró a mis hermanas. Nesta tenía los ojos fijos en él; Elain observaba al ejército desde nuestra posición un poco menos elevada, el rostro blanco de miedo.

—Somos cinco altos lores y él es solo uno. Vosotras podríais levantar escudos durante un tiempo. Pero puede que no sea conveniente drenar las fuerzas de cada una de vosotras de esa manera. Él también dispondrá de escudos… y el Caldero. Ha tenido gran cuidado en no dejarnos ver toda la extensión de su poder. Sin embargo, no tengo ninguna duda de que estamos a punto de verlo.

—Es probable que esté usando hechizos —dije, recordando que había sido él quien había entrenado a Amarantha.

—Asegúrate de que Helion esté alerta —sugirió Azriel, cojeando hasta llegar al lado de Rhys—. Y lo mismo Thesan.

—No has contestado mi pregunta —le dijo Rhys a Cassian.

Cassian midió el ejército interminable de Hybern, y a continuación el nuestro.

—Digamos que todo va mal. Escudos destrozados, desorden, él usa el Caldero… Unas pocas horas.

Cerré los ojos. Durante ese tiempo tendría que cruzar el campo de batalla, encontrar el lugar donde se guardaba el Caldero, y detenerlo.

—Mis sombras lo están buscando —me dijo Azriel. Observaba mi rostro cuando abrí los ojos. La mandíbula apretada. Se suponía que él mismo debía estar buscándolo. Extendió y recogió las alas, como si las estuviera probando—. Pero las guardas mágicas son fuertes… Sin duda el rey las reforzó después de que atravesaras las suyas en el campamento. Puede que tengas que ir a pie. Espera hasta que la matanza afloje un poco.

Cassian bajó la cabeza y le habló a Amren.

—Ya sabrás cuándo.

Ella asintió con severidad y cruzó los brazos. Me preguntaba si se habría despedido de Varian.

Cassian palmeó a Rhys en el hombro.

—Cuando lo ordenes, llevaré a volar a los ilyrios. Avanzaremos cuando des la señal.

Rhys asintió con la cabeza, distante, la atención todavía fija en aquel enorme ejército.

Cassian se alejó un paso, pero volvió a mirar a Nesta. Su rostro era duro como el granito. Abrió la boca, pero pareció decidirse por no decir lo que fuera que había pensado. Mi hermana no dijo nada cuando Cassian levantó el vuelo con un fuerte impulso de sus alas. De todos modos, lo siguió hasta que no fue más que un punto oscuro en el cielo.

—Puedo pelear a pie —le dijo Azriel a Rhys.

—No. —Su tono no admitía discusión.

Azriel parecía dispuesto a discutírselo, pero Amren movió la cabeza a modo de advertencia y él se contuvo. Las sombras se refugiaron en sus dedos.

En silencio, observamos a nuestro ejército que se formaba en líneas ordenadas y sólidas. Vimos a los ilyrios elevarse hacia el cielo siguiendo alguna orden silenciosa que Rhys le envió a Cassian, y formaron líneas allá arriba, como si fueran un reflejo de las de tierra. Los Sifones brillaban con intensidad, y los escudos encontraron su lugar, tanto los mágicos como los de metal. El suelo mismo se sacudió con cada paso hacia esa línea de enfrentamiento.

Rhys dijo en mi mente:

Si Hybern pone una marca en mi poder, va a sentir cuando yo atraviese el campo de batalla.

Yo sabía lo que estaba insinuando.

Eres necesaria aquí. Si ambos desaparecemos, él lo va a saber.

Una pausa.

¿Tienes miedo?

¿Y tú?

Sus ojos violeta miraron a los míos. Había muy pocas estrellas brillando en ellos.

—Sí —suspiró.

No por mí. Por todos vosotros.

Tarquin, muy adelante en las filas, ladró una orden, y nuestro ejército unificado se detuvo, como se detiene una bestia poderosa. Verano, Invierno, Día, Amanecer y Noche…, las fuerzas de cada corte claramente identificadas por variaciones en el color y las armaduras. En los inmortales que luchaban junto a los altos fae, etéreos y letales. Una legión de los peregryns de Thesan formaba filas al lado de los ilyrios, su armadura dorada brillaba en contraste con el negro cerrado de la nuestra.

Ninguna señal de Beron o de Eris…, ni un susurro de Otoño diciendo que venía a ayudarnos. Ni de Tamlin.

Pero el ejército de Hybern no avanzaba. Podrían haber sido estatuas. La quietud, yo lo sabía, era más bien para ponernos nerviosos a nosotros.

—La magia primero —le estaba explicando Amren a Nesta—. Ambos lados intentarán derribar los escudos situados alrededor de los ejércitos.

Como para refrendar sus palabras, eso fue lo que hicieron. Mi magia se retorció en respuesta a los altos lores cuando liberaron su poder… Todos menos Rhysand.

Estaba ahorrando su poder para cuando se bajaran los escudos. Yo no tenía dudas de que Hybern estaba haciendo lo mismo al otro lado de la llanura.

Los escudos vacilaban en ambos lados. Algunos murieron. No muchos, pero algunos. Magia contra la magia, la tierra temblaba, la hierba entre los ejércitos se marchitaba y se convertía en ceniza.

—Me había olvidado de lo aburrida que es esta parte —murmuró Amren.

Rhys le lanzó una mirada dura. Pero se dirigió al borde de nuestro pequeño lugar de observación, como si sintiera que ese punto muerto pronto se fuera a romper. Él iba a lanzar un poderoso y devastador golpe al ejército en el momento en que los escudos cedieran. Una verdadera marejada de poder besado por la noche. Cerró los dedos con las manos en los costados.

A mi izquierda, los Sifones de Azriel resplandecían…, se preparaban para lanzar sus rayos, que acompañarían a los de Rhysand. El cantor de sombras no podía luchar, pero iba a administrar su poder desde allí.

Llegué al lado de Rhys. En el campo, ambos ejércitos comenzaban al fin a moverse.

—Nunca te di un regalo de apareamiento —le dije.

Rhys supervisaba la batalla. Su poder retumbaba debajo de nosotros, al salir del corazón del mundo.

Pronto. En cuestión de momentos. Mi corazón tronaba, el sudor perlaba mi frente… no solo por el calor del verano, en ese momento denso sobre todo el campo.

—He estado pensando y pensando —continué— qué podría regalarte.

Lentamente, muy lentamente, los ojos de Rhys se fijaron en los míos. Solo un abismo de poder se abría dentro de ellos… borrando esas estrellas.

Le sonreí, bañándome en ese poder, y le envié una imagen a su mente.

La imagen de mi columna vertebral, en ese momento ilustrada desde la base

hasta la nuca con las cuatro fases de la luna. Y una estrella en medio de ellas.

—Pero debo admitir —le dije mientras sus ojos brillaban— que este regalo de apareamiento es probablemente para ambos.

El escudo de Hybern cayó de forma ruidosa. La magia salió de mí para atravesar el mundo. El hechizo que yo había mantenido retenido durante horas cobró vida.

Delante de nuestra primera línea… apareció una nube de oscuridad, girando y retorciéndose sobre sí misma.

—Madre sagrada —susurró Azriel. Justo cuando una figura masculina apareció junto al humo negro que giraba en un torbellino.

Ambos ejércitos parecieron paralizarse por la sorpresa.

—Conseguiste el Ouroboros —murmuró Rhys.

Allí, delante de Hybern, estaban el Tallador de Huesos y el nido viviente de sombras que era Bryaxis, el primero contenido y liberado en un cuerpo fae por mí la noche anterior. Ambos obligados a obedecer por el simple convenio en ese momento impreso en mi columna vertebral.

—Lo conseguí.

Me observó con detenimiento de la cabeza a los pies a la vez que una ráfaga de viento le revolvía el pelo negro azulado.

—¿Qué fue lo que viste? —me preguntó.

Hybern estaba descolocado, furiosamente evaluando lo que ahora se presentaba delante de ellos. El Tallador había elegido la forma de un soldado ilyrio en la mejor etapa de su vida. Bryaxis se mantuvo dentro de la oscuridad que daba vueltas a su alrededor, el tejido viviente que iba a usar para revelar las pesadillas de sus víctimas.

—A mí misma —dije por fin—. Me vi a mí misma.

Era, tal vez, lo único que no le iba a mostrar nunca a él. A nadie. El modo en que me había acobardado, enfurecido, llorado. Cómo había vomitado y gritado y arañado ese espejo. Lo golpeé con los puños. Y luego me acurruqué, temblando por las cosas horribles, crueles y egoístas que vi dentro de ese monstruo…, dentro de mí. Pero seguí mirando. No aparté la vista de ello.

Y cuando mis temblores cesaron, lo estudié. Estudié todas esas cosas desgraciadas: el orgullo, la hipocresía, la vergüenza, la rabia, la cobardía, el dolor.

Luego empecé a ver otras cosas. Cosas más relevantes…, de más importancia vital.

—Y lo que vi —le dije en voz baja a él cuando el Tallador levantó una mano —, creo… creo que me encantó. Lo perdonaba todo…, me perdonaba. Fue en ese momento cuando lo supe…, cuando entendí lo que el suriel había querido decir. Solo yo podía permitir que el mal me quebrara. Solo yo podía poseerlo, apoderarme de él. Y cuando aprendí eso…, el Ouroboros se me entregó.

Rhys arqueó una ceja, a la vez que un destello de sorpresa le atravesaba el rostro.

—¿Te encantó todo eso…, lo bueno y lo malo?

Sonreí un poquito.

—Especialmente lo malo. —Aquellas dos figuras parecieron tomarse un respiro…, una tremenda inhalación que hizo que la oscura nube de Bryaxis se contrajera. Lista para saltar. Incliné la cabeza hacia mi compañero—. Esto es por un largo y feliz apareamiento, Rhys.

—Parece que me has ganado en eso.

—¿En qué?

Con un guiño, Rhys señaló a Bryaxis y al Tallador. A su lado apareció otra figura.

El Tallador dio un paso atrás. Y… por la delgada figura femenina, el pelo oscuro y suelto, la cara hermosa como siempre…, supe quién era ella.

Stryga…, la Tejedora.

Y sobre su oscuro pelo brillaba una gema azul pálido.

La gema de Ianthe. Un trofeo de sangre. La Tejedora sonrió a su gemelo, le hizo una reverencia burlona y miró a las huestes ante ellos. El Tallador detuvo su lenta retirada y contempló a su hermana un buen rato, luego se volvió hacia el ejército una vez más.

—No eres la única que sabe hacer tratos —señaló Rhys con una pícara sonrisa.

La Tejedora. Rhys había conseguido que la Tejedora se uniera a nosotros…

—¿Cómo?

Inclinó el cuello, dejando a la vista un pequeño y enroscado tatuaje detrás de la oreja.

—Envié a Helion para que negociara en mi nombre…; por eso estaba en el Medio el día que te encontró. Para ofrecerle romper el hechizo de contención sobre ella…, a cambio de sus servicios para el día de hoy.

Pestañeé mirando a mi compañero. Luego sonreí, sin molestarme en esconder la ferocidad que había en esa sonrisa.

—Hybern no tiene ni idea del infierno que va a desatarse sobre ellos, ¿no?

—Para esto sirven las reuniones familiares —fue todo lo que Rhys respondió.

Después, la Tejedora, el Tallador y Bryaxis se lanzaron sobre Hybern.

Capítulo 70

—Finalmente lo hiciste —murmuró Amren, con la boca abierta mientras los tres inmortales chocaban con las líneas de Hybern y comenzaban los gritos.

Los cuerpos caían delante de ellos; el suelo se llenaba de cuerpos que eran derribados a su paso…, algunos eran meras cáscaras encerradas en armaduras. Vaciadas por el Tallador y también por Stryga. Otros huían ante lo que veían en Bryaxis…: el rostro de sus miedos más profundos.

Rhys seguía sonriéndome mientras extendía una mano hacia el ejército de Hybern, en ese momento tratando de ajustarse a los incontenibles estragos.

Sus dedos se aguzaron.

El poder de la obsidiana surgió de él.

Una enorme fracción del ejército de Hybern simplemente… se desvaneció en la neblina.

Una niebla roja y restos de metal ocuparon el lugar donde había estado.

Rhys jadeó, con los ojos con un brillo salvaje. Un golpe bien dirigido que había dividido al ejército enemigo en dos.

Azriel liberó un segundo rayo… Una luz azul se estrelló contra el flanco que había quedado expuesto. Empujándolo todavía más hacia atrás.

Los ilyrios avanzaron. Aquella había sido la señal de Rhys.

Se lanzaron desde el aire… justo cuando se elevó una legión de Hybern llena de cosas como el attor, que habían permanecido escondidos entre las filas de Hybern. Los Sifones brillaron y activaron los escudos…, y los ilyrios hicieron llover flechas con letal precisión.

Pero la legión del attor estaba bien preparada. Y cuando respondieron con una andanada propia, las puntas de esas flechas llevaban destructor de la sangre.

Ni siquiera con el antídoto de Nuan en las venas de nuestros soldados podía detenerse su magia. Las flechas con destructor de la sangre perforaron los escudos de los Sifones como si fueran de mantequilla. El rey había mejorado su arsenal.

Algunos ilyrios cayeron rápidamente. Los demás se dieron cuenta de la amenaza y usaron sus escudos metálicos, soltándolos de sus espaldas.

En tierra, los soldados de Tarquin, Helion y Kallias comenzaron a atacar. Hybern desató a sus perros… y otras bestias.

Y mientras esos dos frentes chocaban entre sí…, Rhys envió otro rayo explosivo, seguido por una onda de poder de Tarquin. Eso separó las líneas de Hybern en grupos desiguales.

Y en medio de todo esto, Bryaxis… Todo lo que pude distinguir fue un borrón de cambiantes garras, colmillos, alas y músculos que giraban dentro de esa nube oscura que envolvía y sofocaba. La sangre saltaba cuando golpeaba a los soldados aterrorizados. Algunos parecían morir de puro pánico.

El Tallador de Huesos luchaba cerca de Bryaxis. No se veía ninguna arma aparte de una cimitarra de hueso… en las manos de ese macho. La movía delante de sí como si estuviera segando trigo.

Los soldados caían muertos ante él con solo un golpe. Ni siquiera un cuerpo de fae podía contener ese poder letal que lo sofocaba.

Hybern huyó ante él. Ante la Tejedora. Pues en el otro lado del Tallador, dejando a su paso solo carcasas de cadáveres…, Stryga atravesó Hybern en una maraña de pelo negro y miembros blancos.

Nuestros propios soldados se resistían a correr hacia las líneas del enemigo. Y envié una orden rugiente por ese lazo de dos vías que ahora me unía al Tallador de Huesos y a Bryaxis, recordándoles, con los dientes apretados, que nuestros soldados no eran presas para ellos. Sus objetivos eran Hybern y sus aliados.

Ambos se enfurecieron contra esa orden y se rebelaron.

Reuní todas las chispas de la noche y la luz de las estrellas y les gruñí para que obedecieran.

Habría jurado que un sentido de un yo impío y de otro mundo gruñía por ello a manera de respuesta.

Pero me hicieron caso. Y no se volvieron contra nuestros soldados, que por fin interceptaron las líneas de Hybern.

El estrépito de ambos ejércitos cuando chocaron… No había palabras para

ello. Elain se tapó las orejas, encogiéndose.

Mis amigos estaban allí. Mor luchaba con Viviane, con un ojo atento a ella, como le había prometido a Kallias, mientras él soltaba su poder en una lluvia de hielo fino que destrozaba la piel. Y a Cassian… ni siquiera podía verlo entre las cegadoras llamas de sus Sifones cerca de las líneas del frente, el carmesí brillando en medio de las feroces sombras de los Portadores de Oscuridad de Keir que las manejaban a su favor: cegadores golpes de oscuridad repentina contra los soldados de Hybern…, para luego cegarlos otra vez cuando rasgaban esas sombras quedando a merced de la luz brillante del sol. Ya no tenían nada, salvo sus ya inútiles espadas.

—Las cosas se están poniendo feas —dijo Amren, aunque nuestras líneas…, especialmente los ilyrios y los peregryns de Thesan…, se mantenían firmes.

—Aún no —repuso Rhys—. Buena parte del ejército aún no combate más allá de las líneas del frente. Necesitamos que Hybern se concentre en otra parte.

Y comenzó con él mismo poniendo los pies en ese campo de batalla.

Mis tripas se retorcieron. El ejército de Hybern comenzó a moverse, empujando hacia delante.

La Tejedora, el Tallador y Bryaxis se lanzaron profundamente entre las filas, pero los soldados de Hybern se apresuraron a cubrir los agujeros en la formación.

Helion les gritó a nuestras primeras líneas que se mantuvieran firmes. Las flechas se elevaron y cayeron en ambos lados. Las que tenían las puntas impregnadas con destructor de la sangre dieron en los blancos. Una y otra vez. Como si el rey las hubiera hechizado para perseguir a sus objetivos.

—Esto va a terminar antes de que podamos bajar esta colina —sentenció Amren.

Rhys le gruñó.

—Todavía no…

Un cuerno sonó… en el norte.

Ambos ejércitos parecieron detenerse a mirar.

Y Rhys me dijo susurrando:

—Ahora. Tienes que irte ahora.

Porque el ejército que apareció en el horizonte del norte…

Tres ejércitos. Uno con la bandera naranja oscuro de Beron.

Otro, con la bandera verde hierba de la Corte Primavera.

Y el tercero…, uno de hombres mortales con armadura de hierro. Una

bandera de color cobalto con una llamativa insignia: el blasón de Graysen.

Desde un desgarro en el mundo, Eris apareció encima de nuestra loma, cubierto de pies a cabeza con una armadura plateada y una capa roja que le caía desde los hombros. Rhys gruñó una advertencia, demasiado inmerso en su poder para pensar en controlarse.

Eris apoyó una mano en el pomo de su espléndida espada y dijo:

—Pensamos que podrías necesitar ayuda.

Porque el pequeño ejército de Tamlin, el de Beron y el de Graysen… en ese momento corrían, se transportaban, y se lanzaban sobre las filas de Hybern. Y al frente, liderando ese ejército humano…

Jurian.

Y Beron. Beron había acudido.

Eris también se dio cuenta de nuestra conmoción y explicó:

—Lo hizo Tamlin. Arrastró a mi padre por el cuello. —Una media sonrisa—. Fue un placer verlo.

Habían llegado…, y Tamlin había logrado reunir esa fuerza que yo alegremente destruí…

—Tamlin espera órdenes —añadió Eris—. Jurian también.

La voz de Rhys era áspera, grave.

—¿Y qué hay de tu padre?

—Nos estamos ocupando de un problema —fue todo lo que Eris dijo, y señaló hacia el ejército de Beron.

Y allí estaban sus hermanos, acercándose a la línea del frente, transportándose en ráfagas entre las huestes. Yendo hacia las carretas del enemigo repartidas entre las filas de Hybern.

Carretas llenas de destructor de la sangre. Me di cuenta cuando chisporrotearon con fuego azul para convertirse en ceniza sin siquiera un rastro de humo. Sus hermanos se transportaban hasta cada escondite, hasta cada arsenal. Las llamas explotaban a su paso.

Hacían desaparecer ese suministro mortal de destructor de la sangre. Quemándolo para reducirlo a nada. Como si alguien, Jurian o Tamlin, les hubiesen dicho exactamente dónde estaba.

Rhys parpadeó. Fue su única señal de sorpresa. Me miró. Luego a Amren, y asintió con un gesto.

Ve. Ahora.

Mientras Hybern se concentraba en el ejército que se aproximaba…,

calculando los riesgos, tratando de poner orden en el caos que Beron y sus hijos habían desatado con sus ataques estratégicamente dirigidos. Tratando de averiguar qué demonios estaba haciendo Jurian allí y cuántas debilidades podía haber descubierto que pudiera aprovechar en esas circunstancias.

Amren condujo a mis hermanas hacia delante, mientras Elain soltaba un silencioso sollozo al ver el escudo de armas de Graysen.

—Ahora. Rápido y en silencio como sombras.

Estábamos bajando… hacia eso. Bryaxis y el Tallador seguían triturando, matando en sus pequeños espacios entre las líneas enemigas.

Y la Tejedora… ¿Dónde estaba la Tejedora…?

Allí. Lentamente abriendo un delgado sendero de matanza. Como Rhys le había ordenado unos momentos antes.

—Por aquí —les dije, manteniendo un ojo en el camino del horror de Stryga. Elain temblaba, todavía mirando hacia ese ejército humano y su prometido a la cabeza. Nesta supervisaba las legiones ilyrias que se elevaban en formaciones impecables.

—Supongo que seguiremos el rastro de los cuerpos —murmuró Amren, dirigiéndose a mí—. ¿Cómo sabe la Tejedora el camino para encontrar el Caldero?

Rhys parecía estar escuchando, incluso cuando nos alejamos, y sus dedos acariciaron los míos en un silencioso adiós.

—Al parecer tiene un sentido del olfato extraordinariamente bueno —me limité a decir.

Amren resopló y nos colocamos rodeando a mis hermanas. Un hechizo de invisibilidad nos iba a permitir, eso esperábamos, bordear el sur del campo de batalla…, junto con las sombras de Azriel mientras él vigilaba desde atrás. Pero una vez que estuviéramos detrás de las líneas enemigas…

Miré por encima del hombro cuando nos acercamos al borde de la loma. Solo una vez. A Rhys, que en ese momento estaba hablando con Azriel y Eris, explicando el plan para transmitirle a Tamlin, a Beron y a Jurian. Los hermanos de Eris retrocedieron hasta detrás de las líneas de su padre…, los incendios que habían provocado ardían a lo largo de todo el ejército de Hybern. No era suficiente para detenerlos, pero… al menos el asunto del destructor de sangre había sido liquidado. Por el momento.

La atención de Rhys se deslizó hacia mí. E incluso con la batalla alrededor de nosotros…, el infierno desatado por todas partes…, por un instante fuimos los

únicos seres en esa llanura.

Abrí mis barreras mentales para hablarle. Solo un adiós más, uno más…

Nesta inspiró en un jadeo tembloroso. Trastabilló y se cogió a Amren, que trataba de mantenerla erguida.

Rhys estuvo al instante ahí, antes de que yo me diera cuenta. El Caldero.

Hybern estaba despertando al Caldero.

Amren se dio la vuelta para mirar hacia el campo de batalla.

—Escudos…

Eris se transportó de inmediato… para ir a avisar a su padre.

Nesta se apoyó sobre los codos, sacudiendo el cabello trenzado, los labios sin sangre. Se acomodó en el césped.

La magia de Rhys salió disparada de él, rodeando a todo nuestro ejército… Su respiración era áspera.

Las manos de Nesta se aferraron a la hierba cuando levantó la cabeza, escudriñando el horizonte.

Como si pudiera ver dónde esperaba para ser liberado el Caldero.

El poder de Rhys fluyó y fluyó, preparándose para el impacto. Los Sifones de Azriel se encendieron, y un escudo de cobalto se extendió sobre el de Rhysand. Su respiración tan agitada como la de mi compañero…

Y entonces Nesta comenzó a gritar. No de dolor. Sino un nombre. Una y otra vez.

—¡CASSIAN!

Amren le tendió una mano, pero Nesta rugió:

—¡CASSIAN!

Se puso de pie, como si saltara hacia el cielo.

Su cuerpo se tambaleó y cayó, y se levantó de nuevo.

Una figura salió disparada de las filas ilyrias, hacia nosotros, moviéndose con fuerza, los Sifones rojos encendidos…

Nesta gemía, retorciéndose en el suelo.

La tierra pareció estremecerse a manera de respuesta.

No…, no en respuesta a ella. Sino aterrorizada por esa cosa que salió como un estallido del ejército de Hybern.

Comprendí por qué el rey se había apoderado de esas estribaciones rocosas. No para hacernos atacar colina arriba en caso de que los hubiéramos empujado hasta ese lugar. Sino para ubicar allí al Caldero.

Pues de ese afloramiento rocoso partió un ariete de mortal luz blanca arrojado contra nuestro ejército. Casi a la altura de la legión ilyria en el cielo…, mientras la legión del attor se lanzaba en picado y huía para ponerse a cubierto. Dejando expuestos a los ilyrios.

Cassian estaba a mitad de camino hacia nosotros cuando la luz explosiva del Caldero alcanzó a las fuerzas ilyrias.

Lo vi gritar…, pero no oí nada. La fuerza de ese poder…

Destruyó el escudo de Azriel. Luego el de Rhysand. Y después hizo pedazos todos los escudos hechos por los Sifones.

Casi me hizo estallar los oídos y me chamuscó la cara.

Y donde había habido mil soldados un instante antes…

Las cenizas llovían sobre nuestros soldados de infantería.

Nesta lo supo justo antes de que ocurriera. Se quedó boquiabierta ante mí, el terror y el sufrimiento en su rostro; luego escudriñó el cielo buscando a Cassian, que movió las alas como si estuviera dudando entre venir hacia nosotros o regresar a la dispersión de las fuerzas ilyrias y peregryns. Ella supo dónde iba a golpear esa explosión.

Y Cassian estaba justo en el centro.

Y habría seguido allí si ella no lo hubiese llamado.

Rhys la miraba como si él también lo hubiese sabido. Como si no supiera si reñirla por la culpa que Cassian sin duda iba a sentir, o agradecerle que lo hubiera salvado.

El cuerpo de Nesta se tensó de nuevo y un gemido sordo escapó de ella.

Sentí que Rhys sacaba su poder, una silenciosa señal de advertencia.

Los otros altos lores levantaron escudos en apoyo al que él había convocado.

Pero el Caldero no golpeaba en el mismo lugar dos veces. E Hybern estaba dispuesto a incinerar parte de su propio ejército si eso significaba eliminar nuestras fuerzas.

Cassian volvió a lanzarse sobre nosotros, sobre Nesta, que estaba tendida en el suelo, mientras el Caldero volvía a lanzar su maldita luz y su maldito calor.

Directamente a sus propias líneas. Donde el Tallador de Huesos estaba alegremente despedazando a sus soldados, chupándoles la vida con las ráfagas y soplidos de aquel viento mortal.

Un chillido sobrenatural, femenino, salió de las profundidades de las fuerzas de Hybern. La advertencia de una hermana… y el dolor. Justo cuando esa luz blanca chocó contra el Tallador de Huesos.

Pero el Tallador… Habría jurado que me miraba a mí cuando el poder del Caldero chocó contra él. Habría jurado que sonreía…, y de ningún modo fue algo horrible.

Eso…, y desapareció.

El Caldero lo hizo desaparecer sin el menor esfuerzo.

Capítulo 71

Apenas podía oír, y apenas pude pensar en la estela del poder del Caldero.

En la estela del vacío y calcinado sector de llanura donde el Tallador había estado. Un repentino frío me recorrió la columna vertebral…, como si borrara el tatuaje dibujado allí con tinta.

Y luego el silencio…, silencio en algún hueco de mi mente mientras una parte de ese vínculo de ida y vuelta se desvanecía en la oscuridad sin fin. Sin dejar nada detrás.

Me pregunté quién tallaría su muerte en la Prisión.

Si tal vez ya la habría tallado él mismo en las paredes de aquella celda. No porque quisiera asegurarse de que yo era digna de que no se burlara de mí, sino porque quería que su propio… final fuera digno de ser tallado.

Y mientras yo contemplaba esa parte diezmada de la llanura, con las cenizas de los ilyrios todavía lloviendo…, me pregunté si el Tallador lo había conseguido. Ir adondequiera que tuviera tanta curiosidad por ir.

Elevé una silenciosa plegaria por él, por todos los soldados que habían estado allí y ya eran cenizas en el viento…, elevé una plegaria para que encontraran todo lo que esperaban encontrar.

Fueron los ilyrios los que me sacaron de la quietud, aún con el zumbido en mis oídos. A pesar de que el pánico comenzó a apoderarse de nuestro ejército ante el poder del Caldero, el grueso restante de las legiones ilyrias volvió a formar filas y continuó avanzando, los peregryns de Thesan ya enteramente mezclados con ellos.

El ejército humano de Jurian, formado por hombres de Graysen y otros…, dicho sea esto en reconocimiento a su valor, no vacilaron. No se derrumbaron,

aun cuando caían uno a uno.

Si el Caldero atacaba otra vez…

Nesta tenía la frente en la hierba cuando Cassian aterrizó con tanta fuerza que el suelo se estremeció. Alargó la mano hacia ella, jadeando.

—¿Qué es lo qué…?

—Ha quedado en silencio otra vez —susurró Nesta, dejando que Cassian la sentara mientras escudriñaba su rostro. La devastación y la ira dominaban el rostro del general. ¿Lo sabía él? ¿Que había gritado sabiendo que él acudiría…, que lo había hecho para salvarlo?

—Vuelve a tu lugar —le ordenó simplemente Rhys—. Los soldados te necesitan allí.

Cassian mostró los dientes.

—¿Qué demonios podemos hacer contra eso?

—Voy a entrar —dijo Azriel.

—No —le ordenó Rhys tajante. Pero Azriel ya estaba extendiendo las alas, con la luz del sol incidiendo directo sobre las nuevas y lacerantes cicatrices en la membrana.

—Encadéname a un árbol, Rhys —le replicó Azriel suavemente—. Hazlo. —Empezó a revisar las hebillas de sus cinturones de armas—. Lo arrancaré de la tierra y volaré con él en mi maldita espalda.

Rhys se limitó a mirarlo sin pestañear…, y luego a las diezmadas fuerzas ilyrias.

Cualquier oportunidad que tuviéramos de conseguir una victoria…

Nesta no iba a ninguna parte. Apenas podía quedarse sentada. Y Elain…, Amren sostenía a Elain mientras esta vomitaba en la hierba. No por el Caldero. Sino de puro terror.

Pero si no deteníamos al Caldero antes de que volviera a recargarse…, nos aniquilaría en unos cuantos ataques más. Miré a Amren a los ojos.

¿Se puede hacer… solo conmigo?

Sus ojos se entrecerraron.

Tal vez.

Una pausa.

Tal vez. No especificaba con cuántos debería hacerse. Entre nosotras dos… podría ser suficiente.

Me puse de pie. La perspectiva de la batalla era mucho peor estando de pie.

Helion, Tarquin y Kallias se esforzaban por sostener nuestras líneas. Jurian,

Tamlin y Beron seguían atacando el flanco norte, mientras que los ilyrios y los peregryns atacaban la legión aérea. Los Portadores de Oscuridad de Keir en ese momento eran poco más que jirones de sombra en medio del caos, pero…

Pero no era suficiente. Y las puras dimensiones de Hybern estaban empezando a hacernos retroceder.

Estaban empezando a superarnos.

Cuando Amren y yo atravesáramos los kilómetros de campo de batalla… ¿Qué quedaría?

¿Quién quedaría?

Entonces se oyó otro cuerno.

Yo sabía que no pertenecía a ningún aliado.

Así como sabía que Hybern no solo había escogido este campo de batalla por sus ventajas físicas… sino también geográficas.

Porque por el mar, saliendo del oeste, saliendo de Hybern…, apareció una flota.

Muchos barcos. Todos llenos de soldados.

Vi la mirada entre Cassian, Azriel y Rhys mientras observaban al otro ejército que navegaba… hacia nuestras espaldas.

No era otro ejército. Era el resto del ejército de Hybern.

Estábamos atrapados entre ellos.

Amren soltó una maldición.

—Puede que tengamos que correr, Rhysand. Antes de que desembarquen.

No podríamos luchar contra ambos ejércitos. Ni siquiera podríamos enfrentarnos a uno solo.

Rhys se volvió hacia mí.

Si puedes cruzar ese campo de batalla a tiempo, entonces hazlo. Trata de detener al ejército. Al rey. Pero si no puedes, cuando todo se vaya al infierno… Cuando no quede ninguno de nosotros…

No —le supliqué—. *No lo digas.*

Quiero que corras. No me importa lo que cueste. Tú corre. Aléjate y vive para luchar otro día. No mires atrás.

Empecé a negar con la cabeza.

Tú dijiste que nada de despedidas.

—Azriel —dijo Rhys con voz ronca—. Tú conducirás al resto de los ilyrios en el flanco norte. —Culpa…, culpa y miedo llenaron los ojos de mi compañero al dar la orden. Sabiendo que Azriel no estaba completamente curado…

El cantor de sombras no le dio a Rhys la oportunidad de reconsiderarlo. No se despidió de ninguno de nosotros. Salió volando, con sus alas todavía curándose, moviéndose con dificultad mientras lo llevaban hacia el turbulento flanco norte.

Aquella flota se acercaba. Hybern, al ver que sus refuerzos pronto iban a tocar tierra, celebraba y empujaba. Con fuerza. Con tanta fuerza que las líneas de los ilyrios cedían. Azriel se acercó más y más a ellos, y los Sifones dejaban zarcillos de llamas azules en su estela.

Rhys lo observó durante un momento. Su garganta tembló antes de decir:

—Cassian, toma el flanco sur.

Era el fin. Los últimos momentos…, la última vez que los vería a todos.

Yo no saldría corriendo. Si todo se iba al infierno, usaría mi último aliento para que ese ejército y ese rey desaparecieran de la tierra. Pero en ese mismo momento…

La flota de Hybern navegó directamente hacia la distante playa. Si no iba ahora… tendría que atacar a través de ellos. La Tejedora ya estaba preparándose en el frente oriental, su danza de muerte obstaculizada por demasiados enemigos. Bryaxis seguía haciendo estragos en las filas de Hybern, dejando montañas de muertos detrás de él. Pero aun así, no era suficiente. Toda esa planificación… todavía no era suficiente.

Cassian se dirigió a Rhys, a mí, a Nesta:

—Os veré en el otro lado.

Yo sabía que no se refería al campo de batalla.

Sus alas se movieron, preparándose para alzarlo.

La llamada de un cuerno atravesó el mundo.

Una docena de cuernos resonaron en armonía perfecta y poderosa.

Rhys se quedó quieto.

Inmóvil del todo ante el sonido de esos cuernos a la distancia. Venía del este…, desde el mar.

Volvió la cabeza hacia mí, me agarró por la cintura y me llevó por los aires. Un instante más tarde, Cassian estaba a nuestro lado, con Nesta en sus brazos…, como si ella le hubiera pedido ver.

Y allí…, navegando sobre el horizonte oriental…

Yo no sabía hacia dónde mirar.

A los soldados alados…, miles y miles de ellos…, volando hacia nosotros, muy por encima del océano, o a la flota de buques que se extendía hasta muy

lejos debajo de ellos. Mucho más que la flota de Hybern. Mucho mucho más.

Supe quiénes eran en el momento en que las alas blancas con plumas de las huestes aéreas se hicieron claramente distinguibles.

Los seraphim.

La legión de Drakon.

Y en esas naves allá abajo… Tantos barcos diferentes. Mil barcos de innumerables naciones, parecía. El pueblo de Miryam. Y las otras naves…

De las nubes salió un guerrero seraphim moreno y de pelo oscuro elevándose hasta nosotros. Y la risa ahogada de Rhys fue suficiente para decirme de quién se trataba el que ahora aparecía ante nosotros con una enorme sonrisa.

—Podrías haber pedido ayuda, ¿sabes? —dijo Drakon—. En lugar de tener que enterarnos de todo esto a través de la fábrica de rumores. Parece que hemos llegado justo a tiempo.

—Fuimos a buscarte… y te habías ido —explicó Rhys…, y había lágrimas en sus ojos—. Se hace difícil pedirle ayuda a alguien que no está.

Drakon resopló.

—Sí, nos dimos cuenta de eso. Miryam lo supuso…, porque no habíamos tenido noticias tuyas todavía. —Sus alas blancas eran casi cegadoras en la brillante luz del sol—. Hace tres siglos, tuvimos algunos problemas en nuestras fronteras y pusimos un hechizo para mantener protegida la isla. Atado a…, ya sabes. De modo que cualquiera que se acercara solo vería ruinas y preferiría dar la vuelta. —Le guiñó un ojo a Rhys—. La idea fue de Miryam… La tomó prestada de ti y de tu ciudad. —Drakon se estremeció un poco—. Resulta que funcionó demasiado bien, si mantiene alejados a los enemigos y a los amigos.

—¿Quieres decir —preguntó Rhys en voz baja— que has estado en Cretea todo este tiempo?

Drakon hizo una mueca.

—Sí. Hasta… que nos enteramos de lo de Hybern. Acerca de que Miryam estaba siendo… perseguida de nuevo. Por Jurian. —La cara del príncipe se tensó con rabia, pero me miró detenidamente a mí, luego a Nesta y a Cassian—. ¿Quieres que ayudemos o prefieres que nos quedemos charlando aquí mientras aleteamos un poco?

Rhys inclinó la cabeza.

—Cómo tú digas, príncipe. —Miró la flota que ahora apuntaba hacia las fuerzas de Hybern—. ¿Amigos tuyos?

La boca de Drakon se curvó hacia un lado.

—Amigos tuyos, creo. —Mi corazón se detuvo—. Algunos barcos de Miryam están por allí, y ella con ellos, pero la mayor parte de todo eso ha venido por ti.

—Qué… —intervino Nesta con brusquedad, y no era precisamente una pregunta.

Drakon señaló los barcos.

—Nos encontramos con ellos mientras volábamos hacia aquí. Los vimos cruzando el canal y decidimos unirnos. Por eso vamos algo retrasados… Aunque los ayudamos un poco. —Efectivamente, el viento hinchaba en ese momento sus velas blancas, impulsando esos barcos cada vez más rápido hacia la flota de Hybern.

Drakon se frotó la mandíbula.

—Ni soy capaz de explicar la complicada historia que me contaron, pero… —Sacudió la cabeza—. Los dirige una reina llamada Vassa.

Empecé a llorar.

—Quien aparentemente fue encontrada por…

—Lucien —susurré.

—¿Quién? —Drakon arqueó las cejas—. Ah, el macho con ese ojo. No. Él se reunió con ellos más tarde… y les dijo adónde ir. Muy agresivos, esos machos de Prythian. Lo bueno es que al menos nosotros ya estábamos en camino para ver si necesitabas ayuda.

—¿Quién encontró a Vassa? —preguntó Nesta con el mismo tono inexpresivo. Como si ella de alguna manera ya lo supiera.

Esos barcos humanos seguían navegando, cada vez más cerca. Tantos… tantos, haciendo flamear una gran variedad de banderas que yo comenzaba a distinguir gracias a mi vista fae.

—Se hace llamar Príncipe de los Mercaderes —contó Drakon—. Aparentemente descubrió meses atrás que las reinas humanas eran traidoras y ha estado reuniendo un ejército humano independiente para hacer frente a Hybern desde entonces. Se las arregló para encontrar a la reina Vassa…, y juntos acaudillan este ejército. —Drakon se encogió de hombros—. Me dijo que tiene tres hijas que viven aquí. Y que les ha fallado durante muchos años. Pero que esta vez no les fallaría.

Los barcos en la parte delantera de la flota humana se veían ya con claridad, y también las letras de oro en sus costados.

—Les puso a sus tres naves personales los nombres de las hijas —dijo

Drakon con una sonrisa.

Y allí, navegando al frente de la flota…, pude ver los nombres de esos barcos.

El *Feyre*.

El *Elain*.

Y encabezando el ataque contra Hybern, volando sobre las olas, implacable y sin una pizca de miedo…

El *Nesta*.

Con mi padre…, nuestro padre, al timón.

Capítulo 72

El viento se llevó las lágrimas que se deslizaban por la cara de Nesta al ver los barcos de nuestro padre.

Al ver el barco que él había elegido para navegar hacia la batalla, por la hija que lo odiaba por no haber peleado por nosotras, que lo había odiado por la muerte de nuestra madre, por la pobreza y la desesperación, por los años perdidos.

Drakon dijo con tono seco:

—Creo que ya lo conocéis, ¿no?

Nuestro padre…, alejado durante meses y meses sin decir nada.

Se había marchado, dijeron mis hermanas una vez, para asistir a una reunión relacionada con una amenaza más allá del muro. En esa reunión, ¿había quedado claro que habíamos sido traicionados por los de nuestra propia especie? ¿Y él había partido entonces, con tanto secreto para buscar ayuda, y no quería arriesgarse a enviarnos mensajes para que no cayeran en manos equivocadas?

Por nosotras. Por mis hermanas y por mí.

Rhys le dijo a Drakon:

—Te presento a Nesta. Y a mi compañera, Feyre.

Ninguna de las dos miró al príncipe. Solo mirábamos la flota de nuestro padre…, los barcos a los que había puesto nuestros nombres.

—A propósito de Vassa —le dijo Rhys a Drakon—, ¿ha terminado ya su… maldición?

La flota y las huestes de Hybern se acercaban, y yo sabía que el impacto sería letal. Vi que los escudos mágicos de Hybern se alzaban. Vi que los seraphim levantaban los suyos.

—Míralo tú mismo —dijo Drakon.

Parpadeé ante lo que comenzaron a disparar desde los barcos humanos. A lo que se elevaba sobre el agua, veloz como una estrella fugaz. Contra Hybern. Rojo, oro y blanco…, vibrante como metal fundido.

Habría jurado que la flota de Hybern empezaba a sentir pánico al dividirse las líneas de la flota humana y posteriormente a cerrar la brecha entre ellas.

Al extender sus alas en toda su amplitud, chispas y brasas volaban a través de las olas, y me di cuenta de lo que… de quién… en ese momento volaba hacia las huestes enemigas.

Un ave de fuego. Tan ardiente y furiosa como el corazón de una fragua.

Vassa…, la reina perdida.

Rhys apartó con besos las lágrimas que se deslizaban por mi cara cuando esa reina ave de fuego se estrelló contra la flota de Hybern. A su paso quedaban cascos de barcos en llamas.

Nuestro padre y el ejército humano se dispersaron para eliminar a los demás.

—Lleva tu legión a tierra —le dijo Rhys a Drakon.

Era casi imposible tener éxito. O impedir la matanza.

Los ojos de Drakon se pusieron vidriosos de una manera que me decía que estaba transmitiendo órdenes a alguien lejano. Me pregunté si Nephelle y su esposa estarían en esa legión…, si la última vez que habían sacado sus espadas fue en aquella batalla de hacía tanto tiempo en el fondo del mar.

Rhys también parecía estar pensando en el pasado. Porque le murmuró a Drakon por encima del estruendo que venía del mar y de la batalla:

—Jurian está aquí.

La gracia relajada y arrogante del príncipe desapareció. La rabia fría endureció sus rasgos y fue algo aterrador. Y sus ojos marrones… se volvieron completamente negros.

—Lucha para nosotros.

Drakon no parecía convencido, pero asintió con la cabeza. Movió la barbilla señalando a Cassian.

—Supongo que eres Cassian. —Y pude ver las sombras en sus ojos…, ante la pérdida de esos soldados—. Mi legión es tuya. Haz con ella lo que te parezca.

Cassian escudriñó nuestras fuerzas que se hundían, el flanco norte que Azriel estaba reagrupando, y le dio a Drakon unas cuantas órdenes precisas. El príncipe movió aquellas alas blancas, que tanto contrastaban con su piel morena, y le dijo a Rhys:

—Miryam está furiosa contigo, por cierto. Trescientos cincuenta años desde tu última visita. Si sobrevivimos, ella espera que seas más sociable.

Rhys soltó una carcajada.

—Dile a esa bruja que eso va en ambos sentidos.

Drakon sonrió, y con un potente movimiento de alas, partió.

Rhys y Cassian lo siguieron con la mirada, luego observaron las flotas, ya enfrentadas en un choque sangriento. Nuestro padre estaba allí…, nuestro padre, a quien nunca había visto empuñar un arma en su vida…

El ave de fuego hacía llover el infierno sobre los barcos. Literalmente. Un infierno ardiente, abrasador cuando se estrellaba contra ellos y enviaba a sus aterrorizados soldados al fondo del mar.

—Ahora —le dije a Rhys—. Amren y yo tenemos que ir ahora.

El caos era completo. Con una batalla que estallaba en todas direcciones…

Amren y yo podíamos hacerlo. Tal vez el rey estuviera preocupado por cómo iban las cosas.

Rhys se preparó para enviarme de vuelta al suelo, donde Amren y Elain seguían esperando.

—Un momento —pidió Nesta.

Rhys obedeció.

Nesta miró hacia esa flota, hacia nuestro padre luchando en ella.

—Úsame. Como carnada.

Parpadeé en el mismo instante en que Cassian espetó:

—No.

Nesta lo ignoró.

—El rey probablemente está esperando junto al Caldero. Aun suponiendo que llegues allí, tendrás que luchar con él. Hay que alejarlo de ahí. Llevarlo lejos. A mí.

—¿Cómo lo hago? —quiso saber Rhys.

—Va en ambos sentidos —murmuró Nesta, como si las palabras de mi compañero momentos antes hubieran desencadenado la idea—. Él no sabe qué le quité al Caldero. Y si… si simulo que estoy a punto de usar su poder…, vendrá corriendo. Solo para matarme.

—Te matará —gruñó Cassian.

La mano de ella le apretaba el brazo.

—Ahí es… donde entras tú.

Para defenderla. Protegerla. Para poner una trampa para el rey.

—No —rehusó Rhys.

Nesta resopló.

—No eres mi alto lord. Puedo hacer lo que quiera. Y como él podrá percibir que estás conmigo… También tienes que irte muy lejos.

—No voy a dejar que desperdicies tu vida por esto —le dijo Rhys a Cassian.

Me mostré de acuerdo.

Cassian examinó las mermadas líneas ilyrias, que en ese momento se fortalecían con Azriel reagrupándolas.

—Az tiene el control de las líneas.

—He dicho que no —insistió Rhys bruscamente. Nunca lo había oído usar ese tono con Cassian, con ninguno de ellos.

Cassian respondió con firmeza.

—Es la única oportunidad que tenemos de distraerlo. De alejarlo de ese Caldero. —Sus manos apretaron las de Nesta—. Tú lo has dado todo, Rhys. Has pasado por el infierno por nosotros durante cincuenta años. —Nunca había mencionado eso, por lo menos así de claro—. ¿Crees que no sé lo que pasó? Lo sé, Rhys. Todos lo sabemos. Y sabemos que lo hiciste para salvarnos, para no ponernos en riesgo. —Movió la cabeza y la luz del sol brilló al rebotar en ese oscuro casco con alas—. Déjanos devolverte el favor. Vamos a pagar la deuda.

—No hay deuda que pagar. —La voz de Rhys se quebró. Lo que me agrietó el corazón.

También la voz de Cassian se quebró cuando dijo:

—Nunca llegué a pagarle a tu madre lo mucho que le debía… por su bondad. Déjame hacerlo de esta manera. Déjame ganar tiempo para ti.

—No puedo.

No estaba segura de si en toda la historia ilyria había habido una discusión como esta.

—Puedes —replicó Cassian suavemente—. Puedes, Rhys. —Mostró una perezosa y burlona sonrisa—. Guarda algo de gloria para el resto de nosotros.

—Cassian…

Pero este le preguntó a Nesta:

—¿Tienes lo que necesitas?

Ella asintió con un movimiento de cabeza.

—Amren me mostró lo suficiente. Lo que tengo que hacer para reunir el poder en mí.

Y si Amren y yo pudiéramos controlar el Caldero entre nosotras… Esa distracción que ellos nos ofrecerían…

Nesta miró a Elain… Nuestra hermana observó el baño de sangre ante sus ojos. Luego me miró a mí.

—Dale las gracias a papá —dijo en voz baja.

Rodeó con los brazos firmemente a Cassian, sus ojos gris azulado brillantes, y luego se fueron.

El cuerpo de Rhys se tensó con el esfuerzo de no ir tras ellos mientras se elevaban hacia un bosquecillo muy por detrás del campo de batalla.

—Sobrevivirá —murmuré.

—No —negó Rhys, llevándonos a los dos hacia Amren y Elain—. No lo hará.

Hice que Rhys trasladara a Elain a los confines de nuestro campamento. Y cuando regresó, mi compañero solo me dio un beso en la boca antes de elevarse por los aires, dirigiéndose al corazón de la batalla…, al combate más encarnizado. Apenas me atreví a mirar… para ver dónde había aterrizado.

Ya a solas con Amren, ella me dijo:

—Haz un escudo para que no nos vean y corre tan rápido como puedas. No te detengas. Trata de no matar. Eso dejaría un rastro.

Asentí con un gesto mientras revisaba mis armas. Los seraphim se elevaban por encima de nosotros en ese momento, sus alas brillantes como el sol sobre la nieve. Levanté un hechizo alrededor de nosotras para cubrirnos y silenciar los ruidos que hacíamos.

—Rápido —repitió Amren, sus ojos plateados agitados como nubes de tormenta—. No mires hacia atrás.

Así que no miré.

Capítulo 73

El Caldero estaba instalado en la cima de una escarpada altura.

La Tejedora había hecho bien su trabajo. Los guardias principales y los correos eran poco más que húmedas pilas rojas de hueso y tendones. Y yo sabía que cuando la viera otra vez…, ella sería aún más deslumbrantemente hermosa.

El poder de Amren volvía una y otra vez, rompiendo guardas en nuestro camino hasta llegar a la estela de Stryga. Cualesquiera que fueran los hechizos que el rey hubiera puesto, Amren estaba preparada para ellos. Hambrienta de ellos. Los rompía todos con una sonrisa salvaje.

Pero la colina gris estaba llena de comandantes de Hybern, satisfechos con que sus subordinados lucharan. Esperando hasta que la muerte separara a los gruñones de los verdaderos guerreros. Pude oírlos sisear sobre de quién de nuestro lado querían ocuparse personalmente cada uno de ellos.

Helion y Tarquin eran dos de los objetivos más frecuentes. Tamlin era otro. Tamlin, por su mentira de dos caras. Y Jurian. Cómo iban a sufrir.

Varian. Azriel. Cassian. Kallias y Viviane. Mor. Decían los nombres de mis amigos como si fueran caballos en una carrera. ¿Quién duraría el tiempo suficiente para que se enfrentaran? ¿Quién se llevaría a la bonita pareja del lord de Invierno? ¿Quién quebraría a Morrigan por fin? ¿Quién se llevaría a casa unas alas ilyrias para clavarlas en la pared? Me hervía la sangre y hasta los huesos me temblaban. Esperaba que Bryaxis los devorara a todos… y que hiciera que se mearan encima de terror antes de hacerlo.

Y me atreví a mirar atrás una vez.

Mor y Viviane no iban a alcanzar pronto este campamento. Las dos estaban reteniendo a un grupo entero de soldados de Hybern, flanqueados por esas

hembras que yo había visto en el campamento de Invierno y una unidad de los poderosos osos que destrozaban a los soldados con los golpes de sus enormes zarpas.

Amren siseó una señal de advertencia y miré hacia delante a medida que empezábamos a escalar el lado silencioso de la colina gris. Ninguna señal de Stryga, aunque ella se había detenido ahí, en la base de la colina sobre la cual reposaba el Caldero. Yo ya podía sentir su terrible presencia…, su llamada.

Amren y yo subimos lentamente. Después de cada paso nos deteníamos a escuchar.

La batalla rugía detrás de nosotras. En los cielos, en la tierra y en el mar.

No me parecía que las cosas fueran bien…, ni siquiera con Drakon y el ejército humano.

Mis manos mordían en la aguda roca gris del precipicio en una de las caras de la colina, mi cuerpo se esforzaba para subir y Amren trepaba con facilidad. Nesta tenía que atraer pronto al rey para apartarlo de la cima, o estaríamos cara a cara con él.

Un movimiento en la base de la roca me llamó la atención.

Me quedé quieta como la muerte.

Una bella mujer de pelo oscuro estaba allí. Mirando hacia arriba, mirándonos a nosotras, entrecerrando los ojos y olfateando.

Una sonrisa floreció en su boca…, su boca teñida de sangre. Sonrió en mi dirección. Y reveló unos chorreantes dientes rojos.

Stryga. La Tejedora había esperado. Escondida ahí. Hasta que llegamos.

Se pasó una mano blanca como la nieve sobre el tatuaje de una luna creciente que tenía en el antebrazo. La marca del acuerdo con Rhys. Un recordatorio… y una advertencia.

Ir. Darse prisa.

Se enfrentó al sendero rocoso a medias visible a nuestra izquierda, la joya de Ianthe salpicada de sangre firme sobre su cabeza. Fue directamente a los guardias estacionados allí, esos que decidimos evitar escalando la cara del precipicio. Algunos se sobresaltaron. Stryga sonrió una vez, una sonrisa odiosa y espantosa, y saltó sobre ellos.

Una distracción.

Amren se estremeció, pero volvimos a ponernos en movimiento. Los guardias corrieron desde sus puestos colina arriba para alcanzarla.

Más rápido…, no teníamos mucho tiempo. Podía sentir el Caldero entrando

en acción…

No. No era el Caldero.

Ese poder… venía de atrás.

Nesta.

—Buena chica —murmuró Amren en voz baja. Justo antes de agarrarme por la parte de atrás de la chaqueta y empujarme la cara contra la piedra, pegándome a ella, mientras se agachaba.

Precisamente cuando un par de botas avanzaban por el estrecho sendero. Yo conocía el sonido de sus pasos. Más de una vez me habían obsesionado en mis sueños.

El rey de Hybern pasó delante de nosotras. Concentrado en Stryga, en el distante rumor del poder de Nesta.

La Tejedora se detuvo para ver quién se acercaba. Sonrió y la sangre le goteaba de la barbilla.

—¡Qué hermosa eres! —murmuró él, canturreando con voz seductora—. Qué magnífica, tan antigua.

Ella balanceó el pelo oscuro para dejarlo en reposo sobre su delgado hombro.

—Puedes inclinarte, oh rey. Como antaño se había hecho alguna vez.

El rey de Hybern se acercó a ella. Sonreí ante la cara exquisita de Stryga.

Luego tomó esa cara entre sus anchas manos, más rápido de lo que ella pudo moverse, y le rompió el cuello.

Puede que no la hubiera matado. La Tejedora era un dios de la muerte…, su propia existencia desafiaba a la nuestra. Así que podría no haber muerto, a pesar del crujido de su columna vertebral, si el rey no hubiera arrojado su cuerpo a los dos perros naga que gruñían al pie de la colina.

Se lanzaron sobre el flácido cuerpo de la Tejedora sin vacilar.

Hasta Amren soltó un gritito de consternación.

Pero el rey miraba hacia el norte. Hacia Nesta.

Ese poder…, el poder de ella…, volvió a hacerse sentir. Llamando, como el Caldero encima de esta roca en ese momento me llamó a mí.

Miraba hacia el mar…, a la batalla que se desarrollaba allí.

Habría jurado que sonreía cuando se transportó para alejarse.

—Ahora —susurró Amren.

No podía moverme. Cassian y Nesta…, y hasta Rhys…, pensaban que no teníamos posibilidad de sobrevivir.

—Haz que valga la pena —casi gritó Amren, y era verdadero dolor lo que

brillaba en sus ojos. Ella sabía lo que estaba a punto de suceder. El margen de tiempo que nos habían conseguido.

Me tragué mi desesperación, mi terror, y subí por la colina… hacia el risco.

Donde descansaba el Caldero. Sin defensa. Esperándonos.

El Libro apareció en las pequeñas manos de Amren. El Caldero era casi tan alto como ella. Un amenazador agujero negro de odio y poder.

Yo podía detener esto. En ese mismo instante. Detener a este ejército y al rey antes de que matara a Nesta y a Cassian. Amren abrió el Libro. Me miró expectante.

—Pon la mano en el Caldero —dijo en voz baja. Obedecí.

El poder sin fin del Caldero se estrelló contra mí, una ola que amenazaba con barrerme hacia abajo, una tormenta infinita.

Apenas pude mantener un pie en este mundo, apenas recordaba mi nombre. Me aferré a lo que había visto en el Ouroboros…, aferrada a cada reflejo y cada recuerdo que había afrontado y poseído, los buenos, los malvados y los grises. ¿Quién era yo, quién era yo, quién era yo…?

Amren me observó durante un largo rato. Y no leyó del Libro. No lo puso en mis manos. Cerró las páginas de oro y lo empujó hacia atrás con una patada.

Amren había mentido. Ella no planeaba derrotar al rey o a su ejército con el Caldero y el Libro.

Y cualquiera que fuera la trampa que había tendido…, yo había caído en ella.

Capítulo 74

Agarré mi sentido de mí misma ante las fauces negras del Caldero.

Lo agarré con todo lo que tenía.

Amren solo dijo:

—Siento haberte mentido.

No pude retirar la mano. No pude retirar los dedos. Estaba siendo desmenuzada, lentamente, completamente.

Saqué mi magia, desesperada por alcanzar cualquier cadena atada a este mundo, para salvarme, para evitar ser devorada por esa eterna y horrible cosa que en ese momento trataba de arrastrarme a su abrazo.

Fuego, agua, luz, viento, hielo y noche. Todos allí reunidos. Todos me fallaron.

Alguna atadura se acercó, y mi mente se deslizó hacia los brazos extendidos del Caldero.

Sentí que me tocaba.

Y luego perdí parte de mi propio control.

Una mitad allí, de pie en silencio al lado del Caldero, la mano pegada al borde negro.

La otra mitad… en otra parte.

Volando por el mundo. Buscando. El Caldero en ese momento buscaba ese poder que había llegado tan cerca… Y en ese momento se burlaba de él.

Nesta.

El Caldero la buscó, la buscó como el rey también la buscaba.

Recorría el campo de batalla como un insecto sobre la superficie de un estanque.

Estábamos perdiendo. Y en gran medida. Seraphim e ilyrios estaban ensangrentados y eran barridos del aire. Azriel había sido obligado a aterrizar, arrastraba las alas en el barro ensangrentado a la vez que luchaba espada contra espada en ese interminable ataque. Nuestros soldados de infantería habían roto las líneas en algunos lugares y Keir les gritaba a sus Portadores de Oscuridad que volvieran a sus posiciones. Columnas de sombras salían de él.

Vi a Rhysand. En el grueso de esas filas que se rompían. Salpicado de sangre, luchando como solo él podía hacer.

Lo vi evaluando el campo…, y se transformó.

Las garras llegaron primero. Sustituyeron dedos y pies. Luego oscuras escamas o tal vez plumas, no pude verlas bien, le cubrieron las piernas, los brazos, el pecho. Su cuerpo se contorsionó. Sus huesos y músculos se transformaban.

La forma de bestia que Rhys había mantenido oculta. Nunca le había gustado desatarla.

A menos que fuera lo bastante grave para tener que hacerlo.

Antes de que el Caldero me arrastrara, vi lo que le sucedió a su cabeza, a su rostro.

Era una cosa de pesadilla. Nada humano ni fae en él. Era una criatura que vivía en cubiles negros y que solo salía de noche para cazar y devorar. La cara… era como esas criaturas talladas en la roca de la Corte de las Pesadillas. Eso formaba su trono. El trono que no solo era una representación de su poder…, sino también de lo que ocultaba dentro. Y con las alas…

Los soldados de Hybern comenzaron a huir.

Helion vio lo que pasaba y corrió hacia Rhys.

Se estaba transformando también.

Si Rhys era un terror que volaba creado por las sombras y la fría luz de la luna, Helion era su equivalente diurno.

Plumas de oro y garras afiladas, alas con plumas.

Juntos, mi compañero y el alto lord de Día se lanzaron sobre Hybern.

Hasta que se detuvieron. Hasta que un macho delgado y bajo salió de las filas hacia ellos… Uno de los comandantes de Hybern, sin duda. El gruñido de Rhys sacudió la tierra. Pero fue Helion, resplandeciente de luz blanca, quien se adelantó para hacer frente al macho, hundiendo las garras profundamente en el lodo.

El comandante ni siquiera llevaba una espada. Tan solo elegantes ropas

grises y una expresión vagamente divertida en el rostro. Una luz amatista giraba alrededor de él. Helion le gruñó a Rhys una orden.

Y mi compañero asintió con un movimiento de cabeza, mientras la sangre le goteaba de las fauces, antes de mezclarse de nuevo en la refriega.

Dejó al comandante y a Helion Destructor de Hechizos para un encuentro cara a cara. Hechizo contra hechizo.

Los soldados de ambos lados comenzaron a huir.

Pero el Caldero me sacudió arrojándome lejos cuando Helion desató una explosión de luz hacia el comandante. Su presa no estaba en ese campo de batalla.

Ven —parecía cantar el poder de Nesta—. *Ven*.

El Caldero percibió su olor y nos arrojó violentamente hacia delante.

Llegamos antes que el rey.

El Caldero pareció detenerse en el claro. Dio la impresión de enroscarse y retroceder, como una serpiente a punto de atacar.

Nesta y Cassian estaban allí, con la espada desenvainada, los ojos de mi hermana brillando con ese fuego interno y profano.

—Prepárate —susurró—. Ya viene.

El poder de Nesta se estaba conteniendo…

Ella mataría al rey de Hybern.

Cassian era la distracción…, mientras el golpe encontraba su blanco.

El tiempo pareció detenerse y deformarse. El oscuro poder del rey se lanzó hacia nosotros. Hacia ese claro donde yo no era vista ni oída, donde no era más que un pedazo de alma arrastrada en un viento negro.

El rey de Hybern apareció transportado precisamente delante de ellos.

El poder de Nesta creció… y luego desapareció.

Cassian no se movió. No se atrevió.

Porque el rey de Hybern sostenía a mi padre delante de él, con una espada en su garganta.

Por eso había mirado hacia el mar. Sabía que Nesta iba a descargar el golpe de muerte en el momento en que apareciera, y la única manera de detenerla…

Un escudo humano. Uno que ella se pensaría dos veces antes de dejar que muriera.

Nuestro padre estaba salpicado de sangre, más delgado que la última vez que lo había visto.

—Nesta —susurró al ver las orejas, la gracia de los fae. Sus ojos cargados de poder ansioso por salir.

El rey sonrió.

—Qué padre tan cariñoso…, traer un ejército entero para salvar a sus hijas.

Nesta no dijo nada. La atención de Cassian iba de un lado al otro del claro, evaluando cada ventaja, cada ángulo.

Sálvalo —le supliqué al Caldero rogando por mi padre—. *Ayúdalo*.

El Caldero no respondió. No tenía voz, ni conciencia, salvo una necesidad básica de recuperar lo que le habían robado.

El rey de Hybern inclinó la cabeza para mirar la cara con barba y bronceada por el tiempo de mi padre.

—Tantas cosas han cambiado desde que estuviste la última vez en casa… Tres hijas, ahora fae. Una de ellas se casó muy bien.

Mi padre solo miraba a mi hermana e ignoró al monstruo detrás de él.

—Te he querido —le dijo a ella— desde el primer momento en que te tuve en mis brazos. Yo… lo siento mucho, Nesta…, mi Nesta. Lo siento, por todo lo ocurrido.

—Por favor —le dijo Nesta al rey. Fueron sus únicas palabras, con voz gutural y ronca—. Por favor.

—¿Qué vas a darme, Nesta Archeron?

Ella no dejaba de mirar a mi padre, que negaba con la cabeza. La mano de Cassian se contrajo, la hoja se elevó. Trataba de aprovechar bien la oportunidad.

—¿Repondrás lo que sacaste?

—Sí.

—¿Aunque tenga que cortártelo?

Nuestro padre gruñó:

—No pongas tus manos sobre mi hija…

Oí el crujido antes de darme cuenta de lo que pasó.

Antes de ver la forma en que la cabeza de mi padre se retorció. La luz congelada en sus ojos.

Nesta no hizo ningún ruido. No mostró ninguna reacción cuando el rey de Hybern quebró el cuello de nuestro padre.

Empecé a gritar. Gritaba y golpeaba mientras el Caldero me mantenía atrapada. Le suplicaba que lo detuviera…, que lo trajera de vuelta, que terminara con esto…

Nesta vio caer el cuerpo de mi padre al suelo del bosque.

Y como el rey había predicho… El poder de Nesta se apagó.

Pero no el de Cassian.

Flechas de un rojo cegador fueron disparadas contra el rey de Hybern y un escudo rodeó a Nesta mientras Cassian se lanzaba hacia delante.

Y cuando se enfrentó al rey, que se reía y parecía dispuesto a participar en un poco de despliegue de esgrima…, miré a mi padre en el suelo. A sus ojos abiertos que ya no veían.

Cassian alejó al rey del cuerpo de mi padre mientras chocaban las espadas y la magia. No por mucho tiempo. Solo el tiempo suficiente para retenerlo…, hasta que Nesta echara a correr.

Hasta que yo terminara aquello por lo que había permitido que mi familia diera sus vidas. Pero el Caldero todavía me retenía.

Incluso cuando intenté volver a esa colina donde Amren me había traicionado, me había utilizado para cualquiera que fuera su propósito…

Nesta se arrodilló ante nuestro padre, su rostro vacío. Miró sus ojos todavía abiertos.

Los cerró con delicadeza. Sus manos firmes como la piedra.

Cassian había empujado al rey hacia una mayor profundidad entre los árboles. Sus gritos resonaron.

Nesta se inclinó para depositar un beso en la frente salpicada de sangre de nuestro padre.

Y cuando levantó la cabeza…

El Caldero se revolvió y se agitó.

Porque en los ojos de Nesta, inscrito en su piel…, el poder sin restricción.

Miró al rey y a Cassian. Precisamente cuando el grito de dolor de este último llegó a nosotras.

El poder que la rodeaba se estremeció. Nesta se puso en pie.

Entonces Cassian gritó. Lo miré. Lejos de mi padre.

A menos de cinco o seis metros de distancia, Cassian estaba en el suelo. Las alas… rotas en diferentes partes. Con la sangre goteando.

Un hueso le salía del muslo. Sus Sifones estaban oscuros. Vacíos.

Ya los había usado por completo antes de llegar a este lugar. Estaba agotado.

Pero había venido… por ella. Por nosotras.

Jadeaba, le goteaba sangre de la nariz. Los brazos se le doblaron cuando trató de levantarse.

El rey de Hybern se paró junto a él y extendió una mano.

Cassian se arqueó, gritando de dolor. Un hueso crujió en algún lugar de su cuerpo.

—Detente.

El rey miró por encima de un hombro mientras Nesta avanzaba. Cassian le dijo sin voz que corriera. La sangre escapaba de sus labios para caer sobre el musgo debajo de él.

Nesta vio su cuerpo roto, el dolor en sus ojos, y entonces inclinó la cabeza.

El movimiento no era humano. Ni fae.

Fue puramente animal.

Puramente depredador.

Y cuando volvió a levantar los ojos hacia el rey…

—Te voy a matar —dijo en voz baja.

—¿De veras? —se burló él levantando una ceja—. Porque yo puedo pensar en cosas más interesantes para hacer contigo.

No otra vez. No podía ver este juego de nuevo. De pie, inmóvil, mientras los que yo amaba sufrían.

El Caldero se deslizaba junto con Nesta, como un sabueso a su lado.

Los dedos de Nesta se curvaron.

El rey resopló. Y bajó el pie sobre el ala más cercana de Cassian.

Un hueso se quebró. Y el grito del ilyrio…

Golpeé con fuerza contra el Caldero. Lo golpeé y le clavé las uñas.

Nesta explotó.

Todo ese poder, todo a la vez…

El rey se transportó y desapareció.

El poder de ella hizo estallar los árboles detrás de él hasta convertirlos en cenizas. Estalló a través del campo de batalla en un arco bajo, para luego aterrizar precisamente entre las filas de Hybern. Derribando a cientos antes de que supieran lo que ocurría.

El rey apareció quizá a unos diez metros de distancia y se rio de las ruinas humeantes detrás de él.

—Magnífico —dijo—. Con poco entrenamiento, impetuoso pero magnífico.

Los dedos de Nesta se curvaron de nuevo, como si estuvieran reuniendo todo

ese poder.

Pero lo había gastado todo de un solo golpe. Sus ojos eran de color gris azulado una vez más.

—Vete —logró decir Cassian—. Vete.

—Esto me resulta conocido —reflexionó el rey—. ¿Fue este o el otro bastardo quien se arrastró hacia ti aquel día?

Cassian, efectivamente, se estaba arrastrando hacia ella en ese momento, las alas rotas y arrastrando la pierna, dejando una estela de sangre sobre la hierba y las raíces.

Nesta corrió hacia él y se arrodilló.

No para consolarlo.

Sino para tomar su hoja ilyria.

Cassian trató de detenerla mientras ella se levantaba. Cuando Nesta blandió esa espada contra el rey de Hybern.

No dijo nada. Solo se mantuvo firme.

El rey rio entre dientes y movió su propia espada.

—¿Me vas a mostrar lo que los ilyrios te enseñaron?

Estuvo sobre ella antes de que Nesta pudiera levantar más alto la espada.

Saltó hacia atrás, golpeando la espada de Hybern con la suya, con los ojos brillantes y muy abiertos. El rey atacó de nuevo, y Nesta una vez más esquivó y se retiró entre los árboles.

Lo estaba alejando… de Cassian.

Logró atraerlo unos cuantos metros antes de que el rey se aburriera.

Con dos movimientos la desarmó. Con otro la golpeó en la cara, tan fuerte que ella cayó al suelo.

Cassian gritó su nombre, intentando de nuevo arrastrarse hacia donde había caído.

El rey simplemente envainó su espada, irguiéndose sobre Nesta mientras ella trataba de levantarse.

—¿Y bien? ¿Qué más tienes?

Nesta se dio la vuelta y extendió una mano.

Un poder blanco y ardiente salió de la palma y se estrelló contra el pecho del rey.

Una estratagema. Para hacer que se acercara. Que bajara la guardia.

El poder de su ataque lo lanzó despedido hacia atrás, y los árboles se quebraron debajo de él. Uno tras otro tras otro.

El Caldero pareció asentarse. Es decir…, todo lo que quedaba. Todo lo que quedaba del poder de ella.

Nesta se puso en pie de un salto, trastabilló por el claro, con sangre en la boca, donde él la había golpeado, y se arrodilló junto a Cassian.

—Levántate —sollozó, tirando de su hombro—. Levántate.

Él lo intentó…, sin éxito.

—Eres demasiado pesado —dijo, pero trató de levantarlo, arañando con los dedos su negra armadura ensangrentada—. No puedo… Ya viene otra vez…

—Vamos —gruñó Cassian.

Su poder había dejado de empujar al rey por el bosque. Y este se dirigía hacia ellos, sacudiéndose astillas y hojas de la chaqueta…, tomándose su tiempo. Sabiendo que ella no se iría. Saboreando la matanza que lo esperaba.

Nesta apretó los dientes, tratando de levantar a Cassian una vez más. Un ruido de algo roto y un grito de dolor salieron de él.

—¡Vete! —le gritó.

—No puedo —susurró con voz quebrada—. No puedo.

Las mismas palabras que Rhys le había dicho.

Cassian gruñó de dolor, pero alzó las manos ensangrentadas para cogerle la cara.

—No tengo remordimientos en mi vida, salvo este. —Su voz temblaba con cada palabra—. Que no tuvimos tiempo. Que no tuve tiempo contigo, Nesta.

Ella no lo detuvo cuando se inclinó y la besó…, apenas un roce. Todo lo que pudo.

Le habló suavemente, enjugando la lágrima que se deslizaba por la cara de Nesta.

—Te encontraré otra vez en el próximo mundo…, en la próxima vida. Y tendremos ese tiempo. Lo prometo.

El rey de Hybern entró en el claro y el oscuro poder flotaba desde sus dedos.

Y hasta el Caldero pareció detenerse por la sorpresa…, sorpresa o alguna otra… sensación cuando Nesta miró al rey con la muerte revoloteándole entre las manos, luego a Cassian.

Y cubrió el cuerpo de este con el suyo.

Cassian se quedó quieto… Su mano se deslizó por la espalda de ella.

Juntos. Se irían juntos.

Te ofrezco un trato —le dije al Caldero—. *Te ofrezco mi alma. Sálvalos a ellos*.

—Romántico —dijo el rey—, pero desacertado.

Nesta no se movió de donde estaba, protegiendo el cuerpo de Cassian. El rey alzó la mano, el poder giraba como una galaxia oscura alrededor de ella.

Yo sabía que ambos morirían en el momento en que ese poder los golpeara.

Cualquier cosa —le supliqué al Caldero—. *Cualquier cosa*…

La mano del rey empezó a bajar.

Y luego se detuvo. Un ruido ahogado salió de él.

Por un momento pensé que el Caldero había respondido a mis súplicas.

Pero cuando una hoja negra abrió la garganta del rey, haciendo saltar la sangre, me di cuenta de que alguien más lo había hecho.

Elain salió de una sombra detrás de él y clavó *El que Dice la Verdad* hasta la empuñadura en la nuca del rey mientras le gruñía junto al oído:

—No toques a mi hermana.

Capítulo 75

El Caldero ronroneó en presencia de Elain cuando el rey de Hybern cayó de rodillas, agarrando el cuchillo que sobresalía de su garganta. Ella retrocedió un paso.

Se ahogaba, la sangre le goteaba de los labios y el rey se quedó con la boca abierta ante Nesta. Mi hermana se puso de pie.

No para dirigirse hacia Elain. Sino hacia el rey.

Nesta envolvió con la mano la empuñadura de obsidiana de *El que Dice la Verdad*.

Y lentamente, como si saboreara cada mínimo esfuerzo que hacía…, Nesta comenzó a girar el cuchillo. No una rotación de la hoja, sino una rotación hacia el interior del cuello del rey de Hybern.

Elain corrió hacia Cassian, pero el guerrero estaba jadeando…, jadeando y sonriendo sombríamente…, mientras Nesta giraba y giraba la hoja dentro del cuello del rey. Cortando carne, huesos y tendones.

Nesta lo miró antes de hacer el último movimiento, sus manos todavía tratando de arrancarse esa hoja del cuello.

Y en los ojos de Nesta… había la misma mirada, el mismo brillo que tenían aquel día en Hybern. Cuando ella lo apuntó con el dedo en una promesa de muerte. Sonrió un poco…, como si ella también lo recordara.

Y entonces empujó la hoja, como un trabajador que empuja una pesada rueda de molino.

Los ojos del rey se abrieron y la cabeza cayó de sus hombros al suelo.

—Nesta —gimió Cassian, tratando de alcanzarla con las manos.

La sangre del rey saltó sobre sus ropas de cuero, sobre su rostro.

A Nesta no pareció importarle mientras se inclinaba. Cuando tomó la cabeza caída y la levantó. La alzó en el aire y miró detenidamente…, los ojos muertos del de Hybern, su boca abierta.

No sonrió. Solo lo miró y lo miró y lo miró.

Salvaje. Implacable. Brutal.

—Nesta —susurró Elain.

Nesta parpadeó y entonces pareció darse cuenta de quién era la cabeza que tenía en la mano.

Lo que ella y Elain habían hecho.

La cabeza del rey rodó de sus manos ensangrentadas.

El Caldero pareció también darse cuenta de lo que había hecho, cuando la cabeza chocó contra el suelo cubierto de musgo. Que Elain… Elain había defendido a la ladrona. Elain, a la que había dotado con tales poderes, a la que encontró tan encantadora que quiso darle algo… No iba a hacerle daño a Elain, ni siquiera en su búsqueda para reclamar lo que le habían quitado.

Retrocedió en el momento en que los ojos de Elain se dirigieron a nuestro padre, muerto en el claro adyacente.

En el momento en que el grito salió de ella.

No.

Me lancé hacia ellas, pero el Caldero fue demasiado rápido. Demasiado fuerte.

Me arrojó lejos, lejos, muy lejos…, a través del campo de batalla.

Nadie parecía saber que el rey había muerto. Y nuestros ejércitos…

Rhys y los demás altos lores se habían entregado totalmente a los monstruos que acechaban debajo de su piel, y filas de soldados enemigos caían muertos, segados a su paso, triturados o eviscerados o partidos en dos. Y Helion…

El alto lord de Día estaba ensangrentado, su pelaje dorado chamuscado y desgarrado, pero continuaba luchando contra el comandante de Hybern. Que seguía sin ser alcanzado. El rostro impávido. Como si supiera que él podría muy bien ganar contra Helion Destructor de Hechizos ese día.

Nos alejamos, cruzando el campo. Hacia Bryaxis, que aún seguía luchando…, manteniendo la línea para los hombres de Graysen. Una nube negra les cortaba el sendero, los protegía. Bryaxis, el miedo en persona, custodiaba a los mortales.

Pasamos junto a Drakon y una mujer de cabello negro con piel como miel oscura, ambos enfrentándose a…

Jurian. Estaban peleando contra Jurian. Drakon tenía una vieja deuda que saldar…, y Miryam también.

Pasamos tan rápidamente que no pude oír lo que decían, no pude ver si Jurian estaba realmente defendiéndose o tratando de dar explicaciones. Mor se unió a la pelea, ensangrentada y cojeando, gritándole… Ese era el menor de nuestros problemas.

Porque nuestros ejércitos…

Hybern nos estaba superando. Sin el rey, sin el Caldero, todavía eran superiores. El fervor que el rey había despertado en ellos, su creencia de que habían sido maltratados y olvidados… Iban a seguir luchando. Ninguna solución los apaciguaría más allá de la restitución de aquello a lo que todavía creían tener derecho…, lo que creían que se merecían.

Eran demasiados. Muchos. Y todos estábamos agotados.

El Caldero se alejó, refugiándose en sí mismo.

Hubo un rugido de dolor…, un rugido que reconocí, incluso bajo aquella forma diferente, horrorosa.

Rhys. Rhys…

Vacilaba…, necesitaba ayuda…

El Caldero volvió a su lugar primitivo, y yo estaba otra vez encima de ese peñasco.

Otra vez mirando a Amren, que me daba una bofetada en la cara gritando mi nombre.

—¡Muchacha estúpida! —gritó—. ¡Combátelo!

Rhys estaba herido. Rhys estaba siendo superado…

Volví a entrar en mi cuerpo. Mi mano se mantuvo sobre el Caldero. Un lazo vivo. Pero con el Caldero ya instalado en sí mismo…, parpadeé. Podía parpadear.

Amren dejó escapar un suspiro.

—¿Qué diablos…?

—El rey ha muerto —dije con voz fría y extraña—. Y tú pronto vas a morir, también.

La mataría por lo que había hecho, por traicionarnos, fuera cual fuese la razón…

—Lo sé —replicó Amren en voz baja—. Y necesito que me ayudes a hacerlo.

Casi solté el Caldero ante esas palabras, pero ella negó con la cabeza.

—No lo rompas…, el contacto. Necesito que seas… un conducto.

—No entiendo.

—El suriel… te dio un mensaje. Para mí. Solo para mí.

La miré con gesto interrogante.

—La respuesta en el Libro no era un hechizo de control. Mentí sobre eso. Era… un conjuro para liberar. Para liberarme a mí —dijo.

—¿Qué?

Amren contempló la matanza. Los gritos de los moribundos todavía resonaban.

—Pensé que necesitaría a tus hermanas para ayudarte a controlar el Caldero, pero después de que te miraras en el Ouroboros…, supe que podrías hacerlo. Tú sola. Y yo sola. Porque cuando me liberaras con el poder del Caldero, en mi forma real…, borraría a ese ejército del mapa. Hasta el último de ellos.

—Amren…

Pero una voz masculina suplicó desde atrás:

—No lo hagas.

Varian apareció por el sendero rocoso, falto de aliento, salpicado de sangre.

Amren sonrió irónica.

—Como un sabueso siguiendo un olor.

—No lo hagas —repitió.

—Libérame —me pidió Amren, ignorándolo—. Déjame terminar con esto.

Empecé a negar con la cabeza.

—Tú… tú, si lo hago, te habrás ido… para siempre. Dijiste que no nos ibas a recordar, que ya no serías tú si eras liberada.

Amren nos sonrió ligeramente, a mí, a Varian.

—Los observé durante una eternidad…, a los humanos… En mi mundo también había humanos. Y los vi amar y odiar…, hacer guerras sin sentido y también paces valiosas. Los vi construir vidas, construir mundos. A mí… nunca me permitieron hacer esas cosas. Yo no había sido diseñada de esa manera, no se me había ordenado que lo hiciera. Así que miré. Y el día que vine aquí… fue la primera cosa que hacía solo para mí. Durante mucho mucho tiempo, pensé que era un castigo por desobedecer las órdenes de mi padre, por querer hacer algo. Pensaba que este mundo era un infierno en el que él me había encerrado por mi desobediencia.

Amren tragó saliva.

—Pero pienso…, me pregunto si mi padre supiera. Si él viera cómo yo los

veía amar, odiar y construir, y abriera esa rasgadura en el mundo no como castigo… sino como un regalo. —Sus ojos brillaron—. Porque ha sido un regalo. Este tiempo… contigo. Con todos vosotros. Ha sido un regalo.

—Amren —dijo Varian, y se arrodilló—. Te lo ruego…

—Dile al alto lord —susurró en voz baja— que deje fuera una taza para mí.

No creí que quedara en mi corazón ni una gota de dolor. Apreté el Caldero un poco más fuerte, notaba la garganta reseca.

—Lo haré.

Miró a Varian, con una sonrisa irónica en su boca roja.

—A algunos humanos los miré más… A los humanos que amaban. Nunca pude entender… cómo ocurría eso. Por qué ocurría. —Se detuvo a un paso del Caldero—. Pero creo que podría haber aprendido contigo. Quizá eso fue también un último regalo.

El rostro de Varian se retorció de angustia. Pero no hizo nada para detenerla.

Ella se volvió hacia mí. Y pronunció unas palabras en mi mente…: el hechizo que yo debía pensar, sentir y hacer. Asentí con la cabeza.

—Cuando esté libre —nos dijo Amren—, no corráis. Eso distraería mi atención.

Levantó una mano firme hacia mi brazo.

—Me alegro de que nos hayamos conocido, Feyre.

Le sonreí, inclinando la cabeza.

—Yo también, Amren. Yo también.

Amren me agarró la muñeca. Y se metió en el Caldero.

Luché. Luché con cada aliento para hacer el hechizo, con el brazo sumergido a medias en el Caldero mientras Amren se sumergía en el agua oscura que lo había llenado. Dije las palabras con mi voz, las dije con mi corazón, mi sangre y mis huesos. Las grité.

Su mano soltó mi brazo, derritiéndose como el rocío bajo el sol de la mañana.

El hechizo terminó; me quedé temblando, fuera de mí, y retrocedí, liberándome del Caldero. Varian me atrapó antes de que cayera, y me agarró con fuerza cuando contemplábamos la masa negra del Caldero, la superficie inmóvil.

—¿Está ella…? —susurró.

Empezó lejos, muy lejos debajo de nosotros. Como si Amren hubiera ido hasta el mismo núcleo del mundo.

Dejé que Varian me llevara unos cuantos pasos mientras la onda rugía a través de la tierra, dirigiéndose a nosotros, al Caldero.

Solo tuvimos el tiempo suficiente para arrojarnos detrás del peñasco más cercano cuando nos golpeó.

El Caldero se rompió en tres pedazos, abriéndose como se abre una flor…, y luego surgió ella.

Explotó para salir de esa cáscara mortal; la luz nos cegaba. La luz y el fuego.

Ella rugía… por la victoria, la rabia y el dolor.

Y yo habría jurado que veía grandes alas ardiendo, cada pluma una brasa en llamas, abriéndose todo a lo ancho. Habría jurado que una corona incandescente de luz flotaba encima de su pelo flameante.

Hizo una pausa. Lo que estaba dentro de Amren hizo una pausa.

Nos miró a nosotros…, al campo de batalla y a todos nuestros amigos, a nuestra familia, que todavía seguía luchando en él.

Como si dijera: «Os recuerdo».

Y luego se fue.

Extendió las alas y la ondulación de la llama y la luz la envolvieron…: un monstruo ardiente que se lanzó sobre los ejércitos de Hybern.

Todos comenzaron a correr.

Amren caía sobre ellos como un martillo, haciendo llover fuego y azufre.

Los barrió, quemándolos, bebiendo de su muerte. Algunos morían con el solo susurro de su paso.

Oí a Rhys que rugía… y el sonido era el mismo que el de ella. Victoria, rabia y dolor. Y advertencia. Una advertencia para que no huyeran.

Poco a poco, destruyó ese interminable ejército de Hybern. Poco a poco, borró su mancha, su amenaza. El sufrimiento que ellos nos habían traído.

Destrozó a ese comandante de Hybern, listo para darle a Helion un golpe mortal. Lo destrozó como si él estuviera hecho de vidrio. Y dejó solo cenizas detrás.

Pero ese poder… se estaba desvaneciendo. Brasa tras brasa iba desapareciendo.

Sin embargo, Amren se dirigió al mar, donde el ejército de mi padre y de Vassa luchaba junto al pueblo de Miryam. Barcos enteros llenos de soldados de

Hybern quedaban inutilizados después de que ella pasara por encima.

Como si sorbiera la vida de todos ellos. Incluso mientras su propia vida se iba escapando.

Amren llegó al último barco…, el último barco de nuestro enemigo…, y para entonces no era más que una llama en la brisa.

Y cuando aquella nave también quedó en silencio… solo hubo luz.

Brillante y limpia luz que danzaba sobre las olas.

Capítulo 76

Las lágrimas se deslizaban por la piel manchada de sangre de Varian mientras mirábamos ese lugar en el mar donde Amren había desaparecido.

Abajo, más allá, nuestras fuerzas empezaban a proclamar la victoria… con alegría.

Arriba, en la roca…, silencio absoluto.

Miré por último los fragmentos rotos del Caldero.

Tal vez yo lo había hecho. Al liberarla, había reventado el Caldero. O tal vez Amren, con su poder desatado…, había sido demasiado para el Caldero.

—Deberíamos irnos —le dije a Varian. Los otros estarían buscándonos.

Yo tenía que encontrar a mi padre. Tenía que enterrarlo. Tenía que ayudar a Cassian.

Tenía que ver quién más estaba entre los muertos… o entre los vivos.

Vacía. Estaba tan cansada y vacía…

Me las arreglé para ponerme de pie. Dar un paso antes de sentirlo.

Esa… cosa en el Caldero. O la falta de ella.

Era carencia y sustancia, ausencia y presencia. Y… se estaba derramando dentro del mundo.

Me atreví a dar un paso hacia él. Y lo que vi en esas ruinas del Caldero…

Era un vacío. Pero también un no vacío…, un brote creciendo.

No era de aquí. Era de cualquier lugar.

Había manos en mi cara, dándome la vuelta, tocándome.

—¿Estás herida? ¿Estás…?

Rhys tenía el rostro ensangrentado, lleno de contusiones. Sus manos todavía estaban coronadas con garras, sus colmillos aún alargados. Apenas saliendo de

esa forma de bestia.

—Tú… tú la has liberado…

Tartamudeaba. Temblaba. Yo no me sentía completamente segura de cómo estaba, incluso de pie.

No sabía por dónde empezar. Cómo explicarlo.

Lo dejé entrar en mi mente, su presencia amable…, y tan agotado como yo. Le permití ver a mi padre. A Nesta y a Cassian. Al rey. Y a Amren.

Todo eso.

Incluyendo esa cosa detrás de nosotros. Ese agujero.

Rhys me envolvió en sus brazos solo un momento.

—Tenemos un problema —murmuró Varian, señalando detrás de nosotros.

Seguimos la dirección de su dedo. Esa fisura en el mundo entre los fragmentos del Caldero… estaba creciendo.

El Caldero nunca podría ser destruido, nos lo habían advertido.

Porque nuestro mundo estaba ligado a él.

Si el Caldero era destruido…, nosotros también lo seríamos.

—¿Qué he hecho? —susurré. Había salvado a nuestros amigos… solo para condenarnos a todos nosotros.

Hecho. Hecho y no hecho.

Lo había roto. Y podía volver a hacerlo.

Fui a buscar el Libro y recorrí sus páginas.

Pero el oro estaba grabado con símbolos que solo un ser en esta tierra sabía leer, y ella se había ido. Lancé la maldita cosa al vacío dentro del Caldero.

Se desvaneció y no volvió a aparecer.

—Bueno, esa es una forma de intentarlo —dijo Rhys.

Me di la vuelta ante la broma, pero su cara era severa.

—No sé qué hacer —susurré.

Rhys estudió los restos.

—Amren dijo que eras un conducto. —Asentí con un movimiento—. Así que vuelve a serlo.

—¿Qué?

Me miró como si yo fuera la loca cuando dijo:

—Vuelve a hacer el Caldero. Fórjalo de nuevo.

—¿Con qué poder?

—El mío.

—Estás… estás agotado, Rhys. Yo también. Todos lo estamos.

—Inténtalo. Dame ese gusto.

Repasé en mi mente el hechizo que Amren me había enseñado. Cambié una cosa pequeña… Era una apuesta. Pero podría funcionar.

—Mejor que nada —dije, soltando un suspiro.

—Esa es la actitud. —El humor bailó en sus ojos.

Los muertos yacían alrededor de nosotros a lo largo de kilómetros, los gritos de los heridos comenzaban a alzarse, pero… habíamos detenido a Hybern. Detenido al rey.

Quizá en esto… en esto tendríamos suerte, también.

Extendí mi mano y mi mente hacia él.

Sus escudos estaban levantados…, paredes sólidas que había erigido durante la batalla. Pasé una mano sobre uno de ellos, pero permaneció en su lugar. Rhys me sonrió, me besó una vez.

—Recuérdame que nunca me ponga en el lado contrario de Nesta.

Que él pudiera siquiera bromear… era una forma de aguantar. Por los dos. Porque la alternativa a la risa… La cara devastada de Varian, mirándonos en silencio, era la alternativa. Y con esta cosa ante nosotros, esta última tarea…

Así que me las arreglé para sonreír.

Y todavía estaba sonriendo, apenas, cuando volví a poner la mano en los fragmentos rotos del Caldero.

Era un agujero. Sin aire. Ninguna vida podría existir ahí. Sin luz.

Era… era lo que había existido al principio. Antes de que todas las cosas hubieran salido de allí.

No era de aquí. Tal vez algún día, cuando la tierra hubiese crecido, envejecido y muriera, cuando las estrellas hubieran desaparecido, quizá entonces nosotros volveríamos a este lugar.

Ese día no. No en ese momento.

Yo era tanto forma como nada.

Y detrás de mí…, el poder de Rhys era una atadura. Un relámpago interminable que surgía de mí y se dirigía hacia este… lugar. Para ser conformado como yo quería.

Hecho y no-hecho.

Desde un rincón distante de mi memoria, de mi mente humana…, recordé un mural que había visto en la Corte Primavera. Escondido en una polvorienta biblioteca no utilizada. Contaba la historia de Prythian.

Contaba la historia de un Caldero. Este Caldero.

Y cuando fue sostenido por manos femeninas…, toda la vida fluyó de él.

Alargué la mía y el poder de Rhys onduló a través de mí.

Unidos. Unidos como uno. Pregunta y respuesta.

Yo no tenía miedo. No con él allí.

Junté mis manos en forma de cuenco, como si los fragmentos agrietados del Caldero pudieran encajar en ellas. El universo entero en las palmas de mis manos.

Comencé a pronunciar el último hechizo que Amren había encontrado para nosotros. Decirlo, pensarlo y sentirlo. Palabra y aliento y sangre.

El poder de Rhys fluyó a través de mí, fuera de mí. El Caldero apareció.

La luz bailaba a lo largo de las fisuras donde los fragmentos rotos se habían unido. Allí… allí yo tendría que forjar. Soldar. Atar.

Puse una mano sobre el costado del Caldero. Un poder brutal, crudo, salió en cascada de mí.

Me incliné de nuevo sobre él, sin temor a ese poder, al varón que me abrazaba.

Fluía y fluía, una represa que explotaba y liberaba pura noche.

Las grietas chisporrotearon y se hicieron borrosas.

El vacío empezó a retroceder.

Más. Necesitábamos más.

Él me lo dio. Rhys lo entregó todo.

Yo era un portador, un recipiente, un eslabón.

Te amo, susurró en mi mente.

Me recosté en él, saboreando su calor, incluso en este no-lugar.

El poder se estremecía a través de él. Se envolvía alrededor del Caldero. Yo recitaba el hechizo una y otra vez.

La primera grieta se cerró.

Luego la segunda.

Lo sentí temblar detrás de mí, oí su húmedo y áspero aliento. Traté de darme la vuelta…

Te amo, dijo de nuevo.

La tercera y última grieta empezó a cerrarse.

El poder de él comenzó a crepitar. Pero siguió fluyendo.

Yo arrojé el mío dentro de él, chispas, nieve, luz, agua. Juntos lo echamos todo dentro. Entregamos hasta la última gota.

Hasta que el Caldero estuvo entero. Hasta que la cosa que contenía… estaba allí. Encerrada.

Hasta que pude sentir el sol otra vez calentándome la cara. Y vi a ese Caldero afirmado delante de mí, bajo mi mano.

Aparté los dedos del borde de hierro helado. Miré dentro, hacia las oscuras profundidades.

No había grietas. Entero.

Solté un suspiro tembloroso. Lo habíamos hecho. Habíamos hecho…

Me di la vuelta.

Me llevó un momento comprender lo que vi.

Rhys estaba tumbado en el suelo rocoso, con las alas recogidas detrás de él.

Parecía que estaba durmiendo.

Pero mientras yo tomaba aliento…

Ya no estaba allí.

Esa cosa que subía y bajaba con cada respiración. Que se hacía eco de cada latido del corazón.

El lazo de apareamiento.

No estaba allí. Se había ido.

Porque su propio pecho… no se movía.

Y Rhys estaba muerto.

Capítulo 77

Solo tenía silencio en mi cabeza. Solo silencio, cuando empecé a gritar.

Gritaba y gritaba y gritaba.

El vacío en mi pecho, en mi alma, ante la falta de ese lazo, esa vida…

Lo estaba sacudiendo, gritando su nombre y sacudiéndolo, y mi cuerpo dejó de ser mi cuerpo y se convirtió en esa cosa que me sostenía y esa falta de él, y no podía dejar de gritar y gritar…

Mor estaba allí. Y Azriel, balanceándose sobre sus pies, un brazo enganchado alrededor de Cassian…, tan ensangrentado y apenas de pie gracias a los parches azules y entrelazados del Sifón repartidos sobre todo el cuerpo. Sobre los cuerpos de ambos.

Estaban diciendo cosas, pero todo lo que podía oír era ese último «te amo», que no había sido una declaración sino un adiós.

Y él lo supo. Supo que no le quedaba nada y en caso de detenerse se lo habría llevado todo. Le habría costado todo. Había mantenido sus escudos alzados para que yo no lo viera, porque entonces yo no habría aceptado, hubiera preferido que el mundo terminara antes que esto, esta cosa que él había hecho y esa vacuidad donde él estaba, donde estábamos nosotros…

Alguien trató de apartarme de Rhys y emití un sonido que podría haber sido un gruñido u otro grito, y me soltó.

No podía vivir con esto, no podía soportarlo, no podía respirar…

Había manos…, manos desconocidas en su garganta. Tocándolo…

Me lancé sobre ellas, pero alguien me retuvo.

—Está comprobando si hay algo que se pueda hacer —dijo Mor con la voz tensa.

Él… él. Thesan. Alto lord de Amanecer. Y de curación. Me lancé nuevamente, suplicándole, rogándole…

Pero negó con la cabeza. Mirando a Mor. A los otros.

Tarquin estaba allí. Helion. Jadeando y maltrecho.

—Él… —Helion habló con voz ronca, luego negó con la cabeza, cerrando los ojos—. Por supuesto que lo ha hecho —dijo, más para sí mismo que dirigiéndose a alguien.

—Por favor. —No estaba segura de con quién estaba hablando. Mis dedos arañaron la armadura de Rhys, tratando de llegar al corazón que había debajo.

El Caldero…, tal vez el Caldero…

Yo no conocía esos hechizos. Cómo ponerlo dentro y asegurarme de que volviera a salir…

Unas manos envolvieron la mía. Estaban salpicadas de sangre y tenían cortes, pero eran delicadas. Traté de alejarme, pero se mantuvieron firmes cuando Tarquin se arrodilló a mi lado y dijo:

—Lo siento.

Fueron esas dos palabras las que me destrozaron. Me destrozaron de una manera que yo no sabía que aún podía romperme, un desgarro de cada atadura, de cada lazo.

«Quédate con el alto lord —había sido la última advertencia del suriel—. Quédate con él… Y vive para verlo todo enderezado».

Una mentira. Una mentira, como Rhys me había mentido. «Quédate con el alto lord».

Quedarse.

¿Para esto…? Los restos rotos del lazo de apareamiento flotando en un viento fantasma dentro de mí. Me agarré a ellos…, tiré de ellos, como si él fuera a responder.

«Quédate. Quédate, quédate, quédate».

Me aferré a esos restos, arañando el vacío que acechaba más allá.

Quedarse.

Miré a Tarquin, con los labios apretados sobre los dientes. Miré a Helion. Y a Thesan. Y a Beron y a Kallias, a Viviane llorando a su lado. Y gruñí:

—Traedlo de vuelta.

Caras inexpresivas.

—¡TRAEDLO DE VUELTA! —les grité.

Nada.

—Lo hicisteis por mí —dije, respirando con dificultad—. Ahora hacedlo por él.

—Tú eras una humana —explicó Helion con cuidado—. No es lo mismo…

—No me importa. Hacedlo. —Al ver que no se movían, reuní los restos de mi poder, preparándome para entrar en sus mentes y obligarlos, sin importarme qué reglas o leyes estaba quebrantando. No me importaba, con tal de…

Tarquin dio un paso adelante. Poco a poco extendió la mano hacia mí.

—Por lo que ha dado —dijo el alto lord en voz baja—. Hoy y por muchos años antes.

Y cuando esa semilla de luz apareció en la palma de su mano…, comencé a llorar de nuevo. La vi caer sobre la garganta desnuda de Rhys y desaparecer en la piel, un eco de luz brilló una vez.

Helion dio un paso adelante. Ese grano de luz en su mano parpadeó cuando cayó sobre la piel de Rhys.

Luego Kallias. Y Thesan.

Hasta que solo Beron no se movió.

Mor sacó su espada y se la puso sobre la garganta. Se estremeció, sin siquiera haberla visto.

—No me importa matar una vez más hoy —afirmó ella.

Beron le dirigió una mirada fulminante, pero sacó la espada y caminó hacia delante. Prácticamente lanzó aquel rayo de luz sobre Rhys. A mí tampoco me importó eso.

No conocía el hechizo, ni el poder del que provenía. Pero yo era alta lady.

Extendí la palma de la mano. Dispuesta a que la chispa de la vida apareciera. Nada sucedió.

Respiré una vez con firmeza, intentando recordar cómo lo habían hecho.

—Decidme cómo —gruñí, sin dirigirme a nadie en particular.

Thesan tosió y dio un paso adelante. Para explicar la esencia del poder, y siguió y siguió hablando. No me importaba, pero lo escuché, hasta que…

Allí. Pequeño como una semilla de girasol, apareció en la palma de mi mano un poco de mi vida.

La puse suavemente en la garganta cubierta de sangre seca de Rhys.

Y me di cuenta, justo cuando apareció, de lo que faltaba.

Allí estaba Tamlin, convocado por la muerte de un compañero alto lord o por alguno de los otros que me rodeaban. Estaba salpicado de barro y sangre, su

nueva bandolera de cuchillos casi vacía.

Observó a Rhys, sin vida delante de mí. Nos observó a todos nosotros…, las palmas de sus manos pegadas a los costados.

No había amabilidad en su rostro. Ni piedad.

—Por favor —fue todo lo que le dije.

Entonces Tamlin nos miró, a mí y a mi pareja. Su rostro no cambió.

—Por favor —supliqué—. Yo… te daré cualquier cosa…

Algo se movió en sus ojos cuando declaré eso. Pero no fue amabilidad. Ninguna emoción en absoluto.

Puse la cabeza en el pecho de Rhysand, tratando de captar algún tipo de latido del corazón a través de la armadura.

—Cualquier cosa —prometí sin dirigirme a nadie en particular—. Cualquier cosa.

Pasos que se arrastraban sobre el suelo rocoso. Me preparé para que otras manos trataran de alejarme, y entonces clavé los dedos con más fuerza.

Los pasos se detuvieron detrás de mí durante el tiempo suficiente para que me diera la vuelta para ver.

Allí estaba Tamlin. Me miraba fijamente. Aquellos ojos verdes estaban inmersos en alguna emoción que no pude definir.

—Sé feliz, Feyre —dijo en voz baja.

Y dejó caer ese último núcleo de luz sobre Rhysand.

No pude presenciarlo… cuando me lo hicieron a mí.

Así que todo lo que hice fue aferrarme a él. A su cuerpo, a los restos de aquel lazo.

—Quédate —le supliqué—. Quédate.

La luz brilló más allá de mis párpados cerrados.

Quedarse.

Y en el silencio… empecé a decírselo.

Sobre aquella primera noche en que lo vi. Cuando oí esa voz que me llamaba desde las colinas. Cuando no pude resistirme a su convocatoria, y en ese momento… en ese momento me pregunté si lo había oído llamarme en Calanmai. Si había sido su voz la que me llevó allí esa noche.

Le revelé cómo me había enamorado de él…, cada mirada, cada sonido intercambiado, cada explosión de risa que me arrancaba. Le conté todo lo que habíamos hecho y lo que eso había significado para mí, y todo lo que todavía quería hacer. Toda la vida que todavía nos quedaba.

Y a cambio… se oyó un ruido sordo.

Abrí los ojos. Otro golpe sordo.

Y entonces su pecho se movió, levantando mi cabeza con él.

No podía moverme, no podía respirar.

Una mano me rozó la espalda.

Entonces Rhys gimió:

—Si estamos todos aquí, entonces es que las cosas han salido muy muy mal, o muy bien.

Cassian dejó escapar una risa áspera.

Yo no podía levantar la cabeza, no podía hacer otra cosa que abrazarlo, saboreando cada latido de su corazón, y la respiración y el retumbar de su voz cuando Rhys habló:

—Todos vosotros estaréis encantados de saber… que mi poder sigue siendo mío. No hay robos posibles aquí.

—Tú sí que sabes cómo hacer una entrada —aseguró Helion—. ¿O debo decir una salida?

—Eres horrible —saltó Viviane—. Eso no es ni remotamente gracioso.

No oí qué otras cosas dijeron. Rhys se incorporó y me sacó de encima de él. Me apartó el pelo pegado a mis húmedas mejillas.

—«Quédate con el alto lord» —murmuró.

No lo pude creer… hasta que miré esa cara. Aquellos ojos salpicados de estrellas.

No me había permitido creer que no era otra cosa que una ilusión…

—Es real —me dijo él, y me besó la frente—. Y… hay otra sorpresa.

Señaló con una mano el Caldero reconstruido.

—Que alguien pesque a la querida Amren antes de que ella pesque un resfriado.

Varian se volvió hacia nosotros. Y Mor corrió hacia el Caldero, y gritó cuando metió la mano en…

—¿Cómo? —exclamé casi sin voz.

Azriel y Varian estaban allí, ayudando a Mor a sacar una figura empapada del agua oscura.

El pecho de ella subía y bajaba, sus rasgos eran los mismos, pero…

—Ella estaba allí —explicó Rhys—. Cuando el Caldero se estaba sellando. Yendo… adondequiera que fuéramos.

Amren escupió agua y vomitó sobre el suelo rocoso. Mor le golpeaba la espalda a la vez que le decía palabras de cariño.

—Así que he tendido una mano —continuó Rhys en voz baja— para ver si ella quería regresar.

Y Amren abrió los ojos… Varian dejó escapar un ruido ahogado de alivio y alegría…

Yo sabía… lo que había abandonado para volver. Alta fae…, y solo eso.

Sus ojos plateados eran firmes. Inconmovibles. Sin humo, sin niebla ardiente en ellos.

Una vida normal, sin rastro de sus poderes a la vista.

Y cuando Amren me sonrió…, me pregunté si ese era su último regalo.

Si todo… Si todo habría sido un regalo.

Capítulo 78

Entre el extenso campo de cadáveres y heridos había un cuerpo que yo quería enterrar.

Solo Nesta, Elain y yo volvimos a ese claro, una vez que Azriel nos aseguró que la batalla estaba verdaderamente terminada.

Dejar que Rhys quedara fuera de mi vista para organizar nuestros ejércitos dispersos, separar los vivos de los muertos y lograr una apariencia de orden, fue todo un ejercicio de autocontrol.

Casi le rogué a Rhys que viniera con nosotras, así no tenía que soltarle la mano, que no había dejado de apretarle desde aquellos momentos en que oí su hermoso, sólido latido del corazón resonando en su cuerpo una vez más.

Pero esta tarea, esta despedida…, sabía, en el fondo, que era algo solo para mis hermanas y para mí.

Así que solté la mano de Rhys, lo besé una vez, dos veces, y lo dejé en el campamento de guerra para ayudar a Mor a llevar a Cassian al sanador más cercano.

Nesta los estaba observando cuando las encontré a ella y a Elain en el borde exterior del arbolado. ¿Le había hecho ella alguna curación, de alguna manera, en esos momentos después de haberle cortado la cabeza al rey? ¿O habrían sido la sangre inmortal de Cassian y el remedio de urgencia de Azriel, que lo habían curado lo suficiente para ponerse de pie, incluso con el ala y la pierna destrozadas? No le pregunté nada a mi hermana, y ella no dio ninguna explicación mientras tomaba el cubo de agua que colgaba de las manos todavía ensangrentadas de Elain, y las seguí a ambas entre los árboles.

El cadáver del rey de Hybern estaba en el claro y los cuervos ya lo estaban picoteando.

Nesta le escupió encima antes de acercarnos a nuestro padre. Los cuervos apenas se dispersaron a tiempo de evitar el salivazo.

Los gritos y los gemidos de los heridos eran una pared distante de sonidos…, otro mundo lejos del claro moteado por el sol. De la sangre todavía fresca en el musgo y la hierba. Bloqueé el olor a cobre… de la sangre de Cassian, así como de la sangre del rey y de la sangre de Nesta.

Solo nuestro padre no había sangrado. No se le había dado la oportunidad de hacerlo. Y por alguna pequeña misericordia de la Madre, los cuervos no habían comenzado con él.

Elain le lavó suavemente la cara. Le peinó el cabello y la barba. Le ordenó la ropa.

Encontró flores… en algún lugar. Las puso cerca de la cabeza, sobre el pecho.

Lo miramos en silencio.

—Te quiero —susurró Elain, con voz quebrada.

Nesta no dijo nada, su rostro impenetrable. Había muchas sombras en sus ojos. Yo no les dije lo que había visto…, dejé que ellas me dijeran qué querían hacer.

Elain exhaló un suspiro.

—¿Deberíamos… decir una plegaria?

No teníamos esas cosas en el mundo humano, recordé. Mis hermanas no tenían plegarias para ofrecerle. Pero en Prythian…

—Que la Madre te abrace —susurré, recitando palabras que no había oído desde aquel día en Bajo la Montaña—. Que puedas pasar por las puertas; que puedas oler esa tierra inmortal de leche y miel. —Una llama se encendió en las puntas de mis dedos. Era todo lo que pude reunir. Todo lo que me quedaba—. No temas al mal. Que no sientas ningún dolor. —Me temblaba la boca al hablar casi sin voz—. Que puedas entrar en la eternidad.

Las lágrimas se deslizaban por las pálidas mejillas de Elain mientras recolocaba una flor que había quedado suelta en el pecho de nuestro padre, una flor de blancos pétalos y delicada, y luego retrocedió para ponerse a mi lado con un movimiento de cabeza.

La cara de Nesta no se movió cuando envié ese fuego para incinerar el cuerpo de nuestro padre.

Fue ceniza en el viento en cuestión de momentos.

Observamos el espacio de tierra quemada durante largos minutos, con el sol moviéndose sobre nuestras cabezas.

Se oyeron crujidos de pasos sobre la hierba detrás de nosotras.

Nesta se dio la vuelta y…

Lucien. Era Lucien.

Lucien, demacrado y ensangrentado, jadeando. Como si hubiera huido desde la costa.

Su mirada se detuvo en Elain y él se aflojó un poco. Pero ella simplemente se rodeó el cuerpo con los brazos y se quedó a mi lado.

—¿Estás herida? —le preguntó, acercándose a nosotras. Observando la sangre que salpicaba las manos de Elain.

Se detuvo brevemente cuando vio la cabeza cortada del rey de Hybern en el otro lado del claro. Nesta todavía estaba cubierta con su sangre.

—Estoy bien —respondió Elain en voz baja. Y luego preguntó, al ver la sangre seca que lo cubría, las ropas desgarradas y las armas todavía ensangrentadas—. ¿Estás…?

—Bueno, no quisiera nunca volver a pelear en otra batalla mientras viva, pero… sí, sigo de una sola pieza.

Una débil sonrisa floreció en los labios de Elain. Pero Lucien vio el trozo de hierba quemada detrás de nosotras y dijo:

—Me he enterado… de lo que pasó. Lamento vuestra pérdida. De todas vosotras.

Simplemente me dirigí hacia él y le puse los brazos alrededor del cuello, aunque no era de mí el abrazo que él esperaba.

—Gracias por venir. A la batalla, quiero decir.

—Tengo una historia fantástica que contarte —señaló, estrechándome con fuerza—. Y no te sorprendas si Vassa te arrincona apenas ponga orden en la flota. Y se ponga el sol.

—¿De veras está…?

—Sí. Pero tu padre, siempre negociador… —Una ligera sonrisa triste dirigida a aquel espacio de hierba quemada—…, se las arregló para llegar a un acuerdo con el guardián de Vassa para que ella viniera aquí. Durante un tiempo, pero… eso fue mejor que nada. Pero sí…, reina por la noche, ave de fuego durante el día. —Dejó escapar un suspiro—. Horrible maldición.

—Las reinas humanas todavía están por ahí —indiqué—. Tal vez debería

buscarlas.

—No estarán por ahí durante mucho tiempo… No si Vassa tiene algo que ver con eso.

—Pareces muy impresionado por ella.

Lucien se ruborizó, mirando a Elain.

—Tiene mal genio y una boca más sucia todavía. —Me dirigió una mirada irónica—. Te llevarás bien con ella.

Le di un codazo en las costillas.

Pero Lucien miró de nuevo aquella hierba chamuscada, y su rostro salpicado de sangre se volvió solemne.

—Era un buen hombre —dijo—. Os quería mucho a todas vosotras.

Asentí con la cabeza, incapaz de hablar. Los pensamientos. Nesta ni siquiera parpadeó para indicar que lo había oído. Elain simplemente apretó sus brazos con más fuerza sobre sí misma y dejó caer unas cuantas lágrimas.

Liberé a Lucien del tormento de decidir si tocarla o no, y lo cogí del brazo para empezar a alejarme, dejando que mis hermanas decidieran seguirnos o permanecer allí…, si deseaban tener un momento a solas junto a esa hierba quemada.

Elain se nos unió.

Nesta se quedó.

Caminó a mi lado, mirando a Lucien. Él se dio cuenta.

—Me han contado que tú has dado el golpe mortal —le comentó.

Elain observó los árboles que había delante.

—Nesta lo ha hecho. Yo solo lo he apuñalado.

Lucien pareció buscar una respuesta, pero yo le evité tener que hacerlo.

—Entonces ¿adónde irás ahora? ¿Te vas con Vassa? —Me preguntaba si él se había enterado de todo lo que había hecho Tamlin…, de la ayuda que nos había proporcionado. Una mirada a mi amigo me indicó que alguien se lo había contado. Mi compañero, tal vez.

Lucien se encogió de hombros.

—Primero… aquí. Para ayudar. Luego… —Le lanzó otra mirada a Elain—. ¿Quién sabe?

Le di un codazo a Elain, que parpadeó y luego le dijo:

—Podrías venir a Velaris.

Él asintió con amabilidad.

—Será un placer.

Mientras volvíamos caminando hacia el campamento, Lucien nos contó lo que había hecho mientras estuvo ausente… Su búsqueda de Vassa, cómo la había encontrado ya con mi padre, con un ejército que avanzaba hacia el oeste. Cómo los encontraron Miryam y Drakon después de que hubieran partido para ayudarnos.

Todavía estaba pensando en todo lo que había dicho cuando me metí en mi tienda para finalmente quitarme la ropa de cuero, dejándolos a él y a Elain para que buscaran un lugar donde lavarse. Y hablar…, tal vez.

Pero cuando atravesé la puerta oí ruidos en el interior de la tienda…, una conversación. Muchas voces, una de ellas era la de mi compañero.

Di un paso y supe que no me iba a cambiar de ropa durante un buen rato.

Sentado en una silla delante del brasero estaba el príncipe Drakon, y Rhys echado y todavía ensangrentado sobre los almohadones frente a él. Y en las almohadas al lado de Rhys se acomodaba una hembra encantadora, el cabello oscuro le caía por la espalda en atractivos rizos, y me sonreía.

Miryam.

Capítulo 79

El rostro sonriente de Miryam era más humano que de alta fae. Pero Miryam, lo recordé mientras ella y Drakon se levantaban para saludarme, solo era mitad fae. Tenía las orejas delicadamente puntiagudas, pero… había algo todavía humano en ella. En esa amplia sonrisa que iluminó sus ojos castaños.

Al instante me gustó. El barro salpicaba su ropa de cuero…, diferente de la que usaban los ilyrios pero obviamente diseñada por otro pueblo volador para mantenerse calientes por los aires…, y unas pocas manchas de sangre salpicaban su piel morena en el cuello y las manos, pero no parecía darse cuenta. O quizá no le importaba. Me tendió las manos.

—Alta lady —me saludó Miryam, con un acento igual al de Drakon. Rico y ondulante.

Le tomé las manos y me sorprendió encontrarlas secas y calientes. Ella me apretó con fuerza mientras yo me las arreglaba para decir:

—He oído hablar tanto de ti… Muchas gracias por venir. —Eché un vistazo donde Rhys todavía seguía tendido en los almohadones, observándonos con las cejas levantadas—. Para alguien que acaba de morir —le dije con humor—, te ves muy relajado.

Rhys sonrió.

—Me alegro de que estés recuperando tu espíritu habitual, Feyre, cariño.

Drakon se rio y me tomó las manos, apretándolas con tanta fuerza como lo había hecho su compañera.

—Lo que no quiere decirte, mi alta lady, es que es tan terriblemente viejo que no puede ponerse de pie ahora mismo.

Me volví hacia Rhys.

—Eres tan…

—Está bien, está bien —dijo Rhys, agitando una mano, y hasta gimió un poco—. Aunque tal vez ahora te des cuenta de por qué no me molesté en visitar a estos dos durante tanto tiempo. Son muy crueles conmigo.

Miryam se echó a reír, dejándose caer de nuevo sobre los almohadones.

—Tu compañero estaba contándonos tu historia, pues parece que tú ya conoces la nuestra.

Así era, pero cuando el príncipe Drakon regresó con gracia a su asiento y yo me senté en el sillón junto a él, simplemente observándolos a los dos…, pensé que quería saberlo todo. Algún día…, no al día siguiente ni al otro, pero… algún día querría escuchar su historia completa. Pero por ahora…

—Os vi… os vi a los dos luchando contra Jurian. —Drakon de inmediato se puso tenso. Los ojos de Miryam se cerraron cuando le pregunté—: ¿Está… muerto?

—No —fue lo único que Drakon dijo.

—Mor —lo interrumpió Miryam, frunciendo el ceño— terminó convenciéndonos para que no…, para que arregláramos las cosas.

Lo habrían hecho. Pero por la expresión en la cara de Drakon, el príncipe todavía no parecía convencido. Y por el brillo embrujado en los ojos de Miryam, parecía que había ocurrido mucho más durante esa pelea de lo que ellos dejaban traslucir.

—¿Dónde está? —pregunté.

Drakon se encogió de hombros.

—Después de no matarlo, no tengo ni idea de adónde ha ido.

Rhys me dirigió una media sonrisa.

—Está con los hombres de lord Graysen.

—¿Eres amiga de Jurian? —preguntó Miryam con mucho cuidado.

—No —respondí—. Quiero decir…, no lo creo. Pero… cada palabra que dijo era verdad. Y lo cierto es que él me ayudó. Mucho.

Ninguno de los dos dio muestras de asentimiento mientras intercambiaban una larga mirada, palabras no dichas que pasaban entre ellos.

Rhys preguntó:

—Me pareció ver a Nephelle durante la batalla… ¿Hay alguna posibilidad de llegar a saludarla, o ahora es demasiado importante para dedicarme un minuto de su tiempo? —La risa…, su hermosa risa…, bailó en sus ojos.

Me enderecé, sonriendo.

—¿Ella está aquí?

Drakon levantó una ceja oscura.

—¿Conoces a Nephelle?

—Sé quién es —asentí, y miré hacia la puerta de la tienda de campaña como si ella estuviera a punto de entrar—. Yo… Es una larga historia.

—Tenemos tiempo para escucharla —dijo Miryam, y añadió—: O… un poco de tiempo, supongo.

Porque de hecho había muchas cosas que resolver. Entre ellas…

Negué con la cabeza.

—Más tarde —le propuse a Miryam y a su compañero. La prueba de que un mundo podía existir sin muro, sin Tratado—. Hay algo… —Le transmití mi pensamiento por el lazo a Rhys, y obtuve un gesto de aprobación antes de preguntar—: ¿Tu isla sigue siendo secreta?

Miryam y Drakon intercambiaron una mirada de culpabilidad.

—Pedimos disculpas por eso —declaró ella—. Parece que el hechizo funcionó demasiado bien, si es que mantuvo alejados a los mensajeros bien intencionados. —Sacudió la cabeza y aquellos hermosos rizos se movieron con ella—. Habríamos venido antes… Partimos en el momento en que nos dimos cuenta de que todos vosotros teníais problemas.

—No —dije, buscando las palabras—. No… no te culpo. Madre sagrada, os debemos tanto… —Lancé un suspiro—. Estamos en deuda con vosotros. —Drakon y Miryam se dispusieron a protestar, pero yo continué—: Lo que quiero decir es…: si hubiera un objeto de terrible poder que ahora necesitara mantenerse oculto… ¿Cretea seguiría siendo un buen lugar para ello?

Otra vez esa mirada entre los dos, una mirada entre compañeros.

—Sí —afirmó Drakon.

Miryam suspiró.

—Te refieres al Caldero.

Asentí con un movimiento de cabeza. Había sido arrastrado hasta nuestro campamento y vigilado por los pocos ilyrios que aún podían mantenerse en pie. Ninguno de los otros altos lores había preguntado…, por ahora. Pero ya intuía el debate que se podría desatar, la guerra que tendría lugar internamente acerca de quién, exactamente, debía custodiar el Caldero.

—Tiene que desaparecer —dije, bajando la voz—. De forma permanente —añadí—. Antes de que a alguien se le ocurra reclamarlo.

Drakon y Miryam lo consideraron y una conversación no hablada discurrió

entre ellos, tal vez a través de su propio lazo de apareamiento.

—Cuando nos vayamos —dijo por último Drakon—, alguna de nuestras naves podría encontrarse un poco más pesada de lo habitual en el agua.

Sonreí.

—Gracias.

—¿Cuándo piensas partir exactamente? —preguntó Rhys, levantando una ceja.

—¿Ya nos estás echando? —bromeó Drakon con una media sonrisa.

—Dentro de unos días —intervino Miryam con ironía—. Cuando los heridos estén recuperados.

—Bien —dije.

Todos me miraron. Tragué saliva.

—Quiero decir… Desde luego no es que me alegre de que os vayáis. —La diversión centelleó en los ojos de Miryam. Yo también sonreí—. Os quiero aquí. Porque me gustaría convocar una reunión.

Al día siguiente… No se cómo conseguí que nos reuniéramos tan rápido. Tan solo expliqué lo que quería, lo que necesitábamos hacer, y… Rhys y Drakon se encargaron de que sucediera.

No teníamos el espacio adecuado para hacerlo, sobre todo con los campamentos en desorden. Pero había un lugar…, a pocos kilómetros.

Y cuando el sol se puso y la propiedad medio en ruinas de mi familia se llenó de altos lores, príncipes, generales y comandantes, humanos y fae…, todavía no podía dar respuesta a esa cuestión. Cómo pudimos reunirnos todos en el gigantesco salón, el único espacio utilizable en la antigua residencia de mi familia y, en efecto, llevar a cabo… esta asamblea.

Había dormido durante toda la noche, profunda e imperturbablemente con Rhys en la cama a mi lado. No lo solté hasta que el amanecer se filtró en nuestra tienda. Todavía entonces los campamentos de guerra estaban demasiado llenos de sangre, de heridos y de muertos. Y necesitábamos esa reunión para organizar los ejércitos, los campamentos y los pueblos que habíamos evacuado.

Nos llevó todo el día prepararlo, pero al final, me encontré en el semiderruido vestíbulo, con Rhys y los otros a mi lado. La lámpara de araña era

una masa de fragmentos detrás de nosotros sobre el agrietado suelo de mármol.

Los altos lores llegaron primero. Comenzando por Beron.

Beron, que ni siquiera miró a su hijo, que no era su hijo. Lucien, de pie a mi lado, tampoco reconoció la existencia de Beron. Ni la de Eris, que caminaba un paso detrás de su padre.

Eris estaba magullado y aún recuperándose, lo suficiente para indicar que debía de haber estado muy mal después de que la lucha cesara el día anterior. Mostraba un corte brutal en la mejilla y el cuello…, apenas cicatrizado. Mor dejó escapar un gruñido de satisfacción al verlo…, o tal vez fue un sonido de decepción al ver que la herida no había sido fatal.

Eris continuó su marcha como si no la hubiera oído, y al menos no hizo ningún comentario sarcástico. Solo hizo un gesto de asentimiento hacia Rhys.

Era una promesa silenciosa: pronto. Pronto, tal vez, Eris finalmente tomaría lo que deseaba… y nos reclamaría el pago de nuestra deuda.

No nos molestamos en responder con otro gesto. Ninguno de nosotros. Especialmente Lucien, quien siguió haciendo caso omiso de su hermano mayor.

Pero cuando Eris pasó por allí…, yo habría jurado que había algo como tristeza…, como arrepentimiento en sus ojos, cuando miró a Lucien.

Tamlin cruzó el umbral momentos después.

Tenía un vendaje en el cuello y otro en el brazo. Llegó, como lo había hecho en aquella primera reunión, sin nadie que lo acompañara.

Me pregunté si sabía que esta casa destruida había sido comprada con el dinero que él le había dado a mi padre. Con la amabilidad que le había mostrado.

Pero la atención de Tamlin no estaba puesta en mí.

Estaba puesta en la persona a mi izquierda: Lucien.

Este dio un paso adelante, con la cabeza alta, y su ojo metálico no dejaba de zumbar. Mis hermanas ya estaban en la sala de estar, listas para guiar a los huéspedes a los lugares asignados. También eso lo habíamos organizado con sumo cuidado.

Tamlin se detuvo a pocos metros de distancia. Ninguno de nosotros dijo una palabra cuando Lucien abrió la boca.

—Tamlin…

Pero la atención de este se había dirigido a la ropa que Lucien llevaba en ese momento. La de cuero ilyrio.

Podría haber estado vistiendo de negro como en la Corte Noche.

Me supuso un esfuerzo mantener la boca cerrada, no explicar que Lucien no

tenía más ropa que esa, y que lo que llevaba puesto no era un signo de su lealtad…

Tamlin solo sacudió la cabeza, el odio hirviendo en sus ojos verdes, y siguió caminando. No pronunció ni una palabra.

Miré a Lucien a tiempo para ver la culpa, la devastación que destellaban en ese ojo rojizo. Rhys le había contado a Lucien todo lo que Tamlin había hecho para ayudar de manera encubierta. Su ayuda para arrastrar a Beron a ese lugar. El hecho de haberme salvado en el campamento. Pero Lucien permaneció de pie junto a nosotros cuando Tamlin encontró su lugar en la sala de estar a nuestra derecha. No miró a su amigo ni una sola vez.

Lucien no era tan tonto como para pedir perdón.

Esa conversación, ese enfrentamiento…, se produciría en otro momento. Otro día, semana o mes.

Perdí la cuenta de quiénes fueron pasando después. Drakon y Miryam junto con una multitud de su gente. Incluso…

Comencé con la hembra menuda de pelo oscuro que entró a la derecha de Miryam, sus alas mucho más pequeñas que las de los otros seraphim.

Miré hacia donde estaba Azriel, al otro lado de Rhys, todo vendado y las alas entablilladas. El cantor de sombras asintió con la cabeza en señal de confirmación. Nephelle.

Sonreí a la legendaria guerrera-escriba cuando ella notó mi mirada en el momento en que pasó. Me devolvió la sonrisa.

Siguieron Kallias y Viviane, junto con esa mujer que era, efectivamente, su hermana. Luego Tarquin y Varian. Thesan y su malherido capitán de los peregryn…, cuya mano él sostenía con fuerza.

Helion fue el último de los altos lores en llegar. No me atreví a mirar a través de la puerta en ruinas hacia donde se hallaba Lucien en ese momento en la sala de estar, cerca de Elain, mientras ella y Nesta se mantenían pegadas a la pared junto a la hilera de ventanas en voladizo.

Beron, sabiamente, no se acercó…, y Eris solo miraba cada tanto. Para observar.

Helion cojeaba, acompañado por algunos de sus capitanes y generales, pero aun así logró mostrar una sonrisa sombría.

—Mejor disfrutad de esto mientras dure —nos sugirió a mí y a Rhys—. Dudo que estemos tan unidos cuando salgamos de aquí.

—Gracias por las palabras de aliento —dije con firmeza, y Helion se rio

entre dientes mientras se encaminaba a su lugar.

Cada vez más personas llenaban esa sala, la tensa conversación interrumpida por estallidos de risa o saludos. Rhys al final le dijo a nuestra familia que entrara en el vestíbulo…, mientras él y yo esperábamos.

Esperamos y esperamos largos minutos.

Tardaban más tiempo que el resto en llegar, me di cuenta, porque no podían transportarse o moverse tan rápidamente por el mundo.

Estaba a punto de entrar en la sala para empezar sin ellos, cuando dos figuras masculinas llenaron el hueco de la puerta oscurecido por la noche.

Jurian. Y Graysen.

Y detrás de ellos…, un pequeño contingente de otros humanos. Tragué con dificultad. En ese momento iba a comenzar la parte difícil.

Graysen parecía a punto de dar la vuelta, la herida fresca en su mejilla se contrajo cuando frunció el ceño, pero Jurian lo empujó. Un ojo morado adornaba el lado izquierdo de la cara de este último. Me pregunté si había sido cosa de Miryam o de Drakon. Yo apostaría por la primera.

Graysen solo nos dirigió un tenso saludo con la cabeza. Jurian me sonrió burlón.

—Os he puesto en los extremos opuestos de la sala —dije.

Lejos de Miryam y Drakon. Y de Elain.

Ninguno de los dos respondió, y se limitaron a caminar, orgullosos y altivos, hacia esa sala llena de fae.

Rhys me besó la mejilla y fue detrás de ellos. Lo que dejaba…

Como Lucien había prometido, con la oscuridad ya en lo alto, Vassa se personó.

La última en llegar, la última pieza de este encuentro. Pasó veloz por el umbral, sin aliento y sin descanso, y se detuvo a solo medio metro de distancia.

Su pelo, que llevaba suelto, era dorado rojizo, gruesas pestañas y cejas oscuras que enmarcaban los ojos más increíblemente azules que yo había visto. Hermosa, su piel pecosa era dorada y brillante. Solo unos años mayor que yo, pero… daba la sensación de ser más joven. Juguetona. Feroz e indómita, a pesar de su maldición.

Vassa dijo con un acento cantarín:

—¿Eres Feyre Rompemaldiciones?

—Sí —contesté, sintiendo que Rhys escuchaba con ironía desde la otra habitación, donde el resto empezaba a calmarse. Esperándome a mí.

Vassa tensó su boca sensual.

—Lo siento…, por tu padre. Era un gran hombre.

Nesta, que salía de la sala, se detuvo al oír esas palabras. Miró a Vassa de arriba abajo.

Vassa le devolvió el favor.

—Tú eres Nesta —afirmó Vassa, y me pregunté cómo la habría descrito mi padre para que ella la reconociera—. Lamento tu pérdida.

Nesta simplemente la miró con fría indiferencia.

—Me han dicho que mataste al rey de Hybern —señaló Vassa, y aquellas oscuras cejas se fruncieron mientras volvía a examinar a Nesta, buscando algún signo del guerrero debajo del vestido azul que llevaba. Vassa se encogió de hombros cuando Nesta no respondió y me dijo a mí—: Fue mejor padre para mí que el mío propio. Le debo mucho y honraré su memoria mientras viva.

La mirada que Nesta le dirigió a la reina era suficiente para marchitar la hierba más allá de la destartalada puerta principal. Y no mejoró cuando Vassa me preguntó:

—¿Puedes romper mi maldición, Feyre Archeron?

—¿Por eso accediste tan rápido a venir?

Una media sonrisa.

—En parte. Lucien sugirió que tenías regalos. Y otros altos lores también.

Igual que su padre…, el verdadero. Helion.

Ella continuó antes de que yo pudiera contestar.

—No me queda mucho tiempo… antes de que deba volver al lago. A él.

Al señor de la muerte que sujetaba su correa.

—¿Quién es él? —quise saber.

Vassa negó con la cabeza, agitando una mano mientras sus ojos se oscurecían, y repitió:

—¿Puedes romper mi maldición?

—Yo… no sé cómo romper ese tipo de hechizos —admití. Su rostro se derrumbó. Y añadí—: Pero… podemos intentarlo.

Ella lo pensó.

—Hasta que nuestros ejércitos se recuperen me veré obligada a permanecer aquí. Tal vez pueda encontrar un… pretexto, como lo llama Lucien, para quedarme un poco más de tiempo. —Negó con la cabeza otra vez—. Lo discutiremos más tarde —aseguró—. Junto con la amenaza que representan mis colegas reinas.

El corazón casi se me para.

Una cruel sonrisa curvó la boca de Vassa.

—Ellas tratarán de intervenir —dijo—. Con cualquier clase de conversaciones de paz. Hybern las envió de regreso antes de esta batalla, pero no cabe duda de que fueron lo bastante inteligentes para alentar tal decisión. Para no perder sus ejércitos aquí.

—Pero ¿lo harán en otro lugar? —preguntó Nesta.

Vassa movió su suave melena sobre un hombro.

—Veremos. Y tú pensarás en la manera de ayudarme.

Esperé hasta que ella se dirigió a la reunión para alzar mis cejas ante esa orden. O ella no lo sabía, o no le importaba que yo fuera también una reina por derecho propio.

Nesta sonrió irónica.

—Buena suerte con eso.

Fruncí el ceño, reprimiendo la preocupación que ya florecía en mi estómago, y dije:

—¿Adónde vas? La reunión está a punto de empezar.

—¿Por qué debería yo estar allí?

—Eres la invitada de honor. Mataste al rey.

Las sombras oscilaron en su rostro.

—Y qué.

Parpadeé.

—También eres nuestra emisario. Por eso deberías estar ahí.

Nesta miró hacia la escalera y descubrí el objeto que sostenía en el puño.

La pequeña talla de madera. No pude ver qué clase de animal era, pero conocía la madera. Conocía el trabajo.

Una de las pequeñas tallas que nuestro padre había hecho durante esos años en que él… no había hecho mucho de nada. Miré su cara antes de que ella pudiera darse cuenta.

—¿Crees que funcionará…, esta reunión? —preguntó Nesta.

Con tantos oídos fae en la otra sala, no me atreví a dar ninguna respuesta que no fuera la verdad.

—No lo sé. Pero estoy dispuesta a intentarlo. —Le ofrecí la mano a mi hermana—. Te quiero aquí por eso. Conmigo.

Nesta estudió mi gesto. Y por un momento pensé que se alejaría.

Pero ella deslizó sus dedos entre los míos y juntas entramos en esa sala

abarrotada de humanos y fae. Ambas partes de este mundo. Todas las partes de este mundo.

Altos fae de cada corte. Miryam y Drakon y su séquito. Humanos de muchos territorios.

Todos mirándonos a Nesta y a mí cuando entramos, mientras caminábamos hacia donde Rhys y los demás esperaban, frente a la sala llena hasta los topes. Intenté no estremecerme al ver los muebles destrozados entre los que se buscaron posibles asientos. Al ver las rasgaduras del empapelado de las paredes, las cortinas medio arrancadas. Pero eso era mejor que nada.

Supongo que se podría decir lo mismo de nuestro mundo.

Se hizo el silencio. Rhys me empujó hacia delante, con una mano apoyada en la parte baja de la espalda, para situarme un paso más allá de él. Levanté la barbilla, escudriñando la habitación. Y les sonreí, a los humanos y a los fae allí reunidos…, en paz.

Mi voz era clara e inquebrantable.

—Mi nombre es Feyre Archeron. Una vez fui humana, y ahora soy fae. Para mí, ambos mundos son mi hogar. Y me gustaría discutir la renegociación del Tratado.

Capítulo 80

Un mundo dividido no era un mundo que pudiera prosperar.

La primera reunión se prolongó durante horas, muchos de nosotros de mala gana, agotados, pero… se abrieron canales. Se intercambiaron historias. Se narraron cuentos de cada lado del muro.

Les conté mi historia.

Completa.

Se la conté a extraños que no me conocían, se la conté a mis amigos, y se la conté a Tamlin, con la cara tensa junto a una pared alejada. Expliqué los años de pobreza, las duras pruebas en Bajo la Montaña, el amor que había encontrado y que dejé ir, el amor que había sanado y que me salvó. Mi voz no tembló. Mi voz no se quebró. Casi dejé que vieran todo lo que había visto en el Ouroboros… Eso también lo conté.

Y cuando terminé, Miryam y Drakon dieron un paso adelante para contar su propia historia.

Otra prueba… de que los humanos y los fae no solo pueden trabajar juntos, vivir juntos, sino llegar a ser mucho más. Escuché cada palabra que pronunciaron… y no me avergonzó tener que secar a veces mis lágrimas. Solo me aferré a la mano de Rhys y no la solté.

Hubo otras muchas historias. Algunas que iban en contra de los nuestros. Relaciones que no habían ido tan bien. Crímenes cometidos. Daños que no podían ser perdonados.

Pero fue un comienzo.

Todavía había mucho trabajo por hacer, mucha confianza para construir, pero el asunto de crear un nuevo muro…

Quedaba por ver si podíamos ponernos de acuerdo en eso. Muchos de nosotros estábamos en contra. Muchos de los humanos, con razón, se mostraban cautelosos. Había todavía otros territorios fae con los que había que enfrentarse…, aquellos que encontraron que las promesas de Hybern eran atractivas, seductoras.

Los altos lores fueron los que más discutieron sobre la posibilidad de levantar un nuevo muro. Y con cada palabra acerca de eso, como dijo Helion, esas lealtades temporales se deshilachaban y se quebraban. Las fronteras de las cortes fueron rediseñadas.

Pero al menos se quedaron hasta el final… hasta las primeras horas de la mañana, cuando decidimos finalmente que el resto se iba a debatir otro día. En otro lugar.

Iba a llevar tiempo. Tiempo, curación y confianza.

Y me preguntaba si el camino por delante…, el camino hacia la verdadera paz…, no iba a ser más duro y más largo todavía.

Los otros se marcharon, transportándose, volando o caminando hacia la oscuridad, reintegrándose a sus grupos, a sus cortes y a sus bandos de guerra. Yo los observé desde la puerta abierta de la residencia hasta que fueron solo sombras contra la noche.

Había visto a Elain mirando por la ventana…, viendo a Graysen partir con sus hombres sin siquiera una ojeada hacia ella. Él había querido decir cada palabra que pronunció aquel día en su cuartel de la guardia. Si notó que Elain todavía llevaba su anillo de compromiso, que Elain lo miraba y lo miraba mientras él se alejaba hacia la noche…, eso yo no lo sabía. Que Lucien se ocupara de eso…, por ahora.

Suspiré, apoyando la cabeza contra la jamba de piedra agrietada de la puerta. La gran puerta de madera había sido destrozada por completo, las astillas todavía esparcidas en el suelo de mármol de la entrada detrás de mí.

Reconocí su olor antes de oír cómo se aproximaban sus ágiles pasos.

—¿Adónde vas ahora? —le pregunté sin mirar por encima del hombro, cuando Jurian se detuvo junto a mí y miró hacia la oscuridad. Miryam y Drakon se habían marchado rápidamente, pues tenían que atender a sus heridos… y llevar el Caldero a uno de sus barcos antes de que los otros altos lores tuvieran un momento para pensar en su paradero.

Jurian se apoyó en la jamba opuesta de la puerta.

—La reina Vassa me ha ofrecido un lugar en su corte.

Vassa todavía permanecía dentro, charlando con Lucien animadamente. Supuse que si solo tenía hasta el amanecer antes de convertirse en esa ave de fuego, querría aprovechar hasta el último minuto. Lucien, sorprendentemente, se estaba riendo, los hombros relajados y la cabeza inclinada mientras escuchaba.

—¿Vas a aceptar?

El rostro de Jurian se veía solemne…, cansado.

—¿Qué clase de corte puede tener una reina maldita? Está ligada a ese lord de la muerte… Tiene que volver a su lago en el continente en algún momento. —Negó con la cabeza—. Qué lástima que el rey fuera tan espectacularmente decapitado por tu hermana. Apuesto a que él podría haber encontrado una manera de romper esa maldición.

—Una verdadera lástima —murmuré.

Jurian gruñó divertido.

—¿Crees que tenemos alguna posibilidad? —le pregunté, haciendo un gesto hacia las figuras humanas que seguían caminando, muy lejos ya, de vuelta hacia el campamento—. ¿De paz entre todos nosotros?

Jurian permaneció en silencio durante un largo rato.

—Sí —dijo despacio—. Lo creo.

Y no sé por qué, pero me reconfortó.

Todavía seguía reflexionando sobre las palabras de Jurian días después, cuando el campamento de guerra al final fue desmantelado. Cuando tuvieron lugar nuestras últimas despedidas y promesas…, algunas más sinceras que otras…, de volver a vernos.

Cuando mi corte, mi familia, nos transportamos a Velaris.

La luz del sol todavía se filtraba a través de las ventanas de la casa de la ciudad. El olor de los cítricos, del mar y del pan horneado llenaba cada habitación.

Y a la distancia…, los niños seguían riéndose en las calles.

Hogar. El hogar era el mismo…, el hogar estaba intacto.

Apreté la mano de Rhys con tanta fuerza que pensé que se iba a quejar, pero él me respondió con otro apretón.

Y aunque todos nos habíamos bañado mientras estábamos allí…, se percibía cierta mugre en nosotros. Como si la sangre no se hubiese eliminado del todo.

Me di cuenta de que el hogar era, en efecto, el mismo, pero nosotros…, quizá nosotros ya no.

—Supongo —murmuró Amren— que ahora tendré que comer comida de verdad.

—Un sacrificio monumental —se burló Cassian.

Ella le dirigió un gesto vulgar, pero sus ojos se estrecharon al ver sus alas todavía vendadas. Sus ojos, ojos de plata normales, se deslizaron hacia Nesta, que apoyaba la mano en la barandilla de la escalera, como si estuviera a punto de retirarse a su habitación.

Mi hermana apenas si había hablado y casi no había comido estos últimos días. Tampoco fue a visitar a Cassian en su lecho de enfermo. Seguía sin contarme qué le había pasado.

—Me sorprende —le dijo Amren— que no te hayas llevado la cabeza del rey para hacerla embalsamar y colgarla en una pared.

La mirada de Nesta fue como una estocada mortal.

Mor chasqueó la lengua.

—Eso podría ser considerado una broma de mal gusto, Amren.

—Salvé vuestros pellejos. Tengo derecho a decir lo que quiera.

Y después de eso, salió de la casa y se fue a vagar por las calles de la ciudad.

—La nueva Amren es incluso más rezongona que la vieja —comentó Elain, sin pretender ser ofensiva.

Me eché a reír. Los demás se unieron a mí, e incluso Elain sonrió… Una gran sonrisa.

Todos menos Nesta, que no estaba mirando nada.

No sabía si cuando el Caldero se rompió también se había roto ese poder en ella. Si cortó su lazo. O si todavía vivía en alguna parte dentro de ella.

—Vamos —dijo Mor, y puso un brazo sobre los hombros de Azriel, luego el otro cuidadosamente alrededor de Cassian y los condujo a la sala de estar—. Necesitamos un trago.

—Vamos a abrir las botellas de lujo —propuso Cassian por encima del hombro a Rhys, todavía cojeando con su pierna apenas curada.

Mi compañero simuló una servil reverencia.

—Guardad un poco para mí, al menos.

Rhys miró a mis hermanas y luego me guiñó un ojo. Las sombras de la

batalla todavía estaban allí, pero ese guiño… Yo aún temblaba de terror a que aquello no fuera real. Que todo fuera un sueño febril dentro del Caldero.

Es real —ronroneó en mi mente—. *Te lo demostraré más tarde. Durante horas*.

Resoplé, y observé como él se excusaba sin dirigirse a nadie en particular para ir a buscar comida, y salió por el pasillo con las manos en los bolsillos.

Sola en el vestíbulo con mis hermanas, Elain todavía sonriendo un poco, Nesta con cara seria, respiré hondo.

Lucien se había quedado para ayudar con cualquiera de los heridos humanos que todavía necesitaran la curación fae, pero había prometido venir cuando terminara. Y en cuanto a Tamlin…

No llegué a hablar con él. Apenas lo había visto después de que me deseara que fuera feliz, y de que me devolviera a mi pareja. Había abandonado la reunión antes de que yo pudiera decir algo.

Así que le di una nota a Lucien para que se la entregara si llegaba a verlo. Y sabía… sabía que lo haría. Nos dijo que habría una parada que tendría que hacer antes de venir aquí. Yo sabía a qué se refería.

Mi nota a Tamlin era breve. Transmitía todo lo que yo necesitaba decir:

> *Gracias*.
> *Espero también que encuentres la felicidad*.

Y lo hice. No solo por lo que había hecho por Rhys, sino… porque incluso para un inmortal no había suficiente tiempo en la vida para desperdiciarlo en el odio. En sentirlo y en lanzarlo al mundo.

Así que le enviaba mis buenos deseos… De veras era así…, y esperaba que algún día…, algún día, tal vez él pudiera enfrentarse a esos temores insidiosos, esa rabia destructiva que se pudría en su interior.

—Bueno… —les dije a mis hermanas—. ¿Y ahora qué?

Nesta se volvió y subió la escalera, cada paso lento y rígido. Cerró la puerta con un clic decisivo una vez que llegó a su dormitorio.

—Con nuestro padre —susurró Elain, todavía siguiendo su camino con la mirada—, no creo que Nesta…

—Lo sé —murmuré—. Creo que Nesta tiene que resolver… muchas cosas.

Demasiadas.

Elain me miró.

—¿La ayudamos?

Jugueteé con el extremo de mi trenza.

—Sí, pero no hoy. Ni tampoco mañana. —Dejé escapar un suspiro—. Cuando… cuando ella esté lista. —Cuando nosotras estuviéramos listas, también.

Elain asintió con la cabeza, sonriéndome, y fue una muestra de alegría… y de vida lo que brillaba en sus ojos. Una promesa de un futuro reluciente y dulce.

La llevé a la sala de estar, donde Cassian tenía una botella de licor de color ámbar en cada mano. Azriel se estaba frotando las sienes y Mor se disponía a coger unos vasos de cristal tallado de un estante.

—¿Qué pasa ahora? —reflexionó Elain, al fin respondiendo a mi pregunta de unos momentos antes, mientras su atención se dirigía hacia las ventanas que daban a la soleada calle. Esa sonrisa creció, tan brillante como para iluminar hasta las sombras de Azriel al otro lado de la sala—. Me gustaría hacer un jardín —sugirió—. Después de todo esto…, creo que el mundo necesita más jardines.

Mi garganta estaba demasiado atenazada por el llanto para responder inmediatamente, así que le besé la mejilla a mi hermana antes de decir:

—Sí, creo que sí.

Capítulo 81
Rhysand

Incluso desde la cocina podía oírlos a todos ellos. El borboteo de lo que era sin duda la más antigua botella de licor que yo poseía, y luego el tintineo de aquellos vasos de cristal igualmente antiguos al chocar uno contra otro.

Luego la risa. El profundo estruendo… era Azriel. Riéndose de lo que Mor había dicho y que la incitó a ella también a un ataque de risa, alborotado y alegre.

Y luego otra risa…, plateada y brillante. Más hermosa que cualquier música tocada en una de las innumerables salas y teatros de Velaris.

Estaba junto a la ventana de la cocina, mirando el jardín en pleno esplendor del verano, no precisamente viendo las flores que Elain Archeron había cultivado durante esas semanas. Solo miraba… y escuchaba esa hermosa risa. La risa de mi compañera.

Me froté una mano sobre el pecho al escuchar ese sonido…, la alegría patente en él.

La conversación entre ellas pasaba revoloteando, recuperando viejos ritmos y, a la vez…, cerca. Habíamos llegado a estar tan cerca que no nos parecía verlo nuevo. Este lugar. Uno al otro. Y yo sabía que la risa… era en parte debido a eso, también. Como un desafío y también agradecimiento.

—¿Vienes a beber, o vas a quedarte mirando las flores todo el día? —La voz de Cassian interrumpió la melodía de los sonidos.

Me di la vuelta, y me encontré con él y con Azriel en la puerta de la cocina, cada uno con un vaso en la mano. Un segundo vaso ocupaba la otra mano con cicatrices de Azriel… y me lo envió flotando en una brisa de tinte azul.

Agarré el vaso de cristal frío y pesado.

—Andar espiando a vuestro alto lord es una imprudencia —les dije, y bebí un largo trago. El licor me quemó la garganta y me calentó el estómago.

—Es bueno mantenerte atento en tu provecta edad —dijo Cassian, y también bebió. Se apoyó en la puerta—. ¿Por qué te escondes aquí?

Azriel le lanzó una mirada, y yo bufé, tomando otro sorbo.

—¿De verdad has abierto las botellas de lujo?

Ellos esperaron. Pero la risa de Feyre volvió a sonar, seguida por la de Elain y la de Mor. Y cuando arrastré la mirada de vuelta a mis hermanos, vi la comprensión en sus rostros.

—Es real —dijo Azriel suavemente.

Ni se rio ni comentó el escozor en mis ojos. Tomé otro trago para eliminar la opresión en mi garganta, y me acerqué a ellos.

—Esperemos por lo menos cinco siglos para volver a hacer algo así —dije con voz un poco ronca, y choqué mi vaso con los de ellos.

Azriel esbozó una sonrisa mientras Cassian levantaba una ceja.

—¿Y qué vamos a hacer hasta entonces?

Más allá de intermediar por la paz, más allá de aquellas reinas que seguramente serían un problema, más allá de curar nuestro mundo fracturado…

Mor nos llamó, exigiendo que les lleváramos abundante comida. «Algo impresionante —agregó—. Con pan extra».

Sonreí. Y sonreí más cuando la risa de Feyre volvió a oírse…, como la sentí a través del lazo, centelleando con más brillo que la totalidad de la Caída de las Estrellas.

—Hasta entonces —les dije a mis hermanos, poniendo los brazos alrededor de sus hombros para llevarlos de vuelta a la sala de estar. Miré hacia delante, hacia esa risa, esa luz… y esa visión del futuro que Feyre me había mostrado, más hermosa que cualquier cosa que yo pudiera haber deseado…, cualquier cosa que había deseado en esas noches solitarias con solo las estrellas como compañía. Un sueño aún sin respuesta, pero no para siempre—. Hasta entonces, disfrutemos de todos los latidos del corazón en cada cosa.

Capítulo 82
Feyre

Rhysand estaba en la terraza, las estrellas brillantes y bajas, las baldosas debajo de mis pies descalzos todavía calientes por el sol del día.

Estaba sentado en una de esas pequeñas sillas de hierro, sin luz, sin botella de licor, solo él y las estrellas y la ciudad.

Me acomodé en su regazo y dejé que sus brazos me envolvieran.

Estuvimos sentados en silencio durante un largo rato. Apenas si habíamos tenido un momento a solas después de la batalla, y estábamos tan cansados que lo único que hicimos fue dormir. Pero esa noche… Su mano corrió por mi muslo, desnudo porque el camisón se me había enganchado.

Se sobresaltó cuando me miró, y luego se echó a reír sobre mi hombro.

—Debería haberlo sabido.

—Las dueñas de la tienda me lo regalaron. Como agradecimiento por haberlos salvado de Hybern. Tal vez debería hacerlo más a menudo, ya que así consigo lencería gratis.

Porque, en efecto, llevaba puesto ese par de prendas interiores rojas de encaje, debajo de un camisón también rojo haciendo juego, tan escandalosamente transparente que las dejaba totalmente a la vista.

—¿No te lo ha dicho nadie? Eres asquerosamente rica.

—El solo hecho de que tenga dinero no significa que deba gastarlo.

Me apretó la rodilla.

—Bien. Necesitamos a alguien con cabeza para el dinero por aquí. He estado derrochando oro a diestra y siniestra gracias a nuestra Corte de Sueños, que se aprovecha de mi ridícula generosidad.

Una risa retumbó en mi garganta mientras apoyaba la cabeza sobre su hombro.

—¿Es Amren todavía tu segunda?

—Nuestra segunda.

—Eso es semántica.

Rhys trazó círculos ociosos sobre mi piel desnuda, a lo largo de mi rodilla y la parte baja del muslo.

—Si ella lo quiere, el puesto es suyo.

—¿Aunque ya no tenga sus poderes?

—Ahora es alta fae. Estoy seguro de que descubrirá algún talento escondido con el cual aterrorizarnos.

Me reí de nuevo, saboreando la sensación de su mano sobre mi piel, el calor de su cuerpo alrededor de mí.

—Te oí —confesó suavemente—. Cuando… estuve ausente.

Empecé a tensar el persistente terror que me había quitado el sueño esas últimas noches…, el terror del que dudaba que pudiera recuperarme pronto.

—Esos minutos —le dije cuando empezó a hacer largas y tranquilizadoras caricias en mi muslo—. Rhys…, nunca quiero volver a sentir eso.

—Ahora sabes cómo me sentí en Bajo la Montaña.

Estiré el cuello para mirarlo.

—Nunca vuelvas a mentirme. No sobre eso.

—¿Y sobre otras cosas?

Le pellizqué el brazo con fuerza suficiente para que se riera y me apartara la mano.

—No podía dejar que todas vosotras acapararais el mérito de salvarnos. Algún varón tenía que reclamar algo de gloria para que no nos pisotearais hasta el final de los tiempos con vuestras jactancias.

Esta vez le di un puñetazo en el hombro.

Pero él me rodeó la cintura con el brazo y apretó, respirando sobre mí.

—Te oí, incluso en la muerte. Eso me hizo mirar hacia atrás. Me hizo quedarme un poco más.

Antes de ir a ese lugar que había tratado de describirle al Tallador.

—Cuando llegue el momento de ir allí —dije en voz baja—, iremos juntos.

—Trato hecho —asintió, y me besó con delicadeza.

Murmuré de nuevo sobre sus labios:

—Sí, trato hecho.

La piel de mi brazo izquierdo se erizó. Una tibia lamedura se deslizó sobre ella.

Miré para encontrar otro tatuaje allí…, el gemelo del que alguna vez la adornaba, salvo por esa banda negra del trato que había hecho con Bryaxis. Él lo había modificado para que se ajustara, para integrarlo a la perfección entre los remolinos y las espirales.

—Echaba de menos el viejo —dijo con inocencia.

En su propio brazo izquierdo apareció el mismo tatuaje. No en dirección a los dedos como el mío, sino más bien desde la muñeca hacia el codo.

—Copión —dije desafiante—. Me queda mejor a mí.

—Mmm. —Trazó una línea por mi columna vertebral, luego metió dos manchas a lo largo de ella—. El dulce Bryaxis ha desaparecido. ¿Sabes lo que eso significa?

—¿Que tengo que ir a cazarlo y llevarlo de vuelta a la biblioteca?

—Oh, ciertamente debes hacerlo.

Me retorcí en su regazo. Pasé los brazos alrededor de su cuello y dije:

—¿Y vendrás conmigo? ¿En esta aventura… y en todo lo demás?

Rhys se inclinó hacia delante y me besó.

—Siempre.

Las estrellas parecieron arder más brillantes, como si se acercaran para vernos más de cerca. Sus alas crujieron mientras nos movíamos en la silla e intensificaba el beso hasta que me quedé sin aliento.

Y luego ya estábamos volando.

Rhys me cogió en sus brazos y nos lanzó hacia lo alto, hacia el estrellado cielo de la noche, desde donde la ciudad era un brillante reflejo a nuestros pies.

La música salía de los locales junto al río. La gente se reía mientras caminaba cogida del brazo por las calles y por los puentes sobre el Sidra. Manchas oscuras todavía ocultaban algunas extensiones relucientes… Pilas de escombros y edificios en ruinas…, pero incluso algunos de ellos estaban iluminados con pequeñas luces. Velas. Desafiantes y encantadoras contra la negrura.

Íbamos a necesitar más de eso en los días venideros…, en el largo camino que teníamos por delante hacia un mundo nuevo. Uno que dejaría un lugar mejor que el que yo había encontrado.

Pero por ahora… saboreaba este momento, con la ciudad a nuestros pies, el mundo alrededor de nosotros, saboreando esa paz tan duramente ganada… Cada

latido del corazón. Cada sonido, cada olor, cada imagen que se plantaba en mi mente. Tantos, que me llevaría toda la vida…, muchas vidas…, pintar.

Rhys se estabilizó, envió una idea a mi mente y mostró una enorme sonrisa cuando convoqué mis alas.

Me soltó y yo me deslicé sin problemas saliendo de sus brazos, disfrutando el viento cálido que me acariciaba cada centímetro del cuerpo, bebiendo el aire aromatizado con sal y cítricos. Me costó unos cuantos aleteos hacerlo bien…, adquirir la sensación y el ritmo. Y luego me estabilicé. Incluso me sentí firme.

Estaba volando. Ascendiendo.

Rhys se puso a volar junto a mí, y me sonrió de nuevo mientras volábamos entre las estrellas y las luces y la brisa besada por el mar, cuando me mostró todas las maravillas de Velaris, el resplandeciente Arco iris como un río vivo de color debajo de nosotros…, cuando rozó mi ala con la suya, solo porque podía, porque quería, y tendríamos una eternidad de noches para hacer esto, para verlo todo juntos…

Un regalo.

Todo eso era un regalo.

Agradecimientos

Incluso después de nueve libros, nunca es fácil expresar mi tremenda gratitud a la gente de mi vida, personal y profesional, que hacen que mi mundo sea más brillante solo por estar en él.

A Josh: cada momento contigo es un regalo. Hace mucho tiempo, cuando miraba a las estrellas y pedía un deseo, este era para que alguien como tú estuviera en mi vida. De verdad creo que esas estrellas escucharon, porque llegar a compartir esta salvaje aventura contigo ha sido un sueño cumplido. Te amo más de lo que las palabras pueden transmitir.

A Annie: gracias por las caricias, la osadía y las constantes demandas de más golosinas que me mantienen en pie. Siempre, siempre, siempre te querré, mi bebé (y no importa lo que nadie diga, juro que tú puedes leer esto).

A mi agente, Tamar, que trabaja tan incansablemente y es el mayor cabrón que conozco: nada de esto sería posible sin ti, y nunca voy a dejar de estar agradecida por ello. Gracias por todo.

A Cat Onder: trabajar contigo ha sido un enorme privilegio y una alegría. Gracias por ser una editora tan creativa, atenta y perspicaz, y por todos estos años de amistad.

Al equipo de genios de Bloomsbury en todo el mundo: Cindy Loh, Cristina Gilbert, Kathleen Farrar, Nigel Newton, Rebecca McNally, Sonia Palmisano, Emma Hopkin, Ian Lamb, Emma Bradshaw, Lizzy Mason, Courtney Griffin, Erica Barmash, Emily Ritter, Grace Whooley, Eshani Agrawal, Emily Klopfer, Alice Grigg, Elise Burns, Jenny Collins, Beth Eller, Kerry Johnson, Kelly de Groot, Ashley Poston, Lucy Mackay-Sim, Hali Baumstein, Melissa Kavonic, Diane Aronson, Linda Minton, Christine Ma, Donna Mark, John Candell,

Nicholas Church y a todo el equipo de derechos para el extranjero…, gracias por el arduo trabajo para hacer que estos libros sean una realidad y por ser el mejor de todos los equipos editoriales del mundo, de todos los tiempos. A Jon Cassir y al equipo de CAA: gracias por defenderme a mí y a mis libros.

A Cassie Homer, asistente extraordinaria: gracias por toda tu ayuda y por hacer que sea una delicia trabajar contigo.

A mis padres: gracias por los cuentos de hadas y del folclore, por las aventuras alrededor del mundo, y por las mañanas de los fines de semana con *bagels* y salmón ahumado de Murray's. A Linda y a Dennis: habéis criado a un hijo espectacular, y os estaré eternamente agradecida por ello. A mi familia: soy muy afortunada al teneros a todos vosotros en mi vida.

A Roshani Chokshi, a Lynette Noni y a Jennifer Armentrout: gracias por ser unos amigos maravillosos y unas luces tan brillantes…, y por todos vuestros valiosos comentarios sobre este libro. A Renée Ahdieh, a Steph Brown y a Alice Fanchiang: os adoro.

Un agradecimiento enorme a: Sasha Alsberg, Vilma Gonzalez, Alexa Santiago, Rachel Domingo, Jessica Reigle, Kelly Grabowski, Jennifer Kelly, Laura Ashforth y Diyana Wan por ser gente sumamente impresionante y encantadora. A la maravillosa Caitie Flum: muchas gracias por tomarte el tiempo necesario para leer este libro y proporcionar tan valiosos comentarios. A Louisse Ang: gracias, gracias, gracias por tu enorme bondad, tu alegría contagiosa y tu asombrosa generosidad.

A Charlie Bowater, que no solo es un artista brillante, sino también un ser humano magnífico: gracias por el arte que me ha conmovido y me ha inspirado, y por tu duro y fenomenal trabajo en el libro para colorear. Es un honor trabajar contigo.

Y por último, a ti, querido lector: gracias desde el fondo de mi corazón por venir conmigo y con Feyre en este viaje. Tus sinceras cartas e increíbles dibujos, tu música encantadora e inteligentes juegos de disfraces… Todo eso significa para mí más de lo que puedo expresar. Es una verdadera bendición tenerte como lector y estoy ansiosa por poder compartir más de este mundo contigo ¡en el siguiente libro!

SARAH J. MAAS (Nueva York, 1986). Escritora de literatura juvenil especializada en el género fantástico.

Estudió en el Hamilton College de Clinton, Nueva York, donde se graduó en escritura creativa y estudios religiosos en 2008. Está casada y vive en Pensilvania.

Trono de Cristal fue su primera novela, la comenzó a escribir con dieciséis años y fue publicada en agosto de 2012.

Esta novela fue el comienzo de la saga «Trono de Cristal» que se compone de otras seis novelas más y varios relatos cortos ambientados dos años antes del comienzo de la saga.

También ha escrito la saga «Una corte de rosas y espinas» y en 2020 publicó el primer libro de su tercera saga «Crescent city».

Índice

Mapa

Prólogo

Parte uno. La princesa de Carrión

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10

Parte dos. Rompemaldiciones

- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15

Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41

Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50

Parte tres. Alta Lady

Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66

Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82

Agradecimientos

Sobre la autora